24 cuos
R-73.406

IMPRESIONES

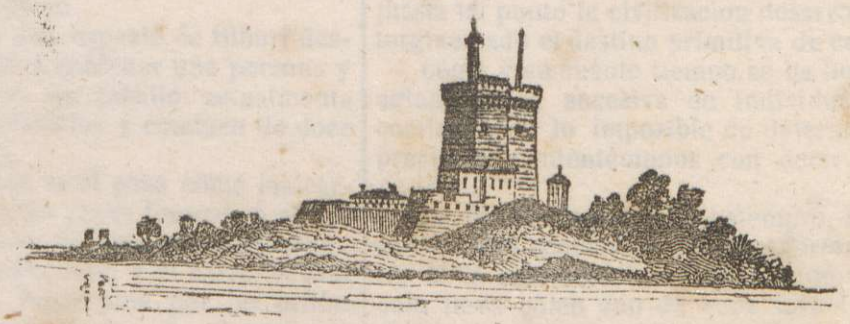
DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL CORRICOLO.



MADRID, 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

IMPRESIONES DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS:

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL CORRICOLO.

MADRID, 1847.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

IMPRESIONES DE VIAGE.

EL CORRICOLO.

POR ALEJANDRO DUMAS.

INTRODUCCION.

El *corricolo* es sinónimo de *calessino*, pero como no hay una igualdad completa, esplicaremos la diferencia que existe entre el corricolo y el calessino.

El corricolo es una especie de tílburi destinado en su orígen á contener una persona y á ser arrastrado por un caballo: actualmente se enganchan dos caballos y conduce de doce á quince personas.

Y no se crea que va al paso como las carretas de bueyes de los reyes francos, ó al trote como el cabriolé de una administracion, no; va al galope sostenido; y el carro de Plutou que llevaba á Proserpina por las orillas del Himere no iba mas veloz que el corricolo que surca los muelles de Nápoles sin detenerse, caminando sobre un suelo de lava y levantando el polvo de sus cenizas.

Sin embargo, en realidad no tira mas que uno de los caballos, el de varas. El otro, que se llama el *bilancino*, y que está enganchado á un lado, salta, caracolea, escita á su compañero, y esto es todo lo que hace. ¿Qué dios, como á otro Tytiro, le ha concedido este descanso? Es la casualidad, es la Providencia, es la fatalidad: los caballos, como los hombres, tienen su estrella.

Hemos dicho que este tílburi destinado á una persona, conduce ordinariamente doce ó quince: esto exige una esplicacion como comprendemos perfectamente. Un antiguo proverbio francés dice: «Donde hay para uno hay para dos.» Pero no conozco ningun proverbio de lengua alguna que diga: «Donde hay para uno hay para quince.»

Sin embargo, asi sucede con el corricolo: ¡hasta tal punto la civilizacion desarrollada ha tergiversado el destino primitivo de cada cosa!

Cómo y en cuánto tiempo se ha hecho esta aglomeracion sucesiva de individuos en el corricolo, es lo imposible de determinar con precision. Contentémonos con decir cómo se verifica.

En primer lugar, y casi siempre, un fraile grueso está sentado en medio y forma el centro de la aglomeracion humana que el corricolo lleva como uno de esos torbellinos de almas que el Dante vió siguiendo un gran estandarte en el primer aposento del infierno. Lleva sobre una de sus rodillas alguna fresca nodriza de Aversa ó de Neltuno, y sobre la otra alguna linda aldeana de Bauli ó de Prócida; á ambos lados del fraile entre las ruedas y la caja, se colocan de pie los maridos de aquellas damas. Detrás del fraile se levanta sobre la punta de los pies el propietario ó el conductor del vehículo, teniendo en la mano izquierda la brida y en la derecha la larga fusta con que mantiene en una constante é igual velocidad el paso de sus dos caballos. Detrás de este se agrupan á su vez, y á la manera de lacayos de casa grande, dos ó tres lazzaroni que suben y bajan, se suceden, se renuevan, sin pensar jamás en pedirles una propina en cambio del servicio prestado. Sobre las dos varas están sentados dos mucha-

chuelos recogidos en el camino de Tierra del Greco ó de Pouzzoles, ciceroni supernumerarios de las antigüedades de Herculano y de Pompeya, guias prófugos de las antigüedades de Cumas y de Baia. En fin, por debajo del eje del carruage, entre las dos ruedas, dentro de una red de gruesas mallas, y que va dando sacudidas de alto á bajo, á lo largo y á lo ancho, se remueve alguna cosa informe que rie, que llora, que grita, que gruñe, que se queja, que canta, que se burla, y que es imposible distinguir en medio del polvo que levantan los pies de los caballos: son tres ó cuatro muchachos que no se sabe á quien pertenecen, que se ignora á donde van, que viven no se sabe cómo, que están allí sin que se sepa cuando han venido, y que permanecen allí no se sabe por qué.

Ahora poned debajo unos de otros, al fraile, aldeana, maridos, conductor, lazzaroni, muchachuelos y muchachos; sumad el todo, añadid la nodriza olvidada, y tendreis vuestra cuenta. Total, quince personas.

Sucede algunas veces que la fantástica máquina, cargada como va, pasa sobre una piedra y vuelca: entonces todo el cargamento del carruage se esparce por el camino, lanzado cada uno á mas ó menos distancia, segun su mayor ó menor gravedad. Pero todos se reponen al punto, se olvida su accidente para no ocuparse mas que del fraile: le palpan, le vuelven, le revuelven, le levantan, le preguntan. Si está herido, todo el mundo se detiene, uno le lleva, otro le sostiene, otro le mima, otro le acuesta y otro le vela. El corricolo está colocado en un rincon del patio, los caballos entran en la cuadra; por aquel dia el viage ha concluido; se llora, se lamenta, se suplica. Pero si por el contrario, el fraile está sano y salvo, nadie tiene nada; vuélvese á subir en su sitio, la nodriza y la aldeana ocupan de nuevo cada una el suyo; todos se colocan otra vez en sus diversos asientos, y con solo el grito escitador del conductor, el corricolo emprende su intrépida marcha, rápida como el viento é infatigable como el tiempo.

He aquí lo que es el corricolo.

¿Pero cómo el nombre de un carruage ha llegado á ser el título de una obra? Esto es lo que el lector verá en el segundo capítulo.

Ademas tenemos antecedente de este género, al que nos asiste un derecho de invocar mas que nadie; y es el Speronare

PARTE PRIMERA.

I.

OSMIN Y ZAIDA.

Nos habiamos apeado en la fonda de la Victoria. El señor Martin Zir es el tipo del perfecto fondista italiano; hombre de gusto, hombre de imaginacion, anticuario distinguido, aficionado á pinturas, entusiasta por las curiosidades, coleccionador de autógrafos, el señor Martin Zir lo es todo, escepto fondista. Lo cual no impide que la fonda de la Victoria sea la mejor fonda de Nápoles. ¿En qué consiste esto? No lo sé. Dios lo es, porque lo es.

Es verdad que la fonda de la Victoria está situada en una disposicion que encanta: si abrís una ventana veis á Chiaja, la Villa-Reale, el Paussilipo; abrís otra, veis el golfo, y á la estremidad del golfo, semejante á un navío eternamente anclado, la azulada y poética Caprea; abrís la tercera, y veis á Santa Lucía con sus mollenari, sus productos de mar, su gritería diaria, sus iluminaciones de todas las noches.

Las habitaciones desde donde se disfrutan tan agradables perspectivas, no son piezas; son galerías de pinturas, gabinetes de curiosidades, almacenes llenos de bote en bote.

Yo creo que lo que decide al señor Martin Zir á recibir en su casa á los estrangeros, es en primer lugar el deseo de hacerles ver los tesoros que posee; ademas aloja y da alimento á los huéspedes de un modo especial. Al término de su permanencia en la Victoria, se trata del gasto total, es verdad: este total asciende á cien escudos, á veinte y cinco luises, á mil francos, ó á mas ó á menos, tambien es verdad; pero es porque ellos piden su cuenta. Si no la piden, creo que el señor Martin Zir, estasiado en la contemplacion de un cuadro, en la apreciacion de una porcelana, ó en descifrar un autógrafo, se olvidaria de enviársela.

Asi cuando el dey espulsado de Argel, pasó á Nápoles, llevando sus tesoros y su harem, enterado de la reputacion del señor Martin Zir, se hizo conducir directamente á la fonda de la Victoria, cuyos tres pisos superiores alquiló; es decir, el tercero, el cuarto y las boardillas.

El tercero era para sus oficiales y su servidumbre.

El cuarto para él y sus tesoros.

Las boardillas eran para su harem.

La llegada del dey fué una gran fortuna para el señor Martin Zir, no como pudiera creerse por el dinero que el argelino iba á dejar de gasto en la fonda, sino por los tesoros de armas, trages y alhajas que llevaba consigo.

Al cabo de ocho dias, Hussein-Pachá y el señor Martin Zir eran los mejores amigos del mundo; ya no se separaban. El que veia presentarse al uno, esperaba ver inmediatamente aparecer al otro. Orestes y Pilades no eran mas inseparables; Damon y Pythias no se tenian mas afecto. Esto duró cuatro ó cinco meses. Durante este tiempo se dieron muchas fiestas á su alteza. En una de estas fiestas en la casa del príncipe de Cassaro, el dey, habiendo visto bailar un cotillon vertiginoso, preguntó al príncipe de Tricasia, yerno del ministro de Negocios estrangeros, cómo siendo tan rico se tomaba él mismo el trabajo de bailar.

El dey era sumamente aficionado á esta clase de diversiones, porque era muy impresionable ante la belleza, pero ante la belleza como él la comprendia, bien entendida. Solo que tenia un modo singularísimo de manifestar su desprecio y su admiracion. Segun la demacracion ó la obesidad de las personas, decia:

—La señora tal no vale tres pesos. La señora tal vale mas de mil ducados.

Un dia se supo con admiracion que el se-

ñor Martin Zir y Hussein-Pachá acababan de descompadrar. He aqui con que motivo habia sobrevenido esta desavenencia.

Una mañana el cocinero de Hussein-Pachá, un hermoso negro de Nubia, tan oscuro como tinta y reluciente como si estuviese barnizado: una mañana, digo, el cocinero, de Hussein-Pachá habia bajado á la cocina y habia pedido el cuchillo mas grande que hubiese en la fonda.

El repostero le habia dado una especie de cuchillo de mechar de diez y ocho pulgadas de longitud, flexible como un florete y afilado como una navaja de afeitar. El negro habia mirado el instrumento moviendo la cabeza, y luego habia subido á su tercer piso.

Un instante despues, volvió á bajar y entregó el mechador al repostero diciendo:

—¡Mas grande, mas grande!

Entonces el repostero abrió todos sus cajones y encontrando una cuchilla de que él mismo no se servia sino en las grandes ocasiones, la habia entregado á su colega. Este habia examinado la cuchilla con la misma atencion con que habia examinado el mechador, y despues de responder con un signo de cabeza que queria decir: «¡Hum! aun no es esto lo que necesitaba, pero se aproxima,» habia subido otra vez como antes.

Cinco minutos despues, bajó de nuevo el negro, y dando la cuchilla al gefe de cocina:

—Mas grande todavia, le dijo.

—¿Y para qué diablo teneis necesidad de un cuchillo mas grande que este? preguntó el gefe.

—Yo tener necesidad de él, respondió el negro flemáticamente.

—¿Pero qué vais á hacer?

—Para yo cortar la cabeza á Osmin.

—¡Cómo! esclamó el repostero, ¿para cortar la cabeza á Osmin?

—Para cortar la cabeza á Osmin, respondió segunda vez el negro.

—¿A Osmin el gefe de los eunucos de su alteza?

—A Osmin el gefe de los eunucos de su alteza.

—¿A Osmin á quien tanto ama el dey?

—A Osmin á quien tanto ama el dey.

—¡Pero estais loco, querido! si cortais la cabeza á Osmin, su alteza se pondrá furioso.

—Su alteza lo ha mandado á mí.

—¡Ah! entonces eso es diferente.

—Dadme, pues, otro cuchillo, replicó el negro, que volvia á su idea con la persistencia de la obediencia pasiva.

—¿Pero qué ha hecho Osmin? preguntó el repostero.

—Dadme otro cuchillo, mas grande, mas grande.

—Antes desearia saber que es lo que ha hecho Osmein.

—Dadme otro cuchillo, ¡mas grande, mas grande, todavia mas grande!

—¡Pues bien! te daré tu cuchillo, si me dices lo que ha hecho Osmin.

—Ha dejado hacer un agujero en la pared.

—¿En qué pared?

—En la pared del harem.

—¿Y qué mas?

—La pared era la del cuarto de Zaida.

—¿La favorita de su alteza?

—La favorita de su alteza.

—¿Y bien?

—¡Y bien! un hombre ha entrado en la habitacion de Zaida.

—¡Diablo!

—Dadme, pues, un cuchillo grande, grande, grande, para cortar la cabeza á Osmin.

—Dispensadme; mas ¿qué harán á Zaida?

—Su alteza ir á pasear por el golfo con un saco, Zaida estár en este saco, su alteza arrojar el saco al mar y... buenas noches, Zaida.

Y el negro riendo por la chanzoneta que acababa de usar, enseñó dos filas de dientes blancos como perlas.

—¿Pero, cuándo será eso? replicó el gefe.

—¿Cuándo el qué? preguntó el negro.

—¿Cuándo se arrojará al mar á Zaida?

—Hoy. Empezar por Osmin, concluir por Zaida.

—¿Y eres tú quien se ha encargado de la ejecucion?

—Su alteza ha dado la órden á mí, dijo el negro irguiéndose con orgullo.

—Pero esa es comision del verdugo y no tuya.

—Su alteza no haber tenido tiempo de traer su verdugo, y ha traido cocinero conmigo. Dadme, pues, un gran cuchillo para cortar la cabeza á Osmin.

—Está bien, está bien, interrumpió el gefe de cocina; te se va á buscar tu gran cuchillo. Espérame aquí.

—Yo esperaros, dijo el negro.

El repostero fué corriendo á la habitacion del señor Martin Zir, y le comunicó la pretension del cocinero de su alteza.

El señor Martin Zir fué con igual presteza á casa de su escelencia el gefe de policía, y puso en su conocimiento lo que pasaba en su fonda.

Su escelencia hizo enganchar los caballos á su carruage y fué á casa del dey.

Encontró á su alteza medio tendido en un divan, con la espalda apoyada en la pared, fumando latakic en una pipa, con una pierna debajo del cuerpo y la otra estendida, haciéndose rascar la planta del pie por un icoglan y abanicar por dos esclavos.

El superintendente de policía hizo los tres saludos de costumbre y el dey inclinó su cabeza.

—Alteza, dijo su escelencia, soy el superintendente de la policía.

—Te conozco, respondió el dey.

—Entonces vuestra alteza, sabrá el motivo que me trae.

—No; pero no importa, sé bien venido.

—Vengo para impedir que vuestra alteza cometa un crímen,

—¡Un crímen! ¿Y cuál? dijo el dey quitándose la pipa de su boca y mirando á su interlocutor con la espresion de la mas profunda admiracion.

—¿Cuál? ¡Vuestra alteza lo pregunta! esclamó el superintendente. ¿Vuestra alteza no tiene la intencion de hacer cortar la cabeza á Osmin?

—Cortar la cabeza á Osmin no es un crímen, replicó el dey.

—¿Vuestra alteza no tiene la intencion de arrojar á Zaida al mar?

—Arrojar á Zaida al mar no es un crímen, replicó tambien el dey.

—¡Cómo! ¿No es un crímen arrojar á Zaida al mar y cortar la cabeza á Osmin?

—He comprado á Osmin por quinientas piastras, y á Zaida por mil zequíes, como compré esta pipa en cien ducados.

—¡Y bien! preguntó el superintendente, ¿á dónde quiere ir á parar vuestra alteza?

—A que como esta pipa me pertenece puedo hacerla diez pedazos, veinte, cincuenta, si me conviene, y nadie puede decirme nada. Y el pachá hizo añicos su pipa, cuyos pedazos arrojó por la habitacion.

—Está bien respecto á una pipa, dijo el superintendente; pero en cuanto á Osmin, en cuanto á Zaida.....

—Valen menos que una pipa, dijo gravemente el dey.

—¡Cómo menos que una pipa! ¡Un hombre menos que una pipa! ¡Una muger menos que una pipa!

—Osmin no es un hombre, Zaida no es una muger: son esclavos. Haré cortar la cabeza á Osmin; haré arrojar á Zaida al mar.

—No, dijo su escelencia.

—¡Cómo no! esclamó el pachá con un gesto de amenaza.

—No, repitió el superintendente, no, á lo menos en Nápoles.

—¿Giavur, dijo el dey, sabes como me llamo?

—Os llamais Hussein-Pachá.

—¡Pero cristiano! esclamó el dey con una cólera creciente; ¿sabes quién soy?

—Sois el ex-dey de Argel, y yo el superintendente actual de la policía de Nápoles.

—¿Y eso qué quiere decir? preguntó el dey.

—Quiere decir que voy á enviaros preso si sois imprudente, ¿lo entendeis, buen hombre? respondió el superintendente con la mayor sangre fria.

—¡Preso! murmuró el dey dejándose caer en su divan.

—Preso, dijo el superintendente.

—Está bien, replicó Hussein. Esta noche dejo á Nápoles.

—Vuestra alteza es libre como el aire, respondió el superintendente.

—Soy feliz, dijo el dey.

—Mas, sin embargo, con una condicion.

—¿Cuál?

—Que vuestra alteza me jurará por el profeta que no sucederá ninguna desgracia á Osmin ni á Zaida.

—Osmin y Zaida me pertenecen, dijo el dey, y haré de ellos lo que me agrade.

—Entonces vuestra alteza no partirá.

—¡Cómo! ¿no partiré?

—No, al menos antes de haberme entregado á Osmin y Zaida.

—¡Jamás! esclamó el dey.

—Entonces los prenderé, dijo el superintendente.

—¿Los prendereis? ¿Prendereis mi eunuco y mi esclava?

—Al poner el pie en tierra de Nápoles, vuestra esclava y vuestro eunuco se han convertido en libres. No saldreis de Nápoles sino á condicion de que los dos culpables serán entregados á la justicia del rey.

—Y si no quiero entregároslos, ¿quién me impedirá partir?

—Yo.

—¿Vos?

Y el pachá llevó la mano á su puñal; el superintendente le cogió el brazo por la muñeca.

—Venid aqui, le dijo conduciéndole hácia la ventana; mirad á la calle. ¿Qué veis á la puerta de la fonda?

—Un peloton de gendarmería.

—¿Sabeis lo que espera el gefe que la manda? Que le haga una señal para conduciros á la prision.

—¡A la prision yo! ¡Quisiera ver eso!

—¿Quereis verlo?

Su escelencia hizo una señal: un instante despues se oyó resonar en la escalera el ruido de dos fuertes botas armadas de espuelas. Casi al punto se abrió la puerta y el gefe de gendarmes apareció en el dintel con la mano derecha en su sombrero y la izquierda en la costura esterior de su pantalon.

—Gennaro, le dijo el superintendente de policía, si os doy la órden de detener al señor y conducirle á una prision, ¿encontrariais para ejecutarlo alguna dificultad?

—Ninguna, escelencia.

—¿Sabeis que el señor se llama Hussein-Pachá?

—No lo sabia.

—¿Y que el señor es nada menos que el dey de Argel?

—¿Qué es eso del dey de Argel?

—Ya lo veis, dijo el superintendente.

—¡Diablo! murmuró el dey.

—¿Hay que hacerlo? preguntó Gennaro sacando unas esposas de su bolsillo y adelantándose hácia Hussein-Pachá, quien viéndole dar un paso hácia adelante, dió por su parte otro hácia atrás.

—No, no hay necesidad, dijo el superinten-

dente. Su alteza será muy prudente. Solo si buscad por la fonda á un cierto Osmin y á una cierta Zaida, y conducidlos á ambos á la prefectura.

—¡Cómo, cómo! dijo el dey; ¿entrará ese hombre en mi harem?

—No veis un hombre aqui, respondió el superintendente; es un gefe de gendarmería.

—No importa. ¡No tendrá mas que dejar abierta la puerta!

—Tenemos un medio. Haced que le entreguen á Osmin y Zaida.

—¿Y serán castigados? preguntó el dey.

—Segun todo el rigor de nuestras leyes, respondió el superintendente.

—¿Me lo prometeis?

—Os lo juro.

—Entonces, dijo el dey, hay que contentarse con acceder á lo que quereis, puesto que no hay otro remedio.

—En buen hora, dijo el superintendente; bien sabia yo que no érais tan malo como aparentais serlo.

Hussein-Pachá dió dos palmadas; un esclavo abrió una puerta oculta en la pared.

—Haced bajar á Osmin y Zaida, dijo el dey.

El esclavo cruzó las manos sobre el pecho, inclinó la cabeza y se alejó sin responder una palabra. Un instante despues volvió á presentarse con los culpables.

El eunuco era una bolita de carne, grueso, grasiento, redondo, con pies y manos de muger, y el conjunto de su figura femenino tambien.

Zaida era una circasiana de ojos pintados con el *cool*, de dientes ennegrecidos con *betel*, de uñas sonrosadas por el *henne*.

Al ver á Hussein-Pachá, el eunuco cayó de rodillas, y Zaida levantó la cabeza. Chispearon los ojos del dey y llevó la mano á su *cangiar*. Osmin palideció, Zaida sonrió.

El superintendente se colocó entre el pachá y los culpables.

—Haced lo que he mandado, dijo volviéndose hácia Gennaro.

Gennaro se adelantó hácia Osmin y Zaida, les puso á ambos las esposas, y se los llevó.

En el momento en que abandonaban la habitacion con el gefe de los gendarmes, Hussein exhaló un suspiro que parecia mas bien un rugido.

El superintendente de policía se dirigió á la ventana, vió á los dos prisioneros salir de la fonda, y acompañados por su escolta, desaparecer por un estremo de la calle de Chiatamone.

—Ahora, dijo volviéndose hácia el dey, vuestra alteza es libre de partir cuando guste.

—¡En este mismo instante! esclamó Hussein; ¡en este mismo instante! ¡No permaneceré un momento mas en un pais tan bárbaro como el vuestro!

—¡Buen viage! dijo el superintendente.

—¡Id al diablo! dijo Hussein.

Aun no habia pasado una hora, y ya Hussein habia fletado un pequeño buque; dos horas despues habia hecho conducir allí sus mugeres y tesoros. En la misma noche se embarcó con su servidumbre, y á las doce se daba á la vela, maldiciendo aquel pais de esclavos donde no tenia uno libertad para cortar el pescuezo á su eunuco y ahogar á su muger.

Al dia siguiente, el superintendente hizo comparecer á su presencia á los dos culpables y sufrir un interrogatorio.

Osmin fué convicto de haber dormido cuando hubiera debido velar, y Zaida de haber velado cuando hubiera debido dormir.

Pero como en el código napolitano no estaban previstos aquellos dos crímenes de *lesa alteza argelina*, no podia aplicárseles ninguna clase de penas.

En consecuencia, Osmin y Zaida, con gran admiracion suya, fueron puestos en libertad al dia siguiente del en que el dey habia dejado á Nápoles.

Pero como no sabian ni el uno ni el otro qué habian de hacer no teniendo ni fortuna, ni profesion, se vieron obligados á crearse cada uno una industria.

Osmin se hizo comerciante de pastillas del serrallo, y Zaida dama de mostrador.

En cuanto al dey de Argel, habia salido de Nápoles con intencion de irse á Inglaterra, pais de donde habia oido decir que se gozaba al menos de la libertad de vender á su muger, á falta del derecho de ahogarla: pero se sintió indispuesto durante la travesía, y se vió obligado á detenerse en Liorna, donde, como es sabido, tuvo muy buena muerte, falleciendo, sin embargo, sin haber perdonado al señor Martin Zir, lo cual hubiera tenido grandes consecuencias para un cristiano, pero que no tiene importancia alguna para un turco.

II.

LOS CABALLOS ESPECTROS.

Habia sido yo recomendado al señor Martin Zir como artista: habia admirado su galería de pinturas, habia alabado su gabinete de curiosidades y aumentado su coleccion de autógrafos. De lo cual resultó que el señor Martin Zir la primera vez que por allí pasé, por mas breve que fuese mi estancia, me habia cobrado mucha aficion; y la prueba era, como en otra parte se ha visto, que se habia desprendido por hacerme un favor, de su cocinero Cama, cuya historia he referido (*véase el Speronare*) y que no tenia otra falta que ser *appassionatto de Roland*, y no poder su-

frir la mar sin marearse, lo cual era causa de que en tierra hiciese pocas proezas en la cocina, y de que en la mar no hiciera ninguna.

Asi, pues, el señor Martin Zir nos vió con gran placer, despues de tres meses de ausencia, durante los que el rumor de nuestra muerte habia llegado hasta él, apearnos á la puerta de su fonda.

Como su galería se habia aumentado con algunos lienzos, como su gabinete se habia enriquecido con algunas curiosidades, como á su coleccion de autógrafos habian añadido algunas firmas, me fué preciso ante todo recorrer la galería, visitar el gabinete y hojear los autógrafos.

Despues de lo cual le supliqué me diese una habitacion.

Sin embargo, no se trataba de perder mi tiempo en descansar. Estaba en Nápoles, es verdad; pero estaba alli bajo un nombre de contrabando; y como de un dia á otro podia descubrir el gobierno napolitano mi incógnito y suplicarme fuese á ver si continuaba permaneciendo en Roma su embajador, era necesario ver lo mas pronto posible la ciudad de Nápoles.

Pero Nápoles, aparte de sus cercanías, se compone de tres calles, á donde se va siempre, y de quinientas á donde no se va jamás.

Estas tres calles se llaman la de la Chiaja, la de Toledo y la de Forcella.

Las otras quinientas no tienen nombre. Es la obra de Dédalo; es el laberinto de Creta, sin el Minotauro, mas con los lazzaroni.

Hay tres modos de recorrer la ciudad de Nápoles.

A pie, en corricolo y en calesa.

A pie se pasa por todas partes.

En corricolo se pasa por casi todas.

En calesa no se pasa mas que por las calles de Chiaja, de Toledo y de Forcella.

No trataba de ir á pie. A pie se ven demasiadas cosas.

No trataba de ir en calesa. En calesa no se ven bastantes.

Quedaba el corricolo, término medio, justa mitad, eslabon intermediario que reunia los dos estremos.

Me fijé, pues, en el corricolo.

Hecha mi eleccion, llamé al señor Martin Zir. Subió al punto.

—Mi querido huésped, le dije, acabo de decidir como mas prudente, visitar la ciudad de Nápoles en corricolo.

—¡Magnífico! dijo el señor Martin Zir. El corricolo es nuestro carruage nacional, cuyo orígen se remonta á la mas alta antigüedad. Es la *biga* de los romanos, y veo con sumo placer que apreciais el corricolo.

—En el mas alto grado, mi querido huésped. Solo si desearia saber por cuánto tiempo á lo menos se alquila un corricolo.

—No se alquila un corricolo por un mes, me respondió el señor Martin.

—Entonces por una semana.

—No se alquila el corricolo por semana.

—Pues bien, por dia.

—No se alquila el corricolo por dia.

—¿Cómo, pues, se alquila el corricolo?

—Se monta en él cuando para y se dice: «Por un carlino.» Mientras dura el carlino, os lleva el cochero; gastado el carlino, os apea. ¿Quereis volver á comenzar? decis: «Por otro carlino;» el corricolo vuelve á partir, y asi sucesivamente.

—¿Pero por ese carlino se va donde uno quiere?

—No, se va donde el caballo quiere ir. El corricolo es como los globos, todavía no se ha encontrado el medio de darle direccion.

—Pero entonces, ¿por qué se va en corricolo?

—Por el placer de ir en él.

—¡Cómo! es por placer por lo que esos desventurados se hacinan en número de quince en un carruage donde dos van incómodos!

—No es por otra cosa.

—¡Es original!

—Es como lo digo.

—¿Pero y si yo propusiese á un propietario de corricolo alquilarle su berlina por mes, por semana ó por dia?

—Se negaria.

—¿Por qué?

—Porque no es costumbre.

—El la adquiriria.

—En Nápoles no se adquieren costumbres nuevas; se conservan las antiguas costumbres que se tienen.

—¿Lo creeis asi?

—Estoy seguro de ello.

—¡Diablo! ¡diablo! tenia otra idea formada del corricolo; eso me obligará á mi pesar á renunciar á él.

—No renuncieis.

—¿Y cómo quereis que no la haga, si no se puede alquilar los corricolos ni por mes, ni por semana, ni por dia?

—Comprad un corricolo.

—Es que no está hecho todo con comprar el corricolo, es preciso comprar con él los caballos.

—Comprad los caballos con él.

—Pero me costará los ojos de la cara.

—No.

—¿Cuánto me costará, pues?

—Voy á deciroslo.

Y el señor Martin, sin tomarse el trabajo de coger papel y pluma, dirigió la vista al techo y calculó de memoria.

—Eso os costara, replicó: el corricolo, diez ducados; cada caballo, treinta carlinos; los arreos, una pistola; total ochenta francos de Francia.

—¡Eso es maravilloso! ¡Y por diez ducados tendré un corricolo!

—Magnífico.

—¿Nuevo?

—¡Oh! pedís demasiado. En primer lugar no hay corricolos nuevos. El corricolo no existe, el corricolo se ha muerto, el corricolo ha recibido la muerte legalmente.

—¿Cómo es eso?

—Si, hay un bando de policía que prohibe á las carruageros hacer corricolos.

—¿Y cuánto tiempo hace que ese bando se ha publicado?

—¡Oh! acaso haga ya cincuenta años.

—Entonces, ¿cómo sobrevive el corricolo á semejante órden?

—¿Conoceis la historia del cuchillo de Juanito?

—¡Ya lo creo! es una crónica nacional.

—Sus sucesivos propietarios le habian mudado quince veces el mango.

—Y quince veces la hoja.

—Lo que no impedia que fuese siempre el mismo.

—Perfectamente.

—¡Y bien! esa es la historia del corricolo. Está prohibido hacer corricolos, pero no está prohibido poner ruedas nuevas á cajas viejas y cajas nuevas á ruedas viejas.

—¡Ah! comprendo.

—De ese modo, el corricolo resiste y se perpetua. De ese modo el corricolo es inmortal.

—¡Entonces viva el corricolo, con ruedas nuevas y caja vieja! Le hago volver á pintar, ¡y arrea cochero! ¿Pero y el tiro? Decís que por treinta francos tendré tiro.

—¡Magnífico! y que irá como el viento.

—¿Qué especie de caballos?

—¡Ah! ¡toma! caballos muertos.

—¡Cómo! ¿caballos muertos?

—Si; ya comprendeis que por ese precio no podeis exigir otra cosa.

—Veamos, entendamos, mi querido señor Martin, porque me parece que andamos en circunloquios.

—Nada de eso.

—Entonces, esplicadme el asunto; no quiero mas que instruirme, por eso viajo.

—¿Conoceis la historia de los caballos?

—¿La historia natural? ¿á Bufon? ciertamente: el caballo es despues del leon, el mas noble de los animales.

—No, la historia filosófica.

—Me he ocupado menos de ella; pero no importa, seguid.

—Ya sabeis las vicisitudes á que están sujetos esos nobles cuadrúpedos.

—¡Toma! cuando son potros se les dedica á la silla.

—¿Y despues?

—De la silla pasan á la berlina; de la berlina descienden al fiacre; del fiacre caen en la tartana; de la tartana se despeñan en el matadero.

—¿Y del matadero?

—Van al lugar donde se retiran las almas de los justos; á los Campos Elíseos supongo.

—¡Pues bien! aqui recorren una fase mas.

—¿Cuál?

—Del matadero van al corricolo.

—¿Cómo es eso?

—Ved el sitio donde se matan los caballos, en la punta de la Magdalena.

—Os escucho.

—Alli hay contínuamente aficionados.

—¡Está bien!

—Y cuando llevan un caballo.....

—¿Cuándo llevan un caballo que?

—Compran la piel por treinta carlinos; es el precio, hay una tarifa.

—¿Y bien?

—¡Y bien! en lugar de matar el caballo y de quitarle la piel, los aficionados cogen la piel y el caballo, y utilizan los dias que le quedan de vida al caballo, seguros como están de que la piel no se les escapará. Ved lo que es eso de caballos muertos.

—¿Pero qué diablo puede uno hacer con uno de esos desventurados animales?

—Se les engancha á los corricolos.

—¡Cómo! ¿aquellos que me han traido desde Salerno á Nápoles?...

—Eran fantasmas de caballos, caballos espectros.

—¡Pero no han dejado el galope!

—Los muertos van con velocidad.

—En último resultado comprendo que atracándolos de avena...

—¿De avena? ¡jamás un caballo de corricolo ha comido avena!

—¿Pues de qué viven?

—De lo que encuentran.

—¿Y qué encuentran?

—Toda clase de cosas, tronchos, berzas, hojas, escarola, sombreros viejos de paja.

—¿Y á qué hora toman su alimento?

—Por la noche se los lleva á pastar.

—Perfectamente. Nos quedan las guarniciones.

—¡Oh! en cuanto á eso, yo me encargo de ello.

—¿Y de los caballos?

—De los caballos tambien.

—¿Y del corricolo?

—Tambien, si con eso os presto un servicio.

—¿Y cuándo estará dispuesto todo eso?

—Mañana, por la mañana.

—¡Sois un hombre estimable!

—¿Necesitareis un cochero?

—No, lo guiaré yo mismo.

—Muy bien; pero mientras espereis, ¿qué hareis?

—¿Teneis un libro?

—Tengo mil doscientos volúmenes.

—Pues bien, leeré. ¿Teneis alguna cosa que trate de vuestra poblacion?

—¿Quereis *Napoli senza sole*?

—¿Nápoles sin sol?

—Si.

—¿Y qué es eso?

—Una obra para uso de las gentes de á pie, y que os será mas útil que todos los Ebels y todos los Ricardos de la tierra.

—¿Y de qué trata?

—De la manera de recorrer la ciudad de Nápoles á la sombra.

—Por la noche.

—No, de dia.

—¿A una hora dada?

—No, á todas horas.

—¿Aun al medio dia?

—Especialmente al medio dia. ¡Gran mérito tendria encontrar sombra al anochecer y por la mañana!

—¿Pero quién es el sábio geógrafo que ha ejecutado esa obra maestra?

—Un jesuita ignorante, á quien sus cofrades habian reconocido como demasiado animal para ocuparle en otra cosa.

—¿Y cuántos años le ha ocupado esa obra?

—Toda su vida..... Es una publicacion póstuma.

—¿Mediante la cual decís se puede?...

—Partir desde donde se quiera, é ir á donde agrade, en cualquier instante de la mañana, ó á cualquiera hora de la tarde que sea, sin recibir un rayo de sol.

—Ved ahi un hombre que merecia ser canonizado.

—No se sabe su nombre.

—¡Humana ingratitud!

—¿Es decir, que os agrada ese libro?

—¡Cómo! si es un tesoro. Enviádmele lo mas pronto posible.

Pasé el dia en estudiar aquel precioso itinerario: dos horas dsspues, conocia mi Nápoles sin sol, y hubiera ido á la sombra desde el puente de la Magdalena al Panstilipo, y de la Unaria á San Telmo.

Llegó la noche y con ella el fresco. Entonces, á aquella suave brisa del mar, ví que se abrieron todas las ventanas como para respirar. Las puertas rodaron sobre sus goznes, los carruages comenzaron á salir, Chiaja se llenó de trenes, y la Villa-Reale de paseantes.

Como todavía no tenia yo mi tren, me mezclé á los de á pie.

La Villa-Reale está frente á la fonda de la Victoria; es el paseo de Nápoles. Está situada relativamente á la calle de Chiaja, como el jardin de las Tullerías á la calle de Rivoli. Solo que en lugar del terraplen á orilla del agua, se ve allí la playa del Arno; el lugar del Sena es el Mediterráneo; en vez del muelle de Orsay, hay una estension inmensa, el espacio, el infinito.

La Villa-Reale es sin contradiccion el mas bonito y sobre todo el mas aristocrático paseo del mundo. Las gentes del pueblo, los aldeanos y los lacayos son rigorosamente escluidos de él, y no pueden pasear allí mas que una vez al año, el dia de la fiesta de la Madona del Pie de la Gruta. Asi que en ese dia se oprime la multitud en sus calles de acacias, en sus bosques de mirtos, alrededor de su templo circular. Todos, hombres y mugeres, acuden de veinte leguas en contorno con su trage nacional; Ischia, Caprea, Castellamare, Sorrento, Prócida, envian su diputacion, sus mas bellas hijas, y la solemnidad de este dia es tan grande, con tanto ardor esperada, que es costumbre hacer en los contratos matrimoniales una obligacion al marido de conducir á su muger al paseo de la Villa-Reale el 8 de setiembre de cada año, dia de la fiesta de la Madona di Pie di Grotta.

Al contrario que en las Tullerías, de donde se despeja al público en el momento en que es mas agradable pasear allí, la Villa-Reale permanece abierta toda la noche. Las grandes verjas se cierran, es verdad, pero dos puertecitas ocultas proporcionan á los paseantes rezagados una entrada y una salida siempre practicables á cualquier hora que sea.

Permanecimos hasta media noche sentados en la muralla que las olas azotaban. No podiamos dejar de mirar aquel mar límpido y azulado que acabábamos de surcar en todas direcciones, y al que íbamos á dar un adios. Jamás nos habia parecido tan bello.

Al entrar en la fonda encontramos al señor Martin Zir, quien nos previno que todos los encargos que le habiamos hecho estaban cumplidos, y que al dia siguiente nos esperaria nuestro vehículo á las ocho de la mañana á la puerta de la fonda.

Efectivamente, á la hora dicha, oimos sonar los cascabeles de nuestros resucitados; nos asomamos al balcon y vimos al rey de los corricoli.

Estaba pintado con el fondo rojizo y dibujos verdes. Estos dibujos representaban árboles, animales y arabescos. La composicion en conjunto representaba el paraiso terrenal.

Dos caballos que parecian llenos de impaciencia, desaparecian bajo los arreos, los penachos y los lazos de que estaban cubiertos.

En fin, un hombre, armado con una larga fusta, estaba de pie junto á nuestro tren, el que parecia admirar con toda la satisfaccion del orgullo.

Bajamos al punto y reconocimos en el hombre de la fusta á Francesco, es decir, al automedonte que nos habia conducido en calessino desde Salerno á Nápoles. El señor Martin Zir se habia dirigido á él como á un hombre de la profesion. Enorgullecido con la confianza, Francesco habia obrado activamente y en conciencia. Se habia agenciado la caja, habia comprado los caballos, encontrado de lance arreos casi nuevos: en fin, á pesar de la pretension que habiamos manifestado de guiar nosotros mismos, iba á ofrecernos sus servicios como cochero.

Empecé por pedirle la nota de sus gastos: me la presentó. Como habia dicho el señor Martin Zir, ascendia á ochenta y un francos.

Le dí noventa; puso su cruz por bajo de

total en forma de finiquito, luego le cogí el látigo de las manos, y me dispuse á montar en nuestro carruage.

—¿Acaso estos señores no me conservarán en su servicio? nos preguntó Francesco.

—¿Y para qué? amigo mio, respondí yo.

—Para hacer todo aquello de que soy capaz, y especialmente para hacer caminar vuestros caballos.

—¡Cómo! ¿para hacer marchar nuestros caballos?

—Si.

—Nosotros mismos los haremos andar perfectamente.

—Será preciso verlo.

—Ya he guiado yo otros mas briosos que los tuyos.

—No digo que sean briosos, escelencia.

—Y en una ciudad donde es mas difícil guiar que en Nápoles, donde hasta las cinco de la tarde no hay nadie en las calles.

—No dudo de la destreza de vuestra escelencia, pero....

—¿Pero qué?

—Pero vuestra escelencia acaso habrá guiado hasta hoy caballos vivos, mientras que....

—¿Mientras qué? Vamos, habla.

—Mientras que estos son caballos muertos.

—¿Y qué?

—¡Y qué! Haré observar á su escelencia que es una cosa muy distinta.

—Por qué?

—Su escelencia lo verá.

—¿Es que tienen resabios tus caballos?

—¡Oh! no, escelencia; son como la yegua de Rolando, á la que no faltaba ninguna buena cualidad; pero todas aquellas cualidades estaban compensadas con un solo defecto.

—¿Cuál?

—Estaba muerta.

—Pero si no andan conmigo, con nadie andarán.

—Perdonad, escelencia.

—¿Y quién los hará andar?

—Yo.

—Seria curioso hacer el esperimento.

—Hacedlo, escelencia.

Francesco fué con aire socarron á apoyarse en la puerta de la fonda, mientras que yo saltaba al corricolo donde me esperaba Jadin, y me acomodaba junto á él.

Apenas instalado, recogí las riendas con la mano izquierda y largué con la derecha un latigazo que alcanzó al troton y al vivaracho. Ni uno ni otro se movieron; se hubiese dicho que eran caballos de mármol.

Habia manejado el látigo de derecha á izquierda, y volví á comenzar manejándole de izquierda á derecha. La misma inmovilidad.

Dirigí la fusta á las orejas. Se contentaron con moverse como hubieran hecho para libertarse de una mosca que les hubiese picado.

Cogí el látigo por la fusta y sacudí con el mango. Se contentaron con mover la piel, como hace un asno cuando quiere lanzar á tierra á su caballero.

Esto duró diez minutos.

En este tiempo todos los balcones de la fonda se habian abierto y habia á nuestro alrededor un círculo de doscientos lazzaroni.

Ví que estaba representando una comedia gratis á la poblacion de Nápoles. Como no habia yo ido á competir con el polichinela, tomé mi resolucion. En el mismo instante arrojé el látigo á Francesco con curiosidad de ver cómo salia del paso á su vez.

Francesco saltó á la trasera, cogió las riendas que le entregué, lanzó un grito, sacudió un fustazo, y partimos al galope.

Despues de algunas evoluciones alrededor de la plaza, Francesco llegó por fin á dirigir su tren hácia la calle de la Chiaja.

III.

CHIAJA.

Chiaja no es mas que una calle: no puede, pues, ofrecer de curioso sino lo que ofrece toda calle, es decir, una larga hilera de edificios modernos de mejor ó peor gusto. Por lo demas Chiaja, como la calle de Rívoli, tiene una ventaja sobre todas las demas; y es la de no presentar mas que una sola línea de puertas, de balcones y de piedras colocadas con mas ó menos simetría unas sobre otras. La línea paralela está ocupada por los árboles cortados en forma de bóveda, de la Villa-Reale; de modo que desde el piso principal de las casas, ó mas bien de los palacios de la calle de Chiaja, como se las llama en Nápoles, se domina esta segunda parte del golfo, separado de la otra por el castillo del *Ovo*.

Pero si la calle de Chiaja no tiene curiosidades que observar en sí misma, conduce á una parte de las curiosidades de Nápoles; por ella es por donde se va al sepulcro de Virgilio, á la Gruta del Perro, al lago de Agnano, á Pouzzoles, á Baia, al lago de Averna y á los Campos Elíseos.

Ademas y sobre todo, es la calle en donde todos los dias á las tres de la tarde en el invierno y á las cinco en el verano, se pasea la aristocracia napolitana.

Vamos, pues, á abandonar la descripcion de los palacios de Chiaja á cualquier honrado arquitecto que nos probará que el arte de la construccion ha hecho grandes progresos desde Miguel Angel hasta nosotros, y vamos á decir algunas palabras de la aristocracia napolitana.

Los nobles de Nápoles, como los de Vene-

cia, jamás señalan fecha al orígen de su familia. Acaso tendrán un fin, pero de seguro no han tenido principio. Segun ellos, la época floreciente de sus casas era en tiempo de los emperadores romanos: citan con mucha frescura entre sus abuelos á los Fabios, los Marcelos, los Escipiones. Los que no ven clara su genealogía mas que hasta el siglo XII, son de la nobleza ínfima, el deshecho de la aristocracia.

Como todas las demas noblezas europeas, con algunas escepciones, la nobleza de Nápoles está arruinada. Cuando digo arruinada, es claro que debe tomarse la palabra en una acepcion relativa. Es decir, que los mas ricos son pobres comparativamente á lo que eran sus antepasados.

Por lo demas, no hay en Nápoles cuatro fortunas que lleguen á quinientas mil libras de renta, veinte que pasen de doscientas mil, y cincuenta que fluctuen entre ciento y ciento cincuenta mil. Las rentas mas comunes son de cinco á diez mil ducados. El comun de los mártires tiene mil escudos de renta; algunas veces menos. No hablemos de deudas.

Pero lo mas curioso es que hay que estar prevenido con respecto á esa diferencia para apercibirse de ella. En la apariencia todos tienen la misma fortuna.

Consiste esto en que generalmente todos viven en su carruage y en su palco.

En efecto; esceptuando solo los trenes del duque de Evoli, del príncipe de San Antimo ó del duque de San Theodo que salen de la esfera comun, todos los demas poseen un tilburi mas ó menos nuevo, dos caballos mas ó menos viejos, una librea mas ó menos deteriorada; frecuentemente no se observa á primera vista mas que un mismo matiz en las fortunas entre las que media un abismo.

En cuanto á las casas casi siempre están cerradas herméticamente para los estrangeros. Cuatro ó cinco palacios principales abren orgullosamente sus galerías durante el dia, y fastuosamente sus salones por la noche; pero todos los demas están como de luto.

Pasó el tiempo en que, á la manera de Fernando de Orsini, duque de Gravina, se escribia encima de las puertas: *Sibi, suisque et amicis, omnibus*; para sí, para los suyos y para sus amigos, para todos.

Es que, aparte de esas ricas mansiones, que perpetuan en Nápoles la hospitalidad nacional, las demas han decaido mas ó menos de su antiguo esplendor.

El curioso que, con ayuda de Asmodeo, levantase la azotea de la mayor parte de esos palacios, encontraria en una tercera parte la estrechez, y en las otras dos la miseria.

Gracias que, con la vida en carruage y en palco, nada se ve de todo esto. Deja uno su tarjeta en el palacio, pero se encuentra en el Corso y se hacen las visitas en el Fondo ó en San Cárlos. De este modo, se salva el orgullo; y como Francisco I todo se ha perdido, pero á lo menos queda el honor.

Me direis que desgraciadamente no se come con el honor, y es preciso comer para vivir. Porque es evidente que cuando se cuenta con mil escudos de renta para costear un carruage, alimentar dos caballos, pagar el salario de un cochero y el abono de un palco en el Fondo ó en San Cárlos, no debe quedar gran cosa para hacer frente al gasto de la mesa. A lo cual responderé que Dios es grande, la mar profunda, los *macarroni* á dos cuartos la libra, y el *asprino* de Aversa á dos ochavos el *fiasco*.

Para instruccion de nuestros lectores, que probablemente no saben lo que es el *asprino* de Aversa, pondremos en su conocimiento que es un vinillo muy hermoso, término medio entre el de Champagne y la sidra de la Normandía. Asi pues, con pescado, *macarroni* y *asprino*, hace uno en su casa una magnífica comida que cuesta cuatro cuartos por persona. Suponed que la familia se compone de cinco personas; es veinte cuartos.

Quedan nueve francos para sostener el honor del nombre.

¿Pero y el almuerzo?

No se almuerza. Está probado que nada es mas sano que hacer una sola comida en las veinte y cuatro horas del dia. Solo si, la comida cambia de tiempo y de hora segun la estacion en que se hace. En invierno se come á las dos, y mediante aquella comida quedan ya satisfechos hasta las dos del dia siguiente. En verano se cena á media noche, y mediante esta cena, hay ya bastante hasta el dia siguiente á media noche.

Ademas, hay tambien los elegantes que comen pan sin *macarroni*, ó *macarroni* sin pan, para ir á tomar por la noche, haciendo gran ruido, un helado en casa de Doncelli ó de Benvenuti.

Escusado es decir que esta higiene no se adopta mas que por las bolsas escuálidas. Los que tienen cien mil libras de renta tienen un cocinero francés, cuya filiacion y certificados están tan en regla como la genealogía de un caballo árabe. Estos hacen dos y algunas veces tres comidas al dia. Para ellos no hay pais: el Paraiso está en todas partes.

El primer placer de la aristocracia napolitana es el juego. Por la mañana se va al casino y se juega; por la tarde al paseo, y por la noche se asiste al teatro. Despues del teatro se vuelve al casino y alli se juega otra vez.

La aristocracia no tiene mas que una carrera abierta: la diplomacia. Pero como por mas estendidas que estén sus relaciones con las demas potencias, no ocupa el rey de Nápoles en sus embajadas y consulados mas de unas sesenta personas, resulta que las cinco sestas partes de jóvenes nobles no saben que hacer, y por consecuencia no hacen nada.

En cuanto á la carrera militar, no tiene

porvenir. La carrera comercial carece de consideracion.

No hablo de las carreras literarias ó científicas porque no existen: hay en Nápoles, como en todas partes, mas que en las demas partes, cierta cantidad de sabios que disputan acerca de la forma de las tenacillas griegas y de las badilas romanas, los cuales se injurian á propósito del gran mosáico de Pompeya y de las estátuas de los dos Balbos. Pero esto pasa en familia, y nadie se ocupa de semejantes puerilidades.

El objeto importante es el amor. Florencia es el pais del placer; Roma el del amor; Nápoles el de la sensacion.

En Nápoles se decide inmediatamente la suerte de un enamorado. O es simpático ó antipático al primer golpe de vista. Si es antipático ni solícitos cuidados, ni obsequios, ni constancia será bastante para hacerle amar. Si es simpático, se le ama sin mucha dilacion: la vida es corta y el tiempo que se pierde no se vuelve á recobrar. El amante preferido se instala en la casa; se le reconoce, á pesar de la respetuosa distancia á que se mantiene de la señora de la casa, en el descuido con que se sienta y en el modo desenvuelto con que apoya su cabeza en los frescos. Ademas, él es el que llama á los domésticos, quien despide las visitas, y quien recoge los pescados encarnados que los nenes hacen caer desde la pezera al suelo.

En cuanto al amante desgraciado, se retira completamente consolado, seguro de que su infortunio no será eterno, y que bien pronto encontrará otra parte donde recoger pescados encarnados.

La aristocracia napolitana es poco instruida: en general su educacion es descuidada en la parte intelectual; consiste esto en que no hay en todo Nápoles un colegio bueno, si se esceptua el de los jesuitas. En cambio, los que saben, saben bien; han aprendido con profesores particulares. He visto señoras mas fuertes en historia, en filosofía y en política que ciertos historiadores, ciertos filósofos y ciertos hombres de estado de Francia. La familia del marqués de Gargallo, por ejemplo, es una cosa milagrosa en su género. El hijo escribe nuestro idioma como Cárlos Nodier, y las hijas le hablan como madama Sévigné.

Los ejercicios físicos son por el contrario, muy cursados en Nápoles; casi todos los hombres montan bien á caballo, y tiran de un modo notable la escopeta, la espada y la pistola. Su reputacion sobre este punto está bastante estendida y es casi incontestable, son duelistas muy peligrosos.

Este último periodo de nuestra narracion, nos conduce naturalmente á hablar del valor de los napolitanos.

La nacion napolitana, proporcionalmente y en razon del estado político de la Italia actual, no es ni una nacion militar como la Prusia, ni una nacion guerrera como la Francia, es una nacion de pasiones. El napolitano insultado en su honor, exaltado por su patriotismo, amenazado en su religion, se bate con un valor admirable. En Nápoles un duelo es aceptado tan pronto y con tanto atrevimiento como en cualquier otra parte: y si varia en los preliminares que son, segun las costumbres de las localidades, el desenlace es siempre llevado á cabo con tanto arrojo como en París, San Petersburgo ó en Lóndres. Citaremos algunos hechos.

El conde de Rocca Romana, el San Jorge de Nápoles, tiene una disputa con un coronel; se señala el sitio en Castellamare, el arma elegida es el sable. El coronel francés se presenta en el lugar designado á caballo; Rocca Romana toma un fiacre y llega al parage donde le espera su adversario; el coronel recuerda á Rocca Romana, que una de las condiciones del duelo es que se verificará á caballo.

—Es verdad, responde Rocca Romana; lo habia olvidado; pero eso no importa, el olvido es fácil de reparar. Al punto desenganchan uno de los caballos de su fiacre, da un salto sobre él, se bate sin silla y sin brida y mata á su adversario.

En la época de la restauracion, es decir, hácia 1815, Fernando, abuelo del rey actual, de vuelta á Nápoles de donde estaba ausente hacia diez ó doce años, quiso restablecer los guardias de Corps. En consecuencia, se reunió aquel cuerpo privilegiado formándolo de las primeras familias de ambos reinos, y se dividió en cinco compañías, tres napolitanas y dos sicilianas.

Ya he dicho en el *Speronare* en el artículo de Palermo, la profunda antipatía que separa á los dos pueblos. Compréndese, pues, que los sicilianos y los napolitanos no bien se hallaron en contacto, sobre todo en aquella época en que los odios políticos estaban todavía palpitantes, cuando las desavenencias estallaron. Algunos desafíos sin consecuencia tuvieron lugar al principio, pero muy pronto se resolvió en cierto modo confiar la causa de los dos pueblos á dos campeones elegidos entre sus hijos. Se queria ver de ese modo no solo un rencor vengado, sino una revelacion supersticiosa del porvenir. La eleccion recayó en el marqués de Crescimani, siciliano, y el príncipe Mirelli, napolitano. Verificada esta eleccion y aceptada por los adversarios, se decidió que se batirian á pistola, á la distancia de veinte pasos, y hasta herirse gravemente uno de los dos campeones.

Diremos una palabra acerca del príncipe Mirelli de quien vamos á ocuparnos especialmente.

Era un jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años, príncipe de Teora, marqués de Mirelli, conde de Cruza, y que descendia en línea recta del famoso condottiere Dudone de Conza, de quien habla el Tasso. Era rico,

buena figura y poeta; habia por tanto recibido del cielo todas las dotes de una vida feliz, pero un mal augurio habia dado un matiz triste á su entrada en la vida. Mirelli habia nacido en la aldea de San Antimo, feudo de su familia. Apenas se supo que su madre habia parido un hijo se comunicó la órden á la capilla de un convento de que echasen las campanas á vuelo para anunciar aquel feliz suceso á toda la poblacion. El sacristan estaba ausente; un fraile se encargó de aquel cuidado; pero inhábil en tal ejercicio, en el movimiento de rotacion se dejó arrebatar por la cuerda, y en lo mas alto de su ascension, perdiendo la cabeza, poseido de un vértigo, abandonó su punto de apoyó, cayó en el coro y se rompió las dos piernas. A pesar de haber quedado tan mutilado, no por eso dejó el pobre religioso de arrastrarse hasta la puerta del coro, desde donde pidió auxilio; acudieron en su socorro y le trasportaron á su celda; pero por mas cuidados que le prodigaron, espiró al dia siguiente.

Este suceso habia hecho gran sensacion en la familia; y esta historia referida al jóven Mirelli muchas veces, se habia grabado profundamente en su imaginacion. Sin embargo, rara vez hablaba de ello.

He aqui el hombre que los napolitanos habian elegido para su campeon.

En cuanto al marqués de Crescimani, era un hombre muy digno de ser opuesto á Mirelli, por mas que las cualidades que habia recibido del cielo, fuesen acaso menos brillantes que las de su jóven adversario.

El dia y en la hora convenida, se encontraron los dos rivales frente á frente: ni uno ni otro estaban animados de odio alguno personal, antes por el contrario, habian vivido hasta alli mas bien como amigos que como enemigos.

Al llegar al sitio de la cita, se adelantaron el uno hácia el otro sonriendo, se apretaron la mano y se pusieron á hablar de cosas indiferentes, mientras los testigos arreglaron las condiciones del combate.

Llegado el momento, se alejaron veinte pasos, recibieron sus armas cargadas, se saludaron sonriendo, y luego, dada la señal, dispararon los dos uno sobre otro: ninguno de los dos disparos acertó.

Mientras se volvian á cargar las armas, Mirelli y Crescimani se dirigieron algunas palabras sobre su mútua torpeza, pero sin abandonar su puesto. Volvieron á entregarles las pistolas cargadas de nuevo. Hicieron fuego por segunda vez, y entonces, como á la primera, los dos erraron.

En fin, al tercer disparo cayó Mirelli.

Una bala le habia atravesado de parte á parte por encima de las caderas; creyósele muerto, pero cuando se acercaron á él, vieron que solo estaba herido. Verdad es que la herida era terrible; la bala le habia atravesado todo el cuerpo, y al pasarle habia roto el tubo intestinal.

Hicieron aproximar un carruage para trasportar al herido á su casa; quisieron sostenerle para ayudarle á subir en él; mas separó con la mano á los que le ofrecian su ayuda, y levantándose precipitadamente haciendo sobre sí mismo un esfuerzo increible, se lanzó en el carruage diciendo:

—Vamos, pues; no se dirá que he tenido necesidad de que me sostengan para subir, aunque fuese á mi góndola.

Apenas entró en el carruage, se exacerbó el dolor, y se desmayó. Llegado á su casa, quiso apearse como habia montado, pero no se lo permitieron. Dos amigos le cogieron en brazos y le llevaron á su lecho.

Enviaron á buscar al mejor cirujano de Nápoles, el doctor Penza; era un hombre que se habia ganado en la ciencia un nombre europeo. El doctor sondeó la herida y dijo que de nada respondia, pero que en todo caso la cura seria larga y horriblemente dolorosa.

—Haced lo que querais, doctor, dijo Mirelli. Mario no arrojó un grito mientras le disecaban la pierna; yo seré mudo como Mario.

—Si, dijo el doctor; pero cuando el cirujano concluyó con la pierna derecha, no permitió Mario entregarle la izquierda. No me dejeis emprender una operacion para detenerme en medio de ella.

—Llegareis hasta lo último, doctor, estad tranquilo, respondió Mirelli; mi cuerpo os pertenece, y podeis anatomizarle á vuestro placer.

Con esta seguridad comenzó el doctor.

Mirelli cumplió su palabra; pero á medida que la noche se aproximaba, parecia mas agitado, mas inquieto, tenia una fiebre intensísima. Velábale su madre con dos de sus amigos. A eso de las once se durmió, pero á la primer campanada de las doce despertó. Entonces, sin que viera al parecer á los que estaban alli, se apoyó sobre el codo, y se puso como á escuchar. Estaba pálido como un muerto, pero sus ojos tenian el ardor del delirio. Pero á poco se fijaron sus miradas en una puerta que daba á un gran salon. Su madre se levantó y le preguntó si necesitaba algo.

—No, nada, respondió Mirelli; es él que viene.

—¿Quién es él? preguntó su madre alarmada.

—¿Oís el roce de su hábito en el salon? esclamó el herido. ¿Lo oís? Mirad, viene, se aproxima; ved, la puerta se abre.... sin que nadie la empuje.... ¡Vedle ahí.... vedle ahí!... Entra.... se arrastra sobre sus piernas rotas.... viene derecho á mi cama. Levanta tu capucha, fraile, levanta tu capucha, vea yo tu rostro. ¿Qué quieres?.... ¡habla.... veamos!.... ¿vienes á buscarme?.... ¿de dónde sales?.... de la tierra.... Mirad, ¿le veis?.... levanta las dos

manos, las bate la una contra la otra; producen un sonido hueco, como si no tuviesen nada de carne.... ¡Pues bien! si, te escucho, ¡habla!....

Y Mirelli, en lugar de intentar huir de la terrible vision, se aproximaba al borde de su cama como para oir sus palabras; mas al cabo de algunos segundos de prestar atencion, durante los cuales permaneció en la actitud de un hombre que escucha, arrojó un profundo suspiro, y cayó sobre su lecho murmurando:

—¡El fraile de San Antimo!

Solo entonces fué cuando recordaron aquel suceso acaecido el dia de su nacimiento, es decir, veinte y cinco años antes, y que conservándose siempre vivo en la imaginacion del jóven, tomaba un cuerpo en medio del delirio.

Al dia siguiente, sea que Mirelli hubiese olvidado la aparicion, ó que él no quiso dar ningun detalle, respondió á todas las preguntas que le hicieron que ignoraba completamente lo que querian decirle.

Durante tres meses se renovó la aparicion infernal todas las noches, destruyendo de ese modo en pocos minutos los progresos que hacia su curacion en lo demas del tiempo. Mirelli parecia ya un espectro. En fin, una noche pidió con insistencia le dejasen solo, y con tal tenacidad, que su madre y sus amigos no pudieron oponerse á su voluntad. A las nueve, habiendo abandonado todos la alcoba, puso su espada bajo la almohada y esperó. Sin que él lo supiese, estaba oculto uno de sus amigos en una habitacion inmediata, mirando por una puerta vidriera, y dispuesto á auxiliar al enfermo si tenia necesidad de socorro. A las diez se durmió como de costumbre, pero á la primera campanada de las doce se despertó. Al punto le vió incorporarse sobre el lecho y mirar hácia la puerta con vista fija y febril; un instante despues enjugó su frente, por la que le corria el sudor; se le erizaron los cabellos y una leve sonrisa vagó por sus labios; luego, cogiendo su espada, la sacó fuera de la vaina, saltó de la cama, tiró dos estocadas como si hubiese querido atravesar á alguno con la afilada hoja, y lanzando un grito, cayó desmayado sobre el pavimento.

El amigo que estaba observando acudió al punto y llevó á Mirelli á su lecho: mas apretaba éste con tanta fuerza la guarnicion de su espada, que no se le pudo arrancar de la mano.

Al dia siguente hizo venir al superior de San Antimo, y le pidió, en el caso de que muriese á consecuencia de su herida, se le enterrase en el claustro del convento, reclamando ese favor, si escapaba con vida por entonces, para la época en que muriese, cualquiera que fuese esa época y el lugar en que espirase. Luego refirió á sus amigos que habia resuelto la víspera desembarazarse del fantasma luchando cuerpo á cuerpo, pero que habiendo sido vencido, le habia prometido hacerse enterrar en su convento; promesa á que no habia querido acceder hasta entonces; tanto le repugnaba que pareciese cedia á un temor, aunque fuese religioso y sobrenatural.

A partir desde aquel momento, la vision desapareció, y nueve meses despues Mirelli estaba completamente curado.

Hemos referido en detalle esta anécdota, en primer lugar porque semejantes leyendas, especialmente entre los contemporáneos, son raras en Italia, pais el menos fantástico de la tierra; y ademas porque nos ha parecido que presentaba en un solo hombre tres clases de valor muy diferentes: el valor patriótico, que consiste en arriesgar con indiferencia su vida por la causa de la patria; el valor físico, que consiste en soportar heróicamente el dolor; y en fin, el valor moral, que consiste en reaccionarse contra lo invisible y en luchar contra lo desconocido. Bayardo ciertamente hubiese tenido los dos primero, pero es dudoso que hubiera tenido el tercero.

Ahora pasemos al valor civil.

Estamos en 99; los franceses han evacuado la ciudad de las delicias. El cardenal Ruffo, habiendo partido de Palermo, bajado por la Calabria y sostenido por las flotas turca, rusa é inglesa que bloquean el fuerte, ha sitiado á Nápoles, y viendo la imposibilidad de tomar la ciudad, defendida del lado de tierra por Caracciolo, y por la parte del mar por Manthony Caraffa y Schiapani, ha firmado una capitulacion que asegura á los patriotas la vida y la fortuna libres: cerca de su firma se lee la de Foote, comandante de la flota británica; de Kerandy, comandante de la flota rusa, y de Bonnien, comandante de la flota otomana. Pero en una noche de desórden y de orgía, Nelson desgarra el tratado. Al dia siguiente declara que la capitulacion es nula, que Bonnien, Kerandy y Foote se han estralimitado de sus poderes tratando con los rebeldes y entregó al encono de la córte, en cambio del amor de lady Hamilton, los rebaños de víctimas que se le piden. Entonces hubo espectáculos y diversion para muchos dias, porque habia cerca de veinte mil cabezas que hacer caer. Pues bien: todas aquellas cabezas cayeron, y ni una tan solo cayó deshonrada por una lágrima ó por un suspiro.

Citemos al acaso algunos ejemplos.

Cyrillo y Pagano son sentenciados á la horca. Como Andrés Chenier y Roucher, se encuentran al pie del cadalso: alli disputan sobre quién morirá el primero, y como ninguno de los dos quiere ceder su sitio al otro, echan pajas. Gana Pagano, tiende la mano á Cyrillo, pone entre sus dientes la tira con que habian echado suertes, y sube la ignominiosa escalera con la sonrisa en los labios y la serenidad retratada en su frente.

Hector Caraffa, tio del compositor, es sentenciado á ser decapitado; llega al cadalso, le preguntan si tiene algun deseo que espresar.

—Si, dice, deseo mirar el acero de la cuchilla.

Es guillotinado echado de espaldas en lugar de estar tendido boca abajo.

Aunque este artículo está consagrado á la aristocracia, diremos algunas palabras acerca del valor religioso. Este valor es el del pueblo.

En el momento en que Championnet marchaba sobre Nápoles proclamando la libertad de los pueblos y creando repúblicas á su paso, esparcieron los realistas en la ciudad el rumor de que los franceses iban para quemar las casas, saquear las iglesias, robar las esposas y las doncellas, y trasportar á Francia la estátua de San Genaro. A estas acusaciones, tanto mas acreditadas cuanto mas absurdas son, los lazzaroni, á quienes las palabras honor, patria y libertad no hubieran podido despertar de su sueño, se levantan de los pórticos de los palacios de que hacen su mansion, llenan las plazas públicas, se arman de piedras y de palos, y medio desnudos, sin gefes, sin táctica militar, con el instinto de las bestias salvages que defienden su guarida, su hembra y sus cachorros, y á los gritos de: ¡viva San Genaro! ¡viva la santa fé! ¡mueran los jacobinos! combaten sesenta horas con los soldados que habian vencido en Montenotte, atravesado el puente de Lodi y tomado á Mántua. Al cabo de este tiempo, Championnet no habia conseguido todavía mas que llegar á la puerta de San Genaro, sin ganar un palmo de terreno en todos los demas puntos.

Se me objetará sin duda á todo esto con la revolucion de 1820, el paso de los Abruzzos abandonado sin lucha. Responderé una sola cosa, y es que los gefes que mandaban aquel ejército, y que tenian enfrente las bayonetas austriacas, veian levantarse tras sí las hogueras y los patíbulos de 99; que sabian se les hacia traicion en Nápoles mientras iban á morir á la frontera; y en fin, que era una guerra nacional que Pepé y Carrascosa habian emprendido á su cuenta y riesgo, y que el pueblo napolitano no habia sancionado.

Cuando atravesamos el reino de Nápoles con nuestras ideas liberales adquiridas, no en el estudio individual de los pueblos, sino en simples teorías emitidas por los publicistas, y echamos una ojeada al aspecto de ese pueblo que vimos tendido casi desnudo sobre el pavimento de los palacios y en los ángulos de las encrucijadas donde come, duerme y vela, nuestro corazon se comprimió al ver aquella aparente miseria y en nuestro filantrópico ímpetu, esclamamos: «el pueblo napolitano es el pueblo mas desgraciado de la tierra!» Nos engañamos estraordinariamente.

No, el pueblo napolitano no es desgraciado, porque sus necesidades están en armonía con sus aspiraciones. ¿Qué necesita para comer? Una *pizza* ó un pedazo de *cocomero* que pone entre sus dientes: ¿qué necesita para dormir? Una piedra para poner bajo su cabeza. Su desnudez, que tomamos nosotros por un dolor, es por el contrario un placer en aquel clima ardiente como el sol que reviste con sus colores. ¿Qué dosel mas magnífico podria pedir á los palacios que le prestan su suelo que el cielo aterciopelado que centellea sobre su cabeza? Cada una de esas estrellas que brillan en la bóveda del celeste firmamento ¿no es en su creencia una lámpara que arde al pie de la Madona? ¿Con dos granos diarios no se procura lo necesario? Y de lo supérfluo ¿no le queda todavía con que pagar generosamente al poeta improvisador del muelle y al conductor del corricolo?

Lo que es desgraciado en Nápoles es la aristocracia que con leves escepciones está arruinada, como hemos dicho, hablando de la nobleza de Sicilia, por la abolicion de los mayorazgos y fideicomisos; la nobleza que lleva un gran nombre y que no tiene con que dorarle, que posee palacios y deja vender sus muebles.

Lo que es desgraciado en Nápoles es la clase media que ni tiene comercio ni industria, que posee una pluma y no puede escribir, que goza una voz y no puede hablar; esa clase que calcula que tendrá tiempo sobrado de haber muerto de hambre antes que reuna en sí bastante número de nobles filósofos y de *lazzaroni* inteligentes para formarse una mayoría constitucional.

A su debido tiempo volveremos á hablar acerca del *mezzo ceto* y de los *lazzaroni*. Este artículo nos ha llevado ya demasiado lejos, puesto que no debia consagrarse mas que á la nobleza; pero de deduccion en deduccion se da la vuelta al mundo. Tranquilícese el lector; descubrimos á tiempo nuestro error y nos detenemos en Toledo.

IV.

TOLEDO.

Toledo es la calle de todo el mundo. Es la calle de los *restaurans*, de los cafés, de los comercios; es la arteria que alimenta y atraviesa todos los barrios de la ciudad; es el rio donde van á desaguar todos los torrentes de la multitud. La aristocracia pasea por ella en carruage, la clase media vende alli sus telas, el pueblo sestea en su espacio. Para el noble es un paseo, para el comerciante un bazar, para el *lazzaroni* un domicilio.

Toledo es tambien el primer paso dado por Nápoles hácia la civilizacion moderna, tal como la entienden nuestros progresistas: es el lugar que reune la antigua ciudad poética

y la ciudad moderna industrial. En un terreno neutro donde se pueden seguir con curiosa mirada los restos del antiguo mundo que se va y las invasiones del nuevo que llega. Al lado de la clásica hostería con sus cortinas viejas manchadas por las moscas, un galante pastelero francés ostenta su muger, sus tortas y sus *savaraces*.

Frente de un respetable fabricante de antigüedades para uso de los señores ingleses, se muestra orgulloso un comerciante de fósforos. Encima de una administracion de loterías se ve un brillante salon de peluquería; en fin, como último rasgo característico de la fusion que se verifica, la calle de Toledo está enlosada de lava como Herculano y Pompeya, iluminada de gas como Lóndres y París.

Todo es digno de verse en la calle de Toledo; pero como es imposible describir todo, preciso es limitarse á tres palacios que son los que mas resaltan y lo mas notable de ella: el palacio del rey en un estremo, el de la ciudad en otro, y en medio el palacio de Barbbaja.

En cuanto al palacio del rey de Nápoles, ocasion se presentará de ocuparnos de él. Pasemos al de la ciudad. La ciudad se compone primero de una carroza de doce asientos pintada y dorada al estilo mas lindo español del siglo XVII; segundo, de doce magistrados elegidos por mitad entre los nobles y entre los ciudadanos napolitanos que llevan altivamente la capa y la espada, calzados con zapatos bajos de hebillas y peinados con enormes pelucas á lo Luis XIV; tercero, de seis caballos enjaezados con penachos y caparazones de lo mas magnífico. Ahora bien, las funciones respectivas de todo el personal de la ciudad son las siguientes: la carroza tiene que salir dos veces por año de su cochera, los doce magistrados están encargados de sentarse en la carroza, y los seis caballos están obligados á arrastrar el conjunto de un estremo de la calle de Toledo al otro, lo mas lentamente posible. Todos cumplen con completa exactitud sus deberes.

Resta, pues, esplicar á mis lectores lo que es, ó mas bien, lo que era Barbbaja; porque ¡ay! en el momento en que escribo estas líneas este grande hombre ha desaparecido. Aquella inmensa gloria se ha desvanecido, su astro brillante se ha eclipsado.

Domenico Barbbaja era el verdadero tipo del *Impresario* italiano. En Francia conocemos el director, el administrador, el comisario régio, el tesorero, los censores, mas no conocemos el *impresario*. El *impresario* es todo eso á la vez, pero todavía es mas. Nuestros teatros son regidos constitucionalmente, nuestros directores reinan y no gobiernan, siguiendo la célebre máxima parlamentaria. El *impresario* italiano es un déspota, un czar, un sultan, que reina por el derecho divino en su teatro no teniendo, como los reyes mas legítimos, otras reglas que su propia voluntad, ni deben dar cuenta de su administracion mas que á Dios y á su conciencia.

Es á la vez para los artistas un hábil esplotador y un padre indulgente, un señor absoluto y un amigo fiel, un guia esclarecido y un juez incorruptible.

Es un hombre que hace la trata de blancos por su cuenta y que dispone de ellos á su voluntad sin reconocer á nadie en el mundo el derecho de visita en las tablas, que cubre la mercancía con su pabellon, que defiende los derechos de este pabellon con una intrepidez enteramente americana. Por lo demas, el *impresario* no tiene solo el derecho á su favor, cuenta tambien con la fuerza. Tiene á sus órdenes un piquete de caballería y un peloton de infantería, un comisario de policía y un capitan de villa, esbirros, carabineros y gendarmes para llevar inmediatamente á la cárcel á los cantantes de quienes se puede sospechar tienen maulerías, ó al pueblo que se atreviera á silbar sin razon.

Domenico Barbbaja I ha reinado, pues, de esa manera tan completa y tan absoluta durante el espacio de cuarenta años. Era un hombre de estatura mediana, fornido, ancho de pecho, de cuadradas espaldas y con puño de hierro. Su cabeza era bastante comun, y sus facciones no eran notables por su gran regularidad; pero sus ojos chispeantes indicaban imaginacion, inteligencia y malicia.

Goldoni le adivinó al escribir el *Bondadoso regañon*. Escelente corazon, pero sus maneras las mas bruscas, su carácter el mas violento y arrebatado del mundo. Imposible es traducir en lengua ninguna el diccionario de injurias, de groseros epítetos que empleaba con los artistas de su teatro. Pero no ha habido uno que le guardase rencor, tan seguros estaban de que al menor triunfo Barbbaja estaria allí para abrazarlos con efusion, á la menor derrota para consolarlos con delicadeza, á la menor enfermedad para velar á su lado noche y dia con una ternura y una abnegacion paternales.

Saliendo de un café de Milan, donde servia en cualidad de mozo, habia llegado á dirigir al mismo tiempo los teatros de San Cárlos, de la Scala y de Viena, y á reinar sin rival y sin oposicion sobre el público italiano y el aleman, es decir, sobre dos públicos de los que el uno pasa por ser el mas caprichoso y el otro por ser el mas difícil del universo. Despues de haber reunido cuarto por cuarto su fortuna, Barbbaja la gastaba noblemente en prodigalidades régias y en generosos beneficios. Tenia un palacio para alojar á los artistas, una vila para obsequiar á sus amigos, dos juegos públicos para divertir á todo el mundo. Genio verdaderamente estraordinario é instintivo, sin haber sabido jamás escribir una letra ni descifrar una nota, trazaba con un perfecto buen sentido á los poetas el plan de sus libretti y á los compositores lo mas escogido

de sus fragmentos; dotado por el Criador de la voz mas áspera y discordante, formaba con sus consejos los primeros cantantes de Italia; no hablando mas que en su dialecto milanés, se hacia comprender perfectamente de los reyes y emperadores, con quienes trataba de poder á poder.

Asi que arreglaba sus contratos bajo palabra y sin aceptar jamás la menor condicion. Era preciso entregarse á discrecion á Barbbaja. Tenia siempre en su mano con que recompensar ámpliamente y con que castigar con estraordinaria severidad. ¿Se mostraba una ciudad tolerante respecto al aparato escénico? ¿animaba un público á los debutantes con esa benevolencia que triplica las facultades del artista? ¿no escatimaba mucho un gobierno acerca de la subvencion? Ciudad, público, gobierno, tenian al punto las simpatías del impresario, y les enviaba á Rubini, la Pasta, Lablache, lo selecto de su compañía. Pero si otra ciudad por el contrario, se mostraba demasiado exigente, si otro público abusaba de su derecho de silbar comprado á la entrada, si otro gobierno hacia gala de escesivas pretensiones, Barbbaja les dejaba el desecho de sus cantantes, sus *perros*, como los llamaba usando de una enérgica espresion, hacia les rompiesen estos los oidos durante una temporada completa, y oia las quejas y los silbidos de los pacientes con la misma sangre fria que un emperador romano asistiendo al circo.

Era de ver al honorable impresario sentado en su lindo palco de proscenio, frente al del rey, y en una noche de primera representacion, grave, impasible, ya volviéndose hácia los actores, ya hácia el público. Si el artista tenia un descuido, Barbbaja era el primero á sacrificarle con una severidad digna de Bruto, lanzándole un «¡*Can de Dio*!» que hacia temblar el teatro. Si por el contrario, era el público quien no tenia razon, Barbbaja se enderezaba como una víbora, y le lanzaba á toda voz un «*Fioli d'una vacca*, ¿quereis callaros? no mereceis mas que la canalla.» Si era el rey por acaso quien dejaba de aplaudir á tiempo, Barbbaja se contentaba con encogerse de hombros y salia de su palco refunfuñando.

Barbbaja no fiaba á nadie el cuidado de formar su compañía; tenia por principio comprometer lo menos posible á los artistas conocidos, porque una reputacion llegada á su apogeo no podia hacer ya mas que descender, y con celebridades habia mas que perder que ganar. Mejor queria crearlos él mismo, y comenzaba de ordinario sus esperimentos *in anima vili*.

He aqui su modo de proceder:

Salia una hermosa mañana de mayo ó de setiembre, y se hacia conducir por su cochero á las inmediaciones de Nápoles. Llegado á la campiña, se apeaba de su tílburi, despedia á sus criados y se encaminaba solo y á pie en busca del *do* de pecho. Si encontraba un campesino bastante agraciado, bien formado, y bastante perezoso para hacer de él un tenor, se aproximaba á él amistosamente, le ponia la mano en la espalda, y empeñaba la conversacion en estos términos, sobre poco mas ó menos:

—¡Y bien! amigo mio, el trabajo nos fatiga un poco, ¿no es verdad?

¿No tenemos fuerza para levantar el azadon?

—Descansaba, escelencia.

—¡Sabido, sabido! el campesino napolitano descansa á menudo.

—Es que hace un calor sofocante. ¡Y luego está tan dura la tierra!...

—Apostaria á que debes tener una voz hermosa; nada conozco que distraiga y dé fuerzas como un poco de música; ¿si me cantases una cancion?

—¡Yo, señor! no he cantado en mi vida.

—Razon mas; tendrás la voz mas fresca.

—¡Quereis chancearos!

—No, quiero oirte.

—¿Y qué ganaré haciéndome oir de vos?

—Puede que si tu voz me agrada no trabajes mas, te llevaré conmigo.

—¿Para criado?

—Mejor que eso.

—¿Para cocinero?

—Mejor, te digo.

—¿Y para qué, pues? preguntaba entonces el campesino con alguna desconfianza.

—¿Y qué te importa? tú canta.

—¿Muy fuerte?

—Con todos tus pulmones, y sobre todo, abre bien la boca.

Si el desgraciado no tenia mas que una voz de barítono ó de bajo, el impresario le volvia con presteza la espalda dejándole alguna máxima consoladora acerca del amor al trabajo y la felicidad de la vida campestre: pero si era bastante feliz aquel dia para coger bajo su mano á un tenor, le llevaba consigo, y le hacia montar..... á la trasera.

No mimaba á los artistas.

Si se trataba de contratar á uno:

—¿Qué es lo que necesitas, muchacho? le preguntaba Barbbaja con su voz brusca y su tono desabrido; al mes, ¿tendrás bastante con cincuenta francos para empezar, zapatos para calzarte, un vestido para cubrirte, macarroni para regalarte, que mas quieres? Sé primero un gran artista, y luego tú me darás la ley como yo te la doy al presente. ¡Ay! ese tiempo llegará demasiado pronto; tienes una voz hermosa, y la prueba es que te he contratado; tienes inteligencia y la prueba es, que quisieras robarme. Espera, pues, querido amigo, sé bien lo alcanzarás cantando. Si te diese mucho dinero desde luego te harias buen mozo, te achisparias todos los dias y perderias tu voz al cabo de tres semanas.

Con las mugeres era mas corto y sencillo de razonamiento:

—Querida niña, no te daré un cuarto; por el contrario, tú eres quien debe pagarme. Te ofrezco los medios de mostrar al público todos los atractivos naturales que posees. Eres linda; si tienes talento, prosperarás muy pronto; si no le tienes tambien prosperarás y aun mas pronto todavía. Créeme, tú me darás gracias mas tarde cuando hayas adquirido algo mas de esperiencia. Si en tus primeras salidas fueras ya rica, te casarias con un corista que te vapulearia, ó con un príncipe que te dejaria reducida á la miseria.

Convencidos por una lógica tan insinuante, los artistas se comprometian por cincuenta francos al mes; pero sucedia muy frecuentemente que pasado el primer trimestre debian seis mil francos á un usurero. Entonces Barbbaja, para que no fueran á la cárcel, pagaba sus deudas, y la cuenta estaba saldada.

Durante mi permanencia en Nápoles, se referian muchas anécdotas acerca del gran impresario, que pintan al hombre por completo y dan una exacta medida de sus conocimientos músicos.

No recuerdo ya que marqués napolitano cuya influencia era grande en la córte, le habia recomendado una jóven por suponerla con la vocacion mas decidida por el teatro, y que anunciaba un gran porvenir, Barbbaja hizo una mueca significativa y metió las manos en los bolsillos de su gaban de nankin, actitud que tomaba habitualmente cuando no podia dar libre curso á su cólera.

—Ya vereis, querido, replicó el marqués con un aire de suficiencia que exaltaba cada vez mas la bilis del terrible impresario, ¡es un verdadero prodigio!

—¡Bien, bien! que venga mañana al medio dia.

Al dia siguiente á la hora convenida, se pone la debutante su mas lindo trage, toma sus cuadernos y acompañada por la mamá que todos conoceis, se presenta en el palacio de Barbbaja.

El director de la orquesta estaba ya al piano, Barbbaja se paseaba á lo largo y á lo ancho de su salon.

—Signor impresario, dijo la vieja despues de hacer una profunda reverencia, es deber de una madre, deber religioso y sagrado advertiros que esta pobre niña, siendo, como es tan pura como el cristal, y tímida como una paloma.....

—Comenzamos mal, interrumpió bruscamente Barbbaja, para el teatro es preciso ser descarada.

—No es eso lo que yo quiero decir, replica la madre sacando el tono de voz mas meloso...

Pero el impresario, volviéndole la espalda, se aproximó á la jóven y la dijo con un tono bastante impacientado:

—Veamos, querida, ¿qué quieres cantarme?

Hubiera tuteado á la reina en persona.

—Señor, balbuceó la debutante, cuyo rostro se habia enrojecido hasta lo blanco de los ojos, tengo la plegaria de la *Norma*....

—¡Cómo, desgraciada! esclamó Barbbaja con voz de trueno; despues de la Ronzi, ¿te atreverias tú con la plegaria de *Norma*? ¡Qué audacia!

—Cantaré, si lo preferís, la cavatina del *Barbero*.

—¡La cavatina del *Barbero*! despues de la Fodor, ¡qué indignidad!

—Perdonad, señor, dijo la jóven temblando; ensayaria la romanza del *Saul*.

—¡La romanza del *Saul*! despues de la Malibran, ¡qué profanacion!

—Entonces no me quedan mas que lecciones de solfeo, replicó la pobre debutante casi sollozando.

—¡Enhorabuena! ¡Vaya por los solfeos!

La jóven enjuga sus lágrimas, la madre la dice al oido una palabra de consuelo, el acompañante la anima; en un instante, ejecuta maravillosamente. Jamás se habia cantado mejor solfeo alguno.

La fisonomía de Barbbaja se despejó, se desarrugó su frente, y una sonrisa de satisfaccion vagó por sus lábios.

—¡Y bien! señor, esclamó la madre con la mas grande ansiedad, ¿qué pensais de mi hija?

—¡Eh! señora, la voz no es mala, pero al diablo si he podido entenderla una sola palabra.

En otra ocasion (era lo mas rigoroso del invierno) se ensayaba una ópera nueva, y los cantantes encargados de los principales papeles, fastidiados por tenerse que quitar el gaban, se retrasaban siempre. Barbbaja, furioso habia jurado la víspera sacar una multa al primero que no se encontrase á la hora, aunque fuese el mismo tenor ó la primera donna, para hacer un escarmiento.

Comienza el ensayo, Barbbaja se separa un poco hácia un bastidor para regañar al maquinista, de repente se callan las voces, se detiene la orquesta, esperan á alguien.

—¿Qué hay? esclama el impresiario, precipitándose al antepecho.

—Nada, señor, responde el primer violin.

—¿Quién falta? Quiero saberlo.

—Falta un *re*.

—La multa.

Todo eso no impide que Domenico Barbbaja haya creado á Lablache, Tamburini, Rubini, Donzelli, la Colbron, la Pasta, la Fodor, Donizetti, Bellini, y el mismo Rossini; si, el gran Rossini.

Las mas grandes obras maestras de ese genio soberano han sido compuestas para Barbbaja, y solo Dios puede saber cuantas súplicas, violencias y astucias le ha costado al pobre impresario para impeler al trabajo, al

talento mas libre, mas abandonado y mas feliz que se vió jamás bajo el hermoso cielo de Italia.

Citaré un ejemplo que caracteriza perfectamente al impresario y al compositor.

V.

OTELLO.

Acababa Rossini de llegar á Nápoles, precedido ya de una gran reputacion. La primera persona que vió al apearse del carruage fué, como se habrá adivinado, al impresario de San Cárlos. Barbbaja se colocó delante del maestro con los brazos abiertos como su corazon y sin darle tiempo para andar un paso ni pronunciar una palabra,

—Vengo, le dijo, á hacerte tres proposiciones, y espero que no rehusarás ninguna de las tres.

—Ya escucho, respondió Rossini, con aquella sonrisa maliciosa que todos le conocian.

—Te ofrezco mi fonda para tí y tus gentes.

—Acepto.

—Te ofrezco mi mesa para tí y tus amigos.

—Acepto.

—Te propongo escribir una ópera nueva para mí y para mi teatro.

—No acepto.

—¡Cómo! ¿rehusas trabajar para mí?

—Ni para vos ni para nadie. No quiero componer.

—Eres loco, querido.

—Es como tengo el honor de decíroslo.

—¿Y que vienes á hacer en Nápoles?

—Vengo á comer macarroni y tomar helados. Es mi pasion.

—Yo haré te prepare helados mi repostero, que es el primero de Toledo, y yo mismo te haré macarroni y encontrarás una novedad.

—¡Diablo! eso ya va siendo grave.

—Pero en cambio me darás una ópera.

—Veremos.

—Toma un mes, dos meses, seis meses, todo el tiempo que desees.

—Vaya por seis meses.

—Convenido.

—Vamos á cenar.

Desde aquella misma noche el palacio de Barbbaja quedó á disposicion de Rossini; el propietario se eclipsó completamente, y el célebre maestro pudo considerarse como en su casa, en la mas estricta acepcion de la palabra. Todos los amigos ó simplemente los conocidos que encontraba en paseo, eran invitados con franqueza á la mesa de Barbbaja, de la que hacia Rossini los honores con una confianza completa. Algunas veces se lamentaba este último de no haber encontrado bastantes amigos para convidarlos á los banquetes de su huésped; apenas habia podido reunir á pesar de todas las precauciones del mundo, doce ó quince. Aquellos dias eran malos.

Barbbaja, fiel al papel de cocinero que se habia impuesto, inventaba todos los dias nuevos platos, desocupaba las botellas mas añejas de su bodega, y obsequiaba á todos los desconocidos que le agradaba á Rossini llevarle como si hubiesen sido los mejores amigos de su padre. Unicamente hácia el fin de la comida, con aire desenvuelto, con una gran destreza y la sonrisa en los labios, deslizaba entre la pera y el queso algunas palabras sobre la ópera que habia hecho le prometiera y sobre el triunfo brillante que no podia dejar de tener.

Pero por mas precauciones oratorias que emplease el honrado impresario para recordar á su huésped la deuda que habia contraido, aquellas pocas palabras pronunciadas al descuido producian sobre el maestro el mismo efecto que las tres palabras terribles del festin de Baltasar. Por esto fué por lo que Barbbaja, cuya presencia habia sido tolerada hasta entonces, se vió suplicado políticamente por Rossini de que no volviese á aparecer mas á los postres.

Sin embargo, pasaban los meses; el libreto hacia mucho tiempo estaba concluido, y nada anunciaba todavía que el compositor se hubiese decidido á dedicarse á la obra. A las comidas sucedian los paseos, á los paseos las partidas de campo. La caza, la pesca, la equitacion, se repartian los ócios del noble señor; pero para nada se trataba de la nota mas insignificante. Barbbaja esperimentaba veinte veces al dia accesos de furor, crispaciones nerviosas, deseos irresistibles de dar un trueno. Conteníase no obstante, porque nadie tenia mas fé que él en el incomparable genio de Rossini.

Barbbaja guardó silencio durante cinco meses con la resignacion mas ejemplar. Pero la mañana del primer dia del sesto mes, viendo que no habia ya tiempo que perder ni miramiento que guardar, llevó al maestro aparte y entabló la siguiente conversacion:

—¡Hola, querido! ¿sabes que no faltan mas que veinte y nueve dias para la época fijada?

—¿Qué época? dijo Rossini con la admiracion de un hombre á quien se dirigiera una pregunta incomprensible tomándole por otro.

—El 30 de mayo.

—¡El 30 de mayo!

La misma pantomima.

—¿No me has prometido una ópera nueva que se debe representar en este dia?

—¡Ah! ¿lo he prometido?

—¡No se trata ahora de fingirse el admirado! esclamó el impresario, cuya paciencia se

agotaba; he esperado el plazo de rigor contando con tu genio y la estremada facilidad para trabajar que Dios te ha concedido. Ahora ya me es imposible esperar mas: necesito mi ópera.

—¿No podria arreglarse alguna ópera antigua cambiando el título?

—¿Y piensas en eso? ¿y los artistas que están contratados para cantar una ópera nueva?

—Los echarán una multa.

—¿Y el público?

—Cerrareis el teatro.

—¿Y el rey?

—Dareis vuestra dimision.

—Todo eso es verdad hasta cierto punto. Pero si ni los artistas, ni el público, ni el mismo rey pueden obligarme á cumplir mi promesa, he dado mi palabra, caballero, y Domenico Barbbaja jamás ha faltado á su palabra de honor.

—Entonces es diferente.

—¿De modo que me prometes empezar mañana?

—Mañana es imposible; tengo una partida de pesca en Fusaro.

—Está bien, dijo Barbbaja metiéndose las manos en los bolsillos, no hablemos mas de ello. Veré el partido que me resta que tomar.

Y se alejó sin añadir una palabra.

Por la noche cenó Rossini con buen apetito é hizo honor á la mesa del impresario como hombre que habia olvidado completamente la discusion de por la mañana. Al retirarse recomendó mucho á su criado le despertase al amanecer y le tuviese dispuesta una lancha para ir á Fusaro. Despues de lo que se durmió con el sueño del justo.

Al dia siguiente daban las doce en las quinientas campanas que posee la venturosa ciudad de Nápoles, y el criado de Rossini todavía no habia subido á la habitacion de su señor, el sol lanzaba sus rayos á través de las persianas. Rossini despertó sobresaltado, se incorporó, se estregó los ojos y llamó: el cordon de la campanilla se le quedó en la mano.

Llamó por la ventana que daba al patio: el palacio permaneció mudo como un serrallo.

Movió la puerta de su habitacion: la puerta resistió á su sacudida: estaba tapiada por fuera. Entonces Rossini, volviendo á la ventana se puso á pedir socorro gritando ¡traicion y alevosía! No tuvo ni aun el consuelo de que el eco respondiese á su llamamiento, porque el palacio de Barbbaja era el edificio mas sordo que existia en el globo.

No le quedaba mas que un recurso; el de saltar desde el cuarto piso; pero, preciso es decirlo en alabauza de Rossini, aquella idea no se le ocurrió ni por un momento.

Al cabo de una hora larga, Barbbaja asomó su gorro de algodon por una ventana del tercer piso: Rossini, que no habia abandonado la suya, tuvo intencion de arrojarle una teja: se contentó con llenarle de imprecaciones.

—¿Quereis alguna cosa? le preguntó el impresario con un tono melífluo.

—Quiero salir al instante.

—Saldreis cuando vuestra ópera esté concluida.

—Pero este es un secuestro arbitrario.

—Arbitrario ó como querais; pero necesito mi ópera.

—Me quejaré á todos los artistas y nos veremos.

—Los sacaré una multa.

—Informaré de ello al público.

—Cerraré el teatro.

—Me presentaré aun al rey.

—Daré mi dimision.

Rossini vió que estaba cogido en sus propias redes. Asi, como hombre superior, cambiando de tono y de maneras, preguntó con una voz tranquila.

—Acepto la chanza y no me incomodo por ella; mas ¿puedo saber cuándo se me volverá la libertad?

—Cuando se me entregue la última escena de la ópera, respondió Barbbaja quitándose su gorro.

—Está bien: enviad esta noche á buscar la *Overtura*.

Por la noche se remitió puntualmente á Barbbaja un cuaderno de música en cuya cubierta estaba escrito en grandes letras: *Overtura d'Otello*. El salon de Barbbaja estaba lleno de celebridades musicales en el momento en que recibió la primera remesa de su prisionero. Pusiéronse inmediatamente al piano, repasaron aquella obra maestra, y quedó decidido que Rossini no era un hombre, que semejante á Dios creaba sin trabajo y sin esfuerzo por el solo acto de su voluntad. Barbbaja, á quien la dicha volvia casi loco, arrancó el fragmento de manos de los admiradores y le envió á los copiantes. Al dia siguiente recibió un nuevo cuaderno en cuya cubierta se leia: *Primer acto d'Otello*; este nuevo cuaderno se envió igualmente á los copiantes, que cumplieron su deber con esa obediencia muda y pasiva á que Barbbaja les habia acostumbrado. Al cabo de tres dias la *partitura d'Otello* habia sido entregada y copiada.

El impresario no cabia en sí de gozo, se arrojaba al cuello de Rossini, le daba las disculpas mas tiernas y sinceras por la estratagema que se habia visto obligado á emplear, y le suplicaba terminase su obra asistiendo á los ensayos.

—Pasaré yo mismo á casa de los artistas, respondió Rossini con un tono resuelto, y les haré ensayar su papel. En cuanto á los señores de la orquesta, tendré el honor de recibirlos en mi casa.

—Y bien, querido, puedes entenderte con ellos; mi presencia no es necesaria, y yo admiraré tu obra maestra en el ensayo general. Vuelvo otra vez á suplicarte me perdones el modo como te he tratado.

—Ni una palabra mas sobre eso, ó me enfado.

—Asi que ¿hasta el ensayo general?

—Hasta el ensayo general.

El dia del ensayo general llegó por fin: era la víspera de aquel famoso 30 de mayo que habia costado tantas angustias á Barbbaja. Los cantantes estaban en su sitio, los músicos ocuparon su lugar en la orquesta, y Rossini se sentó al piano.

Algunas damas llegaron y algunos hombres privilegiados ocupaban los palcos de proscenio. Barbbaja, satisfecho y triunfante, se estregaba las manos y se paseaba silbando por su teatro.

Tocóse primero la overtura.

Aplausos frenéticos resonaron en las bóvedas de San Cárlos. Rossini se levantó y saludó.

—¡Bravo! gritó Barbbaja. Pasemos á la cavatina del tenor.

Rossini se volvió á sentar á su piano, todo el mundo guardó silencio; el primer violin levantó el arco y se volvió á empezar á tocar la overtura. Los mismos aplausos mas entusiastas todavía, si posible era, estallaron al final de ella.

Rossini se levantó y saludó.

—¡Bravo, bravo! repitió Barbbaja. Pasemos ahora á la cavatina.

La orquesta se puso á tocar por tercera vez la overtura.

—¡Caramba! esclamó Barbbaja exasperado, todo eso es magnífico, pero no tenemos tiempo de quedarnos ahí hasta mañana. Empezad la cavatina.

Pero á pesar de la órden del impresario, la orquesta continuaba su overtura. Barbbaja se lanzó sobre el primer violin, y cogiéndole por el cuello, le gritó al oido:

—¿Pero por qué diablos estais tocando lo mismo hace una hora?

—¡Toma! dijo el violin con una flema que hubiera hecho honor á un aleman; tocamos lo que se nos ha dado.

—Pero volved la hoja, ¡imbécil!

—Escusado es volverla; no hay mas que la *overtura*.

—¡Cómo! ¿no hay mas que la overtura? esclamó el impresario palideciendo; ¡es, pues, una burla atroz!

Rossini se levantó y saludó.

Pero Barbbaja habia caido en un sillon sin movimiento: la prima-donna, el tenor, todo el mundo se apresuró á acudir á su alrededor. Por un momento se le creyó acometido de una apoplegia fulminante.

Rossini, sintiendo que la chanza tomase un giro tan grave, se aproximó á él con una inquietud real.

Mas al verle Barbbaja, saltando como un leon, se puso á gritar desaforadamente:

—¡Vete de aquí, traidor, ó soy capaz de hacer un esceso!

—Vamos, vamos, dijo Rossini sonriendo, ¿no hay ningun remedio?

—¡Qué remedio, verdugo! Mañana es el primer dia de representacion.

—¿Y si la prima-donna se encontrase indispuesta? murmuró Rossini en voz baja al oido del impresario.

—¡Imposible! le respondió éste en el mismo tono; jamás querrá ella atraer sobre sí la venganza de los limones del público.

—¿Si quisiéseis suplicarla algo?

—Seria inútil. No conoces á la Colbron.

—Os creia en mejores relaciones con ella.

—Razon de mas.

—¿Quereis permitirme lo intente yo?

—Haz lo que quieras; pero te advierto que es tiempo perdido.

—¡Quién sabe!

Al dia siguiente se leia sobre el cartel de San Cárlos que la primera representacion del *Otello* se suspendia por indisposicion de la *prima donna*. Ocho dias despues se representaba el *Otello*.

Todo el mundo conoce hoy esta ópera y nada tenemos que añadir. Ocho dias habian bastado á Rossini para hacer olvidar la obra maestra de Shakespeare.

Despues de bajado el telon, Barbbaja, llorando de emocion, buscaba por todas partes al maestro para estrecharle contra su corazon, pero Rossini, cediendo sin duda á esa modestia que tan bien sienta en los triunfadores, se habia ocultado á la ovacion de la muchedumbre.

Al dia siguiente, Domenico Barbbaja llamó á su apuntador, que ejercia cerca de él las funciones de ayuda de cámara, impaciente como estaba el digno *impresario* de presentar á su huésped las felicitaciones de la víspera.

El apuntador entró.

—Ve á suplicar á Rossini que baje á mi habitacion, le dijo Barbbaja.

—Rossini ha marchado, respondió el apuntador.

—¡Cómo! ¿marchado?

—Marchado á *Bologne* al rayar el dia.

—¡Marchado y sin decir nada!

—Si tal, señor, os ha dejado su adios.

—Entonces ve á suplicar á la Colbron me permita subir á su cuarto.

—¿La Colbron?

—Si, la Colbron; ¿estás sordo esta mañana?

—Dispensad, pero la Colbron ha marchado.

—¡Imposible!

—Han partido en el mismo carruage.

—¡Desventurada! Me abandona para ser la querida de Rossini.

¡Estoy vengado! dijo Barbbaja.

VI.

FORCELLA.

Asi como Chiaja es la calle de los estrangeros y de la aristocracia, y Toledo de los bazares y comercios, Forcella es la calle de los abogados y de los litigantes.

Esta calle se parece mucho por el gentío que la recorre, á la galería del Palacio de Justicia de París que se llama sala de los Pasos Perdidos, con la diferencia de que los abogados son allí mas locuaces todavía y los litigantes están mas estrujados.

Consiste en que los pleitos duran en Nápoles tres veces mas de tiempo que en París.

El dia en que la atravesábamos, habia en ella un gentío inmenso; nos vimos obligados á apearnos de nuestro corricolo para continuar el camino á pie, é íbamos ya á conseguir atravesar por entre aquella multitud cuando se nos ocurrió preguntar la causa que la reunia: nos contestaron que habia pleito entre la cofradía de los Peregrinos y don Felipe Villani. Preguntamos cual era la causa del pleito: nos respondieron, que habiéndose hecho enterrar el demandado algunos dias antes á costa de la cofradía de los Peregrinos, acababa de ser citado para que presentase la prueba legal de que estaba muerto. Como se ve, era el proceso bastante original para atraer gran afluencia. Preguntamos á Francesco quien era aquel don Felipe de Villani. En aquel momento nos enseñó un individuo que pasaba muy de prisa.

—Vedle ahí, nos dijo.

—¿El que han enterrado hace ocho dias?

—El mismo.

—¿Cómo se comprende eso?

—Habrá resucitado.

—¿Acaso es hechicero?

—Es el sobrino de Cagliostro.

En efecto, gracias á la auténtica genealogía que le enlaza á su ilustre abuelo, y á una serie de juegos de mágia mas ó menos diabólicos, don Felipe habia llegado á acreditar en Nápoles el rumor de que era hechicero.

No le hacian justicia: don Felipe Villani era mas que un hechicero, era un tipo: don Felipe Villani era el Roberto Macaire napolitano. Solo que el diestro napolitano tiene una grande superioridad sobre el estafador francés; nuestro Roberto Macaire es un personage ideal, una ficcion social, un mito filosófico, mientras que el Roberto Macaire ultramontano es un personage de carne y hueso, una individualidad palpable, una exactitud visible.

Don Felipe es un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, de cabellos negros, de mirada ardiente, facciones movibles, voz áspera, gesticulacion rápida y multiplicada; don Felipe ha aprendido de todo y de todo sabe algo; sabe un poco de derecho, algo de medicina, de química, de matemáticas, de astronomía; lo cual hace que comparándose á todo lo que le rodea, se encuentra muy superior á la sociedad y por consecuencia ha resuelto vivir á espensas de la sociedad.

Don Felipe tenia veinte años cuando murió su padre: le dejaba precisamente bastante dinero para contraer algunas deudas. Don Felipe tuvo buen cuidado de tomar prestado antes de estar arruinado completamente, de modo, que sus primeras letras de cambio fueron pagadas escrupulosamente: se trataba de establecer su crédito. Pero todo tiene su fin en este mundo; llegó un dia que don Felipe no se encontró en su casa en el momento del vencimiento; volvieron al dia siguiente por la mañana y ya habia salido; volvieron á la noche y todavía no habia entrado. La letra de cambio se protestó. De lo que resultó que don Felipe se vió obligado á pasar de las manos de los banqueros á las de los que le habian de descontar, y en lugar de pagar el seis por ciento pagó el doce.

Al cabo de cuatro años, don Felipe agotó el recurso de acudir á los que le descontaban como antes habia agotado el de los banqueros; vióse, pues, obligado á pasar de las manos de aquellos á las de los usureros.

Este nuevo movimiento se verificó sin sacudida sensible, si se esceptua que en lugar de abonar el doce por ciento, don Felipe se vió obligado á pagar el cincuenta. Pero esto importaba muy poco á don Felipe, que comenzaba á no pagar nada. Por lo que pasados dos años don Felipe que tenia necesidad de una cantidad de mil escudos, tuvo gran dificultad en encontrar un judío que consintió en prestarle á ciento cincuenta por ciento. En fin, despues de una multitud de negociaciones en las que don Felipe tuvo que poner en juego todos los recursos de inventiva que el cielo le habia dado, el descendiente de Isaác se presentó en casa de don Felipe con su letra de cambio corriente; contenia la obligacion de una suma de nueve mil francos: el judío llevaba tres mil; nada habia que decir, era lo convenido.

Don Felipe tomó la letra de cambio, echó por encima una rápida ojeada, alargó con indiferencia la mano hácia la pluma, fingió que la mojaba en la tinta, consignó su aceptacion y su firma por bajo de la obligacion, echó sobre la tinta húmeda una capa de arenilla azul, y devolvió al judío la letra de cambio abierta.

El judío fijó sus ojos sobre el papel; la aceptacion y la firma estaban formadas de caractéres gruesos muy legibles; el judío inclinó pues, la cabeza, con aire satisfecho,

dobló la letra de cambio y la guardó en una vieja cartera, donde debia permanecer hasta su vencimiento, habiendo cesado hacia mucho tiempo de tener curso en la plaza la firma de don Felipe.

Al vencimiento del billete, se presentó el judío en casa de don Felipe. Contra su costumbre don Felipe estaba en casa. Contra la esperanza del judío, estaba visible. El judío fué introducido.

—Señor, dijo el judío saludando profundamente á su deudor, espero que no habreis olvidado que vence nuestra pequeña letra.

—No, mi querido señor Félix, respondió don Felipe. El judío se llamaba Félix.

—En ese caso, dijo el judío, espero que habreis tenido la precaucion de encontraros prevenido.

—No he pensado en ello un solo instante.

—¿Pero entonces ya sabeis que voy á perseguiros?

—Perseguidme.

—¿Ignorais que la letra de cambio lleva consigo la pena de prision?

—Ya lo sé.

—Y á fin de que no alegueis ignorancia, os prevengo que desde aqui voy á que os citen.

—Hacedlo.

El judío se marchó refunfuñando, é hizo citar á don Felipe á los ocho dias.

Don Felipe se presentó al tribunal.

El judío espuso su demanda.

—¿Reconoceis la deuda? preguntó el juez.

—No solo no la reconozco, respondió don Felipe, sino que ni aun entiendo lo que ese señor quiere decir.

—Presentad vuestra prueba al tribunal, dijo el juez al demandante.

El judío sacó de su cartera la letra de cambio suscrita por don Felipe y la entregó doblada al juez.

El juez la desdobló; luego echándola una mirada:

—Si, dijo, efectivamente es una letra de cambio, pero no veo ni que esté aceptada ni firmada.

—¡Cómo! esclamó el judío palideciendo.

—Leed vos mismo, dijo el juez.

Y devolvió la letra de cambio al demandante.

Poco faltó para que el judío cayera de espaldas. La aceptacion y la firma habian desaparecido efectivamente como por mágia.

—¡Infame ladron! esclamó el judío volviéndose hácia don Felipe; tú me lo pagarás.

—Dispensad, mi querido señor Félix, os engañais; sois vos por el contrario, quien me lo pagará. En seguida, volviéndose hácia el juez:

—Escelencia, le dijo, os pedimos tomeis acta de que acabamos de ser insultados en presencia del tribunal sin motivo alguno.

—Os la concedemos, dijo el juez.

Provisto de su testimonio, don Felipe demandó de calumnia é injuria al judío, y como el insulto habia sido público, no tardó en sentenciarse.

El judío fué sentenciado á tres meses de prision y á pagar mil escudos de multa.

Espliquemos ahora el milagro.

En vez de mojar su pluma en el tintero, don Felipe la habia mojado pura y sencillamente en su boca y habia escrito con su saliva. Despues, sobre la escritura húmeda, habia echado polvos azules. Los polvos habian trazado las letras; pero una vez seca la saliva, los polvos se habian marchado y con ellos la aceptacion y la firma.

Don Felipe ganó seis mil francos en aquel juego de manos, pero perdió con él el crédito que le quedaba; verdad es que el resto de su crédito no le hubiese producido probablemente los seis mil francos.

Pero por mucho que se economicen mil escudos, no pueden durar eternamente; por otra parte, don Felipe tenia gran fé en su genio para no llevar la economía hasta la avaricia. Intentó negociar un nuevo préstamo, pero habia hecho tanto ruido el negocio del pobre Félix, y aunque nadie tenia lástima al judío, todos esperimentaban una repugnancia marcada á tratar con un escamoteador bastante hábil para borrar su firma despues de estar en el bolsillo de su acreedor.

En esto llegaron los primeros dias de abril. El 4 de mayo es la época de las mudanzas de habitacion en Nápoles: don Felipe debia dos meses al propietario, el cual le notificó que si no pagaba aquellos dos meses en las veinte y cuatro horas, iba ante todo, presentándose ante el juez, á prepararse para echarle al finalizar el tercero.

Llegó tambien el tercero, y como don Felipe no pagó, se apoderaron y le vendieron sus muebles, á escepcion de su cama y de la de una anciana criada de la familia que no habia querido abandonarle y que participaba de todas las vicisitudes de su fortuna. La víspera del dia en que debia salir de la casa, se puso en busca de otra habitacion. No era cosa fácil de hallar; don Felipe comenzaba á ser muy conocido en las calles de Nápoles. Desesperando, pues, de encontrar un propietario con quien tratar como amigo, resolvió hacer su negocio por fuerza ó por sorpresa.

Sabia de una casa que su dueño, viejo avaro, dejaba arruinarse antes que hacer reparos en ella. En otro tiempo le hubiese parecido demasiado indigna de él aquella casa; pero don Felipe habia dejado de ser escrupuloso con la fortuna adversa. Se aseguró durante el dia de que la casa no estaba habitada, y cuando llegó la noche, hizo su mudanza con su anciana sirvienta, llevando cada uno su cama, y se encaminó hácia su nuevo domicilio. La puerta estaba cerrada, pero una ventana abierta; se coló por la ventana, fué á abrir la

puerta á su acompañanta, escogió la mejor habitacion, invitó á su doméstica á que eligiese otra en seguida, y una hora despues los dos estaban instalados.

Algunos dias despues, visitando el viejo avaro su casa, la encontró habitada. Era esto una buena fortuna para él; hacia dos ó tres años se hallaba en tal estado de deterioro, que no podia alquilarla á nadie; se retiró, pues, sin decir nada; solo si hizo constar la ocupacion por medio de dos vecinos.

El dia en que vencia el primer mes, se presentó don Bernardo con el testimonio en la mano, y despues de muchas reverencias:

—Señor, le dijo, vengo á reclamar la suma que voluntariamente ha querido vd. deberme, dándome la agradable sorpresa de venir á habitar mi casa sin prevenírmelo.

—Querido mio, estimable amigo, le respondió don Felipe apretándole la mano con efusion, informaos en todas partes donde he vivido si he pagado alguna vez el alquiler, y si encontrais en todo Nápoles un propietario que os responda afirmativamente, consiento en daros el doble de lo que pretendeis os debo, tan cierto como que me llamo don Felipe Villani.

Don Felipe se hacia el jactancioso, pero hay momentos en que es preciso saber mentir para intimidar al enemigo.

Al oir aquel nombre temido, palideció el propietario. Hasta entonces habia ignorado á qué ilustre personage tenia el honor de alojar en su casa. Los rumores de nigromancia que habian circulado respecto á don Felipe, se presentaban á su imaginacion, y no solo se creyó arruinado por haber albergado á un inquilino insolvente, sino tambien condenado por haber estado en contacto con un hechicero.

Don Bernardo se retiró para reflexionar sobre la resolucion que debia tomar. Si hubiese sido el diablo Cojuelo, hubiese levantado el techo; no era mas que un pobre diablo, y se decidió á dejarle caer, lo que por otra parte no podia ocasionar mucha tardanza, visto el estado de deterioro de la casa. Era precisamente en la estacion de las lluvias, y cuando llueve en Nápoles, sabido es con qué liberalidad concede el Señor el agua: el propietario se presentó de nuevo en los umbrales de la casa.

A la manera que nuestros primeros padres perseguidos por la venganza de Dios, de la que intentaban librarse, don Felipe se habia retirado de habitacion en habitacion ante aquel diluvio. El propietario creyó, pues, al principio que habia tomado el partido de levantar el campo, pero su ilusion fué pasagera. Bien pronto, guiado por la voz de su inquilino, penetró en un pequeño gabinete algo mas impermeable que lo demas de la casa, y le encontró sobre su cama teniendo en una mano su paraguas abierto, y en la otra un libro, y declamando desaforadamente los versos de Horacio: *Impavidum ferient ruinæ.*

El propietario se detuvo un instante inmóvil y mudo, ante la entusiasta imaginacion de su huésped, hasta que por fin recuperando el uso de la palabra:

—¿No quereis, pues, iros de aqui? preguntó desanimado y con una voz consternada.

—Escuchadme, escelente amigo, escuchadme, mi digno casero, dijo don Felipe cerrando su libro. Para espulsarme de aqui es preciso armarme un litigio, esto es evidente: no tenemos hecho recibo de inquilinato, y tengo la posesion del local. Asi, pues, yo me dejaré sentenciar en rebeldía, un mes; apelaré de la nulidad de la sentencia, otro mes; me citareis segunda vez, tercer mes; vuelvo á apelar, cuarto mes; obtendreis una segunda sentencia, quinto mes; recurriré á la casacion, sesto mes. Ya veis que prolongando lo menos posible el asunto, porque he calculado el mínimum, siempre es un año perdido, mas las costas.

—¡Cómo los gastos! esclamó el propietario; sois vos quien será condenado á las costas.

—Sin duda yo seré condenado á las costas, pero sois vos quien las pagará, puesto que yo no tengo un cuarto, y como vos sereis el demandante, os vereis obligado á hacer los adelantos indispensables.

—¡Ay! ¡es mucha verdad! murmuró el pobre propietario exhalando un profundo suspiro.

—Es un negocio de seiscientos ducados, dijo don Felipe.

—Sobre poco mas ó menos, respondió el propietario que habia calculado rápidamente los derechos de jueces, abogados y escribanos.

—¡Pues bien! hagamos otra cosa mejor que eso, mi escelente casero, transijamos.

—No deseo otra cosa, veamos.

—Dadme la mitad de la cantidad, y salgo al instante por mi propia voluntad, me retiro amigablemente.

—¡Cómo! que os dé trescientos ducados para salir de mi casa, cuando sois vos quien me debeis dos meses!

—La rebaja de esa cuenta será el finiquito.

—¡Pero eso es imposible!

—Está bien. Lo que yo hacia era por haceros favor.

—¡Por hacerme favor, desventurado!

—Nada de palabras fuertes, mi señor casero; ya sabeis que eso no le salió bien al papá Félix.

—¡Pues bien! dijo el avaro, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, ¡pues bien! daré la mitad.

—Trescientos ducados, dijo don Felipe, ni un ochavo mas ni menos.

—¡Jamás! esclamó el propietario.

—Tened cuidado, que acaso cuando volvais no querré ya por ese precio.

—¡Pues bien! ¡arrostraré un pleito, aunque me debiera costar seiscientos ducados!

—Arrostradlo, hombre escelente, arrostradlo.

—Adios; mañana recibireis un papel sellado.

—Ya lo espero.

—¡Id al diablo!

—Tendré mucho gusto en volveros á ver.

Y mientras que don Bernardo se retiraba furioso, don Felipe volvia á tomar su oda de *Justum et tenacem*....

Pasóse el dia siguiente, y el otro, y la semana pasó, y don Felipe, como habia pensado, vió que nadie se presentó á notificarle; lejos de eso, al cabo de quince dias, fué el propietario quien volvió tan bondadoso y lleno de dulzura esta vez como amenazador y terrible se habia mostrado al marcharse la anterior.

—Mi querido inquilino, le dijo, sois un hombre tan persuasivo que es preciso pasar por lo quereis: aqui teneis los trescientos ducados que habeis exigido; espero que cumplireis vuestra promesa. Me habeis prometido, si os traia trescientos ducados, marcharos al instante y amigablemente.

—Si me lo dábais en el mismo dia; pero os dije que si lo dilatábais seria doble. Pagadme seiscientos ducados, querido, y me retiro.

—Pero eso es una ruina.¡ Jamás!

—A vuestra próxima visita serán mil doscientos.

—¡Pues bien! cuatrocientos cincuenta.

—Seiscientos, señor casero, seiscientos. Y pensad que si mañana no habeis respondido á milord Blumfild, milord Blumfild compra la casa de vuestro digno colega el papá Felix.

—Vamos, dijo el propietario, sacando una pluma y un papel de su bolsillo, hacedme vuestra obligacion; aunque se dice que vuestra obligacion y nada es una misma cosa.

—¡Cómo! ¡mi obligacion! ¿será mi. finiquito lo que quereis decir?

—Sea vuestro finiquito, y no hablemos mas. Firmad. He aqui vuestro dinero.

—He aqui vuestro saldo.

—Ahora, dijo el propietario mostrándole la puerta.

—Es muy justo, respondió don Felipe disponiéndose á marchar.....

—¿Pero y vuestra criada?

—¡María! gritó don Felipe.

La anciana criada apareció.

—María, hija mia, nos mudamos, dijo don Felipe; tomad mi paraguas; despedios de nuestro digno casero y seguidme.

María tomó el paraguas, hizo una reverencia al propietario, y siguió á su amo.

Al dia siguiente el propietario estuvo esperando la visita de milord Blumfild; esperó el dia inmediato, y por último toda la semana: milord Blumfild no pareció. El pobre propietario recorrió todas las fondas de Nápoles; no se conocia en ellas á ningun inglés de aquel nombre. Unicamente, una noche, yendo por casualidad á los Forentini, vió don Bernardo á un actor que se parecia á su invisible milord como dos gotas de agua; se informó en la administracion y supo que el homónimo de sir Blumfild representaba magníficamente los papeles de inglés. Preguntó si por casualidad aquel artista estaba unido con don Felipe Villani, y supo que no solo eran íntimos amigos, sino que el artista no podia negar nada al caballero de industria, escribiendo éste artículos laudatorios del artista en el *Salon Sábio*, único periódico literario que existia en la ciudad de Nápoles.

Gracias á aquel golpe de fortuna, don Felipe consiguió encontrar una habitacion decente, de la que pagó el primer mes adelantado para quitar todo motivo de desconfianza al propietario. Ademas, hizo la compra de algunos muebles de absoluta necesidad.

Sin embargo, seiscientos ducados en las manos de un hombre que tiene asegurado el porvenir de una manera tan cierta, no debian durar mucho; pero la exactitud de sus pagos le habia vuelto algun crédito, y cuando sus seiscientos ducados se consumieron, encontró medio, por una letra de cambio, de tomar prestados otros ciento cincuenta.

Gastáronse como los primeros estos otros ciento cincuenta; los ducados desaparecieron; la letra de cambio quedó. No hay mas que dos cosas que jamás se pierden: un beneficio y una letra de cambio.

Todo pagaré tiene un plazo: el vencimiento de la letra de don Felipe llegó, tras el vencimiento el acreedor, tras el acreedor el alguacil, y por último, á todo eso debia seguir á los dos dias el embargo.

Por la noche don Felipe volvió cargado de porcelanas antiguas de la mas hermosa china y del japon mas magnífico; solo que la porcelana estaba rota. Es verdad, que como dice Jocrise, no habia ni uno de aquellos pedazos que hubiera roto él.

Al punto, con la ayuda de la anciana criada colocó un armario arrimado á la puerta de la escalera, y en el armario colocó toda su porcelana; en seguida se acostó y esperó los acontecimientos.

Fáciles eran de preveer los acontecimientos: al dia siguiente á las ocho de la mañana, llamó á la puerta el alguacil, y nada respondió; llamó segunda vez el alguacil; el mismo silencio; por tercera, nada.

El alguacil se retiró y fué á pedir la asistencia de un comisario de policía y la ayuda de un cerrajero; luego volvieron los tres al tramo de la habitacion de don Felipe. El alguacil llamó tan inútilmente como la primera vez; el comisario autorizó al cerrajero para

abrir la puerta; el cerrajero introdujo la ganzua en la cerradura: el pestillo cedió. Algo sin embargo, se oponia todavía á poder abrir la puerta.

—¿Será preciso empujar? dijo el alguacil.

—Empujad, dijo el comisario. El cerrajero empujó.

En el mismo instante se oyó un ruido semejante al que haria al caer un escaparate de un comerciante de loza; en seguida resonaron grandes clamores:

—¡Auxilio! ¡socorro! ¡que me saquean! ¡que me asesinan! ¡soy hombre perdido! ¡estoy arruinado! gritaban.

Entró el comisario, el alguacil seguia al comisario y el cerrajero al alguacil: se encontraban ante una multitud de despojos: el armario estaba por el suelo, la porcelana hecha pedazos; aquella desgracia habia sucedido por su causa, y si en rigor y legalmente no estaban obligados á responder de ello, en conciencia eran culpables.

Su comprometida situacion se aumentó todavía mas con la desesperacion de don Felipe.

Concíbese que en aquel momento ya no se trató de embargo. ¡Cómo embargar por la miserable suma de ciento cincuenta ducados, los muebles de un hombre en cuya casa acababan de romper por valor de dos mil escudos de porcelana!

El comisario y el alguacil pensaron consolar á don Felipe, pero don Felipe estaba inconsolable, no precisamente por el valor de la porcelana, que otras pérdidas habia sufrido y de mas consideracion que aquella; don Felipe no era mas que depositario: el dueño que era un aficionado á curiosidades, iba á presentarse á reclamar su depósito; don Felipe no podia entregárselo; estaba, pues, deshonrado.

El comisario y el alguacil escotaron. Divulgándose el hecho podia perjudicarlos grandemente; la ley concede á sus agentes el derecho de embargar los muebles, pero no el de romperlos. Ofrecieron á don Felipe una cantidad de trescientos ducados á título de indemnizacion, é interponer su influencia para con el acreedor á fin de que concediese un mes de plazo respecto al pago de su letra de cambio. Don Felipe por su parte se mostró generoso y magnánimo con el alguacil y el comisario; el verdadero dolor no es calculista; accedió á todo sin discutir nada: el comisario y el alguacil se retiraron destrozado su corazon al ver aquella desesperacion.

El plazo concedido á don Felipe pasó sin que, como se presumirá, hubiese pensado el deudor en dar un cuarto á cuenta. Resultó de aqui que una mañana don Felipe, mirando atentamente por la ventana lo que pasaba en la calle, precaucion que tomaba siempre que tenia delante la perspectiva del arresto, vió su casa cercada por dependientes del tribunal de Comercio. Don Felipe era filósofo; resolvió pasar el dia meditando sobre las vicisitudes humanas, y no salir en adelante mas que de noche. Por otra parte era pleno estío, ¿y quién es el que en el rigor del calor sale durante el dia por las calles de Nápoles, á no ser los perros y los corchetes? Pasáronse pues, ocho dias durante los que los corchetes hicieron rigurosa, pero inútil centinela.

Al noveno dia, se levantó don Felipe como de costumbre á las nueve de la mañana; don Felipe se habia hecho muy perezoso desde que no salia. Miró por la ventana: la calle estaba libre: ¡ni un agente! Don Felipe conocia demasiado la actividad del enemigo con quien tenia que habérselas para creerse de ese modo el dia menos pensado y sin motivo, libre de él: ó sus perseguidores están ocultos para hacer creer su ausencia, y caer sobre él en el momento en que ávido de aire y de sol salga á respirar, y el medio seria miserable é indigno de ellos y de él, ó ha ido á casa del presidente del tribunal para obtener una órden para arrestarle en su domicilio. Apenas aquella idea pasó por la imaginacion de don Felipe, la reconoció como acertada con la sagacidad del genio, y se fijó en ella con la persistencia del instinto. Al fin el peligro es ya digno de él, trátase de hacerle frente.

Don Felipe era uno de esos generales hábiles que no arriesgan una batalla sino cuando están seguros de ganarla, pero que en la ocasion, saben contemporizar como Fabio ó astuto como Annibal. Esta vez no se trataba de combatir, se trataba de huir; esta vez se trataba de acogerse á una iglesia, siendo las iglesias de Nápoles lugar de asilo para los ladrones, los asesinos, los parricidas, y aun para los deudores.

Pero ampararse á una iglesia no era cosa fácil. La iglesia mas próxima estaba lo menos seiscientos pasos distante. Existe, como hemos dicho, un libro intitulado: *Nápoles sin sol*; pero no existe uno que se intitule: *Nápoles sin corchetes*.

De repente una idea sublime pasó por su cabeza. La víspera ha dejado á su anciana doméstica un poco indispuesta; entra en su habitacion, la encuentra en la cama, se aproxima á ella y la toma el pulso.

—María, la dijo moviendo la cabeza, mi pobre María, ¿con que estamos peor que ayer?

—No, escelencia, al contrario, respondió la anciana, me siento mucho mejor y voy á levantarme.

—¡Guardaos bien de ello, mi buena María! ¡Guardaos bien de ello! no os lo consentiré. El pulso está lleno, lento y fuerte; hay plétora.

—¡Cómo! ¡Dios mio! Señor, ¿qué enfermedad es esa?

—Es una obstruccion de los vasos que conducen la sangre venosa á las estremidades y

de las que vuelven la sangre arterial al corazon.

—¿Y es peligrosa, escelencia?

—Mi pobre María, todo es peligroso para el filósofo; pero para el cristiano todo es agradable: la misma muerte que para el filósofo es un motivo de terror, es para el cristiano un objeto de alegría; el filósofo pretende huir, el cristiano se apresura á prepararse á ella.

—Señor, ¿quereis decirme que ha llegado la hora de pensar en la salvacion de mi alma?

—Siempre es preciso pensar en ello, mi escelente María, es el medio de que no nos sorprenda.

—Y que, ¿será tiempo de que yo me prepare?

—No, no, ciertamente; no estais en ese caso; pero en vuestro lugar, mi buena María, no dejaria de enviar á buscar el viático.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—¡Vamos, vamos, valor! sino lo haces por tí, hazlo por mí, María; estoy muy alarmado, muy inquieto, no me tranquilizaria, ¡te lo aseguro!

—¡Ah! en efecto, me siento muy mala.

—¡Ya lo ves!

—No sé si será tiempo todavía.

—Sin duda, anda aprisa.

—¡Oh! ¡el viático! ¡el viático! mi querido amo.

—Al instante mismo, buena María.

El muchacho del portero fué enviado á la parroquia, y diez minutos despues, se oyó la campanilla del sacristan: don Felipe respiró.

La anciana María hizo sus últimos actos de devocion con una fé y una humildad que edificó á todos los circunstantes; luego, hechas sus oraciones, su compasivo amo, que la habia dado tan buen consejo y que no la habia abandonado durante todo el tiempo que habia estado ejecutándolo, cogió una vara del palio para acompañar al Santísimo de vuelta á la iglesia.

A la puerta encontró á los agentes de comercio que con su órden en la mano, iban á arrestarle en su domicilio. Al aspecto del Santísimo Sacramento, cayeron de rodillas y vieron pasar primero al sacristan tocando su campanilla, luego dos lazzaroni vestidos de ángeles, despues los dependientes de la iglesia, que iban de dos en dos con una vela en la mano, detrás el sacerdote qne llevaba el Santísimo Sacramento, y por último el deudor que se les escapaba y que pasaba por delante de ellos cantando desaforadamente el *Te Deum laudamus*.

Asi que llegó á la iglesia, y encontrándose por consecuencia en lugar seguro, escribió á la buena María que estaba tan enferma como él, y que fuese á reunírsele lo mas pronto posible.

Una hora despues estaba reunida aquella digna pareja.

El acreedor encontró cuatro sillas, un armario y cuatro canastillos de porcelana rota: todo fué vendido á pregon por la suma de diez carlinos.

Don Felipe no tenia necesidad de muebles; por el momento habia encontrado un alojamiento provisto. Su amigo el artista que imitaba tan admirablemente á los ingleses se habia vuelto de repente millonario, por uno de esos caprichos de la fortuna tan increible como bienvenido. Un inglés inmensamente rico, y que habia abandonado la Inglaterra atacado de esplin, habia ido á Nápoles como van alli todos los ingleses; habia ido á Polichinela y no se habia reido; habia ido á oir los sermones de los capuchinos, y no habia reido; habia asistido al milagro de San Genaro, y no habia reido. Su médico le consideraba como hombre perdido.

Un dia se le ocurrió ir á los Fiorentini, representábase alli una traduccion de los *Tipos ingleses para escitar la risa*, del *ilustrísimo* signore Scribe. En Italia todo es Scribe. He visto representar *Marino Faliero*, de Scribe; *Lucrecia Borgia*, de Scribe; *Antony*, de Scribe; y cuando marché se anunciaba *El campanero de San Pablo*, de *Scribe*.

El enfermo fué, pues, á ver los *Tipos ingleses para escitar la risa*, de Scribe, y al ver á Lelio que representaba una de las damas (Lelio era el amigo de don Felipe) nuestro inglés habia reido tanto, que su médico habia temido por un momento que, como Bobèche, tuviese dañado el bazo.

Al dia siguiente volvió á los Fiorentini; representábase *Los dos ingleses*, de Scribe; y el enfermo del bazo habia reido mas que la víspera.

Al otro dia el convaleciente no dejó de aprovecharse de un remedio que tan bien le sentaba: habia vuelto por tercera vez á los Fiorentini; habia visto *El Regañon*, de Scribe; y habia reido mas que los dias precedentes.

Resultó que el inglés, que ya no comia, que no bebia, habia recobrado poco á poco el apetito y la sed, y hasta tal punto, que al cabo de tres meses de estancia con Lelio, sufrió una indigestion de macarroni y de moscatel calabrés, que le condujo alegremente á la tumba á la noche siguiente. Por cuyo fin, lleno de reconocimiento por quien tenia derecho á él, el digno insular habia dejado tres mil libras esterlinas de renta á Lelio, que le habia curado. Lelio, como hemos dicho, se encontraba, pues, millonario. En consecuencia, se habia retirado del teatro, se llamaba don Lelio, y habia alquilado el primer piso del palacio mas hermoso de la calle de Toledo, donde, fiel á la amistad, se habia apresurado á ofrecer una habitacion á don Felipe Villani. Esta oferta, hecha precisamente la víspera, era á la que se debia que don Felipe se mostrase tan indiferente por lo que hace á la pérdida de sus muebles.

Pasóse un año próximamente sin oir hablar nada de don Felipe Villani. Unos decian que habia pasado á Francia, donde se habia hecho empresario de caminos de hierro: otros que habia pasado á Inglaterra, donde habia inventado un nuevo gas.

Pero nadie podia decir positivamente lo que habia sido de don Felipe Villani, cuando el 15 de noviembre de 1832, recibió la congregacion de peregrinos el aviso siguiente:

«Habiendo fallecido de esplin el señor don «Felipe Villani, se suplica á la venerable co«fradía de los peregrinos, dé las órdenes mas «oportunas para sus exequias.»

Para que nuestros lectores comprendan la significacion de esta invitacion, bueno será les digamos algunas palabras del modo como se hace en Nápoles el servicio de las honras fúnebres.

Una antigua costumbre exige que los muertos sean enterrados en las iglesias: esto es mal sano, esto desarrolla las fiebres pútridas y el cólera; pero no importa, es la costumbre, y de un estremo á otro de Italia, todo el mundo se inclina ante esta palabra.

Los nobles tienen capillas hereditarias enriquecidas con mármoles y oro, adornadas con cuadros del Dominicano, de Andrés del Sarto y de Ribera.

Al pueblo se le arroja y mezcla hombres y mugeres, ancianos y niños, en la fosa comun, en medio de la nave mayor de la iglesia.

Los pobres son trasportados por dos saltatumbas, en una carreta al campo santo.

Esta es la mas terrible desgracia, el último de los envilecimientos, el mas cruel de los castigos que pueden atormentar á aquellos desgraciados que han luchado con la miseria toda su vida y que no sienten el peso de ella sino despues de su muerte. Asi que todos toman en vida sus precauciones para librarse de los saltatumbas, la carreta y el campo santo. De ahí las asociaciones para las exequias fúnebres entre ciudadanos; de ahí los seguros mútuos, no sobre la vida, sino sobre la muerte.

He aqui las formalidades generales de recepcion para ser admitido en una de las cincuenta sociedades mortuorias de la alegre ciudad de Nápoles. Uno de los miembros de la sociedad presenta al neófito, que es elegido *hermano* por los votos de un escrutinio secreto: desde aquel momento, siempre que quiere entregarse á alguna práctica religiosa, va á la iglesia de su cofradía; esta es su parroquia adoptiva; debe, mediante una retribucion ligera mensual, darle la comunion, administrarle la confirmacion, casarle, darle la Estremauncion durante su vida, y en fin, enterrarle despues de su muerte. Todo gratis y con magnificencia.

Si por el contrario, se ha abandonado aquella formalidad, no solo está uno obligado á pagar sumamente caros todos los actos religiosos que se ejecutan en vida, sino que los parientes se ven obligados á hacer gastos fabulosos para llegar á aquella magnificencia de funerales que es el grande orgullo del napolitano, sea de la clase que quiera, y en cualquier grado de fé con que practique su religion.

Pero si el difunto forma parte de alguna cofradía, ya es otra cosa: los parientes no tienen que ocuparse de nada mas que de llorar mas ó menos al muerto: todas las molestias, todos los gastos, toda la ostentacion, pertenecen á los cofrades. El difunto es trasportado con pompa á la iglesia. Se le deposita en un nicho particular, en el que se inscribe su nombre, el dia de su nacimiento y el de su muerte, y luego se ponen ademas dos renglones de virtudes, á eleccion de los parientes.

En fin, durante un año entero, se celebra todos los dias una misa por el reposo de su alma. Y no es esto todo: el 2 de noviembre, dia de la Conmemoracion de los difuntos, se abren al público las catacumbas de cada cofradía; los átrios se cuelgan de terciopelo negro; flores y perfumes embalsaman la atmósfera, y las bóvedas mortuorias se iluminan como el teatro de San Cárlos los dias de gran gala. Entonces ponen derechos los esqueletos de los hermanos que han muerto durante el año, les ponen sus vestidos, los colocan religiosamente en nichos preparados á este efecto todo alrededor del salon; luego reciben las visitas de sus parientes, que orgullosos de ellos, llevan á sus amigos y conocidos, para hacerles ver la manera conveniente como son tratados despues de su muerte las gentes de su familia. Despues de lo que, se les entierra definitivamente en un jardin plantado de naranjos, que se llama *Terra santa*.

Todas las corporaciones fúnebres tienen rentas, derechos, privilegios muy respetados; están gobernadas por un prior elegido todos los años entre los cofrades. Hay cofradías para todas las órdenes y todas las clases: para los nobles y para los magistrados, para los comerciantes y para los menestrales.

Una sola, la cofradía de los peregrinos, que es de las mas antiguas, admite, con una igualdad que hace honor á la manera como ha conservado el espíritu de la primitiva Iglesia, los nobles y los plebeyos. En ella no existe el menor privilegio que diferencie á nádie. Todos se sientan en los mismos bancos, todos están cubiertos con el mismo trage, todos obedecen á las mismas leyes; y el espíritu republicano de la institucion es llevado á tal punto, que el prior es elegido un año entre los nobles, otro año entre los plebeyos, y desde que existe la cofradía no se ha invertido una sola vez este órden.

De esta honorable cofradía es de la que formaba parte don Felipe Villani; y hasta tal punto habia conocido la importancia de permanecer miembro de ella, que por mas que hubiese sido precipitado por la rueda de la

fortuna, siempre habia satisfecho piadosa y escrupulosamente, su parte del dividendo anual y general.

Causó, pues, sentimiento pero no sorpresa, cuando se recibió en la administracion de la cofradía el aviso de la defuncion de don Felipe, y la invitacion de preparar sus exequias.

La eleccion de la mayoría habia recaido aquel año en un célebre comerciante de bacalao que gozaba de una reputacion de piedad que hubiese sido notable en cualquiera época, y que en nuestros dias era prodigiosa. Este fué quien en su cualidad de prior tuvo que dar las órdenes necesarias para el entierro de don Felipe Villani: envió, pues, sus altareros al número 15 de la calle de Toledo, último domicilio del difunto, para colgar el cuarto mortuorio, convocó á todos los cofrades é invitó al capellan á que estuviera dispuesto. Veinte y cuatro horas despues del fallecimiento, término exigido por los reglamentos de policía urbana, se encaminó la comitiva hácia la casa de don Felipe. Un conde, elegido entre la mas antigua nobleza de Nápoles, llevaba el gonfalon (estandarte) de la cofradía; luego los cofrades colocados de dos en dos en fila y vestidos de penitentes con hábitos rojos, precedian á una caja mortuoria de plata maciza ricamente esculpida y cincelada, que estaba cubierta de un magnífico paño de tumba de terciopelo rojo, bordado y con franjas de oro, y la cual sostenian doce vigorosos mandaderos. Detrás de la caja iba el prior solo y llevando en la mano el baston de ébano con puño de marfil, insignia de su cargo; en fin, detrás del prior iba, para cerrar la comitiva, el respetable cuerpo de pobres de San Genaro.

Perdóneseme esta nueva digresion, pero como caminamos por un terreno casi desconocido para nuestros lectores, vamos á esplicarles primero lo que son los pobres de San Genaro, y en seguida volveremos á tomar el hilo de esta interesante narracion en el mismo sitio en que la hemos interrumpido.

En Nápoles, cuando los criados son ya demasiado viejos para servir á los amos vivos, á quienes por lo general se les sirve difícilmente, cambian de condicion y pasan al servicio de San Genaro, el mejor amo que ha existido. Estos son los inválidos de la clase doméstica.

Desde que un criado ha llegado á la ancianidad ó al grado de valetudinario exigido para ser recibido pobre de San Genaro, y ha recibido su diploma firmado por el tesorero del santo, ya no tiene que ocuparse de nada mas que de suplicar al cielo le envie el mayor número posible de entierros.

En efecto, no hay entierro un poco notable sin los pobres de San Genaro. Todo muerto que se respete en algo, debe llevarlos entre su acompañamiento. Se les avisa á domicilio, van á la casa mortuoria, reciben tres carlinos por cabeza y acompañan el cuerpo á la iglesia y al lugar de la sepultura, llevando en la mano derecha una banderola negra flotando al estremo del asta de una lanza. Mientras acompañan al féretro, el mas grande respeto merecen los pobres de San Genaro; pero como no hay medalla por mas bien dorada que esté que no tenga su reverso, apenas los desgraciados impedidos dejan de estar bajo la proteccion del féretro, pierden el prestigio que los defendia y se convierten pura y simplemente en los *lanceros de la muerte*. Entonces se ven silbados, escupidos, perseguidos y vueltos á llevar á domicilio acompañados de disparos de cáscaras de limon y tronchos de berzas, á no ser que felizmente pase entre ellos y los agresores un perro con una sarten atada á la cola. Se sabe que en todos los paises del mundo, una sarten y un perro unidos por un bramante constituyen un grave acontecimiento.

El porta-estandarte, los cofrades, la caja funeraria, los mandaderos, el comerciante de bacalao y los pobres de San Genaro, llegaron, pues, ante el número 15 de la calle de Toledo; allí, como la comitiva habia llegado á su destino, se detuvo. Cuatro mozos subieron al piso principal, cogieron el ataud colocado sobre dos banquillos, le bajaron y le depositaron en la caja de plata; al punto el prior dió un golpe en el suelo con su baston, y el fúnebre convoy, tomando la ruta que habia llevado al ir, volvió á entrar lentamente en la iglesia de los peregrinos.

El dia siguiente al de las exequias, el prior, segun sus costumbres ciudadanas, que le tenian todo el dia tras su mostrador, salia al anochecer para ir á dar su vueltecita por el muelle, recitando mentalmente un *De profundis* por el alma de don Felipe Villani, cuando al volver de la calle de San Giacomo, vió salirle al encuentro un hombre que le pareció tenia una semejanza tan maravillosa con el difunto, que se detuvo estupefacto. El hombre continuaba avanzando, y á medida que avanzaba, la semejanza era mas y mas notable. En fin, cuando aquel hombre no estuvo mas que á diez pasos de distancia, desapareció toda duda; era la sombra del mismo señor Villani.

La sombra, sin apercibirse al parecer del efecto que producia, avanzó derecha hácia el prior. El pobre comerciante de abadejo habia quedado sin movimiento; pero el sudor corria por su frente, sus rodillas se chocaban, sus dientes estaban apretados por una contraccion convulsiva; no podia ni adelantar ni retroceder: trató de pedir socorro, pero á la manera que Eneas ante la tumba de Polidoro, sentia su voz espirar en su garganta, y un sonido sordo é inarticulado que parecia al estertor de la agonía se escapaba tan solo por ella.

—Buenos dias, mi estimado prior, dijo la fantasma sonriendo.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritu Sancti*, murmuró el prior.

—¡*Amen*! respondió la fantasma.

—¡*Vade retro, Satanas*! esclamó el prior.

—¿A quién os dirigís, querido? le preguntó la fantasma mirando en derredor, como si buscase el objeto que podia causar el terror de que parecia sobrecogido el pobre comerciante de bacalao.

—¡Vete de aqui, alma bienaventurada! continuó el prior, y te prometo que mandaré decir dos misas por tu descanso.

—Yo no tengo necesidad de vuestras misas, dijo la fantasma; pero si quereis darme el dinero que pensais dedicar á esa buena obra, me vendrá perfectamente.

—Efectivamente es él, dijo el prior; vuelve del otro mundo para pedir prestado. ¡Seguramente es el mismo!

—¿Y quién es él? preguntó la fantasma?

—Don Felipe Villani.

—¡Pardiez! ¿y quién quereis que sea?

—Perdonad, mi querido cofrade, replicó el prior temblando. ¿Puedo preguntaros sin indiscrecion dónde vivís, ó mas bien dónde vivíais?

—Calle de Toledo, número 15. ¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Es que nos han comunicado por escrito hace tres dias, que habíais muerto. Fuimos á vuestra casa, pusimos vuestro ataud en el carro mortuorio, os condujimos á la iglesia, y os hemos enterrado.

—¡Gracias por tanta deferencia! dijo Felipe.

Y dando al buen prior un golpecito amistoso en la espalda, don Felipe continuó su camino. El prior permaneció diez minutos en el mismo sitio, viendo alejarse á don Felipe, que desapareció por una esquina de la calle de Toledo. La primera idea del buen prior fué, que Dios habia hecho un milagro en favor de don Felipe; pero reflexionándolo bien, la eleccion hecha por Nuestro Señor le pareció tan estraña, que convocó aquella misma noche la cofradía para esponerla sus dudas. Convocada la cofradía, el digno comerciante de bacalao refirió lo que le habia sucedido, cómo habia encontrado á don Felipe, como éste le habia hablado, y como, en fin, al separarse de él, le habia anunciado, á la manera que Jesucristo á la Magdalena, que habia resucitado al tercer dia.

De diez personas de que se componia la junta, nueve parecia que estaban dispuestas á creer un milagro: solo hubo uno que movió la cabeza.

—¿Dudais de lo que he referido? preguntó el prior.

—Muy lejos estoy de eso, respondió el incrédulo; pero creo poquísimo en fantasmas, y como todo eso podria muy bien encubrir algun nuevo enredo de don Felipe, sería de parecer, aguardando informes mas detallados, citarle por quebranto en los intereses de la congregacion por haberse hecho enterrar sin estar muerto.

Al dia siguiente, dejaron en la habitacion del portero del número 15 de la calle de Toledo una citacion concebida en estos términos: «El año 1835, á 18 de noviembre, á peticion de la venerable cofradía de los peregrinos, yo, el infrascrito, alguacil del tribunal civil de Nápoles, cité al difunto don Felipe Villani, fallecido el 15 del mismo mes, para que compareciese en el término de ocho dias ante el susodicho tribunal, para probar legalmente su muerte, ó en el caso contrario, será sentenciado á pagar á la dicha cofradía de los peregrinos cien ducados, como indemnizacion de daños y perjuicios, por haberse hecho enterrar sin estar muerto.»

El dia mismo en que se sustanciaba el proceso, era cuando nos habiamos hallado en medio de la afluencia de gente que esperaba en la calle Forcella la apertura del tribunal. Abierto este, se precipitó la multitud en la sala de audiencia, y nos arrastró en su ímpetu. Todos esperaban ver sentenciar al difunto por ausente en rebeldía; pero todos se engañaron: el difunto se presentó con gran admiracion de la numerosa concurrencia, que al verle abrió paso y le dejó entrar, con un estremecimiento que probaba que los que la componian no tenian por muy cierto en el fondo de su corazon, que don Felipe Villani estuviese realmente en este mundo. Don Felipe se adelantó gravemente, y con ese paso solemne que conviene á las fantasmas; luego deteniéndose ante el tribunal, se inclinó con respeto.

—Señor presidente, dijo, no soy yo quien ha muerto, sino un amigo mio, en cuya casa me hospedaba; su viuda me ha encargado su entierro y funeral, y como en aquel momento tenia yo mas necesidad de dinero que de sepultura, he hecho le enterrasen en mi lugar. Ahora bien, ¿qué pide la venerable cofradía? Yo tenia derecho á un entierro y funeral: me ha enterrado. Mi nombre estaba en la lista: he rayado mi nombre; he vendido, pues, mis exequias.

En efecto, el pobre Lelio, que tanto habia hecho reir á los demás, acababa de morir de spleen, y á este habia sido á quien la venerable cofradía de los peregrinos habia enterrado en el sitio, y por don Felipe. Este fué absuelto libremente, con gran aplauso de la multitud, que le llevó en triunfo hasta el portal del número 15 de la calle de Toledo.

En el momento en que abandonamos á Nápoles, circulaba el rumor de que don Felipe Villani iba á terminar su carrera casándose con la viuda de su amigo, ó mas bien con sus tres mil libras esterlinas.

VII.

GRAN GALA.

Antes de abandonar las calles por donde se puede pasar, para conducir á nuestros lectores á las calles por donde no se pasa, digamos una palabra acerca del famoso teatro de San Cárlos, sitio de cita para la aristocracia.

Cuando llegamos á Nápoles, todavía estaba muy reciente la muerte de Bellini, y á pesar del ódio que divide á los sicilianos y napolitanos, habia producido una sensacion dolorosa, cualquiera que fuesen las opiniones en materia musical de los dilettanti; especialmente las señoras para quienes la música del jóven maestro parece escrita principalmente, y en cuya opinion tiene el ódio nacional menos influencia, tenian casi todas en sus salones un retrato del *gentile maestro*, y era muy raro que una visita, por estraña que fuese al arte, se terminase sin que hubiese cambio recíproco de palabras de sentimiento entre los visitantes y visitados, acerca de la pérdida que acababa de esperimentar la Italia.

Donizetti, sobre todo, que llevaba ya el cetro de la música, y que heredaba ahora la corona, sentia gran pesar por aquel que habia sido su rival, sin dejar jamás de ser su amigo. Por lo demás, aquella pérdida habia reanimado las cuestiones entre bellinistas y donizettistas, cuestiones terminadas mucho mas pronto que las nuestras, en que cada uno de los adversarios trata de probar que tiene razon, mientras que los napolitanos, por el contrario, se inquietan muy poco por nacionalizar su opinion, y se contentan con decir, de un hombre, de una muger, ó de una cosa que les es simpática ó antipática. Los napolitanos constituyen un pueblo de sensaciones. Toda su conducta está subordinada á los latidos de su pulso.

Sin embargo, los dos partidos se habian reunido para honrar la memoria del autor de *Norma* y los *Puritanos*. Los discípulos del Conservatorio de Nápoles habian abierto una suscricion para hacerle funerales; pero el ministro de Cultos se habia opuesto á aquella ceremonia fúnebre, bajo el único pretesto, poco aceptable en Francia, pero suficiente en Nápoles, de que Bellini habia muerto sin recibir los sacramentos. Entonces pidieron permiso para cantar en Santa Chiara la famosa misa de Winter; pero entonces el ministro habia acudido diciendo que ese *Requiem* se habia ejecutado en los funerales del abuelo del rey, y que no consentia que una misa que habia servido para un rey, se cantase para un músico. Esta segunda razon pareció menos plausible que la primera. Sin embargo, los amigos del ministro habian calmado la irritacion haciendo observar que su escelencia habia hecho una gran concesion á los progresos del genio, dignándose instruir al público del motivo de su negativa, puesto que podia decir sencillamente: No quiero, sin tomarse el trabajo de dar la razon de su negativa. Tan exacto habia parecido el argumento, que el descontento de los bellinistas se habia apaciguado meditándolo bien.

Despues, como los dias van empujando á los dias, y como un sol hace olvidar el otro, un suceso que se anunciaba comenzaba á distraer del suceso pasado. Se hablaba como de una cosa increible, inaudita, y en la que era preciso por lo demás no creer antes de tener mas ámplios informes, de la presuncion de un músico francés, que cansado de los disgustos que tienen que pasar los jóvenes compositores parisienses para llegar á la ópera cómica, ó á la grande ópera, habia comprado un drama á uno de esos innumerables poetas libretistas que intentan imitar á Romani, y de un salto, y para su debut, iba á apostárselas al público mas inteligente de la Europa, y en el teatro mas peligroso del mundo. En apoyo de aquella opinion que tenian de sí mismos, y de San Cárlos, los dilettanti napolitanos recordaban con la satisfaccion de la suficiencia, que habian chicheado á Rossini y silbado á la Malibran, y no comprendian la urbanidad francesa, que se contentaba con responderles sonriendo: ¿qué prueba eso? Una cosa dañaba tambien mucho á mi pobre compatriota, ó mejor hubiera debido decir dos cosas; tenia la desgracia de ser rico, y la sinrazon de ser noble; doble imprudencia en un compositor en Nápoles, donde todavía no se comprende el talento que va en carruage, y el nombre célebre que lleva una corona de vizconde.

En fin, como un punto mas sombrío en aquel sombrío horizonte, una cábala amenazaba en aquella ocasion infringir la regla y estallar en favor del compositor estrangero, cosa, preciso es confesarlo, tan rara en Nápoles, que es casi desconocida. Esplicaré cómo se habia formado; la refiero, menos por su importancia, que por conducirnos naturalmente á hablar de los artistas.

La direccion del teatro de San Cárlos habia contratado á la Ronzi, bajo la garantía de sus pasados triunfos, por sesenta representaciones, y á 1,000 francos cada una. Era, pues, de su interés hacer valer una parte que le costaba cada noche la entrada ordinaria de un teatro de Francia, deducidos los gastos. En consecuencia, habia exigido que el papel de la prima donna fuese escrito para la Ronzi. Pero por una de esas fatalidades que hacen á los dilettanti de San Cárlos tan orgullosos de su superioridad en la especie, la nueva prima donna obsequiada, adorada, coronada seis meses antes, habia caido de plano, y si me es permitido usar de un término de bastidores,

hizo un fiasco completo en Nápoles. Opinábase generalmente que era absurdo que la administracion pagase 1,000 francos cada noche por los últimos restos de talento y de voz, mientras que por 1,000 francos mas podia haberse contratado á la Malibran, que era el principio de lo que la otra era el fin. A consecuencia de aquel razonamiento, una especie de compañía negra se habia encontrado en las ruinas de la Ronzi, y la echaba por tierra, silbándola todas las noches.

Desde aquel momento, la administracion habia comprendido dos cosas: la primera, que era preciso obtener de la nueva contratada que redujese á la mitad el número de sus representaciones, negociacion que facilitaban los sinsabores que esperimentaba todos los dias; la segunda, que era mala especulacion sostener una artista que no habia sido adoptada en ninguna ópera, que no podia serlo. Por lo tanto, el papel de la *prima donna* habia pasado de las manos de la Ronzi á las de la Persiani, para cuya voz, sin embargo, no estaba escrito, siendo esta un soprano de la mayor estension. De ahí la tormenta cuya existencia hemos señalado.

En cuanto á los demás, la compañía de San Cárlos permanecia siempre la mejor y mas completa de Italia: componíase de tres elementos musicales necesarios para componer un todo: de un tenor mezzo-carattero, de un bajo y de una tiple. Felizmente los tres elementos eran tan perfectos, como se podia desear; y tenian por nombres: Duprez, Ronconi, Taquinardi.

En aquella época, la Francia no conocia á Duprez sino de un modo muy vago: se hablaba de un gran artista, de un cantante admirable que recorria la Italia, y comenzaba á imponer condiciones á los impresarii de Nápoles, Milan y Venecia; pero en cuanto á las cualidades de su voz, nada se sabia mas que lo que decian los periódicos, ó lo que referian los viageros. Unicamente algunos aficionados recordaban haber oido cantar en el Odeon á un jóven discípulo de Choron, con voz fresca, sonora, estensa; pero la identidad del gran cantante era tan problemática, que todos se preguntaban dudando si seria aquel que los estudiantes habian silbado, el que entonces era aplaudido por los dilettanti italianos. Dos años despues llegó Duprez á Paris, y debutó en *Guillermo Tell*. Nada, pues, tenemos ya que decir de este rey del canto.

Ronconi era, en aquella misma época, un jóven de veinte y tres á veinte cuatro años, desconocido, segun creo en Francia, y que tenia una magnífica voz de barítono con que el cielo le habia dotado, sin tomarse el trabajo de corregir los defectos de ella ni desarrollar sus cualidades. Contratado por un empresario que le sacaba treinta mil francos y le daba seis mil, tomaba de lo modesto de su remuneracion un escelente pretesto para no estudiar, puesto que, decia, cuando estudiaba le oian, y cuando le oian no podia decir que no estaba en su casa. Despues de aquella época, Ronconi, pagado en lo que vale, ha hecho los progresos que debia hacer, y hoy es el primer barítono de Italia.

La Taquinardi era una especie de ruiseñor que canta como otra puede hablar: por el método era Mad. Damoreau, con una voz mas estensa y mas fresca, nada podia compararse á la suavidad de aquella garganta, jóven y pura, pero casi nunca dramática. Por lo demas, imaginacion inteligente en grado supremo, sin estar jamás ni melancólica ni apasionada, figura fria y linda; era una morena que cantaba como una rubia. La Taquinardi, casándose con el autor de *Inés de Castro*, ha llegado á ser la Persiani.

He aqui cuales eran los artistas encargados de representar el poema de *Lara*.

Cuando llegué á Nápoles, la obra estaba ensayándose, es decir, que se habia puesto en estudio el 8 del mes de noviembre, y debia representarse el 19 del mismo, en todo once ensayos para una obra de primer órden. Sin embargo, no todas las óperas se ponen en escena con tanta rapidez. Hay algunas á las que se conceden hasta quince y diez ocho ensayos. Pero ahora habia órden superior: la reina madre se habia quejado de que no hubiera aquel año para sus dias una novedad musical, lo que jamás falta para los de su hijo ó de su hija; y el rey de Nápoles, encontrando justa la queja, habia mandado que se representara la ópera del francés para honrar el aniversario materno: era una especie de víctima humana sacrificada al amor filial.

No hay necesidad, pues, de preguntar en que estado encontraria á mi pobre compatriota. Se consideraba como un hombre desauciado por el médico, á quien no le quedasen mas que siete ú ocho dias de vida. El hecho es que examinando su posicion, solo un homeópata podia prometerle su salvacion. Intenté sin embargo, darle esos consuelos que no consuelan. Pero á todos mis argumentos, respondia con una sola palabra: ¡*Gran gala*, amigo mio, ¡*gran gala*! Le cogí la mano, tenia fiebre; me volví hácia el director de orquesta, que fumaba en una pipa, y le dije dando un suspiro: hay principio de delirio.

—No, no, dijo Festa sacando gravemente de su boca el tubo de ámbar: pardiez, tiene razon, ¡gran gala! ¡gran gala! apreciable caballero, ¡gran gala!

Me dirigí entonces á Dupréz, estaba en un rincon haciendo bolitas con la cera de una bugía, y le miré como para decirle: ¿están todos locos aqui? Comprendió mi espresion mímica con una prontitud que hubiera hecho honor á un napolitano.

—No, me dijo aplicándose la bolita de cera á la nariz, no, no están locos. ¿No sabeis lo que es gran gala?

Salí muy humilde. Cogí un diccionario, busqué la letra G: nada encontré.

—¿Tendreis la bondad, dije volviendo á entrar, de esplicarme lo que quiere decir gran gala?

—Quiere decir, respondió Dupréz, que habrá hoy en el teatro mil doscientas bugías que os deslumbrarán y cuyos gases atacarán á la garganta de los cantantes.

—Quiere decir, continuó el director de orquesta, que hay que tocar la sinfonía á telon corrido, porque la córte no puede aguardar; lo cual es infinitamente desfavorable al coro de introduccion.

—Quiere decir, terminó Ruoltz, que toda la córte asiste á la representacion, y que el público no puede aplaudir mas que cuando la corte aplaude, y la córte no aplaude nunca.

—¡Diantre, diantre! dije yo, no teniendo otra cosa que observar á aquella triple esplicacion. Y añadid á eso, dije para darme el aire de no cortarme, que no teneis ya, segun creo, mas que siete dias de término.

—Y que la orquesta todavía no ha ensayado la sinfonía, dijo Ruoltz.

—¡Oh! la orquesta, eso no me inquieta, respondió Festa.

—Que los cantantes no han ensayado juntos todavía, añadió el autor.

—¡Oh! los cantantes, dijo Duprez, se arreglarán perfectamente.

—Y jamás tendré ni fortaleza ni paciencia para hacer el último ensayo,

—¡Qué! ¿no estoy yo aqui? dijo Donizzeti levantándose. Ruoltz se acercó á él, y le tendió la mano.

—Si, teneis razon, he encontrado buenos amigos.

—Y lo que importa mas todavía para el triunfo, vos habeis compuesto una música divina.

—¿Lo creeis? dijo Ruoltz con ese acento sencillo y modesto que le es propio. Nos echamos á reir.

—¡Vamos á ensayar! dijo Dupréz.

En efecto, todo pasó como lo habian previsto Festa, Dupréz y Donizzetti. La orquesta tocó la sinfonía al primer repaso; los cantantes, acostumbrados á cantar juntos, no tuvieron mas que entonar para arreglarse, y Ruoltz, muerto de ansiedad, dejó el cuidado de sus tres últimos ensayos al autor de *Anna Bolena*.

Salí del teatro fuertemente impresionado. Yo creí que iba á asistir al ensayo de un estudiante, y acababa de oir la partitura de un maestro. Se forma uno á su pesar cierta idea de las obras por los hombres que las crean, y desgraciadamente casi siempre se forma de las obras y de los hombres la opinion que ellos mismos tienen. Ruoltz era el jóven mas sencillo y mas modesto que he visto. En tres meses que hacia le trataba, nunca le oí hablar mal de los demas, y lo que es mas admirable todavía en un hombre que va á dar á luz su primera obra, ni se alababa á sí mismo. He encontrado en general mas amor propio en los jóvenes que todavía no han hecho nada, *que han arribado* (*arrivés*), y permítaseme esta opinion, creo que nada hay como el triunfo para curar el orgullo. Aguardé, pues, con mas confianza, el dia de la primera representacion. Llegó por fin.

Es un espectáculo espléndido el teatro de San Cárlos, en un dia de gran gala. Aquella inmensa y sombría sala, triste para un ojo francés en las representaciones ordinarias, toma en las ocasiones solemnes un aspecto de vida que la comunican la multitud de bugías que lucen en cada palco. Entonces las señoras están visibles, lo que no sucede los dias en que la sala está mal iluminada. Ciertamente no es aquello ni el adorno de la ópera ni el teatro francés; es una profusion de diamantes de que no se tiene idea en Francia; son ojos italianos que brillan como los diamantes, es toda la córte con sus trages de ceremonia, es el pueblo mas alborotador del universo; reunido, si no en la mas bonita, al menos en la sala mas grande del mundo.

Aquella noche, contra la costumbre de las primeras representaciones, la sala estaba llena. El pueblo italiano, enteramente distinto del nuestro, jamás arrostra una música desconocida. No; en Nápoles especialmente, donde la vida es toda de felicidad, de placer, de sensacion, se tiene mucho temor á que el fastidio estropee algunas horas. Necesitan aquellos habitantes del pais mas hermoso de la tierra una vida como su cielo, con un sol abrasador, como su mar con olas que reflejan aquel sol. Cuando está cerciorado de que la obra es de un mérito sobresaliente, cuando el cartel anuncia piezas que se deben oir, de esas durante las que se puede uno mover, ¡oh! entonces se apresuran, se agolpan; pero esta aceptacion no empieza hasta la sesta ú octava representacion. En Francia, se va al teatro por presentarse; en Nápoles, se va á la ópera por gozar.

En cuanto á los alabarderos (claqueurs), nada tenemos que decir: es una lepra que todavía no ha inficionado los verdaderos triunfos, es un gusano que todavía no ha picado los frutos sanos. El autor no tiene mas billetes que los que compra, ni mas palcos que los que alquila. Autores y actores son aplaudidos cuando las butacas creen que merece serlo, esceptuándose los dias de gran gala, en los que, como hemos dicho, está subordinada la apinion del público á la opinion de la córte; cuando no asiste el rey, á la de la reina; en ausencia de la reina á la de don Cárlos, y asi sucesivamente hasta el príncipe de Salerno.

A las siete en punto, aparecieron los ugieres en los palcos destinados á la familia real. En el mismo instante levantaron el telon, y se oyeron los preludios de la sinfonía.

Por mas buena que fuese la sinfonía, dejó de oirse. Yo el primero, y á pesar del interés que me inspiraba la representacion y el autor, estaba mas ocupado de la córte que no conocia, que de la ópera que comenzaba. Los ayudantes de campo se situaron en el palco del proscenio; la jóven reina, la reina madre y el príncipe de Salerno ocuparon el palco siguiente; el rey y el príncipe Cárlos ocupaban el tercero, y el conde de Siracusa, relegado al cuarto, conservó en el teatro el sitio aislado que su desgracia le asignaba en la córte.

La sinfonía, aunque fué muy poco escuchada, dispuso al parecer bien al público. La sinfonía de una ópera es como el prefacio de una obra; el autor esplica en ella sus intenciones, indica sus personages y deja conocer su imaginacion. Notábase en la de Lara una instrumentacion vigorosa y sostenida, mas alemana que italiana, con nuevos y armoniosos motivos que se esperaba encontrar en el curso de la partitura, en fin, un convencimiento profundo en materia de orquesta.

Desde el principio distinguí la diferencia que existe entre la orquesta de San Cárlos y la de la ópera de París, las dos que pasan por primeras en el mundo. La orquesta de San Cárlos se limita siempre á acompañar al combate, y deja, por decirlo asi, flotar la voz sobre el instrumento como un corcho sobre el agua: la sostiene, se eleva y desciende con ella, pero jamas la cubre. En Francia por el contrario, hasta los insignificantes hierrecillos pretenden recoger su parte de aplausos, y entonces la voz del artista nada entre dos aguas. De modo, que á no tener en el timbre un vigor poco comun, es muy difícil que sobrenaden las notas de canto en aquel diluvio de armonía que las ahoga; y como los pescados volátiles, que no pueden mantenerse fuera del agua mas que mientras sus alas se conservan mojadas, apenas desciende la voz á la escala natural, no se oye ya mas que la instrumentacion.

Un lindísimo duo cantado por Ronconi y la Persiani, pasó sin ser notado. De vez en cuando llevaba algun general sus gemelos á los ojos, examinaba con gran cuidado, luego llamaba á un ayudante de campo, y designaba tal ó cual individuo de las butacas ó de los palcos. El ayudante de campo salia al momento, volvia á aparecer un minuto despues con la persona designada, le decia dos palabras, y entonces éste salia y no volvia á presentarse. Pregunté lo que aquello significaba; me respondieron que eran oficiales á quienes se enviaba arrestados por haberse ido en trage de paisano al teatro. Por lo demas, parecia la córte tan ocupada de la aplicacion de la disciplina militar, que todavía no habia pensado en hacer ni á los músicos ni á los cantantes una demostracion que indicase su presencia; sin embargo, la sinfonía y las tres cuartas partes del primer acto habian pasado sin un aplauso. Ruoltz creyó su ópera perdida, y se salvó.

Comenzó el segundo acto: las bellezas iban en aumento; olas de armonía inundaban la sala: el público contenia la respiracion. Maravilloso era ver aquel poder del genio que ejerce su imperio sobre tres mil personas que forcejean y se ahogan bajo su mágica y misteriosa voluntad; la atmósfera habia cesado casi de ser respirable para todos los individuos allí reunidos, en derredor de los que flotaban vapores sinfónicos cálidos como esos soplos de viento que preceden á la tormenta; á intérvalos la hermosa voz de Dupréz iluminaba una escena como un pasagero relámpago. Llegó por fin la parte mas notable de la ópera: una cavatina cantada por Lara en el momento en que perseguido por el tribunal, abandonado de sus amigos, los llama recordándolos su adhesion, y maldice su ingratitud. Conocia el cantante que en aquello estaba su pérdida ó su salvacion; asi que no creo que la voz humana haya espresado jamás con mas verdad el abatimiento, el dolor y el desprecio; todas las respiraciones estaban suspensas, todas las manos dispuestas á aplaudir, todos los oidos pendientes de la escena, todos los ojos fijos en el rey. Volvióse el rey hácia los cantantes, y en el momento en que Dupréz lanzaba su última nota, desgarradora como el último suspiro, S. M. aproximó sus dos manos. La sala arrojó un solo tremendo grito: era la contenida respiracion que recobraba su curso en tres mil personas.

El primer torrente de aplausos fué como de costumbre, recibido por el cantante, que se inclinó; pero al punto tres mil voces pidieron el autor con una unanimidad eléctrica; ya no habia allí rivalidad nacional, no se trataba de saber si el compositor era francés ó napolitano; era un gran músico y no se pensaba en mas. Querian verle, abrumarle con aplausos como él habia abrumado al público con emociones, querian devolverle lo que habian recibido.

Dupréz buscó al autor por todas partes, y volvió á decir al público que habia desaparecido. El público comprendió la causa de aquella huida, y los aplausos redoblaron. Pasado un cuarto de hora volvió á continuar la ópera.

El último trozo era un rondó cantado por la Taquinardi; por su espresion tenia algo de desgarrador La querida de Lara, despues de intentar perderle por una falsa delacion, se arrastra envenenada y moribunda á los pies de su amante pidiéndole perdon. La Malibran ó la Grisi en situacion semejante, se hubieran cuidado poco de la voz, pero sí mucho del sentimiento; la Taquinardi alcanzaba un triunfo por el medio contrario; produjo sonidos tan puros, variaciones tan floreadas, ejecutaba tan difíciles escalas, que por segunda vez aplaudió el rey, y la sala siguió su ejemplo. Esta vez el autor habia vuelto: le encontraron no sé en qué sitio, en los brazos de Donizzeti,

que le auxiliaba en sus últimos momentos. Dupréz le cogió por una mano, la Taquinardi de la otra, le arrastraron mas bien que le condujeron, al palco escénico.

En cuanto á mí, que como compatriota y como camarada, por espíritu nacional y por amistad, habia sentido en aquella noche pasar por mi corazon todas las emociones, y que habia deseado aquel triunfo con toda mi alma, le ví alcanzado con una compasion profunda hácia quien era el objeto de él; porque yo conocia aquel momento supremo y aquella hora en que somos conducidos por Satanás á la cima de la montaña mas alta, desde donde se ve á nuestros pies todos los reinos de la tierra; porque yo sabia que desde allí ya no se hace mas que bajar. Rico y feliz hasta entonces, acababa de repente un hombre de cambiar su existencia tranquila en una vida de emociones, su bienhechora oscuridad por el devorador resplandor del triunfo. Ningun cambio físico se habia obrado en él, y sin embargo, aquel hombre no era el mismo: habia cesado de pertenecerse: por aplausos y coronas se habia vendido al público; al presente era ya el esclavo de un capricho, de una moda, de una cábala; iba á ver su nombre arrancado de su persona como un fruto de su tallo. Las mil voces de la publicidad iban á hacerle trozos y esparcirle por el mundo; y ahora, aunque hubiese querido recogerle, ocultarle, estinguirle en la vida privada, ya no estaba en su poder, por mas que le hubiesen de destrozar las emociones á los treinta y cuatro años, ó ahogarle los disgustos á los sesenta: aunque, como Bellini, hubiese de sucumbir antes de haber llegado á todo su esplendor, ó como Gros, desaparecer despues de haber sobrevivido al suyo.

1842.

No me habia engañado en mi prevision: el vizconde Ruoltz, despues de haber obtenido un éxito brillante en el teatro de la Opera de París como le alcanzó en el de Nápoles, ha abandonado completamente la carrera de la música, y tan buen químico como habia sido gran compositor, acaba de hacer un escelente descubrimiento de que el mundo científico se ocupa en este momento, el cual consiste en dorar el hierro por la aplicacion de la pila de Volta. Es el autor de la plata Ruoltz.

VIII.

EL LAZZARONI.

Hemos dicho que hay en Nápoles tres calles por donde se pasa y quinientas por donde no se pasa; hemos procurado, mejor ó peor, describir la de Chiaja, la de Toledo y la de Forcella: procuremos dar una idea de las calles por donde no se pasa; cosa que está muy pronto terminada.

Nápoles está edificada en anfiteatro: resulta de aquí que á escepcion de los muelles que costean el mar, como Marinella, Santa Lucía y Mergellina, todas las calles forman rápidos descensos y subidas, en que únicamente el corricolo con su fantástico tiro, puede mantenerse en ellas sin volcar.

Añadamos á eso que como tan solo los que habitan en semejantes calles pueden tener que hacer en ellas, un estrangero ó un indígena que se aventura allí con trage de paño, es en aquel momento objeto de la curiosidad general.

Decimos un trage de paño, porque tiene una grande influencia en el pueblo napolitano. El que está *vestito di pano* adquiere por el hecho mismo de esta superioridad suntuaria grandes privilegios aristocráticos. Volveremos á hablar de esto.

Así la aparicion de algun Cook ó de algun Bougainville es muy rara en aquellas desconocidas regiones, donde no hay que descubrir mas que el interior de inmundas casas, á cuya puerta ó ventana la abuela peina á su hija, la hija á su niño, y el niño á su perro. El pueblo napolitano es el pueblo de la tierra que mas se peina; acaso está condenado á aquel ejercicio por algun juicio secreto, y cumple una pena análoga á la de las cincuenta hijas de Danao, con la diferencia de que cuanta mas agua echaban en su barrica menos quedaba en ella.

Pasamos por cincuenta de aquellas calles sin ver ninguna diferencia entre ellas. Una tan solo nos pareció que presentaba caractéres particulares: era la calle de la Morta-Capuana, calle larga, empolvada, con el piso de pedernales y arroyos por aceras. Está adornada con árboles á la derecha, y á la izquierda por una larga fila de casas, cuyo aspecto no ofrece al primer golpe de vista nada de raro; pero si el indiscreto viagero, llevando algo mas lejos sus pesquisas, se aproxima á aquellas casas; si echa una ojeada al pasar á las callejuelas sombrías y tortuosas que se cruzan en todos sentidos en aquel intrincado laberinto, se admirará al ver que aquel singular barrio, como la isla de Lesbos, no está habitado mas que por mugeres, las que, viejas ó jóvenes, feas ó bonitas, de todas edades, de todos los paises, de todas condiciones, están mezcladas unas con otras, custodiadas como criminales, cercadas como rebaños, batidas como pudiera hacerse con las fieras de un monte. Pues bien; no son, como pudiera creerse, gritos, blasfemias, lamentos, lo que se oye en aquel estraño pandemonium, sino por el contrario, alegres canciones, frenéticas tarantelas, carcajadas capaces de hacer pecar á un anacoreta.

Lo demas está todo habitado por una poblacion que no se puede denominar, que no

se puede describir, que no se sabe lo que hace, que se ignora como vive, que se cree muy por encima del lazzaroni, y que está mucho mas abajo.

Dejémosla, pues, para pasar al lazzaroni.

¡Ay! el lazzaroni desaparece: el que quiera ver todavía al lazzaroni, debe apresurarse. Nápoles iluminado de gas, Nápoles con los restaurans, Nápoles con sus bazares, espanta al indolente hijo del muelle. El lazzaroni, como el indio rojo, retrocede ante la civilizacion.

La invasion francesa de 99 es la que ha dado el primer golpe al lazzaroni.

En aquella época gozaba el lazzaroni de todo el lleno de las prerogativas de su paraiso terrestre; como el primer hombre antes del pecado, para nada se servia del sastre: absorvia el sol por todos los poros.

Curioso y pesado como un niño, el lazzaronni habia trabado amistad al punto con el soldado francés á quien habia combatido; pero el soldado francés es ante todo decente y considerado; concedió al lazzaroni su amistad, consintió en beber con él en la taberna, en ir del brazo al paseo, pero con una condicion *sine qua non*, que el lazzaronni pasearia vestido. El lazzaroni, enorgullecido con el ejemplo de sus antepasados y de diez siglos de desnudez, luchó algun tiempo contra aquella exigencia, pero al fin consintió en hacer ese sacrificio á la amistad.

Este fué el primer paso hácia su perdicion. Despues del primer trage se añadió el chaleco, despues del chaleco vendrá la chaqueta. El dia en que el lazzaroni tenga chaqueta, ya no habrá lazzaroni; será una raza estinguida, el lazzaroni pasará del mundo real al mundo de las conjeturas; el lazzaroni quedará relegado al dominio de la ciencia, como el mastodonte y el ichtyosauro, como el cíclope y el troglodita.

Entretanto, como hemos tenido el honor de ver y estudiar los últimos restos de aquella grande raza que cae, apresurémonos, para ayudar á los sábios en sus investigaciones antropológicas, á decir lo que es el lazzaroni.

El lazzaroni es el hijo primogénito de la naturaleza: para él es el sol que brilla; para él la mar que murmura; para él la creacion que sonrie. Los demas hombres tienen una casa, ó una villa, ó un palacio; el lazzaroni tiene el mundo.

El lazzaroni no tiene amo, no tiene leyes, es estraño á todas las exigencias sociales: duerme cuando tiene sueño, come cuando tiene hambre, bebe cuando tiene sed. Los demás pueblos descansan cuando están cansados de trabajar; él, por el contrario, cuando está cansado de descansar, trabaja.

Trabaja, pero no es ese trabajo del Norte que hunde eternamente al hombre en las entrañas de la tierra para sacar de ella la ulla ó el carbon de piedra; que le encorva sin cesar sobre el arado para fecundar un suelo siempre trabajado y siempre ingrato; que le tiene siempre sobre inclinadas techumbres ó derruidas paredes, de donde se precipita y se hace pedazos; sino el trabajo alegre, descuidado, salpicado de cancioncillas y ademanes, interrumpidas por la risa, que le hace enseñar su blanca dentadura, y por la pereza que le obliga á estender sus brazos; ese trabajo que dura una hora, diez minutos, un momento, y que en ese momento le produce un jornal mas que suficiente para las necesidades del dia.

¿Qué trabajo es ese? Solo Dios lo sabe.

Una maleta trasportada del buque de vapor á la fonda, un inglés conducido desde el muelle á Chiaja, tres pescados escapados de la red que los aprisiona, y vendidos á un cocinero; la mano estendida al acaso, y en la que el *forestiere* deja caer sonriendo una limosna; hé aqui el trabajo del lazzaroni.

En cuanto á su alimento, es mas fácil de decir: aunque el lazzaroni pertenece á la especie de los omnívoros, el lazzaroni no come generalmente mas que dos cosas: la pizza y el cocomero.

Créese generalmente, que el lazzaroni vive de macaroni: es un grande error que es tiempo ya de hacer desaparecer; el macaroni es natural de Nápoles, es verdad, pero hoy el macaroni es un plato europeo que ha viajado como la civilizacion, y que como esta, se encuentra muy lejos de su cuna. Por otra parte, el macaroni cuesta á dos cuartos la libra, por lo que no es accesible á las bolsas de los lazzaroni mas que los domingos y dias festivos. Todo lo demás del tiempo, el lazzaroni come, como hemos dicho, de los pizza y del cocomero; del cocomero en el verano, y de los pizza en el invierno.

La pizza es una especie de torta de queso como se hacen en Saint-Denis; es redonda, y se amasa como el pan. Las hay de diferentes tamaños, segun el precio. Una pizza de tres maravedises, basta para un hombre, una pizza de dos cuartos debe hartar á toda una familia.

Al primer aspecto, parece la pizza un manjar simple; pero despues de examinarlo, es un bocado compuesto. La pizza es de aceite, la pizza es de tocino, la pizza es de manteca de puerco sin sal, de tomates, de pescados pequeños, de queso; es el termómetro gastronómico del mercado: alza ó baja de precio, segun el coste de las materias susodichas, segun la abundancia ó la escasez del año. Cuando la pizza de pescadilla está á medio grano, es señal de que la pesca ha sido buena; cuando la pizza de aceite está á grano, es que la recoleccion ha sido mala.

Otra cosa influye tambien en el precio de la pizza; el que esté mas ó menos tierna: compréndese que no se puede vender la pizza de la víspera al mismo precio que se vende la del mismo dia; para las bolsas reducidas, hay pizza de una semana; estas, si no como un

bocado esquisito, pueden ventajosamente al menos reemplazar á la galleta.

Como hemos dicho, la pizza es el alimento del invierno. El 1.º de mayo reemplaza el cocomero á la pizza; pero únicamente la mercancía es la que desaparece; el mercader siempre es el mismo. Este es como el Jano de la antigüedad, con su cara que llora al pasado y su cara que sonrie al porvenir. En ese dia el vendedor de pizza se hace millonario.

El cambio no alcanza al establecimiento: la tienda queda la misma. Llevan un canasto de cocomeri en lugar de una cesta de pizza; pasan una esponja sobre las diferentes capas de aceite, de tocino, de manteca de puerco, de queso, de tomates y de pescados, que ha dejado el comestible de invierno, ya está hecho todo, se pasa al comestible de verano.

Los buenos cocomeros son los de Castellamare; tienen un aspecto á la vez favorable y apetitoso: bajo su corteza verde, presentan una carne cuyo rosa vivo hacen resaltar las pepitas; pero un buen cocomero cuesta caro; un cocomero del grueso de una bala de ochenta, cuesta de cinco á seis cuartos. Es verdad que un cocomero de ese calibre, en las manos de un diestro vendedor al por menor, puede dividirse en mil ó mil doscientos pedazos.

Cada nuevo cocomero que se abre, es una representacion nueva; los competidores se colocan uno frente á otro; trátase de quién dará la cuchillada con mas destreza y precision. Los espectadores juzgan.

El melonero coge el cocomero del canasto en que está colocado piramidalmente con otros veinte, como están colocadas las balas en un arsenal. Le olfatea, le eleva por encima de su cabeza, como un emperador romano el globo del mundo. Grita: «¡Es una granada!» Lo cual anuncia de antemano que la carne será del encarnado mas hermoso. Se abre de un solo golpe, y presenta al público los dos hemisferios, uno en cada mano. Si en lugar de encarnada es amarilla ó verdosa la carne del cocomero, lo cual indica una calidad inferior, la pieza hace fiasco; el mellonaro es silbado, escarnecido, vilipendiado: tres caidas, y un mellonaro está deshonrado para siempre.

Si el vendedor conoce, por el peso ó por el olfato, que el cocomero no es bueno, se guarda muy bien de confesarlo. Al contrario, se presenta con mas audacia al pueblo; enumera sus cualidades, pondera su sabrosa carne, ensalza su helado líquido:—De buena gana comeríais esta carne! ¡Os alegraríais beber esta agua! esclama; pero esto no es para vosotros; esto se os pasa por los ojos; está destinado á personas mucho mas nobles que vosotros. El rey me ha hecho que lo reserve para la reina.

Y le hace pasar de su derecha á su izquierda, con grande embobamiento de la multitud que envidia la felicidad de la reina y admira la galantería del rey.

Mas, si por el contrario, abierto el cocomero es de una calidad satisfactoria, la multitud se precipita, y el despacho empieza.

Aunque no haya para el cocomero mas que un comprador, hay generalmente tres consumidores: en primer lugar, su único y verdadero propietario, el que paga su pedazo por medio dinero, un dinero ó un ochavo, segun su tamaño; el cual come aristocráticamente de él la misma porcion, poco mas ó menos, que come de queso un hombre bien educado, y le pasa á un amigo menos afortunado que él; en seguida el amigo que le recibe de segunda mano, quien saca de él lo que puede, y le pasa á su vez al granuja que espera aquella liberalidad inferior; en fin, el granuja que muerde la corteza, y despues del que es completamente inútil rebuscar.

Con el cocomero se come, se bebe, se lava uno, segun asegura el vendedor; el cocomero contiene, pues, á la vez lo necesario y lo supérfluo.

Así el mellonaro hace muy mala obra á los aguajoli. Los aguajoli son los comerciantes de coco en Nápoles, solo que en lugar de un execrable cocimiento de regaliz venden una escelente agua helada, accidulada con un pedazo de limon; ó perfumada con tres gotas de sambuco.

Contra toda probabilidad, por el invierno es cuando los aguajoli hacen mas negocios. El cocomero apaga la sed, mientras que la pizza la escita; cuanto mas cocomero se come, menos sed se tiene; no se puede comer una pizza sin riesgo de ahogarse de sed.

La aristocracia es, pues, la que sostiene los aguajoli en el verano. Los príncipes, los duques, los grandes señores no se desdeñan de hacer parar sus trenes en las tiendas de los aguajoli, y de beber uno ó dos vasos de aquella deliciosa bebida, de la que cada vaso no cuesta un ochavo.

A la verdad, nada tan incitador en aquel ardiente clima, como el puesto del aguajoli, con un toldo de follage, sus pirámides de limones y sus dos garrafas de agua de nieve. De mí sé decir que no me cansaba, y que encontraba magnífico aquel modo de refrescar casi sin necesidad de detenerse. Se encuentran aguajoli de cincuenta en cincuenta pasos; no hay mas que estender la mano al paso, el vaso os sale al encuentro, y la boca se aproxima por sí misma al vaso.

En cuanto al lazzaroni, comiendo su cocomero, hace muecas á los que beben.

Hoy no basta que el lazzaroni coma, beba y duerma; es preciso tambien que el lazzaroni se divierta. Conozco una muger de talento que pretende que no hay nada necesario mas que lo supérfluo, ni de positivo que lo ideal. El aserto parece algo violento á primera vista, y sin embargo, pensándolo bien, se reconoce que hay, sobre todo para las *gentes de buena sociedad*, algo de verdad en ese principio.

Ahora bien, el lazzaroni tiene muchos de los vicios del *hombre de buena sociedad*. Uno de sus vicios es amar los placeres. Estos no le faltan. Enumeremos los placeres del lazzaroni.

Tiene el improvisador del muelle. Desgraciadamente, lo hemos dicho, hay en Nápoles dos cosas que van desapareciendo, y el improvisador es una de ellas.

¿Por qué va desapareciendo el improvisador? ¿Cuál es la causa de su decadencia? He aquí lo que todo el mundo se pregunta y lo que nadie ha podido resolver.

Se ha dicho que el predicador habia entablado una competencia: es verdad; pero examinad en el mismo sitio al predicador y al improvisador; vereis que el predicador predica en desierto, y el improvisador canta para la multitud. No puede por tanto ser el predicador el que ha dado el golpe mortal al improvisador.

Se ha dicho que Ariosto habia caducado, que la locura de Rolando era demasiado conocida, que los amores de Medoro y Angélica, contínuamente repetidos, habian perdido casi todo su interés; en fin, que desde el descubrimiento de los buques de vapor y los fósforos, los encantamientos de Merlin parecian pálidos.

Nada de eso es exacto, y la prueba es que suspendiendo el improvisador sus conciertos como el poeta suspende sus cantos, y deteniéndose todas las noches en el pasage mas interesante, no se pasa un dia sin que algun lazzaroni impaciente vaya á despertar al improvisador para saber la continuacion de su narracion.

Ademas, no es el auditorio el que falta al improvisador, es el improvisador el que falta al auditorio.

Pues bien, la causa de la decadencia de la improvisacion, creo haberla hallado: hela aquí. El improvisador es ciego como Homero: como Homero, estiende su sombrero hácia la multitud para obtener de ella una débil retribucion: esta retribucion, por muy módica que sea, es la que perpetúa el improvisador.

Mas entonces, ¿qué sucede en Nápoles? que cuando el improvisador da la vuelta al círculo alargando su sombrero, hay espectadores poéticos y de conciencia que meten la mano en él para dejar un cuarto; pero los hay tambien que abusando de la misma accion, en lugar de meter un cuarto, retiran dos.

Resulta de aquí que cuando el improvisador ha concluido de dar la vuelta, encuentra su sombrero tan completamente vacío como antes de haberla comenzado, y con el forro de menos.

Como se comprende, este estado de cosas no puede durar: el arte necesita una subvencion; si le falta la subvencion, el arte desaparece. Pero como dudo que el gobierno de Nápoles subvencione jamás al improvisador, el arte de la improvisacion está á punto de desaparecer.

Es, pues, un placer que se le escapa al lazzaroni; pero á Dios gracias, á falta de ese hay otros.

Cuenta tambien con la revista que el rey pasa á sus tropas cada ocho dias.

El rey de Nápoles es uno de los reyes mas guerreros de la tierra: desde muy jóven hacia variar los uniformes de la tropa. Con motivo de uno de esos cambios, que no se verificaban sin abrir honda brecha en el tesoro, fué el decirle su abuelo Fernando, rey muy sensato, las palabras memorables que prueban el caso que el rey hacia, no sin duda del valor, sino del arreglo de su ejército:

—Mi querido hijo, que los vistas de blanco que los vistas de encarnado, ellos huirán siempre.

Esto no fué bastante para detener al jóven príncipe en sus disposiciones belicosas; continuó estudiando la media vuelta á la derecha y la media vuelta á la izquierda, llevó hasta la perfeccion el corte de la casaca y la forma del schakó; en fin, llegó á ensanchar los cuadros de su ejército hasta hacer entrar en ellos casi cincuenta mil hombres.

Como se comprenderá, es un lindísimo juguete real cincuenta mil soldados que marchan, se detienen, vuelven, giran á la voz, ni mas ni menos que si cada una de aquellas individualidades fuera una máquina.

Examinemos ahora como está montada aquella maquinaria, y esto sin hacer el menor agravio al genio organizador del rey, ni al valor individual de cada soldado.

El primer cuerpo, el cuerpo privilegiado, el cuerpo por escelencia de todos los tronos que se estremecen, aquel al que está confiada la custodia del palacio, está compuesto de suizos; sus ventajas son una paga mayor; sus privilegios el derecho de llevar el sable por la ciudad.

La guardia viene en segundo lugar, lo cual hace que aunque goza de las mismas ventajas y los mismos privilegios que los suizos, aborrece á los dignos descendientes de Guillermo Tell, los cuales á sus ojos han cometido un crímen imperdonable; el de haber ocupado el primer lugar.

Despues de la guardia va la legion siciliana, que aborrece á los suizos porque son suizos, y á los napolitanos porque son napolitanos.

A los sicilianos sigue la tropa de línea, que aborrece á los suizos y á la guardia, porque esos dos cuerpos tienen ventajas que ella no disfruta, y privilegios que se la niegan, y á los sicilianos por la sola razon de ser sicilianos.

Por último, la gendarmería, que por su cualidad de gendarmería es odiada naturalmente por los demas cuerpos.

Esos son los cinco elementos de que se

compone el ejército de Fernando II, ese formidable ejército que el gobierno napolitano ofrece al príncipe imperial de Rusia como la vanguardia de la futura coalicion que debe avanzar sobre la Francia.

Colocad en un llano á los suizos y la guardia, los sicilianos y la tropa de línea; haced que la gendarmería dé la señal del combate, y suizos, napolitanos, sicilianos y gendarmes se degollarán unos á otros hasta perecer todos sin haber andado diez pasos.

Escalonad estos cinco cuerpos contra el enemigo; acaso ninguno se mantendrá en su puesto, porque cada division estará convencida de que tiene menos que temer del enemigo que de sus aliados, y que cuanto mas rudo sea el ataque del uno, mas mal apoyado será por los otros.

Esto no impide que sea muy agradable el ver funcionar aquella máquina militar. Así cuando el lazzaroni la ve operar, aplaude; cuando oye su música hace la rueda. Unicamente cuando hace ejercicio de fuego, se pone en salvo: puede quedarse una baqueta en algun fusil; es cosa que ya se ha visto.

Pero el lazzaroni tiene aun otros placeres. Tiene que en todas partes tocan, y en Nápoles cantan. El instrumento del lazzaroni es la campana. Mas feliz que Guildenstern, el cual se niega á Hamlet á tocar la flauta bajo el pretesto de que no sabe tocarla, el lazzaroni sabe tocar la campana sin haber aprendido. Quiere hacer un ejercicio grato y saludable despues de un largo reposo; entra en una iglesia y pide al sacristan que le deje tocar la campana; el sacristan, gozoso con descansar, se hace de rogar un instante para dar mas importancia á su concesion; luego le da la cuerda: el lazzaroni se cuelga al punto de ella, y mientras el sacristan se cruza de brazos, el lazzaroni da volteretas.

Tiene tambien el carruage que pasa y que le pasea gratis. En Nápoles no hay criado que consienta en ir á la trasera de un carruage, ni amo que permita que el criado se siente á su lado. Resulta de aquí que el criado sube al pescante con el cochero, y el lazzaroni va en la trasera. Se han ensayado toda clase de medios para echar al lazzaroni de ese puesto, y todos los medios han fracasado. Ha pasado á ser una costumbre, y como todo lo que pasa á ser costumbre, tiene hoy fuerza de ley.

Tiene ademas los títeres en los Puppi. El lazzaroni no entra en el local donde se verifica la representacion, es verdad. En los Puppi las galerías cuestan cinco cuartos, las butacas tres, y las lunetas seis maravedises. Estos precios exhorbitantes esceden con mucho á los medios de los lazzaroni. Pero para llamar parroquianos, colocan en un tablado levantado delante de la entrada del teatro las principales figuras adornadas con sus mejores trages. Entre ellas está el rey Latinus con su manto real, el cetro en la mano y la corona sobre su cabeza; la reina Amata con su trage de gala y ceñida á su frente la diadema que oprimirá su garganta; el piadoso Eneas, ostentando en su mano la espada que dará la muerte á Turnus; la jóven Lavinia, sombreados sus cabellos con la flor virginal del naranjo; y en fin, el polichinela. El polichinela, personage indispensable, diplomático universal, Talleyrand contemporáneo de Moisés y de Sesostris, está encargado de mantener la paz entre los troyanos y latinos; y cuando pierde toda esperanza de arreglar las cosas, se subirá á un árbol para ver la batalla, y no se bajará de él mas que para enterrar á los muertos. Eso es lo que ve el feliz lazzaroni, eso es todo lo que desea. Conoce los personages, su imaginacion hará lo demas.

Por último, tiene el inglés. ¡Pardiez! habíamos olvidado al inglés.

El inglés, que es para él mas que el improvisador, mas que la revista, mas que las campanas, mas que los puppi; el inglés que le proporciona no solo diversion, sino dinero; el inglés, su negocio, su bien, su propiedad; el inglés, delante de quien va para enseñarle el camino, ó á quien sigue para robarle su pañuelo; el inglés, á quien vende curiosidades, á quien proporciona medallas antiguas, á quien enseña su idioma; el inglés, que le arroja al mar cuartos que recoge sumergiéndose; el inglés, en fin, á quien acompaña en sus escursiones á Pouzzoles, á Castellamare, á Capri y á Pompeya. Porque el inglés es original por sistema: algunas veces no admite al guia matriculado y al ciceroni de número: se acomoda con el primer lazzaroni que se le presenta, sin duda porque el inglés tiene una atraccion instintiva para el lazzaroni, como este tiene una simpatía calculada para con el inglés.

Y preciso es confesarlo, el lazzaroni no solo es buen guia, sino tambien buen consejero. Durante mi permanencia en Nápoles, sucedió que un lazaroni dió á un inglés tres consejos, de que se aprovechó perfectamente. Por lo que los tres consejos le habian valido cinco duros al lazzaroni, con lo que se habia asegurado una tranquila existencia para el tiempo de seis meses.

Hé aquí el caso.

IX.

EL LAZZARONI Y EL INGLÉS.

Estaba en Nápoles en el mismo tiempo que yo y en la misma fonda, uno de esos ingleses caprichosos, flemáticos, dominantes, que creen que el dinero es el móvil de todo, que se figu-

ran que con dinero se debe lograr todo; en fin, para quienes el dinero es el argumento que responde á todo.

El inglés se habia hecho este razonamiento. Con mi dinero diré lo que pienso; con mi dinero me procuraré lo que quiero; con mi dinero compraré lo que deseo. Si tengo bastante dinero para pagar bien la tierra, veré despues de poner precio al cielo.

Habia salido de Lóndres con aquella bella ilusion. Se dirigió directamente á Nápoles, á bordo del vapor *The Sphinx*. Una vez en Nápoles, quiso ver las ruinas de Pompeya; preguntó por un guia; y como no se encontraba el guia á mano en el instante mismo en que le queria, habia tomado un lazzaroni para reemplazar al guia.

La víspera al llegar al puerto, habia esperimentado el inglés su primer contratiempo: el buque ancló aquella noche media hora despues de la en que los pasageros podian desembarcar. Y como el inglés habia estado constantemente mareado durante los seis dias que el buque habia empleado en el viage de Porsmouth á Nápoles, el digno insular habia sufrido con harta impaciencia aquella contrariedad. Por tanto, ofreció en el mismo instante cien guineas al capitan del puerto; pero como las leyes sanitarias son muy rigurosas y terminantes, el capitan del puerto le contestó riéndose en sus barbas; entonces el inglés se acostó mal humorado, echando á todos los diablos al rey que daba tales órdenes, y al gobierno que tenia la bajeza de ejecutarlas.

Gracias á su linfático temperamento, son los ingleses estraordinariamente rencorosos; nuestro inglés estaba, pues, de uñas contra el rey Fernando; y como los ingleses no tienen costumbre de disimular lo que piensan, declamaba con calor siguiendo el camino de Pompeya, y en el italiano mas puro que podia proporcionarle su gramática de Vergani, contra la tiranía del rey Fernando.

El lazzaroni no habla italiano, pero comprende todos los idiomas. Comprendia, pues, perfectamente el lazzaroni lo que decia el inglés, quien consecuente sin duda con sus principios de igualdad, le habia hecho sentarse en su carruage. La única distancia social que existía entre el inglés y el lazzaroni, era que el inglés iba delante y el lazzaroni detrás.

Mientras caminaron por la carretera, escuchó el lazzaroni con impasibilidad todas las injurias que agradó al inglés vomitar contra su soberano. El lazzaroni en política no tiene opinion fija. Puede decirse delante de él todo lo que se quiera del rey, de la reina ó del príncipe real: siempre que no se hable nada de la Madona, de San Genaro, ó del Vesubio, el lazzaroni dejará decir cuanto acomode.

Sin embargo, al llegar á la calle de los Sepulcros, viendo el lazzaroni que el inglés continuaba su monólogo, hizo sobre su boca con el índice una señal de silencio; pero sea que el inglés no hubiese comprendido la importancia del signo, sea que mirase como depresivo de su dignidad ser obediente á la indicacion que se le hacia, continuó lanzando sus invectivas contra Fernando el muy Amado, creo que así es como se le llama.

—Perdonad, escelencia, dijo el lazzaroni apoyando una de sus manos en la vara de la calesa, y saltando á tierra con tanta ligereza como hubiera podido hacerlo Auriol, Lawrence ó Redisha; perdonad, escelencia, pero con vuestro permiso, me vuelvo á Nápoles.

—¿Por qué volverte á Nápoles? preguntó el inglés.

—Porque yo no tener deseo de ser ahorcado, dijo el lazzaroni empleando para responder al inglés el giro frascológico á que parecia este muy aficionado.

—¿Y quién se atreveria á ahorcar á tí? replicó el inglés.

—El rey á mí, respondió el lazzaroni.

—¿Y por qué ahorcarte á tí?

—Porque vos haber proferido injurias acerca de él.

—El inglés ser libre para decir todo lo que quiera.

—El lazzaroni no serlo.

—Pero tú no haber dicho nada.

—Pero yo haber oido todo.

—¿Y quién dirá que tú haber oido todo?

—El inválido.

—Cuál inválido.

—El inválido que va á acompañarnos para visitar á Pompeya.

—Yo no querer inválido.

—Entonces vos no visitar á Pompeya.

—¿Yo no poder visitar á Pompeya sin inválido?

—No.

—¿Yo pagándolo?

—No.

—¿Yo dando el doble, el triple, el cuádruplo?

—¡No, no, no!

—¡Oh! ¡oh! dijo el inglés; y cayó en una profunda meditacion.

El lazzaroni se puso á ensayar el saltar por encima de su sombra.

—Con mucho gusto querer yo tomar el inválido, dijo el inglés al cabo de un momento.

—Entonces tomemos el inválido, respondió el lazzaroni.

—Pero yo no quiero callarme la boca.

—En ese caso, pasadlo bien.

—Yo querer que tú quedes.

—En ese caso, permitidme dar un consejo á vos.

—Da el consejo á mí.

—Puesto que vos no querer callar la boca, tomad al menos un inválido sordo.

—¡Oh! dijo el inglés admirado del consejo; yo querer el inválido sordo. Aquí tener un duro para tí por haber hallado el inválido sordo.

El lazzaroni se dirigió corriendo al cuerpo de guardia, y eligió un inválido sordo como una tapia.

Comenzaron la acostumbrada investigacion, durante la que el inglés continuó desahogando su corazon por lo que hacia á S. M. Fernando I, sin que el inválido le oyese, ni el lazzaroni aparentase oirle: visitaron así la casa de Diomedes, la calle de los Sepulcros, la quinta de Ciceron, la casa del Poeta. En una de las alcobas de esta última, habia un fresco muy anacreóntico que llamó la atencion del inglés, el cual sin pedir permiso á nadie, sentóse en una silla de bronce, sacó su album, y comenzó á dibujar.

A la primera línea que trazó, se le aproximaron el inválido y el lazzaroni, el inválido queria hablar, pero el lazzaroni le hizo señal de que iba á usar de la palabra.

—Escelencia, dijo el lazzaroni, está prohibido sacar copias de los frescos.

—¡Oh! dijo el inglés, yo querer esta copia.

—Está prohibido.

—¡Oh! yo pagaré.

—Está prohibido, aun pagándolo.

—¡Oh! yo pagaria el doble, el triple, el cuádruplo.

—¡Os digo que está prohibido! ¡prohibido! ¡prohibido! ¿lo oís?

—Yo querer absolutamente dibujar este animalito para hacer reir á Milady.

Entonces el inválido os lleva al cuerpo de guardia.

—El inglés ser libre para dibujar lo que quiera.

Y el inglés se volvió á poner á dibujar. El inválido se le aproximó con un aire inexorable.

—Perdonad, escelencia, dijo entonces el lazzaroni.

—Habla.

—¿Quereis á todo trance dibujar este fresco?

—Lo quiero.

—¿Y otros además?

—Si, y otros todavía; yo querer dibujar todos los frescos.

—Entonces, dijo el lazzaroni, permitid dar un consejo á vuestra escelencia; tomad un inválido ciego.

—¡Oh! ¡oh! esclamó el inglés mas maravillado todavía del segundo consejo que del primero; yo mucho querer un inválido ciego. Toma dos duros por haber hallado el inválido ciego.

—Entonces salgamos; iré á buscar el inválido ciego, y vos despedis al inválido sordo pagándole.

—Pagaré al inválido sordo.

El inglés volvió á guardar su lápiz en el album, y su album en el bolsillo; luego saliendo de la casa de Salustio, fingió detenerse delante de una pared para leer las inscripciones de piedra rojiza que están trazadas en ella. Entretanto, el lazzaroni corria al cuerpo de guardia y volvia con un inválido ciego, á quien guiaba un perro de aguas negro. El inglés dió dos carlinos al inválido sordo, y le despidió.

El inglés queria entrar en el mismo instante en la casa del Poeta para continuar su dibujo; pero el lazzaroni consiguió que para desvanecer las sospechas darian una vueltecita. El inválido ciego marchó delante y la visita se continuó.

El perro del inválido conocia su Pompeya á pulgadas; era un bribonzuelo que conocia sus antigüedades mejor que muchos miembros de la Academia de las Inscripciones y Bellas letras. Condujo, pues, á nuestro viagero del taller del herrero á la casa de Fortunata y de la casa de Fortunata al horno público.

Los que han visto á Pompeya saben que ese horno público tiene una muestra singular modelada en barro cocido pintado de rojo, y por bajo de la que están escritas estas tres palabras: *Hic habitat felicitas.*

—¡Oh! ¡oh! dijo el inglés, las casas estar numeradas en Pompeya! He aqui el número primero. Luego dijo en voz baja al lazzaroni: yo querer pintar el número primero para hacer reir un poco á Milady.

—Hacedlo, dijo el lazzaroni; entretanto yo distraeré al inválido.

Y el lazzaroni fué á conversar con el inválido mientras el inglés sacaba su boceto.

El boceto estuvo terminado en pocos minutos.

—Yo muy contento, dijo el inglés; pero yo querer volver á la casa del Poeta.

—¡Castor! dijo el inválido á su perro; Castor, á la casa del Poeta.

Y Castor volvió atrás y se dirigió recto á la casa de Salustio.

El lazzaroni volvió á conversar con el inválido y el inglés terminó su diseño.

—¡Oh! ¡yo muy contento, muy contento! dijo el inglés, pero yo querer sacar otros.

—Entonces continuemos, dijo el lazzaroni.

Como se comprenderá, no faltaron ocasiones al inglés de aumentar su coleccion de chucherías; los antiguos tenian, con respecto á esto, una imaginacion poco fecunda. En menos de dos horas se encontró con un album muy respetable.

Despues llegaron á una escavacion: era á lo que parecia, la casa de un rico particular, porque sacaban de ella multitud de estátuas pequeñas de bronce, y curiosidades preciosas que iban trasladando á una casa contigua. Entró el inglés en aquel museo improvisado y se detuvo ante una pequeña estátua de sátiro de seis pulgadas de altura, y que tenia todas las circunstancias necesarias para llamar su atencion.

—¡Oh! dijo el inglés, yo querer comprar esta pequeña estátua.

—El rey de Nápoles, no quererla vender, respondió el lazzaroni.

—Yo pagaré lo que quieran, para hacer reir un poco á Milady.

—Os repito que no está de venta.

—Yo la pagaré el doble, el triple, el cuádruplo.

—Perdonad, escelencia, dijo el lazzaroni variando de tono, os he dado ya dos consejos que han salido bien; ¿quereis que os dé el tercero? pues bien, no compreis la estátua, robadla.

—¡Oh! tú tener razon. Para eso tener nosotros el inválido ciego. ¡Oh! esto ser muy original.

—Si; pero haber Castor que tiene dos buenos ojos y diez y seis hermosos dientes, y el cual con solo que toqueis á la figura con un dedo se abalanzará á vuestro pescuezo.

—Yo dar una bolita de veneno á Castor.

—Haced otra cosa mejor: tomad un inválido cojo: como habeis visto casi todo, meteréis la estátua en vuestro bolsillo y nos pondremos en salvo. Gritará; pero nosotros tendremos piernas al paso que él no las tendrá.

—¡Oh! esclamó el inglés todavía mas maravillado del tercer consejo que del segundo, yo querer el inválido cojo; toma tres duros por haber encontrado tú el inválido cojo.

Y para no dar que sospechar al inválido ciego, y especialmente á Castor, salió el inglés é hizo como que miraba una fuente rústica construida de conchitas, mientras el lazzaroni iba á buscar el nuevo guia.

Un cuarto de hora despues volvió acompañado de un inválido que tenia dos piernas de palo; sabia que el inglés no regatearia, y llevaba lo mejor que habia encontrado en su género.

Dió tres carlinos al inválido ciego, dos para él y uno para Castor, y despidió á los dos.

Nada quedaba por ver mas que los teatros, el Forum numidiarum y el templo de Isis; el inglés y el lazzaroni visitaron esas tres antigüedades con la veneracion conveniente; despues el inglés, con el tono mas indiferente que pudo adoptar, pidió ver otra vez el producto de las escavaciones de la casa que se acababa de descubrir; el inválido, sin desconfianza de ninguna clase, volvió á conducir al inglés al pequeño museo.

Entraron los tres en la habitacion donde estaban las curiosidades colocadas en tablas elevadas en la pared.

Mientras el inglés iba, volvia y daba vueltas, aparentando no pensar siquiera en tocar á la estátua, entreteníase el lazzaroni en colocar una cuerda delante de la puerta á la altura de dos pies. Cuando la cuerda estuvo bien asegurada hizo seña al inglés, el cual se metió en el bolsillo la pequeña estátua, y mientras el inválido asombrado, le veia ejecutarlo, saltó por encima de la cuerda, y precedido por el lazzaroni se puso en salvo á todo correr por la puerta de Stabia, se encontró en el camino de Salerno un corricolo que volvia á Nápoles, saltó dentro y llegó á donde estaba su tilburi, que le esperaba en la via del Sepolcri. Dos horas despues de haber abandonado á Pompeya estaba en la Torre de Greco, y una hora despues de haber dejado á Torre del Greco estaba en Nápoles.

El inválido habia intentado al principio saltar por encima de la cuerda, pero el lazzaroni habia colocado su barrera á una altura que no permitia franquear a una pierna de palo; el inválido habia intentado entonces desatarla; pero el lazzaroni habia sido pescador en ciertas ocasiones y sabia hacer ese famoso nudo á la marinera que no es otra cosa que el nudo gordiano. En fin, el inválido á ejemplo de Alejandro el Grande, habia querido cortar lo que no podia desatar, y sacó su sable; pero su sable que jamás habia cortado sino algun tallo, no cortaba ya absolutamente nada: de modo, que el inglés estaba á la mitad del camino de Resina cuando el inválido trabajaba todavía para serrar su cuerda.

En aquella misma noche se embarcó el inglés á bordo de vapor *The king Georges*, y el lazzaroni se perdia entre el tropel de sus compañeros.

El inglés habia hecho las tres cosas prohibidas con mas rigor en Nápoles: habia hablado mal del rey, habia copiado frescos, habia robado una estátua, y todo esto no por su dinero, que su dinero de nada le sirvió para aquellas tres cosas, sino por la feliz imaginacion de un lazzaroni.

Pero se dirá, entre esas cosas hay una que no es mas ni menos que un robo. Responderé que el lazzaroni es esencialmente el ladron, es decir, que el lazzaroni tiene ideas suyas respecto á la propiedad lo que le impide adoptar en ese punto las ideas de otros. El lazzaroni no es el ladron, es conquistador; no oculta, sino que coge. El lazzaroni tiene mucho del esparciata: para él la sustraccion es una virtud, siempre que la sustraccion se haga con destreza. No hay mas ladrones á sus ojos que los que se dejan coger. Asi, á fin de no ser cogido, el lazzaroni se asocia á las veces con el esbirro.

El esbirro no es casi siempre otra cosa que un lazzaroni armado por la ley. El esbirro tiene un aspecto formidable; lleva una carabina, un par de pistolas y un sable. El esbirro está encargado de la policía en segunda escala: vela por la seguridad pública cuando se halla entre dos patrullas. En caso de asociacion, al punto que la patrulla ha pasado, el esbirro pone una piedra sobre un marmolillo para indicar al lazzaroni que puede robar con toda seguridad.

Cuando el lazzaroni ha robado, el esbirro se presenta.

Entonces el esbirro y el lazzaroni hacen su particion como hermanos.

Verdad es que en este caso sucede alguna vez tambien que el esbirro roba al lazzaroni

ó el lazzaroni estafa al esbirro: nuestro mundo miserable de tal modo camina de mal á peor, que ya no se puede contar con la conciencia ni aun de los bribones.

El gobierno lo sabe y procura remediarlo cambiando de barrio á los esbirros; entonces tienen que hacer nuevas asociaciones y que organizar nuevas compañías de socorros mútuos.

El esbirro se pone en emboscada en la calle de Chiaja, de Toledo ó de Forcella, y cuando quiere, desde la noche del primer dia está seguro de establecer relaciones mercantiles que le indemnizan de las que acaba de verse obligado á romper.

Como el lazzaroni no tiene bolsillos, siempre se encuentra su mano en el bolsillo de los demas.

El lazzaroni no tarda, pues, en ser cogido en flagrante delito por el esbirro; entonces se entabla el ajuste.

El esbirro, generoso como Orosmanes, propone un rescate.

El lazzaroni, fiel á su palabra como Lusignan, cumple su palabra á los diez minutos, á la media hora, lo mas tardar á la hora.

Sucede, sin embargo, algunas veces, como he dicho, que el esbirro abusa de su poder ó el lazzaroni de su destreza.

Un dia, pasando por la calle de Toledo, vi prender á un esbirro. Como el cazador de La Fontaine, habia sido insaciable, y habia sido castigado por donde pecó.

He aqui lo que habia sucedido.

Habia cogido un esbirro á un lazaaroni en flagrante delito.

—¿Qué has robado á ese caballero vestido de negro que acaba de pasar? preguntó el esbirro.

—Nada, absolutamente nada, escelencia, respondió el lazzaroni (el lazzaroni da al esbirro el tratamiento de escelencia).

—Te he visto la mano metida en su bolsillo.

—Su bolsillo estaba vacio.

—¡Cómo! ¿ni un pañuelo, ni una petaca, ni un porta-monedas?

—Era un sabio, escelencia.

—¿Y por qué te diriges á esa clase de gente?

—Le reconocí demasiado tarde.

—Vamos, sigueme á la policía.

—¡Cómo! ¡si nada he robado, escelencia!

—Precisamente por eso, imbécil. Si hubieses robado algo, el asunto se arreglaria.

—¡Y bien! he hecho tablas, he aqui todo; no siempre seré tan desgraciado.

—¿Me prometes indemnizarme de aqui á media hora?

—Os lo prometo, escelencia.

—¿Y cómo?

—Lo que haya en el bolsillo del primer transeunte será para vos.

—Sea, pero yo elegiré el individuo; no me acomoda que vayas á hacer otra vez una necedad parecida á la otra.

—Vos elegireis.

El esbirro se apoyó magestuosamente en un guardacanton; el lazzaroni se tendió con indolencia á sus pies.

Un clérigo, un abogado, un poeta, pasaron sucesivamente sin que el esbirro desplegara sus labios. Un jóven oficial, apuesto, de buena presencia, engalanado con un vistoso uniforme, apareció á su vez; el esbirro dió la señal.

El lazzaroni se levanta y sigue al oficial; ambos desaparecieron tras el ángulo de la primera calle. Un instante despues vuelve el lazzaroni con su rescate en la mano.

—¿Qué es eso? pregunta el esbirro.

—Un pañuelo, responde el lazzaroni.

—¿Y es eso todo?

—¿Cómo y es eso todo? ¡Es de batista!

—¿Acaso no tenia mas que uno? (1)

—Uno solo en aquel bolsillo.

—¿Y en el otro?

—En el otro tenia su pañuelo de seda.

—¿Por qué no le has traido?

—Aquel le guardo para mí, escelencia.

—¿Cómo para tí?

—Si. ¿No está convenido que partamos entre los dos?

—¡Y bien!

—¡Y bien! A cada uno su bolsillo.

—Yo tengo derecho á todo.

—A la mitad, escelencia.

—Quiero el pañuelo de seda.

—Pero escelencia....

—Quiero el pañuelo de seda.

—Eso es una injusticia.

—¡Ah! ¡criticas á los empleados del gobierno! ¡A la cárcel, bribon, á la cárcel!

—Tendreis el pañuelo de seda, escelencia.

—Quiero el del oficial.

—Tendreis el del oficial.

—¿Dónde le volverás á encontrar?

—Ha ido á casa de su novia, en la calle de Foria; voy á esperarle á la puerta.

El lazzaroni se marchó, desapareció, y fué á ocultarse dentro de un gran portal de la calle de Foria.

Al cabo de un instante sale el jóven oficial; no ha dado diez pasos, cuando se le ocurre registrar su bolsillo, y observa que está vacio.

—Perdonad, escelencia, le dice el lazzaroni, ¿buscais algo?

—He perdido mi pañuelo de batista.

—Vuestra escelencia no lo ha perdido, se lo han robado.

—¿Y quién es el ladron?

—¿Qué me dará vuestra escelencia si le presento el ladron?

—Te daré un duro.

(1) En Nápoles se llevan dos pañuelos en el bolsillo: un pañuelo de batista para limpiarse el sudor, y otro de seda para sonarse; y aun hay elegantes que llevan otro con el que se limpian las botas para hacer creer que han ido en carruage.

—Quiero dos.

—Sean dos duros. Veamos, ¿qué haces?

—Os robo vuestro pañuelo de seda.

—¿Para hacerme encontrar el de batista?

—Sí.

—¿Y dónde estarán los dos?

—En el mismo bolsillo. Aquel á quien dé vuestro pañuelo de seda es el mismo á quien he dado ya vuestro pañuelo de batista.

El oficial siguió al lazzaroni; el lazzaroni entregó el pañuelo de seda al esbirro, y el esbirro metió en su bolsillo el pañuelo de seda. El lazzaroni libre ya, se pone en franquía. Detrás del lazzaroni va el oficial. Este coge por el cuello al esbirro, y el esbirro cae de rodillas. Como el esbirro de esta clase ha sido lazzaroni antes de desempeñar ese empleo, lo comprende todo al punto: él es el robado. Ha querido jugar con su asociado y se ve chasqueado por él. Otros que no fueran un lazzaroni y un esbirro, se odiarian en semejante circunstancia, pero el lazzaroni y el esbirro no se tienen rencor por tan poca cosa: en la obra es en lo que se reconoce al obrero. El lazzaroni y el esbirro están reconocidos como dos obreros de primera tijera, han podido apreciarse uno á otro. ¡Ojo á los bolsillos! ese será entre ellos el lazo que los una hasta la muerte.

X.

EL REY NASONE.

Ignoro si los lazzaroni, cansados de su libertad pidieron alguna vez un rey como las ranas de la fábula, pero lo que sé es que hubo un dia en que Dios les envió uno.

No era este ni un pavo real ni una grulla: era un zorro y de los mas finos que la estirpe real produjo jamás. Este rey tuvo tres nombres: Dios le llamó Fernando IV, el congreso le llamó Fernando I, y los lazzaroni le llamaron el rey Nasone.

Dios y el congreso anduvieron desacertados: uno solo de aquellos tres nombres le quedó, el que le fué dado por los lazzaroni.

La historia en verdad, le ha conservado indiferentemente los otros dos, lo cual no ha contribuido á hacerla mas clara; pero ¡quién es el que lee la historia á no ser los mismos historiadores cuando corrigen sus pruebas!

En Nápoles nadie conocia, pues, á Fernando I ni á Fernando IV; pero en cambio todos conocian al rey Nasone.

Cada pueblo ha tenido su rey que ha reasumido el espíritu de la nacion. Los escoceses tuvieron á Roberto Bruce, los ingleses á Enrique VIII, los alemanes á Maximiliano, los franceses á Enrique IV, los españoles á Cárlos V y los napolitanos han tenido á *Nasone* (1).

El rey Nasone era el hombre mas astuto, el mas robusto, el mas diestro, el mas indolente, mas devoto y supersticioso de su reino, lo que no es poco decir. Mitad italiano, mitad francés, mitad español, jamás supo una palabra de español, de francés, ni de italiano; nunca supo el rey Nasone mas que un lenguaje, el dialecto del muelle.

Tuvo por hijos al rey Francisco, al príncipe de Salerno, á la reina María Amalia, es decir, á uno de los hombres mas sábios, á uno de los príncipes mas escelentes, á una de las mugeres mas admirablemente santas, que existieron jamás.

El rey Nasone subió al trono á la edad de seis años como Luis XIV y murió casi tan anciano como él. Reinó de 1759 á 1825, es decir, sesenta y seis años comprendiendo en ellos su minoría. Todo lo que acaeció de grande en Europa en la segunda mitad del siglo pasado y á principios del siglo presente, se verificó á su vista. Toda la historia de Napoleon se sucedió durante su reinado. Le vió nacer y adquirir proporciones colosales, le vió descender y derrumbarse. Encontróse mezclado en aquel drama gigantesco que trastornó el mundo desde Lisboa á Moscou y desde París al Cairo.

El rey Nasone no habia recibido ninguna educacion: habia tenido por ayo al príncipe de San Miandro, quien no habiendo aprendido jamás cosa alguna, no habia creido necesario que su discípulo supiese mas que él. En cambio el rey manejaba las armas como un San Jorge, montaba como Rocca Romana y tiraba la escopeta como Cárlos X. Pero en cuanto á artes, á las ciencias, á la política, ni por un momento se habia pensado colocar su estudio en el programa del régio educando.

Asi que el rey Nasone no abrió en su vida un libro ni leyó una memoria. Cuando llegó á la mayor edad, dejó reinar á su ministro: cuando se casó dejó reinar á su muger. No podia dispensarse de asistir á los consejos de Estado, pero habia prohibido tener allí ni un tintero por temor de que su presencia diera motivo á escribir. Quedaba su firma, que no podia dispensarse de echar una vez siquiera por dia. Napoleon en un caso semejante habia reducido la suya á cinco letras primero, despues á tres, y por último á una. El Rey Nasone hizo otra cosa mejor, tenia un sello en forma de garra.

Pasaba lo mejor de su tiempo cazando en Caserta ó pescando en Fusaro; terminada la caza ó acabada la pesca, el rey se hacia tabernero, la reina tabernera, los cortesanos

(1) No se tome en mal sentido este sobrenombre; es como si en lugar de decir Felipe V, dijésemos Felipe el Largo.

criados de taberna, y se vendian al por menor y mas baratos que los comestibles comunes, los productos de la caza ó de la pesca, y todo esto con el acompañamiento de disputas y juramentos que se pudieran oir en un mercado comun. Este era uno de los mayores placeres del rey Nasone.

El rey Nasone sabia de quien habia tomado su aficion á la caza. Su padre el rey Cárlos III, habia hecho edificar el castillo de Capo-di-Monti solo porque por aquella colina se verificaba un abundante paso de becafigas en el mes de agosto. Desgraciadamente al echar los cimientos de aquel sitio real, se habia descubierto que por bajo de ellos se estendian vastas canteras de donde hacia cien siglos sacaba Nápoles su piedra. Sepultáronse alli tres millones en construcciones subterráneas, despues de lo que se vió que no faltaba mas que una cosa para ir al castillo, y era un camino. Compréndese que si Cárlos III hubiese tenido como su hijo aficion al comercio y hubiera vendido sus becafigas, vendiéndolas al precio ordinario, probablemente perderia mil francos próximamente en cada una de ellas.

El trastorno de la revolucion francesa fué á turbar al rey Nasone en medio de sus placeres. Tuvo un dia deseo de cazar á los hombres en vez de cazar venados ó jabalíes, soltó la trailla á la pista de los republicanos y se dirigió á atacarlos á las inmediaciones de Roma. Desgraciadamente el francés vió que se volvia contra él y tuvo precision de abandonar la plaza y dirigir la proa precipitadamente hácia Nápoles; fuéle preciso ademas cambiar de trage con el duque de Ascoli su escudero. Ocupó la izquierda, mandó al duque le tutease, y le sirvió en todo el camino como si el duque de Ascoli hubiese sido Fernando y éste fuera el duque de Ascoli.

Mas tarde fué uno de los placeres mayores del rey referir aquella anécdota. La idea de que el duque de Ascoli hubiera podido ser ahorcado en lugar del rey ponia á la córte de bellísimo humor.

Habiendo llegado á Nápoles sin accidente alguno, juzgó el rey que no era prudente detenerse alli; dirigióse á su escelente amigo Nelson, le pidió un buque y se embarcó en él con la reina, su ministro Acton y la bella Emma Lyonna, de la que no tardaremos en volver á hablar; pero levantóse viento contrario: el buque no pudo salir del golfo y se vió obligado á volver á andar á cien pasos de tierra. Entonces los ministros, magistrados, oficiales, acudieron todos presurosos para suplicar al rey volviese á Nápoles; pero el rey tuvo por mejor la Sicilia y envió á pasear oficiales, magistrados y ministros, recitando continuamente en voz baja sus mas fervientes oraciones para que el viento cambiase de direccion. Al primer soplo que se sintió del Norte levaron ancla y se alejaron á toda vela.

Pero la satisfaccion del rey no fué de larga duracion. Apenas la flotilla se hallaba en alta mar, cuando estalló una tremenda tempestad; al mismo tiempo el jóven príncipe Alberto cayó enfermo. El rey habia escogido por capitan de su buque al almirante Nelson, el cual pasaba en aquella época por el primer marino del mundo; y sin embargo, como si el mismo Dios hubiera perseguido al rey, se rompieron el palo de mesana y la grande verga de su buque, mientras á cien pasos de él veia la fragata del almirante Carracciolo, en la que habia rehusado embarcarse fiándose mas del aliado que de su súbdito, la que avanzaba en medio de la tempestad con magestuosa calma, como si mandase á los vientos. Muchas veces estuvo al habla el rey por medio de la bocina con aquel buque, que semejante al del *Corsario rojo*, parecia un navío encantado, para informarse de si podria pasar á bordo de él; pero por mas que á cada señal del rey el mismo almirante se echase al mar en una lancha y se aproximase al buque real para recibir las órdenes de S. M., el peligro de trasporte era demasiado grande para que Carracciolo se atreviese á cargar con su responsabilidad. No obstante, el peligro aumentaba por momentos. Llegaron por fin á dar vista á Palermo, pero la proximidad de la tierra hacia mayor el peligro: por hábil marino que fuese Nelson, sabia menos para entrar en el puerto con una mar gruesa, que el último práctico. Hizo, pues, la señal para preguntar si habia en la flotilla alguno mas familiarizado que él con aquellos pasages. Una lancha conduciendo á un oficial se destacó al punto de uno de los buques impelido por el viento como una hoja, y se aproximó al navío real. Cuando estuvo á corta distancia echaron un cable, el oficial le cogió, y le subieron á bordo; era el capitan Giovanni Beausan, discípulo y amigo de Carracciolo; respondia de todo. Nelson le entregó el mando: una hora despues entraban en el puerto de Palermo, y en aquella misma noche desembarcaban en Castello á Mare.

Al dia siguiente al amanecer, cazaba el rey en su castillo de la Favorita, con tanto placer y tan distraido como si no hubiese perdido la mitad de su reino.

Entretanto Championnet tomaba á Nápoles, y el dia que menos pensaba en ello, supo el rey Nasone que el mundo liberal contaba una república mas. Y esta era la república Partenopea.

Su cólera fué grande; no podia comprender cómo sus súbditos, abandonados por él, no habian guardado con mas rigor su juramento de fidelidad; esto era demasiado triste: el patrimonio de Cárlos III habia disminuido en una mitad: el rey de las Dos Sicilias no tenia ya mas que una. Nobleza y clase media habian abrazado con ardor la causa de la revolucion; ya no quedaba al rey Nasone mas que sus buenos lazzaroni.

El rey Nasone dejó á Dios y á San Genaro

el cuidado de cambiar los sentimientos de sus súbditos, hizo voto de edificar una iglesia por el modelo de la de San Pedro, si volvia á entrar en su buena ciudad de Nápoles, y continnó cazando.

Verdad es, que como hemos dicho, el rey Nasone era un escelente tirador. Cazaba siempre con bala, y estaba seguro de no tocar á la res mas que en el lomo; y en este punto Brazo de Cuero hubiera podido tomar sus lecciones. Pero lo mas original es, que exigia que los cazadores de su comitiva cazasen lo mismo que él; de lo contrario, se montaba en cólera, lo cual era muy perjudicial al culpable. Un dia que habian estado cazando en el bosque de Fienzza, y cuando los cazadores formaban círculo al rededor de una doble hilera de jabalíes cogidos, observó el rey que uno de estos estaba herido en el vientre. Al punto se le puso amoratado el rostro, y volviéndose hácia su comitiva; *¿Che é il porco che á fatto un tal colpo?* esclamó: lo que quiere decir con todas sus letras: ¿quién es el puerco que ha hecho semejante tiro?

—He sido yo, señor, respondió el príncipe de San Cataldo. ¿Será preciso prenderme por eso?

—No, dijo el rey, pero será preciso os quedeis en vuestra casa.

En lo sucesivo ya no fué invitado el príncipe de San Cataldo á las reales cacerías.

Otro de los crímenes que tenian el privilegio de escitar en un grado casi igual la cólera de S. M , era presentarse ante él con grandes patillas y el pelo cortado. Todo aquel que no estuviese completamente afeitado, cuya cabeza no estuviese empolvada, y que no adornase su nuca con una coleta mas ó menos larga, era para el rey Nasone un jacobino que habia que ahorcar. Un dia el jóven príncipe Peppino Ruffo, que habia perdido todos sus bienes en servicio del rey, que habia abandonado patria y familia por seguirle, cometió la imprudencia de presentarse á él sin empolvar y con unas magníficas patillas napolitanas, cuya celebridad nadie ignora. El rey dió un salto desde su sillon hasta él, y cogiéndole con ambas manos por la barba.—¡Ah bribon! ¡ah jacobino! ¡ah setembrista! esclamó. ¿Acaso sales de un club, que así te atreves é presentarte á mí?

—No, señor, respondió el jóven; salgo de una prision en la que he estado sumido por tres meses, como fidelísimo súbdito de V. M.

Esta esplicacion, por mas satisfactoria que fuese, no tranquilizó completamente al rey, que conservó algun rencor al pobre Peppino Ruffo, aun despues que se afeitó sus patillas, empolvó sus cabellos y sustituyó un calzon corto á sus pantalones.

No habia en toda la Sicilia mas que un hombre que fuese tan colérico como el rey; era este el presidente Cardillo, que no conservando ni un cabello en la cabeza, ni un pelo en la barba, habia gozado desde un principio los favores de su soberano, gracias á la magestuosa peluca de que estaba adornada su frente; así á pesar de su carácter arrebatado, el rey habia sentido hácia él grande amistad, por mas que le fuesen antipáticas las gentes de toga. Designábale algunas veces para formar su partida de revesino. Entonces era aquel un espectáculo que se daba á la córte. Cuando jugaba con otro que no fuera el rey, soltaba el presidente la rienda á su cólera, vomitaba fuego por su boca, hacia volar los tantos, las fichas, las cartas, el dinero y los candeleros. Pero cuando tenia el honor de jugar con el rey se encontraba el pobre presidente con las manos atadas, y le era preciso tascar el freno. No dejaba por eso de coger con una intencion claramente manifiesta, candeleros, dinero, cartas, fichas y tantos; pero inmediatamente el rey, que no le perdia de vista, le miraba ó le dirigia una pregunta; entonces el presidente sonreia con agrado, volvia á dejar sobre la mesa el objeto que tenia en la mano, y se contentaba con arrancar los botones de su sobretodo, los cuales se encontraban al dia siguiente esparcidos por el suelo. Un dia, sin embargo, habiendo apurado el rey mas quede ordinario al pobre presidente, y descuidando su juego con aquella distraccion, se encontró el príncipe que le habia quedado un as, del cual podia haberse descartado.

—¡Ah! Dios mio! ¡qué animal soy! esclamó el príncipe: hubiera podido dar mi as y no lo he hecho.

—¡Y bien! todavía soy yo mas animal que V. M., esclamó el presidente, porque hubiera podido dar la quínola, y me ha quedado en las manos.

El príncipe, en lugar de incomodarse, prorumpió en una carcajada: probablemente la respuesta le recordaba la franqueza de sus buenos lazzaroni.

Necesario es decirlo todo; el presidente Cardillo era como Nemrod un gran cazador, y tenia magníficas cacerías, cacerías reales á las que invitaba á su rey, y á las que su rey le hacia el honor de asistir. Verificábanse en su magnífico feudo de Ilice; y como en medio de la propiedad se elevaba un castillo, dignábase S. M. ir allá la víspera de las cacerías, en cuyo castillo cenaba y dormia, y donde permanecia algunas veces dos ó tres dias seguidos. Llegaron una noche como de costumbre, con la intencion de cazar al dia siguiente. Cuando se trataba de cazar no dormia el rey. Así, despues de estar dando vueltas toda la noche en su cama, se levantó al amanecer, y encendiendo su bujía, se dirigió en mangas de camisa hácia la alcoba del señor feudal. La llave estaba puesta en la puerta, Fernando tuvo deseo de ver qué rostro tenia un presidente en su lecho. Dió la vuelta á la llave y entró en su alcoba. Dios servia al rey á su manera.

El presidente, sin peluca y en camisa, estaba sentado en medio de la alcoba: fuése el rey derecho hácia él. Mientras el pobre presidente, sorprendido cuando menos lo pensaba, permaneció sin desplegar sus labios, el rey le puso la bugía bajo las narices para examinar bien la fisonomía que ponia, y en seguida comenzó á dar la vuelta á la estátua y al pedestal con una gravedad admirable, mientras por sí sola la cabeza del presidente, movible como la de un ídolo chino, le acompañaba con un movimiento de rotacion central igual en un todo al movimiento circular de su observador. En fin, cuando los dos astros ejecutaron su périplo, se volvieron á encontrar de frente. Y como el rey continuaba guardando silencio:

—Señor, dijo el presidente con la mayor sangre fria, no estando previsto este hecho por las leyes de la etiqueta, ¿debo levantarme ó permanecer asi?

—Estáte quieto, estáte quieto, dijo el rey, pero no nos hagas esperar; están dando las cuatro.

Y salió de la alcoba con la misma gravedad con que habia entrado.

El honor que el rey dispensaba al presidente Cardillo yendo á cazar á su posesion, no tardó en despertar la ambicion de los cortesanos: todos, hasta las abadesas de los principales conventos de Palermo, llenando sus parques de corzos, venados y jabalíes, se apresuraron á invitar al rey para que fuese á proporcionar á las pobres reclusas, de cuyas almas eran las directoras, la distraccion de una cacería. Concíbese que S. M. aceptaria con mucho gusto semejantes invitaciones. El rey era algo galante; casi olvidó su colonia de San Lucio. Era sin embargo la colonia de San Lucio una diversion sumamente grata. Encantadora aldea situada á tres ó cuatro leguas de Nápoles, todas las vidas y haciendas que en ella habia pertenecian al rey; únicamente las almas eran de Dios, lo cual no impedia que el diablo tuviera en ellas su parte. Salvo el turbante y el cordon, San Lucio habia llegado á ser el serrallo del sultan Nasone: el shah de Persia hubiera podido alguna vez dar parte á sus amigos y conocidos en un mismo mes de ochenta nacimientos.

Asi que la poblacion de San Luccio posee hoy todavia privilegios de que no goza ninguna otra aldea del reino de las Dos Sicilias; sus habitantes no pagan contribuciones y están exentos de la ley de reemplazo. Es verdad que todos, cualquiera que sea su sexo y edad, tienen la pretension de ser algo parientes del rey actual. Con la diferencia de que los mas ancianos le llaman mi sobrino, y los mas jóvenes mi primo.

Permaneció, pues, el rey Nasone en Sicilia cazando todos los dias, ya en sus bosques, en los del presidente ó en los parques de las abadesas, jugando todas las noches su partida de whist ó de revesino, y no sintiendo mas que su ausencia del castillo di-Capo-di-Monti, donde habia tantas becafigas; su lago de Fusaro, donde habia tantos pescados, y su plaza del Muelle, donde habia tantos lazzaroni, cuando un dia se presentó á pedirle autorizacion para reconquistar su reino, un hombre como de cincuenta á cincuenta y cinco años: era el cardenal Ruffo.

Fabrizzio Ruffo era de una familia noble, pero poco notable. Mas como tenia el genio de la intriga desarrollado en el mas alto grado, gracias al papa Pio VI, cuyo favorito habia llegado á ser, habia adelantado mucho en la carrera de la prelatura, y habia obtenido un alto puesto en la cámara pontificia. Instalado en él, tuvo bastante destreza para crear su fortuna en tres años y la indiscrecion de dejar observar que la habia hecho. Habiendo escandalizado su fausto, se vió obligado Pio VI á exigirle su dimision. Ruffo se la dió, fué á Nápoles y obtuvo la intendencia del castillo de Caserta. Servia aqui con todo celo al rey Nasone en los placeres que S. M. iba á buscar á su posesion de recreo, cuando S. M. se refugió en Sicilia. El cardenal Ruffo le siguió.

Una vez alli, mientras el rey cazaba de dia y jugaba de noche, meditaba Ruffo acerca de la reconquista del reino. Cambiaba en Italia el aspecto de las cosas; las derrotas se sucedian á las derrotas; Bonaparte parecia haber trasportado á la otra costa del Mediterráneo la estátua de la victoria. Diariamente aumentaban los enemigos que el Directorio tenia que combatir. Las escuadras turca y rusa combinadas habian vuelto á recobrar algunas de las islas Jónicas, sitiaban á Corfú y anunciaban que una vez posesionadas de aquel punto importante, se harian á la vela para las costas de Italia. La escuadra inglesa no esperaba mas que una señal para reunirse á ellas. Esperaba, pues, Fabrizzio Ruffo que prendiendo el fuego en la Calabria, este fuego, como un rastro de pólvora, llegaria rápidamente á Nápoles y abrasaria la capital. Fué, pues, como hemos dicho, á ver al rey.

El rey, á quien no se pedian ni hombres ni dinero, sino únicamente su autorizacion y ámplios poderes, concedió todo lo que el cardenal le pedia; despues de lo cual, rey y cardenal se dieron mútuamente su bendicion. Partió el cardenal á las montañas de la Calabria, y el rey al bosque de Ficnzza.

Pasáronse próximamente dos meses. Durante aquellos dos meses, cazando el rey continuamente en la Favorita, en Montreal ó en Ilice, habia visto pasar una porcion de navíos rusos, turcos é ingleses en direccion de su capital; y aun al retirarse una noche supo tambien que Nelson habia dejado á Palermo para tomar el mando general de la escuadra. En fin, una mañana recibió un correo que le anunció que el cardenal Ruffo acababa de entrar en Nápoles, que la república Partenopea que

habia ido con Championnet, se habia ido con Macdonald, y que los republicanos habian obtenido una capitulacion, en virtud de la cual entregaban los fuertes, pero que en cambio les dejaba en salvo su vida y equipages. Esta capitulacion la firmaban Foote por la Inglaterra, Kandy por la Rusia, Bonnien por la Puerta y Ruffo por el rey.

Muy al contrario de lo que se esperaba, S. M. montó en cólera; le habian reconquistado su reino, lo cual era muy agradable, pero se habia tratado con rebeldes, lo que le parecia muy humillante. Nasone era nieto de Luis XIV, y por mas popular que fuera, existia en él gran dósis del orgullo y despotismo del gran rey.

Tratábase, pues, de salvar el honor real desgarrando la capitulacion (1).

Una cosa, sin embargo, se temia: estaba entonces en Nápoles un hombre que era mas que el mismo rey; este hombre era Nelson. Nelson habia llegado á los cuarenta y un años de edad sin que aun su mas mortal enemigo hubiese tenido otra cosa que echarle en cara que su famosa intrepidez. Habia recibido tantos honores como haya podido reunir el mas célebre vencedor. La ciudad de Lóndres le habia enviado una espada, y el rey le habia hecho caballero del Baño, baron del Nilo y par del reino. Poseia una fortuna envidiable, porque el gobierno le daba mil libras esterlinas de sueldo; el rey le pasaba una pension de cincuenta mil francos y la compañía de las Indias le habia regalado cien mil escudos. Habia, pues, que temer que Nelson á quien hasta entonces se le reconocia no solo por bravo entre los bravos sino tambien por leal entre los leales, no tuviese la ridícula idea de amenguar aquella doble reputacion, y que no habiendo hecho nada hasta entonces que desmintiese su valor, no quisiese prestarse á lo que amenguaria su honra.

Y sin embargo, era preciso desgarrar la capitulacion firmada por Foote, Kandy y Bolnien.

Se acordaron que una muger fué la que perdió á Adan, y para que se condenara Nelson pusieron los ojos en su amiga Emma Lyonna. Habia sido ésta una muger perdida de Lóndres. No se la conocia padre; se ignora su patria; se sabe únicamente que su madre era pobre; créese que nació en el principado de Galles, y nada mas. Un empírico charlatan la encontró y la brindó á que tomase parte en una especulacion nueva, reducida á representar la diosa Hygia. Este charlatan era el doctor Graham, autor de la *Megalantropogenesia*. Emma Lyonna acepta; se instala en el despacho del doctor á quien sirve de esplicacion viviente. Emma Lyonna era bella, acudieron á verla, y los pintores pidieron permiso para retratarla. Ronney, uno de los artistas mas populares de Inglaterra, la pintó representando á Venus, á Cleopatra, á Phryne. Desde entonces el crédito de Emma Lyonna se aseguró y Graham hizo su fortuna.

Entre los jóvenes que desde la esposicion de la diosa Hygia, asistian con mas asiduidad á las lecciones del doctor, se contaba un jóven de la casa de Warwick, llamado Cárlos Greville. Desde el dia en que vió á Emma Lyonna, propuso á la bella estátua abandonase al doctor por seguirle á él. Emma Lyonna empezaba á cansarse de servir á los curiosos y á los pintores. Su reputacion estaba hecha, un jóven de la aristocracia iba á ponerla en moda; aceptó. En tres años Cárlos Greville gastó su fortuna, perdió un honroso puesto que ocupaba en la diplomacia y no le quedaba mas que la muger á quien era deudor de su ruina pecuniaria y su caida social. Entonces ofreció á Emma su mano, tanta era la fascinacion que esta otra Lais ejercia sobre este nuevo Alcibiades. Pero Emma Lyonna calculaba demasiado bien para casarse con un hombre arruinado: en aquellos tres años se habia acostumbrado al oro y los diamantes, y no queria perder la costumbre. Bajo un pretesto de delicadeza con que el pobre Cárlos Greville fué vilmente burlado, rehusó. Ocurrióle entonces otra idea. Tenia entonces en la córte de Nápoles un tio sumamente rico, llamado sir Williams Hamilton. El era el heredero del anciano; pidióle dinero y permiso para casarse con Emma Lyonna. A aquella doble peticion habia contestado el tio con una doble negativa. Cárlos Greville conocia el poder de Emma Lyonna sobre los corazones. Envió á su bella sirena á solicitar por los dos.

Efectivamente estaba unido á aquella muger un fatal hechizo. Vió el anciano á Emma Lyonna y se enamoró de ella. Ofreció dar á su sobrino dos mil quinientas libras esterlinas

(1) He aquí los terminos de aquella capitulacion:

1.° El castillo Nuovo y el dell'Obo, serán entregados con armas y municiones á los representantes de S. M. el rey de las Dos Sicilias y de sus aliados la Inglaterra, la Prusia y la Puerta Otomana.

2.° Las guarniciones republicanas de los dos castillos saldrán con los honores de guerra y serán respetadas en sus personas y en sus bienes muebles é inmuebles.

3.° Podrán á su eleccion embarcarse en navíos parlamentarios para ser trasportados á Tolon, ó permanecer en el reino sin tener nada que temer ni por sí ni por sus familias. Los ministros del rey proporcionarán los buques.

4.° Estas condiciones y cláusulas comprenderán á las personas de ambos sexos encerradas en los fuertes, á los republicanos que han sido hechos prisioneros durante la guerra por las tropas reales ó aliadas y al campamento de San Martin.

5.° Las guarniciones republicanas no saldrán de los castillos hasta que los buques destinados al trasporte de los que hayan decidido partir, estén dispuestos á darse á la vela.

6.° El arzobispo de Salerno, el conde Michevieux, el conde Dillon y el obispo de Avellino quedarán como rehenes en el fuerte de San Telmo hasta que se sepa en Nápoles con toda certeza la llegada á Tolon de los buques que trasporten á aquella ciudad las guarniciones republicanas. Los prisioneros del partido del rey y los rehenes detenidos en los puertos serán puestos en libertad inmediatamente despues de la ratificacion de la presente capitulacion.

de renta si Emma Lyonna consentia en casarse con él. Quince dias despues recibia Cárlos Greville su escritura de renta y Emma Lyonna pasaba á ser lady Hamilton.

Grande fué el escándalo. No obstante, no podian negarse á recibir en el gran mundo al nuevo matrimonio; abriéronle, pues, todos los salones. La reina Carolina, aquella orgullosa princesa de Austria, la hermana de María Antonieta, mas altiva aun que ella, se negó absolutamente á hablarla, y procurabá volverla la espalda siempre que el acaso ponia en el mismo camino á la reina y la embajadora.

Por aquel tiempo llegó Nelson á Nápoles; el vencedor de Veracruz, el que debia serlo mas tarde de Aboukir y de Trafalgar, sucumbió á la misma influencia y quedó prendado. Nelson podia ser un Aquiles pero no era ni un Narciso ni un Paris; habia perdido un ojo en Carvi y un brazo en Canarias. Pero lady Hamilton era demasiado hábil para dejar escapar la fortuna que la ocasion ponia á su alcance. Comprendió al punto la influencia que Nelson iba á ejercer en los acontecimientos, y por consecuencia en los hombres. Para Fernando y Carolina, no solo era la Inglaterra una aliada sino una libertadora: Nelson venia á ser para ellos no solo un héroe sino un semidios.

Todo cambió para Emma Lyonna con el amor de Nelson. La reina bajó de su trono y anduvo la mitad del camino que la separaba de la aventurera; Emma Lyonna se dignó andar la otra mitad, bien pronto no se vió á la una sin la otra. En la córte, en el teatro, en Chiaja, en Toledo, en su carruage como en el palco real, Emma Lyonna tenia su sitio todos los dias, á todas horas, á cada instante. Emma Lyonna fué la favorita de Carolina.

Llegó el dia de los desastres: Emma Lyonna, fiel á la amistad, ó mas bien á la ambicion, acompañó al rey y á la reina á Sicilia, arrastrando consigo á Nelson. El terrible capitan del mar era con ella obediente y dulce como un niño.

En aquella muger fué en quien Carolina puso los ojos para perder á Nelson; á aquellas manos estrañas fué á las que Dios entregó la existencia de los hombres y el destino de los reinos.

Emma Lyonna llevaba una carta credencial concebida en estos términos:

«La Providencia os entrega el porvenir de la monarquía napolitana; no tengo tiempo para escribiros una carta circunstanciada acerca del inmenso servicio que esperamos de vos. Milady, mi embajadora y amiga, os espondrá mi súplica, y todo el reconocimiento de vuestra afectísima

«CAROLINA.»

En esta carta iba un decreto del rey que consignaba, «no habia sido jamás la intencion del rey tratar con súbditos rebeldes: que en su consecuencia quedaban revocadas las capitulaciones de los fuertes; que siendo mas ó menos culpables de lesa magestad los partidarios de la pretendida república Partenopea, se estableceria un consejo de estado para juzgarlos, castigando á los mas culpables con la muerte, á los demas con la prision y el destierro, á todos con la confiscacion de sus bienes.»

Otra órden debia hacer conocer la ulterior voluntad de S. M., y la manera como seria ejecutada. El rey y la reina podian en rigor escribir aquello, puesto que nada habian firmado: veian terminados los sucesos bajo el punto de vista de su poder y de su dignidad. Pero Nelson, el hombre del pueblo; Nelson, el hijo de un pobre ministro de la aldea de Burnham-Thorp; Nelson, cuya palabra estaba comprometida por la firma de su representante; Nelson, que en todas aquellas cuestiones entre pueblos y reyes debia mantenerse tranquilo, imparcial y frio como la estátua de la justicia; Nelson, en quien la Europa tenia fijos sus ojos, y de quien el mundo no esperaba mas que una palabra para proclamarle defensor de la humanidad, como era ya el preferido de la gloria, ¿qué escusa tenia Nelson y que responderia á Dios cuando Dios le pidiera cuenta de la existencia de veinte y cinco mil hombres sacrificados á un loco amor? El navío que conducia á Emma Lyonna abordó una noche al que conducia á Nelson; una hora despues vólvia á bogar aquel hácia Palermo, llevando por todo mensage esta conocida respuesta: «Todo va bien.» Al dia siguiente la capitulacion estaba ya rota.

Entre las víctimas habia una que debia ser sagrada para Nelson: su colega el almirante Carracciolo. Despues de haber conducido al rey á Sicilia con tal felicidad que causó envidia al que pasaba por el primer guerrero que existia, Carracciolo habia pedido permiso para volver á Nápoles, y lo habia obtenido. Una vez alli se habia aliado con los republicanos, con ellos combatió, habia tratado como ellos, y como ellos hubiera debido estar bajo la salvaguardia de la honra de tres grandes naciones.

Carracciolo habia conseguido escaparse á las primeras pesquisas, y por consecuencia á los primeros asesinatos; pero vendido por un criado, fué cogido en la habitacion que estaba oculto. Apenas Nelson supo su arresto, le reclamó como su prisionero. Una accion grande y generosa podia servir, si no de contrapeso, de paliativo al menos á la falta de fé cometida por el almirante inglés; Nelson podia reclamar su colega, para sustraerle al consejo de estado; así se creyó, y se aplaudió: ¡Nelson reclamaba su colega para hacerle ahorcar en su propio navío!

El proceso fué breve: comenzó á las nueve de la mañana; á las diez fueron á decir á Nelson que el tribunal acababa de decidir se

admitieran las pruebas y los testigos en favor del acusado; decision que en todos los paises del mundo, es un derecho, y no un favor. Nelson respondió que era inútil, y el tribunal prosiguió su procedimiento.

Al medio dia fueron á anunciar á Nelson que el acusado habia sido sentenciado á prision perpétua.

—Os engañais, dijo Nelson al conde de Thou que le anunciaba aquella sentencia, ha sido condenado á muerte.

El tribunal raspó la palabra *prision*, y en su lugar escribió la palabra *muerte*.

A la una fueron á decir á Nelson que el sentenciado pedia ser fusilado en lugar de ser ahorcado

—Es preciso que la justicia siga su curso, respondió Nelson.

En consecuencia, trasportaron á Carracciolo á bordo del *Minerva*, era el buque en que combatia con preferencia. El almirante le habia cuidado constantemente como un padre cuida á su propio hijo; y sin embargo, durante el tiempo que habia permanecido á bordo del buque inglés, habia observado una multitud de detalles de construccion de esos que hacian entonces y hacen hoy todavía de la marina de la Gran Bretaña, una de las primeras marinas del mundo: esplicaba estos detalles á un jóven oficial que habia servido á sus órdenes y llegaba á un punto importante de su esplicacion cuando el escribano se adelantó hácia él con la sentencia en la mano. Interrumpióse Carracciolo y escuchó la sentencia con la mayor tranquilidad, luego terminada la lectura:

—Decia, pues.... añadió el almirante, y continuó su esplicacion en el mismo pasage en que le habia interrumpido la sentencia de muerte.

Diez minutos despues se balanceaba el cuerpo del almirante colgado de la punta de una entena. Por la noche cortaron la cuerda, ataron una bala de treinta y seis á los pies del cadáver y lo arrojaron al mar. Doce horas habian bastado para reunir el tribunal, dar la sentencia, ejecutarla, y hacer desaparecer hasta el último vestigio del sentenciado.

Entretanto los buenos lazzaroni gozaban con toda libertad: esperaban cantando y bailando al pie del cadalso ó de la horca los cadáveres que salian de manos del verdugo, y los arrojaban á las hogueras; luego cuando ya estaban asados al grado que les acomodaba, mascaban el hígado ó el corazon, al paso que otros inclinados por naturaleza á las diversiones campestres, se hacian silbatos con los huesos de los brazos, y flautas con los huesos de las piernas.

Tres meses de procesos, ejecuciones y suplicios habian restablecido la tranquilidad en la ciudad de Nápoles. El rey y la reina recibieron, pues, aviso de que podian volver á entrar en su capital. En aquellos tres meses Nelson y Emma Lyonna no se habian separado: fueron tres meses de felicidad para los tiernos amantes.

Por otra parte, nuevos honores se tributaban á Nelson y reflejaban en su querida; el vencedor de Aboukir habia recibido el título de baron del Nilo; el que desgarró el tratado de Nápoles fué hecho duque de Bronte.

A los dos dias del en que se verificó la ejecucion de Carracciolo, se divisó una flotilla que iba de Sicilia; era el rey que volvia á tomar posesion de su reino. Pero el rey no miraba todavía el suelo de Nápoles como perfectamente seguro; resolvió estacionarse algunos dias en el puerto, y recibia á sus fieles súbditos en su navío.

Al punto multitud de lanchas rodearon al buque; iban en ellas ministros que llevaban órdenes, diputados que iban á pronunciar arengas, cortesanos que intentaban mendigar puestos. Todos fueron recibidos con ese rostro risueño y paternal del que vuelve á entrar en su reino. Solo algunas lanchas fueron separadas de la córte como importunas; las que conducian á algunos enojosos pretendientes que iban á pedir el perdon de sus parientes sentenciados á muerte.

Pasóse la noche en medio del regocijo: á bordo del navío real hubo iluminacion y concierto.

Mas prestad por un momento vuestra atencion al estraño espectáculo que iluminaron las mil bujías del buque: oid el inaudito acontecimiento que fué á turbar aquel concierto.

Era la noche del 30 de junio al 1.° de julio: fatigado estaba el rey de todo aquel ruido, de todas aquellas adulaciones, de tanta infamia y cobardía, porque Nasone era hombre de imaginacion y penetraba al primer golpe de vista hasta el fondo de las cosas. Subió solo al puente y fué á apoyarse en el filarete del castillo de popa, y silbando un aire de caza se puso á contemplar aquella mar sin fin, tan tranquila, tan en calma, que reflejaba todas las estrellas del cielo. De repente surge del medio de aquella azulada sábana y á veinte pasos de distancia, un hombre que sale fuera del agua hasta la cintura y permanece inmóvil frente á él. Fija el rey sus ojos en aquella aparicion, se estremece, vuelve á mirar, palidece; quiere retroceder, y siente que sus piernas le faltan; quiere pedir socorro y siente que su voz se le anuda en la garganta. Entonces, inmóvil, fija la vista, erizados los cabellos, manando abundante sudor de su frente, permanece clavado en aquel sitio por el terror.

Aquel hombre que sale del agua hasta la cintura, es el antiguo amigo del rey, es el sentenciado de la víspera, es el almirante Carracciolo, que con la frente erguida, lívido el rostro, destilando agua su cabellera, se inclina y se levanta á cada movimiento de la ola, como para saludar por última vez al rey.

Desátase al fin el nudo que detenia la len-

gua de Fernando, y se le oye pronunciar este grito terrible que resuena en el mas apartado rincon del buque:

—¡Carracciolo, Carracciolo!

Al oir aquel grito acude todo el mundo; mas la aparicion en lugar de desvanecerse, permanece allí para todos. Los mas bravos se conmueven. Nelson, que cuando niño preguntaba qué cosa era miedo, palidece de emocion y de angustia, y repite la órden dada por el rey de bogar hácia tierra.

Entonces, en un segundo, cúbrese el buque de velas, se inclina y se desliza suavemente hácia Santa Lucía impulsado por la brisa del mar; pero he aquí ¡cosa horrible! que el cadáver se inclina tambien, sigue el surco que el buque deja en las olas, y movido por la fuerza de atraccion, parece que persigue á su asesino.

En aquel momento aparece el capellan sobre el puente: el rey se arroja en sus brazos:

—¡Padre mio, padre mio! esclama, ¿qué me quiere ese cadáver que me persigue?

—Una sepultura cristiana, responde el capellan.

—Que se le dé, que se le dé en el mismo instante, esclama Fernando precipitándose por la escotilla á fin de librarse de aquel estraño espectáculo.

Mandó Nelson echar una lancha al mar y que fuesen á recoger el cadáver; pero ni un marinero napolitano quiso encargarse de aquella mision. Diez marineros ingleses entraron en la lancha; ocho remaron, dos sacaron el cadáver del agua. Entonces se conoció la causa del milagro.

El almirante, como hemos dicho, habia sido arrojado al mar con una bala de treinta y seis atada á los pies. El cuerpo se habia hinchado en el agua y siendo el peso demasiado débil para sujetarle en el fondo, habia subido á la superficie del mar, y por un efecto de equilibrio se habia enderezado saliendo hasta la cintura; luego, impulsado por el viento y arrastrado por el surco habia seguido al buque.

Al dia siguiente fué enterrado en la pequeña iglesia de Santa María de la Cadena. Despues de lo cual hizo el rey su entrada triunfal en la capital, y reinó pacíficamente sobre su pueblo hasta el momento en que Napoleon mandó le notificasen que acababa de disponer del reino de Nápoles en favor de su hermano José.

El rey Nasone tomó las cosas como filósofo, y se volvió á cazar á Palermo.

Duró aquel nuevo destierro hasta el 9 de junio de 1815, época en la que Joaquin Murat, que habia sucedido á José Napoleon cayó; á su vez S. M. napolitana volvió á cazar á Capodi-Monti y á Caserta.

XI.

ANÉCDOTAS.

Algun tiempo despues de haber vuelto el rey á Nápoles, Cárlos IV fué allí á reunirse con él; tambien éste estaba desterrado de su reino; pero no tenia una Sicilia á donde refugiarse, é iba á pedir hospitalidad á su hermano.

Era igualmente un gran cazador y pescador; así los dos hermanos, separados hacia tanto tiempo, estaban siempre juntos y cazaban ó pescaban desde por la mañana hasta por la noche. Ya no hacian mas que disponer partidas de caza al parque de Caserta ó al bosque de Persano, partidas de pesca al lago Fusaro ó á Castellamare.

Sabida es la gran ternura con que amaba Luis XIV á Monsieur. Bastante indiferente para con su esposa, bastante egoista para con sus queridas, muy severo para con sus hijos, Luis XIV no amaba á nadie mas que á Monsieur, y segun se dice, aumentaba esa amistad con la profunda indiferencia que sentia por los demas. Algunas nubecillas se habian interpuesto en ciertas ocasiones entre ellos, pero se habian disipado prontamente á los ardientes rayos del sol de la fraternidad. Así al dia siguiente á la noche en que murió Monsieur, nadie se atrevia á presentarse al gran rey, que encerrado en su gabinete, se abandonaba al dolor.

Por fin, dice Saint-Simon, Mad. de Maintenon se decidió, y encontró á Luis XIV con la cabeza echada atrás, las piernas estendidas y tarareando un aire de ópera en loor suyo.

Lo mismo, con poca diferencia, debia pasar entre Fernando I y Cárlos IV: se habia decidido entre los dos príncipes una partida de casa al bosque de Persano, cuando en el momento de ponerse en marcha se sintió ligeramente indispuesto el rey Cárlos IV; pero como el augusto enfermo sabia por su propia esperiencia la contrariedad que se esperimenta cuando se descompone una cacería, exigió á su hermano que fuese á Persano sin él; á lo que Fernando accedió, pero con la condicion de que si el rey Cárlos IV se sentia en peor estado se lo comunicaria. El enfermo le empeñó la palabra de hacerlo. El rey abrazó á su hermano y partió.

Durante el dia parecia que la indisposicion adquiria alguna gravedad. Por la noche el enfermo padecia mucho. Despues de las doce empeoró de tal modo su situacion que á las dos de la madrugada, enviaron un correo portador de una carta de la duquesa de San Florida que anunciaba al rey que si deseaba abra-

zar por última vez á su hermano era preciso que volviese inmediatamente. El correo llegó cuando S. M. montaba á caballo para ir á cazar. Cogió el rey la carta, la abrió y levantantando tristemente los ojos al cielo:

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! señores, ¡qué desgracia! esclamó, ¡el rey de España está gravemente enfermo!

Y como todos, poniendo una fisonomía de circunstancias, fingian el mayor sentimiento posible:

—¡Eh! continuó el rey con ese acento napolitano, cuya espresion no se puede describir, yo creo que hay mucha exageracion en la relacion que se me hace. Cacemos primero, señores; luego se verá.

Los cortesanos volvieron á recobrar su acostumbrado semblante; llegaron al sitio convenido y se comenzó la caza.

Apenas habian disparado dos tiros, porque la caza que preferia S. M. era á espera, cuando llegó el segundo correo. Traia éste la noticia de que el rey Cárlos IV estaba espirando y no cesaba de preguntar por su hermano. Ya no podia, pues, quedar duda acerca de la desesperada situacion del enfermo. Asi el rey Fernando que era hombre de resolucion, tomó al punto su partido; y como los cortesanos esperaban las primeras palabras del rey para arreglar el rostro á ellas;

—¡Eh! dijo otra vez, ó mi hermano está enfermo mortalmente ó no lo está. En el primer caso, ¿qué bien puede resultar de que yo vaya? Si no lo está, se va á desesperar cuando sepa que por él he dejado tan magnífica cacería. Cacemos, pues, señores.

Y se pusieron á cazar con el mayor entusiasmo.

Al retirarse por la noche, encontraron otro correo que llevaba la noticia de que Cárlos IV habia muerto,

El dolor que sintió el rey fué tan profundo que comprendió debia ante todo combatirle por medio de alguna poderosa distraccion. En consecuencia dió sus órdenes para que al dia siguiente ó á los dos dias se verificase otra cacería tan magnífica como la que acababa de suceder. Matáronse en tres dias ciento cincuenta jabalíes y doscientos venados. Pero no se crea por esto que Fernando habia olvidado al difunto. A cada buen tiro que hacia ó veia hacer, esclamaba:—¡Ah! si estuviese aqui mi pobre hermano, cuán gozoso estaria!

Al tercer dia se volvió el rey, mandó se hiciesen pomposas exequias y hubo por tres meses luto de córte. Y no era que el rey Nasone tuviese mal corazon. Los corazones de los siglos XVII y XVIII estaban hechos asi. Fueron un dia á decir á Bassompierre, en el momento en que se vestia para ir á bailar al palacio de la reina María de Médicis, que su madre, á quien adoraba, habia muerto.

—Os engañais, respondió tranquilamente Bassompiere sin dejar de abotonar sus herretes, no morirá hasta que no se haya bailado la contradanza.

Bassompierre bailó la contradanza: obtuvo en ella un brillante éxito y se volvió á su casa para llorar á su madre.

La sensibilidad es una invencion moderna. Tengamos esperanza en que durará.

Al lado de aquella indiferencia, respecto á su pasion dominante, el rey Nasone tenia á las veces escelentes arranques. Un dia, una pobre muger, cuyo marido acababa de ser sentenciado á muerte, salió de Aversa por consejo del abogado defensor y fué á pie hasta Nápoles para pedir al rey la gracia de su marido. Cosa muy fácil era encontrar al rey, el cual estaba siempre recorriendo á pie ó á caballo las calles y las plazas de Nápoles, cuando no iba de caza: en aquella ocasion, desgraciada ó felizmente, no estaba el rey ni en las calles ni en su palacio; estaba en Capo-di-Monti: era la estacion de las becafigas.

La pobre muger se hallaba estenuada de fatiga: acababa de andar mas de cuatro leguas corriendo; pidió permiso para esperar al rey. El capitan de guardias compadecido de ella, la concedió su demanda. Sentóse en el primer escalon de la escalera por donde el rey debia subir para volver á su habitacion. Pero por mas grave que fuese la situacion en que se encontraba y mayor la preocupacion que agitaba su espíritu, pudo mas la fatiga que el sobresalto, y despues de haber luchado en vano un rato contra el sueño, apoyó la cabeza en la pared, cerró los ojos y se durmió. Apenas haria un cuarto de hora que dormia cuando volvió el rey.

Habia estado aquel dia S. M. mas certero que de ordinario, y le habian salido muchas mas becafigas que la víspera. Estaba, pues, en una situacion de espíritu de las mas bondadosas, cuando al entrar vió á la pobre muger que le esperaba. Quisieron despertarla; pero el rey hizo seña de que no se la incomodase. Aproximóse á ella, la miró con una curiosidad mezclada de interés, y viendo un pedacito de la solitud que salia de su pecho la sacó suavemente y con precaucion á fin de no turbar su sueño, la leyó, y pidiendo una pluma escribió debajo. *Fortuna e duorme*, lo que corresponde próximamente á nuestro proverbio francés: *La fortuna viene durmiendo*. Luego firmó *Fernando, rey*.

Despues de lo que mandó no despertasen á la buena muger de ningun modo, prohibió que se le dejase llegar hasta él, volvió á colocar la peticion en la abertura de donde la habia tomado, y subió alegremente á sus habitaciones, con una buena accion en su conciencia.

Al cabo de diez minutos abrió los ojos la pretendiente, se informó de si el rey habia vuelto, y supo que mientras dormia habia pasado por delante de ella.

Grande fué su desconsuelo; habia perdido

la ocasion que con tanta fatiga y de tan lejos iba á buscar; suplicó al capitan de guardias la permitiese llegar hasta el rey; pero el capitan de guardias se negó obstinadamente, diciendo que S. M. se habia encerrado en su cámara declarando que no saldria de ella ni recibiria á nadie aquel dia y el siguiente. Era preciso renunciar á la esperanza de ver al rey; la pobre muger volvió á partir para Aversa con el mayor desconsuelo.

A su vuelta la primera visita fué para el abogado que la habia dado el consejo de ir á implorar la clemencia del rey; refirióle todo lo que habia pasado y cómo por su culpa habia dejado escapar una ocasion que en adelante no volveria á encontrar. El abogado que tenia amigos en la córte la dijo entonces le entregase la solicitud, encargándose de buscar algun medio para hacer que llegase al rey.

La pobre muger entregó al abogado el memorial que la pedia. Por un movimiento maquinal, el abogado le abrió; mas apenas le dirigió una mirada dió un grito de alegría: en la situacion en que se encontraba, el proverbio consolador escrito y firmado de mano del rey equivalia á un perdon. Efectivamente, ocho dias despues, el prisionero era puesto en libertad, y aquella fortuna que se la presentó á la pobre muger, como habia escrito el rey Nasone, se le habia presentado durmiendo.

Al lado de esta accion que haria honor á Enrique IV, citemos sentencias que harian honor al rey Salomon.

La marquesa de C.... habia sido á la muerte de su esposo nombrada tutora de su hijo, de edad á la sazon de doce años. Durante los nueve años que le faltaban para llegar á su mayor edad, la marquesa, muger de muchísimo juicio y muy honrada, de tal modo habia administrado la fortuna de su hijo, que casi la duplicó, gracias al retiro en que habia vivido, á pesar de ser todavía jóven. Llegado el jóven á su mayor edad, dióle sus cuentas la marquesa; mas por todo agradecimiento, contentóse el jóven con señalar á su madre una especie de pension alimenticia que apenas bastaba á sostenerla sin miseria. Nada dijo la madre, recibió con resignacion la limosna filial, y se retiró á Sorrento, donde tenia una casita de campo.

Al cabo de un año la faltó de improviso la mezquina pension, y mientras el hijo ostentaba en Nápoles el boato de un príncipe, se hallaba la madre en Sorrento sin un pedazo de pan. Era preciso resignarse á morir ó decidirse á quejarse al rey. La pobre madre antes de llegar á aquel estremo, agotó hasta el último recurso. En fin, no la quedó medio de continuar así. La marquesa de C.... fué á arrojarse á los pies de Nasone pidiéndole justicia para ella y perdon para su hijo. Recibió el rey la peticion que le presentaba la marquesa de C...., y en la que estaban consignados los detalles de la administracion materna; luego hizo que le enteraran del estado de las cosas, vió que todos aquellos detalles eran veracísimos, cogió una pluma y escribió:

«Dure la minoritá del figlio giache viva la madre.»
«Dure la minoría del hijo mientras viva la madre.»

Rumores singulares habian circulado sobre el conde de B.... habia desaparecido su hijo, y se aseguraba que entre una disputa tenida entre el padre y el hijo por una muger á quien amaban los dos, el padre en un movimiento de cólera habia muerto al hijo. No obstante, aquellos vagos rumores no habian llegado á convertirse en realidad; al decir del padre, el jóven estaba ausente, y viajaba para instruirse. Por aquella época se retiró Fernando á Sicilia, y José, y luego Murat, ocuparon el trono de Nápoles.

Tan graves acontecimientos hicieron olvidar las inculpaciones que pesaban sobre el conde de B.... el cual habiendo entrado en el servicio de la córte del hermano y del cuñado de Napoleon, y habiendo llegado á obtener un gran favor, vió apagarse hasta las alusiones á la sangrienta aventura en que el rumor público le acusaba de haber representado tan terrible papel. Todo el mundo habia, pues, olvidado ó parecia que habia olvidado al jóven ausente, cuando llegó la catástrofe de 1815. Murat, obligado á huir de Nápoles se refugió en Francia, y todos los que le habian servido, sabiendo que no debian esperar perdon para ellos de parte de Fernando, no aguardaron su llegada, y se diseminaron por Europa. El conde de B.... hizo lo mismo que los demás, y fué á pedir un asilo á la Suiza, donde permaneció seis años.

Pasados los seis años creyó que su error político estaba espiado con el destierro, y escribió á Fernando pidiéndole el permiso para volver á la córte. Abrió la carta el ministro de policía, quien la presentó al rey en el primer despacho.

—¿Qué es eso? dijo Fernando.

—Una carta del conde de B...., señor.

—¿Qué pide?

—Pide le volvais á vuestra gracia.

—¡Cómo! Mas ciertamente volveré á ver con gran placer al querido conde de B.... Dadme una pluma.

El ministro dió la pluma á S. M., que escribió debajo de la peticion: *Torni, ma col figlio.* Vuelva, pero con su hijo.

El conde de B.... murió en el destierro.

Como sus amigos los lazzaroni, el rey Nasone no tenia mucha aficion á los frailes. Pero, como ellos tambien, miraba con profundo respeto al padre Rocco, cuyos sermones habia oido

muchas veces al aire libre. Asi que el padre Rocco, de quien hablaremos detenidamente en el curso de nuestra narracion, tenia tan fácil acceso en el palacio del rey, como en las casas miserables de Nápoles. Por lo demas, no hay necesidad de decir que el padre Rocco, para quien todos los hombres eran iguales, habia conservado la misma libertad de lenguaje con el rey, que el que usaba con el último de los lazzaroni.

Un dia que toda la familia real se hallaba en Capo-di-Monti, se vió llegar al padre Rocco. Al punto resonaron en el palacio esclamaciones de alegria, y acudieron todos al rededor del buen sacerdote, á quien nadie habia visto hacia mas de diez y ocho meses; era esto cuando volvieron la primera vez de Sicilia, y despues de la terrible reaccion á que hemos dedicado algunas líneas.

Iba el padre Rocco á pedir para los pobres presos. Cuando el rey, la reina, el príncipe Francisco, el duque de Salerno, y los diez ó doce cortesanos que habian seguido á la familia real á Capo-di-Monti, hubieron dado su limosna, quiso retirarse el padre Rocco, pero Fernando le detuvo.

—Un instante, un instante, padre Rocco, dijo el rey; no se va uno de ese modo de aquí.

—¿Y cómo se va de aquí, señor?

—Cada uno paga su cuota. Nosotros os debíamos una limosna y os la hemos dado. Vos nos debeis un sermon; pronunciadle.

—¡Oh! si, si, un sermon! dijeron la reina, el príncipe Francisco y el duque de Salerno.

—¡Sí, sí, un sermon! repitieron en coro todos los cortesanos.

—Señor, tengo costumbre de predicar á los lazzaroni y no ante las testas coronadas, respondió el padre Rocco: dispensadme, pues, si creo de mi deber rehusar el honor que me haceis.

—¡Oh! no, no; no os librareis con esa disculpa: nosotros os hemos dado la limosna, necesitamos nuestro sermon; no salís de aquí.

—¿Pero qué género de sermon? preguntó el sacerdote.

—Decidnos un sermon para divertir á los niños.

El sacerdote se mordió los labios; luego, dirigiéndose al rey:

—¿Lo quereis, pues, absolutamente, señor?

—Ciertamente lo quiero.

—Siendo este sermon para los niños, no os admireis que comience como un cuento de hadas.

—Comience como quiera, el caso es que lo oigamos.

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

Y el padre Rocco se subió en una silla para dominar mejor su augusto auditorio.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! comenzó diciendo el padre Rocco.

—¡Amen! dijo el rey interrumpiéndole.

—Hubo, continuó el sacerdote saludando al rey, como para darle gracias de que hubiese querido con tan buena voluntad servirle de sacristan, hubo dos langostas de mar, macho y hembra....

—¿Cómo es eso? esclamó Fernando, que creia haber oido mal.

—Hubo dos langostas de mar, macho y hembra, repitió gravemente el padre Rocco, las cuales habian tenido en legítimo matrimonio tres hijos y dos hijas que daban las mas lisonjeras esperanzas. El padre y la madre habian dado á sus hijos los profesores mas distinguidos, y las maestras mas instruidas que habian podido hallar de tres leguas en contorno; habian recomendado sobre todo á los maestros y maestras enseñasen á sus hijos á marchar en direccion recta.

Cuando hubo terminado la educacion de los tres hijos varones, llamólos el padre á su presencia, y dejando el profesor á la puerta, á fin de que su presencia no sostuviese á los discípulos, pudo juzgar mejor de la educacion que habian recibido.

—Mi querido hijo, dijo al mayor, entre otras cosas he recomendado se os enseñase á andar por camino recto: andad un poco para que vea yo como se han seguido mis instrucciones.

—Con mucho gusto, padre mio, contestó el hijo mayor. Mirad y vereis. Y al instante se puso en movimiento.

—¿Pero, dijo el padre, qué diablos haces?

—¿Qué hago? obedeceros; ando.

—Sí, andas, pero andas en direccion oblícua. ¿Es eso lo que se llama andar recto? Veamos, vamos á empezar otra vez.

—Volvamos á empezar, padre mio.

Y el hijo mayor volvió á ponerse en movimiento. El padre dió un grito de dolor. La primera vez habia marchado su hijo de derecha á izquierda; la segunda marchaba de izquierda á derecha.

—¿Pero acaso no puedes ir recto? esclamó el padre.

—Pues qué, ¿no voy recto? preguntó su hijo.

—¡No conoce su defecto! esclamó la desgraciada langosta padre uniendo sus dos gruesas antenas, y levantándolas con dolor al cielo.

En seguida volviéndose hácia su hijo segundo:

—Ven aqui tú, le dijo, y enseña á tu hermano mayor como se anda.

—Con mucho gusto, padre mio, dijo el segundo.

Y volvió á comenzar exactamente lo mismo que habia hecho su hermano mayor, únicamente con la diferencia de que en vez de ir la primera vez de derecha á izquierda, y luego de izquierda á derecha, fué la primera de izquierda á derecha, y la segunda de derecha á izquierda.

—¡Tambien oblícuo! ¡Siempre oblícuo! esclamó el padre con desesperacion. En seguida

volviéndose con las lágrimas en los ojos hácia el menor de sus hijos:

—Veamos, le dijo, da tú el ejemplo á tus hermanos.

—Padre mio, replicó el tercero, que era un jóven langosta muy sensato; me parece que seria mucho mas provechoso para nosotros nos diéseis vos mismo el ejemplo. Andad, pues, y enseñadnos lo que hemos de hacer. Nosotros haremos lo que vos hagais.

—Entonces, continuó el padre Rocco, entonces el padre....

—Bien, bien, dijo Fernando, bien, padre Rocco, la reina y yo tenemos que hacer; podeis volver á pedir limosna siempre que querais; nosotros no os pediremos mas sermones. Adios, padre Rocco.

—Id con Dios, señor.

Y el padre Rocco se marchó dejando su sermon sin concluir, pero llevando completa su limosna.

He aqui al rey Nasone, aunque no tal como la historia le ha pintado ó le pintará. La historia es demasiado gran señora para entrar en la cámara de los reyes á cualquier hora del dia y de la noche, y para sorprenderlos en la posicion en que S. M. napolitana sorprendió al presidente Cardillo. No obstante, solo cuando se da una vuelta con una antorcha alrededor de su trono, y con una bujía por lo interior de su cámara, es cuando se puede formar un juicio imparcial sobre aquellos á quienes Dios, en su amor ó en su cólera, escogió desde el seno materno para hacerlos pastores de los hombres, y aun asi podemos engañarnos. Despues de haber visto al rey Nasone vender su pescado, despachar al por menor su caza, escuchar en una encrucijada el sermon del padre Rocco, humanizarse con los vasallos en su serrallo de San Lucio, reir á todo su sabor con el primer lazzaroni que se le presentaba, acaso se creerá que estaba dispuesto á tender la mano á todo el mundo; nada de eso: habia entre la aristocracia y el pueblo una clase de la sociedad que el rey Nasone odiaba especialísimamente, y era la clase media.

Refiramos la historia de un siciliano perteneciente á esta clase, que tuvo empeño de llegar á ser noble. Los que quieran saber el nombre de este otro Joudain, pueden recurrir á las Costumbres sicilianas de mi espiritual amigo Palmieri de Micciche, el cual viaja hace veinte años por todos los paises, escepto por el suyo, para espiar la costumbre que ha tomado de llamar á las cosas y á los hombres con su propio nombre. Por lo cual, é instruido por su ejemplo, trataré de evitar el mismo inconveniente

XII.

LA MANIA DEL REY NASONE.

Habia en Fermini hácia el año de gracia de 1798, un jóven de diez y seis á diez y siete años, el cual, como el cardenal Lecada, no pedia mas que una cosa al cielo: ser secretario de Estado y morir.

Era hijo de un honrado colono llamado Neodad. Sin duda este nombre tenia algo de árabe, pero nuestros lectores recordarán que la Sicilia fué en otro tiempo conquistada por los sarracenos. En todo caso, como he dicho, pueden recurrir para las etimologías á mi amigo Palmieri de Micciche.

Habíale dejado su padre una pequeña fortuna: resolvió comprar un trage de moda, empolvar sus cabellos, afeitarse, añadir un encaje á su gorguera, é ir á buscar un título á Palermo. En consecuencia, y en virtud del axioma: «ayúdate y Dios te ayudará,» comenzó por cambiar su nombre de Neodad por el de Soval, aunque á mi parecer era el primero mucho mas pintoresco que el segundo. Verdad es que algo mas tarde añadió á ese nombre la partícula *de*, lo cual le hizo, si no mas aristocrático, al menos todavía mas original.

Disfrazado de este modo y creyendo haber ocultado suficientemente su grosera corteza paterna bajo el polvo á la mariscala, el jóven Soval intentó deslizarse en la córte muy suavemente. Pero S. M. napolitana habia recibido por algo el nombre de Nasone. Olfateó al intruso desde una legua, hizo se le cerrasen todas las puertas del palacio y los sitios reales, dejándole completa libertad por lo demas, de ir á donde quisiera, no presentándose en su palacio.

Pero el jóven colono no habia ido á Palermo con la sola intencion de hacer admirar su aire á la Marina ó su pierna á la Fiora. Habia ido para entrar en la córte. Resolvió hacerlo á cualquier precio que fuese, y puesto que el rey Nasone no accedia de buena voluntad, lograrlo contra ella.

Habia muchos medios para esto en aquella ocasion. Era la época en que el cardenal Ruffo buscaba hombres que con toda voluntad le ayudasen á reconquistar el reino de Nápoles que el rey Nasone, como Cárlos VII, perdia lo mas alegremente que imaginar se puede. El jóven Soval, habituado ya á las metamórfosis, podia cambiar su trage de caballero por una casaca de soldado, como habia cambiado su trage de colono por un vestido de caballero; podia añadir á aquella casaca un fusil, un sable, una canana, é ir á crearse un nombre de la espe-

cie de los de Manmone y de Fra-Diábolo. No necesitaba mas que un poco de valor para esto; pero una de las virtudes hereditarias de la familia Neodad era la prudencia. Las Calabrias tienen mucha estension; podia acaecer un accidente entre Bagnara y Nápoles. Ademas, conocia nuestro héroe el antiguo proverbio: «Lejos de la vista, distante del corazon.» Resolvió permanecer á la vista de sus queridos soberanos, á fin de permanecer lo mas cerca posible de sus corazones.

Como hemos dicho, Nasone era el rey; pero la reina Carolina era quien reinaba: mas la reina Carolina, que no podia como el califa Al-Raschid, disfrazarse de mandadero para entrar en las casas de sus fieles súbditos y saber lo que en ellas se pensaba acerca de su gobierno, ocurria á aquel inconveniente manteniendo correspondencia con una porcion de gentes que se introducian en ellas en su lugar, y que con un fin patriótico la daban cuenta exacta de las cosas que no podia ver por sí misma. Desgraciadamente, tan loable adhesion no era completamente desinteresada. En cambio de aquellos pequeños servicios, daba la reina á quienes se los prestaban pensiones mas ó menos crecidas de su bolsillo privado. El jóven Soval, que tenia una famosa forma de letra, un estilo epistolar de los mas floridos, y ninguna vocacion á la carrera militar, tuvo cierto dia la revelacion del porvenir que le estaba reservado; solicitó el honor de ser admitido supernumerario, obtuvo su peticion, y al cabo de tres meses habia probado tan elevada inteligencia en la eleccion de discursos, ideas y principios, que recogia aqui y alli para trasmitirlos á S. M., que fué recibido definitivamente en el número de sus corresponsales.

Poco faltó para que el pobre mozo se trastornara el juicio de alegría; desde el momento en que tenia correspondencia con la reina, le pareció que iba á desaparecer toda dificultad. Redobló, pues, su celo; y como la naturaleza le habia dotado de un oido estremadamente fino, prestaba verdaderamente importantes servicios, tanto que la reina, quien por mas que estuviese apoderada de los asuntos políticos, habia conservado la costumbre de consultar á su marido en los asuntos de etiqueta, pidió para el jóven Soval el permiso de entrar en la córte. Pero S. M. napolitana, al oir aquel nombre que se le habia hecho tan profundamente antipático, dió un salto como un corzo levantado por los perros, y se negó rotundamente. Ni súplicas, ni amonestaciones, ni amenazas pudieron nada. Mantúvose el entredicho lanzado sobre el desgraciado Soval.

Llegó la restauracion de 1799: era la época de los castigos, pero tambien lo era de las recompensas; el jóven Soval resolvió dar una nueva y gran prueba de su adhesion á la familia real, y en su consecuencia se espatrió. Entonces fué cuando, calculando que habia hecho bastante para concederse á sí mismo la recompensa que se le rehusaba, añadió un *de* á su apellido, sin que hubiese tenido, por lo demas, otro impedimento para la adicion de aquella partícula que el que encontró Alfieri despues de haber creado la órden de Homero para decorarse á sí mismo con el título de caballero. A partir, pues, desde aquel momento, y al mismo tiempo que Buonaparte quitaba una letra á su apellido, nuestro héroe añadió dos letras al suyo.

Llegado á Nápoles, no sólo conservó el jóven Soval sus antiguas funciones cerca de la reina Carolina, sino que, como se comprende bien, adquirieron esas funciones una nueva importancia: por lo que la reina no contentándose ya con recibir simples cartas, le permitió en las grandes ocasiones la hiciese relaciones verbales. Esto era lo que nuestro héroe miraba infaliblemente como el pedestal de su engrandecimiento. En efecto, para conferenciar con la reina era necesario que entrase en el palacio del rey. Verdad es que para aquellas conferencias entraba por una puertecita escusada por la que no se mandaban mas que los dependientes del primer ministro Giaffad, pero siempre era dar un paso. La cuestion se reducia ya á pasar por la puerta grande en vez de pasar por la pequeña y á entrar de dia en lugar de entrar de noche. La reina no desesperaba de conseguir ese favor del rey. Pero contra la opinion de su protectora, el pobre Soval no pudo trastornar en lo mas mínimo el órden establecido, y pasaron siete años de servicio sin que pudiese una sola vez entrar por la puerta principal.

Era esto para desesperar á un santo: el pobre mozo se desesperó, y un dia que la reina le notició una nueva negativa que habia recibido del rey, resolvió partir á la manera de los caballeros errantes, para ejecutar por el mundo un hecho grande que obligase al rey á darle una recompensa ruidosa.

Hácia 1808 fué la época en que el nuevo don Quijote salió en busca de aventuras. En aquella época, no habia necesidad de ir muy lejos para encontrarlas: y á la llegada á Venecia creyó el pobre Soval habia encontrado al fin lo que deseaba.

Se encontraba por entonces en Venecia cierta madama S*** alemana de nacimiento; pero cuñada de uno de los mas ilustres almirantes de la marina inglesa. Hallábase arrestada esta señora en su casa, con centinelas de vista, detenida por el gobierno francés como un precioso rehen. El jóven Soval vió en aquella circunstancia la aventura que buscaba, y resolvió intentar la empresa.

No era cosa fácil: por mas diestro, ladino y resuelto que fuese el paladin, era Napoleon en aquella época un gigante muy difícil de vencer y un encantador muy rebelde para dormirse. Sin embargo, nuestro héroe estaba tan acostumbrado á las puertas secretas, que á fuerza de dar vueltas alrededor de la casa de

madama S*** descubrió una que daba á uno de los mil canales que surcan á Venecia. Tres dias despues salian madama S*** y él por aquella puerta; al dia siguiente estaban en Trieste, tres dias despues en Viena, á los quince dias en Sicilia. Se recordará que en Sicilia era donde se encontraba la córte en aquella época, habiendo ascendido en 1806 al trono de Nápoles José Napoleon.

Presentóse con aire resuelto á la reina el caballero errante. Aquella vez no dudaba que la puerta principal, cerrada tan largo tiempo para él, se abriria de par en par. La misma reina concibió por un momento la esperanza. En efecto, su protegido acababa de arrebatar á los franceses una prisionera de Estado; esta prisionera de Estado pertenecia á la aristocracia de Alemania y estaba ligada á la de Inglaterra. La reina se atrevió á pedir al rey el título de marqués para su libertador.

Desgraciadamente, el rey estaba en aquel momento de malísimo humor. Recibió, pues, á la reina de malísimo talante, y á la primera palabra que pronunció de su comision, la despidió con mas calor que acostumbraba á hacerlo en semejantes ocasiones. Esta vez fué tan violento el desaire que Carolina espresó su sentimiento á su protegido, pero le declaró era la última negociacion de aquel género que intentaba cerca de su augusto esposo, y que si sentia decididamente una vocacion invencible á ser marqués, le aconsejaba buscase algun otro conducto mas seguro que el suyo para conseguir su marquesado.

Nada habia que contestar: la reina habia hecho todo lo que podia. El pobre Soval no conservó ningun resentimiento por su derrota; antes al contrario, continuó prestándola sus habituales servicios; solo que entonces repartia su tiempo entre ella y el embajador de Inglaterra. Tenia éste en aquella época una gran influencia en Sicilia, y Soval esperaba obtener por su medio lo que no habia podido obtener por el de la reina. Por su parte, ésta no se mortificó ocupando solo la mitad del tiempo de su protegido; y aun se decia que ella misma le habia dado el consejo de obrar asi.

Sin embargo, á pesar de aquel aumento de trabajo y aquel esceso de adhesion, el aspirante á marqués estaba muy distante del tan deseado objeto; seis años pasaron sin que sir W. A'Court, embajador de Inglaterra, pudiese obtener nada del soberano cerca del cual estaba acreditado. Por fin llegó 1815.

Fué esta la época de la segunda restauracion. La Inglaterra habia hecho los gastos para ella: pero la Inglaterra no hace nada solo por hacer, como se sabe; en consecuencia, en cuanto Fernando volvió á entrar en su fidelísima ciudad de Nápoles, que ha conservado ese título á pesar de sus veinte y seis revueltas, tanto contra sus vireyes como contra sus reyes, la Inglaterra presentó sus cuentas por el intermedio de su embajador. Sir W. A'Court aprovechó aquella ocasion, y en el artículo de títulos, gracias y condecoraciones, intercaló, esperando que solo el total llamaria la atencion del rey y que despreciaria los pormenores, esta línea escrita con una letra casi imperceptible:

El caballero de Soval será nombrado marqués.

Pero el instinto tiene ojos de lince. Su magestad napolitana, que como se sabe, tenia horror á los espedientes, memorias, cartas, etc., y que firmaba ordinariamente todo lo que se le presentaba sin leer nada, olfateó, en el total de las cuentas que le presentaba la Gran Bretaña, un olor de rompimiento que le subió á la cabeza. Investigaba de donde podria venir, y como un sabueso constante en la pista, dió precisamente en el artículo concerniente al pobre Soval.

Desgraciadamente no habia ahora medio de negarse; pero quiso Fernando, puesto que se le violentaba, que la concesion del futuro marquesado llevase en sí misma la protesta de la violencia. En consecuencia, debajo de la palabra *concedido*, escribió de su propio puño:

«Pero únicamente para dar una prueba de la gran consideracion que merece al rey de Nápoles su alto y poderoso aliado el rey de la Gran Bretaña.»

Luego firmó, y por aquella vez no con el sello en forma de garra, sino con su pluma; por lo que, y por el temblor que agitaba su mano, la firma del título era casi indescifrable.

Mas no importa, legible ó no, la firma estaba echada, y al fin Soval era—marqués de Soval.

El hijo del pobre colono Neodad pensó volverse loco de alegría al oir aquella noticia: poco le faltó para que corriese en camisa por las calles de Nápoles, como dos mil años antes lo habia hecho su compatriota Arquímedes por las calles de Siracusa. Durante los tres primeros dias abrazó sin misericordia á todo el que encontraba en su camino. No habia ya para el afortunado Soval ni amigo ni enemigo: llevaba la creacion entera en su corazon. Como Jacobo Ortis hubiera querido derramar flores sobre la cabeza de todos los hombres.

A su parecer, ya nada habia que desear; no tenia mas, pensaba, que presentarse con su nuevo título á todas las puertas de Nápoles, y todas se le abrian. Efectivamente, todas las puertas se le abrieron escepto una sola. Esta puerta era la del real palacio, á que hacia veinte años llamaba el desgraciado.

Felizmente el marqués de Soval, como se ha podido ver en el curso de esta narracion, no desmayaba fácilmente; colocó la nueva

afrenta que acababa de recibir al lado de las que de antiguo habia recibido, hizo trabajar á su imaginacion para encontrar un medio de entrar aunque no fuese mas que una sola vez en su vida, en aquel bienaventurado palacio que era el eden aristocrático al que habia dirigido su vista sin cesar.

El carnaval del año de gracia de 1816 pareció llegar espresamente para proporcionarle aquella ocasion. El nuevo marqués, que gracias al señalado favor con que le honraba la reina, habia trabado amistad con lo mas selecto de la aristocracia de los dos reinos, propuso á muchos jóvenes de Nápoles y Palermo ejecutar una corrida de caballos bajo los balcones del real palacio; la proposicion tuvo el mas grande éxito, y el que habia ideado la diversion recibió la mision de organizarla.

La corrida fué espléndida, todos á porfia habian trabajado por sobresalir en magnificencia, y todo Nápoles quiso presenciarlo. Solo una persona á quien no le fué posible decidirse á aproximarse á su balcon: esta persona era el rey.

S. M. napolitana habia sabido que el director en cuestion de los ejercicios olímpicos era el marqués de Soval, y no habia querido ver la corrida por no ver al marqués.

Otro que nuestro héroe se hubiera considerado derrotado, mas él no lo pensó así, era un mozo que, semejante al zorro de La Fontaine tenia mas de un pliegue en su alforja: resolvió poner á su antagonista real en un aprieto.

La noche del dia en que se verificó la corrida, habia baile de trages en palacio. La corrida de caballos no habia sido ideada mas que con el objeto de proporcionar una esquela de convite á su inventor. No habiendo logrado el objeto, puesto que ejecutados los ejercicios de equitacion no habia aparecido la esquela, propuso el marqués á sus compañeros enviar una comision al rey para suplicarle concediese á *todos* los actores de la mascarada el permiso de ejecutar en el baile de palacio y á pie la danza que habian ejecutado por la mañana en la plaza y á caballo. Como todos los compañeros del marqués tenian entrada en palacio y habian sido convidados al régio sarao, no vieron ningun inconveniente en la proposicion, y nombraron una comision para que fuera á hacerlo presente al rey. Bien hubiera querido el marqués formar parte de aquella comision; pero desgraciadamente, y para evitar las susceptibilidades y envidias que no dejan de suscitarse en tales casos, se decidió que la suerte designaria los cuatro embajadores. Nuestro héroe se hallaba en su dia desgraciado: quedó su nombre en el fondo del sombrero, por mas ferviente que fuese su plegaria mental para que saliera. Presentáronse los cuatro elegidos á la puerta del palacio, la que les fué abierta al instante, y simplemente con oir sus nombres y cualidades, fueron introducidos ante el rey Fernando, á quien espusieron el objeto de su visita. Fernando vió de donde venia el golpe; pero como hemos dicho, era un verdadero San Jorge en el parar.

—Señores, dijo, todos aquellos de entre vosotros á quienes su nacimiento da libre acceso á nuestra morada, podrán venir á ella esta noche, sea con su trage de la mascarada, sea con otro cualquiera que mejor les convenga.

La respuesta era clara; así fué trasmitida directamente á su destino. El pobre marqués vió que era un partido decidido, y que por diestro y constante que fuese, tenia que habérselas con uno mas astuto y mas tenaz que él. Decayó su ánimo, y desde aquel momento no hizo ninguna tentativa para vencer la repugnancia que sentia el rey hácia él. Esta repugnancia del rey de los lazzaroni no provenia de la profesion que habia ejercido el pobre marqués, sino de la inferioridad social en que habia nacido.

Por lo demás, si el rey Nasone tenia su croquemten (coco), á quien no queria ver ni cerca ni lejos, en cambio tenia su joccrise (Gedeon), sin el que no podia pasarse.

Este joccrise era monseñor Perelli.

XIII.

ANÉCDOTAS.

En cada pais existe un ente que reasume una sola individualidad: la tontuna general esparcida en la nacion. Milan tiene á Girolamo, Roma á Casandra, Florencia á Stentarelle, Nápoles á monseñor Perelli.

Monseñor Perelli es el depósito de todas las tontunas dichas y hechas en Nápoles durante la última mitad del último siglo. En los cincuenta años que ha vivido, monseñor Perelli ha hecho el gasto de gestos, anécdotas y equívocos en la capital de la provincia, y en los cuarenta años siguientes al fallecimiento de monseñor Perelli, no habiéndose encontrado persona digna de reemplazarle, á él es á quien se ha continuado atribuyendo todo lo mejor que se ha dicho en este género.

Monseñor Perelli, como lo indica su título, habia seguido la carrera de la prelacía, y conseguido llegar hasta las medias moradas, lo cual es una posicion en Italia; luego, como en último resultado era de una probidad reconocida, habia sido nombrado tesorero de San Genaro; empleo que, aparte de sus sandeces, ocupó honradamente toda su vida.

Monseñor Perelli era de buena familia. Así que, como hemos dicho, era perfectamente

recibido en la córte; preciso es decir, que á los ojos del rey Fernando, como á los de Luis XIV, si un hombre hubiera podido pasarse sin abuelos, hubiera sido un sacerdote. El papa, soberano temporal de Roma, rey espiritual del mundo, frecuentemente no ha sido mas que un pobre fraile. Pero aquí no se trataba de eso. Monseñor Perelli era noble, y el rey Nasone ni siquiera habia tenido que tomarse el trabajo de vencer con respecto á él las repugnancias que hemos referido con el pobre marqués de Soval.

Ademas, S. M. napolitana, espiritual y burlona por naturaleza, habia conocido al primer golpe de vista el partido que podia sacar de un hombre como monseñor Perelli. Como el *Charivari*, que todas las mañanas da cuenta de un nuevo dicho célebre del caballero Dupin, y de una nueva y aguda respuesta del caballero Sauzet, el rey Fernando preguntaba todas las mañanas al levantarse:—¡Y bien! ¿qué ha dicho ayer monseñor Perelli? Entonces, segun que la anécdota de la víspera era mas ó menos graciosa, permanecia el rey el resto del dia mas ó menos alegre. Una relacion chistosa referente á monseñor Perelli era la mejor recomendacion presentada al rey Fernando.

Solo una vez le sucedió á monseñor Perelli encontrar otro mas estúpido que él: era un soldado suizo. El rey Fernando le hizo cabo; entiéndase bien, al soldado.

Habia dado el arzobispo órden de que no se dejara entrar en las iglesias mas que á los eclesiásticos que fueran de manteos, y se habian colocado centinelas en las puertas de trescientos templos de Nápoles, con órden de hacer observar aquella consigna. Precisamente la mañana misma del dia en que se habia tomado aquella medida, monseñor Perelli salia del baño de paisano, sin llevar mas que el alza-cuello que le distinguiese de los legos; sea que ignorase la órden dada, sea que se creyese esceptuado de la regla general, se presentó con la confianza que le era natural á la puerta de la iglesia del Carmine.

El centinela atravesó en ella su fusil.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó monseñor Perelli.

—No podeis entrar, respondió el centinela.

—¿Y por qué no puedo entrar?

—Porque no teneis manteo.

—¡Cómo! esclamó monseñor Perelli, ¡cómo! ¡no tengo manteo! ¿qué decís? tengo cuatro en mi casa, y dos completamente nuevos.

—Entonces es otra cosa, respondió el suizo; pasad.

Y monseñor Perelli pasó á pesar de la órden.

Monseñor Perelli obtuvo un dia otro triunfo que no hizo menos ruido que este. Con una sola palabra ilustró un punto difícil de historia natural que habia permanecido oscuro desde las primeras edades.

Celebrábase una reunion de sabios en los Estudi, y se discutia bajo la presidencia del marqués de Arditi, acerca de las causas de la salobridad del mar. Habia cada uno espuesto su opinion mas ó menos probable, pero ninguna tenia bastante lucidez para que fuese adoptada por la mayoría, cuando monseñor Perelli, que asistia como oyente á aquella interesante sesion, se levantó y pidió la palabra. Fuéle concedida al punto sin dificultad.

—Perdonad, señores, dijo entonces monseñor Perelli, mas me parece que os alejais de la verdadera causa de ese fenómeno, la cual, á mi parecer es patente. ¿Os dignais permitirme aventurar una opinion?

—Decid, monseñor, decid, gritaron de todas partes.

—Señores, continuó monseñor Perelli, una pregunta tan sola.

—Hablad.

—¿De donde se sacan los arenques salados?

—Del mar.

—¿No se dice en historia natural que ese cetáceo se encuentra en los mares y casi siempre en bandadas numerosas?

—Es verdad.

—Pues bien, añadió monseñor Perelli satisfecho con la aprobacion general, ¿qué necesidad teneis de ir mas lejos?

—Justamente, dijo el marqués de Arditi. Ninguno de nosotros habia pensado en ello: los arenques salados son los que salan el mar.

Y aquella luminosa revelacion se inscribió en los registros de la Academia, donde todavia puede verse hoy, por mas que acaso haya sido yo el primero que la ha comunicado al mundo científico.

El rey Fernando, en el bautizo de su hijo primogénito, hizo un regalo de mas ó menos valor á cada uno de los asistentes á la santa ceremonia. A monseñor Perelli le tocó en aquella distribucion general una caja de oro para tabaco con la cifra del rey hecha de diamantes.

Compréndese que semejante prueba de la magnífica amistad de un rey, debia ser sumamente apreciada de monseñor Perelli. Así que la dichosa caja era el objeto de su contínua preocupacion. Siempre estaba persiguiéndola de los bolsillos de su chaleco á los de su manteo, y de los de su manteo á los de su chaleco. Un matemático ilustrado calculó, procediendo de lo conocido á lo desconocido, que monseñor Perelli gastaba entre el dia y la noche cuatro horas, treinta y cinco minutos y veinte y tres segundos en buscar aquella preciosa alhaja; ahora bien; como durante las cuatro horas, treinta y cinco minutos y veinte y tres segundos que empleaba entre el dia y la noche en aquella pesquisa, monseñor, como él mismo decia, no vivia, eran otros tantos segundos, minutos y horas que habia que restar de su existencia. Resultaba de aquí, hecha la cuenta, que monseñor Perelli hubiera vivido diez años mas si el rey Fernando no le hubiese dado una caja de tabaco.

Una noche que monseñor Perelli habia ido á hacer la partida de revesino á casa del príncipe de C..., y que segun su costumbre, habia empleado el digno prelado gran parte del tiempo en molestarse por su caja de tabaco, sucedió que al entrar de vuelta en su casa y registrando sus bolsillos, vió monseñor que la alhaja habia desaparecido realmente aquella vez. La primera idea de monseñor Perelli fué que la caja se le habia quedado en el carruage. Llamó, pues, á su cochero, le mandó registrase las bolsas del coche, levantase los almohadones, sacudiera la alfombra, en fin, que hiciera las mas minuciosas pesquisas. Obedeció el cochero; pero cinco minutos despues volvió á dar la desconsoladora noticia de que la caja no estaba en el carruage.

Calculó entonces monseñor Perelli que habiendo llevado sin echar los cristales del coche, y habiendo sacado muchas veces las manos por las portezuelas, acaso en un momento de distraccion podia haber dejado caer su caja, en cuyo caso debia encontrarse en el camino que habia seguido monseñor Perelli para volver á su casa desde el palacio del príncipe de C... Felizmente eran las dos de la madrugada, y era por tanto probable que la joya perdida no hubiese sido todavía hallada por nadie. Mandó monseñor Perelli á su cochero y á su cocinera, únicos que componian su familia, cogiese cada uno una linterna y fueran viendo en las calles intermedias piedra por piedra.

Los dos domésticos volvieron desesperados: no habian hallado ni vestigios de caja.

Decidióse entonces monseñor Perelli, á pesar de ser las tres de la madrugada, á escribir al príncipe de C... para que mandase inmediatamente buscar por todo su palacio la alhaja cuya falta causaba al digno prelado tan graves inquietudes. La carta era apremiante y tal como pudiera redactarla un hombre bajo la impresion del mas vivo sobresalto. Monseñor Perelli se escusaba con el príncipe de despertarle á semejante hora, pero le suplicaba se pusiera por un momento en su lugar y le perdonase el trastorno que le causaba.

Ya estaba la carta escrita, firmada, y nada le faltaba mas que cerrarla, cuando al levantarse para ir á buscar su sello, sintió monseñor Perelli una cosa de peso que le daba en el muslo. Y como el docto prelado sabia que no hay en este mundo efecto sin causa, quiso remontarse á la causa del efecto, y llevó la mano al bolsillo del faldon de su casaca: era la famosa caja, que habiendo roto el bolsillo por su peso, se metió en el forro, y daba señal de su existencia sacudiendo el muslo de su propietario.

La alegría de monseñor Perelli fué grande. Sin embargo, preciso es decirlo, si su primer pensamiento le habia dedicado á sí mismo, el segundo fué para su prójimo: se estremeció á la idea de la alarma que su carta hubiera podido causar á su amigo el príncipe de C..., y para atenuar el efecto de ella, escribió debajo el siguiente *post scriptum*:

«Mi querido príncipe: vuelvo á abrir mi carta para deciros que no os tomeis la molestia de mandar buscar mi caja. Acabo de encontrarla en el bolsillo del faldon de mi casaca.»

En seguida entregó la epístola á su cochero, mandándole la llevase en el mismo instante al príncipe de C..., á quien sus criados despertaron á las cuatro de la madrugada para entregarle de parte de monseñor Perelli el mensage en que le participaba habia perdido y vuelto á encontrar su caja.

No obstante, monseñor Perelli llevaba una ventaja á muchas gentes que conozco; era un tonto y no un necio; tenia cierta conciencia de su debilidad de imaginacion, por lo que siempre estaba deseando instruirse. Habiendo oido decir una noche al conde de... que á la hora del *Ave María* era dañoso permanecer á la intemperie porque en aquella hora caia el crepúsculo, la observacion higiénica se le quedó fija en el cerebro y le preocupó estraordinariamente. Monseñor Perelli jamás habia visto caer el crepúsculo, é ignoraba completamente qué especie de cosa era.

Por espacio de muchos dias tuvo tentaciones de preguntar á sus amigos algunas noticias sobre el objeto en cuestion; pero el pobre prelado estaba tan acostumbrado á las burlas que casi siempre provocaban sus preguntas y respuestas, que cuando la curiosidad le abria la boca, el temor se la cerraba. Al fin un dia que su cochero le servia á la mesa.

—Gaetan, amigo mio, le dijo, ¿has visto tú caer alguna vez el crepúsculo?

—¡Oh! si, monseñor, respondió el pobre diablo, á quien como se comprende, en veinte y cinco años que llevaba de cochero no le habria faltado semejante manda: ciertamente que lo he visto.

—¿Y por dónde cae?

—Por todas partes, monseñor.

—¿Pero mas particularmente?

—¡Toma! orilla del mar.

El prelado no respondió, pero quiso aprovecharse de la noticia, y antes de echarse la siesta mandó que los caballos estuviesen enganchados á las seis en punto.

A la hora prevenida, fué Gaetan á prevenir á su señor que el carruage estaba dispuesto. Monseñor Perelli bajó de cuatro en cuatro los escalones, tanto escitaba su curiosidad la cosa desconocida que iba á ver, entró en su carruage, se acomodó en él á satisfaccion y dió órden de ir á estacionarse al estremo de la Vila Real entre el Boscheto y la Mergellina.

Permaneció monseñor Perelli en el sitio indicado desde las siete hasta las nueve, haciéndose todo ojos por ver caer aquel crepús-

culo tan deseado; pero nada vió mas que la noche que avanzaba con esa rapidez peculiar de los climas meridionales. A las nueve era ya tan cerrada que monseñor Perelli perdió completamente la esperanza de ver caer nada aquella noche. Por otra parte la hora indicada habia pasado largo tiempo hacia. Volvióse, pues, muy triste á casa; pero se consoló pensando que probablemente seria mas feliz al dia siguiente.

Llegado éste, á la misma hora, la misma espera y el mismo desengaño; pero monseñor Perelli tenia entre otras virtudes cristianas una paciencia desarrollada en alto grado; esperaba, pues, que su curiosidad burlada ya dos veces se veria al fin satisfecha á la tercera.

Gaetan sin embargo, no comprendia absolutamente el nuevo capricho de su señor, quien en lugar de pasar la noche, como tenia costumbre de hacerlo, en casa del príncipe de C... ó en la del duque de N...., iba á situarse orilla del mar, y sacando la cabeza por la portezuela permanecia en aquella postura, prestando atencion como si hubiese estado en su palco de San Cárlos un dia de gran gala; por otra parte, Gaetan no era ya un jóven y temia afectase su salud la humedad de la noche de que no tenia nada que le librase sentado en el pescante. Al tercer dia resolvió aclarar la causa de aquellas paradas desacostumbradas. En consecuencia, en el momento en que empezaba á sonar el toque del *Ave María*:

—Perdonad, escelencia, dijo, inclinándose de modo que pudiera dialogar mas fácilmente con monseñor Perelli, quien se mantenia á la portezuela con los ojos sumamente abiertos; ¿se puede sin indiscrecion preguntar á su escelencia qué espera en esa postura?

—Amigo mio, contestó el prelado, espero á que el crepúsculo caiga; ayer y antes de ayer esperé inútilmente: no lo he visto á pesar de la grande atencion que he fijado en ello; pero hoy espero ser mas feliz.

—¡Diantre! dijo Gaetan, pues sin embargo ha caido, y muy bien que ha caido, escelencia, ¡puedo asegurároslo!

—¡Cómo! ¿pues qué, lo has visto tú?

—¡No solo lo he visto, sino que lo he sentido!

—¿Pues qué tambien se siente?

—¡Ya lo creo que siente!

—Es singular, yo ni lo he visto, ni lo he sentido.

—Mirad, en este mismo momento.....

—¿Qué?

—¡Qué! ¿no lo veis, escelencia?

—No.

—¿Quereis sentirlo?

—No te negaré que seria muy de mi agrado.

—Entonces, volved á meter la cabeza completamente dentro del carruage.

—Héme ya dentro.

—Ahora sacad la mano fuera de la portezuela.

—Ya estoy.

—Mas alto. Aun mas. Asi, está bien.

Gaetan cogió su látigo y descargó un golpe terrible en la mano de monseñor Perelli.

El digno prelado exhaló un grito de dolor.

—¡Qué tal! ¿lo habeis sentido? preguntó Gaetan.

—Si, si, perfectamente, respondió monseñor Perelli. Perfectamente; estoy contento, muy contento. Volvámonos á casa.

—Sin embargo, escelencia, si no estuviéseis satisfecho, añadió Gaetan, podríamos volver todavía mañana.

—No, amigo mio, no, es inútil; lo estoy bastante. Gracias.

Monseñor llevó ocho dias su mano en cabestrillo, refiriendo á todo el mundo su aventura, y asegurando que á pesar de las primeras dudas que se le ofrecieron, era al fin de la opinion del conde de M..., que habia dicho no era sano permanecer fuera de casa mientras caia el crepúsculo, añadiendo que si le hubiese caido el crepúsculo en la cara como le habia caido en la mano, á no dudarlo hubiese quedado desfigurado el resto de su vida.

A pesar de su fabulosa tontería, y acaso precisamente por ella, tenia monseñor Perelli el alma mas evangélica que es imposible encontrar. Todo dolor lo veia compasivo, toda súplica, le encontraba accesible. Lo que temia especialmente era el escándalo; el escándalo, segun él, habia perdido mas almas que el pecado mismo. Asi que hacia todos los esfuerzos imaginables por evitar el escándalo. Y no por él; á Dios gracias, monseñor Perelli era un hombre de costumbres, no solo puras, sino aun austeras. Desgraciadamente el buen ejemplo no es el que se sigue con mas celo. Monseñor Perelli tenia en su misma vecindad una jóven, y en la casa frente á la suya un jóven que daban mucho que hablar á todo el barrio. Hacianse durante el dia de uno á otro balcon las mas tiernas demostraciones, tanto que muchas veces las almas caritativas de la misma calle en que habitaba monseñor Perelli fueron á advertirle las distracciones mundanas que ocasionaban á los que tenian un carácter reservado, aquel eterno cambio de amorosas señas.

Monseñor Perelli comenzó por suplicar á Dios hiciese que cesase el escándalo; pero á pesar del ardor de sus súplicas, lejos de cesar el escándalo, iba siempre en aumento. Informóse entonces de los motivos que obligaban á los dos jóvenes á pasar en aquel ejercicio telegráfico un tiempo que podian emplear infinitamente mejor alabando al Señor, y supo que los culpables eran dos enamorados á quienes sus padres se negaban á enlazar bajo el pretesto de la desproporcion de fortu-

na. Desde entonces al sentimiento de desaprobacion que le inspiraba su conducta se mezcló cierta dósis de piedad á que le inducia su desventura; fué á verlos uno despues de otro para consolarlos, pero los pobres jóvenes estaban inconsolables; quiso le prometiesen resignarse con su suerte, como debian hacer los cristianos dóciles y respetuosos hijos; pero declararon que el género de correspondencia que habian adoptado era el único que les quedaba despues de la cruel separacion, y que no renunciarian á él por nada de este mundo, aunque diesen que hablar á toda la ciudad de Nápoles. Monseñor Perelli rogó, suplicó, amenazó, mas los encontró irreducibles en su obstinacion. Entonces, viendo que si no se mezclaba mas eficazmente, continuarian siendo para su prójimo los dos desgraciados pecadores, una piedra de escándalo, les ofreció el digno prelado, puesto que no podian verse en sus casas para decirse, lejos de todas las miradas, lo que se veian obligados á decirse asi, *coram populo*, que se vieran en su casa una ó dos horas todos los dias, á condicion de que las puertas y balcones de la habitacion donde estuviesen se mantendrian cerrados, que nadie sabria sus citas, y que renunciarian completamente á aquella desgraciada correspondencia por señas que hacia murmurar á todo el barrio. Los jóvenes aceptaron con reconocimiento aquella evangélica proposicion, juraron todo lo que monseñor Perelli quiso que jurasen, y con grande edificacion del barrio, desde aquel dia, pareció que habian renunciado á su fatal empeño.

Pasáronse muchos meses, durante los que monseñor Perelli se felicitaba cada dia mas por el espediente ingenioso que habia ideado con respecto á los dos amantes, cuando una mañana, en el momento que daba gracias á Dios por haberle inspirado tan feliz idea, los padres de la jóven se presentaron en casa de monseñor Perelli para pedirle cuenta de su escesiva caridad cristiana. Unicamente entonces comprendió monseñor Perelli toda la importancia del papel que habia representado en aquel negocio. Pero como monseñor Perelli era rico, como monseñor Perelli era la bondad personificada, como todo podia arreglarse en último resultado con una tontería de dos ó tres mil ducados, monseñor Perelli dotó á la jóven pecadora con gran satisfaccion del padre del jóven, de parte de quien provenia todo el impedimento, y que desde entonces ya no vió ningun inconveniente en recibirla en su familia. La cosa, gracias á monseñor Perelli, concluyó, pues, como un cuento de hadas: los dos amantes se casaron, fueron constantemente dichosos, y obtuvieron del cielo muchos hijos.

Aun pudiera referir una historia, que hoy todavia ahuyenta la melancolía de los napolitanos; pero el carácter de las naciones es cosa tan diferente, que nunca se puede asegurar que lo que hace reir á una, no haga enfurecer á la otra. Conducid á Falsaff á Nápoles y nadie le comprenderá; trasplantad al polichinela á Lóndres, y se morirá de spleen.

Y ademas, tenemos nosotros un desventurado idioma moderno tan impertinente, que enrojece por todo, aun de su buen abuelo el lenguage de Moliere y de Saint Simon, al que desearia sin embargo se pareciese. Resulta de aquí que, bien pesado todo, no me atrevo á referiros la historia de monseñor Perelli, la que hizo reir tanto al buen rey Nasone, quien de seguro tenia por lo menos tanto ingenio como vosotros y yo podamos tener separadamente ó unidos. Y sin embargo, se la habia referido cierto dia en que se necesitaba nada menos que semejante historia para desarrugar la frente de S. M. Se acababa de saber en Nápoles una nueva fechoría de los Vardarelli.

Como estos honrados bandidos me ofrecen ocasion de hacer conocer el pueblo napolitano bajo un nuevo aspecto, y no debe despreciarse en un cuadro ninguno de los detalles que puedan aumentar la verdad ó el efecto, digamos lo que eran los Vardarelli.

XIV.

LOS VARDARELLI.

Es el pueblo por lo general, en manos de los reyes, lo que un cuchillo muy afilado en las manos de los niños: es raro que se sirvan de ellos sin herirse. La reina Lucía de Prusia, organizó las sociedades secretas: las sociedades secretas produjeron á Sand. La reina Carolina protegió el carbonarismo: el carbonarismo trajo la revolucion de 1820

En el número de los primeros carbonari admitidos se hallaba un calabrés llamado Gaëtano Vardarelli. Era uno de esos hombres que cantó Homero con todas las cualidades de la naturaleza primitiva, musculatura de leon, piernas de gamo, vista de águila. Primero habia servido á Murat, porque Murat, para el proyecto que por un instante concibió de hacerse rey de toda la Italia, habia calculado que el carbonarismo seria para él una poderosa palanca; pero conociendo muy pronto que se necesitaba otro brazo y otro génio que el suyo para dar direccion á semejante motor, Murat, de protector que era de los carbonari, se hizo al momento su perseguidor. Entonces Gaëtano Vardarelli desertó y se retiró á la Calabria, á lo mas recóndito de sus entrañas maternas, donde creia que ningun poder humano se atreveria á perseguirle.

Vardarelli se engañaba: tenia á la sazon

Murat entre sus generales un hombre de una bravura inaudita, de una perseverancia estóica, de una inflexibilidad suprema; un hombre como esos que Dios envia para destruir las cosas ó ensalzarlas: este hombre era el general Manhes.

Recorred la Calabria desde Reggio á Pestum: cualquier individuo que posea un palmo de terreno y un peso duro, os dirá que el pacífico goce de ese palmo de terreno y ese peso duro, lo debe al general Manhes. En cambio, el que nada posee, ó desea poseer lo de otros, mira al general Manhes con ódio.

Vióse, pues, Vardarelli obligado como los demas á encontrarse bajo la mano de hierro del terrible procónsul. Ojeado de valle en valle, de bosque en bosque, de montaña en montaña, retrocedió palmo á palmo, pero al fin retrocedió; hasta que un dia, acorralado en Scylla, se vió obligado á atravesar el estrecho é ir á ponerse al servicio del rey Fernando.

Vardarelli tenia veinte y seis años; era corpulento, robusto, valiente. Comprendióse al punto que no era de despreciar semejante hombre, y se le hizo sargento de la guardia siciliana. Con este grado y esta posicion volvió á entrar Vardarelli en Nápoles en 1815 acompañando al rey Fernando.

Pero era una posicion muy secundaria la de sargento para un hombre del carácter de Gaëtano Vardarelli. Toda su esperanza, continuando la carrera militar, era de llegar al grado de subteniente; y ese porvenir no le hubiera aceptado el ambicioso jóven, ni aun como su único recurso.

Despues de haber titubeado algun tiempo, hizo lo que ya habia hecho antes; desertó del servicio del rey Fernando, como habia desertado del rey Joaquin, y la segunda como la primera vez, huyó á la Calabria, sintiendo como antes acrecerse sus fuerzas cada vez que tocaba á su madre.

Una vez alli, hizo un antiguo llamamiento á sus antiguos camaradas. Dos hermanos suyos, y unos treinta bandidos errantes y dispersos respondieron á él. La pequeña partida reunida eligió á Gaëtano Vardarelli por su gefe, comprometiéndose á obedecerle pasivamente, y reconociéndole sobre todos el derecho de vida y muerte. De esclavo que era en la ciudad Vardarelli se encontró rey en la montaña, y rey tanto mas terrible cuanto que el terrible general Manhes, no estaba ya alli para destronarle.

Vardarelli procedió segun sus antiguas mañas, debido á las que han hecho siempre los bandidos tan buenos negocios en Calabria y en la ópera cómica; es decir, se proclamó el gran regularizador de las cosas de este mundo, y uniendo el hecho á las palabras, comenzó la nivelacion social, que era su sueño, completando lo necesario para los pobres con lo supérfluo que despojaba á los ricos. Aunque este sistema sea muy conocido, preciso es decir que jamás se gasta: resultó, pues, que al nombre de Vardarelli, se unió una popularidad y un terror, gracias á lo que no tardó en ser conocido del mismo rey Fernando.

Este, que acababa de haber sido reintegrado en su trono, creia naturalmente que el mundo no podia estar mejor organizado, y miraba bastante mal á todo reformador que intentase tallar en el globo una nueva faceta; consecuencia de esta opinion muy antigua en él, le pareció simplemente Vardarelli un bandido, á quien era preciso ahorcar, y á quien mandó ahorcasen.

Pero para ahorcar á un hombre, son necesarias tres cosas: una cuerda, una horca y un ahorcado. En cuanto á verdugo, inútil es inquietarse por ello, porque se encuentra siempre y en todas partes.

Los agentes del rey tenian la cuerda y la horca, y estaban casi seguros de encontrar el verdugo; pero les faltaba lo principal: el hombre á quien debian ahorcar.

Pusiéronse á perseguir á Vardarelli; pero como sabia este perfectamente el objeto filantrópico para que se le buscaba, tuvo buen cuidado de no dejarse coger. Ademas, como habia adquirido su instruccion en tiempo del general Manhes, era un mocito que conocia perfectamente su juego para no ser visto. Dió, pues, mucho que hacer á las tropas napolitanas, no hallándose jamás donde esperaban encontrarle; presentándose en todas partes donde no se le esperaba, escapándose como vapor, y volviendo como una tormenta.

Nada proporciona tan buenos resultados, como un éxito feliz. El triunfo es el iman moral que todo lo atrae. La compañía de Vardarelli, que al principio no contaba mas que veinte y cinco ó treinta personas, no tardó mucho en duplicarse. Vardarelli llegó á ser una potencia.

Fué esta una razon mas para desbaratarle: hiciéronse contra él planes de campaña, se duplicaron las tropas enviadas en su persecucion, pusieron precio á su cabeza: todo fué inútil; tanto hubiera valido incluir en el edicto de proscripcion al águila y al gamo, sus compañeros de independencia y libertad.

A pesar de eso, cada dia se oia referir una nueva proeza que demostraba mayor astucia en el fugitivo ó un esceso de audacia. Llegaba á dos ó tres leguas de Nápoles, como para mofarse del gobierno. En una ocasion organizó una cacería en el bosque de Persano como hubiera podido hacerlo el mismo rey, y como era éste escelente tirador, preguntó despues á los guardas, á quienes habia obligado á seguirle y auxiliarle, si habian visto á su augusto amo disparar mejores tiros que él.

Otra vez eran los que cazaban el príncipe de Lesorano, el coronel Calcedonio Casella, y el mayor del Ponte, con otros diez oficiales y unos veinte lanceros, en un bosque á pocas leguas de Bari, cuando de repente resonó el

grito de: ¡*Vardarelli, Vardarelli*! Al punto huyeron todos precipitadamente, y en la direccion en que se encontraban. Bueno fué para los cazadores huir de aquel modo, porque de otro hubiesen sido cogidos todos, al paso que gracias á la velocidad de sus caballos, habituados á correr los ciervos, uno solo cayó entre las manos de los bandidos.

Fué este el mayor del Ponte: los bandidos estaban de desgracia; habian hecho prisionero á uno de los mas bravos, pero tambien de los oficiales mas pobres del ejército napolitano. Cuando Vardarelli pidió al mayor del Ponte mil ducados de rescate para indemnizarse de los gastos de la espedicion, el mayor del Ponte le contestó diciendo que le desafiaba á hacerle pagar un maravedí. Vardarelli amenazó á del Ponte con hacerle fusilar si no entregaba la cantidad en la época que fijó. Pero del Ponte le respondió que era tiempo perdido todo el que se esperase, y que si queria seguir su consejo le mandara fusilar en el acto. Vardarelli tuvo un instante intencion de hacerlo; pero pensó que si del Ponte regateaba su vida, Fernando debia tener con mas razon interés en conservarla. En efecto, apenas supo el rey que el bravo mayor habia caido en manos de los bandidos, mandó pagar su rescate con su propio peculio.

En consecuencia anunció Vardarelli un dia al mayor del Ponte, que habiendo sido abonado exacta y religiosamente su rescate, estaba en completa libertad para abandonar la compañía y dirigirse al sitio de la tierra que fuese mas de su agrado. No comprendia el mayor del Ponte cuál pudiese ser la mano generosa que le libertaba; mas como cualquiera que fuese, estaba muy dispuesto á aprovecharse de su liberalidad, pidió su caballo y su sable, que le fueron entregados, montó con completa calma, y se alejó al paso silbando una cancion de caza, sin dejar que su caballo avivase el paso; hasta tal punto queria evitar se pudiera suponer que tuviera miedo. Pero el rey, aunque se habia mostrado espléndido con el mayor, no dejó por eso de jurar el esterminio de los bandidos que le habian obligado á tratar con ellos de potencia á potencia. Un coronel, no sé quien fué, que le habia oido el juramento, hizo á su vez el suyo de traer á Vardarelli, á sus dos hermanos y á los sesenta hombres que componian su compañía, atados de pies y manos á los calabozos de la Vicaría, si se le queria entregar un batallon. El ofrecimiento era demasiado seductor para que no se aceptase; el ministro de la Guerra puso quinientos hombres á disposicion del coronel, y el coronel y su destacamento se lanzaron á la persecucion de Vardarelli y sus camaradas.

Vardarelli contaba con espías demasiado adictos para no ser prevenido á tiempo de la espedicion que se organizaba. Hay mas todavía: al saber aquella noticia, tambien él habia hecho un juramento; el de quitar la gana para siempre al coronel que tan aventuradamente se habia dedicado á perseguirle, de un segundo arranque patriótico de la especie del primero.

Comenzó, pues, á hacer correr al pobre coronel por montes y valles, hasta que él y su tropa estuviesen cansados; despues, cuando los vió ya en la disposicion que deseaba, hizo que les diesen un dia á las dos de la madrugada un falso aviso; el coronel tomó la noticia como oro en barra, y partió al instante mismo á fin de sorprender á Vardarelli, que le habian asegurado que estaba con su compañía en una pequeña aldea situada á la estremidad de una garganta tan estrecha, que apenas podian pasar por ella cuatro hombres de frente. Algunas almas caritativas que conocian las localidades, hicieron oficiosamente al bravo coronel algunas observaciones; pero tan exasperado estaba, que no quiso oir nada, y partió diez minutos despues de haber recibido el aviso.

Con tal diligencia caminó el coronel, que se tragó cerca de cuatro leguas en dos horas, de modo que al amanecer se encontró á la entrada del desfiladero al otro lado del que debia sorprender á los bandidos. Cuando llegó allá le pareció el sitio tan sumamente propicio á una emboscada, que envió veinte hombres á que esplorasen el camino, y mientras tanto hizo alto con el resto de su batallon; mas al cabo de un cuarto de hora volvieron los veinte hombres anunciando que no habian encontrado alma viviente.

Ya no vaciló, pues, el coronel, y se internó en el desfiladero con sus quinientos hombres; pero en el sitio en que se prolongaba la garganta, semejante á una especie de embudo entre dos peñascos, se oyó el grito de ¡*Vardarelli, Vardarelli*! como si cayera de las nubes, y levantando la cabeza el pobre coronel, vió las cimas de las rocas pobladas de bandidos que tenian á tiro á él y á su gente: mandó, sin embargo, se formasen en peloton; pero Vardarelli gritó con voz terrible: «Abajo las armas ó sois muertos.» En el mismo instante repitieron los bandidos la voz de su gefe, y el eco repitió el grito de los bandidos; de suerte que los soldados, que no habian hecho el mismo juramento que su coronel, y que se veian rodeados por un número tres veces mayor que el suyo, gritaron á porfía que se rendian, á pesar de las exhortaciones, súplicas y amenazas de su desventurado gefe.

Al punto Vardarelli, sin abandonar su posicion, mandó á los soldados pusiesen los fusiles en pabellon, órden que ejecutaron en el instante mismo: en seguida mandó se separasen en dos filas y se colocasen en un sitio indicado; nueva órden que obedecieron con la misma puntualidad con que habian hecho la primera maniobra. En fin, dejando á unos veinte bandidos emboscados, bajó con el resto de sus hombres, y mandándoles colocarse en círculo alrededor de los pabellones, les hizo

que pusieran las armas de sus enemigos momentáneamente fuera de estado de hacerles daño, por el mismo medio que habia empleado Gulliver para apagar el incendio del palacio de Lilliput.

La noticia de este acontecimiento era la que habia puesto al rey de tan mal humor, que se necesitaba nada menos que la nueva anécdota de que monseñor Perelli era el héroe, para hacérselo olvidar.

Compréndese que este nuevo chasco no volveria á don Gaëtano á la gracia de su gobierno. Diéronse las órdenes mas severas con respecto á él; mas no obstante, desde el dia siguiente, el rey, que era de carácter sumamente alegre para guardar rencor á Vardarelli por tan buen golpe, referia riendo á todo su sabor la aventura á quien queria oirla, de modo que como siempre hay numeroso auditorio para oir las aventuras que tienen gusto en narrar los reyes, no se atrevió el pobre coronel en tres años á poner el pie en la capital.

Pero el general que mandaba en Calabria tomó el asunto de un modo mucho mas serio que el rey. Juró que cualquiera que fuese el medio que debiera emplear, esterminaria desde el primero hasta el último de los Vardarelli. Empezó por perseguirlos sin descanso; pero como es de imaginar, aquella persecucion no fué mas que un juego para los bandidos. Viendo lo cual, el general propuso á su gefe un tratado por el que él y los suyos entrarian al servicio del gobierno. Sea que las condiciones fuesen muy ventajosas para ser rehusadas, sea que Gaëtano se cansase de aquella vida sin fin y de eterno vagar, aceptó las proposiciones que se le hacian, y el tratado se redactó en estos terminos:

«En el nombre de la Santísima Trinidad.

«Art. 1.º Se concede perdon y olvido de sus desmanes á los Vardarelli y sus compañeros.

«Art. 2.º La compañía de los Vardarelli se trasformará en compañía de gendarmes.

«Art. 3.º El sueldo del gefe Gaëtano Vardarelli será de noventa ducados mensuales; el de cada uno de sus tres tenientes de cuarenta y cinco ducados, y el de cada hombre de la compañía de treinta. Estos sueldos se pagarán al principio de mes por adelantado (1).

«Art. 4.º La susodicha compañía jurará fidelidad al rey en manos del comisario del rey; obedecerá á los generales que mandan en las provincias, y será destinada á perseguir á los malhechores en la parte del reino donde se les envie.

«Nápoles, 6 de julio de 1817.»

Estas condiciones fueron puestas en ejecucion inmediatamente por una y otra parte; los Vardarelli cambiaron de nombre y de uniforme, percibieron de antemano, como estaba convenido, el primer mes de sus asignaciones, en cambio de lo que se dedicaron á la persecucion de los bandidos que asolaban la Capitanata, no dejándoles sosiego ni descanso, conocedores como eran de todas las mañas del oficio; de tal modo, que al cabo de algun tiempo se podia ir de Nápoles á Reggio con la bolsa en la mano.

Pero no era este precisamente el objeto que se habia propuesto el general; habia contra los Vardarelli, á causa de lo acaecido con el coronel, una antigua prevencion que vino á aumentar la prontitud con que los nuevos gendarmes acababan de ejecutar, y solo en número de cincuenta ó sesenta, cosas que antes de ellos compañías, batallones, regimientos y aun cuerpos de ejército habian emprendido en vano. Resolvióse, pues, que ya que los Vardarelli habian desembarazado la Capitanata y las Calabrias de los salteadores que las infestaban, el deshacerse de todos ellos.

Pero era esto mas fácil de emprender que de ejecutar, y probablemente unidas todas las tropas que el general tenia á sus órdenes, no hubiesen podido conseguirlo, si los bandidos convertidos en gendarmes hubiesen tenido la menor sospecha de lo que contra ellos se tramaba. Pero á falta de sospechas positivas, estaban dotados de un instinto de desconfianza, que no les permitia dar la menor ocasion á sus enemigos, y se pasó mas de un año sin que encontrase el general el medio de poner en ejecucion su esterminador proyecto.

Pero el general encontró aliados en los antiguos amigos de los ex-bandidos. Un hombre de Porto-Canone, cuya hermana habia sido robada por Gaëtano Vardarelli, fué á ver al general y le refirió los motivos de ódio que tenia contra los Vardarelli, y le ofreció librarle al menos de Gaëtano Vardarelli y de sus dos hermanos. Estaba la oferta muy en consonancia con los deseos del general para que vacilase un momento en aceptarla. Prometió al que acababa de hacerle la proposicion una considerable suma de dinero; pero este, aceptando para sus compañeros, rehusó para sí, diciendo que era sangre y no oro lo que necesitaba; que en cuanto á los compañeros de quienes pensaba asociarse en aquella espedicion, se informaria de lo que pedian por ausiliarle, y daria cuenta de sus exigencias al general, el cual trataria directamente con ellos.

¿Cuáles fueron esas exigencias? Ningun historiador lo ha dicho. Lo que se dió y lo que se recibió se ignora. Lo que se sabe únicamente es, los hechos que resultaron á consecuencia de aquel contrato.

Un dia los Vardarelli, creyéndose entre amigos, descansaban llenos de confianza y de descuido en la plaza de una aldea de la Pulla, llamada Uriri. De repente, y sin que nada hubiese podido presagiar semejante agresion,

(1) Estas asignaciones correspondian á los sueldos de coroneles, de capitanes y de tenientes.

una docena de disparos partieron de una de las casas situadas en la plaza, y de aquella descarga cayeron muertos Gaëtano Vardarelli, sus dos hermanos y seis bandidos. Inmediatamente los demas, ignorando el número de enemigos con quienes tenian que habérselas, y sospechando que se veian envueltos en una vasta traicion, saltaron en sus caballos, de los que jamás se separaban, y desaparecieron en un instante como una bandada de pájaros asustados.

Inmediatamente despues de desocupada la plaza, y cuando no habia en ella mas que los muertos, el hombre que habia ido á ver al general salió de la primera casa de donde habian hecho fuego, se adelantó hácia Gaëtano Vardarelli, y mientras sus compañeros despojaban á los demas cadáveres apoderándose de sus armas y su cinto, él se contentó con empapar sus dos manos en la sangre de su enemigo, y despues de haberse embadurnado el rostro con ella:

—He aqui la mancha lavada, dijo: y se retiró sin tomar nada del botin comun, sin aceptar lo mas mínimo de la recompensa prometida.

Sin embargo, no era esto aun bastante: verdad es que habian sido muertos Gaëtano Vardarelli, sus dos hermanos y seis de sus compañeros; pero vivian aun otros cuarenta, que volviendo á su antiguo oficio, y eligiendo nuevos gefes, podian dar mucho que hacer á su escelencia el general de la provincia. Resolvió, pues, continuar representando el papel de amigo, y dió órden de que fuesen presos los asesinos de Uriri. Como no se esperaban estos semejante cosa no fué difícil; apoderáronse de ellos de improviso, sin que intentasen por su parte la menor resistencia; metiéronselos en prision y se propaló mucho que se iba á hacer su proceso, ejecutándose pronta y severa venganza por el crímen que habian cometido.

Todo esto podia ser muy cierto; así que los fugitivos se dejaron coger en el lazo. Como era notorio que al frente de los asesinos se encontraba el hermano de la jóven doncella ultrajada por Gaëtano Vardarelli, creyóse generalmente entre la compañía que aquel asesinato era el resultado de una venganza particular; de modo que cuando los desgraciados que se habian salvado vieron á sus asesinos presos y oyeron repetir por todas partes que su proceso se seguia con ardor, no se les ocurrió que el gobierno pudiese tener parte en aquella traicion. Por otro lado, aunque hubiesen concebido alguna sospecha, una carta que recibieron se la habria desvanecido; escribiéronles que el tratado de 6 de julio se continuaba mirando como cosa sagrada, les invitaban á elegir otros gefes en reemplazo de los que habian tenido la desgracia de perder.

Como este reemplazo era urgente, procedieron los Vardarelli inmediatamente al nombramiento de sus nuevos oficiales, y apenas terminaron la eleccion, pusieron en conocimiento del general que sus instrucciones estaban ejecutadas. Entonces recibieron una segunda carta, en que los convocaban á una revista en la ciudad de Foggia. Encargábales esta carta, entre otras cosas importantes, asistiesen todos cuantos eran, á fin de que no quedase duda que las elecciones verificadas eran el resultado positivo de un escrutinio unánime é incontestable.

Suscitóse una prolongada discusion entre los Vardarelli leida aquella carta; la mayoría era de parecer de asistir á la revista; pero una insignificante minoría se oponia á aquella proposicion: segun esta, era un nuevo lazo tendido para esterminar á toda la compañía. Los Vardarelli tenian el derecho de eleccion entre sí; esto era incontestable, y por consiguiente no tenian ninguna necesidad de la sancion del gobierno; no podian, pues, convocarlos sino con alguna siniestra intencion. Este era al menos el parecer de ocho de ellos, y á pesar de las instancias de sus camaradas; reusaron estos ocho mas previsores ir á Foggia; el resto de la compañía, que se componia de treinta y un hombres y una muger, que habia querido ir á acompañar á su marido, se encontraban en la plaza de la ciudad en el dia y la hora indicada.

Era un domingo; la revista se habia anunciado solemnemente, de modo que la plaza pública estaba llena de curiosos. Entraron los Vardarelli en la ciudad con un órden perfecto, armados hasta los dientes, pero sin dar ninguna señal de hostilidad. Antes al contrario, al llegar á la plaza levantaron sus sables, y con voz unánime dieron el grito de ¡viva el rey! Al oir aquel grito el general apareció en su balcon para saludar á los recien llegados; mientras el ayudante de campo de servicio bajaba para recibirlos.

Despues de muchas alabanzas sobre la belleza de sus caballos y el buen estado de sus armas, invitó el ayudante de campo á los Vardarelli á desfilar bajo el balcon del general, maniobra que ejecutaron con una precision, que hubiese hecho honor á tropas regulares. Luego, ejecutada aquella evolucion, volvieron á situarse en la plaza, donde el ayudante de campo les dijo desmontaran y descansaran un instante, mientras él llevaba al general la lista de los tres nuevos oficiales.

Acababa de entrar el ayudante en la casa de donde habia salido; los Vardarelli con la brida al brazo, estaban junto á sus caballos, cuando comenzó á circular entre la multitud un gran rumor; despues de aquel rumor se sucedieron gritos de espanto, y toda aquella masa de curiosos comenzó á moverse como una marejada. Por todas las calles que desembocaban á la plaza avanzaban en columnas cerradas tropas napolitanas. Los Vardarelli estaban cercados por todas partes.

Reconociendo la traicion de que eran víctimas, montaron inmediatamente en sus caballos los Vardarelli y desenvainaron sus sables; pero en el mismo instante, habiéndose quitado su sombrero el general, que era la señal convenida, el grito de ¡al suelo! resonó; y obedeciendo todos los curiosos aquella órden cuya importancia conocian, se cruzó el fuego de los soldados por encima de sus cabezas, y nueve Vardarelli cayeron de sus caballos, muertos ó heridos mortalmente. Los que habian quedado con vida, comprendiendo que no debian esperar cuartel, se reunieron, echaron pie á tierra, y armados de sus carabinas, se abrieron paso batiéndose hasta las ruinas de un antiguo castillo, en donde se atrincheraron. Solo dos, confiando en la velocidad de sus caballos, atravesaron con la cabeza baja atropellando el grupo de soldados que les pareció menos numeroso, y haciendo fuego á boca de jarro, aprovecharon la confusion que habia causado en las filas su descarga, de la que habian muerto dos hombres, para pasar á través de las bayonetas y escapar á uña de caballo. La muger, tan feliz como ellos, debió la vida á la misma maniobra ejecutada por otro punto, y se alejó á galope tendido despues de disparar sus dos pistolas.

Reuniéronse entonces todos los esfuerzos contra los veinte Vardarelli restantes, los cuales, como hemos dicho, se habian refugiado á las ruinas de un antiguo castillo. Los soldados, animándose unos á otros, avanzaron creyendo que aquellos á quienes perseguian iban á disputarles su retirada; pero con gran asombro de todos, llegaron hasta la puerta sin haber hecho un solo disparo. Esta impunidad les envalentonó; atacaron la puerta con el hacha y la piqueta, y la puerta cedió; precipitáronse los soldados entonces en el patio del castillo, y se estendieron por las galerías recorriendo las habitaciones; pero con gran admiracion suya, todo estaba desierto: los Vardarelli habian desaparecido.

Los invasores registraron por espacio de una hora todos los rincones y escondrijos de la antigua fortaleza; iban al fin á retirarse, convencidos de que los Vardarelli habian encontrado algun medio conocido solo de ellos, para ganar la montaña, cuando un soldado que se habia aproximado á la claraboya de una cueva y que se inclinaba para mirar á lo interior cayó atravesado de un balazo.

Los Vardarelli estaban descubiertos; pero perseguirlos en su retirada no era cosa fácil. Asi que se resolvió emplear un medio mas lento y mas seguro que el reducirlos por la fuerza; comenzaron por arrimar una gran peña á la claraboya. Sobre aquella piedra hacinaron todas las que pudieron encontrar; dejaron unos cuantos hombres con las armas preparadas para guardar aquella salida; luego dando un rodeo, comenzaron por arrimar haces de leña encendidos á la puerta de la cueva, que los Vardarelli habian cerrado por dentro, y sobre aquellos haces encendidos, toda la leña y las materias combustibles que pudieron hallar, de modo que á muy poco no fué ya la escalera mas que un inmenso horno, y cediendo la puerta á la accion del fuego, se esparció el incendio como un torrente en el subterráneo donde los Vardarelli se habian refugiado. Sin embargo, todavía reinaba un profundo silencio en la cueva. No tardaron en oirse dos detonaciones: eran dos hermanos que no queriendo caer vivos en manos de sus enemigos, se habian abrazado y descargado sus fusiles á quema-ropa uno sobre otro. Un instante despues se oyó otra esplosion: era un bandido que se arrojaba voluntariamente en medio de las llamas y cuya canana volaba. En fin, viendo los diez y siete bandidos restantes que ya no habia para ellos esperanza alguna de salvacion, y casi asfixiados, propusieron entregarse. Entonces desatascaron la claraboya, sacaron á unos despues de otros, y á medida que salian les ataban de pies y manos. Una carreta que llevaron en seguida trasportó á todos á las cárceles de la ciudad.

En cuanto á los ocho que no habian querido ir á Foggia y á los dos que se habian escapado, fueron cazados como fieras y ojeados de guarida en guarida. Unos fueron muertos ó perseguidos como gamos, otros fueron libertados por sus huéspedes; los demas se entregaron; de tal modo, que al cabo de un año todos los Vardarelli habian sido muertos ó hechos prisioneros.

Unicamente la muger que se habia salvado con una pistola en cada mano, fué la que desapareció, sin que jamás se la haya vuelto á ver ni muerta ni viva.

Cuando el rey supo aquel acontecimiento, montó estraordinariamente en cólera; era la segunda vez que se violaba un tratado no firmado por él, pero hecho á su nombre. Por otra parte, sabia que la inexorable historia consigna casi siempre los hechos sin tomarse el trabajo de investigar las causas, y que al contrario de lo que sucede en nuestros paises, donde los ministros son los responsables de las faltas del rey, en el suyo es el rey el responsable de las faltas de sus ministros.

Pero se le repitió tanto y por tantas partes que era una accion digna de alabanza haber esterminado la infame raza de los Vardarelli, que concluyó por perdonar á los que de aquel modo habian abusado de su nombre.

Verdad es que poco tiempo despues acaeció la revolucion de 1820, que ocasionó otras consideraciones muy distintas que la de saber si se habia cumplido con mas ó menos exactitud un tratado acordado con bandidos. Por la tercera vez volvió á entrar el rey en la ciudad al cabo de dos años de ausencia, en medio de los gritos de alegría de su pueblo, que tan á menudo le espulsaba y que no podia vivir sin él.

Desgraciamente para los napolitanos, esta tercera restauracion fué de cortísima duracion. En la noche del 3 de enero de 1825, se acostó el rey despues de haber jugado su partida como acostumbraba y haber rezado sus habituales oraciones. Al dia siguiente, como todavía no hubiese llamado á las diez de la mañana, entraron en su cámara y le hallaron cadáver.

Al abrir su testamento, en el que recomendaba á su hijo Francisco continuase dando las limosnas que tenia él costumbre de hacer, se encontró que las limosnas ascendian á veinte y cuatro mil ducados anuales.

Habia vivido setenta y seis años y reinado sesenta y cinco; habia visto pasar durante su largo reinado tres generaciones, y á pesar de tres revoluciones y otras tantas restauraciones, murió el rey mas popular que Nápoles tuvo jamás.

Así que el pueblo buscó á la imprevista muerte de su querido rey una causa sobrenatural. Por otra parte, para hombres de imaginacion como lo son los napolitanos, nada es difícil de encontrar. He aquí lo que se descubrió:

El rey Fernando, como se ha podido ver, no estaba exento de ciertas preocupaciones. Hacia quince años se veia perseguido por el canónigo Ojori, quien le atormentaba por obtener una audiencia y presentarle no sé qué libro del cual era autor. Fernando se habia negado siempre, y á pesar de las instancias del pretendiente, constantemente siempre se habia mantenido firme. Al fin el 2 de enero de 1825, vencido por las súplicas de todos los que le rodeaban, concedió para el dia siguiente aquella audiencia tan largo tiempo negada. Por la mañana tuvo el rey intencion de partir para Caserta, y hacer recaer sobre una cacería, escusa que le parecia siempre valedera, la descortesía que se le pasaban ganas de hacer al buen canónigo; pero le disuadieron de ello: permaneció, pues, en Nápoles, recibió á don Ojori, el cual permaneció dos horas con él, y se separó dejándole su libro.

Como hemos referido, al dia siguiente era cadáver el rey Fernando.

Los médicos declararon unánimemente que habia sido atacado de una apoplegía fulminante: pero el pueblo no lo creyó. La verdadera causa de su muerte, segun el pueblo, fué aquella audiencia que dió tan á disgusto al canónigo Ojori.

El canónigo Ojori era, con el príncipe de***, el mas terrible *gettatore* de Nápoles. En el capítulo inmediato diremos lo que es la *gettatura*.

XV.

LA GETTATURA.

Nápoles, como todas las cosas humanas, sufre la influencia de una doble fuerza que rige su destino: tiene su genio malo que la persigue y su genio bueno que la protege; tiene su Arimanes que la amenaza y su Oromazes que la defiende; tiene su demonio que quiere perderla y su ángel que espera salvarla.

Su enemigo es la gettatura: su protector es San Genaro.

Si San Genaro no estuviera en el cielo, haria mucho tiempo que la gettatura hubiera anonadado á Nápoles: si la gettatura no existiera, hace largo tiempo que San Genaro hubiera hecho de Nápoles la reina del mundo.

Porque la gettatura no es una invencion de ayer; no se trata de una creencia de la edad media, ni de una supersticion del bajo imperio: es un azote legado por el antiguo mundo al mundo moderno; es una peste que los cristianos han heredado de los gentiles; es una cadena que queda al través de las edades, y á la que cada siglo añade un eslabon.

Los griegos y los romanos conocian la gettatura: llamábanla los primeros *alexiana*, los segundos *fascinum*.

La gettatura nació en el Olimpo; como se ve, es una plaga que trae su orígen de muy buena casa. Por lo demas, véase la ocasion con que nació.

Venus, que habia salido del mar la víspera, acababa de ocupar un puesto entre los dioses; su primer cuidado habia sido procurarse un adorador en aquella augusta asamblea. Baco habia obtenido la preferencia; Baco era feliz.

Por mas que Venus fuese diosa, se encontraba sometida á las leyes de la naturaleza simplemente como una muger; en su cualidad de inmortal estaba destinada á usar de ellas mas largo tiempo y con mas frecuencia; he aquí toda la diferencia. Apercibióse Venus un dia de que iba á ser madre. Como la criatura que llevaba en su seno era la primera de aquella larga série de vástagos con que la diosa de la belleza debia poblar los bosques de Amatonte y las florestas de Citerea, el descubrimiento de su nuevo estado suscitó en ella un sentimiento de pudor que la determinó á ocultarlo á las miradas de todos los dioses. Anunció, pues, Venus, que su delicada salud la obligaba á habitar durante algun tiempo en el campo, y se retiró á las mas apartadas habitaciones de su palacio en Pafos. Todos los dioses fue-

ron burlados con aquella falsa indisposicion; no hubo uno, hasta el mismo Esculapio, que no declarase que Venus no tenia otra cosa que una enfermedad de nervios que se calmaria con baños y recreo; solo Juno adivinó todo.

Juno era muy lista en semejante materia. Su esterilidad la hacia celosa: no se ensanchaba un talle en todo el Olimpo, cuya primera línea de aquel aumento no la saltase á la vista. Habia seguido los progresos del de Venus, y con anticipacion pronosticó la desgracia al fruto que de ella naciera.

Por tanto, resolvió no perderla de vista un instante, á fin de hacer un sortilegio sobre el desgraciado fruto de las entrañas de su nuera. Asi en cuanto Venus sintió los primeros dolores, se presentó Juno para situarse á la cabecera de su cama disfrazada de matrona.

Venus era muy sensible, como debe serlo toda muger á la moda; lanzó, pues, tremendos gritos mientras duró el parto; al fin dió á luz al niño Priapo.

Recibióle Juno en sus manos, y mientras Venus medio desmayada cerraba sus hermosos ojos humedecidos por las lágrimas, se dispuso á lanzar sobre el niño la maldicion fatal que debia influir sobre el resto de su vida.

En el instante mismo en que Juno fijaba sus ojos llenos de cólera sobre el recien nacido, se detuvo estupefacta. Jamás habia visto, aun entre los mas grandes dioses, nada semejante á lo que veia en aquel momento.

Por corto que fuese aquel momento de vacilacion, salvó á Priapo. Baco, que desde lo interior de la India, donde se hallaba ocupado en enseñar á los birmanes el mejor modo de clarificar el vino, habia oido los gritos de Venus, acudió apresuradamente; se precipitó en la alcoba de la parida, corrió hácia el niño, y en su ardor paternal le arrancó de los brazos de Juno.

Creyóse Juno descubierta; salió furiosa, entró en su carro y se remontó al cielo. Baco ignoraba, sin embargo, quien fuese; pero lo adivinó, primero por los gritos de sus pavos reales; luego por el rasgo de luz que dejaba en pos de sí. Conocia de mucho tiempo el carácter de su madrastra: él mismo se habia visto obligado á permanecer seis meses oculto en el muslo de Júpiter para librarse de sus celos: comprendió que lo pasaria mal el pobre niño si alguna vez ponia la mano en él: le llevó corriendo y fué á ocultarle en la isla de Lampsaque.

Mas divulgóse el rumor de lo que habia pasado, asi como de la circunstancia á la que el jóven Priapo habia debido la vida; no se necesitó mas para que creyeran los antiguos que habian hallado un remedio contra la gettatura; de ahí ciertos diges sacados de las escavaciones de Herculano y de Pompeya, que formaban parte del tocado de las mugeres.

Entre los moderuos, donde no están en uso esos diges, los han reemplazado los cuernos. No entrais en una casa de Nápoles algo aristocrática, en donde no sea el primer objeto que hiere vuestra vista en la antecámara un par de cuernos; cuanto mas largos, son mas eficaces. Generalmente los piden á Sicilia: allí es donde se encuentran los mas hermosos. Los he visto que tenian hasta tres pies de largo y costaban quinientos francos el par.

Ademas de estos cuernos domiciliares, que no se pueden, visto su volúmen, llevar fácilmente consigo, hay tambien cuernecitos que se llevan al cuello, en el dedo, en la cadena del relój: encuéntrase esto en todas las calles, en todos los comercios de bisutería. Este símbolo preservativo es ordinariamente de coral ó de azabache.

Mucho desearia poder decir cuales son las causas que han elevado los cuernos á ese grado de honor entre los napolitanos; pero por mas investigaciones que he hecho con ese motivo, conozco que no he podido descubrir absolutamente nada que pueda apoyar la mas insignificante teoría ó ser sostenida por el menor sistema. Sucede porque sucede; no me pregunteis, pues, otra cosa, porque me veria obligado á pronunciar esa palabra que tanto cuesta á la boca humana: no sé:

Conocian los antiguos tres medios de echar el destino, porque la gettatura no es otra cosa que la sustantivacion del verbo gecthare, por el tacto, por la palabra, por la mirada:

Cujus ab atractu variarum monstra ferarum.
In juvenes veniunt nullius mansit imago.

Dice Ovidio:

Quæ nec pernumerare curiosi
Possint nec mala fascinare lingua,

Dice Cátulo:

Nescio quis teneros oculis mihi fascinat agnos,

Dice Virgilio:

¿Quereis ahora ver pasar esta creencia del mundo pagano al mundo cristiano? Escuchad á San Pablo dirigiéndose á los gálatas.

¿Quis vos fascinavit non obedire veritate?

¿Creia, pues, San Pablo en la gettatura?

Pasemos ahora á la edad media, y ojeemos á Erchepert, monge del monte Casino, que florecia por el año 842:

«He conocido, dice el venerable cenobita, al señor Landol, obispo de Capua, hombre de una singular prudencia, el cual tenia costumbre de decir: Siempre que encuentro á un monge, me sucede alguna desgracia en aquel dia. *Quoties monachum viso cerno, semper mihi faturadies auspicia tristia subministrat.*»

Esta creencia existe en toda su fuerza en Nápoles. Cuando partimos para Sicilia, me pa

rece haber referido que en el momento de embarcarnos, nos encontramos un abate, y que al verle nos habia propuesto el capitan suspender la marcha hasta el dia siguiente. No hicimos caso, y nos asaltó una tempestad que nos tuvo veinte y cuatro horas entre la vida y la muerte.

De las tres gettaturas conocidas en la antigüedad, dos se han perdido en el trascurso del tiempo, y una sola ha quedado, la gettatura de la mirada. Es verdad que es la mas terrible: *Nihil oculo nequius creatum*, dice el Eclesiastes, cap. 21.

Sin embargo, asi como Dios ha querido que la culebra de cascabel se descubriese á sí misma por el ruido que hacen sus anillos, ha impreso en la frente del gettatore ciertos signos por los que teniendo alguna costumbre se le puede reconocer. Comunmente el gettatore es delgado y pálido; tiene la nariz encorvada á manera de pico de cuervo, ojos grandes que tienen algo de los del sapo, y que ordinariamente oculta, para disimular su defecto, con unos anteojos: el sapo, como todos saben, ha recibido del cielo el don fatal de la gettatura: mata al ruiseñor mirándole.

Así, pues, cuando encontreis en las calles de Nápoles un hombre de ese aspecto, guardáos, porque se puede apostar ciento contra uno, á que es un gettatore. Y si es un gettatore, y sois el primero á quien ha visto, el mal está hecho; ya no hay remedio, humillad la cabeza y esperad. Si por el contrario, habeis evitado su mirada, apresuráos á presentarle el dedo anular estendido: el maleficio quedará conjurado:—*Et dijitum porrijitum medium*, dice Marcial.

Escusado es decir, que si llevais con vosotros algun cuerno de azabache ó de coral, no teneis necesidad de tomar todas estas precauciones. El talisman es infalible, al menos asi lo dicen los comerciantes de cuernos.

La gettatura es una enfermedad incurable; se nace gettatore y gettatore se muere. En rigor puede adquirirse esa propiedad; pero el que una vez la adquiere, ya no puede dejar de serlo.

En general, los gettatore ignoran su fatal influencia; como es muy mal cumplimiento decirle á un hombre que es gettatore, y por otra parte, hay algunos que lo llevarian muy á mal, conténtase todo el mundo con librarse de ellos como puede, y si no se puede conjurando su influencia, haciendo con su mano la seña dicha. Siempre que veais en Nápoles dos hombres que están hablando en la calle, y que uno de ellos oculta su mano cerrada, reparad bien en aquel con quien habla: es un gettatore, ó á lo menos un hombre que tiene la desgracia de pasar por tal.

Cuando un estrangero llega á Nápoles, empieza por reirse de la gettatura; luego poco á poco le preocupa aquella idea; en fin, al cabo de tres meses de permanencia, le veis cubierto de cuernos desde los pies á la cabeza, y la mano derecha continuamente crispada.

Nada preserva de la gettatura, mas que los medios que he indicado. No hay rango, fortuna, ni posicion social que os ponga al abrigo de sus tiros. Todos los hombres son iguales ante ella.

Por otro lado, para el gettatore no hay edad, sexo ni estado: igualmente puede ser niño ó anciano, hombre ó muger, abogado ó médico, magistrado, sacerdote, industrial ó noble, lazzaroni ó gran señor; lo que hay que saber únicamente, es si una ú otra de esas edades, si uno ú otro de esos sexos, si una ú otra de esas condiciones, aumenta ó disminuye la gravedad del maleficio.

Hay acerca de esto en Nápoles un trabajo sumamente minucioso del donoso signor Niccolo Valetta: discute en un volúmen todas las cuestiones que han dividido en este punto á los sabios antiguos y modernos hace veinte y cinco siglos.

Examínase allí:

1.° Si el hombre echa un destino mas terrible que la muger;

2.° Si el que lleva peluca es mas temible que el que no la lleva;

3.° Si el que gasta anteojos es mas temible que el que lleva peluca;

4.° Si el que toma tabaco es mas temible que el que gasta anteojos, y si los anteojos, la peluca y la caja de tabaco combinándose, triplican el valor de la gettatura;

5.° Si la muger gettatriz es mas temible, cuando está en cinta;

6.° Si hay mas que temer todavia de ella cuando hay certeza de que no lo está;

7.° Si los frailes son por lo general mas gettatores que los demas hombres, y entre los frailes cuál es la órden mas temible en este punto;

8.° A qué distancia se puede hacer el mal de ojo;

9.° Si se puede echar de costado, de frente ó por detrás;

10. Si hay en realidad gestos, tonos de voz y miradas especiales, por las que se puede reconocer á los gettatores;

11. Si hay oraciones que puedan librar de la gettatura, y en este caso, si hay oraciones especiales para librarse de la gettatura que proviene de los frailes;

12. En fin, si el poder de los talismanes modernos es igual al poder del talisman antiguo, y cuál es mas eficaz, si un cuerno ó dos.

Todas estas investigaciones están consignadas en un volúmen del mas alto interés, y que de buena gana haria conocer á mis lectores. Desgraciadamente se niega mi editor á imprimirle en mis notas justificativas, á pretesto de que es un in-fólio de 600 páginas. Pero aconsejo á todo viagero le adquiera en cuanto llegue á Nápoles, mediante la módica suma de seis carlinos.

Ya que hemos examinado la gettatura en sus efectos y causas, refiramos ahora la historia de un gettatore.

XVI.

EL PRÍNCIPE DE ***.

El príncipe de ***, si se esceptúan los anteojos, la peluca y la caja de tabaco, nació con todos los carácteres de la gettatura. Tenia los labios delgados, ojos grandes y fijos, y nariz de pico de cuervo; su madre no tuvo la dicha de ver al recien nacido, que era su segundo hijo: murió de parto.

Buscaron una nodriza para el niño, y encontraron una hermosa y robusta aldeana de las cercanías de Netune: pero apenas el desventurado niño la llegó al pecho, se acedó su leche.

Forzoso fué alimentar al principito con leche de cabra, lo que le dió para todo el resto de su vida un paso de saltarin por el que se le reconocia, gracias al cielo, á trescientos pasos de distancia, mientras que con sus grandes ojos no pudo morder mas que tocando. Alabemos al Señor, puesto que lo que ha hecho, bien hecho está.

Al saber la muerte de su muger, y el nacimiento de un segundo hijo, el príncipe de***, que era embajador en Toscana, fué precipitadamente á Nápoles; entró en el palacio, lloró á la princesa, abrazó paternalmente al niño, y se fué á presentar al rey. Este le volvió la espalda, llevando muy á mal que el príncipe abandonase su embajada sin autorizacion; quiso hacer valer el amor paternal, pero el amor paternal le costó su empleo.

Esta catástrofe entibió un poco el cariño del príncipe de*** á su hijo; por otra parte, como hemos dicho, tenia un hijo primogénito, á quien pertenecian de derecho títulos, honores, riquezas. Decidióse, pues, que el hijo segundo recibiria las órdenes. El principino era demasiado jóven para tener alguna opinion acerca de su porvenir: dejó, pues, que hicieran lo que quisieran.

El dia en que entró en el seminario, todos los niños de la clase en que entró se vieron atacados de la coqueluche. Y notad que en medio de todo esto ningun accidente personal sobrevenia al principito; se le veia desarrollar y prosperaba que era un portento.

Hizo sus estudios con el mayor éxito, sobresaliendo entre sus condiscípulos. Una sola vez, no se sabe cómo sucedió aquello, no sacó mas que el segundo premio; pero el estudiante que habia obtenido el primero, al ir á recibir su corona, tropezó en el primer escalon del estrado y se rompió la pierna.

Mas el niño llegó á ser jóven. Por retirado que estuviese el seminario, el ruido del mundo llegaba hasta él. Ademas, en sus paseos con sus compañeros, veia pasar lindas damas en elegantes carruages, y apuestos jóvenes en briosos corceles; luego, al estremo de la calle de Toledo, sabia existia un edificio que se llamaba San Cárlos, y de cuyo interior se referian tantas maravillas, que nada eran en su comparacion las de los palacios y jardines de Aladin. Resultaba de aqui que el principino deseaba mucho entablar conocimiento con las mas hermosas damas, montar á caballo como los apuestos mancebos, y sobre todo, entrar en San Cárlos para ver lo que en realidad pasaba alli.

Desgraciadamente esto era imposible; el príncipe de***, que conservaba siempre sobre su corazon el peso de su desgracia, guardaba rencor á su hijo segundo. Por otra parte, el príncipe Hércules, á quien se hacia viajar á fin de que no tuviese contacto alguno con su hermano, cada dia se hacia mas perfecto caballero, y prometia mantener magníficamente el honor del nombre. Razon mas para que el pobre principito permaneciese confinado en su seminario.

Sin embargo, empeoraban los negocios entre el reino de las Dos Sicilias y la Francia; se hablaba de una cruzada contra los republicanos; el rey Fernando, como en otra parte hemos dicho, queria dar el ejemplo de ella. Levantáronse tropas en todos sitios, reunióse un ejército, y se anunció con gran solemnidad que el arzobispo de Nápoles bendeciria las banderas en la catedral de Santa Clara.

Como era esta una cosa muy curiosa, y por grande que fuese la iglesia, no era posible que todo Nápoles pudiera caber en ella, se decidió que asistiesen solamente á las ceremonias los diputados de los diferentes órdenes del Estado. Ademas, los colegios, las escuelas y los seminarios tenian derecho de enviar á ella á los discípulos de cada clase que hubieran sacado los primeros premios en los ejercicios mas próximos al dia en que debia verificarse la ceremonia. El principito era el que habia sacado el primer premio en su triple composicion de tema, traduccion y teología; el principino, que hacia milagrosos progresos, se hallaba entonces en retórica y tendria de diez y seis á diez y siete años. Llegó el gran dia. La ceremonia fué solemne; todo se ejecutó con una tranquilidad y una magnificencia completas; únicamente en el momento en que despues de la bendicion desfilaban los estandartes para salir de la iglesia, uno de los que los llevaban cayó muerto de una apoplegía fulminante al pasar por delante del principito. Este, que tenia un escelente corazon, se precipitó al punto hácia el desgraciado para socorrerle, pero ya habia exhalado el

último suspiro. Viendo lo cual, cogió el principino la bandera, la agitó con aire marcial, que indicaba lo que llegaria á ser algun dia, y la entregó á un oficial gritando: ¡*viva el rey*! grito que fué repetido con entusiasmo por todos los circunstantes.

Tres meses despues era batido el ejército napolitano; la bandera con otras doce habia caido en poder de los franceses, y el rey Fernando se embarcaba para Sicilia.

El principino habia concluido sus estudios; tratábase de hacer la eleccion de convento. El jóven eligió los camaldulenses. En consecuencia, salió del seminario donde habia pasado su adolescencia, y entró como novicio en el monasterio donde debia pasar su virilidad y estinguirse su vejez.

Al dia siguiente de su entrada en los camaldulenses, apareció el decreto del nuevo gobierno, por el que se suprimian las comunidades religiosas. Vióse entonces el jóven obligado á seguir la carrera de la prelacia, porque suprimidos los conventos, no dejaba él de ser el hermano segundo, ni por eso era mas rico. Durante tres meses se paseó, pues, por las calles de Nápoles con un sombrero tricornio, un manteo negro y medias de color de violeta: luego se decidió á recibir las órdenes menores.

La mañana del dia fijado para la ceremonia, decidió la república Partenopea, que acababa de proclamarse, que no habiendo igualdad ante la ley mientras no hubiese igualdad en las herencias, quedaba abolido por consiguiente el derecho de mayorazgo.

Este nuevo decreto quitaba cien mil libras de renta al príncipe Hércules, hermano mayor de nuestro héroe, el cual se encontraba poseedor de un capital de dos millones.

Como el principito no tenia una gran vocacion á la iglesia; hizo con las medias moradas lo que habia hecho con el hábito blanco; envió el tricornio á unirse con la capucha, llamó al mejor sastre de Nápoles, compró el mas bonito carruage y los mas hermosos caballos que pudo encontrar, y envió á tomar para la misma noche un palco en San Cárlos.

San Cárlos era en verdad digno del deseo que habia tenido siempre el principino de entrar en él: era uno de los monumentos con que Cárlos VII, durante su temporal reinado, habia dotado á Nápoles. Un dia hizo llamar al arquitecto Angel Carasale, y poniendo todos sus tesoros á su disposicion, le dijo no economizase gasto alguno, pues que queria le hiciese el mas bello salon que existia en el mundo. El arquitecto se habia comprometido á ello (los arquitectos se comprometen siempre): en seguida, aprovechándose de la licencia concedida, habia elegido un sitio próximo al palacio, echado abajo una porcion de casas y despejado un terreno inmenso, sobre el que se elevó con una maravillosa rapidez aquella obra de las hadas. En efecto, el teatro se empezó en el mes de marzo de 1737, estuvo terminado el 1.º de noviembre, y se abrió el 4 del mismo mes, dia de San Cárlos.

Si no hubiésemos renunciado á las descripciones por la conviccion que tenemos de que ninguna descripcion describe, intentariamos referir el número de espejos, calcular el número de bugías, enumerar los árboles en flor que aquella noche hacian del teatro de San Cárlos la octava maravilla del mundo. Habian preparado un gran palco para el rey y su real familia, y en el momento en que sus augustos espectadores entraron en él, tan grande fué la impresion que ellos mismos esperimentaron, que dieron la señal de los aplausos; al punto la sala entera estalló en bravos y gritos de admiracion.

No fué esto todo. El rey hizo se presentara el arquitecto en el palco, y poniéndole la mano en la espalda á vista de todos, le felicitó por su admirable éxito.

—Solo una cosa falta en vuestra sala, dijo el rey.

—¿Cuál? preguntó el arquitecto.

—Una galería que conduzca desde palacio al teatro.

El arquitecto inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Terminado el espectáculo, salió el rey de su palco y encontró á Carasale que le esperaba.

—¿Qué habeis hecho durante todo el tiempo de la representacion? le preguntó el rey.

—He ejecutado las órdenes de V. M., respondió Carasale.

—¿Qué órdenes?

—Dígnese V. M. seguirme y lo verá.

—Sigámosle, dijo el rey volviéndose hácia la familia real; cualquiera cosa que haya hecho no me admirará; hoy es dia de maravillas.

Siguió el rey al arquitecto; pero por mas que hubiese dicho otra cosa, su admiracion fué grande, cuando vió abrirse ante él las puertas de una galería interior, tapizada toda con telas de seda y espejos; esta galería, que tenia dos puertas echadas á una altura de treinta pies, y una escalinata de cincuenta y cinco escalones, habia sido improvisada en las tres horas que habia durado la representacion.

San Cárlos, pues, era hacia sesenta años la admiracion y la envidia de toda la tierra. No era por tanto de estrañar que hubiese tenido el principito tan gran deseo de ver á San Cárlos.

En la noche misma en que el principito habia visto San Cárlos, y cuando el último espectador salia de la sala, se prendió fuego al teatro; al dia siguiente no era San Cárlos mas que un monton de cenizas.

Ya hacia largo tiempo circulaban alarmantes rumores acerca del principito; pero desde aquel dia aquellos rumores adquirieron una consistencia real. Recordábanse con espanto las diferentes consecuencias de que habia sido

causa, y comenzaron á huir de él como de la peste. Sin embargo, aquellos rumores encontraban incrédulos; en Nápoles, como en todas partes, hay ánimos robustos que se jactan de no creer nada. Por otra parte, la presencia de los franceses habia puesto de moda el escepticismo, y madame la condesa de M***, que apreciaba mucho á los franceses, decia muy alto que no creia absolutamente nada de lo que se decia del pobre principito, y que en prueba de su incredulidad, daria un gran sarao espresamente para recibirle, y para probar con la impunidad que todos los rumores que circulaban acerca de él eran ridículos y erróneos.

La nueva del reto lanzado á la gettatura por la condesa de M***, corrió por todo Nápoles; la primera palabra de todos los convidados fué, que no irian ciertamente á aquel sarao: pero llegado el dia señalado, pudo mas la curiosidad que el temor, y desde las nueve de la noche, los salones de la condesa estaban llenos. Felizmente toda aquella multitud se espaciaba en magníficos jardines iluminados con vasos de colores; y en cuyos bosquecillos estaban colocados grupos de instrumentistas y cantores.

A las diez llegó el príncipe de ***; era entonces un apuesto caballero que hacia mucho tiempo gastaba anteojos, es verdad; que acababa de adquirir el vicio de tomar polvo, mas por tono que por otra cosa, tambien es verdad; pero á quien su magnífica cabellera ondulante y rizada debia todavía por largo tiempo dispensar de recurrir á la peluca. Era de un carácter encantador, parecia estar siempre alegre, se frotaba las manos sin cesar, y no carecia de imaginacion; en una palabra, era un hombre con todas las circunstancias para brillar en sociedad, á no ser aquella maldita gettatura.

Su entrada en casa de la condesa de M***, se señaló por un pequeño accidente; pero justo es decir que la causa de aquel accidente, lo mismo podia ser la torpeza que la fatalidad: un lacayo que llevaba una bandeja de helados, la dejó caer precisamente en el momento en que el príncipe abria la puerta. Sin embargo, la coincidencia de su aparicion con aquel desastre, hizo que se fijaran en él, por mas que fué obra de un momento.

El príncipe fué en busca de la señora de la casa. Paseábase esta en los jardines como todos los convidados. Hacia una de esas magníficas noches del mes de junio, cuyo calor en Nápoles se disminuye por esa dulce brisa del mar, que no se conoce mas que allí. Centelleaban las estrellas en el cielo, y la luna que se elevaba por encima del humeante Vesubio, parecia una enorme bala roja lanzada por un gigantesco mortero.

Despues de haber discurrido el príncipe por espacio de diez minutos entre la multitud, haber respirado aquel aire, haber aspirado sus perfumes y admirado aquel cielo, encontró al fin á la señora de la casa, en busca de la cual se habia dirigido, como hemos dicho.

En cuanto vió al príncipe madama la condesa de M***, se dirigió hácia él: cambiaron los saludos de costumbre; en seguida, para probar lo que despreciaba los rumores que circulaban, dejó el brazo de su caballero y tomó el del príncipe. Obligado con aquella señal de deferencia, el príncipe quiso reconocerla alabando el sarao.

—¡Ah! señora, dijo; ¡qué recepcion tan encantadora nos dispensais! por largo tiempo se hablará de ella.

—¡Oh! príncipe, respondió madama la condesa de M***; exagerais el valor de una reducida reunion sin importancia.

—De nuestro honor, dijo el príncipe. Verdad es que todo concurre á hacerla mas magnífica, y que la Providencia os ha proporcionado el tiempo mas hermoso.

No habia acabado el príncipe de hablar, cuando se oyó un trueno en el Olimpo, y una nubecilla en que nadie habia reparado, abriéndose de repente, derramó un espantoso aguacero. Cada uno escapó por donde pudo; los unos buscaron un momentáneo abrigo en las grutas ó en los kioscos; los otros huyeron hácia el palacio; la condesa de M*** y el príncipe fueron de estos últimos.

Y adviértase que en el mes de junio es Nápoles una especie de Egipto, respecto á la lluvia, porque hay tres meses en el año, junio, julio y agosto, durante los que la sequedad, cual si fuera en los arenales de la Libia es tal, que para hacerla cesar, nadie se atreveria á sacar en rogativa el cuerpo de San Genaro de su tabernáculo, por temor de comprometer el poder del santo.

El príncipe no habia necesitado mas que decir una palabra, y un nuevo diluvio habia en el mismo instante abierto las cataratas del cielo.

El salon principal, vasta rotonda al rededor de la que estaban situadas todas las demas habitaciones, estaba iluminada por una magnífica araña de cristal que la condesa de M*** habia recibido de Inglaterra tres meses antes, y que mandó encender aquella noche por primera vez. Era de un efecto mágico aquella araña, tanto se multiplicaba la luz reflejada por las mil placetas de cristal, presentando todos los colores del arco iris. Asi en el momento en que el príncipe y la condesa llegaron al dintel de la puerta, se detuvo el príncipe deslumbrado.

—¡Y bien! ¿qué teneis, pues, príncipe? preguntó la condesa de M***.

—¡Ah! señora, esclamó el príncipe, ¡qué teneis una magnífica araña!

Apenas el príncipe habia pronunciado esas palabras de elogio, cuando uno de los anillos dorados que sostenian en el techo al nuevo sol, se rompió, y la araña, cayendo sobre el suelo, se hizo mil pedazos.

Felizmente sucedió en el momento mismo en que cada uno ocupaba su puesto para la contradanza; el centro del salon se encontraba pues, desocupado, y gracias á esto no hubo ningun herido.

Madama de M*** comenzó á arrepentirse de haber tentado de aquel modo á Dios invitando al príncipe; pero la idea de que retrocedia ante tres accidentes que podian á lo mas ser efecto del acaso; el temor á los sarcasmos de sus amigos si demostraba ceder á aquella idea; la dificultad de desembarazarse del príncipe á quien daba el brazo, y que se confundia en espresiones de sentimiento por las catástrofes tan increibles como inesperadas que se reunian para llevar la tristeza al sarao; todas estas consideraciones reunidas, la decidieron á poner buen rostro á la desgracia, y á seguir hasta el fin el camino en que se habia empeñado. Asi, pues, la condesa redobló su amabilidad para con el príncipe, y dejando aparte la bandeja caida, la tempestad sobrevenida y la araña rota, todo continuó perfectamente.

El canto alternaba en el sarao; era el momento en que Paesiello y Cimarosa, esos dos antecesores de Rosini se dividian los aplausos del mundo musical. Cantábanse alternativamente trozos del uno y del otro. Uno de los mejores intérpretes de aquellos dos grandes génios, era la signora Erminia, prima donna del desventurado teatro de San Cárlos, que todavía humeaba. Era esta un soprano de la mayor estension, con una seguridad de voz y de método, que no se recordaba haber oido á dilettante alguna nada semejante.

En efecto, en tres años que la signora Erminia llevaba en Nápoles, jamás se la oyó la menor aspereza, nunca ni una nota dudosa, jamás, en fin, *gato en la garganta* (*chat dans le gosier*), para servirnos del término sancionado. Habia prometido cantar el famoso: *Pria che spunti*, y habia llegado el momento de cumplir su promesa.

Asi concluida la contradanza, cada uno se colocó en su sitio para dejar el salon libre á la signora Erminia.

El que habia de acompañar, se colocó al piano, la signora se levantó para acercarse á él; pero como tenia que atravesar sola todo el inmenso salon, el príncipe que la habia apreciado en lo que valia, la única vez que habia ido á San Cárlos, dió sus escusas á la condesa de M***, y colocándose delante de la célebre cantatriz, la ofreció el brazo para conducirla á su puesto.

Aplaudieron todos aquel arranque de galantería, tanto mas notable, cuanto que provenia de un jóven que la víspera estaba todavía en el seminario.

En seguida volvió el príncipe á reclamar el brazo de la condesa de M*** en medio de un murmullo general de aprobacion.

Pero no tardaron en oirse las palabras: ¡*Chu*! ¡*silencio*! ¡*oigamos*! El acompañante lanzó su brillante preludio á la impaciente concurrencia. La cantatriz tosió, y faltó poco para que se sonrojase: en seguida abriendo la boca, pronunció su primer sonido.

Le habia tomado medio tono mas alto, y á la mitad del cuarto compás, dió un espantoso *gallo*.

Como era una cosa maravillosa, inaudita, casi imposible de creerse, se apresuraron todos á tranquilizar á la cantatriz colmándola de aplausos; pero el golpe estaba dado, y la signora Erminia, sintiéndose dominada por una fuerza fatal superior á su genio, comprendió que andaba en ello la gettatura; salióse precipitadamente del salon, lanzando una terrible mirada al pobre príncipe, á quien atribuia la desgracia que acababa de sucederle.

Esta série de acomtecimientos empezaban á tener intranquila á Mad. de M***; todas las miradas estaban fijas en ella y en el desgraciado príncipe cuya primera entrada en el mundo se señalaba por desastres tan estraños. Pero como aparte los cumplimientos de sentimiento que se creia obligado á hacer á madama de M***, el príncipe por su lado parecia que no advertia que él era la causa presunta de todos aquellos efectos, y envanecido con el honor de sostener en su brazo el brazo de la dueña de la casa, tenia el aspecto de no quererse desasir de él en toda la noche, madama de M*** buscó un medio político de volver á entrar en posesion de sí misma, fingiendo estar cansada de permanecer en pie, y suplicando al príncipe la condujese á un encantador gabinetito que daba al salon, y que se habia conservado enteramente amueblado, precisamente con el objeto de ofrecer un sitio de descanso á los bailarines y bailarinas fatigados.

Era tanto mas encantador aquel tocador, cuanto que su puerta de dos hojas se abria al salon; de modo que cesando de formar parte del baile como actor, retirándose á aquel gabinetito se continuaba permaneciendo espectador.

Alli fué á donde el príncipe de*** condujo á la condesa; y como era un caballero lleno de urbanidad, fué á coger un sillon de junto á la pared, lo arrastró en frente de la puerta, de modo que al mismo tiempo que descansaba, Mad. de M*** pudiese ver perfectamente: aproximó una silla al sillon, á fin de no verse obligado á separarse de ella, y saludándola, la hizo señal de que se sentara.

Mad. de M*** iba á hacerlo; pero en el momento en que se sentaba, los dos pies posteriores del sillon se rompieron á un tiempo, de modo que la pobre condesa dió una caida de las mas desagradables. Asi cuando el príncipe, precipitándose hácia ella la ofreció la mano para ayudarla á levantar, rechazó su mano con una vivacidad que habia cesado de moderar la política, y ruborizada y confusa

se metió corriendo en su alcoba, donde se encerró, y de donde ya no quiso salir por mas instancias que la hicieron á la puerta.

Ausente la señora de la casa no podia ya continuar el baile. Asi se retiraron todos, maldiciendo al desventurado convidado que habia convertido aquella deliciosa fiesta en una série no interrumpida de accidentes. El príncipe fué el único que no notó las causas de aquella prematura desercion; quedó el último, y se obstinaba todavía en procurar que volviera á presentarse Mad. de M***, cuando los criados fueron á decirle que su presencia era lo único que impedia apagar los candelabros y cerrar las puertas.

El príncipe, que al fin era hombre de buen gusto, comprendió que una permanencia mas larga seria una inconveniencia, y se retiró á su casa, encantado de su estreno en el mundo, y no dudando que su amabilidad habria causado en el corazon de la condesa el efecto mas desastroso para su tranquilidad en el porvenir.

Compréndese que los acontecimientos de aquel famoso sarao produjeron una inmensa sensacion; aquello se aguardaba para formar una opinion definitiva acerca del príncipe de***. Desde aquel momento se fijó la opinion.

En esto, el príncipe Hércules, de quien ya hemos dicho algo, llegó de vuelta de sus viages; habia recorrido la Francia, Inglaterra, Alemania, y en todas partes habia tenido gran éxito. Y era muy justo, porque pocos hombres le merecerian con tan buen título como él. Era un escelente caballero, un bailarin perfecto, y sobre todo, un tirador de espada y de pistola de primera clase, superioridad que habia acreditado con una docena de duelos en los que siempre habia muerto ó herido á sus adversarios, sin que le hubiese tocado á él un solo arañazo. Asi el príncipe Hércules tenia en aquella clase de asuntos una confianza que naturalmente se aumentaba con el temor que inspiraba.

La entrevista de los dos hermanos fué, como era natural algo fria: jamás se habian visto, y el príncipe Hércules, perdonando á su hermano menor la brecha que habia abierto en su fortuna, no tenia bastante filosofía para olvidarlo completamente. No obstante, el príncipe primogénito era tan leal, el príncipe menor era tan buen hermano, que al cabo de algunos dias eran ya inseparables.

Mas el príncipe Hércules no habia pasado algunos dias en una ciudad en que no se hablaba mas que de la fatal influencia que iba unida á su hermano menor, sin que oyese por uno ú otro lado algunas palabras aisladas que alarmasen su susceptibilidad. Por tanto, el príncipe escuchó con atencion todo lo que se decia respecto á su hermano, y cogiendo en la Villa Reale á un jóven en flagrante delito de narracion, inauguró su esplicacion con él lanzándole al rostro uno de esos mentis que no admiten otra reparacion que la que se hace con las armas. Señalóse la hora para el dia siguiente; los testigos debian arreglar las condiciones del duelo.

Una provocacion tan pública hizo gran ruido en la ciudad. Si hubiese sido en tiempo del rey Fernando, aquel ruido hubiese sido una felicidad, porque indudablemente hubiera llegado á noticia de la policía, que hubiera tomado sus medidas para que el desafio no se efectuase; pero el régimen habia variado estraordinariamente: se habia instituido la república Partenopea desde Gaeta á Reggio, y hubiese sido mirado como un atentado á la libertad individual impedir á los ciudadanos que vivian bajo su maternal proteccion, hacer lo que mejor les pareciese. Dejó, pues, la policía seguir las cosas su curso natural.

Mas estaba en el curso de las cosas que nuestro héroe supiese que su hermano debia batirse al dia siguiente, ignorando siempre la causa por qué se batia. Bajó al punto á la habitacion de su hermano, para informarse de lo que habia de cierto en la noticia que habia llegado hasta él; el príncipe Hércules le confesó entonces que en efecto debia batirse al dia siguiente, pero añadió que siendo la causa del duelo una muger, no podia hacer partícipe á nadie del secreto de aquella aventura, ni aun á su mismo hermano.

Comprendió perfectamente el jóven príncipe este esceso de delicadeza, mas exigió de su hermano le permitiese ser su testigo. Rehusó éste al principio, pero insistió tanto el principito, que al fin consintió el príncipe Hércules en lo que le pedia, á condicion, sin embargo, de que no haria ninguna pregunta sobre la causa de la querella, ni consentiria en ninguna avenencia.

En cuanto á la eleccion de las armas, el príncipe Hércules la dejaba enteramente á la disposicion de su adversario, siéndole la pistola tan conocida como la espada, y vice-versa.

Dos horas despues de esta conversacion, habian decidido los testigos, sin mas esplicacion, que los dos adversarios se encontrarian al dia siguiente, á las seis de la mañana, en el lago de Agnan, y que el arma con que se batirian seria la espada.

Con esto el príncipe Hércules se durmió con tal tranquilidad que fué preciso al dia siguiente á las cinco que le despertase su hermano.

Partieron los dos en su tílburi, llevando consigo á su médico, quien debia socorrer indiferentemente á aquel de los dos adversarios que fuese herido.

A la entrada de la gruta de Pouzzoles, se reunieron á aquellos con quienes tenian que ventilar el asunto y que iban á caballo. Los cuatro jóvenes se saludaron, en seguida entraron en la gruta. Diez minutos despues estaban en la orilla del lago de Agnan.

Apeáronse adversarios y testigos: los dos habian llevado espadas: echáronse suertes á fin de saber de las que se habian de servir. La suerte decidió que se sirviesen de las del príncipe Hércules.

Empuñaron el acero los dos jóvenes. La desproporcion era enorme. Apenas el adversario del príncipe Hércules habria cogido en su vida un florete tres veces, al paso que el príncipe Hércules, que habia hecho de la esgrima su diversion favorita, manejaba su espada con una gracia y una soltura que no permitian dudar ni por un solo momento estaban en su favor todas las probabilidades.

Mas al primer asalto, y contra todo lo que era de esperar, fué atravesado de parte á parte el príncipe Hércules, y cayó sin exhalar ni un grito.

Acudió inmediatamente el médico; el príncipe era cadáver: la espada de su adversario le habia atravesado el corazon.

Quiso el jóven príncipe continuar el duelo; arrancó la espada de manos de su hermano, é intimó á su homicida cruzase á su vez el acero con él; pero el doctor y el segundo testigo se interpusieron entre ellos, declarando que no permitirian semejante infraccion de las leyes del duelo; de tal modo, que se vió obligado el principito á acceder á sus razones, por mas deseo que tuviese de vengar á su hermano.

Lleváronle á su casa desesperado, á pesar de que con aquel fatal acontecimiento doblaba su fortuna.

El anciano príncipe, que vivia retirado en su castillo de la Capitanata, supo la muerte de su hijo primogénito al dia siguiente del en que habia espirado. Como le habia querido siempre estraordinariamente y le dieron aquella noticia sin ninguna precaucion, le afectó el golpe de un modo tan doloroso como inesperado. El mismo dia se metió en la cama; á los dos siguientes habia muerto.

Encontróse, pues, el principito gefe de la familia, y dueño á los veinte y un años, de una fortuna de ocho millones.

XVII.

EL COMBATE.

Grande fué el dolor del príncipe: resolvió viajar para distraerse.

Precisamente se hallaba en el puerto una fragata francesa que se aprestaba á darse á la vela para Tolon; pidió el príncipe una recomendacion para el capitan y obtuvo el pasage.

No dejaron de decirle al capitan algunos amigos, cuando supieron que el príncipe de*** iba á embarcarse á bordo de su buque, quién era el compañero de viage que su mala estrella le deparaba; pero el capitan era uno de esos viejos lobos marinos que no creen ni en Dios ni el diablo, y no habia hecho mas que reirse de la susceptibilidad de sus amigos.

Todas las probabilidades estaban por una travesía feliz: el tiempo estaba magnífico; la flota inglesa al mando de Foote cruzaba de la parte de Corfú; Nelson vivia alegremente en Palermo con la bella Emma Lyonna: el capitan partió orgulloso como un conquistador que va al descubrimiento de un mundo.

Todo marchaba perfectamente hacia dos dias y dos noches, cuando al amanecer del tercero, y á la altura de Liorna, oyó el capitan gritar al marinero vigía: ¡vela á estríbor!

Subió el capitan inmediatamente sobre el puente con su catalejo, y le dirigió hácia el objeto señalado. Al primer golpe de vista reconoció una fragata de diez cañones mas fuerte que la suya, y por ciertos detalles de su construccion creyó podia asegurar que era inglesa.

Pero diez cañones mas ó menos era una miseria para un viejo tiburon como el capitan; mandó á la tripulacion estuviese preparada á cualquier evento, y continuó examinando al buque. Maniobraba evidentemente para aproximarse á la fragata; el capitan, que era muy aficionado á lo que llaman los marinos *juego de bolos*, resolvió evitarle la mitad del camino, y se puso en derrota sobre el navío enemigo.

En aquel momento gritó el marinero vigía: ¡vela á babor! Volvióse el capitan, dirigió su anteojo al otro horizonte, y vió otro buque que saliendo magestuosamente del puerto de Liorna, avanzaba con evidente intencion de tomar parte en el asunto. El capitan le examinó con una atencion muy prolija, y reconoció un navío de línea de la mayor fuerza.

—¡Oh, oh! murmuró, tres filas de dientes á la derecha y dos á la izquierda, que son cinco. Necesitamos mandíbulas muy fuertes; y al punto, pidiendo su bocina, dió órden de dirigirse sobre Bastia y cubrir la fragata con tantas velas como pudiera llevar. Inmediatamente se vieron desplegar como otras tantas banderas las ligeras correderas, y el buque, cediendo al nuevo impulso que le daba aquel aumento de lona, se inclinó suavemente y hendió la mar con nuevo vigor.

El príncipe de*** estaba sobre el puente y habia seguido todos aquellos movimientos con un interés y una curiosidad estraordinaria. Era valiente y no temia un combate; mas sin embargo, al ver los dos buques con que tenia que habérselas el capitan, comprendia que no habia otra salvacion para la fragata que largarse y dar el peor rato posible á sus enemigos.

Felizmente el viento era bueno. Asi la fragata, que no tenia mas que seguir la línea

recta, al paso que los otros dos buques seguian la diagonal, ganaba terreno visiblemente á los ingleses. El capitan, que hasta entonces habia tenido la bocina en la mano, comenzó á dejarla colgar negligentemente de su dedo pequeño, y á silbar la *Marsellesa*, lo cual queria decir claramente: ¡*Estais burlados, señores ingleses*! Comprendió el príncipe perfectamente aquel lenguaje, y aproximándose al capitan frotándose las manos y con esa sonrisa que le era habitual:

—¡Y bien, capitan! le dijo, tenemos mejores piernas que ellos, ¿no es es eso?

—Si, si, dijo el capitan, y si este viento dura, no tardaremos en dejarlos á tal distancia, que no los oiremos ladrar.

—¡Oh! durará, dijo el príncipe fijando sus saltones ojos en la parte de horizonte de donde la brisa soplaba.

—¡Eh, capitan! gritó el marinero vigía.

—¿Qué hay?

—El viento salta del Este al Norte.

—¡Mil truenos! esclamó el capitan, ¡estamos perdidos!

En efecto, un soplo del mistral que pasaba á través de los aparejos, confirmó lo que acababa de decir el marinero. Sin embargo, no podia ser mas que un cambio accidental del viento. Esperó, pues, el capitan algunos minutos todavía antes de tomar una resolucion, mas á muy cortos instantes ya no quedaba duda: el viento se habia fijado al Norte.

Aquella nueva impulsion la esperimentaron á la vez los tres buques; el navío de tres puentes se aprovechó de ella para avanzar y cortar á la fragata francesa el derrotero de Córcega.

En cuanto á la fragata inglesa, no pudiendo aproximarse directamente, se puso á dar bordadas á fin de no alejarse.

El capitan era hombre de genio; tomó al instante mismo una resolucion decisiva y atrevida: la de marchar directamente sobre el mas débil de los dos buques, atacarle frente á frente, y tomarle al abordage antes de que el navío de línea hubiese podido llegar en su socorro.

En consecuencia, ordenó la maniobra necesaria, y el tambor tocó el zafarrancho de combate.

Tan próximos estaban á la fragata inglesa, que oyeron á su tambor responder á nuestro reto.

Por su parte, el navío de línea, comprendiendo nuestra intencion, cargó todas sus velas y enderezó la proa directamente hácia nosotros.

Hallábanse, pues, los tres buques escalonados en una sola línea, y siguiendo al parecer el mismo rumbo, solo que estaban colocados á distancias diferentes; asi la fragata francesa que se encontraba enmedio, estaba apenas á un cuarto de legua de la fragata inglesa, y á mas de dos leguas del navío de línea.

No tardó en disminuir todavía mas aquella distancia; porque viendo la fragata inglesa la intencion de su enemiga, no conservó mas que las velas estrictamente necesarias para la maniobra, y esperó el choque de que se veia amenazada.

Viendo el capitan francés que se aproximaba el momento de la accion, suplicó al príncipe bajase á la bodega, ó á lo menos se retirase á su camarote. Pero el príncipe, que jamás habia visto un combate naval, y que deseaba aprovechar aquella ocasion, pidió le permitieran estar sobre el puente, prometiendo permanecer apoyado en el palo de mesana sin incomodar en nada á la maniobra. El capitan, que apreciaba los bravos de cualquier pais que fuesen, le concedió lo que pedia.

Continuaron avanzando; mas apenas hubieron ganado unos cien pasos, se distinguió una nubecilla blanca á bordo de la fragata inglesa, luego vieron resbalar una bala á algunas toesas de la fragata francesa, oyeron el cañonazo, y por fin, vieron el ligero vapor producido por el disparo elevarse desvaneciéndose, y desaparecer á través de los mástiles, impelido por el viento que soplaba del lado de Francia.

Estaba comprometida la partida por la orgullosa hija de la Gran Bretaña, que provocada la primera por el sonido del tambor, habia querido ser la primera á contestar por el sonido del cañon. Comenzaron los dos buques á aproximarse uno á otro; mas á pesar de permanecer los artilleros franceses en su puesto, aunque las mechas estaban encendidas, y no obstante que los cañones tendidos sobre sus pesadas cureñas, parecian pedir permiso para decir una palabra á su vez en favor de la república, todo permaneció mudo á bordo, sin oirse otro ruido que la *Marsellesa*, que el capitan continuaba silbando. Verdad es, que como era el único aire que sabia, le aplicaba á todas las circunstancias; solo si, segun el tono en que la silbara, asi variaba aquel aire de espresion, y se podia reconocer en las entonaciones si estaba el capitan de buen ó mal humor, contento ó descontento, triste ó alegre.

Aquella vez, la entonacion habia tomado una espresion de sombria amenaza que no prometia nada bueno á los señores ingleses.

En efecto, nada puede tener un aspecto mas terrible que aquel buque mudo y silencioso, avanzando en línea recta, y con una ala tan firme como la del águila sobre su enemigo, el cual cada cinco minutos virando y revirando de bordo, la enviaba su doble carronada, sin que todo aquel huracan de hierro que pasaba á través de las velas, aparejos y mástiles de la fragata francesa, pareciese causarla un daño de consideracion ni la detuviese un solo instante en su carrera. Encontráronse al fin los dos buques casi tocándose los bordes; la fragata inglesa acababa de descargar su andanada; dió órden de virar para presen-

tarla uno de sus flancos que todavía estaba armado; pero en el momento en que se presentaba de costado á nuestra artillería, la voz de ¡*fuego*! se oyó; veinte y cuatro piezas tronaron á la vez, la tercera parte de la tripulacion inglesa quedó tendida, crugieron dos mástiles y cayeron, y el buque estremeciéndose desde sus pequeños mástiles hasta la quilla, se detuvo en su maniobra, estremeciéndose y obligado á esperar á su enemiga.

Entonces la fragata francesa viró de bordo á su vez con una velocidad y una gracia estraordinarias, y se adelantó para enganchar su bauprés en los porta-obenques del palo de mesana; mas al pasar por delante de su contraria, la saludó á quema-ropa con su segunda andanada, la que dando de lleno en la madera, rompió la muralla del buque, y tendió sobre el puente ocho ó diez muertos y unos veinte heridos.

En el mismo momento se oyó el ruido de los dos buques que se chocaban uniéndose, y las ancletas de abordage aferraban uno á otro con esa fatal traccion que casi siempre es seguida de la destruccion de uno de los dos.

Hubo un momento de horrible confusion; ingleses y franceses estaban de tal modo mezclados y confundidos, que no se sabia quiénes atacaban ni quiénes se defendian. Tres veces los franceses se precipitaron en la fragata inglesa como un torrente que se precipita, tres veces retrocedieron como una marea que se retira. Al fin, al cuarto esfuerzo, pareció cesar toda resistencia; el capitan habia desaparecido muerto ó herido. Todos se rindieron á bordo de la fragata inglesa; solo el pabellon británico protestaba aun contra la derrota; un marinero se lanzó apresuradamente á abatirle. En aquel momento el grito de ¡hay fuego! se oyó; habian visto al capitan inglés con una mecha en la mano adelantándose hácia la *Santa Bárbara*.

Al punto ingleses y franceses se precipitaron confundidos á bordo de la fragata francesa huyendo del volcan que iba á abrirse bajo sus pies, y que amenazaba tragarse á la vez amigos y enemigos. Precipitáronse marineros con el hacha en la mano para cortar las cadenas de los ganchos de abordage y desprender el bauprés. El capitan se llevó á la boca la bocina, mandó la maniobra por medio de la que esperaba alejarse de su enemigo, y la esbelta é inteligente fragata, como si hubiese comprendido el peligro que corria, hizo un movimiento á retaguardia. En el mismo instante se oyó un estruendo semejante al de cien piezas de artillería que sonasen á la vez; el buque inglés reventó como una bomba, lanzando al cielo los pedazos de sus mástiles, sus piezas destrozadas, y los dispersos miembros de sus heridos y muertos. Luego sucedió un terrible silencio á aquel espantoso ruido, y una vasta hoguera encendida permaneció algunos segundos todavía en la superficie del mar, sumergiéndose poco á poco, y haciendo hervir el agua que la rodeaba; y por último, dando tres vueltas sobre sí misma, desapareció en el abismo. Casi en el mismo instante una lluvia de aparejos rotos, de restos inflamados, de sangrientos miembros cayó al rededor de la fragata francesa. Todo habia concluido, su enemiga habia cesado de existir.

Hubo un instante de suprema alarma, durante el que nadie estuvo seguro de su propia existencia, en que los mas valientes se miraron estremeciéndose, y en que no se supo, tan inmediata estaba la fragata francesa á la inglesa, si seria arrastrada con ella al fondo del mar ó con ella lanzada al cielo.

El capitan fué el primero que recobró su sangre fria; mandó conducir á los prisioneros á la bodega, bajar á los heridos al entrepuente, y arrojar los muertos al mar.

En seguida, ejecutadas las tres órdenes, se volvió para ver al navio de tres puentes, que durante la catástrofe que acabamos de referir habia ganado terreno, y avanzaba lanzando espuma ante su proa como un corcel de batalla levanta el polvo ante su pecho.

Hizo el capitan reparar en el instante mismo las averías que habian causado en el buque los disparos, mudó dos ó tres velas desgarradas por las balas, y reemplazó los aparejos rotos con aparejos nuevos; en seguida conociendo que su salvacion dependia de la rapidez de sus movimientos, volvió á emprender su ruta con toda la velocidad de que su buque era susceptible.

Pero por mas rápidamente que hubiesen sido ejecutadas aquellas maniobras, se habia empleado en ellas un tiempo que su antagonista habia aprovechado, de modo que en el momento en que la fragata se inclinaba á impulso del viento volviendo á continuar su rumbo hácia las Baleares, se distinguió su punto blanco en la proa del navío de línea, y casi en el mismo instante una bala, pasando á través de los mástiles, cortó dos ó tres cables y agujereó la vela mayor y la de foque.

—¡Mil truenos! esclamó el capitan, los truanes las tienen de á cuarenta y ocho!

Efectivamente dos piezas de ese calibre estaban colocadas á bordo del navío, una en la proa y otra en la popa, de modo que cuando el capitan de la fragata se creia fuera de tiro, se encontraba bajo el fuego de su enemigo con gran desesperacion suya.

—Todas las velas fuera ¡esclamó el capitan, todo hasta la última barredera! que no quede ni un jiron de lona del tamaño de un pañuelo de bolsillo en los armarios. ¡Obrad pronto!

Inmediatamente tres ó cuatro velas pequeñas fueron colocadas junto á las velas mayores á que estaban destinadas á acompañar, y se sintió un aumento de velocidad, y por mas débil que fuese, no era sin embargo completamente inútil aquel auxilio.

En aquel momento resonó un segundo ca-

ñonazo, que pasó como el primero por entre los mástiles, pero sin otro resultado que agujerear una ó dos velas.

Siguieron asi por espacio de diez minutos próximamente; durante aquellos diez minutos, el capitan francés no cesó de tener su anteojo dirigido al navío enemigo. Pasados los diez minutos de observacion, volviendo á meter los tubos de su anteojo con un rudo movimiento de la mano, esclamó:

—Decididamente quedais burlados, señores ingleses! nos tragamos medio nudo mas que vosotros.

—¿De modo que, preguntó el príncipe que no habia abandonado el puente, mañana por la mañana ya no estaremos á la vista?

—¡Oh! si, respondió el capitan, si marchamos siempre á este paso.

—Y si alguna maldita bala no nos rompe una de nuestras tres piernas, dijo riendo el príncipe.

Cuando decia estas palabras resonó la esplosion de un tercer cañonazo y casi al punto se oyó un terrible crugido; una bala acababa de romper el mástil en que estaba apoyado el príncipe por bajo de la gran gavia.

Al mismo tiempo el mástil se inclinó como un árbol que el viento arranca de raiz; en seguida su parte superior cargada de velas, aparejos y cordaje cayó sobre el puente sepultando al príncipe debajo aquel monton de velámen, pero con tal suerte que no causó al príncipe ni un arañazo.

Un juramento capaz de hendir el cielo acompañó aquel desastre, como el ruido del trueno acompaña el rayo. Habíalo pronunciado el capitan y á la primera mirada habia comprendido su posicion. Esta posicion era comprometida: ya era inevitable un combate, y el resultado del combate siendo su buque inferior, con hombres ya cansados por la primera lucha y una tripulacion fuerte una mitad menos que la tripulacion enemiga, no presentaba ni por un instante probabilidad favorable.

No por eso dejó de prepararse el capitan á aquella desesperada lucha con el valor tranquilo y perseverante que todos le reconocian: el zafarancho del combate sonó de nuevo, y la mitad de los marineros corrió á las armas que no habian hecho mas que dejar provisionalmente sobre el puente, mientras la otra mitad, lanzándose al mástil se puso á cortar á hachazos cordaje y aparejos; levantaron en seguida el palo roto, y aparejos, mástiles, velas, cordajes, todo fué arrojado al mar.

Solo entonces fué cuando vieron que el príncipe estaba sano y salvo. El capitan le habia creido destrozado. Sin embargo, por corto que fuese el tiempo transcurrido desde la catástrofe, los progresos del buque eran ya visibles; continuar el rumbo era ya huir inútilmente; además, huir es una cobardía, cuando la fuga no ofrece alguna probabilidad de salvacion. Asi es á lo menos como pensaba el capitan. Por tanto mandó inmediatamente se quitasen del buque todas las velas que no fuesen absolutamente necesarias á la maniobra, y que se esperase al navío.

Pensando que en aquella crítica situacion haria buen efecto á sus marineros una alocucion, subió sobre la escalera del castillo de popa, y dirigiéndose á su tripulacion:

—Amigos mios, dijo, estamos completamente perdidos desde la A hasta la Z. Al presente no nos queda ya otro recurso que morir lo mejor que podamos. ¡Acordaos del *Vengador, y viva la república*!

La tripulacion repitió unánime el grito de: ¡*viva la república*! En seguida se dirige cada uno á su puesto con tal ligereza y resolucion como si hubiese sido convocado para una distribucion de aguardiente.

El capitan se puso á silbar la *marsellesa*.

El navío continuaba avanzando, y á cada paso que ganaba, sus mensageros de muerte se hacian cada vez mas frecuentes y funestos; encontróse al fin á tiro ordinario, y presentando su flanco armado con una triple hilera de cañones, se cubrió con una espesa nube de humo, del medio de la que salió una granizada de balas que fué á caer sobre el puente de la fragata.

En circunstancias tales, mas vale correr ante el peligro que esperarle. El capitan mandó maniobrar sobre el navío inglés é intentar el abordaje. Si alguna cosa podia salvar á la fragata, era un golpe vigoroso que hiciese desaparecer la superioridad física del enemigo con quien tenia que luchar, poniendo frente á frente la impetuosidad francesa con el valor anglicano.

Pero el buque inglés tenia muy buena posicion para perderla fácilmente. La fragata apenas podia alcanzarle con sus cañones de treinta y seis, al paso que él con sus cañones de cuarenta y ocho la abrasaba impunemente. Y como desde que vió á la fragata marcar el rumbo hácia él maniobró para conservarla siempre á la misma distancia, desde aquel momento, por una estraña combinacion, el mas fuerte fué el que pareció huir, y el mas débil el que parecia perseguir.

La situacion del buque francés era terrible: siempre á la misma distancia por la misma maniobra, cada andanada que le disparaba su enemigo, le daba de lleno, mientras que los desesperados disparos que él hacia se perdian impotentes en el intérvalo que les separaba del blanco á que querian alcanzar; no era aquello una lucha, era simplemente una agonía; era preciso morir sin defenderse siquiera, ó rendirse.

El capitan estaba en el sitio mas descubierto, arrojándose, por decirlo asi, ante cada andanada, y esperando en cada una de ellas que alguna bala le hiciera dos pedazos; mas hubiérase dicho que era invulnerable; su buque estaba arrasado como un ponton, la cu-

bierta estaba sembrada de muertos y moribundos, y él no tenia ni una herida.

Tambien el príncipe de*** estaba sano y salvo.

El capitan dirigió una mirada á su alrededor, vió á su tripulacion diezmada por la metralla, muriendo sin proferir una queja, á pesar de morir sin venganza; sintió á su fragata estremecerse y quejarse bajo sus pies, como si hubiese estado animada y viva: comprendió que era responsable ante Dios de las vidas que le estaban confiadas, y ante la Francia del buque de que le habia hecho rey. Llorando de rabia, dió órden de amainar el pabellon.

Inmediatamente que la bandera de tres colores desapareció del asta en que flotaba, cesó el fuego del buque enemigo; y dirigiendo el rumbo hácia la fragata, maniobró para aproximarse directamente hácia ella; por su parte la fragata le veia avanzar conservando un sombrío silencio: hubiérase dicho que á su aproximacion los mismos moribundos contenian sus lamentos. Por un movimiento maquinal, los pocos artilleros que permanecian junto á una docena de piezas todavía en batería, apenas vieron el buque á tiro, aproximaron la mecha á los cañones; pero á una señal del capitan, todos los bota-fuegos fueron arrojados sobre el puente, y esperaron todos resignados, comprendiendo que cualquier defensa seria una traicion.

En breves instantes se encontraron los dos buques casi tocándose los bordes, pero en un estado muy diferente: ni un solo hombre del navío inglés faltaba en el rol de la tripulacion, ni un mástil habia padecido, ni una cuerda se habia roto; el buque francés, por el contrario, averiado todo él en su doble lucha, habia perdido la mitad de su gente, tenia tres mástiles rotos, y casi todo su cordage flotaba al viento como una cabellera esparcida y desmelenada.

Cuando el capitan inglés estuvo al alcance de la bocina, dirigió en escelente francés á su intrépido adversario alguna de esas palabras de consuelo con que los bravos dulcifican entre sí el dolor de la muerte ó la vergüenza de la derrota. El capitan francés se contentó con sonreir meneando la cabeza, despues de lo que hizo seña á su enemigo de que enviase sus chalupas, á fin de que la tripulacion prisionera pudiese pasar de un bordo al otro, estando todas las lanchas de la fragata fuera de servicio.

Al punto se verificó el trasporte: de tal modo se habia averiado el buque frencés, que hacia agua por todas partes, y si no se ponia pronto remedio á sus averías, amenazaba irse á pique.

Trasportáronse primero los desgraciados heridos de gravedad, despues aquellos cuyas heridas eran leves, y por último, los pocos que por milagro habian salido sanos y salvos del doble combate que acababan de sostener.

El capitan quedó el último á bordo, como era de su deber; luego, cuando vió á los últimos de su tripulacion en la chalupa, y que el capitan inglés hacia echar al agua su propia chalupa para enviarle á buscar, entró en su cámara como si hubiese olvidado alguna cosa; cinco minutos despues se oyó la detonacion que producia un pistoletazo.

Dos marineros ingleses y el jóven midshipman, que mandaba la embarcacion, se lanzaron al punto sobre el puente y se dirigieron corriendo á la cámara del capitan. Encontráronle tendido sobre el puente, desfigurado y nadando en su propia sangre; el desgraciado y bravo marino no habia querido sobrevivir á su derrota: acababa de levantarse la tapa de los sesos. El jóven midshipman y los dos marineros, apenas acababan de asegurarse que estaba muerto, cuando oyeron un silbido. En el momento que el príncipe de*** ponia el pie á bordo del buque inglés, comenzaron á notar que el tiempo cambiaba en tempestad; de modo que viendo el capitan que no habia tiempo que perder para hacer frente á aquel nuevo enemigo, habia resuelto volverse apresuradamente al puerto de Liorna ó al de Porto-Ferrajo.

Tres dias despues, el buque inglés, desmantelado de su palo de mesana, roto su timon, y no sosteniéndose sobre el agua sino con la ayuda de sus bombas, entró en el puerto de Mahon, impulsado por las últimas ráfagas de la tempestad que poco habia faltado para echarle á pique.

En cuanto á la fragata francesa su vencedor habia querido por un momento remolcarla consigo; pero muy pronto se habia visto obligado á abandonarla; y al mismo tiempo que el buque inglés entraba en el puerto de Mahon, ella encallaba en las costas de Francia con el cuerpo de su bravo capitan, al que servia de glorioso féretro.

El príncipe de*** habia sufrido la tempestad con la misma felicidad que el combate, y habia desembarcado en Mahon sin haberse siquiera mareado.

XVIII.

LA BENDICION PATERNAL.

Por espacio de cinco años se ignoró completamente lo que habia sido del príncipe de***. Unicamente que su banquero le remitia por lo regular sumas enormes, unas veces á Francia, otras á Alemania, y tambien á Inglaterra. Al fin cuando menos lo pensaban, le vieron aparecer en Nápoles, esposo de una jóven inglesa con quien se habia casado, y pa-

dre de dos lindos niños que el cielo, sonriéndole contínuamente, habia hecho que fuesen varon el uno, hembra la otra.

Diremos breves palabras acerca del niño, para ocuparnos despues de la niña, cuyas desgracias harán casi solas el gasto de este interesante capítulo.

El niño era el vivo retrato de su padre. Así que desde que lo vieron, no dudaron en Nápoles que el don fatal de la gettatura continuaría en la línea masculina del príncipe. En cuanto á la niña, era una bonita figura que reunia en sí los dos tipos de belleza italiana é inglesa: tenia larga cabellera negra, bonitos ojos azules, tez blanca y mate como una azucena, dientes pequeñitos y brillantes como perlas, sus labios rojos como una cereza.

La madre se encargó esclusivamente de la educacion de esta encantadora niña, que creció á su sombra, graciosa y fresca como una flor de primavera.

A los quince años causaba la admiracion de Nápoles; la primera cosa que se preguntaba á los estrangeros era si habian visto á la encantadora princesa de***.

No es necesario decir que durante esos quince años la funesta estrella del príncipe habia permanecido constantemente la misma; la única diferencia que en él se notaba, consistia en que á sus antiparras habia añadido una enorme caja de tabaco, lo cual duplicaba todavía, si se han de creer las tradiciones, la maligna influencia á que constantemente estaban sometidos los que se hallaban en contacto con él.

Entre todos los jóvenes nobles que giraban en torno de la bella Elena (así se llamaba la hija del príncipe de***) se habia fijado esta en el conde de F***, hijo segundo de uno de los mas ricos y aristocráticos patricios de la ciudad de Nápoles. Mas como el derecho de mayorazgo estaba abolido en el reino de las Dos Sicilias, el conde de F***, á pesar de ser segundon, era un partido muy bueno para nuestra heroina, puesto que llevaba al matrimonio como ciento cincuenta mil libras de renta, un nombre noble, veinte y cinco años y una bella figura.

¡Cosa increible! precisamente era su bella figura el principal obstáculo al matrimonio; no de parte de la jóven princesa, ella por el contrario, á Dios gracias, apreciaba aquel don de la naturaleza en todo su valor, y aun en mucho mas; pero aquella bella figura habia hecho tantas de las suyas, habia trastornado tantas cabezas, y habia causado tanto escándalo en la ciudad, que siempre que se trataba del conde de F*** delante del príncipe de***, apresurábase éste á manifestar su opinion acerca de los jóvenes disipados, y especialmente de aquel, el cual, segun el príncipe, tenia tan buena fortuna como Salomon.

Desgraciadamente sucedió lo que siempre sucede; era el único hombre á quien Elena no hubiera debido amar, y era precisamente de quien la bella Elena se habia enamorado. ¿Fué por simpatía ó por espíritu de contrariedad? Lo ignoro. ¿Era porque pensaba muy bien de él, ó porque se la habia dicho mucho malo? No lo sé. Mas es lo cierto que se enamoró de él, no con ese amor efímero que un ligero capricho hace nacer y que la ménor oposicion hace morir, sino con ese amor ardiente, profundo y eterno, que se aumenta con las dificultades que se le oponen, que se alimenta con las lágrimas que derrama, y que como el de Julieta y Romeo, no ve otro desenlace que el altar ó la tumba.

Mas á pesar de que el príncipe adoraba á su hija, y aun precisamente porque la adoraba, se mostraba cada vez mas opuesto á una union, que á su parecer, debia causar su desgracia. Todos los dias iban á referir á la pobre Elena alguna nueva calaverada por el estilo de las de Faublas ó Richelieu, de que el conde de F*** era el héroe; pero con gran admiracion suya, la relacion de aquellos desmanes, en vez de disminuir el amor de la jóven, no hacia sino aumentarlo.

No tardó en llegar aquel amor á un estremo que hizo palidecer sus bellas megillas, y que sus ojos, conservando por el dia la huella de las lágrimas de por la noche, comenzasen á perder su brillo; en fin, apoderándose de ella una profunda melancolía, no aparecieron ya en sus labios mas que esas vagas sonrisas semejantes á los pálidos rayos de un sol de invierno. Declaróse una enfermeddad de languidez.

Horriblemente inquieto el príncipe por el cambio sobrevenido en Elena, esperó al médico en el momento en que salia de la alcoba de su hija, y le suplicó le dijese lo que pensaba acerca de su estado; el médico respondió que en aquella circunstancia podia la medicina menos que en ninguna otra permitirse predecir el porvenir, porque la enfermedad de la jóven le parecia originada por causas puramente morales, causas acerca de las que la enferma habia rehusado obstinadamente esplicárselas: pero que á pesar de aquella negativa, estaba seguro que habia en el fondo de aquella languidez que podia llegar á ser mortal, algun secreto en que estaba su curacion.

Aquel secreto no lo era para el príncipe. Así que siguió los progresos del mal con viva ansiedad, así continuó todavía por espacio de dos ó tres meses; pero trascurrido ese tiempo, habiéndole prevenido el médico que el estado de la enferma empeoraba de tal modo que no respondia ya de ella, el príncipe pidiendo perdon á Dios y á la moral de confiar la felicidad de su hija á semejante hombre, concluyó por decir un dia á Elena, que como su vida le era mas querida que todo en el mundo, consentia al fin en que se casara con el conde de F***.

La pobre Elena, que no esperaba aquella buena noticia, saltó de gozo; sus pálidas me-

gillas se animaron al punto con el carmin mas encantador; sus apagados ojos lanzaron rayos; en fin, su linda boca, que hasta allí habia retratado la tristeza, volvió á sonreir con aquella dulce sonrisa que parecia haber olvidado para siempre. Arrojó sus demacrados brazos al cuello de su padre, y en cambio de su consentimiento, le prometió no solo vivir, sino tambien ser dichosa.

El príncipe, acudiéndole sin cesar á su memoria el recuerdo de la fatal reputacion de su futuro yerno, meneó tristemente la cabeza.

Sin embargo, como habia dado su palabra, consintió que Elena hiciese conocer inmediatamente á su prometido, que si no enfermo como ella, al menos como ella habia sido desgraciado, el cambio inesperado que se verificaba en su posicion.

El conde de F*** fué á verla inmediatamente. Al saber aquella inesperada nueva, poco le faltó para volverse loco de alegría.

Los dos amantes al volverse á ver, no pudieron articular una sola palabra, se deshicieron en lágrimas.

Retiróse el príncipe murmurando: cinco segundos mas que hubiera presenciado semejante espectáculo, hubiera llorado como ellos, y con ellos.

La oposicion del príncipe habia hecho tanto ruido, que comprendió que desde el momento que cesaba de negarse á la union de los dos amantes, valia mas que el matrimonio se verificase cuanto antes que retardarle. Fijóse, pues, el dia de la ceremonia para de allí á tres semanas; era el tiempo estrictamente necesario para cumplir con las formalidades de costumbre.

En aquellas tres semanas recibió el príncipe de *** lo menos diez anónimos llenos de las mas graves acusaciones contra su futuro yerno; ya eran Ariadnas abandonadas que le pintaban como un amante sin fé; ya eran madres desoladas que le acusaban de ser un padre sin entrañas; ya por fin, quejas amargas de ambas partes que iban á corroborar mas y mas la primera opinion que el príncipe se habia formado respecto al conde de ***. Pero el príncipe habia dado su palabra; veia á su hija feliz recobrar cada dia mas vida aproximándose á su dicha. Encerró todos sus temores en el fondo de su corazon, comprendiendo que despues de haber cedido á los deseos de Elena, seria ya matarla retirar su palabra dada.

Todo permaneció en *estatu quo*, y llegado el gran dia, se verificó la augusta ceremonia con gran regocijo de los jóvenes esposos, y admiracion de todos los presentes á ella, quienes declararon unánimemente que era inútil buscar en todo el reino de las Dos Sicilias dos jóvenes que mas se conviniesen bajo todos aspectos.

Por la noche hubo gran baile, durante el cual el jóven esposo estuvo muy solícito, y la bella esposa muy ruborizada: al fin llegó la hora de retirarse. Marcháronse los convidados unos despues de otros; no quedaban ya en el palacio mas que los recien casados, el príncipe y la princesa. Al ver aproximarse el instante de pertenecer uno al otro, Elena se arrojó en los brazos de su madre, mientras que el jóven conde movia sonriéndose la mano del príncipe.

En aquel momento, este, olvidando todas sus prevenciones contra su yerno, le abrazó juntamente con su hija, y colocó las manos sobre sus cabezas, esclamando:—¡Venid, queridos hijos, venid á recibir la bendicion paterna!

Al oir aquellas palabras, y habiéndose desprendido los dos de sus brazos, cayeron de rodillas, y el príncipe, para no quedar inferior á la situacion, apoyó sobre sus cabezas las manos que habia levantado hácia el cielo; entonces no encontrando nada que decir mejor que las mismas palabras que el Señor dijo á los primeros esposos:

—¡Creced y multiplicáos! esclamó.

Luego, temiendo dejarse arrebatar de una emocion que miraba como indigna de un hombre, se retiró á su habitacion, á donde fué á unírsele al cuarto de hora la princesa, anunciándole, que segun todas las probabilidades, los jóvenes esposos estarian ocupados en aquel momento en poner en ejecucion las palabras del Génesis.

Al dia siguiente, al ver Elena á su madre, se ruborizó estraordinariamente; el conde de F*** por su parte, no carecia de cierto embarazo al aproximarse al príncipe; pero como aquel embarazo y aquel rubor eran muy naturales en la posicion de ambas partes, la princesa se contentó con responder á aquel rubor con un beso, y el príncipe á aquel embarazo con una sonrisa.

Pasaron el dia sin que el príncipe ni la princesa intentasen entrar en ningun detalle acerca de lo que habia pasado entre los jóvenes esposos fuera de su presencia; y como comprendian su situacion, les dejaron lo mas que pudieron á solas, y no les admiró de ningun modo que pasasen una parte del dia encerrados en sus habitaciones. No obstante, se comió en familia; pero como los esposos parecian cada vez mas contrariados y llenos de embarazo, el príncipe y la princesa cambiaron una sonrisa de inteligencia; y al punto que se terminaron los postres, anunciaron á sus hijos que habian decidido ir á pasar algunos dias en el campo, y que en aquellos dias les dejaban el palacio de Nápoles completamente á su disposicion. Hiciéronlo como dijeron, y aquella misma noche partieron el príncipe y la princesa para Caserta, bastante preocupados ambos con las observaciones que habian hecho separadamente, pero acerca de las que no dijeron ni una palabra en todo el viage.

Tres dias despues, en el momento en que

el príncipe y la princesa almorzaban solos, se oyó rodar un carruage en el patio del castillo. Cinco minutos despues llegó un criado precipitadamente á anunciar que la jóven condesa acababa de llegar.

Detrás de él se presentó Elena; pero muy al contrario de lo que debiera esperarse de una casada en la misma semana, su fisonomía estaba descompuesta, y se arrojó llorando en brazos de su madre.

El príncipe adoraba á su hija, quiso saber cuál era la causa de su disgusto; pero cuanto mas la interrogaba, mas se deshacia Elena en lágrimas guardando silencio. Por fin, una idea terrible se ocurrió á la imaginacion del príncipe.

—¡Oh! el desventurado! esclamó, ¿te habrá hecho alguna infidelidad?

—¡Ay! ojalá! respondió la jóven.

—¿Cómo, ojalá?

—¿Pues qué es lo que sucede? continuó el príncipe.

—Una cosa que no puedo decir mas que á mi madre, respondió Elena.

—Ven, pues, hija mia, ven conmigo, esclamó la princesa, y cuéntame tus disgustos.

—¡Madre mia! ¡madre mia! dijo la jóven, no sé si me atreveré.

—¿Pero qué es tan terrible? preguntó el príncipe.

—¡Oh! padre mio, es horroroso.

—¡Bien lo dije yo, murmuró el príncipe, que ese hombre labraría tu desgracia!

—¡Ay! y yo que no os creí! respondió Elena.

—Ven, hija mia, ven, dijo la princesa, y veremos de arreglar todo eso

—¡Ah! madre mia, madre mia, respondió la jóven desposada dejándose arrastrar casi á su pesar, ¡ah! temo mucho que no tenga remedio.

Y las dos mugeres desaparecieron en la alcoba de la princesa.

Allí fué revelado un secreto inesperado, maravilloso, inaudito: el conde de F*** el Lovelace de Nápoles ese héroe de las mil y una aventuras, ese hombre cuyas precoces paternidades habian causado tan grandes y continuados terrores al príncipe de***, el conde de F*** no se habia aproximado á su muger en seis dias de matrimonio, mas que lo que se habia aproximado á la suya al cabo de un año Monsieur de Lignolle, de problemática memoria.

Y la que habia allí de mas estraordinario, era que la reputacion anterior del conde de F*** lejos de ser usurpada, habia quedado todavía muy inferior á la realidad.

Pero la bendicion paternal daba sus frutos. Asi como lo habia dejado temer la esclamacion de Elena, no habia remedio.

Pasáronse tres años sin que nadie en el mundo pudiese conjurar el maleficio de que era víctima el pobre conde de F***; pasados aquellos tres años se esparció un rumor singular: que la señora condesa de F*** con arreglo á uno de los artículos del concilio de Trento, entablaba demanda de divorcio alegando la impotencia del marido.

Semejante noticia, como se comprenderá, no podia ser acogida con mucha credulidad en la ciudad de Nápoles; las mugeres especialmente la oian encogiéndose de hombros asegurando que semejantes rumores carecian de sentido comun. Llegó sin embargo un dia en que fué preciso darla crédito; la condesa de F*** acababa de citar á su marido ante el tribunal de la Rota en Roma.

Entonces quisieron todos recordar hasta los menores detalles que habian acaecido despues del baile de boda; pero nadie pensó en la fatal bendicion del príncipe de*** ni en los términos bíblicos en que habia sido formulada, de modo que todo quedó en la duda, tomando los hombres partido por la condesa, colocándose todas las mugeres del lado del conde.

Durante tres meses estuvo Nápoles tan dividido como lo habia estado en las épocas de mas grandes discordias civiles. Teníanse á propósito del conde y la condesa de F*** eternas discusiones entre maridos y mugeres; los maridos sostenian contra sus mugeres que no solo el conde de F*** era impotente, sino que siempre lo habia sido; respondian las mugeres á sus maridos que eran imbéciles que no sabian lo que se decian.

Al fin la condesa compareció ante un tribunal de doctores y matronas. Las matronas y los doctores declararon unánimemente que era una desgracia que Elena, como Juana de Arco, no hubiese nacido en la frontera de Lorena, puesto que, como la heroina de Vaucouleurs, tenia en caso de invasion, todo lo que se necesitaba para espulsar á los ingleses de Francia.

Triunfaron los maridos, pero las mugeres no se rindieron por tan poca cosa: aseguraron que las matronas no sabian su oficio y que los médicos nada entendian.

Las disputas conyugales se envenenaron de tal modo, que una parte de aquellas damas, no teniendo la felicidad de poder pedir el divorcio por causa de impotencia, pidieron la separacion por incompatibilidad de carácter.

El conde de F*** pidió el concúbito: estaba en su derecho. El concúbito fué pues ordenado: era su última esperanza.

Somos demasiado castos para entrar en los detalles de esa singular costumbre muy usada en la edad media, pero que ha caido casi completamente en desuso en el siglo XIX. Por lo demás si nuestros lectores tuviesen curiosidad respecto á este punto, les enviaríamos á Tallemat de Reaux, *Historieta del caballero de Langeais*; nos contentaremos con decir, que contra lo que se creia, el resultado fué sumamente bochornoso para el pobre conde de F***.

Los maridos napolitanos se cogieron por la

mano y bailaron en círculo, ni mas ni menos que se asegura lo hicieron en la sala de chimenea del Teatro francés los señores románticos en rededor del busto de Racine; lo que jamás se ha probado bien, puesto que el busto de Racine está arrimado á la pared.

Acaso se creerá que las mugeres quedaron convencidas; pero es sabido que cuando las mugeres tienen una cosa en su cabeza, es bastante difícil quitársela. Aquellas señoras respondieron que permanecerian en su primera opinion acerca del escelente carácter del jóven hasta que tuviesen una prueba directa en contrario.

Pero como el tribunal de la Rota no está compuesto de mugeres, decidió el tribunal que el matrimonio no habiéndose consumado, era como nulo y no celebrado.

Mediante cuya sentencia quedaron en libertad de volverse la espalda, y contraer si lo tenian á bien, cada uno por su parte un nuevo himeneo.

Elena no tardó en aprovecharse del permiso que la habian dado. Durante aquellos tres años de estraña viudez uno de los que la habian hecho la córte con mas asiduidad habia sido el caballero de T***, pero mitad por virtud mitad por temor de dar al conde de F*** legítimos motivos de agravio, jamás habia confesado Elena al caballero que participaba de su amor. Habia resultado de esta reserva una grande admiracion de parte del mundo, y un profundo amor de parte del caballero de T***.

Así, apenas conocido el pronunciado fallo, el caballero de T***, que no esperaba mas que aquel momento para reemplazar el sitio y lugar del primer marido, apresuróse á ofrecer su corazon y su mano á la bella Elena. Uno y otro fueron aceptados, y la noticia de la boda convenida para el porvenir se esparció al mismo tiempo que la de la ruptura del matrimonio pasado.

Esta vez no hizo el príncipe ninguna oposicion á los votos de su hija, la que habiendo llegado, por otra parte, á la mayor edad, tenia el derecho de gobernarse por sí misma. Jamás habia hecho el caballero de T*** que se hablara de él sino de un modo muy ventajoso: era de una de las primeras familias de Nápoles, bastante rico para que pudiera suponerse que su amor á Elena fuese el resultado de un cálculo, y ademas de todo eso, como ayudante de campo, estaba unido á uno de los príncipes de la familia reinante: el partido era, pues, sumamente aceptable.

Quedó decidido que se dejarian pasar tres meses por guardar las conveniencias sociales; que durante esos tres meses el caballero de T*** aceptaria una mision que el príncipe le habia ofrecido para Viena; y en fin, que espirado aquel plazo, volveria á Nápoles, donde se celebraria la boda.

Todo pasó conforme se habia acordado: en el dia señalado estuvo de vuelta el caballero de T***, mas enamorado todavía que cuando partió; Elena por su parte, le habia guardado en toda su intensidad aquel segundo amor tan profundo y tan puro como el primero. En aquel intérvalo se habian llenado todas las formalidades de costumbre: nada podia, pues, retardar la felicidad de los dos amantes. Celebróse el matrimonio ocho dias despues de haber llegado el caballero.

Esta vez no hubo ya ni comida ni baile; se casaron en el campo y en la capilla del castillo: cuatro testigos, el príncipe y la princesa, presenciaron solos la dicha de los nuevos esposos. El príncipe, como habia hecho en el primer desposorio, los detuvo despues de la celebracion del matrimonio para dirigirles una breve exhortacion, que Elena y el caballero escucharon con todo el recogimiento y respeto posibles. En seguida y terminada la alocucion, quiso bendecirlos, pero Elena, que sabia lo que habia costado á su felicidad la primera bendicion paternal, dió un salto hácia atrás, y estendiendo las manos hácia su padre:

—¡En nombre del cielo, padre mio! dijo, ¡ni una palabra mas! Acaso sea una supersticion, pero supersticion ó no, no nos bendigais.

El príncipe, que ignoraba la verdadera causa de la negativa de su hija, insistió en ejecutar lo que miraba como un deber; pero venciendo el temor al respeto, Elena, con gran admiracion del príncipe, se llevó á su marido á su habitacion para sustraerle á la temible bendicion, y con un movimiento rápido como el pensamiento, haciendo cuernos con sus dos manos, á fin de conjurar doblemente si era necesario la perturbatriz influencia de su padre, cerró á éste la puerta, y la aseguró por dentro con dos cerrojos.

El recuerdo de las tormentas que habian estallado desde el primer dia en el anterior matrimonio, inspiró al principio vivas inquietudes á la princesa, la cual temió que el maleficio de su esposo introdujese la perturbacion del mismo modo en este segundo matrimonio. No se calmó su alarma hasta que al tercer dia fué su hija como la primera vez á hacer una visita á sus padres, que se habian retirado al campo. Se presentó la jóven con rostro tan risueño, que los temores de la madre se desvanecieron.

En efecto, Elena dijo á su madre que su nuevo esposo no habia cesado un solo instante de amarla, que era bondadoso, de un carácter encantador, hasta dócil, solícito, y que tenia mil atenciones delicadas con ella; en una palabra, era completamente feliz.

La dicha de la jóven comprada á tan caro precio, se aumentó bien pronto con el título de madre. Dió á luz un robusto niño. Eligieron para amamantar al recien nacido una linda nodriza de Prócida, que fué adornada con pendientes con rosetas de perlas, vestida con

justillo color de escarlata galoneado de oro, y falda plegada con galones de plata, la cual se instaló en la casa, y á quien todos los criados recibieron órden de obedecer como si fuera una segunda ama de la casa. El nene era el ídolo de todos; la princesa le adoraba, el príncipe estaba loco con él; no hablamos del padre y de la madre, quienes parecian haber concentrado su existencia en la de la pobre criaturita.

Pasáronse quince meses: el niño estaba sumamente adelantado para su edad, conocia y amaba á todo el mundo, especialmente al buen papá, á quien sonreia con mucha gracia en cambio de sus fiestas. El buen papá no podia pasarse sin él. Hacia se le llevasen á todas horas del dia, tanto que por no abandonar al niño estuvo el príncipe á punto de rehusar una mision de la mas alta importancia que el rey de Nápoles le habia confiado para el rey de Francia. Tratábase de ir á cumplimentar á Cárlos X por la toma de Argel.

Sin embargo, todos los amigos del príncipe le demostraron el mal efecto que haria en el ánimo del rey semejante negativa, y le suplicó su familia de tal modo considerase que el porvenir de su yerno podria padecer eternamente con su obstinacion, que el príncipe consintió al fin en desempeñar una mision que tantos otros le hubiesen envidiado. Partió de Nápoles en los primeros dias de julio de 1830, llegó á París el 24, fué inmediatamente al ministerio de Negocios Estrangeros para pedir su audiencia, y dos dias despues fué recibido solemnemente por el rey Cárlos X.

Al dia siguiente de esa recepcion estalló la revolucion de julio.

Tres dias bastaron, como es sabido, para derribar un trono, y ocho para elevar otro. Pero el príncipe no estaba acreditado cerca del nuevo monarca; dejó la Francia sin poner siquiera los pies en las Tullerías, circunstancia á la que probablemente debió el rey Luis Felipe el feliz y espedito principio de su reinado.

El príncipe estaba cansado de los viages por mar: no eran ya de temer los combates, pero las tempestades continuaban siendo terribles. Asi que se dirigió por los Alpes, y atravesó la Toscana para volverse á Nápoles por Roma.

Al pasar por la capital del mundo cristiano, se detuvo para presentar sus homenages al papa Pio VIII, quien sabiendo la mision de confianza que habia encargado al príncipe su soberano, le recibió con todos los honores debidos á su rango; es decir, que en lugar de darle á besar su chinela, como hace Su Santidad con el comun de los fieles, le dió su mano.

Tres dias despues murió el papa.

El príncipe habia salido de Roma inmediatamente de tenida su audiencia, tanto deseo tenia de volver á Nápoles; viajó noche y dia y llegó á dar vista á su palacio al dia siguiente á las once de la mañana, precedido diez minutos solamente del correo que le hacia le preparasen caballos en el camino; pero aquellos diez minutos bastaron á toda la familia para acudir apresuradamente al balcon del piso principal, elevado como todos los pisos principales de los palacios napolitanos, á mas de veinte y cinco pies de altura.

La nodriza se presentó en él como los demás, llevando al niño en sus brazos.

A pesar de su miopía, gracias á los escelentes anteojos que habia comprado en Paris, el príncipe vió á su nieto, y le hizo desde su carruage una seña con la mano. El pequeñuelo por su parte le conoció al punto; y como segun hemos dicho, queria mucho á su abuelo, con la alegría de volverle á ver, hizo un movimiento tan brusco tendiendo hácia él sus bracitos y queriendo lanzarse á su encuentro, que el desgraciado niño se escapó de los brazos de su nodriza, y precipitándose desde el balcon se estrelló en el suelo.

Faltó poco para que muriesen de dolor el padre y la madre; el príncipe estuvo cerca de seis meses como un loco; sus cabellos se encanecieron y se cayeron por último, de modo que se vió obligado á gastar peluca, completándose asi en él la triple y terrible reunion de la peluca, la caja de tabaco y los anteojos.

En tal estado le ví al llegar á Nápoles; pero felizmente estaba yo prevenido. Desde la mayor distancia á que yo le ví, le hice cuernos con los dedos, de tal modo, que aunque me hizo el honor de hablarme cerca de veinte minutos, no me sucedió otra desgracia por la precaucion que habia tomado, que ser arrestado al dia siguiente.

Referiré este arresto á su tiempo y lugar, puesto que fué acompañado de circunstancias bastante curiosas para que no tema, llegado el momento, estenderme algo sobre sus detalles.

El mismo dia de mi partida habia sido nombrado el príncipe presidente de la junta de sanidad de las Dos Sicilias.

Ocho dias despues supe en Roma que al dia siguiente de aquel nombramiento se habia desarrollado el cólera en Nápoles.

Despues he sabido que el conde de F***, el primer esposo de la bella Elena, habiendo seguido el ejemplo que esta le habia dado, se volvió á casar como ella, siendo completamente feliz por su parte como marido y como padre, puesto que tuvo de su nueva esposa cinco hijos: tres niños y dos niñas.

En el mes de marzo último, el príncipe de *** ha entrado en los setenta y ocho años; pero lejos de haberle hecho perder nada la edad de su terrible influencia, preténdese por el contrario que se hace mucho mas notable á medida que envejece.

Y al presente, puesto que hemos acabado respecto á Arimanes, pasemos á Oromazes.

XIX.

SAN GENARO, MÁRTIR DE LA IGLESIA.

San Genaro no es un santo de moderna creacion; no es un patron comun y vulgar que acepta las ofrendas de todos los devotos, que concede su proteccion al primero que llega, y que se encarga de los intereses de todo el mundo; su cuerpo no ha sido recompuesto en las catacumbas á espensas de otros mártires mas ó menos desconocidos, como el de Santa Filomena; su sangre no ha salido por los poros de una imágen de piedra como la de la madona del Arco; en fin, los demas santos han hecho algunos milagros durante su vida, milagros que han llegado hasta nosotros por la tradicion y por la historia; mientras que el milagro de San Genaro se ha perpetuado hasta nuestros dias, y se renueva dos veces cada año, con gran gloria de la ciudad de Nápoles, y gran confusion de los ateos.

Se remonta San Genaro por su orígen á los primeros siglos de la iglesia. Obispo, ha predicado la palabra de Cristo, y convertido al verdadero Dios millares de paganos; mártir, ha sufrido sin quejarse todos los tormentos inventados por la crueldad de sus verdugos, y derramado su sangre por la fé; escogido por el cielo, antes de abandonar este mundo, donde tanto habia sufrido, dirige á Dios una ferviente plegaria para que hiciera cesar la persecucion de los emperadores.

Pero á esto se limitan sus deberes de existencia, y su caridad de cosmopolita.

Ciudadano antes que todo, San Genaro no ama en realidad mas que su patria.

La protege contra todos los peligros, la venga de todos sus enemigos: *Civi patrono vindici*, como le llama una antigua tradicion napolitana. Si el mundo entero se viera amenazado de un segundo diluvio, no levantaria San Genaro el dedo meñique para impedirlo; pero que la mas insignificante gota de agua pueda dañar á la cosecha de su buena ciudad, y San Genaro removerá cielo y tierra para proporcionarla el buen tiempo.

San Genaro no hubiera existido sin Nápoles, y Nápoles no existiria ya sin San Genaro. Verdad es que no hay ciudad en el mundo que haya sido mas veces conquistada y dominada por el estrangero; pero gracias á la intervencion activa y vigilante de su protector, los conquistadores han desaparecido, y Nápoles ha quedado.

Los normandos han reinado en Nápoles, pero San Genaro los ha espulsado.

Los suavos han reinado en Nápoles, pero San Genaro los ha espulsado.

Los angevinos han reinado en Nápoles, pero San Genaro los ha espulsado.

Los aragoneses han usurpado á su vez el trono, pero San Genaro los ha castigado.

Los españoles han tiranizado á Nápoles, pero San Genaro los ha batido.

En fin, los franceses han ocupado á Nápoles, pero San Genaro los ha despedido políticamente.

¿Y quién sabe lo que hará San Genaro por su patria?

Cualquiera que sea la dominacion, ya indígena ó estrangera, legítima ó usurpadora, equitativa ó despótica, que pese sobre aquel hermoso pais, hay una creencia arraigada en los corazones napolitanos, creencia que los hace sufridos hasta el estoicismo: y es que todos los reyes y todos los gobiernos pasarán, y que en definitiva solo quedará el pueblo y San Genaro.

La historia de San Genaro comienza con la historia de Nápoles, y probablemente no concluirá sino con ella: las dos marchan paralelas sin cesar, y á cada acontecimiento grande feliz ó desgraciado, se tocan y se confunden. En el primer momento puede uno engañarse fácilmente acerca de las causas y los efectos de esos acontecimientos, y atribuirlos fundándose en historiadores ignorantes ó prevenidos, á esta ó la otra circunstancia cuyo orígen van á buscar bien lejos: pero profundizando la cuestion, se verá que desde el principio del siglo IV hasta nuestros dias San Genaro es el principio y fin de todas las cosas: tanto que ningun cambio se ha verificado sino por el permiso, por la órden ó por la intervencion de su poderoso protector.

Por lo que esa historia presenta tres fases muy distintas, y debe ser considerada bajo tres aspectos muy diferentes. En los primeros siglos adopta el carácter sencillo é inocente de una leyenda de Gregorio de Tours; en la edad media emprende la marcha poética y pintoresca de una crónica de Froissard; por último, en nuestros dias presenta el aspecto satírico y escéptico de un cuento de Voltaire.

Vamos á comenzar por la leyenda.

Como es consiguiente la familia de San Genaro pertenece á la mas alta nobleza de la antigüedad: el pueblo que en 1647 daba á su república el título de *Real y serenísima república napolitana*, y que en 1790 perseguia á los patriotas á pedradas por haberse atrevido á abolir el título de escelencia, jamás hubiera consentido en elegirse un protector de orígen plebeyo: el lazzaroni es esencialmente aristócrata.

La familia de San Genaro desciende en línea recta de los *Januari* de Roma (1) cuya genealogía se pierde en la noche de los tiem-

(1) Para comprender al autor francés debe tenerse presente que el mes de enero, el *Januari* de los romanos y Genaro nombre propio, se escriben *Janvier*. (*N. del T.*)

pos. Los primeros años del santo han quedado envueltos en la mas profunda oscuridad: no aparece en público hasta la última época de su vida para predicar y padecer, para confesar su creencia y morir por ella: fué nombrado obispo de Benevento hácia el año de gracia de 304, en el pontificado de San Marcelino. Estraño destino del obispado beneventino que empieza en San Genaro y concluye en Mr. de Talleyrand.

Una de las mas terribles persecuciones que la Iglesia ha sufrido, es como se sabe la de los emperadores Diocleciano y Maximiano; los cristianos fueron persegnidos en 302 con tal encarnizamiento, que solo en el espacio de un mes cayeron diez y siete mil mártires bajo la cuchilla de esos dos tiranos. Sin embargo, dos años despues de la promulgacion del edicto que condenaba á muerte indistintamente á todos los fieles, hombres y mugeres, niños y ancianos, la iglesia naciente pareció que respiraba un instante. A los emperadores Diocleciano y Maximiano que acababan de abdicar, habian sucedido Constancio y Galerio; de esta sustitucion resultó de rechazo un cambio semejante verificado en los procónsules de la Campania, y que á Dragontius sucediese Timoteo.

Entre los cristianos hacinados en las prisiones de Cumas por Dragontius se encontraban Sosius, diácono de Misena, Proculus diácono de Pouzzoles. Durante todo el tiempo que habia durado la persecucion jamás habia dejado San Genaro de llevarles consuelos y socorros arriesgando su vida; y abandonando su diócesis de Benevento por acudir allí donde creia necesaria su asistencia, habia arrostrado mil y mil veces las fatigas de un largo viage y desafiado la cólera del procónsul.

A cada nuevo sol político que asomaba por el horizonte, un rayo de esperanza pasaba á través de las rejas de los prisioneros del otro reinado; asi fué al advenimiento al trono de Constancio y de Galerio. Sosius y Próculus se creyeron salvados. San Genaro, que habia participado de su dolor, se apresuró á ir á participar de su alegría. Despues de haber recitado por tan largo tiempo con sus queridos fieles los salmos de la cautividad, entonó el primero con ellos el cántico de la libertad.

Los cristianos, libres provisionalmente, daban gracias al Señor en una pequeña iglesia situada en las inmediaciones de Pouzzoles, y el santo obispo asistido por los dos diáconos Sosius y Proculus se disponia á ofrecer á Dios el santo sacrificio de la misa, cuando de repente se oyó fuera un gran ruido seguido de un silencio profundo. Los prisioneros, que habian recobrado momentos antes la libertad, prestaron atento oido; miráronse los dos diáconos uno á otro, y San Genaro esperó lo que iba á suceder, inmóvil y de pie ante el primer escalon del altar que iba á subir con las manos juntas, la sonrisa en los labios y la mirada fija en la cruz con una indecible espresion de confianza.

El silencio fué interrumpido por una voz que leia lentamente el edicto de Diocleciano vuelto á poner en vigor por el nuevo procónsul Timoteo; y estas terribles palabras que traducimos testualmente, resonaron en los oidos de los cristianos prosternados en la iglesia.

»Diocleciano, tres veces grande, siempre justo, emperador eterno, á todos los prefectos y procónsules del imperio romano, salud.

»Un rumor que nos ha causado bastante desagrado ha llegado á nuestros divinos oidos; es decir, que la heregía de los que se llaman cristianos, heregía de la mas grande impiedad (*valde impiam*,) recobra nueva fuerza; que dichos cristianos veneran como Dios á ese Jesus dado á luz por no sé qué muger judía, insultando con injurias y maldiciones al grande Apolo, á Mercurio, á Hércules, y aun la mismo Júpiter, al paso que veneran á ese Cristo que los judíos han clavado en una cruz, como hechicero; al efecto ordenamos que todos los cristianos hombres ó mugeres, en todas las ciudades y comarcas, sufran los mas atroces suplicios si se niegan á sacrificar á nuestros dioses y abjurar su error. Sin embargo, si algunos entre ellos se muestran obedientes; tenemos á bien concederles su perdon; en el caso contrario mandamos que sean heridos por la cuchilla y castigados con la muerte mas cruel (*morte ppesimà punire*). Sabed en fin, que si no observais nuestros divinos decretos, os castigaremos con las mismas penas con que castigamos á los criminales.»

Luego que oyó pronunciar la última palabra de la terrible ley, San Genaro dirigió á Dios una muda plegaria para suplicarle hiciera descender sobre todos los fieles que le rodeaban la gracia necesaria para desafiar los tormentos y la muerte; en seguida, presintiendo que acababa de sonar la hora de su martirio, salió de la iglesia acompañado de los dos diáconos, y seguido de la muchedumbre de cristianos que bendecian en alta voz el nombre del Señor. Atravesó por medio de una doble hilera de soldados y de verdugos admirados de tanto valor, y cantando siempre en medio del mudo gentio que se agrupaba para ver al santo obispo, llegó á Nola despues de una marcha que pareció un triunfo.

Timoteo le esperaba en lo alto de su tribunal, levantado, dice la crónica, como de costumbre, en medio de la plaza. San Genaro sin esperimentar la menor turbacion, en presencia de su juez, adelantó con paso firme y seguro llevando á su derecha á Sosius, diácono de Misena, y á su izquierda á Próculus, diácono de Pouzzoles. Los demas cristianos se colocaron en círculo, y esperaron silenciosos el interrogatorio de su gefe.

No ignoraba Timoteo el alto nacimiento de

San Genaro. Asi, por consideracion al *civis romanus* llevó su complacencia hasta interrogarle, cuando hubiera podido perfectamente, dice el padre Antonio Carracciolo, condenarle sin oirle.

Todos los escritores están conformes en describir á Timoteo como un pagano escesívamente cruel, como un tirano execrable, como un prefecto impío, como un juez insensato. A estos rasgos ya bastante característicos, añade un cronista que estaba de tal modo sediento de sangre, que Dios para castigarle, cubria á veces sus ojos con un velo sangriento que le privaba momentáneamente de la vista que todo el tiempo que duraba su ceguera le causaba los mas átroces dolores.

Tales eran los dos hombres que la Providencia ponia uno frente de otro para dar una nueva prueba del triunfo de la fé.

—¿Cuál es tu nombre? preguntó Timoteo.

—Genaro, respondió el santo.

—¿Tu edad?

—Treinta y tres años.

—¿Tu patria?

—Nápoles.

—¿Tu religion?

—La de Cristo.

—¿Y todos los que te acompañan son tambien cristianos?

—Cuando les interrogues espero en Dios responderán como yo que todos son cristianos.

—¿Conoces las órdenes de nuestro divino emperador?

—No conozco mas que los preceptos de Dios.

—¿Eres noble?

—Soy el mas humilde de los servidores de Cristo.

—¿Y no quieres renegar de tu Dios?

—Reniego y maldigo de vuestros ídolos, que no son otra cosa que frágil madera ó barro amasado.

—¿Sabes los suplicios que te están reservados?

—Los espero tranquilo.

—¿Y te crees bastante fuerte para desafiar mi poder?

—Yo no soy mas que un débil instrumento que el menor golpe puede romper; pero mi Dios Todopoderoso puede defenderme de tu furor y reducirte á cenizas en el mismo instante en que blasfemas de su nombre.

—Veremos cuando seas arrojado en un horno encendido si viene tu Dios á sacarte de él.

—¿No ha salvado Dios del horno á Ananias, Azarias y Michael?

—Te arrojaré á las fieras en el circo.

—¿No ha sacado Dios á Daniel de la jaula de los leones?

—Te haré cortar la cabeza por la espada del verdugo.

—Si Dios quiere que yo muera, hágase su voluntad.

—Sea. Yo veré saltar tu sangre maldita; esa sangre que deshonras haciendo traicion á la religion de tus antepasados por un culto de esclavos.

—¡Oh! desventurado insensato! esclamó el santo con un inesplicable acento de compasion y de dolor; antes que tú goces del espectáculo que te prometes, Dios te herirá con la ceguera mas espantosa, y no te volverá la vista sino por mi oracion, á fin de que puedas ser testigo del valor con que saben morir los mártires de Cristo.

—¡Pues bien! si es un reto, le acepto, respondió el procónsul; veremos si como dices, es mas poderosa tu fé que el dolor.

En seguida, volviéndose hácia sus lictores, mandó atasen al santo y le arrojasen en un horno encendido.

Los dos diáconos palidecieron al oir aquella órden, y todos los cristianos lanzaron un prolongado y doloroso gemido; porque aunque todos estaban personalmente dispuestos á sufrir el martirio, sin embargo, desfallecia su corazon desde el momento en que se trataba de asistir al suplicio de su santo obispo.

A aquel grito de piedad y de dolor que se elevó de repente en la multitud, se volvió San Genaro con aspecto grave y severo, y estendiendo la mano derecha para imponer silencio:

—¡Y bien! hermanos mios, dijo, ¿qué haceis? ¿quereis con vuestros lamentos regocijar el alma de los impíos? En verdad os digo, que os tranquiliceis, porque la hora de mi muerte no ha llegado, y el Señor no me cree todavía digno de recibir la palma del martirio. Prosternáos y orad, no obstante, no por mí, que la llama de la hoguera no mortificará mis miembros, sino por mi perseguidor, que está condenado al fuego eterno del infierno.

Timoteo escuchó las palabras del santo con una sonrisa de desprecio, é hizo seña á los verdugos de que ejecutasen su sentencia.

Fué arrojado San Genaro en el horno, y al punto tapiaron por fuera la abertura por donde le habian metido, á vista de la poblacion entera que asistia á aquel espectáculo.

Algunos minutos despues, los torbellinos de llamas y de humo que se elevaban hácia el cielo advirtieron al procónsul que sus órdenes estaban ejecutadas, y creyéndose vengado para siempre del hombre que se habia atrevido á desafiarle, se volvió á su casa poseido del orgullo del triunfo.

Los demas cristianos fueron conducidos otra vez á su prision para esperar en ella el dia de su martirio, y la multitud desapareció bajo la impresion de una piedad profunda y de un sombrío terror.

Ocupados los soldados hasta entonces en separar á los curiosos y conservar el órden, no tuvieron ya nada que hacer una vez que el pueblo se retiró, y se aproximaron lentamente al horno conversando entre sí acerca de los sucesos del dia, y de la admirable tranquilidad que habia mostrado la víctima en el mo

mento de sufrir una muerte tan terrible. Deteniéndose uno de ellos repentinamente en medio de su comenzada frase, hizo seña á su interlocutor de que se callara y escuchase. Escuchó éste en efecto, é impuso silencio á su vez al que estaba á su lado; tanto, que repitiéndose la señal de unos en otros, todo el mundo quedó inmóvil y atento. Entonces cánticos celestiales que partian del interior del horno llegaron á los oidos de los soldados, pareciéndoles aquello tan estraordinario, que se creyeron por un momento el juguete de un sueño.

Sin embargo, los cánticos se percibian cada vez con mas claridad, y no tardaron en reconocer la voz de San Genaro en medio de un coro angélico. Entonces no fué ya la admiracion sino el terror lo que se apoderó de ellos: viendo que era ya urgente prevenir al prefecto acerca de aquel suceso inesperado, aunque predicho, que pasaba en aquel sitio, fueron corriendo á su casa pálidos y sin aliento; le refirieron con la elocuencia del miedo el increible milagro de que acababan de ser testigos.

Timoteo se encogió de hombros al oir aquella estraña relacion, y amenazó á sus soldados con hacerlos azotar si se dejaban dominar por tan pueriles temores. Mas entonces juraron por todos sus dioses, no solo haber reconocido distintamente la voz de San Genaro y el cántico que entonaba en el horno, sino aun haber conservado en la memoria las palabras del cántico y las acciones de gracias que daba al Señor.

Irritado el procónsul, pero no convencido con tal obstinacion, dió inmediatamente órden de que abriesen el horno en su presencia, reservándose castigar con el mayor rigor, despues de haberles enseñado los carbonizados restos del mártir, á aquellos embusteros que iban á molestarle para hacerle semejantes relaciones.

Cuando el prefecto llegó á la plaza, la encontró de nuevo tan llena de gente, que le costó trabajo abrirse paso.

Habiendo circulado rápidamente en la ciudad el rumor del milagro, los habitantes de Nola, agrupándose tumultuosamente en el lugar del suplicio, pedian con desaforados gritos la demolicion del horno, y amenazaban al procónsul, no con palabras ó hechos, sino con esos clamores sordos que preceden á una conmocion popular como el estampido del trueno precede á la tormenta.

Timoteo pidió la palabra: cuando se restableció la calma lo bastante para poderse hacer oir, dijo que el deseo del pueblo iba á verse satisfecho inmediatamente, y que iba precisamente para dar la órden de abrir el horno, para desmentir de un modo terminante los rumores absurdos esparcidos entre la multitud.

Al oir aquellas palabras cesan los gritos, la cólera se apacigua y cede el puesto á una curiosidad creciente.

Todas las respiraciones se suspenden, todos los ojos están fijos en un punto.

A una señal de Timoteo, avanzan los soldados hácia el horno armados de picos y martillos; pero á los primeros ladrillos que caen á sus golpes, un torbellino de llamas se escapa súbitamente del horno y los reduce á cenizas.

En el mismo instante caen las paredes como por encanto, y el santo obispo aparece en toda su gloria rodeado de una deslumbrante claridad. El fuego no habia tocado á un solo cabello de su cabeza, el humo no habia ennegrecido la blancura de su vestimenta. Un círculo de querubines sostenian por encima de su cabeza una brillante aureola, y una música invisible, cuyas celestes melodías concertaban con el arpa de los serafines, acompañaba su canto.

Entonces San Genaro empezó á andar en todas direcciones sobre los carbones encendidos, á fin de convencer completamente á los incrédulos de que el fuego de la tierra no tenia ningun poder sobre los elegidos del Señor; en seguida, como todavía hubiera podido dudarse de la realidad del milagro, queriendo probar que era él mismo en carne y hueso y no un espíritu, una fantasma, una aparicion sobrehumana lo que acababan de ver, San Genaro se volvió por sí mismo á su prision, y se puso á disposicion del prefecto.

A vista de lo que acababa de pasar se habia apoderado tal pánico de Timoteo, que temiendo un motin, se refugió en el templo de Júpiter; allí fué donde supo que el santo, que podia en medio del entusiasmo general que le habia atraido el milagro, alejarse y sustraerse á su poder, habia vuelto á su prision y esperaba en ella el nuevo suplicio con que le agradase castigarle.

Esta noticia le volvió toda su tranquilidad, y con su tranquilidad toda su cólera.

Fué á la prision del mártir para adquirir la certeza de que estaba allí en persona el obispo de Benevento y no un espectro á quien la mágia hubiese dado vida.

En consecuencia, y para que no le quedase duda alguna de ello, despues de haber palpado á San Genaro, para asegurarse de que era de carne y hueso, le hizo despojar de sus vestiduras sacerdotales, atar á una columna que la veneracion de los fieles ha conservado hasta nuestros dias como un nuevo testimonio del martirio del santo, y mandó á sus lictores le azotasen hasta hacerle saltar sangre. Entonces empapó en aquella sangre un estremo de su toga, y se aseguró que era efectivamente sangre humana, y no algun líquido rojizo, de lo que tenia apariencia; en seguida, satisfecho de aquel primer ensayo, mandó se aplicase el tormento á la víctima. El tormento fué largo y doloroso; San Genaro salió de él

con las carnes magulladas y los huesos dislocados; mas en el tiempo que duró no pudieron los verdugos arrancarle ni una queja. Cuando los sufrimientos se hacian insoportables, San Genaro alababa al Señor.

Viendo Timoteo que la tortura no daba otro resultado para él que hacerle sufrir, decidió que San Genaro fuese arrojado al circo á los tigres y leones; pero vaciló algun tiempo para decidir si la ejecucion tendria lugar en el circo de Pouzzoles ó en el de Nola; al fin se resolvió por el de Pouzzoles.

Un doble cálculo presidió á aquella decision: en primer lugar el circo de Pouzzoles era mas vasto que el de Nola, y por consecuencia podia contener un número mucho mayor de espectadores; y por otra parte, á consecuencia del primer milagro se habia manifestado tal fermentacion, que creia que los verdugos de San Genaro estaban muy espuestos si el mártir salia triunfante de una segunda prueba.

Mientras el procónsul discurria el medio mas seguro y cruel de trasladar al santo de una á otra ciudad, fueron á decirle que San Genaro, perfectamente curado de los efectos del tormento de la víspera, podia hacer el viage á pie.

Al oir aquella nueva, se ocurrió á la imaginacion de Timoteo una idea infernal: creyó que seria magnífico añadir la vergüenza al dolor, y dispuso que el santo obispo y sus dos compañeros los diáconos Sosius y Próculus arrastrasen su carro desde Nola á Pouzzoles.

Esperaba de este modo, ó que los tres mártires caerian de estenuacion ó de dolor en medio del camino, ó que llegarian al lugar de su suplicio de tal modo humillados y degradados por los silbidos del populacho, que su suerte no inspiraria ya ni piedad ni sentimiento.

Ejecutóse, pues, todo como lo habia decidido el procónsul.

Engancharon á San Genaro al carro consular, colocado entre Sosius y Proculus; y Timoteo, habiéndose sentado en él, intimó á sus lictores la órden de sacudir latigazos á las tres víctimas cada vez que se detuvieran, ó simplemente con que acortaran el paso; en seguida dió órden de partir levantando sobre ellos el látigo de que él mismo estaba armado.

Pero Dios no permitió que el levantado sobre los mártires cayese sobre ellos. Lanzándose con ímpetu San Genaro, arrastró consigo á sus dos compañeros, derribando á su paso soldados, lictores y curiosos.

Repitióse mucho por entonces haber visto descender sobre las espaldas de los tres hombres del Señor, grandes alas de arcángeles con ayuda de las que los mensageros del cielo atraviesan el empíreo con la rapidez del relámpago; pero la verdad es que el carro se alejó llevado con tal rapidez, que bien pronto dejó atrás no solo la muchedumbre de las gentes de á pie, sino á los caballeros romanos que lanzaron inútilmente sus corceles en su seguimiento, viéndole inmediatamente desaparecer en medio de una nube de polvo.

No era aquello lo que habia esperado el procónsul; no se habia ocupado mas que de los medios de hacer andar á su santo tiro y no de contenerle; asi, viéndose llevado con una rapidez de que apenas puede dar idea el vuelo de las aves, no pensó ya mas que en agarrarse á los costados del carro para no caer; pero no tardó en apoderarse un vértigo de él; le pareció que el carro cesaba de tocar á la tierra, que todos los objetos, impulsados con una velocidad igual á la suya, huian hácia atrás, mientras él se lanzaba hácia adelante. Faltó la luz á sus ojos, el aliento á su boca, el equilibrio á su cuerpo; se dejó caer de rodillas en el fondo del carro, pálido, anhelante, con las manos juntas.

Pero los tres santos no podian verle, arrastrados al parecer ellos mismos por un poder sobrehumano. En fin, habiendo llegado á la colina de Antignano, al sitio mismo en que se encuentra hoy todavía una pequeña capilla construida en memoria de aquel milagroso suceso, el procónsul, reuniendo todas las fuerzas de su agonía, arrojó tal grito de dolor, que San Genaro lo oyó á pesar del ruido de las ruedas, y deteniéndose con sus dos compañeros, y volviéndose hácia su juez, le preguntó con una voz clara y tranquila que no descubria el menor cansancio:

—¿Qué hay, señor?

Pero Timoteo permaneció algun tiempo sin poder articular una sola palabra, mientras que los dos diáconos se aprovechaban de aquel instante de detencion para respirar anhelantes.

San Genaro renovó su pregunta á los pocos segundos.

—Lo que hay es que quiero descansar aqui, dijo el procónsul.

—Descansemos, respondió San Genaro.

Timoteo se apeó de su carro; pero los tres santos permanecieron enganchados, y sin embargo, por la emocion del procónsul, por el sudor que corria por su frente, por el precipitado aliento que salia de su pecho, se hubiera creido era él quien hasta entonces habia estado enganchado en el sitio de los caballos, y que los tres santos habian ocupado el asiento del amo.

Pero asi que el procónsul estuvo en tierra, y se vió por consecuencia fuera de peligro, volvió á recobrar su ódio y su cólera, y adelantándose hácia San Genaro con el látigo levantado:

—¿Por qué, le dijo, me has conducido desde Nola aqui con tanta rapidez?

—¿No me habias mandado caminar lo mas veloz que pudiese?

—Si, pero ¿quién iba á creer que caminarias mas veloz que aquellos de mis caballeros mejor montados que no han podido seguirte?

—Yo mismo ignoraba el paso que llevaria cuando los ángeles me han prestado sus alas.

—¿Asi, crees tú que el socorro que has recibido viene de tu Dios?

—Todo viene de él.

—¿Y persistes en tu heregía?

—La religion de Cristo es la sola verdadera, la única pura, la que solo es digna del Señor.

—¿Sabes qué muerte te aguarda al otro estremo del camino? replicó el procónsul.

—No soy yo quien ha querido detenerse, respondió San Genaro.

—Verdad es, respondió Timoteo; asi volvamos á marchar.

—Estoy á tus órdenes, señor.

—Voy á volver á subir á mi carro.

—Vuelve á subir.

—Pero escúchame bien.

—Ya escucho.

—Es con la condicion de que no irás con tanta velocidad como has venido hasta aqui.

—Iré con la velocidad que quieras.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Bajo palabra de noble?

—A fé de cristiano.

—Está bien.

—¿Estás dispuesto, señor?

—Vamos, dijo el procónsul.

—Vamos, hermanos mios, dijo San Genaro á sus compañeros, hagamos lo que nos manda.

Y el carro volvió á partir de nuevo; pero el santo, observando escrupulosamente la promesa que habia hecho no caminó mas que al paso, todo lo mas al trote corto, y aun de vez en cuando se volvia hácia Timoteo, para preguntarle si era aquel el paso que queria.

Asi llegaron á la plaza de Pouzzoles donde ni una alma esperaba al precónsul, porque habian ido á tal paso que no habia podido precederles la nueva de su llegada.

Ninguna órden, pues, se habia dado para el suplicio: forzoso le fué por tanto á Timoteo aplazarlo. Hízose conducir á su palacio, y llamando á sus esclavos mandó que los tres santos fuesen desenganchados del carruage y conducidos á las prisiones de Pouzzoles, mientras él se perfumaba en un baño. Despues de lo que, estenuado de cansancio, descansó tres dias con tres noches.

En la mañana del cuarto dia apiñábase la multitud en las gradas del anfiteatro: habian acudido alli gentes de toda la Campania, porque aquel anfiteatro era uno de los mas hermosos de la provincia, y para él se reservaban los tigres y leones mas feroces, que enviados de Africa á Roma llegaban y descansaban un instante en Nápoles.

En aquel mismo anfiteatro, cuyas ruinas existen todavia hoy era donde doscientos treinta años antes habia dado Neron una fiesta á Tiridates. Todo se habia preparado para causar el asombro del rey de Armenia: las fieras mas terribles y los gladiadores mas diestros se habian ejercitado delante de él; pero este habia quedado impasible y frio en presencia de aquel espectáculo, y cuando Neron le preguntó su parecer acerca de aquellos hombres cuyos esfuerzos sobrehumanos habian obligado al circo á estallar en estrepitosos aplausos, Tiridates sin responder nada se levantó sonriendo, y lanzando su jabalina al circo atravesó de parte á parte de un solo golpe dos toros.

Apenas el procónsul ocupó el puesto sobre su trono en medio de sus lictores, los tres santos conducidos por órden suya, fueron colocados frente á la puerta por la que las fieras debian salir. A una señal del procónsul se abrió la verja, y las fieras carniceras se lanzaron á la arena. Al verlas, treinta mil espectadores palmotearon con alegría; las fieras por su parte asombradas respondieron con un rugido de amenaza que cubrió á todas las voces y á todos los aplausos. En seguida, escitadas por los gritos de la multitud, devoradas por el hambre á que hacia tres dias las condenaban sus guardas, saboreando el olor de carne humana con que se las alimentaba en los dias notables, los leones empezaron á sacudir sus melenas, los tigres á saltar, y las hienas á mover sus belfos. Pero la admiracion del procónsul fué grande cuando vió á leones, tigres y hienas, echarse á los pies de los tres mártires, sumamente respetuosas y dóciles, en tanto que San Genaro siempre tranquilo, siempre risueño, elevaba la mano derecha y bendecia á los espectadores.

En el mismo instante sintió el procónsul descender sobre sus ojos como una nube; el anfiteatro desapareció á sus ojos, sus párpados cayeron, y de repente quedó en la oscuridad. Pero la ceguera era nada en comparación del sufrimiento, porque á cada pulsacion de la arteria parecíale al desgraciado que un hierro candente horadaba sus pupilas. La prediccion de San Genaro se verificaba.

Timoteo intentó al principio vencer su dolor y ahogar sus quejidos ante la multitud; pero olvidando muy pronto su altivez y su ódio, estendió las manos hácia el santo y le suplicó en voz alta le volviese la vista y le librarse de sus atroces sufrimientos.

San Genaro se adelantó bondadosamente hácia él en medio de la atencion general, y pronunció esta breve oracion:

—«Señor mio Jesucristo, perdonad á este hombre todo el mal que me ha hecho, y volvedle la luz, á fin de que este último milagro que os dignais obrar en su favor pueda quitarle la venda á los ojos de su alma y detenerle todavía en el fondo del abismo á donde el desgraciado va á caer sin remedio. Al mismo tiempo os suplico ¡oh Dios mio! toqueis el corazon de todos los hombres que se encuentran aqui, y lo hagais con buena voluntad; que

vuestra gracia descienda sobre ellos y los arranque á las tinieblas del paganismo.»

En seguida elevando la voz y tocando con el dedo índice los párpados del procónsul, añadió:

—Timoteo, prefecto de la Campania, abre los ojos y queda libre de tus padecimientos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amen, respondieron los dos diáconos.

Y Timoteo abrió los ojos, y se verificó su curacion de un modo tan rápido y tan completo, que ni siquiera se acordaba de haber sufrido dolor alguno.

Al ver este milagro, cinco mil espectadores se levantaron y pidieron con una sola voz, un solo grito, un solo impulso, se les diera el bautismo.

Timoteo volvió á su palacio, y viendo que el fuego era impotente y las fieras nada obedientes, mandó que los tres santos pereciesen por la cuchilla.

Una hermosa mañana de otoño, el 19 de setiembre del año 305, San Genaro, acompañado de los dos diáconos Próculus y Sosius, fué conducido al forum del Vulcano, cerca de un cráter medio apagado en el llano de la Solfatara, para sufrir allí el último suplicio. Cerca de él iba el verdugo, llevando en sus manos una larga espada de dos filos, y dos legiones romanas armadas, precedian ó seguian al acompañamiento, para quitar al pueblo de Pouzzoles toda intencion de resistencia. Ni un grito, ni una queja, ni un murmullo se oia en aquella multitud envilecida y temblorosa; un silencio de muerte pesaba sobre la ciudad entera, silencio interrumpido únicamente por las pisadas de los caballos y el ruido de las armaduras.

No habia andado San Genaro cincuenta pasos en la direccion del forum donde debia tener lugar su ejecucion, cuando al volver una calle, se le acercó un pobre mendigo que habia trabajado muchísimo para abrirse paso hasta él, agobiado por la doble enfermedad de ceguera y ancianidad. Adelantóse el anciano levantando la cabeza y estendiendo los brazos ante él, dirigiéndose hácia la persona que buscaba con ese instinto de los ciegos que les guia algunas veces con mas seguridad que la vista mas perspicaz. Luego que se creyó bastante próximo á San Genaro para ser oido de él, el desventurado, redoblando sus esfuerzos y su celo, esclamó con alta y penetrante voz:

—¡Padre mio, padre mio! ¿dónde estais para que pueda arrojarme de rodillas ante vos?

—Por aquí, hijo mio, respondió San Genaro deteniéndose para escuchar al anciano.

—¡Padre mio, padre mio! ¿seré bastante feliz que pueda besar el polvo que vuestros pies han levantado?

—Este hombre es loco, dijo el verdugo encogiéndose de hombros.

—Dejad aproximar á ese anciano, dijo bondadosamente San Genaro, porque la gracia de Dios está con él.

El verdugo se separó y el ciego pudo al fin arrodillarse ante el santo.

—¿Qué me quieres, hijo mio? preguntó San Genaro.

—Padre mio, os suplico me dejeis un recuerdo de vos; yo le conservaré hasta el fin de mis dias, y eso atraerá sobre mí la felicidad en esta vida y en la otra.

—¡Este hombre es loco! dijo el verdugo con una sonrisa de desprecio. ¡Cómo! ¿no sabes que no lleva nada consigo? Pides limosna á un hombre que va á morir.

—Eso no es muy seguro, dijo el anciano meneando la cabeza, no es la primera vez que se os escapa.

—Pierde cuidado, respondió el verdugo, esta vez tendrá que habérselas conmigo.

—¿Será verdad, padre mio? vos que habeis triunfado del fuego, del tormento y de las fieras, ¿os dejareis matar por este hombre?

—Mi hora ha llegado, respondió el mártir con alegría; mi destierro ha terminado, tiempo es ya de que vuelva á mi patria. Escucha, hijo mio, añadió San Genaro, no tengo mas que el pañuelo con que deben vendarme los ojos en mi último momento: te le dejaré despues de mi muerte.

—Y ¿cómo iré yo á buscarle? dijo el anciano, los soldados no me dejarán que me acerque á vos.

—¡Y bien! contestó San Genaro, yo mismo te lo llevaré.

—Gracias, padre mio.

—Adios, hijo mio.

El ciego se alejó y la comitiva volvió á emprender su marcha. Asi que llegaron al forum de Vulcano, se arrodillaron los tres santos y San Genaro pronunció estas palabras con voz firme y sonora:

—Dios de misericordia y de justicia, pueda· n, la sangre que vamos á derramar, calmar vuestra cólera y hacer cesar las persecuciones de los tiranos contra vuestra santa Iglesia!

En seguida se levantó y habiendo abrazado tiernamente á sus dos compañeros de martirio, hizo seña al verdugo de que comenzase su tarea de sangre. El verdugo cortó primero las cabezas de Próculus y Sosius, que murieron cantando las alabanzas del Señor con gran valor. Pero cuando se aproximaba á San Genaro se apoderó de él de repente un temblor convulsivo y la espada se le cayó de las manos, sin que tuviese fuerza para encorvarse con el objeto de recogerla.

Entonces San Genaro se vendó por sí mismo los ojos; en seguida llevándose la mano á su cuello:

—¡Y bien! dijo al verdugo, ¿qué esperas, hermano?

—No podré levantar esa espada, dijo el verdugo, si no me das permiso para ello.

—No solo te lo permito, hermano, sino que te lo suplico.

Dichas aquellas palabras sintió el verdugo que le volvian las fuerzas, y levantando la espada con las dos manos la descargó en el santo con tanto vigor, que no solo la cabeza, sino un dedo tambien se llevó de un golpe.

En cuanto á la oracion que San Genaro habia dirigido á Dios antes de morir, sin duda fué acogida por el Señor porque en el mismo año, Constantino, escapándose de Roma fué á reunirse con su padre, siendo nombrado por éste heredero y sucesor en el imperio. Si pues todo efecto debe referirse á su causa, desde la muerte de San Genaro y de sus dos diáconos Próculus y Sosius es de donde data el triunfo de la Iglesia.

Despues de la ejecucion cuando los soldados y el verdugo se encaminaban hácia la casa de Timoteo para darle cuenta de la muerte de su enemigo y de sus dos compañeros, volvieron á encontrar al mendigo en el mismo sitio en que le habian dejado. Los soldados se detuvieron para divertirse á espensas del anciano, y el verdugo le preguntó haciéndole una mueca:

—¡Y bien! ciego, ¿has recibido el recuerdo que te habian prometido?

—¡Oh impíos! esclamó el anciano abriendo bruscamente los ojos y fijando sobre todos los que le rodeaban una mirada clara y límpida, no solo he recibido la venda de manos del mismo santo, sino que aplicando esa venda sobre mis ojos he recobrado la vista, yo que era ciego de nacimiento. Ahora, desgraciado de tí que has osado poner la mano en el mártir de Cristo! desgraciado del que ha ordenado su muerte! desgraciados de todos aquellos que han sido cómplices de ella! desgraciado de vos, desgraciado!

Apresuráronse los soldados á separarse del anciano, y el verdugo se adelantó para tener la gloria de ser el primero en hacer la relacion al tirano. Pero la casa del procónsul estaba vacia y desierta, los esclavos la habian saqueado, las mugeres la habian abandonado con horror. Todo el mundo se alejaba de aquel lugar de desolacion, como si la mano de Dios la hubiese marcado con una señal maldita. El verdugo y su escolta no comprendiendo nada de lo que pasaba, resolvieron avanzar atrevidamente; pero al primer paso que dieron en el interior de la casa cayeron muertos en el acto. Timoteo no era ya mas que un cadáver informe y podrido y las emanaciones pestilentes que se exalaban de su cuerpo habian bastado para asfixiar de una vez á los miserables cómplices de sus iniquidades.

Sin embargo, asi que llegó la noche se dirigió el mendigo al forum de Vulcano para recoger los sagrados restos del santo obispo. La luna que acababa de salir esparcia su argentada luz por la amarillenta llanura de la Solfatara, de tal modo que se podia distinguir el menor objeto en todos sus detalles.

Cuando el anciano marchaba lentamente mirando á su alrededor por si era seguido de algun espía, vió al otro estremo del forum una anciana sobre poco mas ó menos de su edad, que se adelantaba con las mismas precauciones.

—Buenos dias, hermano, dijo la muger.

—Buenos dias, hermana, respondió el anciano.

—¿Quién sois, hermano?

—Soy un amigo de San Genaro. ¿Y vos, hermana?

—Soy parienta suya.

—¿De qué pais sois?

—De Nápoles. ¿Y vos?

—De Pouzzoles.

—¿Puedo saber qué motivo os trae aqui á esta hora?

—Os lo diré cuando me hayais esplicado el objeto de vuestro viage nocturno.

—Vengo para recoger la sangre de San Genaro.

—Y yo para dar sepultura á su cuerpo.

—¿Y quién os ha encargado de llenar ese deber que á nadie pertenece comunmente mas que á los parientes del difunto?

—El mismo San Genaro que se me ha aparecido pocos instantes despues de su muerte.

—¿Qué hora podria ser cuando se os ha aparecido el santo?

—Sobre poco mas ó menos, las tres de la tarde.

—Me admira, hermano mio, porque á la misma hora ha venido á verme, y me ha mandado estar aqui al caer la noche.

—Hay milagro, hermana, hay milagro; escuchadme y os referiré lo que el santo ha hecho en mi favor.

—Os escucho: luego á mi vez os referiré lo que ha hecho en el mio; porque asi como decis, aqui hay milagro, hermano mio, aqui hay milagro.

—Sabed en primer lugar que yo era ciego.

—Y yo tullida.

—Ha comenzado por volverme la vista.

—Y á mí me ha vuelto el uso de las piernas.

—Yo era mendigo.

—Yo era mendiga.

—Me ha asegurado que no careceré de nada hasta el fin de mis dias.

—Me ha prometido que no padeceré mas aqui abajo.

—Yo me atreví á pedirle un recuerdo de su afecto.

—Yo le supliqué me diera una prenda de su amistad.

—He aqui el mismo lienzo que sirvió para vendarle sus ojos en el momento de su muerte.

—He aqui las dos vinajeras que le han servido para celebrar su última misa.

—Bendita seais, hermana mia, porque ahora veo perfectamente que sois su parienta.

—Bendito seais, hermano mio, porque ya no dudo que vos érais su amigo.

—A propósito, olvidaba una cosa.

—¿Cuál, hermano?

—Me ha recomendado busque un dedo que ha debido serle cortado al mismo tiempo que su cabeza, y que lo reuna á sus santas reliquias.

—Bien me ha dicho á mí tambien que encontraria en su sangre una pequeña arista de paja, y me ha mandado la guarde con cuidado en la mas pequeña de las dos vinajeras.

—Busquemos.

—No debe estar lejos.

—Felizmente la luna nos alumbra.

Tambien era un beneficio del santo, porque hacia un mes estaba el cielo cubierto de nubes.

—He aqui el dedo que buscaba yo.

—He aqui la arista de que me ha hablado.

Y mientras el anciano de Pouzzoles colocaba en un cofre el cuerpo y la cabeza del mártir, la anciana napolitana, piadosamente arrodillada, recogia con una esponja hasta la última gota de su preciosa sangre, y llenaba con ella las dos vinajeras que el santo la habia dado con aquel objeto.

Esa misma sangre es la que hace quince siglos entra en ebullicion siempre que se aproxima á la cabeza del santo, y en esa ebullicion prodigiosa é inesplicable es en lo que consiste el milagro de San Genaro.

He ahi lo que Dios hizo de San Genaro; ahora veamos lo que hicieron de él los hombres.

XX.

SAN GENARO Y SU CÓRTE.

No seguiremos las reliquias de San Genaro en las diferentes peregrinaciones que han verificado, y que las condujeron de Pouzzoles á Nápoles, de Nápoles á Benevento, y al fin las volvieron á llevar de Benevento á Nápoles: esta narracion nos arrastraria á la historia de la edad media toda entera, y se ha abusado tanto de esta interesante época, que comienza singularmente á pasar su moda.

Desde principios del siglo XVI data tan solo el que San Genaro tenga un domicilio fijo é inmueble, del que no sale mas que dos veces al año para ir á verificar su milagro desde la catedral á Santa Clara. Otras dos ó tres veces suelen incomodar por casualidad al santo, pero se necesita sobrevengan esas grandes circunstancias que conmueven un imperio para hacerle salir de sus hábitos sedentarios; y cada una de estas salidas llega á ser un acontecimiento cuyo recuerdo se perpetúa por tradicion oral, y adquiere inmensas proporciones en la memoria del pueblo napolitano.

En el arzobispado, en la capilla del Tesoro, es donde permanece todo el año San Genaro. Esta capilla fué edificada por la clase media y los nobles napolitanos: es el cumplimiento de un voto que hicieron simultáneamente en 1527 horrorizados por la peste que asolaba aquel año la muy fiel ciudad de Nápoles. Cesó la peste, gracias á la intervencion del santo, y la capilla fué edificada como una señal del público reconocimiento.

Al contrario de lo que sucede con los que suelen hacer votos, que cuando el peligro ha pasado olvidan el santo á quien se han encomendado, los napolitanos quisieron cumplir con tal conciencia el compromiso que habian contraido con su patrono, que habiéndoles ofrecido doña Catalina de Sandoval, esposa del anciano conde de Lemos, virey de Nápoles, contribuir por su parte con una suma de treinta mil ducados para la construccion de la capilla, rehusaron aquella suma, declarando que no querian dividir con ningun estrangero, aunque fuese su virey ó su vireina, el honor de alojar dignamente á su santo protector.

Asi que como no faltó ni dinero ni celo, la capilla estuvo al punto edificada; es verdad que para mantenerse mútuamente en buena armonía, nobles y clase media habian contraido una obligacion, la cual aun hoy existe, ante maese Vicencio di Bossis, notario público; esta obligacion tiene la fecha de 13 de enero de 1527: los que en ella han firmado se comprometen á aprontar para los gastos del edificio la suma de trece mil ducados; pero parece que desde aquella época habia que empezar ya á desconfiar del presupuesto de los arquitectos: la puerta sola costó ciento treinta y cinco mil francos, es decir, una suma triple de la que estaba calculada para los gastos generales de la capilla.

Terminada esta, decidieron llamar para adornarla de frescos que representasen los principales hechos de la vida del santo, á los primeros pintores del mundo. Desgraciadamente, esta decision no fué aprobada por los pintores napolitanos, que decidieron á su vez que la capilla no seria exornada mas que por artistas indígenas, y juraron que cualquier rival que respondiese al llamamiento hecho á su pincel, se arrepentiria de ello cruelmente.

Sea que ignorasen este juramento, sea que no creyesen en su ejecucion, acudieron al punto el Dominiquino, el Guido y el caballero de Arpino; pero el caballero de Arpino se vió obligado á huir antes de haber cogido el pincel en la mano; el Guido, despues de dos tentativas de asesinato, de las que escapó por milagro, abandonó tambien á Nápoles: solo el Dominiquino, acostumbrado á las persecuciones por las que habia ya sufrido, cansado de una vida que sus rivales le habian hecho tan

triste y dolorosa, no hizo caso de insultos ni amenazas, y continuó pintando. Hizo sucesivamente la Muger curando á una multitud de enfermos con el aceite de la lámpara que árde delante de San Genaro, la Resurreccion de un jóven, y la cúpula, cuando un dia se sintió malo en el andamio: llevároule á su casa; estaba emponzoñado.

Entonces los pintores napolitanos se creyeron libres de toda competencia; mas no era asi: una mañana vieron llegar á Gessi, que iba con dos de sus discípulos para reemplazar al Guido, su maestro; ocho dias despues, los dos discípulos, atraidos á una galera, habian desaparecido sin que jamás desde entonces se volviese á oir hablar de ellos; entonces Gessi abandonado, perdió su valor y se retiró á su vez; y el Españoleto, Cosenzio Lafranco y Stanzoni, se encontraron únicos dueños de aquel tesoro de gloria y porvenir á cuya posesion habian llegado por medio de crímenes.

Entonces fué cuando el Españoleto pintó el Santo saliendo del horno, composicion titánica; Stanzoni la Endemoniada libertada por el santo, y en fin, Lafranco la cúpula, en la que se negó á poner su mano mientras no se borrasen completamente los frescos empezados por el Dominiquino en los ángulos de las bóvedas.

Las reliquias del santo se confiaron á aquella capilla, donde el arte habia tenido sus mártires.

Estas reliquias se conservan en un nicho colocado detrás del altar mayor; este nicho está separado por un compartimiento de mármol, á fin de que la cabeza del santo no pueda mirar su sangre, cosa que podria hacer verificar el milagro antes de la época fijada, puesto que por el contacto de la cabeza y de las vinajeras es por lo que la sangre coagulada se liquida. En fin, está cerrado por dos puertas de plata maciza, en las que están esculpidas las armas del rey de España Cárlos II.

Estas puertas están cerradas con dos llaves, guardada la una por el arzobispo y la otra por una junta sacada á la suerte entre los nobles, que se llaman los diputados del Tesoro. Se ve, pues, que San Genaro goza de la misma libertad de los dux, los cuales jamás podian pasar mas allá del recinto de la ciudad, y no salian de su palacio sino con el permiso del senado. Si esta reclusion tiene sus inconvenientes, tambien tiene sus ventajas: San Genaro consigue de ese modo no verse incomodado á todas las horas del dia y de la noche como un médico de aldea: asi los que le custodian conocen perfectamente la superioridad de su posicion sobre sus colegas los custodios de otros santos.

Un dia que el Vesubio hacia de las suyas, y que la lava, despues de haber devorado á Torre del Greco, se encaminaba muy suavemente hácia Nápoles, hubo gran conmocion en esta ciudad: los lazzaroni, que eran los que menos tenian que perder en todo aquello, fueron al arzobispado y comenzaron á gritar para que se sacara la cabeza de San Genaro y se la llevase al encuentro de la inundacion de llamas. Pero no era cosa fácil concederles lo que pedian: San Genaro estaba encerrado bajo dos llaves, y una de ellas estaba en poder del arzobispo, que en aquel momento se hallaba recorriendo la Basilicata; mientras que la otra estaba en manos de los diputados, los cuales, ocupados en poner en salvo lo mas precioso que tenian, corrian unos por un lado y los demas por otro.

Felizmente el canónigo de guardia era un hombre astuto, que tenia conciencia de la posicion aristocrática que su San Genaro ocupaba en el cielo y en la tierra: subió al balcon del arzobispado, que dominaba á la plaza llena de un inmenso gentío; hizo seña con la mano de que queria hablar, y moviendo la cabeza de alto á bajo como admirado de la audacia de aquellos con quienes tenia que tratar:

—Me pareceis unos perillanes muy chuscos, dijo, viniendo aqui á gritar para que se saque á San Genaro, como pudiérais pedir á San Crispin ó á San Simon. Sabed que San Genaro es un caballero que no se incomoda por el primero que llega.

—Toma, dijo una voz salida de entre la multitud, Jesucristo se incomoda por el primero que llega, ¿cuando yo pido á Dios acaso se me niega?

—He ahí precisamente el terreno en que os esperaba, replicó el canónigo: ¿de quién es hijo Jesucristo, vamos á ver? De un carpintero y una pobre doncella, como vos y yo podriamos serlo; mientras que San Genaro es otra cosa. San Genaro es hijo de un senador y de una muger patricia; por lo tanto, ya veis, es un personage muy distinto de Jesucristo. Id, pues, á buscar á Dios, si quereis; pero en cuanto á San Genaro, yo soy quien os lo dice, aunque os reuniéseis diez veces mas en número que los que sois, y gritáseis cuatro veces mas, no se incomodará porque tiene el derecho de no incomodarse.

—Es verdad, dijo la multitud: vamos á buscar al buen Dios.

Y fueron á buscar al buen Dios, quien, menos aristócrata que San Genaro, salió de la iglesia de Santa Clara, y fué seguido de su popular acompañamiento al sitio que reclamaba su misericordiosa presencia.

En efecto, como decia el buen canónigo, San Genaro es un santo aristócrata, tiene un cortejo de santos inferiores que reconocen su supremacía, sobre poco mas ó menos como los clientes romanos reconocian la de sus patronos: esos santos le siguen cuando sale, le saludan cuando pasa, le esperan cuando vuelve á entrar: estos son los patronos secundarios de la ciudad de Nápoles.

He aquí como se recluta este ejército de santos cortesanos.

Toda cofradía, toda órden religiosa, toda parroquia y aun todo particular que trata de hacer se declare á un santo de sus amigos patronos de Nápoles, por supuesto bajo la presidencia de San Genaro, no tiene mas que hacer fundir una estátua de plata maciza de valor de seis á ocho mil ducados, y ofrecerla á la capilla del Tesoro. Una vez admitida la estátua, queda perpétuamente en la susodicha capilla: desde aquel momento goza de todas las prerogativas de su presentacion en regla. A la manera que los santos glorifican en el cielo eternamente á Dios, al rededor del que forman un coro, ellos glorifican eternamente á San Genaro. En cambio de esta bienaventuranza que les está concedida, están condenados á la misma reclusion que San Genaro; los mismos que los han donado á la capilla no pueden sacarlos de su santa prision, sino depositando en manos de un notario del santo el duplo del valor de la estátua que por gusto particular ó por interés general, se desea vea la luz del dia. Depositada la suma, sale el santo en una época mas ó menos remota. Cuando el santo vuelve á entrar, certificada su identidad, retira la cantidad depositada el propietario provisto de su recibo. De este modo hay seguridad de que los santos no se estravien, ó que si se estravian no se perderán al menos, puesto que con el dinero depositado pueden hacerse fundir dos en vez de uno.

Esta medida que parece arbitraria á primera vista, no se tomó, preciso es decirlo, sino despues de haber visto burlada su escesiva confianza el cabildo de San Genaro: la estátua de San Cayetano, que salió sin depósito, no solo no volvió el dia convenido, sino que ya no volvió mas. Quisieron echar la culpa al mismo santo, y pretendieron que habiendo sido poco aficionado á San Genaro, se habia aprovechado de la primera ocasion que se le presentó para emprender la fuga; los testigos mas respetables fueron en tropel á contradecir aquella calumniosa asercion, y hechas las competentes averiguaciones, se supo que habia sido un cochero de fiacre quien habia estraviado la preciosa estátua. Pusiéronse en persecucion del ladron, pero como llevaba dos dias de ventaja, habia segun toda probabilidad pasado la frontera, y por mas minuciosas que fueron las pesquisas, no produjeron ningun resultado. Desde aquel desventurado dia, cayó una mancha indeleble sobre la respetable corporacion de cocheros de fiacre, que hasta entonces en Nápoles, como en Francia, habian disputado á los perros de lanas la supremacía de la fidelidad, y que desde aquel momento no se atrevieron ya á hacerse retratar volviendo al domicilio del parroquiano con una bolsa en la mano. Hay mas, si entrais en disputa con el cochero de fiacre, y creeis que la discusion vale la pena de aplicar á vuestro adversario una de esas inmortales injurias que la sangre solo puede borrar, no jureis ni por la pascua de Dios, como juraba Luis XI, ni por el vientre de San Canoso, como juraba Enrique IV, jurad sencillamente por San Cayetano, y vereis á vuestro enemigo caer á vuestros pies anonadado pidiéndoos perdon, si no se levanta por el contrario, para daros una puñalada.

Como se comprende bien, las puertas del Tesoro están siempre abiertas para recibir las estátuas de los santos que desean formar parte de la córte de San Genaro, y esto sin ninguna investigacion de fecha, sin que el admitido tenga necesidad de hacer sus pruebas de 1399 ó de 1426; la única regla exigida, la sola condicion *sine qua non* es que la estátua sea de plata pura y que tenga el peso.

Sin embargo, si la estátua fuera de oro y pesara el doble, no por eso se dejaria de admitir; solo los jesuitas, que como se sabe no perdonan ningun medio de mantener ó aumentar su popularidad, han depositado cinco estátuas en el tesoro en menos de tres años.

Estos detalles eran necesarios para venir á parar al milagro de San Genaro que hace mas de mil años causa cada seis meses tanto ruido, no solo en la ciudad de Nápoles, sino en todo el mundo.

XXI.

EL MILAGRO.

Felizmente nos hallábamos en Nápoles al aproximarse aquella época solemne.

Ocho dias antes empezó á notarse cierta agitacion en la ciudad, como es costumbre á la aproximacion de algun gran acontecimiento: los lazzaroni gritaban mas alto y gesticulaban mas fuerte, los cocheros se hacian insolentes, y ponian condiciones en lugar de recibirlas; en fin las fondas se llenaban de estrangeros que llevaban de Roma las diligencias ó que importaban de Civita-Vecchia y de Palermo los buques de vapor.

Habia tambien aumento de repiques; de repente una campana empezaba á tocar fuera de la hora acostumbrada: se acudia á la iglesia de donde partia aquel ruido para informarse de las causas de aquel concierto inesperado; el lazzaroni que volteaba pendiente de su cuerda, respondia sencillamente que la campana tocaba porque estaba alegre.

Por su parte el Vesubio, lanzaba un humo mas negro de dia y mas rojizo de noche: al anochecer, de la base de aquella columna de vapor que subia en espiral, y se desvanecia en el cielo como la copa de un pino gigantesco

se veian salir lenguas de fuego, semejantes á los dardos de una serpiente. Todo el mundo hablaba de una próxima erupcion, y á fuerza de oirla anunciar como inevitable, habíamos concluido por contar con ella y colocarla en su sitio como el programa de la funcion.

La antevíspera comenzaron á desembocar en la ciudad todas las poblaciones vecinas: ya eran pescadores de Sorrento, Resina, Castellamare y de Capri con sus mas vistosos trages; ya eran las mugeres de Ischia, de Nettuno de Prócida y de Aversa, con sus mas ricos atavios. En medio de toda esta multitud matizada, alegre, dorada, palpitante, pasaba de vez en cuando una anciana de cabellos grises esparcidos como la Sibila de Cumas, gritando mas alto, gesticulando mas que nadie, hendiendo la multitud sin inquietarse por los golpes que daba, rodeada por los demas en todo el camino de respeto y veneracion; era una de las nodrizas ó de las parientas de San Genaro: todas las ancianas, desde Santa Lucía á la Mergellina, son parientas de San Genaro y descienden de la que el ciego que recobró la vista encontró en el circo de Pouzzoles recogiendo en una redoma la sangre del santo.

Toda la noche estuvieron tocando las campanas echadas á vuelo: se hubiese dicho que un temblor de tierra las ponia en conmocion, tanto repicaban aisladas una de otras y en una independencia completamente individual.

La víspera del dia del milagro nos despertamos á las diez de la mañana por un rumor espantoso. Nos asomamos á la ventana, las calles parecian canales que rebosaban la poblacion de Nápoles y sus inmediaciones; toda aquella multitud se dirigia al arzobispado para ocupar su puesto en la procesion. La procesion va de la capilla del Tesoro, domicilio habitual de San Genaro, á la catedral de Santa Clara, metrópoli de los reyes de Nápoles y en la que el santo debe verificar su milagro.

Seguimos la multitud y nos dirigimos á la casa de Duprez, que vivia precisamente por donde pasaba la procesion, y que nos habia ofrecido un sitio en sus balcones.

Empleamos mas de una hora en andar quinientos pasos.

Felizmente la procesion que sale del arzobispado antes de ser de dia, no llega á la catedral hasta cerrada la noche: ordinariamente necesita catorce ó quince horas para verificar un trayecto de un kilómetro, sobre poco mas ó menos.

Fórmanla, como hemos dicho, no solo la ciudad toda entera, sino tambien las poblaciones comarcanas divididas por castas y cofradías. La nobleza debe marchar la primera y luego la siguen las corporaciones. Desgraciadamente, debido al carácter completamente independiente de la nacion napolitana, nadie conserva sus filas; hacia una hora estaba yo al balcon, preguntando cuando vendria la procesion á los que estaban inmediatos á mí, que estrangeros como yo se hacian unos á otros la misma pregunta, cuando llegó un napolitano y nos dijo que aquel gentío mas ó menos engalanado, aquellos artesanos empolvados de blanco, vestidos de negro, de verde, de rojo, de amarillo y de cuello de pichon, con sus calzones cortos de mil colorines, sus medias de seda, zapatos con hevillas, y que marchaban en grupos de quince ó veinte, deteniéndose para hablar con sus conocidos, haciendo alto para beber á la puerta de las tabernas; gritando para que les llevasen rajas de cocomero y vasos de sambreco, todo aquello era precisamente la procesion.

Esta noticia fué un rayo de luz: miré mas atentamente y ví efectivamente una doble hilera de soldados todo lo largo de la calle, teniendo al brazo el fusil adornado de un ramillete, y destinado como un dique á encerrar el torrente en su lecho; mision, que, á pesar de su buena voluntad y el rigor de la consigna, no podia conseguir desempeñar.

La procesion, que desde entonces reconocí ya por tal, seguia su carrera vagabunda é independiente, como la Durance, chocando sus oleadas en las casas, y con preferencia en la puerta de las tabernas; deteniéndose de repente sin que hubiese al parecer causa para aquella parada; volviéndose á poner en marcha sin que se pudiese adivinar el motivo que la volvia el movimiento, semejante, en fin, á esos rios de corrientes contrarias, cuya verdadera direccion es casi imposible conocer por ese doble movimiento.

En medio de todo esto se veia de cuando en cuando brillar el rico uniforme de un oficial napolitano, marchando con abandono, con una vela torcida en la mano y escoltado por cuatro ó cinco lazzaroni, empujándose, chocándose, derribándose, por recoger en un cucurucho de papel gris la cera que goteaba de su vela, mientras el oficial, con la cabeza erguida, sin ocuparse de lo que pasaba á sus pies, era generoso con su cera, mirando á las señoras agolpadas en las ventanas y balcones, las que como si quisieran arrojar flores en el camino de la procesion, le enviaban sus ramilletes en cambio de sus guiños.

Seguian despues, precedidos de la cruz y el estandarte, confundidos con el pueblo cuya oleada los envolvia sin cesar aislándolos unos de otros, frailes de todas las órdenes y de todos colores: capuchinos, cartujos, dominicos, camaldulenses, carmelitas calzados y descalzos, los unos corpulentos, gruesos, redondos, pequeños, con cráneos relucientes colocados sobre anchas espaldas: estos iban hablando, cantando, ofreciendo tabaco á los maridos, dando consuelos á las mugeres embarazadas, y mirando, acaso algo mas carnalmente que lo permitia la regla de su órden, á las jóvenes agrupadas á los lados ó apoyadas en las espaldas de los soldados para verlos pasar; los otros, demacrados por el ayuno, pálidos por la abs-

tinencia, debilitados por las austeridades, levantando hácia el cielo su amarillenta frente, sus pálidas megillas y sus ojos hundidos, marchando sin ver á donde les arrastraba la oleada humana; fantasmas vivos, que se habian hecho un infierno de este mundo con la esperanza de que este infierno les conduciria derechos al Paraiso, y que en aquel momento recogian el fruto de sus dolores del claustro por el respeto religioso y de temor de que se veian rodeados.

Este es el anverso y el reverso de la vida monástica.

De vez en cuando, si las paradas eran demasiado prolongadas, ó el desórden demasiado grande, el maestro de ceremonias soltaba contra los rezagados á sus espolistas armados con una larga vara de ébano, como hace el pastor enviando sus perros á los carneros rebeldes; entonces, cediendo á esta medida de represion, los bebedores y los charlatanes concluian por volver á ocupar bien ó mal un sitio cualquiera en la fila y la procesion adelantaba algunos pasos.

Sin embargo, esta procesion que no tenia todavía cola, como se comprende tenia una cabeza; hacia las once de la mañana llegaba la cabeza á la catedral, entraba por la puerta del centro, y comenzaba á depositar sus ramos y sus velas ante el altar donde estaba espuesta la cabeza de San Genaro; despues volviendo á salir por las puertas laterales, cada uno iba á su tarea: los frailes á sus comidas, los oficiales á sus amores, las corporaciones á su siesta, los lazzaroni á buscar nuevas velas.

Y asi los demas, á medida que las masas se sucedian.

Sucedióronse las masas hasta las seis de la tarde; á las seis de la tarde la procesion comenzó á tomar una forma algo mas regular.

Primeramente vimos aparecer, precedida de ráfagas de armonía que habian llegado ya hasta nosotros entre el rumor popular, la música de los guardias reales, ejecutando los aires mas en moda de Rossini, de Mercadante y Donizetti; seguian los seminaristas con sobrepelliz y marchando de dos en dos en el mayor órden, y despues las setenta y cinco estátuas de plata de los patronos secundarios de la ciudad de Nápoles, los cuales, como hemos dicho, forman la córte de San Genaro.

A la aproximacion de estas estátuas nos esperaba otro espectáculo; nos lo habian reservado para el último, sin duda porque era el mas curioso.

Como hemos dicho, los santos que componen el acompañamiento de San Genaro, no son elegidos entre la aristocracia del calendario, sino por el contrario, entre los advenedizos de la fortuna: resulta de aqui que acerca de los elegidos de la Chaussée-d'Antin napolitana hay mucho que decir y muchas quejas que dar, y como el pueblo, repetimos, pone á San Genaro por encima de todos, y no ve á nadie ni antes ni despues de él, esos santos subordinados á su bienaventurado patron, se ven espuestos á medida que aparecen á los equívocos mas picantes y multiplicados; lo cual no tendria gran importancia para los santos, pero lo muy grave para ellos es que no hay un pecadillo de la vida pública ó privada de esos desventurados elegidos, que se libre de la censura de los espectadores. Se echa en cara á San Pablo su idolatría, á San Pedro sus traiciones, á San Agustin sus juveniles calaveradas, á Santa Teresa sus éxtasis, á San Francisco Borgia su origen, á San Antonio su usurpacion, á San Cayetano su indolencia; y todo esto con tales términos, gritos, vociferaciones y gestos, que hacen grande honor al bondadoso carácter de los santos, y que prueban que al frente de las virtudes que les han abierto el Paraiso, marchaban la paciencia y la humildad.

Cada una de estas estátuas avanzaba llevada en hombros de seis facchini y precedida de seis sacerdotes, y cada una tambien provocaba en toda la carrera la burla prolongada y siempre creciente que hemos dicho.

Apostrofadas de esta manera, llegan por fin las estátuas á la iglesia de Santa Clara, hacen humildemente la reverencia á San Genaro, que está espuesto en el lado derecho del altar, y se retiran.

Despues de los santos va el arzobispo conducido en una rica litera, y llevando en la mano las redomitas ó vinajeras de la milagrosa sangre.

El arzobispo deposita las redomitas en el tabernáculo, y con esto concluye todo por aquel dia.

Cada uno se vuelve á sus amores, á sus placeres ó á sus negocios; únicamente las campanas no tienen descanso y continúan sonando con una alegria que se semeja á la desesperacion.

Aquel redoble universal y contínuo duró toda la noche.

A las siete de la madrugada nos levantamos; Nápoles se precipitaba en direccion de la iglesia de Santa Clara; no se trataba ya en aquella ocasion de pedir los caballos ni mandar aproximar el carruage; estaba prohibida la circulacion de todo vehículo. Bajamos nuestros dos pisos, nos detuvimos un instante á la puerta, nos abandonamos á la multitud, y nos dejamos arrastrar por el torbellino.

El torrente nos llevó directamente á la iglesia de Santa Clara. El vasto edificio estaba lleno; pero gracias á la embajada francesa habiamos adquirido papeletas reservadas. Al ver nuestro *porti distinti* nos hicieron lugar los centinelas y llegamos á nuestras tribunas.

He aqui el espectáculo que presentaba la iglesia.

Sobre el altar mayor estaban de un lado

la cabeza de San Genaro, en el otro la redoma que contenia la sangre.

Un canónigo estaba de guardia delante del altar.

A derecha é izquierda del altar se habian colocado dos tribunas.

En la de la izquierda habia muchos músicos, preparados sus instrumentos, esperando á que se verificase el milagro para celebrarlo.

La tribuna de la derecha estaba llena de ancianas que se titulaban parientas de San Genaro, que se encargaban de activar el milagro si por acaso se hacia esperar.

Al pie de los escalones del altar se estendia una gran barandilla á donde iban los fieles á arrodillarse por su órden; el canónigo cogia la redoma, se la daba á besar, y les mostraba la sangre completamente coagulada; en seguida los fieles satisfechos se retiraban para hacer lugar á otros que iban á besar á su vez la redoma, á cerciorarse por su parte de la coagulacion de la sangre, retirándose en seguida para ceder tambien su sitio á sus sucesores y asi sucesivamente.

Los mismos pueden volver tres, cuatro, cinco y seis veces, tantas como quieran; pero no pueden permanecer dos veces seguidas: una vez besada la redoma, una vez cerciorados de la coagulacion de la sangre, es preciso que se retiren.

El resto de la iglesia forma un mar de cabezas humanas, que aparecen como islas llenas de mugeres, de hombres, de plumas, de cintas, de charreteras y de bandas; la tribuna de los príncipes, la tribuna de los embajadores y la tribuna *dei porti distinti*.

Príncipes, embajadores, *porti distinti*, pueden bajar de su tablado, ir á besar la redoma, cerciorarse de la coagulacion de la sangre, y volverse á su sitio: solo que durante el trayecto corren peligro de ser ahogados como simples mortales.

Lo primero que hicimos fué arrodillarnos junto á la barandilla; el canónigo de guardia nos presentó la redoma, que besamos; luego nos hizo ver la sangre seca que se mantenia adherida á las paredes.

Volvimos á ocupar nuestro sitio: Jadin dejó en el camino un faldon de su frac, y yo un pañuelo de bolsillo.

Luego esperamos.

Sucediéronse asi los pelotones desde el momento de nuestra entrada, es decir, desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. A las tres de la tarde comenzaron á oirse ciertos murmullos, y algunos mal intencionados esparcian el rumor de que el milagro no se hacia.

A eso de las tres y media aumentaron los murmullos de un modo espantoso: habia comenzado por una especie de queja y se elevaba hasta los rugidos. Las parientas de San Genaro pronunciaron algunas injurias contra el santo que asi se hacia de rogar.

A las cuatro casi era aquello un motin; se pateaba, se vociferaba, se enseñaban los puños; el canónigo de guardia (se relevaban los canónigos de hora en hora), se aproximó á la barandilla y dijo:

—Sin duda hay hereges en la reunion: que salgan los hereges ó no se verificará el milagro.

Al oir aquellas palabras, se levantó un espantoso clamoreo de todos los lados de la catedral, oyéndose los gritos de:

—¡Fuera los hereges! ¡abajo los hereges! ¡mueran los hereges!

Una docena de ingleses que estaban en las tribunas, se bajaron entonces de su tablado en medio de los gritos, de los aullidos y vociferaciones de la multitud; una partida de soldados de infantería mandada por un oficial espada en mano, los rodeó á fin de que no fuesen destrozados por el pueblo, y les acompañó fuera de la iglesia, donde no sé lo que fué de ellos.

Su espulsion produjo un momento de silencio, durante el cual la multitud conmovida y sublevada volvió á adquirir el movimiento que la llevaba hácia el altar para besar la redoma y la alejaba de él cuando la redoma habia sido besada.

Una hora pasaria en la espectativa y sin que el milagro se verificase. Durante aquella hora estuvo la multitud bastante tranquila, pero era la calma que precede á la tempestad. Pronto volvieron á comenzar los rumores, los rugidos se hicieron oir de nuevo, y resonaron algunos alaridos salvages y aislados. En fin, gritos tumultuosos, vociferaciones, gruñidos y rumores, se convirtieron en un rugido universal del que nada puede dar una idea.

El canónigo preguntó por segunda vez si habia hereges en la reunion; pero esta vez nadie respondió. Si algun desventurado inglés, ruso ó griego se hubiese denunciado respondiendo á aquel llamamiento, seguramente hubiese sido hecho pedazos, sin que ninguna fuerza militar, sin que ninguna proteccion humana hubiese podido salvarle.

Entonces las parientas de San Genaro tomaron parte. Tenia algo de repugnante ver aquellas veinte ó treinta furias del Averno arrancándose de rabia su gorra, amenazando á San Genaro con el puño, llenando de invectivas á su pariente con toda la fuerza de sus pulmones, aullando las mas groseras injurias, vociferando las mas terribles amenazas, insultando al santo en su altar como hubiera podido hacerlo un ébrio populacho con un parricida en el cadalso.

En medio de aquel tumulto infernal levantó de repente el sacerdote la redoma en el aire gritando:

—¡Gloria á San Genaro! ¡el milagro está hecho!

Todo cambió al punto.

Humillaron todos su rostro hasta la tierra.

A las injurias, á las voces, á los gritos, á los clamores, á los rugidos, sucedieron los gemidos, los lamentos, las lágrimas y sollozos. Todo aquel populacho ébrio de alegría, se movia, se levantaba, se abrazaba esclamando: —¡Milagro, milagro! y pedia perdon á San Genaro, agitando sus pañuelos empapados en lágrimas, de los escesos á que acababa de entregarse con respecto á él.

En el mismo instante empezaron los músicos á tocar y los cantores á entonar el *Te Deum*, mientras un cañonazo disparado del fuerte de San Telmo, y cuyo estampido resonó hasta dentro de la iglesia, anunciaba á la ciudad y al mundo, *Urbi et orbe*, que el milagro estaba hecho.

En efecto, precipitóse la multitud hácia el altar, y nosotros como los demas. Asi como la primera vez, nos dieron á besar la redoma; pero de perfectamente coagulada que estaba la sangre la primera vez, se habia vuelto completamente líquida.

En esta liqüefaccion es en lo que consiste el milagro, como ya dijimos.

Efectivamente, habia allí un verdadero milagro, porque la redoma era la misma; el sacerdote no la habia tocado mas que para cogerla del altar y darla á besar á los circunstantes, y los que la habian besado no la habian perdido de vista un instante.

La liqüefaccion se habia verificado en el momento en que la redoma estaba sobre el altar y cuando el sacerdote, á diez pasos próximamente de la redoma, apostrofaba á las parientas de San Genaro.

Ahora levante su cabeza la duda para negar, eleve su voz la ciencia para contradecir; he ahí lo que pasa, he ahí lo que sucede, y lo que sucede sin misterio, sin supercheria, sin sustitucion, lo que sucede á la vista de todos. La filosofía del siglo XVIII y la química moderna se han cansado en vano: Voltaire y Lavoisier han querido morder aquella redoma, y como la serpiente de la fábula, han gastado en ella sus dientes.

Ahora bien, ¿es ese un secreto guardado por los canónigos del Tesoro y conservado de generacion en generacion, desde el siglo IV hasta nuestros dias?

Es posible; pero en este caso es preciso convenir en que esa fidelidad es mas maravillosa todavía que el milagro mismo.

Prefiero, pues, creer sencillamente en el milagro; y por mi parte declaro que creo en él.

Por la noche toda la ciudad estaba iluminada y se bailaba en las calles.

XXII.

SAN ANTONIO USURPADOR.

¿Podrá creerse despues de la popularidad de San Genaro que acabamos de referir, que como un poder terreno, como un simple rey de carne y hueso, como un Estuardo ó como un Borbon, llegó un dia en que San Genaro fuese destronado?

Preciso es añadir que fué en 99, época del destronamiento general lo mismo en la tierra que en el cielo; verdad es, que era durante ese estraño período en que el mismo Dios, lanzado de su paraiso, necesitó para poder aparecer en Francia bajo el título del Ser Supremo, de un permiso de la Convencion nacional firmado por Maximiliano Robespierre.

Los que duden de ello podrán, al pasar por la calle del Roule, dirigir una mirada al frontispicio de la iglesia de San Felipe; todavía leerán en él esta inscripcion mal borrada:

«El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.»

Así, pues, en 1799, como deciamos, y en el sesto siglo del patronato de San Genaro, reinando los señores Barrás, Rewbel, Gohier y otros en Francia, bajo el nombre de directores, fué cuando esto sucedió.

Hé aquí con qué motivo.

El 23 de enero de 1799, despues de una defensa de tres dias, durante los que los lazzaroni armados únicamente de piedras y palos habian hecho frente á las mejores tropas del ejército de la república, Nápoles se rindió á Championet, y gracias á una alocucion que el general en gefe habia dirigido á los napolitanos en su propio idioma, y por el que les habia probado que todo lo que pasaba era efecto de una mala inteligencia, el ejército republicano hizo su entrada en la ciudad gritando: ¡viva San Genaro! mientras que por su parte, los lazzaroni gritaban: ¡vivan los franceses!

Durante la noche se dió sepultura á cuatro mil víctimas de aquella mala inteligencia, y todo concluyó.

Sin embargo, como se concibe bien, aquella entrada, por mas fraternal que hubiese sido produjo un cambio notable en los negocios del gobierno; vencia el partido republicano: dedicóse, pues, á establecer una república, la cual tomó el nombre de república partenopea.

El dia que fué proclamada hubo un gran banquete dado por el general Championet á los miembros del nuevo gobierno en el antiguo palacio del rey, convertido en palacio nacional.

Este banquete regocijó mucho á los lazza-

roni, los cuales vieron comer á sus representantes, y aseguraron que los liberales no eran antropófagos como se les habia dicho.

Al dia siguiente, el general Championet acompañado de todo su estado mayor, se trasladó con gran pompa á la catedral de Santa Clara para dar gracias á Dios por el restablecimiento de la paz, adorar la reliquia de San Genaro é implorar su proteccion para la ciudad de Nápoles, á pesar de su cambio de gobierno.

Esta ceremonia, á que asistió tanta gente cuanta podia contener la iglesia, agradó sobremanera á los lazzaroni, los cuales reconocieron, visto el silencio del santo y la devocion del general, y su estado mayor, que los franceses no eran hereges como se les habia asegurado.

A los dos dias se plantaron árboles de la libertad en todas las plazas de Nápoles, al sonido de la música militar francesa, y de la música civil napolitana.

Este ensayo de horticultura championniana elevó al mas alto grado el entusiasmo de los lazzaroni, que aman la música y adoran la sombra.

Comenzaron entonces eso que se llaman las reformas; esta fué la piedra de escándalo de la nueva república.

Aboliéronse los derechos sobre el vino, y el pueblo dejó obrar sin decir nada.

Aboliéronse los derechos sobre el tabaco, y todavía el pueblo toleró aquella abolicion.

Aboliéronse los derechos sobre la sal, y el pueblo comenzó á murmurar.

Aboliéronse los derechos sobre el pescado, y el pueblo gritó mas alto.

En fin, abolióse el título de escelencia, y el pueblo se incomodó en gran manera.

Bueno y escelente pueblo, que miraba cada abolicion de impuestos como un nuevo ultrage hecho á sus deberes, y que no obstante, no se sublevó realmente sino cuando se abolió el título de escelencia, que como él mismo decia, nada habia hecho contra el nuevo gobierno.

Desgraciadamente el nuevo gobierno para nada tuvo en cuenta las reclamaciones de los lazzaroni, y continuó sus reformas orgulloso y fuerte con el apoyo del ejército francés.

Pero este apoyo, como se comprende bien, reveló á los napolitanos que habia connivencia entre el ejército francés y el gobierno que les oprimia arrebatándoles unos despues de otros sus antiguos y sagrados impuestos. Desde entonces los franceses, combatidos primero como hereges, recibidos despues como libertadores, festejados luego como hermanos, fueron mirados como enemigos, y comenzó á esparcirse el rumor desde el castillo dell'Ovo á Cappo-di-Monte, y desde el puente de la Magdalena hasta la ruta de Pouzzoles, de que San Genaro, para castigar á la ciudad de Nápoles por la confianza que habia tenido en ellos, no haria su milagro el primer domingo del mes de mayo, como tenia costumbre de hacerlo en dicho dia hace catorce siglos.

Esta terrible noticia causó gran sensacion; todos al encontrarse se preguntaban:—¿Habeis oido decir que San Genaro no hará este año su milagro? La respuesta era:—Lo he oido decir; y los interlocutores movian la cabeza mirando al cielo y suspirando, y se separaban murmurando:

—¡La culpa es de esos tunantes franceses!

Pronto comenzó á notarse faltas en las filas á la hora de la lista. Refiriéronle el hecho al general Championet quien no dudó ni un momento hubiesen sido arrojados al mar los ausentes.

Algunos dias antes del en que debia verificarse el milagro se hallaron tres soldados muertos: uno en la calle Porta Capuana, el segundo en la de San José, y el tercero en la plaza del Mercado Nuevo.

Uno de ellos tenia todavía en el pecho metido el puñal que le habia muerto y en el mango del puñal atada esta inscripcion.

«Mueran asi todos esos hereges franceses que son causa de que San Genaro no haga su milagro!»

Vió entonces el general Championet que era muy importante para su salvacion y la del ejército que el milagro se verificase.

Decidió, pues, que de un modo ú otro se verificaria el milagro.

A medida que se aproximaba el primer domingo de mayo, las demostraciones eran cada vez mas hostiles y las amenazas mas descubiertas.

Llegó la víspera del gran dia: tuvo lugar la procesion como de costumbre; solo que en lugar de desfilar entre dos líneas de soldados napolitanos, desfiló entre una hilera de granaderos franceses y otra de tropas indígenas.

Toda la noche anduvieron patrullas, mitad de soldados de la república partenopea, y mitad de los de la república francesa. Habia para las dos naciones una misma palabra de seña franco-italiana.

Por la noche tocaron algunas campanas aisladamente; pero en lugar de ese alegre repique que les es habitual, lanzaron al aire lúgubre clamoreo. Aquel doblar recordó al general Championet el de las vísperas sicilianas; y prometió no dejarse sorprender como lo habia hecho Cárlos de Anjou.

Por la mañana todo el mundo se dirigió á la iglesia de Santa Clara con sombrío silencio. Era un contraste demasiado notable con el carácter napolitano para que no fuese observado. El general mandó estar á todos los soldados en los cuarteles; á escepcion de los hombres de servicio, dándoles órden de estar dispuestos á la primera llamada.

Pasó la mayor parte del dia sombrío y amenazador; sin embargo, como ordinariamente no se verificaba el milagro sino de tres

á seis de la tarde, hasta esa hora nada hubo que decir; pero llegada aquella hora volvieron á comenzar las voces; solo que en aquella ocasion en vez de dirigirse al santo, amenazaban á los franceses. Como el general asistia á la ceremonia con su estado mayor, y entendia perfectamente el lenguaje del pueblo napolitano, no perdió ni una palabra de las amenazas que se le hacian.

A las seis se cambiaron las voces en rugidos, los brazos comenzaron á salir de debajo de las capas y los puñales de los bolsillos. Brazos y puñales se dirigian hácia el general y su estado mayor, quienes permanecian tan impasibles como si nada hubiesen comprendido ó como si nada tuvieran que ver con ello.

A las ocho subieron los rugidos de punto hasta no poderse entender; los de la calle respondian á los de la iglesia; los granaderos miraban al general para ver si tambien ellos calarian la bayoneta; el general estaba impasible.

A las ocho y media, como el tumulto aumentaba, el general se inclinó hácia un ayudante de campo y le dijo algunas palabras al oido. El ayudante de campo bajó del tablado, atravesó la doble hilera de soldados franceses y napolitanos que conducia al coro, se mezcló á la multitud de los fieles que se oprimian para ir á besar la redoma, llegó á la barandilla, se puso de rodillas y esperó su vez.

Al cabo de cinco minutos el canónigo cogió del altar la redoma que contenia la sangre completamente coagulada, lo cual era, siendo ya tan tarde, una gran prueba de la cólera de San Genaro contra los franceses; la elevó para que nadie dudase del estado en que se encontraba, y en seguida empezó á darla á besar.

Cuando llegó delante del ayudante de campo, éste al mismo tiempo que besaba la redoma le cogió la mano. El canónigo hizo un movimiento.

—Una palabra, padre mio, dijo el jóven oficial.

—¿Qué me quereis? preguntó el sacerdote.

—Quiero deciros de parte del general en gefe, replicó el ayudante de campo, que si no se verifica el milagro dentro de diez minutos sereis fusilado de aqui á un cuarto de hora.

El canónigo dejó caer la redoma, que el jóven ayudante de campo, cogió felizmente antes que hubiese llegado al suelo, devolviéndola al punto con muestras de la mas profunda devocion; en seguida se levantó y se volvió á su sitio junto al general.

—¿Y bien? dijo Championet.

—¡Y bien! dijo el ayudante de campo, estad tranquilo, general, dentro de diez minutos se verificará el milagro.

El ayudante de campo habia dicho la verdad, solo que se habia engañado en cinco minutos. Al cabo de cinco minutos levantó el canónigo la redoma, esclamando:

—*Il mirácolo é fatto.* La sangre estaba en completa liqüefaccion.

Pero en lugar de los gritos de alegría y los trasportes de júbilo que acogian ordinariamente aquella hora solemne, toda aquella multitud, frustrada su esperanza, fué pasando con sombrío silencio: la promesa hecha á nombre de San Genaro no se habia cumplido; á pesar de la presencia de los franceses el milagro se habia verificado. San Genaro no los miraba, pues, como enemigos; era cosa de no comprenderse; y como ni el canónigo ni el general revelaron por el momento la corta conversacion que entre ellos habia mediado por órgano del jóven ayudante de campo, nadie comprendió efectivamente aquello.

Resultó de aqui que recayeron sospechas de mal género sobre San Genaro: le acusaron en secreto de haberse dejado seducir por palabras halagüeñas, y haber cambiado suavemente en sentido republicano.

Este rumor fué el primer golpe dado al poder espiritual y temporal de San Genaro.

Dijimos ya en otra parte como continuaron los acontecimientos de un modo muy distinto del que se esperaba. Batidos los franceses en la Italia Occidental, llamaron las tropas que ocupaban á Nápoles; el general Macdonald, que habia reemplazado al general Championet, evacuó la capital, dejando la república partenopea entregada á sí misma. Tres meses despues no existia ya la pobre república.

Hubo entonces una terrible reaccion contra todo lo que habia sucumbido á la influencia del partido francés. Hemos referido ya los suplicios de Caracciolo, de Héctor Caraffa, de Cirillo y de Leonor Pimentel; durante dos meses Nápoles fué una inmensa hoguera. Aquellos que tengan ánimo bastante, hojeen á Coletta y den con él un paseo por aquel espantoso hosario.

Sin embargo, cuando los lazzaroni hubieron muerto ó proscrito á todos, forzoso les fué detenerse. Miraron entonces por todas partes para ver si habian olvidado alguien antes de quitar los instrumentos de tortura, desarmar los patíbulos y apagar las hogueras. Todo estaba mudo y desierto como una tumba; no habia mas que verdugos en las plazas, espectadores en las ventanas, mas ya no quedaban víctimas.

Hubo alguno que pensó entonces en San Genaro, el cual habia hecho su milagro de un modo tan anti-nacional, y sobre todo, tan inesperado.

Pero San Genaro no era uno de esos poderes de un dia, á los cuales se ataca sin inquietarse por las consecuencias: San Genaro habia visto pasar los griegos, los godos, los sarracenos, los normandos, los suavos, los angevinos, los españoles, los vireyes y los reyes, y San Genaro habia quedado siempre

en pie; de modo que el primero que formuló su acusacion contra San Genaro, lo hizo en voz muy baja y casi temblando.

Pero precisamente por aquella prolongada popularidad, tenia San Genaro muchos mas enemigos que los que se le conocian. Por bienhechor, por poderoso, por atento que fuese, le habia sido imposible en medio del coro de peticiones que contínuamente llega hasta él, dar oidos y contentar á todo el mundo; habíase, pues, creado, sin saberlo él mismo, una multitud de descontentos que no se atrevian á decir nada mientras se creian solos, pero que se unieron inmediatamente al primer acusador que levantó la voz; resultó de aqui que éste, contra lo que él mismo esperaba, obtuvo un éxito increible.

Desde el momento en que no hicieron pedazos al acusador, le elevaron sobre el pavés: inmediatamente hicieron todos coro; ya no hubo ni el mas insignificante lazzaroni que no formulase su acusacion. San Genaro, sobre quien habian recaido primero sospechas de indiferencia, fué bien pronto acusado de traicion; llamáronle liberal, revolucionario, jacobino. Corrieron á la capilla del Tesoro, que saquearon ante todo; luego cogieron la estátua del santo, la ataron una cuerda al cuello, la arrastraron por el muelle y la arrojaron al mar.

Algunas voces se elevaron entre los pecadores, protestando contra aquella ejecucion, que olia á 2 de setiembre desde una legua; pero aquellas voces fueron cubiertas por los gritos del populacho que esclamaba:—¡*Abajo San Genaro*! ¡*San Genaro al mar*!

Sufrió, pues, San Genaro por segunda vez el martirio, y fué arrojado á las olas; verdad es que ahora era ejecutado en efigie.

Pero no bien San Genaro fué arrojado al mar, se encontró la ciudad de Nápoles sin patron, y acostumbrada como estaba á una proteccion milagrosa, sintió de un modo muy deplorable el aislamiento en que se hallaba.

Su primera intencion, su intencion natural, fué recurrir á uno de los setenta y cinco patronos secundarios, y trasmitirle la supervivencia de San Genaro.

Desgraciadamente no era cosa fácil de hacerse; los santos superiores estaban ocupados en otra parte: San Pedro tenia Roma, San Pablo Lóndres, San Francisco Asís, San Cárlos Borromeo Arona; cada uno, en fin, tenia su ciudad á que siempre habia protegido como San Genaro habia protegido á Nápoles, y no habia que esperar por mas esperanza de mejora que le diese aquel nuevo nombramiento, que abandonase su pueblo por un pueblo nuevo. Por otra parte, dividiendo su patronato, era de temer que el santo tuviese mas obra que la que podia hacer, y que abarcase mal por abrazar demasiado. Verdad es que quedaban las santas, las cuales, gracias á la institucion casi general de la ley Sálica, disponen de mas tiempo que los santos; pero seria dar á San Genaro un sucesor muy pobre heredando su patronato una muger; y los napolitanos eran demasiado orgullosos para abandonar de ese modo á la rueca el patronato de la ciudad.

Entretanto se tramaban toda clase de intrigas: cada uno presentaba su santo, exageraba sus méritos, duplicaba sus cualidades, se comprometia por él, y á nombre suyo respondia de su buena voluntad; no hubo ninguno, hasta San Cayetano, que no tuviese sus panegiristas. Pero compréndese que era un malísimo antecedente para este santo haberse dejado robar y no haber hecho le volviesen á encontrar. Asi que San Cayetano ni por un momento tuvo probabilidad alguna, y únicamente se le citó como por memoria.

Resolvieron reunir un cónclave en el que se examinaran los méritos de los pretendientes, y del que saldria elegido el mas digno. Proclamárouse los nombres de los setenta y cinco santos; despues de cada proclamacion, todo el que quiso estuvo en libertad de levantarse y decir en favor del último nombrado lo que tuviese á bien; decidióse la completa libertad del voto; y para que estos votos fuesen esencialmente libres, se decretó que la votacion seria secreta.

Al tercer dia de escrutinio resultó elegido San Antonio.

Lo que habia influido mas á favor de San Antonio, era el ser abogado del fuego.

Ahora bien, como Nápoles está incesantemente amenazada de perecer como Sodoma y Gomorra, de combustion instantánea, veia una cierta seguridad en la eleccion de un patron que tenia muy especialmente bajo su dependencia el elemento mortal y temible.

Pero Nápoles no habia pensado en una cosa, y es que hay fuegos de fuegos, como hay hogueras de hogueras. San Antonio era el patron del fuego causado por accidente, por inadvertencia ó por descuido. Era soberano contra todo incendio que reconocia por orígen una causa humana; pero San Antonio no podia nada contra el fuego del cielo ni contra el fuego de la tierra; San Antonio era impotente contra el rayo y contra la lava, contra las tormentas y los volcanes. Aparte del cuidado con que hasta alli se habia guardado, San Antonio no era, pues, para Nápoles un patron mucho mas superior que San Cayetano.

San Antonio no dejó por eso de ser proclamado patron de Nápoles en medio del universal regocijo. Hubo bailes, fiestas, combates sobre el agua, distribuciones gratis, espectáculos al aire libre y fuegos artificiales, de modo que San Antonio se creyó tan sólidamente consolidado en su puesto, como lo habian estado sucesivamente los veinte y tres emperadores romanos sucesores de Carlo-Magno ó los doscientos cincuenta y siete papas sucesores de San Pedro.

San Antonio contaba sin el Vesubio.

Seis meses pasaron sin que acaeciese suceso alguno que atentase á la popularidad del nuevo patrono: dos ó tres incendios habian sucedido en la ciudad, los que se habian cortado milagrosamente tan solo con la presencia de la urna del santo; de modo que no solo empezaban á olvidar á San Genaro, sino que aun hubo cortesanos del nuevo poder, que proponian derribar la efigie del ex-patron de Nápoles, que sin duda por olvido se habia dejado en pie á la cabeza del *Ponte della Macdalena*.

Felizmente la exasperacion habia calmado, y aquella proposicion de venganza retroactiva no tuvo resultado.

Todo parecia marchar perfectísimamente cuando el dia menos pensado se vió espesar sensiblemente el humo del Vesubio y que subia hasta el cielo con una violencia y una rapidez estraordinarias. Al mismo tiempo empezaron á oirse ruidos subterráneos; los perros aullaban cual si se lamentaran, y numerosas bandadas de pajarillos asustados revoloteaban por el aire, descendiendo por un instante, volviendo á emprender su vuelo al punto, como si temiesen descansar sobre una cosa que tenia su raiz en la tierra; la mar por su parte presentaba fenómenos particulares espantosos tambien; del azul de lapis-lázuli que le es habitual bajo el hermoso cielo de Nápoles, habia pasado á un color de ceniza que le quitaba toda su trasparencia, y aunque tranquila en apariencia, aunque ningun viento la agitaba, gruesas olas aisladas se elevaban hirvientes, elevándose sobre la superficie esparciendo un olor muy fuerte á azufre. Alguna vez tambien, como si hubiese en el Mediterráneo una marea semejante á la que agita al viejo Océano, avanzaba el flujo por su costa, luego de repente retrocedia dejando seca la playa, para volver al punto cuando se habia alejado. Eran demasiado conocidos estos presagios para que se dudara un solo instante de lo que amenazaban: una erupcion del Vesubio era inminente.

En cualquiera otra ocasion se hubiera cuidado de eso Nápoles como de Cascaciruelas; pero en el momento del peligro, se acordó de que no tenia ya á San Genaro, que durante catorce siglos la habia librado tan perfectamente de su terrible vecino, que por mas que el Vesubio tuviese por conveniente arrojar llamas y lava, la indolente hija de Parténope habia continuado mirándose en su golfo como si nada fuera con ella absolutamente. En efecto, la Sicilia habia sufrido un gran trastorno, la Calabria habia sido destruida: Resina y Torre del Greco reedificadas la una siete veces y la otra nueve, habíanse fundido otras tantas en un torrente de lava, sin que jamás ni una sola de las casas encerradas en el recinto de las murallas de Nápoles, se hubiese siquiera conmovido. Asi que habia llegado la confianza hasta el punto de que los napolitanos no miraban al Vesubio mas que como una especie de faro á cuya luz veian el trastorno del resto del mundo, sin que tuviesen ellos el temor de padecer en su ruina. Pero en esta ocasion un vago instinto de alguna desgracia les decia que ya no seria como antes. Con la ausencia de San Genaro habia desaparecido toda seguridad: el pacto estaba roto entre la ciudad y la montaña.

Asi contra lo acostumbrado, á la vista de las amenazadoras señales, se esparció por la ciudad algun pánico. En vez de acostarse al arrullo de los rugidos de la montaña, los nobles y la clase média en sus camas, los pescadores en sus barcas, los lazzaroni en las escaleras de los palacios, todos permanecieron en pie y examinando con inquietud el parto nocturno del volcan. Presentaba este un espectáculo magnífico y terrible á la vez, por que á cada momento se hacian los presagios mas ciertos y el peligro mas inminente. En efecto, de minuto en minuto ascendia el humo mas espeso, y de vez en cuando largas serpientes de llamas, semejantes al rayo, saltaban de la boca del cráter, dibujándose en la sombría espiral que parecia sostener el peso del cielo. En fin, como á las dos de la madrugada, se oyó una terrible detonacion; la tierra osciló, el mar se encrespó, y la cima del monte, abriéndose como una granada muy madura, dió paso á una lluvia de ardiente lava que incierta un instante de la direccion que debia tomar, se detuvo espumosa sobre una plataforma; despues, como si hubiese sido conducida por una mano vengadora, abandonó su acostumbrado curso y avanzó directamente hácia Nápoles.

No habia tiempo que perder: una vez tomada su direccion, la lava avanza con lenta pero impasible inflexibilidad; nada la desvia, nada la domina, nada la detiene; seca los rios, inunda los valles, se eleva sobre las colinas, rodea las casas, las corta por su base, las arrastra como islas flotantes, y las sostiene en su superficie hasta que se sumergen en sus olas. A su aproximacion, se seca la yerba, las hojas mueren, se tornan amarillas y caen; la savia de los árboles se evapora; la corteza salta y se levanta; el tronco humea y da chasquidos, todavía está la lava á veinte pasos de él, y ya se tuerce, se inflama, semejante á esos árboles que se preparan para las fiestas públicas; de tal modo que cuando llega á él la lava, el gigante herido del rayo, no es ya mas que una columna de ceniza que cae hecha polvo, que desaparece como si jamás hubiese existido.

La lava avanzaba hácia Nápoles.

Acudieron todos presurosos á la capilla del Tesoro; sacaron la estátua de San Antonio; seis canónigos la tomaron sobre sus hombros, y seguidos de una parte de la poblacion, se dirigieron hácia el sitio en donde amenazaba el peligro.

Pero no era aquel uno de esos incendios sin consecuencias, sobre los que no tenia mas

que dar un soplo San Antonio para apagarlos; era un mar de fuego que iba avanzando, rodando de roca en roca, en una longitud de tres cuartos de legua. Llevaron los canónigos el santo lo mas próximo al fuego que les fué posible, y allí entonaron el *Dies iræ, dies illa.* Mas á pesar de la presencia del santo, á pesar del canto de los canónigos, la lava continuó avanzando. Permanecieron allí los canónigos mientras pudieron, y hubo un momento en que creyeron que el fuego quedaba vencido. Pero no era mas que una equivocada alegría: San Antonio se vió obligado á retroceder.

Desde este momento comprendieron que todo estaba perdido. Si el patron de Nápoles no podia hacer nada por Nápoles, ¿qué santo tendria poder para salvarla? Nápoles, la ciudad de las delicias; Nápoles, la casa de campo de Roma desde el tiempo de Augusto; Nápoles, la reina del Mediterráneo en todos tiempos; Nápoles iba á ser sepultada como Herculano y desaparecer como Pompeya. Todavía la quedaban dos horas de vida, luego todo concluia: ¡Nápoles habia existido!

Continuaba amenazando la lava; por un lado habia llegado al camino de Pórtici, y empezaba á sumergirse en el mar; habia pasado por el otro lado del Sebetus y empezaba á estenderse por los jardines. El centro bajaba en direccion recta á la iglesia de Santa María de las Gracias, y pronto iba á llegar al puente de la Magdalena.

De repente la estátua de mármol de San Genaro que estaba á la cabeza del puente con las manos juntas, separa su mano derecha de la izquierda, y con una actitud magestuosa é imperativa, estiende su marmóreo brazo hácia el rio de llamas. Ciérrase al punto el volcan; cesa inmediatamente la tierra de estremecerse; el mar se calma en el mismo instante. Luego la lava, despues de avanzar todavía algunos pasos, agotándose el manantial que la alimentaba, se detiene repentinamente á su vez. San Genaro acababa de decirle, como en otro tiempo Dios al Océano:

—¡No irás mas allá!

¡Nápoles se habia salvado!

La habia salvado su antiguo patron, aquel á quien habia aullado, silbado, destronado, arrojado al mar, que se vengaba de todas esas humillaciones, de todos aquellos insultos, de todas aquellas injurias, como Jesucristo se habia vengado de sus verdugos, perdonándolos.

No hay para qué decir si fué rápida la reaccion: al punto los gritos de ¡viva San Genaro! resonaron de un estremo á otro de la ciudad; todas las campanas se echaron á vuelo, todas las iglesias entonaron himnos; corrieron al sitio en donde se habia arrojado la estátua al mar; le llenaron de redes, y se llamaron á los mejores buzos para que reconociesen el sitio donde yacia la preciosa efigie. Pero entonces un anciano pescador hizo señal de que le siguiesen. Condujo aquella multitud á su cabaña; en seguida, habiendo entrado solo en ella, salió un momento despues, llevando en sus brazos la estátua del santo.

La misma noche en que fué precipitada desde lo alto del muelle, la habia sacado del mar y la habia llevado á su casa como un objeto preciosísimo.

La estátua fué al punto trasladada á la catedral de Santa Clara, y al dia siguiente reinstalada con gran pompa en la capilla del Tesoro.

En cuanto al pobre San Antonio, fué degradado de todos sus títulos y honores y desde aquel momento, clasificado por los napolitanos un grado mas inferior que San Cayetano.

Desde aquel dia, la devocion á San Genaro, lejos de disminuir, ha ido cada vez mas en aumento.

He oido en una iglesia la plegaria de un lazzaroni: pedia á Dios suplicase á San Genaro le hiciese ganar á la lotería.

XXIII.

EL CAPUCHINO DE RESINA.

El Vesubio, de que todavía nos hemos ocupado muy poco, pero del que volveremos á hablar mas adelante, es el término medio entre el Etna y el Stromboli.

Podria, pues, con toda tranquilidad de conciencia remitir á mis lectores á las descripciones que he dado ya de los otros dos volcanes.

Pero en la naturaleza como en el arte, en la obra de Dios como en el trabajo del hombre, en el volcan como en el drama, al lado del mérito intrínseco está la reputacion.

Aunque los verdaderos estrenos del Vesubio en su carrera volcánica datan apenas del año 79, es decir, de una época en que el Etna era ya viejo, se ha ejercitado tanto despues en sus cincuenta erupciones sucesivas, se ha aprovechado de tal modo de su admirable posicion y de su magnífica colocacion en la escena, ha hecho tanto ruido y dado tanto humo, que no solo ha eclipsado el nombre de sus antiguos colegas, que no tenian ni fuerza ni talla para luchar con él, sino que casi ha eclipsado la gloria del rey de los volcanes, del temible Etna, del gigante homérico.

Preciso es convenir tambien en que se ha revelado al mundo por un golpe maestro.

Envolver el mar y la campiña con una nube sombría; esparcir el terror y la noche en una inmensa estension; enviar sus cenizas hasta el Africa, Siria y Egipto; hacer desaparecer ciudades, tales como Herculano y Pompe-

ya; asfixiar á una legua de distancia á un filósofo como Plinio, y obligar á su sobrino á inmortalizar la catástrofe por una admirable epístola; confesareis que no es poco para un volcan que empieza, y para un ignívomo que debuta.

Desde esa época no ha economizado nada el Vesubio para justificar la celebridad que se habia adquirido de una manera tan terrible é imprevista. Tan pronto estallando como un mortero y vomitando por nueve bocas de fuego torrentes de lava, tan pronto levantando el agua del mar y arrojándola en hirvientes surtidores hasta el punto de ahogar á tres mil personas, ya coronándose con un penacho de llamas que en 1779 se elevó, segun el cálculo de los geómetras, á diez y ocho mil pies de altura; sus erupciones, que se han podido ver exactamente retratadas en una coleccion de grabados en color, tienen todas un carácter diferente y ofrecen siempre el aspecto mas grandioso y pintoresco. Diriase que el volcan ha preparado sus efectos, variado sus fenómenos, graduado sus esplosiones con una perfecta inteligencia de su papel. Todo le ha servido para engrandecer su fama: las relaciones de los viageros, las exageraciones de los guias, la admiracion de los ingleses que en su filantrópico entusiasmo darian su fortuna y sus mugeres ademas por ver una vez quemarse Nápoles y sus alrededores. Nada hay, hasta la lucha sostenida con San Genaro, lucha á la verdad en que el santo llevó toda la ventaja, que no haya aumentado tambien la gloria del Vesubio. Verdad es que el volcan ha concluido por ser vencido, como Satanás por Dios; pero una derrota semejante es mas grande que su triunfo. Asi que el Vesubio no solo es célebre, es tambien popular.

Se comprende despues de lo dicho, que me era imposible dejar á Nápoles sin presentar mis homenages de respeto al Vesubio.

Hice, pues, prevenir á Francesco (1) que tuviese dispuesto el corricolo para el dia siguiente á las seis de la mañana, recomendándole fuera muy exacto, y uniendo á la recomendacion seis carlinos, único medio de hacerla eficaz.

Al amanecer del siguiente dia estaban á la puerta de la fonda Francesco y su fantástico vehículo. Rehusó Jadin acompañarme en mi nueva ascension, alegando que su boceto sería mas exacto si no se movia de su balcon, y tratando de inducirme con toda clase de razones á que no me incomodara yo mismo por tan poca cosa. Segun decia era el Vesubio un volcan apagado hacia muchos siglos, como la Solfatara ó el lago de Agnan; solo que el rey de Nápoles hacia disparar allí de cuando en cuando fuegos artificiales para entretener á los ingleses. En cuanto á Milord, éste participó completamente de la opinion de su amo: el inteligente animal desde su baño en las hirvientes aguas del Vulcano, y su paso por las encendidas arenas del Stromboli, se habia curado perfectamente de toda curiosidad científica.

Partí, pues, solo con Francesco.

El escelente conductor empezó por informarse con mucho respeto de si estaba indispuesto su escelencia mi camarada, tranquilizado sobre el objeto de sus temores, se apresuró á abandonar su tristeza de circunstancias, recobró su mas alegre aspecto, su sonrisa mas franca, y sonó su látigo con un redoble de buen humor. Sea que la presencia de Jadin le hubiese intimidado en nuestras discusiones precedentes, sea que se hubiese bebido su propina de la víspera, Francesco desplegó en todo el camino una imaginacion tan escéptica y de una incredulidad volteriana que de ningun modo habia sospechado en él, y que me admiraron singularmente en un hombre de su edad, de su condicion y de su pais.

Llegado al *Ponte della Macdalena*, pasó con mucha gallardía entre las dos estátuas de San Genaro y San Antonio, silbando afectadamente á sus caballos y gritando paso á la gente, para no hacer el saludo de costumbre á los dos protectores de la ciudad.

Como en rigor podia esta primera irreverencia contarse entre el número de las distracciones legítimas, fingí que no me apercibia de ello.

Pero al atravesar *San Jiovani á Tudicci*, aldea bastante célebre por la confeccion de los macarroni, un fraile franciscano rebosando salud y con un aspecto magnífico, por ese derecho natural que tienen los frailes napolitanos sobre todos los corricoli, como los ingleses sobre la mar, llamó al cochero y le hizo seña imperiosamente de esperarle. Detuvo Francesco sus caballos con tan perfecta buena fé, que acostumbrado por otra parte á tales asaltos, me habia yo colocado de modo que dejase lugar al compañero que el cielo me enviaba. Mas apenas el buen fraile se habia aproximado al alcance de la voz, Francesco se quitó su sombrero con gesto burlon, y le dijo con una picante sonrisa:—Perdonad, mi reverendo, pero creo que San Francisco, mi patron y el fundador de vuestra órden, en su vida subió en un corricolo. Sino me engaño se servia de sus sandalias cuando viajaba por tierra, y de un sayal cuando atravesaba el mar. Ahora bien, vuestros zapatos me parecen en muy buen estado, y no veo ni el mas pequeño agujerito en vuestro hábito: asi, pues, hermano mio, si quereis ir á Capri, tomad vuestro hábito; si quereis ir á Sorrento, tomad vuestras sandalias. A Dios, mi reverendo.

En esta ocasion la irreligion de Francisco

(1) Al llegar aqui me apercibo de que tan pronto llamo á nuestro cochero Francesco, tan pronto Gaetano. Esto consiste en que habia sido bautizado bajo la invocacion de los dos santos, y le llamábamos Francesco cuando estábamos de buen humor, y Gaetano cuando estábamos con él incomodados.

era ya mas evidente. Sin embargo, si su negativa era algo desvergonzada en la forma, en el fondo podia escusarse de cierto modo; porque habiéndome cedido su corricolo, no tenia derecho para admitir en el á otros pasageros. Quise, pues, aguardar otra ocasion para espresarle mi descontento.

Cuando entrábamos en Portici, cerca de una pequeña calle que conduce al puerto del Granatello, observé una enorme cruz pintada de negro, y por bajo de esta cruz un aviso en caractéres gruesos que prevenia fuesen los carruages al paso y á los cocheros que se descubriesen.

Miré rápidamente á Francesco para ver de que modo iba á conformarse con una órden tan sencilla y tan precisa: dándole yo mismo el ejemplo, y debo decirlo, mas bien por un sentimiento de respeto íntimo que por obediencia á las ordenanzas de S. M. Fernando II: Francesco se metió mas el sombrero en la cabeza é hizo salir al galope á sus caballos.

No era ya posible la duda acerca de las intenciones anti-cristianas de mi conductor. No habia visto una cosa semejante en toda la Italia. Pensé que era ya tiempo de intervenir.

—¿Por qué no deteneis vuestros caballos? ¿por qué no saludais esa cruz? le pregunté con severidad.

—¡Bah! me dijo con un tono despreocupado que hubiese hecho honor á un enciclopedista, esa cruz que veis, señor, es la cruz del mal ladron. Los habitantes de Pórtici la tienen gran veneracion por una razon muy sencilla: son todos ladrones.

La despreocupacion de este hombre echaba abajo todas las ideas que habia concebido yo acerca de la fé sencilla y la ciega supersticion del lazzaroni.

No obstante, creí haberme engañado, é iba á volverle mi estimacion viéndole volver á sentimientos mas piadosos. Entre Pórtici y Resina en el punto de union de dos caminos, uno de los cuales conduce á la Favorita y el otro desciende al mar, se eleva una de esas capillitas, ante las que los mismos bandidos no pasan sin arrodillarse. La pintura al fresco que sirve de retablo en la pequeña capilla de Resina goza con derecho de una inmensa reputacion en diez leguas á la redonda. Están allí las almas del purgatorio pintadas por el mas vivo bermellon retorciéndose de dolor y de angustia entre llamas tan terribles, que comparado á su interno ardor es un fuego fátuo el del Vesubio.

Al aspecto de la hoguera sobrehumana, espiró la mofa en los lábios de Francesco, llevó maquinalmente la mano á su sombrero y dirigió una mirada á los dos caminos que terminan en ángulo recto en la capilla, como si temiese ser observado por alguno. Pero esta inclinacion buena inspirada por el temor ó por los remordimientos no duró mas que algunos segundos. Tranquilizado por su rápida inspeccion, redobló la alegría y el aplomo de Francesco, y dando rienda suelta á sus burlas y sarcasmos, creyó de su deber hacerme su profesion de fé ó mas bien de incredulidad, haciendo gala de no creer ni en el Purgatorio, ni en el Infierno, ni en Dios, ni en el diablo; y añadiendo á modo de corolario que todas esas tonterías habian sido inventadas por los curas para esprimir el bolsillo de las pobres gentes bastante sencillas y tímidas para fiarse en sus promesas ó asustarse por sus amenazas.

Francesco me recordaba admirablemente á mi bravo capitan Langle.

Iba á contener aquel desbordamiento de epígramas torpes y de buen humor de encrucijada, cuando Francesco saltando ligeramente á tierra me anunció que habíamos llegado,

—¡Cómo! ¿ya? esclamé olvidando mi sermon.

—Es decir, hemos llegado á la parroquia de Resina al pie del Vesubio. Ahora no falta mas que subir.

—¿Y cómo se sube al Vesubio?

—Hay tres maneras: en silla de manos, á gatas y en burro. Podeis elegir.

—¡Ah! ¿y cuál de esas tres maneras te parece preferible?

—Toma eso depende..... Si os decidís por la silla de manos, no teneis mas que alquilar una de esas cajitas pintadas que veis á vuestra izquierda: entrad en ella, cerrad los ojos y dejaos llevar. Al cabo de dos horas os apeareis en la cima de la montaña, pero.....

—¿Pero qué?

—Con la silla hay muchas probabilidades de desnucarse; ya comprendeis, escelencia...., que cuatro patas se deslizan mejor que dos.

—Entonces hablemos de otra cosa.

—Si trepais á gatas, claro está que ayudándoos con los pies y las manos os esponeis menos á rodar, pero.....

—Todavía, ¿qué hay?

—Hay, escelencia, que os despellejareis los pies sobre la lava, y os quemareis las manos en la ceniza.

—Queda el burro.

—Precisamente es lo que yo tambien os iba á aconsejar, por la gran costumbre que ese animal tiene de andar en cuatro patas desde su creacion, y la prudente precaucion que tienen sus amos de ponerle herraduras muy sólidas; pero tambien tiene un pequeño inconveniente.

—¿Cuál? repliqué yo, impacientado con aquellas flemáticas objeciones.

—¿Veis esas buenas gentes, escelencia? me dijo Francesco señalándome con el índice un grupo de lazzaroni que estaban separados como con indiferencia durante nuestra conversacion, observando de reojo el momento favorable para caer sobre su presa.

—¿Y bien?

—Esas gentes, os son indispensables para

subir al Vesubio. Los guias os enseñarán el camino; los ciceroni os esplicarán la naturaleza del volcan; los campesinos os venderán su palo ó alquilarán su asno. Pero no está hecho todo con alquilar un asno, se necesita ademas hacerle andar.

—¡Cómo, bribon! ¿crees que cuando haya montado en mi cabalgadura, y pueda manejar á mi gusto uno de esos magníficos palos de encina que estoy viendo de reojo, no conseguiré hacer andar al burro?

—Perdon, escelencia; no es haceros una ofensa, pero tambien creísteis poder hacer andar mis caballos, y no obstante un caballo es mucho menos tenaz que un burro.....

—¿Quién será, pues, ese prodigioso domador de fieras, á quien debo llamar en mi auxilio?

—Yo, escelencia, si lo permitís. Voy á encargar cuiden el carruage, á un antiguo camarada, Tonio, y estoy á vuestras órdenes.

—Acepto, á condicion de que me desembarazarás de toda esa gente.

—Sois completamente libre para dejarlos aquí; solo que, los llevéis ó no, es preciso pagarles.

—Veamos, trata de arreglarte con ellos, y que al menos me vea libre de su presencia.

En menos de un cuarto de hora hizo Francesco tan bien su comision que el corricolo estaba recogido, los caballos se refocilaban en la caballeriza, los lazzaroni habian desaparecido y yo montaba en mi asno. Todo esto me costaba dos duros.

¡Pobre animal! bastaba verle para convencerse de que le habia calumniado indignamente. Cuando estuve bien seguro de la docilidad del bruto y de la solidez de mi palo, quise dar una leccioncita de trato de mundo á mi impertinente conductor y apliqué tal golpe sobre la grupa de mi cabalgadura, que creí que por lo menos iba á salir á galope. El burro se quedó quieto; doblé la dósis y no hizo mas movimiento que el que hubiera hecho si, como el perro de Céfalo, se hubiese convertido en piedra. Repetí mi aviso de derecha á izquierda como la primera vez lo habia hecho de izquierda á derecha. El animal giró sobre sí mismo con un movimiento de rotacion tan rápido y tan exacto, que antes que yo volviese á levantar el palo habia ya vuelto á su posicion y su inamovilidad primitivas. Indignado de haber sido burlado por aquellas hipócritas apariencias de bondad, descargué una granizada de palos sobre el lomo, sobre la cabeza, sobre el cuarto trasero, sobre las orejas del traidor. Le hacia cosquillas, le pinchaba, agotaba mis fuerzas y mis astucias para hacerle entrar en razon. El atroz animal se contentó con arrodillarse sin dignarse ni aun exhalar un solo rebuzno para lamentarse del modo como se le trataba.

Jadeante, bañado en sudor, me confesé vencido, y supliqué á Francesco acudiese en mi ayuda. Hízolo con completa modestia, justicia que hay que hacerle.

—Nada es mas fácil, escelencia, me dijo: regla general; los burros hacen siempre lo contrario de lo que se les dice. Asi si quereis que vuestro asno marche adelante basta tirarle por detrás; y uniendo la práctica á la teoría, se puso á tirarle suavemente por la cola. El burro salió como una flecha.

—Parece que el animal te conoce, mi querido Francesco.

—Estoy orgulloso de ello, escelencia. Antes de ser cochero, he trabajado con los asnos: les debo mi fortuna.

—¿Cómo es eso, muchacho?

—¡Oh Dios mio! dijo Francesco dando un suspiro, no soy yo quien lo ha buscado, y aun, si hubiese podido preveer tal horror, jamás, nunca hubiera querido aceptar.

—Pero en fin, esplícate; ¿qué te ha sucedido?

—Estábamos mi asno y yo á la falda de la montaña donde hemos dejado el carruage. Un dia se presentan dos ingleses que me piden les alquile el animal para subir al Vesubio.—Pero sois dos milores, les dije yo, y no tengo mas que un burro.—Eso no importa nada, me responden ellos.—Al menos vais á montar cada uno por turno. Yo tengo mi animal, y por nada en el mundo quisiera reventarle.—Estad tranquilo, buen hombre, no le montaremos ninguno.

En efecto, se ponen á caminar uno á la derecha y otro á la izquierda respetando mi asno como si llevase reliquias. Esto no me admiraba en ellos; habia oido decir que los ingleses tienen furor por los animales y que hay en su pais leyes muy severas contra aquellos que los maltratan..... la prueba es que un inglés puede llevar á su muger al mercado con la cuerda atada al cuello, siempre que le acomode; pero no se atreveria á permitirse la mas pequeña vejacion contra el último de sus gatos. ¿Esto es muy visto, no es asi, escelencia?

Asi pues, cuando íbamos subiendo, el burro, los viageros y yo, hé aquí que los dos ingleses, despues de haber hablado un poco en su lengua, una endemoniada algarabía ¡á fé mia!—Buen hombre, me dicen, ¿quieres venderme tu asno?

—Es demasiado honor, milores, respondí; ya os he dicho que amo á este animal como á un amigo, como á un compañero, como á un hermano; pero si recibiera lo que vale, y estuviese seguro de que debia caer en manos de personas honradas como vosotros (yo adulaba á los ingleses), no quisiera quitarle su porvenir.

—¿Y qué precio pides por él, muchacho.?

—¡Cincuenta ducados!..... les dije de un golpe. ¡La suma era enorme! Pero yo amaba mucho á mi pobre asno, y necesitaba hacer

un gran sacrificio para decidirme á separarme de él.

—Convenido, me responden contándome mi dinero al instante mismo. No era tiempo ya de volverse atrás. Hice comprender á mi asno que su deber era seguir á sus nuevos amos. El pobre animal no se lo hizo repetir dos veces; y apenas le tiré un poco por la cola se puso á trepar osadamente con los ingleses. Habian llegado al borde del crater y se divertian en arrojar piedras al fondo del volcan; inclinaba el asno su cabeza hácia el abismo engolosinado por un poco de espuma verdosa que habia tomado por musgo; yo estaba completamente ocupado en contar mi dinero, cuando de repente oigo un ruido sordo y prolongado..... los dos malditos habian arrojado el pobre animal al fondo del Vesubio y reian como dos salvages, que no otra cosa eran. Os lo confieso, en el primer momento se apoderó de mí una furiosa intencion de enviarlos con mi burro. Pero esto hubiera podido traerme malas consecuencias porque esos ingleses están siempre apoyados por la policía; y por otra parte, como me habian pagado el precio convenido, estaban en su derecho. Al bajar tuve el dolor de reconocer en la base del cono al lado de un agujero que acababa de abrirse la víspera á mi desventurado animal, negro y quemado como un carbon. Los bandidos habian sacrificado á mi burro para ver si habia comunicacion interior entre las dos aberturas. Le lloré largo tiempo, escelencia; pero como en último resultado no hubieran podido hacerle volver al mundo todas las lágrimas que se derramaran, me casé para consolarme, y compré con el dinero de los ingleses dos caballos y un corricolo.

Escuchando esta lacrimosa relacion, llegué á la ermita. Para distraer á Francesco de su dolor, le pregunté si no habria medio de beber un vaso de vino á la memoria del leal animal, y si no seria indiscrecion el reclamar algunos instantes de hospitalidad en la celda del ermitaño.

Al oir la palabra ermitaño toda la melancolía de Francesco se disipó como por encanto, contrajo de nuevo sus labios con picaresca sonrisa, y llamó á la puerta con repetidos golpes.

El ermitaño apareció en el umbral, y nos recibió con una solicitud digna de los primeros tiempos de la Iglesia. Nos sirvió huevos duros, salchichon, una ensalada, y escelentes higos; todo esto remojado con dos botellas de lácrima-Christi de primera calidad, ponderando yo la generosidad de nuestro huésped.

—Esperad la cuenta, me dijo Francesco con malicia.

En efecto, el total de aquella refaccion cristiana ascendia, me parece, á tres duros; era cuatro veces mas que el precio de las posadas comunes.

Despues de haber dado gracias á nuestro escelente eremita subí hasta la boca del volcan, y bajé hasta el fondo del crater. El lector encontrará mas exactas impresiones magníficamente esplicadas en tres admirables páginas de Chateaubriand, el cual habia verificado antes que yo la misma ascension y la misma bajada.

Durante todo el tiempo que duró nuestro viage, Francesco, en vena por la superchería de nuestro huésped, no cesó de desahogar su buen humor en los frailes, en los mendicantes, en los ermitaños de todas clases, repitiendo con nueva energía que se dejaria despellejar vivo antes que echar un óbolo en la bolsa de uno de esos intrigantes.

De vuelta á Resina, volvimos á subir en nuestro corricolo, y sus declamaciones subieron de punto al ver á un sacristan que nos saludaba deseándonos buen viage. Comenzaba á desesperar realmente de poderle imponer silencio, cuando en el momento que pasábamos por delante de la capillita de las almas del Purgatorio, le ví interrumpirse bruscamente en medio de su frase; sus megillas palidecieron, sus labios temblaron, y dejó caer el látigo de su mano.

Miré delante de mí para tratar de comprender cuál podria ser la aparicion que causaba á mi bravo conductor un espanto tan terrible, y ví un pequeño anciano de barba blanca y sedosa, con los ojos bajos y modestos, de fisonomía bondadosa y risueña, que parecia arrastrarse con trabajo, y llevaba el hábito de los capuchinos en toda su rigorosa pobreza.

El santo personage avanzaba hácia nosotros puesta la mano izquierda sobre el pecho y elevada la derecha para presentarnos un cepillo de hoja de lata, en el que estaban reproducidas en miniatura las mismas almas y las mismas llamas que habia en las pinturas de la capilla. Por lo demas, el pobre capuchino no pronunciaba una palabra, limitándose á implorar la caridad de los fieles con su humilde actitud y su elocuente pantomima.

Francesco se bajó temblando, vació su bolsillo en el cepillo del mendicante, y se persignó devotamente besando las almas del Purgatorio; en seguida, volviendo á subir precipitadamente en la trasera del carruage, sacudió á los dos caballos con toda la fuerza de su brazo, como si hubiese tratado de huir de todos los demonios del infierno.

Era yo entonces el incrédulo.

—¿Qué hay, mi querido Francesco? le dije mofándome á mi vez; esplicadme por qué milagro ese buen capuchino, sin abrir siquiera la boca, os ha convertido tan súbitamente, que en vuestro ardor de neófito le habeis echado en las manos todo lo que teniais en vuestros bolsillos.

—¡El un capuchino! dijo Francesco volviéndose para mirar atrás con un resto de terror; es el mas infame bandido de Nápoles y Sicilia, es Pietro. Yo creia que dormia su sies-

ta á estas horas; á no ser asi no me hubiera arriesgado á aproximarme á su capilla, donde roba á los transeuntes con la autorizacion de sus superiores.

—¡Cómo! ese anciano tan bondadoso, tan bueno, tan venerable....

—Es un bandido atroz.

—Cuidado, Francesco; vuestra aversion á la gente de iglesia se va haciendo repugnante.

—¡El un hombre de iglesia! Os juro, escelencia, por todo lo que hay mas sagrado en el mundo, que es tan fraile como vos y yo. Cuando digo que es un bandido, le llamo por su nombre; es la única cosa que no ha robado.

—Pero entonces, ¿por qué metamórfosis se encuentra trasformado en capuchino?

—El diablo se ha hecho ermitaño, y nada mas....

—¿Y cómo en un pais tan católico y tan religioso como Nápoles puede permitirse tan indigna profanacion?

—¿Se trata de pedir un permiso para él? le obtiene.

—Pero ¿y la policia?

—Ni visto ni conocido....

—¿Y los carabineros?

—Para serviros.

—¿Y los gendarmes?

—No parecen.

—¿Es, pues, un hombre mas determinado que Marco Brandi, mas astuto que Vardarelli, mas imposible de ser cogido que Pascal Bruno?

—Tiene casi la misma importancia, pero no es del mismo género.

—¡Ah! ¿y cuál es la especialidad de este buen capuchino?

—Los otros se contentaban con robar á los hombres, él roba á Dios.

—¡Cómo! ¿roba á Dios?

—Cuando digo á Dios, quiero decir á los curas, lo cual viene á ser lo mismo. Los demas bandidos se toman el trabajo de recorrer el campo, de detener los convoyes del rey, de batirse con los gendarmes. El campo de este ha sido siempre la sacristía, sus convoyes el altar, sus enemigos los obispos, los vicarios, los canónigos. Cruz, candeleros, misales, cálices, viriles, nada ha respetado. Ha nacido en la iglesia, ha vivido á espensas de la iglesia, y quiere morir en la iglesia.

—¿De modo que ese hombre ha sostenido su criminal existencia con sacrílegos robos?

—¡Oh, Dios mio! asi es; es mas que una costumbre en él, es una vocacion, es una segunda naturaleza. Es sobrino de un cura párroco; su madre le habia colocado como era natural en la parroquia en calidad de sacristan, de niño de coro ó monago, no estoy seguro cuáles eran sus verdaderas funciones. Sean las que fueren, el primer golpe de este bandido fué robar el relój á su reverendo tio.

—¿Es eso cierto?

—Como tengo el honor de deciroslo, escelencia, y de un modo bien infame, ya vereis. Decia el cura la misa todas las mañanas al rayar el dia, y para que no saliese nadie de la familia, hacia á su sobrino la ayudase. Debo deciros que don Gregorio (don Gregorio se llamaba el cura) era un hombre exactísimo, de muy buen humor, pero que dejaba á un lado laschanzas cuando se trataba de sus deberes, que trataba de ganar su vida honradamente, y era incapaz de estafar á sus feligreses ni en un *Ite misa est*. Asi, como le pagaban tres carlinos por su misa, y debia durar tres cuartos de hora, dejaba don Gregorio su relój sobre el altar, echaba una mirada al misal, otra al relój, y en el mismo instante en que la aguja marcaba los cuarenta y cinco minutos, hacia su última genuflexion, y la misa estaba dicha. Desgraciadamente don Gregorio era corto de vista, por lo que jamás se olvidaba de poner sus anteojos al lado del relój, lo primero para mirar la hora, y ademas para vigilar sobre sus fieles; porque no sé si os he dicho, escelencia, que don Gregorio era cura de Pórtici, y que los habitantes de Pórtici tienen una devocion particular al mal ladron.

—Si, si, continúa....

—Como es costumbre en la campiña arrodillarse muy cerca del altar para oir mejor el *Memento*....

—¡Ah! no sabia eso.

—Es muy sencillo, escelencia; cada uno da algo al sacerdote para que recomiende á Dios su negocio: este de su recoleccion, aquel de sus rebaños, otro de sus vendimias; de suerte que á todos les gustaba saber como desempeñaba su encargo....

—Y bien, ¿qué hacia don Gregorio?

—Don Gregorio, al mismo tiempo que leia en su misal y miraba la hora, dirigia de vez en cuando una mirada de reojo á sus vecinos para ver si se aproximaban demasiado á su relój.

—Comprendo.

—Ya veis, pues, escelencia, que no era una cosa fácil quitar el relój á don Gregorio. Pero lo que hubiese sido un obstáculo insuperable para todos, no fué mas que un juego para el sobrino del cura. Su tio era miope; tratábase de volverle ciego, y á esto se reducia todo. ¿Qué hace, pues, el pequeño bandido? En el momento en que don Gregorio se ponia la casulla, pegó dos grandes obleas en los dos cristales de los anteojos, con tal rapidez y destreza, que el digno cura, no creyéndole en la sacristía, le llamó dos ó tres veces para pedirle su solideo. Lo demas puede adivinarse. Don Gregorio sale de la sacristía precedido de su sobrino, sube al altar, abre su misal, levanta su casulla y su sotana, saca el relój de su bolsillo del chaleco y le coloca delante; todo esto suplicando á sus ovejas no se opriman demasiado; al mismo tiempo busca en el otro bolsillo, toma sus anteojos y los coloca magestuosamente sobre su nariz.

—¡Jesus María! esclama el pobre cura, no veo claro, no veo nada: ¡estoy ciego!

—El golpe estaba dado; el relój habia pasado del tio al sobrino. ¿Dónde buscar al ladron cuando se tiene la ventaja de ser cura de Pórtici, y sospechar de uno solo seria evidentemente hacer un agravio á los demas?

—En efecto, debe ser comprometido. Pero ¿por qué encadenamiento de circunstancias el sacristan de Pórtici se ha convertido en el capuchino de Resina?

—Desde su primer robo, su vida entera no ha sido mas que un pillage contínuo de conventos, monasterios é iglesias. El diablo en persona no hubiera podido imaginar todos los hechos abominables que él ha sabido poner por obra, y siempre con un éxito que parecia un milagro. En fin, escelencia, ¿creeríais que se ha servido de las cosas mas santas para cometer sus mas audaces crímenes? Tantas ceremonias religiosas, otros tantos pretestos de fractura y escalamiento; tantos bautismos, entierros, matrimonios, otras tantas primas anticipadas sobre la bolsa del prójimo; tantos sacramentos, otros tantos robos. Para deciros siquiera una de sus fechorías: va á confesarse un dia con el tesorero de la capilla de San Genaro, que tiene el privilegio de dar la absolucion de los mas enormes pecados:

—Padre mio, le dice el bribon dándose golpes de pecho, he cometido un crímen horrible.

—Hijo mio, la misericordia de Dios no tiene límites, y yo tengo concedidos por nuestro Santo Padre el papa poderes ilimitados para absolveros; confesadme, pues, vuestro crímen, y tened completa confianza en la bondad del Señor.

—He robado á un buen sacerdote en el momento mismo en que estaba arrodillado humildemente á sus pies para confesarme.

—Eso es muy grave, hijo mio, y habeis incurrido en la excomunion....

—Ya lo veis, padre mio....

—Sin embargo, Dios es misericordioso, y quiere la conversion, no la muerte del pecador.

—¿Creeis, pues, padre mio, que me perdonará?

—Lo espero: ¿os arrepentís, hijo mio?

—De todo mi corazon.

—Entonces yo os absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¡Asi sea! respondió el ladron levantándose, y se alejó con aire humilde y contrito.

Cuando el escelente tesorero quiso levantarse á su vez para subir á su habitacion, se apercibió de que habian desaparecido las hebillas de plata que tenian sus zapatos. Figuraos si el buen sacerdote se pondria furioso, y si el arzobispo de Nápoles solicitaria del rey el arresto del bandido.

—¿Y jamás lo han conseguido?

—Jamás; el mismo diablo hubiera trabajado en vano para lograrlo. En fin, el gefe de la policía, desesperando de que le prendiesen, le indultó, á condicion de que eligiese un estado, y se condujese en adelante como hombre honrado. Entonces fué cuando pidió con toda impudencia le admitiesen capuchino. Pero no era bastante para eso la palabra del ministro; necesitábase la autorizacion del arzobispo para vestirse el hábito religioso, y el arzobispo sabia muy bien sus fechorías y chascos para concederle semejante autorizacion.

—¡Diablo! ¿y cómo salvó esta nueva dificultad?

—¡Oh! no lo fué para él. ¡Ah! esclamó sonriendo, no quiere monseñor darme el permiso, pues bien, le robaré. Como sabia contrahacer diferentes clases de escritura, se fabricó primero un certificado en toda regla, é imitó perfectamente la firma del arzobispo. Quedaba el punto mas difícil: el certificado era nulo sin el sello pontifical, y este sello le aplicaba el mismo monseñor y le llevaba noche y dia en su dedo, en un anillo enriquecido con magníficos diamantes. Tratábase, pues, de robar aquel anillo. El tunante no tardó mucho tiempo en tomar su resolucion: alquiló un cuartito cerca del palacio arzobispal, se tendió sobre un miserable lecho como un hombre próximo á entregar su espíritu, hizo llamar á un confesor, y despues de haber recibido con una humildad profunda y una devocion ejemplar los Sacramentos de la Iglesia, pidió la gracia de que el arzobispo en persona fuese á administrarle la estrema-uncion, añadiendo que tenia que confiarle un secreto del que pendia la salvacion de su alma. Como el caso era urgente y no parecia que quedaban al moribundo mas que algunos instantes de vida, el arzobispo se apresuró á acceder á la súplica del bandido, y despues de haberle hecho la señal de la cruz en su frente, su boca y su pecho con óleo bendito, se inclinó para recoger sus palabras débiles, y entrecortadas ya por el estertor de la agonía. El moribundo se levantó sobre sus codos por un supremo esfuerzo, y cogiendo la mano del arzobispo, murmuró estas palabras al oido del prelado:—Corred inmediatamente á vuestra casa, monseñor; en tanto que yo espiro aquí, mis cómplices prenden fuego á vuestro palacio.

El arzobispo no quiso oir mas; saltó la escalera en tres brincos, atravesó la calle de un paso, y mandó tocar las campanas de alarma. Ni habia fuego, ni complót, ni ladrones, solo si, cuando su eminencia volvió de su espanto, se apercibió de que su anillo habia desaparecido.

Al dia siguiente, recibió una carta el arzobispo contenida en estos términos:

«Monseñor, tengo mi certificado, y os volveré vuestra sortija á condicion de que no os opondreis mas á mi vocacion.

«Firmado; *El hermano Pietro* el bandido.»

Desde aquel dia, nadie pensó mas en oponerse á la vocacion de Pietro: él mismo pintó

en su capillita las almas del purgatorio, y pidió limosna á los viajeros poniéndoles el puñal ó la pistola al pecho.

—El miedo te hace disparatar, pobre Francesco; ese hombre me ha parecido anciano y valetudinario, y por toda arma no nos ha enseñado mas que su cepillo.

—¡Oh, el malvado! esclamó Francesco con un nuevo estremecimiento; pues en él está su puñal, allí tiene sus pistolas, esa es su carabina. Edad, enfermedades, devocion, todo eso no es mas que una comedia. Se tragaria de tres bocados un regimiento de dragones. Solo con mostraros el cepillo, os dice: La bolsa ó la vida, ese es su modo. Primero os la presenta del lado de las almas del purgatorio. Si á la primera intimacion le dais limosna, todo está concluido, os da las gracias y podeis marchar en paz; pero si le negais, vuelve el cepillo del otro lado; y ¿sabeis lo que tiene en el otro lado? su propio retrato en su antiguo trage de bandido, armado de su enorme puñal, y por bajo del retrato dice en letras rojas: *Pietro el bandido.*

—¿Y si no se hace caso de las dos pinturas?

—Entonces se puede liar el hato y prepararse á marchar para el otro mundo. Pero esto jamás sucede. Es demasiado conocido en el país.

Con gran satisfaccion mia, Francesco, siempre bajo la impresion de su terror, no se atrevió á mofarse de los frailes que nos encontramos en el camino, se descubrió respetuosamente ante la cruz de Pórtici, y recitó una doble oracion al volver á pasar por delante de las estátuas de San Genaro y San Antonio.

¡Honor, al capuchino de Resina! Acababa de convertir al último volteriano de nuestra época.

XXIV.

SAN JOSÉ.

Hemos visto al lazzaroni en su vida pública y en su vida privada; le hemos visto en sus relaciones con el estrangero y en sus relaciones con sus compatriotas. Ahora bien, como la incredulidad de Francesco podia hacer formar á nuestros lectores un juicio erróneo acerca de sus colegas, mostraremos al lazzaroni en sus relaciones con la Iglesia.

Un fraile toma un batelero en el muelle.

—¿Dónde vamos, padre mio?

—Al Pausilipo, dice el fraile.

Y el batelero se pone á remar de mal humor: el fraile jamás paga su pasage. Por casualidad ofrece un polvo de tabaco, y nada mas. Sin embargo, nunca se ha oido decir que un batelero haya negado el pasage á un fraile.

Al cabo de diez minutos siente el fraile algo que bulle entre sus piernas.

—¿Qué es esto? pregunta.

—Un niño, responde el batelero.

—¿Tuyo?

—Asi se dice.

—¿Pero no estás seguro de ello?

—¿Y quién está seguro de eso?

—Vosotros menos que nadie.

—¿Por qué nosotros menos que nadie?

—Porque no estais jamás en casa.

—Verdad es: felizmente tenemos un medio de asegurarnos con certeza de si el niño es nuestro.

—¿Cuál?

—Le guardamos hasta los cinco años.

—¿Y despues?

—A los cinco años le hacemos dar un paseo por el mar.

—¿Y luego?

—Y luego, cuando estamos á la altura de Capri ó en el golfo de Baya, le arrojamos al agua.

—¡Y bien!

—¡Y bien! si nada solo, no queda duda acerca de la paternidad.

—Pero ¿y si no nada?

—¡Ah! si no nada es todo al contrario. Estamos seguros del hecho como si lo hubiésemos visto con nuestros propios ojos.

—Entonces ¿qué haceis del niño?

—¿Qué hacemos de él?

—Si.

—¡Qué quereis, padre mio! como en último resultado no es la culpa del pobre pequeño, puesto que no ha pedido él venir al mundo, nos zambullimos tras él y le sacamos del agua.

—¿Y en seguida?

—En seguida le llevamos á casa.

—¿Y despues?

—Despues le damos su alimento; esto es lo que le debemos, pero en cuanto á su educacion ya es otra cosa; eso no nos concierne. De manera que como comprendereis, padre mio, llega á ser un solemne bribon sin fé ni ley, que ni cree en Dios ni en los santos, que reniega, jura, blasfema; pero cuando cumple sus quince años, cuando ya no es bueno para nada en el mundo, le hacemos....

—¿Le haceis qué? veamos, acaba.

—Le hacemos fraile, padre mio.

No vaya á creerse, sin embargo, que el lazzaroni sea volteriano, materialista ó ateo: el lazzaroni cree en Dios, espera en la inmortalidad del alma, y mofándose del mal fraile, respeta al buen sacerdote.

Hubo uno que obligaba á los lazzaroni á que hiciesen todo lo que queria. Este sacerdote era el célebre padre Rocco, de quien hemos hablado ya á propósito del sermon sobre las langostas de mar.

El padre Rocco es mas popular en Nápoles que Bossuet, Fenelon y Flechier juntos lo son en París.

El padre Rocco tenia tres medios de conseguir su objeto: la persuasion, la amenaza, los golpes. Primero hablaba con una uncion especial de las recompensas del Paraiso; despues, si el medio no tenia resultado, pasaba al cuadro de los sufrimientos del infierno; en fin, si la amenaza no tenia mas éxito que la persuasion, sacaba un vergajo de debajo del hábito, y sacudia á su auditorio con todas sus fuerzas. Era necesario que fuese muy empedernido un pecador para resistir á semejante argumento.

El padre Rocco fué quien consiguió establecer el alumbrado en Nápoles. Esta ciudad, resplandeciente hoy con el aceite y el gas, con reverberos y faroles, mecheros y lámparas, estaba hace cincuenta años sumida en las mas profundas tinieblas. Los que eran ricos se hacian alumbrar de noche por uno que llevaba hachas; los que eran pobres procuraban hallar el camino de los ricos, y si seguian la misma direccion se aprovechaban de su luz.

Resultaba de esta oscuridad que los robos eran mucho mas frecuentes en aquella época que lo son hoy; lo cual parece imposible, pero no por eso deja de ser la verdad exacta.

Asi que la policía decidió el dia menos pensado que se iluminarian las tres calles principales de Nápoles; Chiaja, Toledo y Forcella.

Acaso no eran esas tres calles la que mas prisa corria alumbrar, puesto que eran precisamente las que mejor podian pasar sin alumbrado; pero no se llega del primer golpe á la perfeccion, y por mas que sea una tendencia natural que tiene la policía la de creerse infalible, está como todas las demas cosas de este mundo, sometida á la vacilacion propia del progreso.

Unos cincuenta reverberos fueron colocados en las tres calles susodichas, encendiéndolos una noche sin haber preguntado á los lazzaroni si les convenia.

Al dia siguiente no quedaba ni uno solo; los lazzaroni los habian roto desde el primero hasta el último.

Renovóse el ensayo tres veces: otras tantas produjo los mismos resultados.

La policía perdió sus ciento cincuenta reverberos.

Llamaron al padre Rocco y le esplicaron el embarazo en que se encontraba la autoridad.

El padre Rocco se encargó de hacer entrar en razon á los recalcitrantes, siempre que se le permitiese obrar con ellos á su modo.

La autoridad, satisfecha de verse libre de aquel cuidado, dió carta blanca al padre Rocco, quien incontinenti puso manos á la obra.

Habia comprendido el padre Rocco que las calles estrechas y tortuosas eran las que se necesitaba alumbrar primero, y como centro de estas la calle de San José, que daba por un estremo á la calle de Toledo, y terminaba por otro en la plaza de Santa Medina. Hizo, pues, pintar en una pared blanca que estaba á la mitad de la calle próximamente, un magnífico San José.

Los lazzaroni siguieron los progresos de la pintura en la pared con visible satisfaccion. Nos hemos olvidado decir que el lazzaroni es artista.

Cuando la pintura estuvo concluida, el padre Rocco encendió una vela delante de ella; era devoto de San José, y encendia una vela en honor del santo; nada habia que decir de esto. Por otra parte, la vela despedia una claridad muy escasa. A diez pasos de la vela se podia robar, asesinar; se necesitaban ojos de lince para distinguir el ladron del robado, el asesino de la víctima.

Al dia siguiente el padre Rocco encendió otra vela; su devocion se aumentaba; tampoco habia nada que decir. Solo que dos velas dieron doble luz que la que daba una sola; los lazzaroni comenzaron á observar que habia alguna claridad en la calle de San José.

A los dos dias encendió el padre Rocco la tercera vela. Esta vez se quejaron en voz alta los lazzaroni. El padre Rocco no hizo caso de sus quejas; y como su devocion á San José iba siempre en aumento, encendió al cuarto dia un reverbero.

Ya no habia duda acerca de las intenciones del padre Rocco; la calle de San José estaba á media noche tan iluminada como al medio dia.

Los lazzaroni rompieron el reverbero del padre Rocco, como habian roto los reverberos del gobierno.

Anunció el padre Rocco que predicaria el domingo siguiente acerca del poder de San José.

Un sermon del padre Rocco, era un asunto de grande importancia.

Rara vez predicaba, y siempre en circunstancias supremas; no era un inventor de frases, era un narrador de hechos.

Y como los hechos referidos por el padre Rocco estaban siempre á la altura de la inteligencia de su auditorio, sus sermones producian generalmente una profunda impresion sobre sus ovejas.

Asi, en cuanto se esparció la noticia de que el padre Rocco predicaria, todos los lazzaroni se comunicaron unos á otros esta importante nueva; de modo que á la hora señalada para el sermon, no solo la iglesia de San José estaba llena, sino que habia ademas una cola que se bifurcaba sobre los escalones esteriores de la iglesia, y que subia por un lado hasta el Mercatello, y bajaba por el otro hasta la plaza del Palacio Real.

Los últimos, como se comprende, no podian oir, pero contaban con la obligacion en que estaban los que oyesen de repetírselo.

El padre Rocco subió al púlpito: en cuanto abrió la boca todos guardaron silencio.

—Hijos mios, dijo, bueno es sepais que soy yo quien ha hecho pintar el San José que habeis podido admirar en la calle que lleva el nombre de ese gran santo.

—Lo sabemos, lo sabemos, dijeron á coro los lazzaroni.

El padre Rocco, al contrario de una multitud de predicadores, que ponen de antemano la condicion de que no se les interrumpirá, provocaba ordinariamente el diálogo.

—Hijos mios, continuó, bueno será deciros que soy yo quien ha puesto una vela delante de San José.

—Lo sabemos, replicaron los lazzaroni.

—Que soy yo quien ha puesto dos velas delante de San José.

—Tambien lo sabemos.

—Que soy yo quien ha puesto tres velas delante de San José.

—Tambien, tambien lo sabemos.

—En fin, que soy yo quien ha puesto un reverbero delante de San José.

—¿Y por qué habeis puesto un reverbero delante de San José, cuando no se pone delante de los demas santos?

—Porque teniendo San José muchísimo mas poder que ningun otro en el cielo, debe ser honrado tambien mucho mas que otro alguno en la tierra.

—¡Oh! dijeron los lazzaroni, un momento, padre Rocco; primero tenemos á Dios, que está antes que él.

—Convengo en ello, dijo el padre Rocco.

—¡La Madona!

—Perdonad, la madona es su muger.

—¿Jesucristo?

—Jesucristo es su hijo.

—¿Lo cual quiere decir?....

—Que el marido y el padre están antes que la madre y el hijo.

—¿De modo que San José tiene mas poder que la Madona?

—Sí.

—¿Tiene mas poder que Jesucristo?

—Sí.

—¿Pues qué poder tiene?

—Tiene el poder de hacer entrar en el cielo á todos aquellos que le fueren devotos en la tierra.

—¿Cualquiera cosa que hayan hecho?

—¡Oh! Dios mio, sí.

—¿Aun á los ladrones?

—Aun á los ladrones.

—¿Y á los bandidos?

—Y á los bandidos.

—¿Y tambien á los asesinos?

—Tambien á los asesinos.

Oyóse un gran rumor de duda en aquella reunion. Cruzóse el padre Rocco de brazos, y dejó crecer los rumores, disminuir y apagarse.

—¿Dudais? dijo el padre Rocco.

—Hem, contestaron los lazzaroni.

—Pues bien, ¿quereis que os refiera lo que ha sucedido no hace mas de ocho dias á Mastrilla?

—¿A Mastrilla el bandido?

—Sí.

—¿Que ha sido sentenciado en Gaeta?

—Sí.

—¿Y ahorcado en Terracina?

—Sí.

—Contad, padre Rocco, contad, esclamaron todos los lazzaroni.

El padre Rocco no esperaba mas que aquella invitacion; así que no se hizo de rogar.

—Como sabeis, Mastrilla era un bandido sin fé ni ley; pero lo que no sabeis, es que Mastrilla era devoto de San José.

—No, verdad es, no lo sabiamos, dijeron los lazzaroni.

—Pues bien, os lo digo yo.

Los lazzaroni se repitieron unos á otros:—Mastrilla era un devoto de San José.

—Todos los dias dirigia Mastrilla su oracion á San José y le decia: «Gran Santo, soy tan terrible pecador, que no cuento sino con vos para salvarme á la hora de mi muerte, porque nadie sino vos podria obtener del Dios misericordioso que un réprobo como yo pueda entrar en el paraiso. Cualquiera otro de los elegidos perderia en ello su tiempo. No cuento, pues, mas que con vos, ¡oh gran San José!» He aquí la oracion que hacia todos los dias.

—Y bien, preguntaron los lazzaroni.

—Y bien, respondió el predicador; cuando estuvo en manos del verdugo, cuando llegó á lo alto de la escalera, cuando tuvo la soga al cuello, pidió permiso para decir una corta oracion.—Se lo concedieron. Entonces repitió su oracion acostumbrada, y al pronunciar la última palabra de ella, sin esperar á que el verdugo le lanzase, saltó desde la escalera al aire; cinco minutos despues estaba ahorcado.

—Yo le he visto ahorcar, dijo uno de los circunstantes.

—¡Y bien! ¿es verdad lo que digo? preguntó el predicador.

—Es la verdad pura, respondió el lazzaroni.

—¿Y despues? ¿y despues? gritaron los lazzaroni, que comenzaban á tomar un vivo interés en la narracion del padre Rocco.

—Apenas Mastrilla murió, vió dos caminos abiertos ante él; uno que iba subiendo, otro que iba bajando. Cuando uno acaba de ser ahorcado es permitido no saber lo que se hace. Mastrilla tomó el camino que iba descendiendo.

Mastrilla bajó, bajó, bajó durante un dia, una noche y otro dia; en fin, encontró una puerta. Era esta la puerta del infierno. Mastrilla llamó á la puerta. Apareció Pluton.

—¡De dónde vienes? preguntó Pluton.

—Vengo de la tierra, respondió Mastrilla.

—¿Qué quieres?

—Quiero entrar.

—¿Quién eres?
—Soy Mastrilla.
—Aquí no hay sitio para tí: has pasado tu vida haciendo oracion á San José; vé á buscar á tu santo.
—¿Dónde está San José?
—Está en el cielo.
—¿Por dónde se va al cielo?
—Vuelve por donde has venido, encontrarás un camino que sube; una vez en ese camino continúas siempre recto: el cielo está al estremo.
—¿No se puede uno equivocar?
—No.
—Muchas gracias.
—No hay de qué.

Pluton cerró la puerta, y Mastrilla tomó el camino del cielo.

Subió durante un dia, una noche y otro dia; luego continuó subiendo todavía durante una noche, un dia y otra noche, y encontró una puerta. Esta era la puerta del cielo. Mastrilla llamó á la puerta. Apareció San Pedro.

—¿De dónde vienes? preguntó San Pedro.
—Vengo del infierno, respondió Mastrilla.
—¿Qué quieres?
—Quiero entrar.
—¿Quién eres?
—Soy Mastrilla.
—¡Cómo! esclamó San Pedro, ¡tú eres Mastrilla el bandido, Mastrilla el ladron, Mastrilla el asesino, y quieres entrar en el cielo!
—¡Caramba! no se me quiere en el infierno, dijo Mastrilla; preciso es que yo tenga algun sitio.
—¿Y por qué no te quieren en el infierno?
—Porque he sido toda mi vida devoto de San José.
—¡Aquí tenemos otro! dijo San Pedro; ¡esto no concluirá! ¡pero tanto peor, á fé mia! estoy cansado de oir siempre la misma cancion. ¡No entrarás!
—¡Cómo! ¿no entraré?
—No.
—¿Y dónde quereis que vaya?
—¡Vete al diablo!
—De allí vengo.
—¡Pues bien! vuelve allá.
—¡Ah! ¡no, no! ¡concededme gracia! está demasiado lejos; estoy rendido. Heme aquí, me quedo.
—¡Cómo! ¿te quedas aquí?
—Si.
—¿Y esperas entrar á mi pesar?
—Lo espero.
—¿Y con quién cuentas para eso?
—Con San José.
—¿Quién me llama? preguntó una voz.
—¡Yo! ¡yo! esclamó Mastrilla que reconoció á San José, el cual pasando por casualidad habia oido pronunciar su nombre.
—¡Vamos! dijo San Pedro, ¡no faltaba mas que eso!
—¿Qué hay? preguntó San José.
—Nada, dijo San Pedro; absolutamente nada.
—¡Cómo nada! esclamó Mastrilla; ¡llamais á eso nada! ¡me enviais al infierno, y no quereis que grite!
—¿Por qué enviais á este hombre al infierno? preguntó San José.
—Porque es un bandido, respondió San Pedro,
—Pero acaso se haya arrepentido á la hora de su muerte.
—¡Ha muerto impenitente!
—¡Eso no es cierto! esclamó Mastrilla.
—¿A qué santo te has encomendado al morir? preguntó San José.
—A vos, gran santo, á vos en persona, á vos, y no á otro alguno. Sino que es por envidia por lo que San Pedro hace eso.
—¿Quién eres? preguntó San José.
—Soy Mastrilla.
—¡Cómo! ¿eres Mastrilla, mi buen Mastrilla que todos los dias me hacias oracion?
—Soy yo mismo en persona.
—¿Y que en el momento de tu muerte, te has dirigido á mí, directamente á mí?
—A vos solo.
—¿Y quiere impedirte la entrada?
—Si no hubiéseis pasado por ahí, todo habia concluido.
—Mi querido San Pedro, dijo San José tomando un aire digno, espero que dejareis pasar á este hombre.
—No, á fé mia, dijo San Pedro; ó soy portero ó no lo soy. Si no están contentos de mí, que se me destituya; pero yo quiero ser amo de mi puerta, y no levantar el picaporte sino cuando me acomode.
—Pues bien, entonces, dijo San José, no tendreis nada que oponer á que elevemos el asunto á Dios. No le disputareis el derecho de abrir el paraiso á quien le agrade.
—¡Sea! vamos á Dios.
—Pero dejad entrar al menos á este hombre.
—Que espere á la puerta.
—¿Qué debo hacer, gran santo? preguntó Mastrilla. ¿Será preciso que atropelle la consigna, ó que obedezca?
—Espera, amigo mio, dijo San José, y si no entras, yo soy quien saldrá; ¿lo oyes?
—Esperaré, dijo Mastrilla,

San Pedro cerró la puerta, y Mastrilla se sentó en el umbral.

Los dos santos fueron en busca de Dios; al cabo de un instante le hallaron.

—¡Todavía mas! dijo Dios, oyendo el ruido que hacian los dos santos al entrar; ¡pero no podremos estár con tranquilidad diez minutos! ¿Qué se me quiere? les dijo.
—Señor, dijo San Pedro, es San José....
—Señor, dijo San José, es San Pedro....
—¡Siempre estais disputando! ¿estaré, pues, eternamente ocupado en poner paz entre vosotros?

—Señor, dijo San José, es que San Pedro no quiere dejar entrar á mis devotos.

—Señor, dijo San Pedro, es que San José quiere hacer entrar á todo el mundo.

—¡Y yo os digo que sois un egoista! replicó San José.

—¡Y vos un ambicioso! replicó San Pedro.

—¡Silencio! dijo Dios. Veamos ¿de qué se trata?

—Señor, preguntó San Pedro, ¿soy portero del Paraiso ó no?

—Lo sois. Podria encontrarse otro mejor, pero en fin, lo sois.

—¿Tengo derecho de abrir ó cerrar la puerta á todos los que se presenten?

—Lo teneis; pero ya comprendeis que es preciso ser justo. ¿Quién es el que se presenta?

—Un bandido, un ladron, un asesino.

—¡Oh! dijo Dios.

—Que acaba de ser ahorcado.

—¡Oh! ¡oh! ¿es eso verdad, San José?

—Señor.... respondió San José un poco embarazado.

—¿Es eso verdad? si ó no, responded.

—Hay en ello verdad, dijo San José.

—¡Ah! dijo San Pedro triunfante.

—Pero ese hombre siempre me ha sido muy particular devoto, y no puedo abandonar á mis amigos en la desgracia.

—¿Cómo se llamaba? preguntó Dios.

—Mastrilla, respondió San José con cierta vacilacion.

—Esperad, esperad, dijo Dios buscando en su memoria: ¡Mastrilla, Mastrilla! yo conozco ese nombre.

—Un ladron, dijo San Pedro.

—Si.

—Un bandido, un asesino.

—Si, si.

—Que estaba en el camino de Roma á Nápoles, entre Terracina y Gaeta.

—Si, si, si.

—Y que saqueaba todas las iglesias.

—¡Cómo! ¿y es á ese hombre á quien quieres hacer entrar aqui? preguntó Dios á San José.

—¿Y por qué no? dijo San José; el buen ladron está aqui perfectamente.

—¡Ah! ¿lo tomas en ese tono? dijo Dios, para quien aquel reproche era tanto mas sensible cuanto que era lo que siempre le citaban los santos cuando se les negaba la entrada de alguno de sus protegidos.

—Es el que me conviene, dijo San José.

—¡Bueno! lo vamos á ver. ¡San Pedro!

—¡Señor!

—Os prohibo permitir la entrada á Mastrilla.

—Reparad en lo que mandais, señor, replicó San José.

—San Pedro, os prohibo permitais la entrada á Mastrilla, dijo Dios: ¿lo oís?

—Perfectamente, señor. No entrará, estad tranquilo.

—¡Ah! ¿no entrará? dijo San José.

—No, dijo Dios.

—¿Es vuestra última resolucion?

—Si.

—¿Os manteneis en ella?

—Me mantengo.

—Todavía es tiempo de modificarla.

—He dicho.

—En ese caso, adios, señor.

—¿Cómo adios?

—Si, me voy de aqui.

—¿A dónde?

—Me vuelvo á Nazaret.

—¿Os volveis á Nazaret?

—Ciertamente. No deseo permanecer en un sitio donde se me trata como vos lo haceis.

—Querido, dijo Dios, esta es ya la décima vez que me haceis la misma amenaza.

—Pues bien, no os la haré la undécima.

—Tanto mejor.

—¡Ah! ¡tanto mejor! ¿es decir que me dejais partir?

—Con toda mi voluntad.

—¿No me deteneis?

—Me guardaré de ello.

—Os arrepentireis.

—No lo creo.

—Eso es lo que vamos á ver.

—¡Y bien! veamos.

—Reflexionadlo.

—Está reflexionado.

—Adios, señor.

—Adios, San José.

—Todavia es tiempo, dijo San José volviéndose.

—¿No habeis partido todavía? dijo Dios.

—No, pero esta vez parto.

—¡Buen viage!

—¡Gracias!

Dios volvió á sus negocios, San Pedro á su puerta, y San José entró en su casa, se puso su cíngulo, cogió su palo de viage, y pasó á casa de la Madona.

La Madona cantaba el *Stabat Mater* de Pergolese, que acababa de subir al cielo. Las once mil Vírgenes la servian de coro; los serafines, los querubines, las dominaciones, los ángeles y los arcángeles, les servian de músicos; el ángel Gabriel dirigia la orquesta.

—¡Psit! dijo San José.

—¿Qué hay? preguntó la Madona.

—Hay que es indispensable seguirme.

—¿A dónde?

—¿Qué os importa?

—Pero en fin....

—¿Sois mi muger? si ó no.

—Si.

—Pues bien; la muger debe obediencia á su esposo.

—Soy vuestra sierva, señor, é iré á donde querais, dijo la Madona.

—Está bien, dijo San José: venid.

La Madona siguió á San José con los ojos bajos y su resignacion habitual, dispuesta

siempre á dar ejemplo de deber y de virtud en el cielo como en la tierra.

—¡Y bien! preguntó San José, ¿qué haceis?

—Os obedezco, señor.

—¿Me seguís sola?

—Me voy como he venido.

—No se trata de eso: llevaos vuestra córte, llevadla.

La Madona hizo una seña, y las once mil vírgenes marcharon detrás de ella cantando; hizo otra seña, y los serafines, los querubines, las dominaciones, los ángeles y los arcángeles la acompañaron tocando el violin, el arpa y el laud.

—Está bien, dijo San José; y entró en la habitacion de Jesucristo.

Jesucristo repasaba el Evangelio de San Mateo, en el que se habian cometido algunos errores de tipografía.

—¡Psit! dijo San José.

—¿Qué hay? preguntó Jesucristo.

—Hay que es preciso seguirme.

—¿Dónde?

—¿Qué os importa?

—Pero en fin....

—¿Sois mi hijo? si ó no.

—Si, dijo Jesucristo.

—El hijo debe obediencia á su padre.

—Soy vuestro servidor, padre mio, dijo Cristo, é iré á donde querais.

—Está bien, dijo San José: venid.

Cristo siguió á San José, con esa dulce bondad que le ha hecho tan fuerte, y aquella humildad que le hizo tan grande.

—¡Y bien! preguntó San José, ¿qué haceis?

—Os obedezco, padre mio.

—¿Me seguís solo?

—Me voy como he venido.

—¡No se trata de eso; llevaos vuestra córte, llevadla!

Jesus hizo una seña: los apóstoles se colocaron á su alrededor; Jesus elevó la voz y los santos, las santas y los mártires acudieron al punto.

—Seguidme, dijo Cristo.

Y los apóstoles, los santos, las santas y los mártires marcharon en su seguimiento.

Se puso á la cabeza de la comitiva y se encaminó hácia la puerta. Detrás de él iban la Madona y toda la poblacion del cielo.

Encontraron al Espíritu Santo que conversaba con la paloma del arca.

—¿Adónde vais así? preguntó el Espíritu Santo.

—Vamos á hacer otro Paraiso, dijo San José.

—¿Y por qué es eso?

—Porque no estamos contentos de este.

—¿Pero y Dios?

—A Dios le dejamos.

—¡Oh! aqui hay algun error, dijo el Espíritu Santo. ¿Me permitis que vaya á conferenciar con el Señor?

—Id, dijo San José, pero despachad pronto, porque tenemos prisa.

—Voy y vuelvo volando, dijo el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo entró en el oratorio de Dios y fué á posarse sobre su hombro.

—¡Ah! ¿sois vos? dijo Dios. ¿Qué noticia traes?

—¡Una noticia terrible!

—¿Cuál?

—¿No sabeis nada?

—No.

—San José se marcha de aqui.

—Soy yo quien le ha puesto á la puerta.

—¿Vos, Señor?

—Si, yo. No habia medio de vivir con él; todos los dias teniamos nuevas pretensiones, muchas exigencias. Se hubiera dicho que era aquí el amo.

—Y bien ¡la habeis hecho buena!

—¿Cómo?

—Se lleva la Madona.

—¡Bah!

—Se lleva á Jesucristo.

—¡Imposible!

—La Madona lleva consigo las once mil vírgenes, los serafines, los querubines, las dominaciones, los ángeles, los arcángeles.

—¡Qué me decís!

—Cristo se lleva los apóstoles, los santos, las santas y los mártires.

—¡Pero eso es una defeccion!

—General.

—¿Qué me va á quedar á mí?

—Los profetas Isaías, Ecequiel y Jeremías.

—¡Pero me voy á morir de fastidio!

—Es claro.

—Os habreis engañado.

—Mirad.

—Miró Dios por aquel mismo balcon donde le vió nuestro gran poeta Beranger, y descubrió una multitud inmensa que se apiñaba hácia la puerta del paraiso; todo lo demas del cielo estaba vacio á escepcion de un rinconcito donde conversaban los tres profetas.

Comprendió Dios de una sola mirada la situacion crítica en que se encontraba.

—¿Qué es preciso hacer? preguntó Dios al Espíritu Santo.

—¡Toma! dijo este, yo no conozco la cuestion.

Refirióle Dios todo lo que habia pasado entre él y San José con motivo de Mastrilla, y como habia dado la razon á San Pedro.

—Es una falta, dijo el Espíritu Santo.

—¡Cómo, es una falta! esclamó Dios.

—¡Oh! Dios mio, si. No se trata aquí del mayor ó menor mérito del protegido; trátase del mayor ó menor poder del protector.

—¡Un pobre carpintero!

—Hé ahí lo que es haberle colocado en buena posicion, abusa de ella.

—¿Pero qué hacer?

—No hay mas que un medio: es preciso pasar por lo que quiera.

—Pero él es capaz de imponerme nuevas condiciones.

—Es preciso aceptarlas inmediatamente. Cuanto mas tardeis será mas exigente.

—Id, pues, á buscarle, dijo Dios.

—Voy allá, dijo el Espíritu Santo.

De un impulso de sus alas llegó el Espíritu Santo á la puerta del Paraiso: nada habia cambiado; San José tenia la mano en la llave, y todos esperaban á que abriese la puerta para salir con él. En cuanto á San Pedro, en su cualidad de apóstol se habia visto obligado á colocarse entre el acompañamiento de Cristo.

—Dios os llama, dijo el Espíritu Santo á San José.

—¡Ah! puede considerarse feliz! dijo este.

—Está dispuesto á hacer todo lo que querais.

—Bien sabia yo que vendria á parar á esto.

—Podeis volver á enviar á cada uno á su sitio.

—No, no; antes por el contrario; suplico á todos me esperen aqui. Si no nos entendiésemos, sería cosa de tener que volver á empezar.

—Esperaremos, dijeron la Madona y Cristo.

—Está bien, replicó San José.

Y precedido del Espíritu Santo fué á ver á Dios.

—Señor, dijo el Espíritu Santo entrando el primero, hé aqui á San José.

—¡Ah! que se tenga por dichoso, dijo Dios.

—Ya me habia yo anticipado á vos, respondió San José.

—¡Mala cabeza!

—Escuchad, ó uno es santo ó no lo es; si es uno santo, preciso es tener el derecho de hacer entrar en el paraiso á aquellos que lo reclaman de vos; si no lo es, es preciso irse á otra parte.

—Está bien, está bien; no hablemos mas de ello.

—No, por el contrario, hablemos de ello; se ha concluido por hoy, pero volverá á empezar mañana.

—¿Qué quieres? veamos.

—Quiero que todos aquellos que tuviesen confianza en mí durante su vida, puedan contar conmigo despues de su muerte.

—¡Cáspita! ¿sabes lo que pides?

—Lo sé perfectamente.

—Si yo diese semejante privilegio á todos...

—En primer lugar, yo no soy como todos...

—Veamos, transigiremos.

—O admitir ó negar.

—¿La cuarta parte?

—Me voy.

Y San José dió un paso

—¿La mitad?

—Adios.

Y San José llegó á la puerta.

—¿Las tres cuartas partes?

—¡Buenas noches!

Y San José salió.

—¿Y se marcha sin mas ni mas? preguntó Dios.

—¡Ni mas ni menos! respondió el Espíritu Santo.

—¿No se vuelve?

—Ni piensa en ello.

—¿No detiene su paso?

—Se echa á correr.

—Volad á él, y decidle que vuelva.

El Espíritu Santo voló hasta San José y le trajo con dificultad.

—¡Y bien! dijo Dios, puesto que el amo aqui sois vos, y no yo, se hará lo que quereis.

—Enviad á buscar al notario, dijo San José.

—Cómo, ¡el notario! esclamó Dios; ¿no os fiais en mi palabra?

—*Verba volant*, dijo San José.

—Llamad á un notario, dijo Dios.

Se llamó al notario, y San José es poseedor hoy de una acta perfectamente en regla, que le autoriza poder hacer entrar en el paraiso á todo el que le es devoto.

Ahora bien, os pregunto yo, ¿puede contentarse un santo como San José con una mala vela, como si fuera un santo de tercero ó cuarto órden? ¿no merece un reverbero?

—¡Merece diez, veinte, ciento! esclamaron los lazzaroni. ¡Viva San José! ¡viva el padre de Cristo! ¡viva el marido de la Madona! abajo San Pedro.

Aquella misma noche hizo el padre Rocco encender diez reverberos en la calle de San José. Al dia siguiente hizo encender veinte en las calles adyacentes; al otro hizo encender ciento en las inmediaciones; todo para mayor gloria del santo á quien la historia que acababa de referir habia improvisado tan grande popularidad.

Asi fué como los reverberos de la calle de San José, desbordando por un estremo en la calle de Toledo, y por el otro en la plaza de Santa Medina, concluyeron poco á poco por deslizarse, gracias á la piadosa estratagema del padre Rocco, en las calles mas sombrias y desiertas de Nápoles.

PARTE SEGUNDA.

I.

LA VILA GIORDANI.

Una violenta erupcion del Vesubio, milagrosamente contenida por San Genaro, dió lugar á un estraño episodio.

Sobre la pendiente escarpada del Vesubio, en el nacimiento de uno de los brazos del Sebetus, se hallaba una de esas encantadoras vilas, como las que se ven blanquear en el fondo de los deliciosos cuadros de Leopoldo Robert. Era un elegante edificio cuadrado, mayor que una casa de las de grandes poblaciones, menos imponente que un palacio, con un pórtico sostenido por columnas, una azotea, verdes celosías, una escalinata llena de flores, cuyas gradas conducian á un jardin plantado todo de naranjos, adelfas y granados. En uno de los ángulos de aquel encantador edificio, elevábase un grupo de palmeras cuyas copas, alzándose sobre la azotea, caian por encima como un penacho, y daban al conjunto del edificio un aspecto oriental sumamente agradable. Durante el dia, como es costumbre en Nápoles, la silenciosa vila parecia solitaria y permanecia cerrada; pero cuando llegaba el anochecer, y con el anochecer la brisa del mar, abríanse suavemente las celosías para respirar y los que entonces pasaban al pie de aquella linda morada, podian ver á través de los balcones habitaciones con dorados muebles y ricas tapicerías, por entre las que atravesaban, apoyados en el brazo uno de otro y mirándose con amor, un jóven de bella presencia y una linda jóven. Eran los dueños de aquel pequeño palacio de hadas, el conde Odoardo Giordani y su jóven esposa la condesa Lia.

Aunque los dos jóvenes se amaban hacia largo tiempo, solo hacia seis meses que se habian unido. Debian casarse en el momento en que estalló la revolucion napolitana; pero entonces el conde Odoardo á quien su nacimiento y orígen unian á la causa real, siguió al rey Fernando á Sicilia, y permaneció en Palermo como caballero de honor de la reina, de siete á ocho meses; despues, cuando el cardenal Ruffo hizo su espedicion de Calabria, pidió el conde Odoardo á su soberano el permiso de partir con él, y habiéndole obtenido, acompañó á aquel estraño gefe de partidarios en su marcha triunfal hácia Nápoles.

Entró con él en la capital, encontró, volvió á ver á su fiel Lia, y como nada se oponia ya á su matrimonio, se habia casado con ella. Huyendo entonces de la matanza que asolaba á la ciudad, llevó á su jóven esposa al Paraiso que hemos intentado describir, el cual habitaban juntos hacia seis meses, y donde el conde hubiese sido sin duda alguna el hombre mas feliz de la tierra, á no ser por un suceso que acababa de acaecerle y que turbaba profundamente su felicidad.

Todos los miembros de la familia no habian participado del odio que él tenia á los franceses, y que le habia hecho abandonar á Nápoles á su aproximacion. Tenia el conde una hermana que le seguia en edad, llamada Teresa, linda y casta niña que se abria como una azuzena á la sombra del claustro. Segun la costumbre de las familias napolitanas, el porvenir de amor y de dicha de la jóven, ese amor que Dios ha permitido esperar á toda criatura humana, habia sido sacrificado al porvenir de ambicion de su hermano mayor. Antes que la pobre Teresa supiese lo que era e mundo, la verja de un convento se habia cerrado entre el mundo y ella; y cuando su padre habia muerto, cuando su hermano mayor, que la adoraba, llegó a ser dueño de su libertad hacia ya tres años estaban sus votos pronunciados.

La primera palabra del conde Odoardo á su hermana al volverla á ver despues de la muer-

te de su padre, fué la oferta de obtener del Santo Padre la ruptura de un pacto contraido antes que ella conociese el valor del juramento pronunciado, y pudiese apreciar la estension del sacrificio que iba á hacer; mas para la pobre niña que no habia visto el mundo sino á través del velo de indiferencia de sus primeros años cuyo corazon no conocia otro amor que el que habia declarado al Señor, el claustro debia tener su atractivo y la soledad su encanto; dió, pues, gracias á su querido hermano por el ofrecimiento que la hacia, pero le aseguró que se encontraba feliz y que temia cualquier cambio que diese á su existencia otro porvenir que aquel á que se habia acostumbrado.

El jóven que comenzaba á amar, y que sabia el cambio que el amor produce en la vida se retiró rogando á Dios no permitiese que su hermana tuviera que arrepentirse algun dia de la resolucion que habia tomado.

Pasáronse algunos meses, luego llegaron los sucesos que hemos referido: el conde Odoardo se retiró á Sicilia como hemos dicho, dejando á la jóven carmelita bajo la custodia del Señor.

Entraron los franceses en Nápoles, y se proclamó la república Partenopea: uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué, como lo habia hecho su hermana primogénita la república francesa, abrir las puertas de todos los conventos y declarar que los votos pronunciados con violencia eran nulos.

Despues, como ese decreto era insuficiente para determinar á las mugeres especialmente á abandonar el asilo donde se habian acostumbrado á vivir y donde pensaban morir, se dió muy pronto otro decreto que declaraba la abolicion completa de las órdenes religiosas.

Forzoso fué entonces á las pobres palomas salir de su nido; Teresa se retiró á casa de una tia suya que la recibió como si fuera su hija; pero la casa de la marquesa de Livello (asi se llamaba la tia de Teresa) no era á propósito para que la jóven religiosa pudiese volver á encontrar la tranquilidad cuya pérdida sentia. La marquesa, cuya posicion aristocrática, y su fortuna y nacimiento la hacian estar unida de corazon á la casa de Borbon, habia temido verse comprometida por esa adhesion tan conocida, y se apresuró á recibir en su casa al general Championet y los principales gefes del ejército francés.

Entre esos oficiales habia un coronel jóven de veinte y cuatro años. En aquella época se llegaba muy pronto á ser coronel. Este sin cuna, sin fortuna, habia llegado á su grado ayudado únicamente por su valor. Apenas vió á Teresa se enamoró de ella; apenas Teresa le vió comprendió que hay otra felicidad en la vida que la soledad y el silencio del claustro.

Amáronse los jóvenes, el uno con la imaginacion de un francés, la otra con el corazon de una italiana. Sin embargo, desde la primera vez que reflexionaron acerca de su posicion, habian comprendido que ese amor no podia menos de ser desgraciado. ¿Como podia casarse un coronel republicano con la hermana de un emigrado realista?

No por eso se amaron menos los jóvenes, y acaso por eso se amaron mas. Pasáronse tres meses como si fueran un solo dia; en seguida llegó al ejército francés aquella órden fatal que debia ser la señal de tan grandes desgracias, de batirse en retirada, y fué á despertar á los amantes en medio de su dorado sueño. No se trataba de abandonarse: el amor de los jóvenes era demasiado grande para fijarse ni por un instante en la idea de una separacion. Separarse era morir, y se sentian los dos tan dichosos, que deseaban mucho vivir.

En Italia, pais de los amores repentinos, todo ha sido previsto para que á cada hora del dia y de la noche pueda santificarse un amor del género del que unia al jóven coronel y á Teresa. Preséntanse dos amantes ante un sacerdote, le declaran que desean ser esposos, se confiesan, reciben la absolucion, van á arrodillarse delante del altar, oyen la misa, y son casados.

El coronel propuso á Teresa un matrimonio de este género. Teresa aceptó. Quedó convenido que durante la noche que precederia á la partida de los franceses, Teresa abandonaria el palacio de su tia, y los dos jóvenes irian á recibir la bendicion nupcial á la iglesia del Carmine, situada en la plaza del *Mercato Nuovo*.

Todo se hizo como habia quedado convenido. Los dos jóvenes se presentaron ante el sacerdote, quien les dijo estaba dispuesto á unirlos en cuanto los oyera en confesion. Nada habia que contestar; esa era la costumbre: el coronel se conformó con ella, arrodillándose de un lado del confesonario, mientras la jóven se arrodillaba del otro; y aunque sin duda su relacion no estaba exenta de ciertos pecadillos, el sacerdote, que sabia es indispensable pasar alguna cosa á un coronel, y sobre todo á un coronel de veinte y cuatro años, le absolvió sus pecados con una facilidad enteramente patriarcal.

Mas contra lo que podia esperarse, no sucedió asi con la pobre Teresa. El sacerdote la perdonó sin dificultad su amor; la perdonó la fuga de casa de su tia, puesto que aquella fuga tenia por objeto seguir á su marido; pero cuando la jóven le confesó que habia sido antes religiosa, que habia salido de su convento á consecuencia del decreto que abolia las órdenes, se levantó el sacerdote declarando que libre de esos lazos á los ojos de los hombres, no estaba libre Teresa para con Dios. En consecuencia, se negó rotundamente á bendecir su union. Teresa suplicó, el coronel amenazó, mas el sacerdote permaneció tan insensible á las amenazas como á las súplicas. El co-

ronel tenia gran deseo de atravesarle con su espada, pero reflexionó que no dejaria de casarse á pesar de aquello, y se llevó á Teresa entre sus brazos, jurándola que aquello no era mas que un retraso sin importancia, y que en cuanto llegasen á Francia encontrarian un sacerdote menos escrupuloso que aquel, el cual se apresuraria á reparar el tiempo perdido, uniéndolos sin dilacion y sin contestacion alguna.

Teresa amaba: creyó y consintió en seguir á su amante. Al dia siguiente encontró la marquesa de Livello una carta que la anunciaba la fuga de su sobrina. Esta noticia la causó un gran dolor. Sin embargo, no era toda la causa de ese dolor la desaparicion de Teresa. Ya hemos dicho los temores políticos de la marquesa. Esos temores la habian impulsado hasta obligarla á recibir como amigos, contra su opinion, á los franceses, á quienes aborrecia. Ahora bien, preveia una reaccion realista, y tenia ya que responder á los partidarios de los Borbones de su facilidad en fraternizar con los patriotas: y ¡qué seria cuando se supiera que la sobrina que le habia sido confiada, la hermana del conde Odoardo, es decir, de uno de los mas ardientes *santa fede* de la córte del rey Fernando, se habia marchado de Nápoles con un coronel republicano! Considerábase ya la marquesa de Livello perdida, guillotinada, presa, ó por lo menos proscrita. Tomó inmediatamente su resolucion: anunció que hacia algun tiempo que su sobrina iba perdiendo salud, y que suponiendo que el clima de Nápoles la era contrario, iba á retirarse á sus posesiones de Livello. En aquella misma noche partió en un carruage cerrado, donde figuraba ir con Teresa, y al dia siguiente llegó á su castillo, situado en territorio de Bari, cerca del pequeño rio Ofanto.

Era un castillo sombrío, aislado, solitario, y que convenia perfectamente á la resolucion que habia tomado. Al cabo de un mes se esparció en Nápoles el rumor de que Teresa acababa de morir de una enfermedad de languidez. Un certificado de un anciano sacerdote que estaba en la casa de la marquesa hacia cincuenta años, no dejó duda alguna sobre aquel suceso. Por otra parte, ¿á quién podia ocurrir la sospecha de que aquella noticia era un engaño? Se sabia que la marquesa adoraba á su sobrina, y habia anunciado que no tendria otra heredera; en fin, la marquesa habia difundido aquel rumor con tanta mas confianza, cuanto que Teresa la habia anunciado en su carta que no la volveria á ver mas.

El conde Odoardo llegó hasta la desesperacion. Lia y su hermana era todo lo que amaba en el mundo: felizmente le quedaba Lia.

Ya hemos referido como al entrar en Nápoles con el cardenal Ruffo, habia vuelto á ver Odoardo á Lia mas amante que nunca; tambien hemos dicho como habian sido enlazados, habiéndose alejado de Nápoles para dedicarse completamente á su amor. Habitaban, pues, la encantadora vila que hemos descrito, situada en la pendiente del Vesubio, y desde cuyos balcones se veian á la vez el volcan, el mar, Nápoles, y toda la deliciosa campiña de la antigua Campania, que se estiende hácia Acerra.

Los recien casados recibian poca sociedad: la felicidad desea la calma y busca la soledad. Por otra parte, en los primeros dias de su casamiento, una de las amigas de la condesa, yendo á hacerla su visita de enhorabuena, la habia encontrado sola, y se habia apresurado á felicitarla, no solo por su union con el conde Odoardo, sino tambien por el triunfo que ella habia obtenido sobre su rival, triunfo de que aquella union era la prueba. Entonces, sin saber lo que significaban esas palabras, Lia habia palidecido, y preguntó de qué rival queria hablarla, y á qué triunfo se referia. La oficiosa amiga refirió al punto á la jóven condesa que no se hablaba de otra cosa en la córte de Palermo que del amor que el conde habia inspirado á la bella Emma Lyonna, la favorita de Carolina, rumor que habia hecho temer á las amigas de la futura condesa que su matrimonio no fuese muy feliz; pero no habia sucedido asi: el nuevo Reynaldo, estraviado un instante, segun la oficiosa amiga, habia quebrantado al fin las cadenas de aquella otra Armida, y abandonando la isla encantada, donde por un instante se habia perdido su corazon, habia vuelto mas enamorado que nunca á sus primeros amores.

Lia habia escuchado toda aquella historia con la sonrisa en los labios y la muerte en el alma; en seguida, la solícita amiga, satisfecha del dolor que habia causado, se volvió á Nápoles, dejando en el corazon de la jóven desposada todas las angustias de los celos.

Asi, apenas se cerró la puerta tras la que habia ido á visitarla, Lia se deshizo en lágrimas: casi al mismo tiempo se abrió una puerta lateral, y entró el conde. Intentó Lia ocultar su llanto bajo una sonrisa; pero cuando quiso hablar, el dolor la ahogó, y en lugar de las tiernas palabras que procuraba pronunciar, no pudo mas que prorumpir en sollozos.

Era esta pena demasiado profunda y muy inesperada para que el conde no quisiera saber su causa. Por su parte, Lia tenia el corazon demasiado lleno para contener largo tiempo semejante secreto: todo su dolor desbordó, sin vituperios, sin recriminaciones, sino tal como lo habia esperimentado, lleno de angustias y de amargura.

Odoardo sonrió. Habia alguna cosa de cierto en lo que habia referido á Lia su caritativa amiga. La bella Emma Lyonna habia distinguido efectivamente al conde; pero con gran admiracion suya, su simpatía no habia sido acogida sino con la fria política del hombre de mundo. En fin, presentósele la ocasion de abandonar la Sicilia con el cardenal Ruffo, y

se habia apresurado á aprovecharse de ella. Odoardo refirió todo esto á su muger con el acento de la verdad, sin hacer valer de ningun modo el sacrificio. Tranquilizada Lia por su sonrisa, habia concluido por olvidar esta aventura, como se olvidan las sospechas de amor; es decir, que no pensaba mas en ella que cuando estaba sola.

Una mañana que Odoardo habia salido al amanecer para cazar en la montaña, Lia, al pasar por su habitacion, vió sobre su mesa cuatro ó cinco cartas que el criado acababa de llevar de la ciudad; dirigió á ellas maquinalmente su vista; una de aquellas cartas tenia letra de muger. Lia se estremeció. Tenia demasiado arraigado el sentimiento de su deber para romper el sello de aquella carta; pero no pudo resistir al deseo de asegurarse del género de sensacion que esperimentaria su marido al abrirla. Asi que le oyó entrar, se deslizó en un gabinete desde donde podia verlo todo, y esperó, trémula y anhelante, como si fuera á decidirse para ella alguna cosa suprema.

Atravesó el conde su habitacion sin detenerse, y entró en la de su muger; le habian dicho que la condesa estaba en ella, y creia encontrarla. La llamó. Responder era venderse á sí propia. Lia se calló. Odoardo se volvió entonces á su habitacion, dejó su escopeta en un rincon y arrojó su canana en un sofá; luego, adelantóse indiferente hácia la mesa donde estaban las cartas y las dirigió una mirada indiferente; mas apenas vió aquella letra menuda que habia alarmado tanto á la condesa, dió un grito, y sin fijar su atencion en las demas, se apoderó de ella. La simple vista de aquella letra habia causado al conde tal emocion, que se vió obligado á apoyarse en la mesa para no caer; permaneció un momento con los ojos fijos en el sobre, como si no pudiera dar crédito á sus ojos. En fin, rompió la nema temblando, miró la firma, la leyó con avidez, devoró el contenido de la carta, y la cubrió de besos; luego quedó pensativo algunos minutos, como un hombre que consulta consigo mismo. En fin, habiendo vuelto á leer la carta, cuya importancia no era dudosa, la dobló cuidadosamente, miró á su derredor para asegurarse de que no habia sido visto, y creyéndose solo, la ocultó en el bolsillo del costado de su gaban de caza, de manera que sea por acaso ó con intencion, la carta se encontraba descansando sobre su corazon.

Aquella carta era de Teresa. A la vista de la letra de la que creia muerta, Odoardo se habia estremecido de sorpresa y habia creido ser el juguete de alguna ilusion. Entonces era cuando habia abierto aquella carta con tanta emocion y temor. Todo le fué revelado. El jóven coronel habia muerto en la batalla de Génova, y Teresa se habia encontrado sola y aislada en un pais desconocido. Muger del coronel, se hubiese vuelto á Francia, orgullosa con el nombre que habria llevado; pero el matrimonio no se habia verificado; tenia el derecho de llorar á su amante, y nada mas. Pensó entonces en su hermano, que tanto la amaba; á él únicamente confiaba su posicion; le suplicaba conservase su secreto, deseando continuar pasando como muerta para con todos. Por lo demas, ella llegaba casi al mismo tiempo que su carta: rogaba á su hermano la escribiese una palabra á correo seguido, que la indicase donde podria parar. Aqui esperaria con toda la impaciencia de una hermana que tenia temor de no volverle á ver. Para mas seguridad, su carta no debia llevar ningun nombre, é ir dirigida á la señora ***. Terminaba su carta recomendándole de nuevo el secreto, aun para su muger, cuya severidad temia, y cuyo desprecio no podria soportar.

Odoardo cayó sobre una silla, sucumbiendo al esceso de su sorpresa y alegría.

No intentaremos describir la angustia que la condesa habia esperimentado en la media hora que acababa de pasar. Veinte veces habia estado á punto de entrar, aparecer de repente al conde, y preguntarle frente á frente si era asi como guardaba los juramentos de fidelidad que la habia hecho. Pero contenida siempre por ese sentimiento que quiere llegue la desgracia hasta el colmo, habia quedado inmóvil y sin poder articular palabra, fija en el sitio en que estaba como si se hallase bajo el influjo de un sueño.

Comprendió, sin embargo, que si el conde la encontraba alli adivinaria que habia visto todo, y por consecuencia estaria prevenido. Apresuróse, pues, á salir al jardin, y por una reaccion desesperada sobre sí misma, consiguió al cabo de algunos minutos volver á sus facciones alguna tranquilidad; mas en cuanto á su corazon, parecíale á la condesa que una serpiente le devoraba.

Tambien el conde bajó al jardin: los dos se encontraron al punto, y los dos al encontrarse hicieron un esfuerzo visible sobre sí mismos, el uno por disimular su alegría, la otra para ocultar su dolor.

Odoardo se dirigió presuroso hácia su muger. Lia le esperó. La abrazó con un movimiento tan fuerte, que era casi convulsivo.

—¿Qué teneis, amigo mio? preguntó la condesa.

—¡Oh! ¡soy muy feliz! esclamó el conde.

Lia se sintió próxima á desmayarse.

Volviéronse los dos á la casa para comer. Terminada la comida, durante la que pareció Odoardo preocupado de tal modo, que no fijó su atencion en la preocupacion de su muger, se levantó y tomó su sombrero.

—¿Dónde vais? preguntó Lia temblando.

Habia en el tono con que eran pronunciadas estas palabras un acento tan estraño, que Odoardo miró á Lia con admiracion.

—¿Dónde voy? dijo mirando á Lia.

—Si, ¿dónde vais? replicó Lia con un acento mas dulce, y esforzándose por sonreir.

—Voy á Nápoles. ¿Qué tiene de estraño que vaya á Nápoles? continuó Odoardo riendo.

—¡Oh! nada, sin duda, pero no me habiais dicho que me dejaríais esta noche.

—Una de las cartas que he recibido esta mañana me obliga á dar este paso, dijo el conde; pero volveré temprano, no tengas cuidado.

—¿Es, pues, un negocio importante el que os llama á Nápoles?

—De la mas alta importancia.

—¿No podeis dejarlo para mañana?

—Imposible.

—En ese caso, id.

Pronunció Lia esta última palabra con tal esfuerzo, que el conde se dirigió hácia ella, y abrazándola para besarla en la frente:

—¿Sufres, amor mio? la dijo.

—Absolutamente nada, respondió Lia.

—Pero algo te aqueja, añadió el conde insistiendo.

—¿A mí? nada, absolutamente nada. ¿Qué quieres que tenga?

Lia pronunció estas palabras con una sonrisa tan amarga, que Odoardo se persuadió de que habia en ella algo de estraordinario.

—Escucha, hija mia, le dijo, ignoro si tienes algun motivo de disgusto; pero lo que sé es que mi corazon me dice que sufres.

—Vuestro corazon se engaña, dijo Lia; partid tranquilo, y no os inquieteis por mí.

—¿Me será posible separarme de tí un momento, cuando de ese modo te despides de mí?

—¡Y bien! puesto que lo quieres, dijo Lia haciendo un nuevo esfuerzo sobre sí misma, vé, Odoardo mio, y vuelve pronto. Adios.

En este tiempo habian ensillado el caballo favorito del conde, y pateaba al pie de la escalinata. Montó Odoardo y se alejó saludando á Lia con la mano. Asi que desapareció tras el primer grupo de árboles, subió Lia á un pabelloncito que coronaba la azotea, y desde donde se veia todo el camino de Nápoles.

Desde allí vió á Odoardo que se dirigia á la ciudad á todo el galope de su caballo. Oprimióse mas fuertemente su corazon; porque en vez de figurarse que lo hacia para estar mas pronto de vuelta, pensó que era por alejarse mas rápidamente.

Odoardo iba á Nápoles para buscar una habitacion á su hermana.

Primero tuvo la idea de alquilarla un palacio, despues comprendió que no seria obrar con arreglo á las instrucciones que habia recibido, y que mas valia alguna habitacion pequeña y aislada en un barrio estraviado. Encontró lo que buscaba en la calle de San Giácomo, número 11, piso tercero, en casa de una pobre muger que alquilaba habitaciones amuebladas. Pero despues de haber elegido lo que reservaba para Teresa, mandó ir un tapicero, é hizo le prometiese que al dia siguiente por la mañana estarian cubiertas de seda las paredes, y de alfombras los ladrillos. El tapicero se comprometió á hacer de aquella pobre habitacion un retretito digno de una duquesa. Recibió el tapicero la paga de antemano, dándole una tercera parte mas de lo que pedia.

Al salir volvió á encontrar el conde á su huéspeda; estaba con su hermana, vieja endemoniada como ella. Recomendóla el conde tuviera todas las atenciones posibles con su nueva inquilina. La huéspeda preguntó cuál era su nombre. El conde respondió que era inútil supiese aquel nombre, que se presentaria una muger jóven y bonita preguntando por el conde Giordani, y que para aquella muger era para quien se destinaba la habitacion. Cambiaron las dos viejas entre sí una sonrisa que el conde no vió, ó en la que no fijó su atencion. En seguida, sin tener tiempo para escribir, tan inquieto estaba por Lia, volvió á tomar el camino de la vila Giordani, pensando enviar la carta con un criado.

Habia permanecido Lia en el pabellon hasta que perdió de vista á su marido. Entonces habia vuelto á bajar á su habitacion, siguiéndole todavía con las inquietas y penetrantes miradas de los celos. Estaba tan oprimido su corazon, que no le sentia palpitar; no podia ni llorar ni gritar; era un suplicio espantoso, y la parecia que no se podia sufrir sin morir. Permaneció Lia dos horas con la cabeza echada sobre el respaldo de su sillon, teniendo entre sus dedos retorcidos sus cabellos. Al cabo de dos horas oyó el galope del caballo; era Odoardo que volvia; conoció que en aquel momento no podria verle, y creia que le odiaba tanto como le habia amado; corrió hácia la puerta y echándola el cerrojo se volvió á arrojar sobre su cama. No tardó en oir los pasos del conde que se aproximaba á la puerta; intentó abrirla, pero la puerta resistió. Entonces habló en voz baja, y Lia oyó estas palabras llegar hasta ella.—Soy yo, hija mia, ¿duermes?

Lia no respondió. Unicamente volvió la cabeza á mirar del lado de donde salia aquella voz, con ojos ardientes por la fiebre.

—Respóndeme, continuó Odoardo.

Lia se calló.

Entonces oyó los pasos del conde que se alejaban. Un instante despues llegó de nuevo su voz hasta ella: preguntaba á su doncella si sabia donde estaba su señora; mas no habiéndose apercibido de nada, respondió la doncella que su señora habia vuelto á entrar en su alcoba, y que fatigada sin duda del calor, se habia acostado y dormido.

—Está bien, dijo el conde, voy á escribir. Cuando la condesa se despierte, avisadme.

Y Lia oyó que Odoardo volvia á entrar en su gabinete, y que se sentaba ante una mesa. Las dos habitaciones estaban contiguas; Lia se levantó suavemente, quitó la llave de la puerta y miró por la cerradura. Odoardo escribia efectivamente; y sin duda la carta que escribia respondia á una necesidad de su corazon,

porque estaba retratada en su rostro la espresion de una dicha infinita.

—¡La escribe! murmuró Lia.

Y continuó mirando, vacilando entre sus celos que la inclinaban á abrir aquella puerta, correr hácia el conde, arrancarle aquella carta de sus manos, y un resto de razon que la decia que acaso no era á una muger á quien escribia, y que mas valia esperar.

El conde terminó la carta, la cerró, puso el sobre, llamó á un criado y le mandó montar á caballo y llevar al instante la carta que acababa de escribir.

Esta era la que Teresa debia encontrar á correo seguido.

El criado tomó la carta de manos del conde, y salió.

Corrió la condesa hácia una pequeña puerta de escape que daba desde su gabinete de tocador al corredor, y bajó al jardin. En el momento en que el criado iba á atravesar la verja del parque, encontró á la condesa.

—¿Dónde vais tan tarde, Giuseppe? preguntó la condesa.

—A llevar de parte del señor conde esta carta al correo, respondió el criado.

Y al decir estas palabras alargó la carta hácia la condesa; Lia dirigió una rápida mirada al sobre y leyó:

«A madama ***, en Nápoles.»

—Está bien, dijo; id.

El criado marchó al galope.

Esta vez ya no la quedaba duda; era efectivamente á una muger á quien escribia, á una muger que ocultaba su nombre bajo un signo, á una muger que por consecuencia queria permanecer desconocida. ¿Por qué ese misterio, si no habia en su conducta alguna intriga criminal? Desde entonces la condesa tomó su partido. Resolvió disimular á fin de espiar á su marido hasta el fin, y con una fuerza de voluntad de que ella misma se hubiera creido incapaz, volvió á entrar en su habitacion, y abriendo la puerta que daba á la del conde, se adelantó hácia Odoardo con la sonrisa en los lábios.

Al dia siguiente habia olvidado Odoardo completamente aquella preocupacion que habia observado la víspera en el rostro de Lia, y que le habia inquietado por un momento. Lia aparecia mas alegre y mas confiada que nunca en el porvenir.

Era un domingo al siguiente dia. La mañana de los dias de fiesta la dedicaba la condesa á una gran distribucion de limosnas. Asi que desde las ocho de la mañana estaba la reja del parque llena de pobres.

Despues del almuerzo, el conde, que estaba acostumbrado á dejar aquella obra de caridad á su muger, tomó su escopeta, su canana y su perro, y se fué á dar una vuelta por el monte.

Subió Lia al pabellon, vió á Odoardo alejarse en la direccion del Avelino. Esta vez no iba, pues, á Nápoles.

Respiró. Desde la víspera era la primera ocasion en que se encontraba sola consigo misma.

Al cabo de un instante, llegó su doncella á decirle que la esperaban los pobres.

Bajó Lia, cogió un puñado de carlinos, y se dirigió hácia la reja del parque. A cada uno le tocó su parte: ancianos, mugeres, niños, todos estendieron hácia la bella condesa su mano vacía, y la retiraron rica con una limosna.

A medida que se verificaba la distribucion se retiraban los que habian recibido y dejaban el puesto á otros. No faltaba ya mas que una anciana que sentada en una piedra todavía no habia pedido ni recibido nada, y que como si hubiese estado dormida, apoyaba la cabeza en sus rodillas.

Lia la llamó, ella no respondió; Lia adelantó algunos pasos hacia ella, la anciana permaneció inmóvil; en fin Lia la tocó en el hombro, y levantó la cabeza.

—Tomad, buena muger, dijo la condesa presentándola una pequeña moneda de plata, tomad y rogad por mí.

—No pido limosna, dijo la anciana, digo la buena ventura.

Miró entonces Lia á la que habia tomado por una pobre, y reconoció su error.

En efecto, su trage, que era el de las aldeanas de Solatra y Avelino, no indicaba precisamente la miseria; llevaba un corpiño azul bordado con una especie de greca, un cinturon de color rojo, una servilleta doblada puesta por la frente á la manera de Aquila, un delantal festonado con un arabesco, y anchas mangas de tela gris por las que salian sus desnudos brazos. Su cabeza que hubiese podido servir de modelo á Schultz para pintar una de esas ancianas aldeanas á que es tan aficionado, tenia mucha originalidad y parecia tallada en una piedra negruzca. Las arrugas y los pliegues que la surcaban aparecian con tanta firmeza, que se diria habian sido hechas con el cincel. Todo su rostro tenia la inmovilidad de la vejez. Solo sus ojos vivian y parecian tener el don de leer hasta el fondo del corazon.

Reconoció Lia en ella una de esas gitanas á quienes su vida errante ha entregado algunos de los secretos de la naturaleza, y que han envejecido especulando con la ignorancia ó con la curiosidad. Lia habia tenido siempre repugnancia á los pretendidos hechiceros. Dió, pues, un paso para alejarse.

—¿No quereis, pues, que os diga vuestra buena ventura, señora? replicó la anciana.

—No, dijo Lia, porque mi buena ventura, á ser verdadera, podria consistir en una sombría revelacion.

—El hombre es frecuentemente mas inclinado á conocer el mal que le amenaza que el

bien que puede sucederle; respondió la anciana.

—Si, tienes razon, dijo Lia. Y si yo pudiese creer en tu ciencia no vacilaria en consultarte.

—¿Y qué arriesgais? replicó la anciana. A las primeras palabras que yo diga, vereis si miento.

—Tú no puedes conocer lo que yo deseo saber, dijo Lia. Asi que seria inútil.

—¡Quién sabe! dijo la anciana. Ensayad.

Sintióse Lia combatida por ese doble movimiento cuya influencia habia esperimentado desde la víspera. En esta ocasion cedió á su mal genio, y aproximándose á la anciana.

—¡Y bien! ¿qué necesito hacer? preguntó.

—Dadme vuestra mano, respondió la anciana.

La condesa se quitó su guante y estendió su blanca mano que la anciana tomó entre las suyas negras y arrugadas. Era digna composicion de un cuadro aquella jóven bella, elegante y aristocrática en pié, pálida é inmóvil ante aquella vieja aldeana con sus vestidos groseros, y su tez quemada por el sol.

—¿Qué deseais saber? dijo la gitana despues de haber examinado las líneas de la mano de la condesa con tanta atencion como si hubiese podido leer en ellas tan fácilmente como en un libro. Decid, ¿qué deseais saber? el presente, el pasado ó el porvenir.

Pronunció la anciana estas palabras con tal confianza que Lia se estremeció; era italiana, es decir supersticiosa, habia tenido una nodriza calabresa, habia sido mecida en la cuna al rumor de leyendas de vampiros y gitanos.

—Lo que deseo saber, dijo intentando dar á su voz la seguridad de la ironía; deseo saber el pasado: el me indicará la fé que puedo tener en el porvenir.

—Habeis nacido en Salerno, dijo la anciana, sois rica, noble, habeis cumplido veinte años en la última fiesta de la Madona del Arco, y os habeis casado últimamente con un hombre de quien habeis estado separada largo tiempo y á quien amais estraordinariamente.

—Eso es, ciertamente es eso, dijo Lia palideciendo; hé ahí el pasado.

—¿Quereis saber el presente? dijo la anciana fijando en la condesa sus ojillos de víbora.

—Si, dijo Lia despues de un momento de silencio y vacilacion: si, lo quiero.

—¿Os sentís con valor para oirlo?

—Tengo ánimo.

—Mas si digo la verdad, ¿qué me dareis? preguntó la anciana.

—Esta bolsa, respondió la condesa sacando de su bolsillo una pequeñita adornada con perlas y en la que á través de las mallas de la seda se veia brillar el oro de unos veinte zequíes.

Dirigió la anciana al oro una mirada avara, y estendió instintivamente la mano para apoderarse de él.

—¡Un instante! dijo la condesa, todavía no le habeis ganado.

—Es cierto, señora, respondió la anciana. Volvedme á dar vuestra mano.

Lia dió por segunda vez su mano á la gitana.

—Si, el presente, murmuró la anciana, el presente es muy triste para vos, señora, porque hé aquí una línea que va desde el pulgar al anular y que me dice que sois celosa.

—¿No tengo razon para serlo? preguntó Lia.

—¡Oh! eso no puedo deciroslo, replicó la gitana, porque aquí la línea se confunde con otras dos. Solo lo que sé, es, que vuestro marido tiene un secreto que os oculta.

—Si, eso es, murmuró la condesa; continuad.

—El objeto de ese secreto, es una muger, continuó la gitana.

—¿Jóven? preguntó Lia.

—¡Jóven!... Si, jóven, respondió la gitana despues de vacilar un momento.

—¿Bonita? continuó la condesa.

—¡Bonita! la veo á través de un velo; no puedo, pues, responderos.

—¿Y dónde está esta muger?

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿no lo sabes?

—¡No! no sé donde está hoy. Me parece que está en una iglesia, y no veo hácia ese lado; pero puedo deciros donde estará mañana.

—¿Y dónde estará mañana?

—Mañana estará en una pequeña habitacion de la calle de San Giácomo, número 11, piso tercero, donde esperará á vuestro marido.

—¡Quiero ver á esa muger! esclamó la condesa arrojando su bolsa á la gitana. Cincuenta zequíes si la veo.

—Yo os la haré ver, dijo la anciana; pero con una condicion.

—Habla. ¿Cuál?

—Que cualquiera cosa que sea la que veais ú oigais, no os presentareis.

—Te lo prometo.

—No es bastante prometerlo; es preciso jurarlo.

—Te lo juro.

—¿Sobre qué?

—Por las llagas de Cristo.

—Bien. Ademas será preciso os procureis un hábito de religiosa, á fin de que si os encontrasen no seais conocida.

—Enviaré á pedir uno al convento de Santa María de las Gracias, de que es abadesa mi tia; ó mejor.... espera.... Iré desde por la mañana bajo el pretesto de hacerla una visita; vé á buscarme á las diez, con un carruage cerrado, y espérame en la puertecita que da á la calle de la Arenaccia.

—Muy bien, dijo la gitana; estaré alli.

Lia volvió á entrarse en su casa, y la anciana se alejó moviendo su trémula cabeza y contando su oro.

A las dos volvió Odoardo. Lia le oyó pre-

guntar al ayuda de cámara si no habian llevado alguna carta para él. El ayuda de cámara respondió que no.

Fingió Lia no haber oido nada mas que los pasos del conde, pasos que tan perfectamente conocia, y abrió la puerta sonriendo.

—¡Oh! ¡qué buena sorpresa! le dijo. Has vuelto mas pronto que lo que esperaba.

—Si, dijo Odoardo dirigiendo la vista hácia la parte del Vesubio; si, estaba alarmado, ¿no sientes un calor sofocante? ¿no ves que el humo del Vesubio, es mas espeso que de costumbre? ¡la montaña nos promete alguna cosa!

—No siento nada, nada veo, dijo Lia. Por otra parte ¿no estamos en el lado privilegiado?

—Si, y al presente mas privilegiado que nunca, dijo Odoardo: un ángel le guarda.

Aquella noche se pasó como la anterior, sin que el conde concibiese sospecha alguna, tanto supo disimular Lia su dolor. Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, pidió al conde permiso para ir á ver á su tia la superiora del convento de Santa María. El permiso le fué graciosamente concedido.

El Vesubio tomaba un aspecto cada vez mas amenazador; pero tenian los dos esposos demasiadas cosas en su corazon y en su cerebro para pensar en el Vesubio.

Subió la condesa al carruage, y se hizo conducir al convento de Santa María de las Gracias Asi que llegó, dijo á su tia que para ejecutar de incógnito una obra de caridad, tenia necesidad de un hábito de religiosa. Hizo la abadesa que la llevasen uno proporcionado á su estatura. Púsosele Lia. Cuando acababa su monástico atavío, hizo la anciana la pasasen recado: esperaba á la puerta con el carruage cerrado. Cinco minutos despues se detenia el carruage en el ángulo que forma la calle de San Giácomo con la plaza de Santa Medina.

Lia y su conductora se apearon y anduvieron algunos pasos; en seguida entraron por una puertecita situada á la izquierda, encontraron una escalera sombría y estrecha, y subieron al tercer piso. En cuanto llegaron alli, empujó la anciana una puerta y entró en una especie de antesala, donde la esperaba otra anciana. Las dos gitanas obligaron entonces á Lia á que ratificase su juramento de no decir nada acerca del modo como habia descubierto la infidelidad de su marido; repetido el juramento en los mismos términos que la primera vez, la introdujeron en una pequeña habitacion, en cuyo tabique se habia practicado una abertura casi imperceptible. Lia dirigió su vista por aquella abertura.

La primera cosa que la admiró en aquella habitacion, y la única que atrajo desde luego toda su atencion, fué una encantadora jóven de su edad, sobre poco mas ó menos, reclinada vestida en un lecho colgado de moiré azul con viso argentino; parecia haber cedido al cansancio y dormia profundamente.

Volvióse Lia para responder á una ú otra de las dos ancianas; pero ambas habian desaparecido. Miró otra vez con avidez por la abertura.

La jóven se despertaba; acababa de levantar su cabeza, que apoyaba todavía dormida sobre su mano. Sus largos cabellos negros caian rizados desde su frente hasta la almohada, medio velándola el rostro. Meneó la cabeza para separar aquel velo, abrió lánguidamente los ojos y miró á su alrededor como para reconocer donde estaba; en seguida, tranquilizada sin duda por aquella inspeccion, una leve y triste sonrisa vagó por sus labios; hizo una corta oracion mental, besó un pequeño Crucifijo que llevaba al cuello, y bajándose del lecho, fué á levantar la persiana del balcon, estuvo mirando largo tiempo á la calle como si esperara á alguno, y no pareciendo todavía nadie, se sentó.

En aquel tiempo Lia la habia seguido con mirada atenta, y aquel prolongado exámen destrozó su corazon. Aquella muger tenia una belleza perfecta.

Dirigióse entonces la mirada de Lia, separándose de aquella muger, á los objetos que la rodeaban. La habitacion que ocupaba era semejante á aquella en que Lia habia sido introducida; pero en la habitacion inmediata habia reunido una mano previsora todos esos mil detalles de lujo de que necesita siempre ir acompañada, como una pintura necesita de su marco, la muger linda, elegante y aristocrática, mientras que la otra habitacion, la en que se encontraba Lia, con sus paredes desnudas, sus sillas de paja, sus mesas cojas, habia conservado su carácter de miseria y de antigüedad.

Era evidente que la otra habitacion habia sido preparada para recibir á la bella huéspeda.

Continuaba esta esperando en la misma postura, pensativa y melancólica, con la cabeza inclinada sobre su pecho, á aquel que sin duda habia dispuesto el adorno del encantador retrete que ella ocupaba. De repente levantó la cabeza, prestó con ansiedad atento oido y permaneció medio incorporada y con los ojos fijos en la puerta. No tardó sin duda el ruido que la habia sacado de sus sueños en hacerse mas perceptible; levantóse completamente, apoyando una mano en su corazon, y buscando con la otra un apoyo, porque palidecia visiblemente y parecia próxima á desmayarse. Hubo entonces un momento de silencio, durante el cual el ruido de los pasos de un hombre subiendo la escalera llegó hasta la misma Lia; en seguida la puerta de la habitacion inmediata se abrió: la desconocida lanzó un gran grito, estendió los brazos y cerró los ojos como si no pudiera resistir á su emocion. Precipitóse un hombre en la habitacion y la estrechó contra su corazon en el momento en que iba á caer. Este hombre era el conde.

La jóven y él solo pudieron cambiar dos palabras:

—¡Odoardo!

—¡Teresa!

La condesa no pudo sufrir mas; lanzó un doloroso gemido y cayó desmayada en el suelo.

Cuando recobró sus sentidos, estaba en otra habitacion. Las dos ancianas la arrojaban agua al rostro y la hacian respirar vinagre.

Levantóse Lia con un movimiento rápido como el pensamiento, y quiso lanzarse hácia la puerta de la habitacion donde estaban Odoardo y la desconocida, pero las dos ancianas la recordaron su juramento. Lia bajó la cabeza ante una promesa sagrada, sacó de su bolsillo una bolsa que contenia cincuenta luises, y la dió á la gitana; este era el precio de la profecía hecha por ella, y que se habia verificado tan puntual y cruelmente.

La condesa bajó la escalera, volvió á subir en su carruage, dió maquinalmente la órden de que la condujesen al convento de Santa María de las Gracias, y volvió á entrar en la casa de su tia.

Lia iba tan pálida, que al punto conoció la buena abadesa que acababa de sucederle alguna cosa; pero á todas las preguntas de su tia respondió Lia que se habia puesto mala, y que aquel resto de palidez provenia del desmayo que acababa de esperimentar.

El cariño de la superiora se alarmó tanto mas, cuanto que refiriéndola el accidente que acababa de sucederle, conocia que su sobrina le ocultaba la causa. Asi que hizo todo lo que pudo para obtener de la condesa se quedase en el convento hasta que se restableciese completamente; pero la emocion que habia esperimentado Lia no era una de esas sacudidas de que es fácil reponerse en pocas horas. La herida era profunda, dolorosa y envenenada. Lia contestó con una sonrisa amarga á los temores de su tia, y sin intentar siquiera disiparlos, declaró queria volverse á su casa.

La abadesa la mostró entonces la cima de la montaña completamente envuelta en humo, y la dijo que siendo inevitable una próxima erupcion, seria mas razonable que enviase á decir á su marido fuera á reunirse con ella y esperar los resultados de la erupcion en un lugar seguro. Pero Lia la respondió señalándola con la mano aquella verde pendiente de la montaña por la que, desde que el Vesubio existia, ni el mas pequeño arroyo de lava habia corrido. Viendo entonces la abadesa que su resolucion era irrevocable, se despidió de ella encomendándola á Dios.

La condesa volvió á subir al carruage. Diez minutos despues estaba en la vila Giordani.

Odoardo no habia vuelto todavía.

Alli aumentó estraordinariamente el dolor de Lia. Recorrió como una insensata las habitaciones y los jardines: cada habitacion, cada grupo de árboles, cada calle, tenia para ella un recuerdo, delicioso tres dias antes, mortal hoy. En todas partes la habia dicho Odoardo que la amaba. Cada objeto la recordaba una palabra de amor. Creyó entonces Lia que todo habia concluido para ella, y que la seria imposible vivir asi; pero conoció tambien que la seria imposible morir dejando á Odoardo en el mundo que habitaba su rival. Ocurrióla en aquel momento una idea terrible: matar á Odoardo y matarse en seguida. Cuando esta idea se ocurrió á su imaginacion, poco faltó para levantarse un grito de horror; mas poco á poco obligó á su cabeza á fijarse en aquel pensamiento, como un animoso caballero obliga á su rebelde corcel á salvar el obstáculo que le habia al principio causado espanto.

Muy pronto aquel pensamiento lejos de inspirarla temor, la causó un sombrío regocijo; veíase con el puñal en la mano, despertando á Odoardo de su sueño, gritándole en nombre de su rival, mientras le heria mortalmente dos veces, hiriéndose á su vez, muriendo á su lado, y condenándole á sus abrazos para toda la eternidad. Y Lia se admiraba de que en el fondo de un dolor tan punzante pudiese producir tan grande alegría semejante resolucion.

Fué al gabinete de Odoardo. Alli habia trofeos de armas de todos los paises, de todas clases, desde el crik envenenado del malayo, hasta el hacha gótica del caballero franco. Lia descolgó un precioso cangiar turco, con vaina de terciopelo, y el mango todo esmaltado de topacios, perlas y diamantes. Llevóle á su alcoba, probó la punta en la yema de uno de sus dedos, de la que saltó una gota de sangre roja y brillante como un rubí, y en seguida le ocultó bajo su almohada.

En aquel momento oyó el relincho del caballo de Odoardo, y como se encontraba ante un espejo, vió que se habia quedado pálida como un cadáver. Púsose entonces á reir de su debilidad, pero el eco de su propia risa la aterrorizó, y se detuvo temblando.

En aquel momento oyó los pasos de su marido que subia la escalera. Fué corriendo á los balcones y dejó caer las cortinas á fin de aumentar la oscuridad y ocultar al conde la alteracion de su rostro.

Abrió el conde la puerta, y deslumbrado todavía por el resplandor esterior, llamó á Lia con el tono mas dulce y tierno de su voz. Lia sonrió con desden, y levantándose del sillon en que estaba sentada tras las colgaduras del balcon, dió algunos pasos adelante.

Odoardo la abrazó con esa efusion del hombre dichoso que tiene necesidad de comunicar su felicidad á todo lo que le rodea. Creyó Lia que su marido se degradaba hasta el punto de fingirla un amor que no esperimentaba. Un momento antes habia creido odiarle; ahora ya creia despreciarle.

Pasóse asi el dia, y llegó al fin la noche.

Muchas veces Odoardo mirando á su muger que se esforzaba por sonreir cuando la miraba, abrió la boca como para revelar un secreto; pero otras tantas contuvo las palabras en sus labios y el secreto volvió á quedar en su corazon.

Durante las primeras horas de la noche, las amenazas del Vesubio llegaron á ser mas horrorosas que nunca. Repetidas veces propuso Odoardo á su muger abandonar la vila é irse á su palacio de Nápoles; pero Lia calculó que aquella proposicion la hacia Odoardo para aproximarse á su rival, estando situado el palacio del conde en la calle de Toledo, á cien pasos escasos de la de San Giácomo. Asi siempre que el conde la hacia la proposicion, le recordó ella que el lado del Vesubio, donde estaba situada la vila, habia sido siempre respetado por el volcan. Convino en ello Odoardo; pero no desistió y quedó decidido que si al dia siguiente era el mismo el estado de la montaña, abandonarian la vila para ir á esperar en Nápoles el fin del suceso.

Consintió Lia en ello. La quedaba la noche para su venganza, no pedia otra cosa.

Por un estraño fenómeno atmosférico, á medida que la oscuridad se estendia sobre la tierra, el calor aumentaba. En vano los balcones de la vila estaban abiertos como de costumbre para aspirar el soplo del anochecer; la brisa cotidiana habia faltado, y en su lugar se desprendia del hirviente mar un vapor pesado y tibio casi perceptible á la vista, y que se esparcia como una niebla por la superficie de la tierra. El cielo, en lugar de estar como de ordinario tachonado de estrellas, parecia una cúpula de estaño enrojecido, pesando poderosamente sobre el mundo. Un insoportable calor pasaba á bocanadas de la parte de la montaña y descendiendo hácia la vila ese enervante calor, parecia cada vez que se dejaba sentir, llevarse consigo una porcion de fuerzas humanas.

Odoardo quiso velar. Aquellos síntomas tan conocidos le inquietaban por Lia, pero Lia le tranquilizaba riéndose de sus temores; Lia parecia insensible á todos aquellos fenómenos. Cuando el conde se tendia sin fuerzas y con los ojos medio cerrados en un sillon, Lia permanecia de pie, firme, erguida é inmóvil, sostenida por el dolor que velaba en el fondo de su alma. Concluyó el conde por creer que la debilidad que esperimentaba provenia de una mala disposicion de parte suya. Pidió á Lia riendo le diese su brazo, se apoyó en él para llegar á su lecho, se echó encima vestido, luchó un instante todavía contra el sueño, y cayó al fin en una especie de adormecimiento letárgico, y se durmió con la mano de Lia entre las suyas.

Quedó Lia de pie junto al lecho, silenciosa y sin hacer movimiento alguno mientras creyó que el sueño no habia adquirido todavía todo su imperio. Luego, cuando estuvo segura de que el conde era ya insensible al ruido como al tacto, retiró suavemente su mano, se dirigió hácia la antecámara, dió órden á los criados de que partiesen al instante mismo para Nápoles, á fin de preparar el palacio para recibirlos al dia siguiente por la mañana, y volvió á entrar en su habitacion.

Los criados, gozosos con poderse poner en seguridad cumpliendo con su deber, se alejaron en el mismo instante. La condesa, apoyada en su ventana que estaba abierta, los oyó salir, cerrar la puerta de la vila, y despues la verja del jardin. Bajó entonces, visitó las antesalas, las galerías, la repostería. La casa estaba desierta: como la condesa lo deseaba, habia quedado sola con Odoardo.

Volvió á su alcoba, se aproximó á su lecho con paso firme, buscó bajó su almoada, cogió el cangiar, le desenvainó, examinó de nuevo su hoja corva y llena de arabescos de oro; despues con los labios contraidos, los ojos fijos, la frente fruncida, se dirigió á la alcoba de Odoardo, semejante á Gulnara dirigiéndose á la habitacion de Seide.

La puerta de comunicacion estaba abierta, y la luz que habia dejado Lia en su alcoba proyectaba sus rayos en la del conde. Adelantóse, pues, hácia su lecho guiada por aquel resplandor, Odoardo continuaba echado en la misma postura y en la misma inmovilidad.

En cuanto llegó á la cabecera, estendió Lia la mano para buscar el sitio donde debia herir. El conde, sofocado por el calor se habia quitado antes de acostarse su corbata, y desabrochado el chaleco y la camisa. La mano de Lia encontró, pues, sobre su desnudo pecho en el sitio mismo del corazon, un pequeño medallon que contenia un retrato y cabellos que ella le habia dado en el momento en que habia partido para Sicilia, y que desde entonces jamás habia abandonado.

La suprema exaltacion se toca con la suprema debilidad. Apenas Lia tentó y reconoció aquel medallon, la pareció que un velo se levantaba y que veia volver á pasar una á una como dulces y encantadoras sombras, las primeras horas de su amor. Recordó con esa rapidez maravillosa del pensamiento que envuelve años en el espacio de un segundo, el dia en que vió á Odoardo por primera vez, el en que la declaró que la amaba, el en que partió para Sicilia, y el en que volvió para casarse con ella; toda esa felicidad que habia gozado sin fatiga, diseminada, por decirlo asi, en su vida, la dejó sin fuerza condensándose en su pensamiento. Doblegóse bajo el peso de los dias felices, y dejando escapar el cangiar de su trémula mano, cayó de rodillas junto al lecho, mordiendo la ropa para ahogar los gritos que querian salir de su pecho, y suplicando á Dios enviase á ambos la muerte que temia no tener valor de dar ni de recibir.

En el mismo momento en que terminaba aquella plegaria, se oyó un rugido sordo y

prolongado, una sacudida violenta conmovió el suelo, y la habitacion se iluminó con un sangriento resplandor. Levantó Lia la cabeza: todos los objetos que la rodeaban habian adquirido un tinte fantástico. Corrió á la ventana creyéndose bajo el imperio de una alucinacion; pero entonces comprendió todo.

Acababa de hendirse la montaña en la estension de un cuarto de legua. Una abrasadora llama se escapaba por aquella grieta infernal, y en la base de aquella llama hervía dirigiéndose hácia la vila, un rio de lava que amenazaba tragarla y devorarla antes de un cuarto de hora.

Lia en vez de aprovechar el tiempo que la quedaba para salvar á Odoardo y salvarse con él, creyó que Dios habia oido y atendido á sus súplicas, y sus pálidos labios murmuraron estas impías palabras: «Señor, Señor, eres grande, eres misericordioso, yo te doy gracias!....»

En seguida, con los brazos cruzados, la sonrisa en los labios, chispeantes sus ojos con una mortal voluptuosidad, iluminada por aquel reflejo rojizo sangriento, silenciosa é inmóvil, siguió con la vista los devoradores progresos de la lava.

El torrente, como hemos dicho, avanzaba directamente hácia la vila Giordani como si semejante á una de las ciudades malditas estuviese condenada por la cólera de Dios, y fuese ella sobre todo y antes de todo lo que aquel fuego de la tierra, rival del fuego del cielo, tuviese mision de destruir y castigar. Pero el curso del rio de fuego era bastante lento para que los hombres y los animales pudiesen huir ante él ó separarse de su paso. A medida que avanzaba, la atmósfera de pesada y húmeda que era se hacia seca y ardiente. Largo tiempo antes de llegar la lava los objetos arraigados á la tierra y en apariencia insensibles, á la aproximacion del peligro parecia que recibian nueva vida para morir. Secábanse los manantiales produciendo ciertos silbidos, secábase la yerba agitando sus amarillentas hojas, los árboles se torcian encorbándose como para huir del lado opuesto á aquel de donde venia la llama. Los perros que quedaban por la noche en el parque se habian refugiado á la escalinata, y arrimándose á la pared aullaban tristemente. Todas las cosas creadas, mudas por el instinto de la conservacion, parecia que se reaccionaban contra el espantoso azote. Solo Lia apresuraba con el gesto su carrera y murmuraba en voz baja: ¡ven! ¡ven! ¡ven!

En aquel momento creyó Lia que Odoardo se despertaba: se lanzó hácia su lecho. Se engañaba; Odoardo, sobre quien pesaba durante aquella atmósfera voraz, alguna terrible pesadilla, parecia querer rechazar lejos de sí un objeto amenazador. Lia le miró un instante, asustada por la dolorosa espresion de su rostro. Pero en aquel momento se desató el nudo que sujetaba sus palabras. Odoardo pronunció el nombre de Teresa. ¡Era, pues, á Teresa á quien visitaba en sus sueños! ¡Era por Teresa por quien temblaba! Lia sonrió con terrible sonrisa, y volvió á ocupar su puesto en el balcon.

Entretanto la lava habia continuado su marcha y ganado terreno; ya estendia sus dos flamígeros brazos al rededor de la colina sobre la que estaba situada la vila. Si en aquel momento Lia hubiese despertado á Odoardo, todavía era tiempo de huir; porque la lava, chocando de frente en el montecillo y estendiéndose por sus dos costados, aun no se habia unido por la parte opuesta. Pero Lia guardó silencio no aquejándola por el contrario mas que un temor, el de que el grito supremo de toda aquella naturaleza agonizando llegase á oidos del conde y le sacase de su sueño.

No fué asi. Lia vió estenderse la lava semejante á una inmensa creciente, y reunirse detrás de la colina. Dió entonces un grito de alegría. Todo estaba ya cerrado á la fuga. La vila y sus jardines no era mas que una isla rodeada por todos lados por un mar de llamas.

Entonces la terrible marea comenzó á subir por los flancos de la colina como un vasto y precipitado flujo. A cada resaca se veia á las inflamadas olas volver á ganar terreno y desgastar la isla, cuya circunferencia iba siendo cada vez mas reducida. No tardó la lava en llegar á las paredes del parque, y las paredes cayeron en sus olas minadas por su base. A la aproximacion del torrente se secaron los árboles, y la llama pasó de su raiz á su copa. Cada árbol al quemarse, conservaba su forma hasta el momento en que caia en cenizas en la ardiente inundacion que avanzaba siempre. En fin, comenzaron á aparecer las primeras oleadas de lava en las calles del jardin. A su vista comprendió Lia que apenas la quedaba tiempo de despertar á Odoardo, echarle en cara su crímen, y hacerle saber que iban á morir el uno para el otro. Dejó el balcon y aproximándose al lecho:

—¡Odoardo, Odoardo! esclamó sacudiéndole el brazo; ¡Odoardo! ¡levántate para morir!

Estas terribles palabras, dichas por el acento supremo de la venganza, hirieron la imaginacion del conde en lo mas profundo de su sueño. Incorporóse sobre su lecho, abrió sus ojos despavoridos; en seguida, al reflejo de la llama, por los chasquidos de las baldosas que se rompian, en los movimientos de la casa que las olas de lava comenzaban á cercar y conmover, comprendió todo, y lanzándose de su lecho:

—¡El volcan, el volcan! esclamó. ¡Ah! Lia, ¡bien te lo habia dicho!

Inmediatamente, yendo de un salto al balcon, abarcó con una mirada todo el encendido horizonte, arrojó un grito de terror, corrió á la estremidad opuesta de la habitacion, abrió un balcon que daba á la parte de Nápoles, y

viendo cortada toda retirada, se volvió hácia la condesa esclamando desesperado:

—¡Oh! ¡Lia, Lia, amor mio, alma mia, vida mia! ¡estamos perdidos!

—Ya lo sé, respondió Lia.

—¡Cómo! ¿lo sabes.

—Hace una hora que estoy mirando al volcan: no he dormido.

—Pero si no dormias, ¿por qué me has dejado dormir?

—Soñabas con Teresa y no queria despertarte.

—Si, soñaba que querian arrebatarme á mi hermana otra vez. Soñaba que habia sido engañado, que estaba realmente muerta, tendida sobre su lecho en su pequeña habitacion de la calle de San Giácomo, que llevaban un féretro y querian encerrarla dentro. Era un sueño terrible, pero menos terrible todavia que la realidad.

—¡Qué dices, qué dices! esclamó la condesa cogiendo frenéticamente las manos de Odoardo y mirándole de frente. Esa Teresa, ¿es tu hermana?

—Si.

—Esa muger que vive en la calle de San Giácomo, en el número 11, piso tercero, ¿es tu hermana?

—Si.

—Pero si tu hermana ha muerto. ¡Mientes!

—Mi hermana vive, Lia; mi hermana vive; nosotros somos los que vamos á morir. Mi hermana habia seguido á un coronel francés que ha sido muerto. Yo tambien la creia muerta, me lo habian dicho; pero he recibido una carta de ella antes de ayer, y ayer la he visto. Efectivamente era ella, era mi hermana, humillada, ultrajada, que queria permanecer de incógnito. ¡Oh! ¿pero qué nos importa todo eso en este momento? ¿Sientes, sientes la casa que tiembla? ¿Oyes hendirse las paredes? ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio, socorrednos!

—¡Oh! ¡perdóname, perdóname! esclamó Lia cayendo de rodillas. ¡Oh! ¡perdóname antes que muera!

—¿Y de qué quieres que te perdone? ¿Por qué tengo que perdonarte?

—¡Odoardo, Odoardo! Soy yo quien te dá la muerte. He visto todo; tomé á esa muger por una rival, y no pudiendo vivir ya contigo, contigo quise morir. ¡Dios mio, Dios mio! ¿No hay ninguna probabilidad de salvacion? ¿No hay ningun medio de huir? ¡Ven, Odoardo, ven! ¡Yo tengo fuerza, no temo; corramos!

Cogió á su marido por la mano, y los dos se pusieron á correr como insensatos por las habitaciones de la vacilante vila, lanzándose á todas las puertas, tanteando todas las salidas, y encontrando por todas partes la inexorable lava que crecia sin cesar, impasible, devoradora, y chocando ya en las paredes esteriores, que sacudia con sus mortales embates.

Lia habia caido de rodillas, no pudiendo andar ya mas. Odoardo la habia cogido en sus brazos y la llevaba de balcon en balcon, gritando, pidiendo socorro. Pero todo socorro era imposible; la lava continuaba subiendo. Odoardo, por un movimiento instintivo, fué á buscar un refugio en la azotea que coronaba la casa: pero alli comprendió realmente que todo habia concluido, y cayendo de rodillas y levantando á Lia por encima de su cabeza, como si hubiese esperado que un ángel bajara á cogerla:

—¡Oh, Dios mio! esclamó, ¡tened piedad de nosotros!

Apenas habia pronunciado estas palabras, oyó los pisos hundirse sucesivamente y caer en la lava. Inmediatamente la azotea vaciló y se precipitó á su vez, arrastrando á uno y otro en su caida. En fin, las cuatro paredes esteriores se inclinaron unas sobre otras como la bóveda de una tumba. La lava continuó subiendo, se elevó sobre las ruinas, y todo desapareció.

II.

EL MUELLE.

Nos quedaban dos sitios esencialmente populares que visitar, los cuales habiamos visto al paso, pero todavía no los habíamos examinado detalladamente: esos dos sitios eran el Muelle y el Mercado Nuevo. El muelle es en Nápoles lo que era el boulevart del Temple en París, cuando en París habia un boulevart del Temple. El muelle es la estancia privilegiada de Polichinela.

Hasta ahora hemos hablado poco de Polichinela. Polichinela es en Nápoles un personage muy importante. Toda la oposicion napolitana se ha refugiado en él, como toda la oposicion romana se refugió en Pasquin. Polichinela dice lo que nadie se atreve á decir.

Polichinela dice que con tres F se gobierna Nápoles. Esta era tambien la opinion del rey Fernando, quien como hemos dicho, no tenia menos imaginacion ni era menos popular que Polichinela. Estas tres F son: *festa, farina, forca*: fiesta, harina, horca. Mil setecientos años antes de Polichinela, habia encontrado César los dos primeros medios de gobierno: *Panem et circenses*. Tiberio fué quien encontró el tercero. A cada uno lo suyo.

Por lo demas, nada habria de admirable en que Polichinela hubiese oido decir aquella frase á César, y hubiese visto practicar el principio al mismo Tiberio. Polichinela se remonta á la mas alta antigüedad; una pintura hallada en Herculano y que data probablemente del reinado de Augusto, retrata rasgo por rasgo ese ilustre personage, por bajo del que

está grabada esta inscripcion: *Civis Atellanus*. Asi que, segun todas las probabilidades, Polichinela era el héroe de los atellanos. Y vengan nuestros grandes señores á vanagloriarse ahora de su nobleza del siglo XII ó del XIII. Ellas son mil quinientos años posteriores á Polichinela. Polichinela podria hacer triple prueba, y tenia tres veces el derecho de subir en los carruages del rey. La primera vez que ví á Polichinela, acababa de proponer alimentar la ciudad de Nápoles con una fanega de trigo durante un año, y esto con una sola condicion. Guardábase sobre ella gran silencio en la plaza pública, porque todos ignoraban cuál era la condicion, y trataban de investigar cuál podia ser. En fin, al cabo de un instante, impacientándose los investigadores, preguntaron á Polichinela, que esperaba con los brazos cruzados y mirando á la multitud con su aire de truan, cuál era aquella condicion.

—¡Y bien! dijo Polichinela, haced salir de Nápoles á todas las mugeres que engañan, y todos los maridos engañados; poned á la puerta á todos los bastardos y á los ladrones, y yo alimento á Nápoles durante un año con una fanega de trigo, y al cabo de un año todavía me quedará mas harina que la que necesite para hacer una galleta de una pulgada de espesor y seis pies de circunferencia.

Esta manera de decir la verdad es acaso un poco brutal, pero Polichinela no se ha afinado nada. Se ha conservado tan buen aldeano de la campiña como Dios le ha hecho, y que es necesario no confundir con nuestro Polichinela, á quien el diablo lleve, ni con el Punch inglés, á quien ahorque el verdugo. No, este muere cristianamente en su cama; ó mas bien, este no muere jamás; es siempre el mismo Polichinela, con su trage, su camisa de algodon, su pantalon de lienzo, su sombrero punteagudo y su media mascarilla negra. El Polichinela de nuestro pais es un ser fantástico, que coloca bocas como nadie, maldiciente, libertino, fanfarron, maton, volteriano, sofista; que pega á su muger, que lucha con la patrulla, que mata al comisario. El Polichinela napolitano es un buen hombre, tonto y astuto á la vez, como se dice de nuestros aldeanos; es holgazan como el ganarelle, gloton como Crispin, franco como Gautier Garguille.

Al rededor de Polichinela, y como planetas que componen su sistema y giran en su órbita, se agrupan el improvisador y el escribiente público.

El improvisador es un grande hombre, seco, vestido con un trage negro raido y reluciente, que le faltan dos ó tres botones por delante y un boton por detrás. Lleva de ordinario un calzon corto que sostiene por encima de la rodilla medias de seda, ó un pantalon colan que va á perderse dentro de unos borceguíes. Su sombrero, lleno de gibas, atestigua los frecuentes contactos que ha tenido con el público, y los lentes que cubren sus ojos, indican que su mirada se ha disminuido por sus lecturas prolongadas. Por lo demas, este hombre no tiene nombre, este hombre se llama el *improvisador*.

El improvisador está arreglado por el reloj de la iglesia de San Egidio. Todos los dias una hora antes de ponerse el sol, desemboca el improvisador por el ángulo del Castillo Nuevo á la strada del Moro, y avanza con paso grave, lento y mesurado, llevando en la mano un libro encuadernado en badana, con la cubierta usada y las hojas abarquilladas. Este libro es el *Orlando furioso* del *divino* Ariosto.

En Italia todo es *divino*: se dice el *divino* Dante, el *divino* Petrarca, el *divino* Ariosto y el *divino* Tasso. Cualquiera otro epíteto seria indigno de la magestad de esos grandes poetas.

El improvisador tiene su público. En cualquier cosa que ese público esté ocupado, sea que ria con los chistes de Polichinela, sea que llore con los sermones de un capuchino, ese público abandona todo para ir á oir al improvisador.

Asi el improvisador es como los grandes capitanes de la antigüedad y de los tiempos modernos, que conocian á cada uno de sus soldados por su nombre. El improvisador conoce á toda su reunion; si le falta un oyente le busca con sus miradas con inquietud; y si es uno de sus *appassionati*, espera á que haya llegado para comenzar, ó vuelve á comenzar cuando llega.

El improvisador recuerda aquellos célebres oradores romanos que tenian constantemente tras de sí una flauta para que les diese el *la*. Su palabra no tiene ni las variaciones del canto, ni la sencillez del discurso. Es la modulacion de la melopea (1). Empieza de un modo frio, en un tono bajo y pesado; pero no tarda en animarse con la accion: Rolando provoca á Ferragus, su voz se eleva hasta adquirir el tono de la amenaza y del reto. Prepáranse los dos héroes; el improvisador imita sus gestos, desenvaina su espada, afianza su escudo. Su espada es el primer palo que encuentra á mano y que arrebata frecuentemente al que está junto á él; su escudo es su libro; porque de tal modo se posee su corazon de su divino *Orlando*, que mientras dure la lucha terrible no necesitará dirigir la vista al testo, el cual por otra parte prolongará él ó acortará segun su fantasía, sin que choque absolutamente nada al genio metromaniaco de los oyentes: entonces es cuando el improvisador es digno de verse.

En efecto, el improvisador se convierte en actor; sea que elija el papel de Rolando ó el de Ferragus, cada uno de los golpes que debe recibir ó dar, los da ó los recibe. Entonces se anima en su victoria, ó se exalta en su derro-

(1) Género de declamacion de los antiguos, que era acompañada de la música. (*N. del T.*)

ta. Vencedor, cae sobre su enemigo, le acosa, le persigue, le derriba, le degüella, le pisotea, levanta la cabeza y triunfa con la mirada. Vencido, acomete, retrocede, defiende el terreno palmo á palmo, asalta á la derecha, asalta á la izquierda, da un salto atrás, invoca á Dios ó al diablo, segun que es en aquel momento pagano ó cristiano, emplea todos los recursos del artificio, todas las astucias de la debilidad; en fin, lanzado por su adversario cae sobre una rodilla luchando aun, se tiende, se doblega, rueda, y viendo al fin que aquella lucha es inútil, presenta la garganta para morir con gracia, como el gladiador galo, antigua tradicion que el anfiteatro ha legado al muelle.

Si es vencedor, el improvisador toma su sombrero, como Belisario su casco, y reclama imperiosamente lo que le es debido. Si es vencido, se acerca á su fieltro, da la vuelta al corro y pide humildemente la limosna: tan impresionables son las naturalezas del Mediodía, y tanta es su facilidad en trasformarse y convertirse en lo que desean ser.

Desgraciadamente como hemos dicho, el improvisador desaparece; nuestros padres le han visto, nosotros le hemos visto, nuestros hijos, si se dan prisa todavía le verán, pero de seguro nuestros nietos no le verán.

No sucede lo mismo con el escribiente público, su vecino. Muchos siglos pasarán todavía sin que todos sepan escribir; y sobre todo, en la fidelísima ciudad de Nápoles. Y aun el dia que todos sepan escribir, ¿no quedará todavía el escrito anónimo, ese veneno que vende el escritor público haciéndose rogar, como el farmacéutico de Romeo y Julieta vendia el arsénico? Por mi parte, solo yo recibo bastantes cartas anónimas para mantener decorosamente con su importe á un escritor público que tenga muger é hijos.

El amanuense que puede anunciar delante de su puesto: *qui si scrive in francesed*, está seguro de su fortuna. ¿Por qué? Averiguadlo, porque yo no lo sé. El idioma francés es el idioma de la diplomacia, es verdad, pero los diplomáticos no cambian sus notas por conducto de los escritores públicos.

Por lo demas, el escritor público napolitano trabaja al aire libre, á la vista de todos, *coram populo*. ¿Es este un progreso ó un atraso en la civilizacion?

Es que el pueblo napolitano no tiene secretos; piensa en voz alta, riñe á gritos, se confiesa á voces. El que sabe el lenguaje del muelle y se pasea una hora al dia por las iglesias, no tiene mas que escuchar lo que se dice en el altar ó en el confesonario, y al fin de la semana estará iniciado en los mas íntimos secretos de la vida napolitana.

¡Ah! olvidaba decir que el escritor público napolitano es caballero, ó al menos que se da este título.

En efecto, preguntad al escritor: siempre es un *galantuomo* que ha sufrido desgracias: dudad de ello, y os enseñará como prueba un resto de redingot de paño.

No se puede esplicar la influencia del paño en el pueblo napolitano: es para él el sello de la aristocracia, el signo de la superioridad. Un *vestito di panno* puede permitirse á vista del lazzaroni, cosas que no aconsejaria intentar á un *vestito di telo*.

Sin embargo, el *vestito di telo* tiene aun una gran superioridad sobre el lazzaroni, el cual generalmente lleva un vestido atmosférico.

III.

LA TUMBA DE VIRGILIO.

Para alternar con nuestros paseos por Nápoles, resolvimos Jadin y yo hacer algunas escursiones en sus inmediaciones. Desde los balcones de nuestra fonda veíamos la tumba de Virgilio y la gruta de Pouzzoles. Mas allá de esta gruta, que Séneca llama una larga prision, estaba el mundo desconocido de los antiguos encantamientos; el Averno, el Aqueronte, la Estigia; y ademas, si se ha de creer á Propercio, Baia, la ciudad de perdicion, la ciudad lujuriosa, que conducia con mas seguridad y mas pronto que ninguna otra ciudad á los reinos sombríos é infernales.

Cogimos nuestro Virgilio, nuestro Suetonio y nuestro Tácito, montamos en el corricolo, y cuando el cochero nos preguntó á donde debia conducirnos, le respondimos con mucha tranquilidad:—A los infiernos. Nuestro cochero partió al galope.

La presunta tumba de Virgilio está situada á la entrada de la gruta de Pouzzoles.

Se sube á la tumba del poeta por un sendero cubierto de zarzas y espinos: es una ruina pintoresca coronada por una verde encina, cuyas raices la abrazan como las garras de una águila. Dícese que en otro tiempo, en el sitio que ocupa la encina, existia un gigantesco laurel que habia nacido allí espontáneamente. A la muerte de Dante murió el laurel; Petrarca plantó otro, que vivió hasta la época de Sannazar. Por último, Casimiro Delavigne plantó el tercero, que no echó ni una rama.... No tenia la culpa el autor de las *Messenianas*; la tierra era ya estéril.

Se baja á la tumba por medio de una escalera medio destruida, entre cuyos escalones brotan gruesos tallos de mirtos; llégase en seguida á la puerta Columbarium, se atraviesa el umbral, y ya se está en el santuario.

La urna que contenia las cenizas de Virgilio permaneció allí, segun se asegura, hasta el

siglo XIV. Un dia se la llevaron á pretesto de ponerla en seguridad: desde aquel dia no ha vuelto á parecer.

Despues de breves instantes de esploracion interior, salió Jadin para hacer un boceto del monumento, y me dejó solo en la tumba. Dirigiéronse entonces mis miradas naturalmente al pasado, y procuré formarme una idea exacta de Virgilio, y de ese mundo antiguo en medio del cual vivia.

Virgilio nació en Andes, cerca de Mántua, el 15 de octubre del año 70 antes de Jesucristo, es decir, cuando César tenia treinta años; y murió en Brindis, en Calabria, el 22 de setiembre del año 19, es decir, cuando Augusto tenia cuarenta y tres.

Conoció á Ciceron, Caton de Utica, Pompeyo, Bruto, Casio, Antonio y Lépido, y era amigo de Mecenas, de Salustio, de Cornelio Nepote, de Cátulo y de Horacio. Fué maestro de Propercio, Ovidio y Tíbulo, los cuales nacieron cuando él terminaba sus *Geórgicas*.

Presenció todo lo que pasó en aquel período, es decir, los mas grandes acontecimientos del mundo antiguo: la caida de Pompeyo, la muerte de César, el advenimiento de Octavio, el rompimiento del triumvirato; habia visto á Caton desgarrándose sus entrañas, á Bruto arrojándose sobre su espada, habia visto á Farsalia, Filipos; debia ver á Actio.

Muchos han comparado ese siglo á nuestro siglo XVII: nada se parece menos, sin embargo: Augusto tenia mas de Luis Felipe que de Luis XIV. Luis XIV era un gran rey; Augusto fué un gran político.

Asi el siglo de Luis XIV no comprende realmente mas que la primera mitad de su vida. El siglo de Augusto comienza despues de Actio, y se estiende en toda la última parte de su existencia.

Luis XIV, despues de haber sido el señor del mundo, muere batido por sus rivales, despreciado por sus cortesanos, maldecido por su pueblo, dejando á la Francia pobre, doliente y amenazada, y llegó á ser algo menos que un hombre, despues de haberse creido algo mas que un dios.

Augusto por el contrario, comienza por los disturbios interiores, las proscripciones y las guerras civiles; despues, muerto Lépido, Bruto y Antonio, cierra el templo de Jano que habia estado abierto sin interrupcion doscientos seis años, y murió casi á la edad de Luis XIV, es verdad, pero dejando á Roma rica, tranquila y feliz; dejando el imperio mas grande que lo habia recibido de manos de César, no abandonando la tierra sino para subir al cielo, no cesando de ser hombre sino para pasar á ser dios.

Hay una gran distancia de Luis XIV descendiendo de Versailles á Saint-Denis en medio de los silbidos del populacho, á Augusto subiendo al Olimpo por la via Appia en medio de las aclamaciones de la multitud.

Conócese á Luis XIV en su desden para con su nobleza, en la altivez para con sus ministros, en el egoismo con sus queridas: dilapilador del tesoro de la Francia en fiestas de que es el héroe, en juegos de que es el vencedor, en espectáculos de que es el dios, siempre rey para su familia como para su pueblo, para sus prosáicos cortesanos como para sus aduladores poetas; no concediendo una pension á Corneille, sino por que Boileau habla de darle las suyas; alejando de él á Racine porque tuvo la desgracia de pronunciar el nombre de su predecesor Scarron: complaciéndose de la herida de la duquesa de Borgoña, la cual en adelante hará con mas regularidad sus viages á Marly; silbando un aire de ópera junto al féretro de su hermano, y viendo pasar delante de él los cadáveres de sus tres hijos sin averiguar quien los ha envenenado, por temor de descubrir los verdaderos culpables en su querida ó en sus bastardos.

¿En qué se semeja á esto, pregunto yo, el estudiante que vá de Apollonia para recoger la herencia de César?

¿Quereis ver á Octavio, ó Turino como entonces se le llamaba? pues pasaremos á César, y de César á Augusto, y vereis si ese triple y sin embargo único personage, tiene un solo rasgo del amante de la señorita de La Valliere, del de madama de Montespan, y del de madama de Maintenon, que tambien es un solo y único personage.

César acaba de caer del Capitolio; Bruto y Casio han sido espulsados de Roma por el pueblo, que la víspera los habian llevado en triunfo; Antonio ha leido el testamento de César que intitula á Octavio su heredero. El mundo entero espera á Octavio.

Entonces es cuando Roma ve entrar en su ciudad á un jóven de veinte y un años escasos, nacido bajo el consulado de Ciceron y de Antonio, el 22 de setiembre del año 689 de la fundacion de Roma, es decir, sesenta y dos años antes de Jesucristo, que nacerá en su reinado.

Octavio no presentaba ninguna de esas señales esteriores del hombre reservado para grandes hechos; era un jóven que todavia lo parecia mas por su corta estatura; porque segun el liberto Julio Marato, por mas que procuraba aparentar mas estatura por medio de las gruesas suelas de sus sandalias, Octavio no tenia mas que cinco pies y dos pulgadas (1). Verdad es que esta era la estatura que habia tenido Alejandro y que debia tener Napoleon. Pero Octavio no poseia ni la fuerza física del vencedor Bucéfalo, ni la mirada de águila del héroe de Austerlitz; tenia por el contrario la tez pálida, cabellos rubios y rizados, ojos claros y brillantes, las cejas uni-

(1) Debe tenerse presente que el autor se refiere á una medida francesa que equivale próximamente á cuatro pies y seis pulgadas de la nuestra. (*N. del T.*)

das, la nariz saliente por arriba y afilada por abajo, los labios delgados, los dientes separados, pequeños y ásperos, y la fisonomía tan dulce y encantadora, que llegará un dia en que al pasar los Alpes, la espresion de esa fisonomía contendrá á un galo que habia formado el proyecto de arrojarle á un precipicio. En cuanto á su apostura, es de las mas sencillas: en medio de esa juventud romana que se acicala, que se pone lunares, que usa una pronunciacion afectada, que se contonea, entre aquellas bellezas, aquellos modelos de elegancia de la época, que se distingue por su cabellera perfumada con esencias, dividida por una raya, y que la tenacilla del peluquero riza dos veces al dia en largos bucles á cada lado de su cabeza; en sus barbas afeitadas con esmero, de modo que no deje á los unos mas que bigotes, á los otros barba corrida; en sus túnicas trasparentes ó purpurinas, cuyas desmesuradas mangas cubririan completamente sus manos si no tuviesen cuidado de levantarlas para que esas mangas al volverse dejen ver sus torneados brazos y sus dedos cubiertos de sortijas, Octavio se hace notar por su toga de lienzo, su laticlavia de lana, y por el simple anillo que lleva en el dedo pulgar de la mano izquierda, y cuyo engaste representa una esfinge. Asi, toda aquella juventud que no comprende la escentricidad del heredero de César que le da un aire plebeyo, niega que sea como se asegura de sangre aristocrática. Octavio era un simple repartidor de tribu, ó á lo mas un rico banquero. Otros van mas allá, y aseguran que su abuelo era molinero, y que lleva aquella sencilla toga blanca únicamente para que no se vean en ella las señales de la harina: *Materna tivi farina*, dice Suetonio; y Suetonio, como todo el mundo sabe, es el Tallemant des Reaux de la época.

Y sin embargo, los dioses han predicho grandes cosas á aquel niño; pero esas grandes cosas, en lugar de contarlas, de decirlas, de hacerse un título de ellas, si no para el amor, al menos para la supersticion de sus conciudadanos, las encierra en sí mismo y las guarda en el santuario de sus esperanzas. Diversos presagios han acompañado y seguido á su nacimiento, y Octavio cree en los presagios, en los sueños y en los augurios. En otro tiempo, los muros de Velletri fueron heridos por el rayo, y un oráculo ha predicho que un ciudadano de aquella poblacion daria un dia leyes al mundo. Otro rumor ademas se ha esparcido, el cual consignaron mas tarde Asclepiades y Mendes en su libro sobre las cosas divinas: Atia, madre de Octavio, estando dormida en el templo de Apolo, fué despertada como por abrazos, y vió con espanto que una serpiente se habia deslizado por su pecho y la envolvia en sus anillos; diez meses despues dió á luz una criatura. No es esto todo: el dia de su alumbramiento, su marido, detenido en casa por aquel suceso, habiendo diferido ir al senado, donde se ocupaban de la conjuracion de Catilina, y esplicando al presentarse en él la causa de su retraso, Publio Nigidio, aunque muy afamado por la veracidad de sus predicciones, hizo le dijese la hora exacta del nacimiento de Octavio, y declaró, que si su ciencia no le engañaba, el dueño del mundo prometido por el antiguo oráculo de Velletri, acababa al fin de nacer.

Hé ahí las señales que habian precedido al nacimiento de Octavio. Hé aqui las que le habian seguido:

Un dia que el niño predestinado, de edad de cuatro años corria en un bosque, se lanzó un águila de la cima de una roca donde habia posado, y le arrebató el pan que tenia en la mano, remontándose en seguida hácia el cielo, volviendo un instante despues llevando al jóven Octavio el pan completamente mojado en agua de las nubes.

En fin, dos años despues, Ciceron acompañando á César al Capitolio, referia conforme iba andando á uno de sus amigos, que habia visto en sueños la noche anterior á un niño de límpida mirada, de dulce fisonomía y cabellos rizados, el cual descendia del cielo por medio de una cadena de oro, y se detenia á la puerta del Capitolio, donde Júpiter le armaba con un rayo. En el momento en que referia este sueño, vió al jóven Octavio, y esclamó que aquel era el mismo niño que habia visto la noche precedente.

Como se ve, habia en todo eso mas promesas que las necesarias para trastornar la cabeza á un jóven; pero Octavio era de esos hombres que jamás han sido jóvenes, y á quienes jamás se les trastorna el juicio. Era una imaginacion tranquila, reflexiva, astuta, incomprensible y hábil que no se dejaba arrastrar por los primeros impulsos de su cabeza ó de su corazon, sino que los sometia siempre al análisis de su interés y á los cálculos de su ambicion. De ninguno de los partidos que se habian sucedido hacia cinco años desde que habia vestido la toga viril, habia adoptado el color; lo que le constituia en una escelente posicion, puesto que cualquiera que fuese el partido que adoptase, no tenia que romper su porvenir con su pasado. Mas dichoso, pues, que Enrique IV en 1593 y que Luis Felipe en 1830, no habia contraido compromisos, y se encontraba haciendo abstraccion de la gloria pasada, lo cual era una ventaja mas en su favor, casi en la misma situacion en que se encontraba Bonaparte el 18 de brumario.

Como entonces habia dos partidos, pero dos partidos que aunque llevaban los mismos nombres, no tenian ninguna analogía con los que existian en Francia en 99; porque en aquella época, el partido republicano, representado por Bruto, era el partido aristocrático; y el partido realista, representado por Antonio, era el partido popular.

Entre aquellos dos hombres era, pues, pre-

ciso que Octavio apareciese creando un tercer partido, ó sirviéndonos de una frase moderna, un partido del justo medio.

Digamos una palabra acerca de Bruto y Antonio.

Bruto tiene treinta y tres ó treinta y cuatro años; es de una estatura ordinaria, lleva los cabellos cortos, la barba cortada á la longitud de media pulgada, su mirada es tranquila y orgullosa, y en su frente ha surcado su pensamiento un solo repliegue, al menos asi es como le representan las medallas que ha hecho acuñar en Grecia con el título de *imperator*; ¿lo oís? *Brutus imperator*, es decir, Bruto, general. No tomeis jamás la palabra *imperator* sino en esa acepcion, y no en la que la han dado despues Carlo-Magno y Napoleon.

Prosigamos.

Desciende, por su padre, de aquel Junio Bruto que condenó á muerte á sus dos hijos, y cuya estátua está en el Capitolio en medio de las de los reyes á quienes ha lanzado del trono; y por su madre, de aquel Servilio Ahala, que siendo general de la caballería bajo el mando de Quinto Cincinnato, mató con su propia mano á Spurio Melio, que aspiraba al reino. Su padre, marido de Servilia, fué muerto por órden de Pompeyo durante las guerras civiles entre Mario y Sila; y él mismo es sobrino de aquel Caton que se desgarró las entrañas en Utica. Un rumor popular le hace hijo de César, que habia seducido á su madre con una perla que valia seis millones de sextercios; es decir, mil doscientos francos próximamente. Pero tantas conquistas se le acumulan á César, que es preciso no creer todo lo que de él se dice. Siendo jóven, Bruto ha estudiado la filosofía en Grecia; pertenece á la secta platónica, y ha sacado de Atenas y Corinto esas ideas de libertad aristocrática que formaban la base del gobierno de las pequeñas repúblicas griegas. Oficial del ejército en Macedonia bajo las órdenes de Pompeyo, se hace notar en Farsalia por su gran valor. Gobernador en las Galias por César, se hace notable en la provincia por su severa probidad. Es uno de esos hombres que no obran jamás sin conviccion, pero desde que tienen una, obran siempre; es una de esas almas profundas y retraidas en donde encuentran un tabernáculo los dioses que se alejan de la sociedad; es uno de esos corazones cubiertos de una triple coraza, como dice Horacio, que tienen á la muerte por amiga, y que la ven llegar sonriendo. Vuelta incesantemente la vista hácia las virtudes de las edades antiguas, no ve los vicios de la edad presente; cree que el pueblo continúa siendo un pueblo compuesto de hombres laboriosos; cree que el senado continúa siendo una asamblea de reyes. Su única falta es haber nacido despues del brutal Mario, el galante Sila y el voluptuoso César, en lugar de nacer en los tiempos de Cincinato, de los Gracos ó de los primeros Scipiones. Ha sido fundido todo en bronce en una época en que las estátuas son de barro y oro. Cuando semejante hombre comete un crímen, es á su siglo á quien se debe acusar, y no á él.

Por lo demas, Bruto acaba de cometer una gran falta; ha abandonado á Roma, olvidando que sobre el mismo terreno donde se comenzó una revolucion, es preciso llevarla á cabo.

Antonio es el contraste mas completo que el cielo ha podido poner en oposicion con la figura tranquila, fria y severa que acabamos de dibujar.

Antonio tiene cuarenta y seis años, su estatura es elevada, sus miembros musculosos, su barba espesa, su frente ancha, su nariz aguileña. Pretende descender de Hércules; y como es el mas hábil caballero, el mas fuerte discóbolo (1), el mas rudo luchador que hubo desde Pompeyo, nadie le niega esa genealogía, por mas fabulosa que á algunos parezca. Niño, su mucha belleza ha llamado la atencion de Curion, y ha pasado con él los primeros años de su adolescencia en el desórden y la orgía. Antes de vestir la toga viril, es decir, á los diez y seis años próximamente, ya habia contraido deudas por valor de millon y medio; pero lo que se le atribuye sobre todo, es el cinismo de su intemperancia. Al dia siguiente de las bodas del bufon Hipias, se presentó en la asamblea pública tan lleno de vino, que se ve obligado á detenerse en la esquina de una calle y vomitarlo á la vista de todos, por mas que el bufon Sergio, con quien vive en un comercio infame, y que segun dicen tiene sobre él grande influencia, procurase estender su manto entre él y los transeuntes. Despues de Sergio, su sociedad mas habitual es la cortesana Cyteris, á quien lleva por todas partes en una litera, y á quien da un acompañamiento tan numeroso como el de su propia madre. Cada vez que va al ejército, lo hace con acompañamiento de histriones y flautistas. Cuando se detiene hace levantar sus tiendas orilla de los rios ó á la sombra de los bosques. Si atraviesa una ciudad, es en un carro tirado por dos leones que guia con riendas de oro. En tiempo de paz lleva una túnica estrecha y un manto grosero. En tiempo de guerra, va cubierto de ricas armas que ha podido procurarse para atraer hácia sí los mas rudos golpes y los enemigos mas bravos. Porque Antonio, con la fuerza física ha recibido el valor brutal; lo cual hace que sea un dios para el soldado y un ídolo para el pueblo. Por lo demas, orador hábil en el estilo asiático, con un solo discurso ha espulsado de Roma á Bruto y Casio. Fastuoso y lleno de inconstancia, pretende ser el hijo de un dios, y descendiendo á las veces al nivel del animal, Antonio cree imitar á César remedándole en la guerra y en la tribuna. Pero entre Antonio y César hay un abismo:

(1) Atleta que se ejercitaba en el juego del disco. (*N. del T.*)

Antonio no tiene mas que faltas, César tenia vicios; Antonio no tiene mas que cualidades, César tenia virtudes; Antonio es la prosa, César es la poesía.

Pero por el momento, tal como es, Antonio reina en Roma, porque hay reaccion á favor de César, y Antonio representa á César: él es el continuador del vencedor de las Galias y del Egipto. Vende los cargos, los empleos, hasta los tronos: por veinte mil francos, lo que á la verdad no es muy caro, acaba de dar un diploma de rey de Asia, porque Antonio tiene sin cesar necesidad de dinero. Sin embargo, aun no hace quince dias que ha obligado á la viuda de César á entregarle los veinte y dos millones que habia dejado su marido; verdad es que desde los idus de marzo al mes de abril, ha pagado Antonio deudas por valor de ocho millones; pero como se asegura que ha saqueado el tesoro público, el cual, segun Ciceron, contenia setecientos millones de sextercios, es decir, ciento cuarenta millones de francos próximamente, por muy gastador que sea Antonio, como no ha pagado ninguno de los legados de César, aun debe quedarle un centenar de millones, y un hombre del carácter de Antonio, y que cuenta con cien millones, es un hombre temible.

A propósito, nos olvidábamos de una cosa: Antonio era marido de Fulvia.

He ahí, pues, contra quien debia luchar primero Octavio.

Comprendió éste que el senado votando gracias á Antonio, detestaba tanto mas á aquel grosero señor, cuanto mas cobardemente le obedecia. Octavio se deslizó suavemente en el senado, apellidó á Ciceron su padre, pidió humildemente y obtuvo sin oposicion elevar el gran nombre de César, única porcion de su herencia á que, segun decia, habia aspirado siempre; pagó sin ruido y con su propia fortuna, los legados que César habia dejado á los veteranos, y que Antonio les retenia; representó el papel de ciudadano puro, de patriota desinteresado; rehusó los fasces que le ofrecian, y propuso sin hacerse notar, para honrar á Antonio y darle la ocasion de acabar lo que tan bien habia comenzado, enviarle á espulsar á Decio Bruto de la Galia Cisalpina. Antonio, gozoso de librarse de las enérgicas reclamaciones de los herederos de César, parte prometiendo llevar á Decio Bruto atado de pies y manos: apenas ha partido, el senado respira. Entonces ve Octavio que ha llegado el momento: declara que cree á Antonio enemigo de la república, pone á disposicion del senado un ejército que ha comprado, sin que nadie dude de ello, con su propio peculio. Entonces el senado entero se levanta contra Antonio. Ciceron abraza á Octavio y propone nombrarle gefe de aquel ejército; y como esta proposicion causa alguna admiracion, *Ornandum tollendum*, dijo dirigiéndose hácia las cabezas encanecidas del senado. Juego de palabras que entiende Octavio, y que costará la vida al que le emplea. Pero Octavio rehusa; es débil de cuerpo, ignorante en materia de guerra; quiere dos colegas para no tener ninguna responsabilidad; y á peticion suya, un decreto del senado nombra sus adjuntos á los cónsules Hirtius y Pansa.

Antonio ha sido enviado para combatir á Decio Bruto; Octavio es enviado para defender á Decio Bruto contra Antonio.

Era este un consejo de abogado: tambien venia de Ciceron. Asi se perdian á la vez Octavio y Antonio: Antonio poniendo de manifiesto todas sus infamias; Octavio enviándole al socorro de uno de los asesinos de su padre.

Pero paciencia; Octavio no se llama ya Octavio: un decreto del senado le autoriza á llamarse César.

Dejemos, pues, á un lado al niño; ved ahí el hombre que empieza.

Los dos ejércitos se encuentran: Antonio es vencido: los dos cónsules Hirtius y Pansa son muertos en la pelea, no se sabe por quién; mas como una herida leve podria no ser mortal, y es preciso que mueran, los dos han sido heridos con espadas envenenadas. Solo César está sano y salvo: César está demasiado doliente para batirse; César ha quedado en su tienda mientras se batian. Por lo demas, eso mismo hará en Filipos y en Actio: mientras se ganan todas las victorias que consiga, dormirá ó estará enfermo.

No importa: Antonio huye, los cónsules han muerto, y César está á la cabeza de un ejército.

Entretanto Ciceron reina á su vez en Roma: sucede á Antonio, como Antonio ha sucedido á César. El senado tiene necesidad de ser gobernado: poco le importa serlo por un gran político, por un soldado grosero, ó por un hábil abogado.

El senado cree que ha llegado el momento de poner en práctica el equívoco de Ciceron: ya no hay necesidad de aquel *niño*. Asi como el senado trata ahora á Octavio, y le niega el consulado.

Pero como hemos dicho, el niño se hace hombre; Octavio se ha convertido en César. Esperad.

En el momento en que Antonio atraviesa los Alpes huyendo, y en que Lépido, que manda en la Galia, acude á él, llega un enviado de César, que le ofrece á Antonio en su nombre su amistad. Antonio acepta, reservando los derechos de Lépido.

El lugar señalado para la conferencia, fué una isleta del Reno, situada cerca de Bolonia, como mas tarde hicieron en Tilsitt Napoleon y Alejandro. Llegan alli ambos; César por la ribera derecha, Antonio por la ribera izquierda. A cada estremo del puente quedaron trescientos hombres de escolta. Lépido habia visitado de antemano la isla. Napoleon y Alejandro se abrazaron al reunirse; Antonio y César no hi-

cieron lo mismo. Antonio registró á César, César registró á Antonio, temiendo ambos que su contrario tuviese un arma oculta. No hubieran podido hacerlo mejor Roberto Macaire y Bertrand.

Debió ser una escena terrible la que pasó entre aquellos tres hombres, cuando despues de haberse repartido el mundo, reclamó cada uno el derecho de hacer perecer á sus enemigos. Los tres cedieron de su parte: Lépido la cabeza de su hermano, Antonio la de su sobrino. César rehusó ó fingió rehusar durante tres dias la de Ciceron; pero Antonio se mantenia firme; Antonio amenazaba con un rompimiento completo si no se le concedia. Antonio brutal y tenaz, era capaz de hacerlo como decia: César no quiso indisponerse por tan poco; quedó resuelta la muerte de Ciceron. Yo intentaria describir esa escena si Shakespeare no la hubiese escrito.

Tres dias se pasaron, durante los cuales se conferenció de ese modo. Al cabo de tres dias la lista de los proscritos ascendia á dos mil trescientos nombres: trescientos nombres de senadores, dos mil de caballeros.

Entonces se redactó una arenga. Apiano nos ha dejado esta arenga traducida en griego. Todos esos preparativos hostiles, decian los triumviros, eran dirigidos contra Bruto y Casio; solo que los tres nuevos aliados, marchando contra los asesinos de César, no querian, decian, dejar enemigos tras de sí.

Luego se pensó en unir todavía mas á Antonio y César por una alianza matrimonial. Los matrimonios han sido en todos tiempos la gran sancion de los convenios políticos. Luis XIV casó con una infanta de España; Napoleon con María Luisa; César con una hijastra de Antonio, prometida á otro. Mas tarde Antonio se casará con una hermana de Augusto; verdad es que ese doble matrimonio no impedirá la batalla de Actio.

Entretanto, el rumor de la reunion de César, de Antonio y Lépido se difunde por toda Italia: Roma se conmueve, el senado tiembla; Ciceron pronuncia discursos que el senado aplaude, pero que no le tranquiliza. Los unos proponen defenderse, los otros huir; Ciceron continúa hablando sobre las eventualidades de la fuga y las de la defensa, pero no se decide ni á huir ni á defenderse, en este tiempo, los triumviros entran en Roma.

Ved á Plutarco, *In Cicerone*.

Ciceron murió mejor que hubiera debido esperarse de un hombre que habia pasado su vida ejerciendo la abogacía. Vió que no podia ganar el bagel en que esperaba embarcarse; hizo detener su litera, prohibió á sus esclavos le defendiesen, sacó la cabeza por la portezuela, estendió su garganta y recibió el golpe mortal.

Antonio habia pedido su cabeza para su muger; lleváronle pues aquella cabeza á Fulvia. Fulvia desprendió de sus cabellos un alfiler y picó con él la lengua. Luego clavaron aquella cabeza por encima de sus dos manos, en la tribuna de las arengas.

Al dia siguiente llevaron otra cabeza á Antonio. Antonio la tomó; pero por mas que la miró por todos lados no la reconoció.—Esto no me corresponde, dijo, llevad esta cabeza á mi muger. En efecto, era la cabeza de un hombre que se habia negado á vender su casa á Fulvia. Fulvia hizo clavar la cabeza á la puerta de la casa.

Durante ocho dias duró el degüello en las calles, y la sangre corrió en arroyos por Roma. Veleyo Patérculo escribió á este propósito cuatro líneas que pintan de un modo horroroso aquella época terrible: «Hubo, dice, mucha abnegacion en las mugeres, bastante en los libertos, algo en los esclavos, pero nada en los hijos.» En seguida añade con esa sencillez de la antigüedad que hace estremecer: «Verdad es que la esperanza de heredar que todos concebian, hacia insoportable el esperar.»

Al sétimo ú octavo dia de esa matanza, fué cuando Mecenas, viendo á César apegado á su silla de perseguidor, le hizo entregar una hoja de sus tablillas con estas dos palabras escritas de lápiz: «Levántate, verdugo.»

César se levantó, porque no obraba por odio ni encarnizamiento; proscribia porque creia útil proscribir. Cuando recibió las dos palabras de Mecenas, hizo una señal con la cabeza y se levantó. Mecenas se honró con la clemencia de César. Mecenas se engañaba: César se formaba su cálculo, y el impasible aritmético no pedia ya mas.

Volvamos los ojos hácia Bruto y Casio, y veamos lo que hacen.

Bruto y Casio están en Asia, donde exigen de una vez el tributo de diez años; Bruto y Casio están en Tarses, que oprimen con una contribucion de mil quinientos talentos; Bruto y Casio están en Rodas, donde hacen degollar cincuenta de los principales ciudadanos, por que se niegan á pagar una contribucion imposible. Es que necesitan millones Bruto y Casio para sostener el impopular partido que han adoptado, y para tener bajo sus águilas republicanas las veteranas legiones realistas de César.

De modo que los gritos de los pueblos que arruina son para Bruto un remordimiento incesante. Ese remordimiento es el mal genio que aparece en sus sueños; es el espectro que ha visto en Xanto y que volverá á ver en Filipos.

Leed en Plutarco ó en Shakespeare, donde os plazca, las últimas conversaciones de Bruto y Casio. Ved á esos dos hombres separarse una noche apretándose una mano con grave sonrisa, y diciéndose que vencedores ó vencidos, no tienen por que temer á sus enemigos. Es que César y Antonio están allí. Es que aquella es la víspera de la batalla de Filipos.

Es que el espectro que persigue á Bruto ha reaparecido ó va á reaparecer.

En efecto, al dia siguiente á la misma hora, Casio habia muerto, y dos dias despues se le habia reunido Bruto. Un esclavo, á quien se hizo liberto por este último servicio, habia dado muerte á Casio: Bruto se habia arrojado sobre la espada que le tendia el retórico Straton.

Causa admiracion esa muerte tan pronta de Bruto y Casio, y se olvida que los dos habian apresurado su fin.

Los dos triunviros habian sido fieles á su carácter. Decimos los dos triunviros, porque ya no se trata de Lépido. Antonio habia combatido como un simple soldado. César, enfermo, habia permanecido en su litera, diciendo que un dios le habia advertido en sueños velase sobre él.

Terminado el combate, descartado Lépido, era preciso volver á hacer la particion del mundo. Antonio tomó para sí el inagotable Oriente; César se contentó con el Occidente agotado.

Los dos vencedores se separan: el uno para ir á apurar todas las delicias de la vida con Cleopatra: el otro para volver á Roma á luchar contra el senado, que al fin comienza á comprenderle; contra ciento setenta mil veteranos de los que cada uno reclama un terreno y veinte mil sextercios que le ha prometido, contra el pueblo en fin, que pide pan, reducido al hambre por Sexto Pompeyo que domina el mar de Sicilia.

Dejad pasad ocho años, y los veteranos estarán pagados, ó al menos creerán estarlo, y Sexto Pompeyo será destrozado y se verá fugitivo, y los graneros públicos rebosarán de harina y de trigo.

¿Cómo habia verificado César todo eso? echando la responsabilidad de las proscriciones sobre Antonio y Lépido; negándose á recibir los triunfos que le habian ofrecido, y fingiendo llenar las funciones de un simple prefecto; hablando siempre á nombre de la república, por la que obra, y que va incesantemente á restablecer; en fin, segun el deseo de los soldados, dando su hermana Octavia como esposa á Antonio: Fulvia habia muerto en un acceso de cólera.

Por lo demas era Antonio un terrible galanteador y en todo tenia que probar que descendia de Hércules: se habia casado con Fulvia, acababa de casarse con Octavia; iba á casarse con Minerva; en fin, debia terminar por casarse con Cleopatra.

Este último matrimonio provocó un rompimiento; hacia largo tiempo que César aguardaba una ocasion para desembarazarse de su rival; esta ocasion acababa de proporcionársela Antonio. Cleopatra habia tenido de César, ó de Sexto Pompeyo, no se sabe á punto fijo de cual de los dos, un hijo llamado Cesarion. Antonio, al casarse con Cleopatra, habia reconocido á Cesarion como hijo de César, y le habia prometido la sucesion de su padre, es decir, la Italia, mientras que distribuia á los otros hijos de Cleopatra, Alejandro y Ptolomeo, á Alejandro la Armenia y el reino de los Partos, que á la verdad todavia no se habia conquistado, y á Ptolomeo, la Fenicia, la Siria y la Cilicia.

Roma y Octavio, pedian, pues, á un tiempo venganza contra Antonio. La causa de César se convertia en causa pública; asi jamás se emprendió guerra mas popular.

Por otra parte todos los que llegaban de Oriente referian cosas estrañas. Despues de haberse hecho sátrapa, Antonio se hacia dios. Se llama á Cleopatra *Isis*, y á Antonio *Osiris*. Antonio prometia á Cleopatra hacer de Alejandría la capital del mundo cuando hubiera conquistado el Occidente; entretanto hacia grabar la cifra de Cleopatra en el escudo de sus soldados, y hacia un llamamiento á sus dioses egipcios contra los dioses del Tiber:

Omnigenumque Deum monstra et latrator Anubis
Contra Neptumme et Venerun contraque Minervam,

dice Virgilio que no habia incluido á Minerva solo por el metro, sino tambien como temiendo que vengá su propia injuria. Minerva era, como se recordará, una de las cuatro mugeres de Antonio; se habia casado con ella en Atenas, y habia obligado á los atenienses á que le pagasen mil talentos para su dote, es decir, seis millones de francos.

¿No es cierto que era aquella una estraña sociedad? pero no os admireis, vereis otras cosas muy estrañas en tiempo de Neron.

Era la tercera vez, en un cuarto de siglo, que el Oriente y el Occidente iban á encontrarse en Grecia y á arrojar un nuevo título de victoria y de desastre en aquella eterna serie de acciones y reacciones que duraba desde la guerra de Troya.

Reinaba un profundo terror en Roma: Roma no tenia mucha confianza en César como general, sabia por el contrario de lo que era capaz Antonio una vez armado: ademas Antonio llevaba consigo cien mil hombres de á pie, doce mil caballos, quinientos navíos, cuatro reyes y una reina.

Todavía se contaban ciento veinte á ciento treinta mil judíos, árabes, persas, egipcios, medos, tracios y paflagones que marchaban á la retaguardia del ejército; pero con esos no contaba, no eran soldados romanos.

César tenia próximamente cien mil hombres y doscientos bageles. No reunia, pues, entre navíos y soldados la mitad de la fuerza de su adversario.

La fortuna estaba por Octavio; ó mas bien el destino cambia aqui de nombre y se convierte en la Providencia: era preciso reunir el Occidente y el Oriente bajo una mano poderosa que obligase al mundo á hablar un solo idio-

ma, á obedecer una sola ley, á fin de que al nacer Jesucristo (Jesucristo iba á nacer) encontrase al universo preparado á escuchar su palabra. Dios dió la victoria á César.

Sabidos son todos los detalles de aquella gran batalla; como Cleopatra, la diosa del materialismo oriental, huyó de repente con sesenta bageles aunque ningun peligro la amenazaba; como Antonio la siguió abandonando su ejército; como se volvieron á Egipto para morir ambos: Antonio se mata arrojándose sobre su espada; Cleopatra no se sabe con certeza de que modo: Plutarco cree que haciéndose morder por un áspid.

En esta ocasion no habia medio de librarse del triunfo: por fuerza ó por voluntad era preciso que César dejase obrar. El senado se presentó en corporacion ante él á las puertas de Roma; pero fiel á su sistema, no aceptó César mas que una parte de lo que el senado le ofrecia: á creerle el único precio que pedia por su victoria, era que se le desembarazase del peso del gobierno. El senado se arrojó á sus pies para obtener de él que renunciase á aquella funesta resolucion; pero todo lo que se pudo conseguir fué que César permaneceria todavia durante diez meses encargado de poner en órden los negocios de la república. Verdad es que se mostró César menos tenaz en cuanto á admitir el título de Augusto que el senado le ofreció, y que aceptó sin hacerse mucho de rogar.

Augusto tenia treinta años. En el espacio de nueve que habian trascurrido desde que sucedió á César, habia andado como se ve mucho camino, ó mas bien le habia hecho andar á la república.

Verdad es que estaban muy cansados en Roma de las guerras intestinas, de las proscriciones civiles y de las matanzas de los partidos. Desde Mario y Sila, hacia cerca de sesenta años, no se ejecutaba otra cosa en Roma mas que matar ó ser muerto, tanto que desde un cuarto de siglo era preciso buscar con mucho cuidado y atencion para hallar un general, un cónsul, un tribuno, un senador, un personage notable en fin, que hubiese muerto tranquilamente en su cama.

Habia mas, y es que el mundo estaba arruinado. Se sufren las matanzas, la cruz, el patíbulo; no se sufre la miseria. Los caballeros tenian puestos distinguidos en el teatro, pero no se atrevian á ir á ocupar sus puestos por temor de ser arrestados por sus acreedores; tenian catorce bancos en el Circo, y sus catorce bancos estaban desiertos. Las provincias declaraban que no podian pagar el impuesto: el pueblo no tenia pan. Desde el Occéano Atlántico hasta el Eufrates, desde el estrecho de Cádiz al Danubio, ciento treinta millones pedian limosna á Augusto.

¿Quién, pues, en semejantes circunstancias hubiera tenido siquiera la idea de oponerse al vencedor de Antonio, que era el único rico y el solo que podia enriquecer á los demas?

Augusto hizo tres partes de sus inmensas riquezas, que habia cuadruplicado con el tesoro de los Ptolomeos: la primera para los dioses, la segunda para la aristocracia, la tercera para el pueblo.

Júpiter Capitolino obtuvo diez y seis mil libras de oro; trece mil mas que le habia quitado César; y ademas diez millones de nuestra moneda actual en piedras y alhajas.

Tocáronle á Apolo seis trípodes de plata fundidas de nuevo, y cuyo metal era de las propias estátuas de Augusto.

En fin, como las ciudades enviaban de todas las provincias coronas de oro al vencedor, el vencedor las repartió entre los demas dioses.

Los dioses quedaron contentos.

Augusto se ocupó entonces de la aristocracia.

Los legados de César se pagaron por completo. Todo el que tenia un nombre, ó se habia hecho uno, recibió socorros; la aristocracia entera se hizo pensionista de Augusto.

La aristocracia quedó satisfecha.

Faltaba el pueblo.

Los predecesores de Augusto le habian dado espectáculos, Augusto le dió pan. Llegó el trigo en abundantes cargamentos del mar Negro, de Egipto y Sicilia; en menos de tres meses se esparció un bienestar sensible hasta en las últimas clases de la poblacion.

El pueblo gritó: ¡viva Augusto!

Entonces, como le quedaban todavia cerca de dos mil millones, lanzó á la circulacion esa enorme masa de metálico: el interés estaba á 12 por 100, bajó al 4; las tierras estaban despreciadas, triplicaron y cuadruplicaron de valor.

En seguida se volvió á su casita del Monte Palatino, casa toda de piedra, pero sin mármoles, sin pinturas, sin pavimentos de mosáico; casa que habitaba en estío como en invierno, y que no encerraba mas que una cosa de valor, la pequeña estátua de oro de la Fortuna del imperio.

Verdad es que habiéndose quemado esa casa diez y ocho años despues, es decir, hácia el año 748 de Roma, Augusto la reedificó haciéndola mas cómoda, mas elegante y mas bonita.

Allí fué donde Augusto vivió todavia cuarenta y seis años, suplicando sin cesar al pueblo le retirase la pesada carga del gobierno, y sin cesar obligado por él á aceptar nuevos honores, habiendo dicho que no era mas que un simple ciudadano como los demas; incomodándose cuando se le llamaba señor, repitiendo que sus nombres eran Cayo Julio César Octaviano, y que no queria ser llamado con ningun otro nombre, le fué preciso resignarse á ser príncipe, gran pontífice, cónsul y regulador de las costumbres con carácter de perpetuidad. Quisieron nombrarle tribuno, pero él

habia hecho observar que en su cualidad de patricio no podia aceptar aquel cargo. Entonces en vez del tribunado, recibió el poder tribunicio. A la verdad bien podia ser aquello un juego de palabras, pero Augusto tenia algo de abogado, y probablemente por eso llegó Salustio á ser tan amigo suyo.

De este modo todo el mundo estaba contento en Roma. Los cesarianos tenian un rey, ó al menos una cosa que hacia sus veces. Los republicanos oian hablar sin cesar de la república, y ademas el S. P. Q. R. estaba en todas partes, en las águilas, en los fasces, en la misma casa del príncipe. En fin, los poetas, los pintores, los artistas tenian á Mecenas, á quien Augusto habia trasmitido sus plenos poderes, y que se encargaba de asegurarle aquella *aurea mediocritas* tan alabada por Horacio.

En medio de todos esos honores, Augusto permanecia siempre el mismo: trabajando seis horas al dia, comiendo pan moreno, higos y peces; jugando á las nueces con los mozalvetes de Roma, y yendo vestido con telas hiladas por su muger ó por sus hijas, á ser testigo de un veterano soldado de Actio.

Hemos dicho que su casa del Monte Palatino se quemó hácia el año 748. Apenas se supo aquel accidente, los veteranos, las decurias, las tribus, reunieron por suscricion una suma considerable, porque querian que aquella casa, reedificada á espensas del público, atestiguase el amor general al emperador. Augusto hizo acudir unos despues de otros á todos los suscritores, y por no decir que no admitia su ofrenda, tomó de cada uno de ellos un dinero.

En seguida, despues de tocar el turno sucesivamente á los dioses, á la aristocracia, al pueblo, al tesoro, llególe su vez á Roma. La ciudad republicana era sucia, estrecha y sombría. El *Forum anticuum* era ya muy pequeño para la poblacion siempre creciente de la reina del mundo; el forum de César se llenaba los dias festivos; Augusto hizo edificar un tercer forum entre el Capitolino y Viminal, un templo á Júpiter Tonante en el Capitolio, un templo á Apolo en el Monte Palatino, el teatro de Marcelo en el campo de Marte; en fin, los pórticos de Livia y de Octavia, y la basílica de Lucio y de Cayo. No es eso todo; al mismo tiempo que los obeliscos egipcios se elevaban sobre las plazas, que magníficos caminos partiendo de la *meta sudans* se dirigian á todas partes del mundo como los rayos de una estrella, que sesenta y siete leguas de acueductos y canales llevaban diariamente á Roma dos millones trescientos diez y nueve mil metros cúbicos de agua, que Agrippa al construir su panteon distribuia en quinientas fuentes, en ciento setenta recipientes y en ciento treinta juegos de agua, Balbo edificaba un teatro, Filipo museos, y Pollion un santuario á la libertad.

Así al presidir aquellos inmensos trabajos, Augusto sentia uno de esos movimientos de orgullo que rara vez se permitia en público.

—Ved esa Roma, decia, la encontré de ladrillo, y la vuelvo de mármol.

Augusto gozó una de esas prolongadas existencias que el cielo reserva á los fundadores de monarquía. Tenia setenta y seis años cuando un dia que navegaba entre las islas arrojadas en medio del golfo de Nápoles como canastillos de flores y verdura, fué acometido de un dolor bastante fuerte que le hizo desear detenerse en el puerto mas próximo. Sin embargo, tuvo tiempo para llegar hasta Nola; allí se sintió tan malo, que tuvo que meterse en la cama. Pero lejos de deplorar la pérdida de una existencia tan feliz, Augusto se preparó á la muerte como á una fiesta; cogió un espejo, se hizo rizar los cabellos, se dió colorete; en seguida, como un actor que abandona la escena, y antes de ocultarse tras el bastidor, pide el último aplauso á la sala:

—Señores, dijo volviéndose hácia los amigos que rodeaban su lecho de muerte, responded francamente; ¿he representado bien la comedia de la vida?

No hubo mas que una voz entre los espectadores.

—Si, respondieron á un tiempo; si, ciertamente, perfectamente bien.

—En ese caso, replicó Augusto, batid palmas en prueba de que estais contentos.

Los espectadores aplaudieron, y al ruido de sus aplausos, Augusto se dejó caer suavemente sobre la almohada.

El cómico coronado habia muerto.

Hé aquí el hombre que protegió veinte años á Virgilio; hé aquí el príncipe á cuya mesa se sentó una vez á la semana con Horacio, Mecenas, Salustio, Pollion y Agrippa; hé aquí el dios que le proporcionó aquel dulce reposo elogiado por Titère, y en cuyo reconocimiento el amante de Amarilis promete hacer correr sin cesar la sangre de sus corderos.

En efecto, el talento bondadoso, gracioso y melancólico del Cisne de Mántua, debia agradar esencialmente al colega de Antonio y Lépido. Robespierre, ese otro Octavio de otro tiempo, ese proscritor de peluca empolvada á la mariscala, de chaleco de cotonía y casaca azul flor de romero, á quien feliz ó desgraciadamente (la cuestion no está resuelta todavía) no se dejó el tiempo suficiente para mostrarse bajo su doble aspecto, adoraba las *Cartas á Emilia sobre la mitología*, las *Poesías del cardenal de Bernis* y las *Travesuras del caballero de Boufflers;* los *Yambicos* de Barbier le hubiesen causado síncopes, y los dramas de Hugo ataques de nervios.

Es que, por mas que se diga, jamás es la literatura la espresion de la época, sino por el contrario, y si es permitido usar de la palabra, su palinodia. En medio de los escandalosos desórdenes de la Regencia y de Luis XV, ¿qué se aplaudia en el teatro? los

dramas perfumados de Marivaux. En medio de las sangrientas orgías de la revolucion, ¿quiénes son poetas á la moda? Colin-d'Harleville, Demoustier, Fabre d'Eglantine, Legouvé y el caballero de Bertin. Durante esa grande era napoleónica, ¿cuáles son las estrellas que brillan en el cielo imperial? Mr. de Fontanes, Picard, Andrieux, Besour-Lormian, Luce de Lancival, Parny. Châteaubriand pasa por un iluso, y Lemercier por un loco. Se ridiculiza *El Genio del cristianismo*, se silba á *Pinto*.

Es que el hombre está hecho para dos existencias simultáneas, positiva y material la una, intelectual é ideal la otra. Cuando su vida material está en calma, su vida ideal tiene necesidad de agitacion; cuando su vida positiva está agitada, su vida intelectual necesita de reposo. Si toda la mañana se ha estado viendo pasar las carretas que conducen las víctimas de los tiranos, llámense esos dictadores Sila ó Cromwell, Octavio ó Robespierre, hay necesidad por la tarde de esperimentar sensaciones dulces que hagan olvidar las terribles emociones de la mañana. Es el ánfora perfumada que las matronas romanas respiraban al salir del circo; es la corona de rosas que Neron se hacia poner despues de haber visto incendiarse á Roma. Si por el contrario, se ha pasado el dia en una paz continuada, necesita nuestro corazon, que teme aletargarse en una lánguida tranquilidad, emociones ficticias que reemplacen á las emociones reales, dolores imaginarios que hagan las veces de sufrimientos positivos. Asi despues de aquella batalla decisiva de Filipos, en que el genio republicano acaba de sucumbir bajo el coloso imperial; despues de esa lucha de Hércules y Anteo que ha conmovido al mundo, ¿qué hace Virgilio? Perfecciona su primera égloga. ¿Qué gran pensamiento le acosa en medio de aquel inmenso trastorno? El de pobres pastores que no pudiendo pagar las contribuciones sucesivamente impuestas por Bruto y por César, se ven obligados á abandonar sus fecundos campos y su bella patria:

Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva;
Nos patriam fugimus.

De pobres colonos que emigran, los unos á las tierras del tostado africano, los otros á la fria Scitia:

At nos hinc alli sitientes ibimus Afros;
Pars Scythiam.....

Las de pobres pastores, en fin, llorando, no la libertad perdida, no los lares de arcilla reemplazando á los penates de oro, no el santo pudor republicano velándose el rostro al aspecto de las futuras orgías imperiales de que César ha dado el ejemplo, sino por el sentimiento de no cantar ya, tendidos en una verde caverna, mirando pacer á sus vagabundos corderos el florido citiso y el amargo follage del sauce:

..... Viridi proyectus in antro.
. . . . . .
Carmina nulla canam; non, me pascente, capellæ,
Florentem cytisum et salices carpetis amaras.

Mas acaso es una preocupacion del poeta, acaso esa imaginacion que se ha llamado la Loca de la casa, y que deberia llamarse mucho mejor la Señora de la casa, se dirigiria momentámente, á los dolores campestres y á los lamentos bucólicos; acaso los grandes acontecimientos que van á sucederse arrancarán al poeta á su preocupacion errante por las selvas. He aqui que se aproxima Actio; he aqui que el Oriente se levanta una vez mas contra el Occidente; he aqui el materialismo y el espiritualismo que vienen á las manos; he ahí, en fin, que llega el dia en que decidirá la cuestion entre el politeismo y el cristianismo; ¿qué hace Virgilio, qué hace el amigo del vencedor, qué hace el príncipe de los poetas latinos? Canta al pastor Aristeo, canta á las abejas estraviadas, canta á una madre consolando á su hijo de que sus colmenas están desiertas, y no teniendo nada mas que preguntar á Apolo que como con la sangre de un toro pueden crearse nuevos enjambres.

Y no se crea que escogemos al acaso y que tomamos una época por otra, porque Virgilio como si temiera verse acusado de mezclarse en las cosas públicas de otro modo que para alabar á César, él mismo se toma el cuidado de decirnos en qué época canta. Es cuando César lleva la gloria de sus armas hasta el Eufrates:

..... Cæsar dium magnus ad altum
Fulminat Euphratem bello, victorque volente
Per populos dat jura, viamque affectat Olympo.

Pero asi que César cierra el templo de Jano, que Augusto por segunda vez da la paz al mundo, entonces Virgilio se hace belicoso; entonces el poeta bucólico empuña la trompa del guerrero, entonces el cantor de Palemon y de Aristeo, va á referir los combates del héroe que partiendo de las costas de Troya, toca el primero las playas de Italia; él pintará, á Héctor arrastrado nueve veces por Aquiles al rededor de los muros de Pérgamo, que rodea nueve veces con un surco de sangre; describirá al anciano Príamo degollado á la vista de sus hijas, y cayendo al pie del altar doméstico maldiciendo sus impotentes divinidades, que no han sabido proteger ni el reino ni el rey.

Y tanto como Augusto le ha amado por sus cantos pacíficos durante la guerra, tanto le amará por sus belicosos cánticos durante la paz.

Asi, cuando Virgilio muera en Brindis, Augusto ordenará derramando lágrimas, que

sus cenizas sean trasportadas á Nápoles, á cuya mansion sabia era aficionado su poeta favorito.

Acaso el mismo Augusto habia ido á ver aquella tumba, á donde yo iba á mi vez, y habia descansado en el mismo sitio en donde, descansando yo, habia visto pasar ante mis ojos toda aquella gigantesca historia.

Y sin embargo, ¡he ahí una ilusion que un desventurado sabio quiso arrebatarme, diciéndome que *acaso* no era aquella la tumba de Virgilio!

IV.

LA GRUTA DE POUZZOLES.—LA GRUTA DEL PERRO.

Mientras duraba esa esploracion, nuestro cochero, á quien fastidiaba nuestra prolongada ausencia, habia entrado en una taberna para distraerse. Cuando volvimos á bajar hácia Chiaja, le encontramos ébrio como hubieran podido estarlo Horacio ó Galo. Esta ligera infraccion de las reglas de la temperancia, recayó sobre nuestros pobres caballos, que escitados por el látigo de su amo, nos llevaron á triple galope á la gruta de Pouzzoles. Nos pareció oportuno decir que queríamos detenernos á la entrada de aquella gruta y atravesarla en toda su longitud: nuestro automedonte, que creia su honra comprometida en probarnos, por la manera rozagante con que nos conducia, que no estaba beodo, redobló los golpes, y desaparecimos por la ancha abertura como si fuésemos arrastrados por un torbellino.

Desgraciadamente, apenas habíamos caminado cien pasos por aquel corredor del infierno, chocamos con un carro. El cochero, que iba de pie detrás de nosotros, saltó por encima de nuestras cabezas, y nosotros por encima de las de los caballos. Cayeron estos al suelo; una rueda del corrícolo continuó su rotacion, mientras la otra, enganchada en el cubo de las ruedas del carro, se detuvo con el resto del carruage. Creí que nos habíamos aplastado. Felizmente el dios de los ébrios, que velaba por nuestro cochero, se dignó estender su proteccion hasta nosotros, por mas indignos que fuésemos de ella: nos levantamos sin un arañazo: solo las guarniciones del bilancino estaban rotas. Se recordará que el bilancino es el caballo que galopa junto al de varas.

Nuestro conductor nos hizo saber que necesitaba un cuarto de hora para volver á poner en órden su tren; se lo concedimos con tanta mas voluntad, cuanto que necesitábamos nosotros el mismo tiempo para visitar la gruta.

En los tiempos de Séneca, en que no habia caminos de hierro, y en que por consecuencia no se horadaban las montañas, sino que se pasaba sencillamente por su cima, la gruta de Pouzzoles era una gran curiosidad. Asi que les llamaba la atencion una cosa que en nuestros dias haria el mas ignorante ingeniero de puentes y caminos, y poetizando aquella especie de cueva, que no es buena ni para conservar vino, la llama una larga prision, y diserta acerca de la fuerza involuntaria de las impresiones. Por lo que respecta á nosotros, yo no sé si la cabriola que acabábamos de dar habia alterado nuestra imaginacion; pero, sin ofender á Séneca, no nos impresionó otra cosa, que el insoportable olor á aceite que despedian los sesenta y cuatro reverberos encendidos en aquella inmensa gazapera.

A pesar de sus sesenta y cuatro reverberos, hay tal oscuridad en la gruta de Pouzzoles, que únicamente guiados por la vinosa voz de nuestro cochero conseguimos encontrar nuestro corrícolo. Montamos en él; nuestro cochero subió detrás, y como para probar á nuestros desventurados caballos que no era á él á quien le faltaba la razon, se estrenó con el latigazo mas magnífico que jamás han recibido caballos, desde los corceles de Aquiles, que tan tiernamente lloraron á su amo, hasta las mulas de don Miguel, que faltó poco para que irrespetuosamente desnucasen al suyo.

El bilancino y el caballo de tronco, dieron un salto que á poco mas descuaderna el carruage; pero con gran admiracion nuestra, y aunque los dos parecia que hacian inauditos esfuerzos para cumplir con su deber, no nos movimos del mismo sitio.

Redobló el cochero la dósis, acompañando esta vez el chasquido del cuero con ese silbido ténue de los cocheros italianos, y con el que parece galvanizan sus caballos. Los nuestros, con aquella doble amonestacion, redoblaron sus saltos y su piafar, pero no dieron un paso ni adelante ni atrás.

Sin embargo, como segun todas las reglas de la dignidad humana, jamás deben ceder los animales de dos pies ante los animales de cuatro patas, empeñase nuestro hombre y largó á su tiro el tercer latigazo, acompañando este latigazo con un juramento capaz de hendir el Paussilipo. La impresion que sufrieron los desgraciados cuadrúpedos fué grande; se encabritaron, relincharon, se movieron á la derecha, á la izquierda; pero ni un solo paso adelante, no habia que pensar en eso.

Evidentemente se encerraba alli algun misterio. Detuve el brazo á Gaëtano, levantado ya para descargar el cuarto latigazo, y le dije se asegurase por el tacto de las causas que nos encadenaban en nuestro sitio; porque no habia que tratar de emplear la vista. Gaëtano quiso negarse y pretendió que los caballos

debian partir y que partirian. Pero yo tambien insistí á mi vez diciéndole, que si añadia una palabra mas le enviaria á pasear con su carruage. Gaëtano, amenazado en sus intereses pecuniarios, se apeó.

A los pocos instantes, le oimos lanzar suspiros, despues lamentos, y por último sollozos.

—¡Y bien! le pregunté, ¿qué hay?

—*Oh, eccellenza.*

—Adelante.

—¡*O malora*!

—¿Cómo?

—*Ho perduto la testa del mio cavallo.*

—¡Cómo! ¿habeis perdido la cabeza de vuestro caballo?

—¡*L'o perduta*!

Y los lamentos y sollozos volvieron á comenzar.

—¿Y de cuál de los dos, habeis perdido la cabeza? pregunté riendo á carcajadas.

—*Del povero bilancino, eccellenza.*

—Ese miserable es difunto de taberna, dijo Jadin.

—¡Y bien! pregunté despues de un momento de silencio, ¿ha parecido?

—*O non si trovera piú.... ¡mai! ¡mai! ¡mai!*

—Vamos á ver, esperad, voy á buscarla yo mismo.

Me bajé del corricolo; dí á tientas la vuelta al rededor del tiro, y encontré á mi hombre que apretaba desesperadamente entre sus brazos la grupa de su caballo. Le habia enganchado al revés.

Compréndese el resultado natural de esta combinacion. á cada nuevo latigazo, el caballo de varas tiraba hácia el Norte y el bilancino hácia el Mediodía. Ahora bien, como es una regla invariable que dos fuerzas iguales opuestas una á otra se equilibran, resultaba que cuanto mayores eran los esfuerzos que hacian nuestros caballos para avanzar, el uno hácia la entrada de la gruta, el otro hácia la salida, mas sólidamente permaneciamos como amarrados en el mismo sitio.

Anuncié á Gaëtano que la cabeza de su caballo estaba encontrada, le presenté la prueba de ello poniéndole la mano sobre ella, y le indiqué que por temor á nuevos accidentes, iríamos á pie hasta la gruta del Perro, donde podia ir á reunirse con nosotros, si podia hacerlo.

Hay no obstante dias en que esa gruta está espléndidamente iluminada, y son los dias de equinoccio; como el sol se pone exactamente por frente de ella, la atraviesa con sus últimos rayos y la dora maravillosamente de uno á otro de sus estremos.

Habiamos hallado tantos embarazos en aquella malhadada gruta, que salimos á la luz con cierto placer. Con el fin, sin duda, de indemnizar al viagero de la pérdida que momentáneamente ha sufrido, la naturaleza, á la salida de aquel largo y sombrío corredor, se presenta graciosa, animada y llena de fantásticos accidentes. Sin embargo, como un sol terrible se desplomaba sobre nuestras cabezas, no nos detuvimos mucho á detallarla, y segun la indicacion de un transeunte, dejando el camino, tomamos una vereda que conduce al lago de Agnano.

La honra de Gaëtano se habia interesado; al cabo de un instante oimos detrás de nosotros el ruido de las ruedas de un carruage y los cascabeles de los dos caballos: era nuestro corricolo y nuestro cochero que iban á buscarnos, el corricolo perfectamente arreglado con ayuda de cuerdas y trapos, y el cochero mas tranquilo.

Como nadábamos en sudor, no nos hicimos rogar para ocupar nuestros puestos; y ahora, gracias á la armonía de nuestro tiro, emprendimos nuestro paso habitual, es decir, fuimos como el viento.

Al cabo de un momento se pusieron á correr dos perros delante de nuestro corricolo, y un hombre subió á la trasera. ¿De dónde salian? Se me figura que de una pobre cabaña situada á la izquierda del camino. De los dos cuadrúpedos, el uno era de color de mahon y el otro negro.

A muy poco, el cuadrúpedo de color de mahon presentó visibles señales de vacilacion. Se detenía, se sentaba, quedaba atrás, despues volvia á caminar, cada vez mas lentamente. Su amo comenzó por silbarle, luego le llamó, y al fin, viendo manifiestas señales de rebelion, se apeó, le ató con el perro negro, y en lugar de volver á subir á la trasera, marchó á pie. Pregunté entonces quiénes eran aquel hombre y aquellos perros; se nos respondió que era el hombre que tenia la llave de la gruta, y los dos perros en que se hacian sucesivamente los esperimentos; es decir, el gran sacerdote y las víctimas.

La palabra sucesivamente me esplicó los recelos del perro rubio y la negligencia del perro negro. El perro negro salia de guardia, el perro rojo estaba de faccion. He aquí por qué el perro rojo queria volverse á todo trance, y por qué le era indiferente al perro negro seguir adelante. A la primera visita de estrangeros cambiaron los papeles.

A medida que nos aproximábamos, redoblaba el terror del desventurado perro rojo. Oponia á su colega una verdadera resistencia; y como eran sobre poco mas ó menos de la misma talla, y por consecuencia de la misma fuerza, y el uno no deseaba mas que obedecer á su amo, mientrás el otro tenia esperanza de librarse de él, muy pronto pudo mas el sentimiento de la propia conservacion que el del deber, y en lugar de ser el perro negro quien continuase tirando del perro rojo hácia la gruta, fué el perro rojo el que comenzó á llevarse al perro negro hácia la casa.

Viendo lo cual el propietario de los dos

animales, juzgó necesaria su intervencion, y se puso en marcha para reunirlos. Pero á medida que se aproximaba á ellos, mientras el perro rojo redoblaba sus esfuerzos para huir, el perro negro, que no estaba bien seguro de haber hecho todo lo que podia por contener á su camarada, daba á su vez señales de vacilacion, de modo que cuando el amo estendió el brazo creyendo que estaban al alcance de su mano, los dos emprendieron un escape volviendo á tomar el camino por donde habian venido.

Púsose el hombre á correr tras de ellos llamándolos; inútil es decir que cuanto mas los llamaba, mas aprisa corrian. No tardaron en desaparecer hombre y perros tras una revuelta del camino.

Milord habia mirado toda aquella escena con una profunda admiracion: al ver aparecer dos individuos de su especie, habia querido arrojarse sobre ellos para devorarlos, pero algunos puntapies de Jadin le habian tranquilizado, y se habia decidido, aunque visiblemente con pesar, á permanecer simple espectador de lo que iba á pasar.

Lo que debia suceder sucedió: los dos perros se detuvieron á la puerta de su perrera. Allí los cogió su amo, ató por el cuello con una cuerda al perro rojo, silbó al perro negro, y diez minutos despues de su desaparicion, le vimos volver precedido del uno y arrastrando al otro.

Ya no habia medio de volverse atrás; era preciso que el desventurado animal sufriese el sacrificio. Al llegar á la puerta de la gruta temblaba todo su cuerpo; abierta la puerta, estaba ya medio muerto. Junto á esta puerta estaban cinco ó seis chicos tan andrajosos, que aparte de la indiscrecion de los vestidos, era muy difícil reconocer su sexo: cada uno tenia un animal distinto en la mano; el uno una rana, el otro una culebra, este un conejo de Indias, aquel un gato.

Estos animales estaban destinados para diversion de los aficionados que no se contentan con el desvanecimiento y quieren la muerte. Los perros cuestan caros para hacerlos morir: me parece que cuatro duros por cabeza, mientras que por un carlino se puede hacer morir la rana, por dos la culebra, por tres el conejo de Indias, y por cuatro el gato. Como se ve, es casi de balde. Sin embargo, un virey, que sin duda no tenia dinero en su bolsillo, hizo entrar en la gruta dos esclavos turcos, y los vió morir gratis.

Todo esto es muy repugnante y cruel, pero es la costumbre. Por otra parte, los animales mueren, es verdad, pero en cambio los amos viven de eso, y hay tan pocas industrias en Nápoles, que hay que ser tolerante con esa necesariamente.

La gruta tendrá tres pies de alto y dos pies y medio de profundidad. Introduje la cabeza en la parte superior, y no sentí ninguna diferencia entre el aire que contenia y la atmosfera esterior; pero recogiendo en el hueco de la mano el aire inferior y llevándole vivamente á mi boca y nariz, sentí un olor sofocante. En efecto, los gases mortíferos no conservan su accion mas que á la altura de un pie desde el suelo próximamente. Mas en esa distancia, en algunos segundos asfixiarian al hombre lo mismo que á los animales.

Le habia llegado su turno al desventurado perro. Su amo le lanzó en la gruta sin que opusiese ninguna resistencia; pero una vez dentro, recobró su energia, saltó, se enderezó sobre sus patas traseras para elevar la cabeza por encima de la mefítica atmósfera que le rodeaba. Pero todo fué inútil; al punto se apoderó de él un temblor convulsivo, volvió á quedar sobre sus cuatro patas, se tamboleó un momento, se tendió, estiró los miembros, los agitó como en la agonía, y en seguida quedó repentinamente inmóvil. Su amo le sacó por la cola fuera del nicho; quedó sin movimiento sobre la arena con la boca abierta y llena de espuma. Le creí muerto.

Pero no estaba mas que desvanecido: muy pronto obró sobre él el aire esterior; inflaronse sus pulmones y alentaron, produciendo un ruido como el de unos fuelles; levantó la cabeza, despues el cuarto delantero, en seguida el trasero, y permaneció un instante vacilante sobre sus cuatro patas como si estuviese ébrio; en fin, reuniendo de repente todas sus fuerzas, partió como un cohete y no se detuvo hasta cien pasos de allí, sobre una colina en cuya cima se sentó, mirando á su alrededor con la mas prudente y nimia atencion.

Creí que aquello era concluido y que su amo no le volveria á coger nunca. Le indiqué mi observacion, pero sonrió con el aspecto de un hombre que quiere decir: —Vamos, vamos, todavía no sois muy fuerte en materia de perros. Y sacando un pedazo de pan de su bolsillo, le enseñó al paciente, quien pareció consultarse algunos segundos, luchando entre el temor y la gula. Venció esta. Se acercó moviendo la cola, y devoró su pitanza, como si hubiese olvidado completamente lo que acababa de pasar.

El perro negro habia mirado aquella operacion gravemente sentado, volviendo la cabeza, y como diciendo para sí como el borracho de Charlet:—He ahí como estaré yo el domingo.

En cuanto á Milord, estaba metido bajo el asiento del corricolo, donde no parecia tener mas que un temor; el de ser descubierto.

Pregunté el nombre de los dos infortunados cuadrúpedos cuya vida estaba destinada á pasarse en perpétuos desmayos: llamábanse Castor y Polux, sin duda á causa de que, semejantes á los dos divinos gemelos, están condenados á vivir y morir por turno.

Tuve intencion de comprar á Castor y Polux. Pero calculé que si les daba la libertad se

harian rabiosos; y que si los conservaba, no dejarian de ser devorados un dia ú otro por Milord.

Decidíme, pues, á no cambiar en nada el órden de las cosas, y á dejar á cada uno la suerte que la naturaleza le habia dado.

En cuanto á la rana, la culebra, el conejo de Indias y el gato, declaramos que no teníamos ninguna necesidad de continuar en ellos los esperimentos, y que el que habíamos hecho con Castor nos bastaba.

Esta decision fué acompañada de un par de carlinos que distribuimos á sus propietarios, para ayudarlos á esperar con paciencia viageros mas ingleses que nosotros.

V.

LA PLAZA DEL MERCADO.

Hemos dicho que el muelle es el boulevart del Temple de Nápoles; *il Mercato* es su plaza de Grève.

En otro tiempo, cuando se ahorcaba en Nápoles, el patíbulo permanecia levantado contínuamente en la plaza del Mercado. Hoy que Nápoles está iluminado de gas, que tiene el piso de asfalto y que guillotina, se levanta y se quita la *mandaja* para cada ejecucion.

Elévase la horrible máquina durante la noche que precede al suplicio, frente á una pequeña calle por la que desemboca el reo, y que se llama por esta razon *vico del Sospiro*, la callejuela del Suspiro.

En esa plaza es donde fueron ejecutados el 29 de octubre de 1268 el jóven Conradino y su primo Federico de Austria. Los cadáveres de ambos jóvenes permanecieron algun tiempo sepultados en el sitio mismo de la ejecucion, y sobre su tumba se construyó una capillita; pero la emperatriz Margarita que llegó allí desde el corazon de Alemania, llevaba tesoros para rescatar de Cárlos de Anjou la vida de su hijo. Era demasiado tarde, su hijo habia muerto. Con el permiso de su asesino empleó sus tesoros en hacer edificar una iglesia. Esta iglesia es la del Carmine.

Si no conduce un guia se empleará mucho tiempo en encontrar aquella tumba por la que, sin embargo, se edificó una iglesia; sin duda la susceptibilidad de Cárlos la relegó al sitio en que se encuentra.

La iglesia del Carmine presenció un milagro incontestable y casi incontestado.

Compré en Roma un libro italiano titulado: *Historia de la vigésima sétima revolucion de la muy fiel ciudad de Nápoles*: esta es la de Masaniello. Con las que han tenido lugar desde 1647, y que es preciso añadir á las revoluciones anteriores, hacen un total de treinta y cinco. Esto no es demasiado para una ciudad fiel.

Una de esas treinta y cinco revoluciones se verificó contra Alfonso de Aragon. Pero Alfonso de Aragon no era tan tonto que abandonase á Nápoles porque Nápoles le abandonara. Hizo acudir galeras de Sicilia y Cataluña, y habiendo puesto sitio á Nápoles, estableció su campo orillas del Sebeto, posicion desde la que comenzó á bombardear á su muy fiel ciudad sublevada. Una de las balas enviadas por él á sus antiguos súbditos, equivocando probablemente el camino, se dirigió á la iglesia del Carmine, atravesó la cúpula, derribó el tabernáculo, y fué en direccion de la cabeza del crucifijo de tamaño natural, que ya antes de aquella época era reconocido como muy milagroso; el crucifijo inclinó la cabeza sobre su pecho, y la bala, pasando por encima, fué á clavarse en la puerta, llevándose únicamente la corona de espinas que tenia ceñida en la cabeza.

Todos los años, al dia siguiente de Navidad, es espuesto el crucifijo á la veneracion de los fieles.

En la plaza del Mercado es donde estalló la famosa revolucion de Masaniello, que se ha hecho tan popular en Francia desde la representacion de la *Mutta di Portici*. Seria, pues, casi ridículo que yo me estendiera hablando de aquella revolucion. Pero como generalmente las óperas no tienen la pretension de ser obras históricas, acaso encontraré qué decir respecto al héroe de Amalfi, cosas olvidadas por mi colega y amigo Scribe.

Hacia tres años era virey el duque de Arcos, y en esos tres años habia visto la ciudad de Nápoles aumentarse los impuestos de tal modo, que el gobernador, no sabiendo sobre qué cosas imponer nuevos tributos, impuso una contribucion sobre las frutas y legumbres, que siendo el principal alimento de los lazzaroni, habian entrado siempre en la ciudad de Nápoles sin pagar ningun derecho. Asi que esta nueva gabela ofendió tanto al pueblo de la muy fiel ciudad, que comenzó á murmurar en voz alta. El duque de Arcos dobló la guardia, reforzó la guarnicion de todos los castillos, hizo entrar en la capital tres ó cuatro mil hombres que estaban repartidos en las cercanías, redobló el lujo en sus trenes, en sus comidas y en sus bailes, y dejó al pueblo murmurar.

Aproximábase el mes de julio, mes en el que se celebra en Nápoles con una devocion y una pompa muy especial, la fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Era costumbre en aquella época y á propósito de aquella fiesta, construir un fuerte en medio de la plaza del Mercado. Este fuerte, sin duda en memoria de los diferentes asaltos que debió sufrir la montaña santa, estaba defendido por una guarni-

cion cristiana y atacado por un ejército sarraceno. Los cristianos estaban vestidos de calzones blancos de tela, y cubrian la cabeza con un gorro encarnado; es decir, que los cristianos llevaban simplemente el trage de los pescadores napolitanos, los cuales en 1647 no habian adoptado todavía la camisa. Los sarracenos iban vestidos á la turca, con anchos pantalones, chaquetas de seda y desmesurados turbantes. El gasto de los trages que llevaban los infieles, no se recordaba por quién habia sido hecho. Conservábanlo con el mayor cuidado, y los combatientes se los legaban de generacion en generacion.

Las armas de sitiadores y sitiados eran largas cañas de Indias con las que se sacudian grandemente sin hacerse mucho daño, y que les proporcionaban en abundancia los terrenos pantanosos de las inmediaciones de Nápoles.

Era costumbre que los que habian de tomar parte en aquel combate, se reunieran desde el mes de junio para ejercitarse. Entonces, amigos y enemigos, cristianos y sarracenos, maniobraban juntos y con la mas perfecta armonía; despues volvian á la ciudad, marchando al paso, llevando sus cañas á modo de fusiles, y alineados como tropas regulares.

El gefe de los cristianos que debia defender el fuerte del Mercado en la fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo del año de gracia de 1647, era un jóven de veinte y cuatro años, hijo de un pobre pescador de Amalfi, y pescador él tambien en Nápoles. Llamábanle Tomás Aniello, y por contraccion Masaniello.

Algunos dias antes el jóven pescador se habia quejado ágriamente de la gabela. Su muger, con quien se habia casado á los diez y nueve años, y á quien amaba mucho, intentando introducir en Nápoles dos ó tres libras de harina ocultas en una media, habia sido sorprendida por los guardas de puertas, puesta en prision y condenada á permanecer alli hasta que su marido hubiese pagado una suma de cien ducados; es decir, de cuatrocientos cincuenta francos de nuestra moneda. Probablemente era mas que lo que su marido hubiera podido reunir trabajando toda su vida.

El odio que Masaniello habia manifestado á los guardas cuando arrestaron á su muger, se estendió una vez dada la sentencia de los guardas al gobierno. Este odio era bien conocido de todos, porque Masaniello decia en alta voz por las calles de Nápoles que se vengaria de una manera ó de otra; y como el pueblo por su parte estaba descontento, sin duda á sus manifestaciones hostiles debió el ser nombrado gefe del mas importante de los dos partidos.

El nombre del otro gefe ha quedado desconocido.

El primer acto de hostilidad de Masaniello contra la autoridad del virey, fué una estraña truhanada. Cuando pasaba con toda su tropa por delante del palacio del gobierno, en cuyo balcon el duque y la duquesa de Arcos habian reunido toda la aristocracia de la ciudad, Masaniello, como para obsequiar á todos aquellos ricos señores y lindas damas que se habian incomodado por él, mandó hacer alto á su tropa, la hizo colocar en una sola línea ante el palacio, dar media vuelta á la izquierda á fin de que los soldados volviesen la espalda al balcon, hizo colocasen las cañas en tierra, y en seguida mandó las volviesen á coger. Este triple movimiento fué ejecutado con una igualdad notable y una originalidad suprema. Las damas dieron grandes gritos, los señores hablaron de castigar á los insolentes que se habian permitido aquella impertinente chanza con una seriedad inalterable; pero como la gente de Masaniello se componia de doscientos mozos elegidos entre los mas vigorosos del muelle, todo quedó en conversacion, y Masaniello y sus secuaces volvieron á entrar en sus casas sin que nadie los inquietase.

El domingo siguiente, dia destinado á otra revista, fueron los dos gefes por la mañana á la plaza del Mercado con sus tropas, á fin de renovar las maniobras de los domingos precedentes. Precisamente era la hora en que los aldeanos de las inmediaciones de Nápoles llevaban sus frutas al mercado. Mientras los dos pelotones se ejercitaban á competencia, trábase una disputa por una cesta de higos, entre un jardinero de Pórtici y un habitante de Nápoles: tratábase del derecho nuevamente impuesto, que no querian pagar ni uno ni otro; decia el vendedor que el impuesto debia satisfacerlo el comprador, y el comprador por el contrario, decia que el impuesto correspondia al vendedor. Como aquella disputa hiciese algun ruido, el pueblo reunido para ver maniobrar á los turcos y cristianos, acudió al sitio en que la discusion tenia lugar, é hizo círculo alrededor de los que disputaban. Distraidos de su ocupacion por las voces que se oian, algunos soldados de los dos bandos abandonaron sus filas para ir á ver lo que pasaba. Como el asunto era importante, hicieron inmediatamente señas á sus camaradas para que acudiesen; no se hicieron repetir estos dos veces la invitacion; se ensanchó entonces el círculo y comenzó á formarse una reunion formidable. En aquel momento el magistrado encargado de la policía, y que se llamaba el elegido del pueblo, llegó, y siendo interpelado á la vez por los ciudadanos y los hortelanos para saber á quien pertenecia pagar el derecho, respondió que cargaba sobre los hortelanos. Apenas contestó aquello, los hortelanos arrojan por el suelo sus cestas llenas de frutas, declarando que mejor quieren darlas de valde al pueblo que pagar aquel odioso impuesto. Inmediatamente el pueblo se precipita, se oprime por coger aquellas frutas, cuando de repente se lanza un hombre por entre la multitud, se abre paso, penetra hasta el centro de la reunion, impone silencio, ca-

llándose todos al oirle, y declara al magistrado que desde aquel momento el pueblo napolitano está decidido á no pagar impuestos. El magistrado habla de medios correctivos, amenaza con hacer acudir soldados. El jóven se baja, coge un puñado de higos, y llenos de polvo se los arroja al magistrado al rostro, retirándose éste en seguida silbado por la multitud, mientras el jóven, deteniendo á los dos bandos, dispuestos á perseguir al fugitivo, se pone á su cabeza, toma disposiciones con la rapidez y la energía de un general consumado, los distribuye en cuatro pelotones, manda á los tres primeros repartirse por la ciudad, destruir todos los cajones donde se cobraba el impuesto, quemar todos los registros de las gabelas, y anunciar la abolicion de todos los impuestos, mientras á la cabeza del cuarto, aumentado con la mayor parte de los que estaban presentes, marcha directamente al palacio del virey. Los cuatro grupos partieron al grito de ¡Viva Masaniello!

En efecto, el jóven que habia pisoteado en un momento la autoridad como un tribuno, que habia dividido su ejército como un general, y dado órdenes al pueblo como un dictador, era Masaniello.

El duque de Arcos se hallaba ya informado de lo que pasaba; el magistrado se habia refugiado á su lado y le habia referido todo. Masaniello y su gente encontraron, pues, el palacio cerrado. La primera intencion del pueblo fué romper las puertas. Pero Masaniello quiso proceder con cierta legalidad. En su consecuencia, hizo intimar al virey se presentase ó enviase alguno en su nombre, cuando se abrió el balcon y apareció el magistrado anunciando que el impuesto sobre las frutas acababa de quitarse. Pero ya no era esto bastanle: la mul itud, reconociendo su fuerza, y viendo que podian hacerle concesiones, se habia hecho exigente. Pidió con desaforados gritos la abolicion del impuesto sobre la harina. El magistrado contestó que iba á saber la respuesta, volvió á meterse dentro, pero no volvió á aparecer.

Masaniello alzó la voz, y con toda la fuerza de sus pulmones anunció que daba al virey diez minutos para decidirse.

Pasados los diez minutos, y no recibiendo respuesta alguna, Masaniello, con aire de emperador, estendió el brazo. En el mismo instante fué derribada la puerta y la multitud se precipitó en el palacio gritando: ¡Abajo los impuestos! rompiendo los espejos y arrojando los muebles por los balcones. Mas al llegar al salon del sólio, aquella multitud se detuvo á una palabra de Masaniello ante el retrato del rey, se descubrió y saludó, mientras, que Masaniello protestaba en alta voz que no era contra la persona del soberano contra quien él se sublevaba, sino contra la mala administracion de sus ministros.

Entretanto el duque de Arcos se habia puesto en salvo por una escalera escusada; habia montado en un carruage y se alejaba á escape en direccion del Castillo Nuevo. Pero reconocido al punto por el populacho, fué perseguido, é iba á alcanzarle, cuando por la portezuela del carruage salieron puñados de ducados. La multitud se avalanzó sobre aquella lluvia de oro, y dejó escapar al duque, quien encontrando levantado el puente del Castillo Nuevo, se vió obligado á refugiarse en un convento de Mínimos.

Allí dió dos decretos; uno que abolia todos los impuestos de cualquier clase que fuesen, el otro que concedia á Masaniello una pension de seis mil ducados, si queria contener al pueblo y hacerle entrar en su deber.

Masaniello recibió estos dos decretos, los leyó al pueblo desde el balcon del duque de Arcos, rompe el que le es personal y arroja los pedazos á la multitud, esclamando que por todo el oro del reino no haria traicion á sus compañeros. Desde este momento Masaniello no es ya un gefe para la multitud, Masaniello no es ya un rey, Masaniello es un dios.

Entonces es él á su vez quien envia una diputacion al duque de Arcos; esta diputacion está encargada de decirle que la sublevacion no ha sido contra el rey, sino contra los impuestos, que nada tiene que temer si cumple las promesas hechas, y que puede volver con toda seguridad á su palacio. Cada uno de los miembros de la diputacion responde con su vida de la vida del duque de Arcos. El virey acepta la proteccion que se le ofrece; pero en lugar de volver á su saqueado palacio, pide retirarse al fuerte de San Telmo. Es trasmitida la proposicion á Masaniello, quien reflexiona algunos segundos y accede á ello sonriendo. El duque de Arcos se retira al castillo de San Telmo. Masaniello es el único dueño de la ciudad.

Todo eso ha durado cinco horas: en cinco horas, todo el poder español ha quedado anonadado, todas las prerogativas del virey destruidas; en cinco horas, un lazzaroni ha ido á tratar de igual á igual con el representante de Felipe IV, quien le hace rey en su lugar, entregándole la ciudad, y esta estraña revolucion se ha verificado sin que se haya derramado una sola gota de sangre.

Pero desde entonces comenzaba para Masaniello una inmensa tarea. El pescador sin educacion alguna, el lazzaroni que no sabia leer ni escribir, el vendedor de pescado que jamás habia manejado mas que sus remos, ni hecho otra cosa que sacar sus redes, iba á cargar sobre sí con la direccion de los negocios de un gran reino; iba á publicar decretos, á administrar justicia, á organizar un ejército y combatir á su cabeza.

Nada de esto asustó á Masaniello: tendió su tranquila mirada sobre sí mismo y á su derredor, y en seguida puso inmediatamente manos á la obra.

El primer uso que hizo de su autoridad fué mandar poner en libertad los presos que estaban procesados por contrabando ó por no haber satisfecho multas impuestas por los tributos. Entre estos últimos estaba, como se recordará, la misma muger del dictador. Estos presos una vez en libertad fueron á unírsele al palacio del virey.

Entonces, acompañado de ellos, escoltado por su guardia, fué á la plaza del Mercado, hizo publicar á son de trompeta, la abolicion de los impuestos y la órden para que todos los hombres de Nápoles, desde diez y ocho hasta cincuenta años, tomasen las armas y se reuniesen en la plaza. Esta órden fué dictada por Masaniello y copiada por un escritor público, y Masaniello, que como hemos dicho no sabia firmar, aplicó por bajo de la última línea, á guisa de sello, el amuleto que llevaba al cuello, y que desde aquel momento fué la firma de este nuevo soberano.

En seguida, como su primer cuerpo de tropas estaba ya dividido en cuatro pelotones, dió gefes que los dirigieran á los cuatro que no estaban bajo su mando inmediato. Estos gefes eran tres lazzaroni amigos suyos, que se llamaban Catanco, Renna y Ardizzone. Encargóseles se situaran cada uno en un barrio opuesto, y velasen por la seguridad de la ciudad. Los tres pelotones se situaron en su puesto, y Masaniello quedó en la plaza del Mercado á la cabeza del suyo, esperando el resultado de la órden que habia dado para el levantamiento en masa.

La ejecucion de esa órden no se hizo esperar. Al cabo de dos horas, ciento treinta mil hombres armados rodeaban á Masaniello. Todos habian acudido al llamamiento, sin discutir un momento sobre el derecho del que los llamaba. Unicamente la corporacion de pintores pidió se la concediera organizarse en compañía particular bajo el nombre de compañía de la Muerte, y como esta peticion se le habia hecho á Masaniello por medio de uno que habia sido lazzaroni y á quien queria mucho, les fué concedida. Este lazzaroni, amigo de Masaniello, que se habia encargado de la negociacion, era Salvator Rosa.

Creyó Masaniello que la primera cosa que habia que hacer en un buen gobierno, era desocupar las prisiones poniendo en libertad á los inocentes y castigando á los culpables. El gefe de los sublevados se habia hecho general, el general acababa de hacerse legislador, el legislador se hizo juez.

Masaniello hizo levantar un tablado, se sentó en él vestido con sus calzones y en mangas de camisa, y apoyando su mano derecha en una espada desenvainada, hizo comparecer sucesivamente ante él á todos los presos.

Todo el dia le empleó en juzgar: aquellos á quienes proclamaba inocentes eran al instante mismo puestos en libertad; los que reconocia culpables eran al instante mismo ejecutados. Y era tal la penetracion de aquel hombre, que aunque no tuviese su juicio generalmente otra base que la inspeccion rápida y profunda de la fisonomía del acusado, habia completa conviccion entre los presentes, de que el juez improvisado no habia condenado á ningun inocente, ni dejado escapar á ningun culpable. Solo que no habia diferencia entre las sentencias, ni escala gradual en las penas. Ladrones, falsarios y asesinos, fueron igualmente condenados á muerte. Esto se parecia mucho á las leyes de Dracon; pero Masaniello habia comprendido que el tiempo urgia, y no podia detenerse á elegir.

A la mañana del dia siguiente todo habia concluido: las prisiones de Nápoles estaban desocupadas y todas las sentencias ejecutadas.

Las proporciones que iba tomando la revolucion, ó mas bien el genio del que la dirigia, espantaron al virey. Envió al duque de Matalona á verse con Masaniello para preguntarle cual era el fin que se proponia, y cuales las condiciones con que la ciudad volveria á someterse al poder de su soberano. Masaniello negó que la ciudad estuviese sublevada contra Felipe IV, y en prueba de esta asercion, enseñó al embajador todas las esquinas de las calles adornadas con retratos del rey de España, los cuales para mejor honrarle, se habian colocado bajo doseles. En cuanto á las condiciones que tenia á bien imponerle, se reducian á una sola: y era se entregase al pueblo el original de la pragmática de Cárlos V, que desde el dia de su fecha suprimia para el porvenir todo nuevo impuesto.

El virey fingió ceder, mandó hacer un decreto falso y se le envió á Masaniello. Pero Masaniello sospechando alguna traicion, mandó ir peritos y les entregó el decreto. Estos declararon que era una copia y no el original.

Entonces Masaniello se bajó del tablado, se dirigió al duque de Matalona, y le echó en cara su superchería; en seguida, habiéndole arrancado de su caballo y derribado en tierra, le puso su desnudo pie en el rostro, despues de lo que volvió á subir á su trono y mandó que llevasen al duque á una prision. A la noche siguiente sobornó el duque al carcelero á fuerza de oro, y se escapó.

El virey vió entonces con que especie de hombre tenia que habérselas, y no pudiendo engañarle, quiso destruirle. En su consecuencia, dió órden á todas las tropas que se encontraban al Norte, en Cápua y Gaeta; al Mediodía, en Salerno y sus inmediaciones, de marchar sobre Nápoles. Masaniello supo aquella órden, dividió su ejército en tres cuerpos, envió sus lugartenientes con uno de estos cuerpos, contra las tropas que venian de Salerno, marchó con la otra contra las que venian de Cápua, y dejó el tercer cuerpo bajo el mando de Ardizzone para defender á Nápoles.

Créese que fué durante esta espedicion,

que alejaba momentáneamente á Masaniello de Nápoles, cuando se hicieron las primeras proposiciones de traicion á Ardizzone, con autorizacion de comunicarlas á sus dos colegas, Cataneo y Renna.

Masaniello derrotó las tropas del virey, le mató mil hombres é hizo tres mil prisioneros, que llevó con gran ostentacion á Nápoles, y á los que dió absoluta y completa libertad en la plaza del Mercado. Estos tres mil hombres se pasaron al punto á las milicias napolitanas esclamando: ¡Viva Masaniello!

Por su parte, Cataneo y Renna habian rechazado las fuerzas enemigas. La compañía de la Muerte, sobre todo, que formaban parte de sus cuerpos de ejército, se habia conducido con bizarría.

El duque de Arcos no tenia ya recursos; habia ensayado la astucia, y Masaniello habia descubierto la traicion; habia ensayado la fuerza, y Masaniello le habia derrotado. Resolvió, pues, tratar directamente con él; reservándose para sí hacerle traicion ó destruirle á la primera ocasion que se le presentase.

Esta vez, para dar mas formalidad á la negociacion, eligió para negociador al cardenal Filomarino. El pueblo, que desconfiaba del prelado, quiso oponerse á aquella nueva entrevista, pero Masaniello respondió del cardenal, y la entrevista se verificó.

Masaniello acababa de dar la órden de quemar treinta y seis palacios que pertenecian á los treinta y seis señores mas elevados de la nobleza española y napolitana. El cardenal Filomarino suplicó á Masaniello revocase aquella órden, y Masaniello la revocó.

Cuando Masaniello dejaba al prelado y se dirigia al sitio de la conferencia en la plaza del Mercado, le dispararon casi á quema-ropa cinco arcabuzazos, sin que ninguno le tocara: todavía no habia llegado su hora.

Los asesinos fueron hechos pedazos por el pueblo, y declararon al morir que habian sido pagados por el duque de Matalona, el cual queria vengarse del mal tratamiento que habia recibido de Masaniello.

El virey protestó de su connivencia en el conato de asesinato, el cardenal empeñó su palabra de honor de que el duque de Arcos ignoraba aquella trama, y las negociaciones volvieron á continuar su curso.

Jamás la policía habia ejercido mayor vigilancia; y en cuatro dias que hacia mandaba Masaniello, ni un robo se habia cometido en la ciudad de Nápoles.

El mismo dia en que Masaniello estuvo para ser asesinado, el cardenal volvió á decirle de parte del virey, que este deseaba tratar con él de los asuntos del Estado, y que volveria al dia siguiente con toda su córte á palacio, á fin de recibirle allí. Masaniello que desconfiaba de estos preliminares, queria rehusar, pero el cardenal insistió de tal modo, que le fué forzoso aceptar. Entonces se empeñó una nueva discusion mas tenaz que la primera. Masaniello, que no se reconocia otra cosa que un pescador, queria ir á palacio vestido con el trage de pescador; es decir, con los brazos y las pantorrillas desnudas, y vestido únicamente con su calzon, su camisa y su gorro frigio; pero el cardenal le repitió tantas veces que semejante trage era inconveniente para un hombre que iba á aparecer en medio de una córte tan brillante, y tratar de negocios de tan alta importancia, que Masaniello cedió al fin, y permitió suspirando que el virey le enviase el trage que debia vestir en aquel gran dia. En la misma noche recibió un trage completo de tela recamada de plata con un sombrero adornado de una pluma, y una espada con guarnicion de oro. Aceptó el trage; mas en cuanto á la espada, la rehusó, no queriendo otra que la que hasta allí le habia servido de cetro y de vara de justicia.

Aquella noche durmió mal Masaniello, y dijo á la mañana siguiente, que su patrono se le habia aparecido en sueños y le habia prohibido ir á aquella entrevista; pero el cardenal Filomarino le recordó que tenia comprometida su palabra, que el virey le esperaba en palacio, que su caballo estaba preparado, y que no podia faltar á su compromiso sin faltar á su honor.

Masaniello, ataviado con su rico trage, montó á caballo, y se dirigió hácia el palacio del virey.

VI.

LA IGLESIA DEL CARMINE.

Masaniello era uno de esos hombres privilegiados, en los que no solo su talento, sino su físico, parece que adquiere mayores proporciones con las circunstancias. El duque de Arcos al enviarle el rico trage que el pescador vestia, lo habia hecho con la esperanza de hacerle ridículo. Masaniello se vistió con él, y Masaniello tenia el aspecto de un rey.

Así avanzó en medio del griterio de la asombrada multitud, manejando su caballo con tanta destreza y poder, como hubiera podido hacerlo el mejor ginete de la córte del virey; porque siendo niño Masaniello, por placer habia domado mas de una vez esos caballitos cuya raza han dejado en Calabria los sarracenos en su conquista, y que hoy todavía se ven errantes en completa libertad por la montaña.

Ademas, era seguido de un acompañamiento como pocos soberanos podrán vanagloriarse de haberlo llevado: iban detrás ciento cincuenta compañías entre caballería é infantería, organizadas por él, y mas de sesenta mil per-

sonas sin armas. Toda esta escolta gritaba: ¡viva Masaniello! De modo que al aproximarse al palacio; parecia un triunfador que va á entrar en su morada.

Apenas Masaniello apareció en la plaza, el capitan de los guardias del virey se presentó en la puerta para recibirle. Entonces Masaniello volviéndose hácia la multitud que le acompañaba:

—Amigos mios, dijo; no sé lo que pasará entre su escelencia el duque y yo; pero suceda lo que quiera, tened bien presente que jamás me he propuesto ni me propondré mas que el bien público. Asegurado el bien y dada á todos la libertad, volveré á ser el pobre pescador que habeis visto, y no pido como espresion de vuestro reconocimiento mas que una *Ave-María* pronunciada por cada uno de vosotros á la hora de mi muerte.

Entonces el pueblo comprendió perfectamente que Masaniello temia ser atraido á algun lazo, y que contra su voluntad iba á entrar en palacio. Millares de voces se elevaron para rogarle se hiciese acompañar de una guardia.

—No, dijo Masaniello, no; los negocios que vamos á tratar su escelencia y yo, exigen los discutamos sin testigos. Dejadme, pues, entrar solo. Pero si tardase demasiado en salír, caed sobre ese palacio, y no dejeis de él piedra sobre piedra sin encontrar mi cadáver.

Todos se lo juraron, los hombres armados elevando sus armas, los desarmados estendiendo los puños hácia el virey. Entonces Masaniello desmontó, atravesó á pie parte de la plaza seguido del capitan de guardias, y desapareció tras la gran puerta del palacio. En el momento en que desapareció, se levantó tan gran rumor, que el virey preguntó temblando si acababa de estallar alguna nueva asonada.

Masaniello encontró al duque de Arcos esperándole en lo alto de la escalera. Al verle se inclinó Masaniello. El virey le dijo que le era debida una recompensa por haber contenido tan bien á aquella multitud, haber hecho tan pronta justicia, y organizado tan maravillosamente su ejército; que esperaba que aquel ejército, reunido al de los españoles, se dirigiria contra los comunes enemigos, y que haciéndolo así, Masaniello habria prestado á Felipe IV el mayor servicio que súbdito alguno puede prestar á su soberano. Masaniello respondió que ni él ni el pueblo se habian sublevado jamás contra Felipe IV, como lo podian atestiguar los retratos del rey espuestos con todo respeto en todas las esquinas de las calles; que únicamente habia querido aliviar al tesoro de los sueldos que se pagaban á todos aquellos recaudadores que recargaban las gabelas, sueldos (Masaniello habia mandado hacer el cálculo) que escedian en una tercera parte á los impuestos que percibian, y que acordado que Nápoles gozase en lo sucesivo de las inmunidades concedidas por Cárlos V, prometia por sí, y se comprometia por el pueblo de Nápoles, que haria todo lo que se creyese útil al servicio del rey.

Entonces entraron los dos en la habitacion donde los esperaba el cardenal Filomarino, y allí comenzó entre aquellos tres hombres tan distintos por su estado, su carácter y posicion, una discusion meditada y detenida acerca de los derechos del trono y de los intereses del pueblo. Mas como aquella discusion se prolongase, y el pueblo, no viendo volver á aparecer á su gefe gritase en alta voz: ¡Masaniello! ¡Masaniello! y sus gritos comenzaban á alarmar al duque y al cardenal, hasta tal punto iban en aumento, Masaniello sonrió por sus temores, y les dijo:

—Voy á haceros ver, señores, cuán obediente es el pueblo de Nápoles.

Abrió el balcon, y se acercó á la barandilla. Al verle todas las voces se reunieron en un solo grito: ¡viva Masaniello! Pero este no tuvo mas que poner el dedo en su boca, y toda aquella multitud quedó tan silenciosa, que pareció por un momento que la ciudad del eterno clamoreo quedó muerta como Herculano y Pompeya. Entonces con su voz natural, que fué oida por todos, tan grande era el silencio:

—Está bien, dijo; no os necesito; retírense todos bajo pena de rebelion.

Al punto se retiraron sin hacer una observacion, sin pronunciar una palabra, y cinco minutos despues, aquella plaza ocupada por mas de ciento veinte mil almas, se quedó enteramente desierta, á escepcion del centinela y del lazzaroni que tenia de la brida el caballo de Masaniello.

El duque y el cardenal se miraron con espanto, porque hasta aquel momento no habian comprendido el terrible poder de aquel hombre.

Aquel poder probó á los dos políticos con quienes Masaniello tenia que habérselas, que por el pronto al menos, no podian rehusar nada de lo que pedia; así que se acordó antes que se separase el triunvirato que decidia los destinos de Nápoles, que se leeria, firmaria y confirmaria públicamente la supresion de los impuestos, en presencia de todo el pueblo, el cual, repetia Masaniello, no se habia sublevado mas que para obtener su abolicion.

Decidido este punto, como era el único por el que Masaniello habia ido á palacio, pidió permiso al duque de Arcos para retirarse. El duque le dijo que era dueño de hacer lo que gustase, que era virey como él, que por tanto aquel palacio le pertenecia por mitad, y que podia cuando quisiera entrar ó salir. Masaniello se inclinó de nuevo, volvió á conducir al cardenal hasta su palacio, cabalgando á su lado, pero de manera, sin embargo, que el caballo del cardenal adelantase siempre al suyo toda la cabeza; despues de entrar el cardenal en su casa, Masaniello volvió á la plaza del

Mercado, donde encontró reunida toda aquella multitud que habia despedido en la plaza del palacio, y en medio de la que pasó la noche despachando los asuntos públicos y contestando á todos los pedimentos que se le presentaban.

Aquel hombre parecia estar por encima de las necesidades humanas: en cinco dias que contaba de existencia su poder, no le habian visto ni comer ni dormir; únicamente algunas veces hacia que le llevasen un vaso de agua con unas gotas de limon.

El dia siguiente era el fijado para la ratificacion del tratado y confirmacion de la paz en la iglesia catedral de Santa Clara. Asi por la mañana vió Masaniello llegar dos caballos magníficamente enjaezados, uno para él y otro para su hermano. Era esta una nueva atencion de parte del virey. Montaron los dos jóvenes y se dirigieron al palacio.

Alli encontraron al duque de Arcos y toda la córte que los esperaba. Una numerosa cabalgata se reunió á ellos. El duque de Arcos hizo colocar á Masaniello á su derecha, á su hermano á la izquierda, y seguido de todo el pueblo, se dirigió hácia la catedral, donde el cardenal Filomarino, que era arzobispo de Nápoles, los recibió al frente de toda su clerecía.

Al instante se colocaron todos segun el rango que habian recibido de Dios ó el que ellos mismos se habian creado: el cardenal en medio del coro, el duque de Arcos en una tribuna, y Masaniello, con la espada desenvainada en la mano, cerca del secretario que leia los artículos, y que imponia silencio á cada artículo que leia. Masaniello repetia el artículo, esplicando su sentido al pueblo y comentándole como el mas hábil legista hubiera podido hacerlo, despues de lo cual, á una señal de que no habia nada que decir, pasaba el secretario al artículo siguiente.

Leidos y comentados todos los artículos de este modo, se comenzó el Sacrificio divino, que terminó por un *Te Deum*.

Una gran comida estaba preparada para los principales actores de aquella escena en los jardines del palacio. Habian sido invitados Masaniello, su muger y su hermano. Masaniello, para quien se hacian todos aquellos obsequios, quiso, como siempre, negarse; pero el cardenal Filomarino habia intervenido, y á fuerza de instancias habia obtenido del jóven lazzaroni que no haria al virey la ofensa de negarse á comer á su mesa. Masaniello, pues, aceptó.

Sin embargo, podia verse en su rostro, ordinariamente tan franco y abierto, algo como una nube sombría, que no pudieron borrar los gritos de amor del pueblo, que comunmente tenian tanta influencia sobre él. Observóse que al volver de la catedral al palacio iba con la cabeza inclinada sobre el pecho, y se podia ver tanto mejor la tristeza en su semblante, cuanto que por respeto al virey, y contrariando su reiterada invitacion de cubrirse, Masaniello, á pesar del sol de fuego que caia sobre él, tuvo constantemente su sombrero en la mano. Asi al llegar á palacio y antes de ponerse á la mesa, pidió un vaso de agua mezclada con limon. Se le presentaron, y como estaba sofocado, se le bebió de un sorbo; mas apenas lo bebió se puso tan pálido, que la duquesa le preguntó qué era lo que tenia. Masaniello le respondió que sin duda aquella agua fria le habia hecho daño. Entonces la duquesa sonriendo le dió á respirar un ramillete. Masaniello acercó sus labios para besarle en señal de respeto; pero casi al punto que le tocó, con un movimiento rápido é involuntario le arrojó lejos de sí. La duquesa vió aquel movimiento, pero al parecer no fijó en él su atencion, y habiéndose sentado á la mesa, hizo colocarse á Masaniello á su derecha y al hermano de Masaniello á su izquierda. En cuanto á la muger de Masaniello, el sitio que la estaba reservado era entre el duque y el cardenal Filomarino.

Masaniello estuvo sombrío y mudo mientras duró la comida; parecia sufrir de un mal interior de que no queria quejarse. Su pensamiento parecia ausente de alli, y cuando el duque le invitó á beber á la salud del rey, fué preciso que le repitiera dos veces la invitacion antes de que diera señales de oirla. Al fin se levantó y cogió el vaso con temblorosa mano; pero en el momento en que iba á llevarle á los labios, le faltaron las fuerzas y cayó desmayado.

Este accidente hizo gran sensacion. El hermano de Masaniello se levantó mirando al virey con terrible aspecto; su muger se deshizo en lágrimas, pero el virey con la mayor tranquilidad hizo observar que semejante debilidad no era de admirar en un hombre que hacia seis dias y seis noches casi no habia comido ni dormido, y habia pasado todo ese tiempo en violentos ejercicios, espuesto á los rayos de un sol abrasador, ó en asíduos trabajos que debian afectar su juicio tanto mas, cuanto menos acostumbrado estaba á ellos. Por lo demas, mandó que se prodigasen á Masaniello todos los cuidados imaginables, le hizo trasportar á palacio, le acompañó él mismo, y mandó que fuesen á buscar á su propio médico.

Llegó el médico cuando Masaniello volvió en sí, y declaró que efectivamente su indisposicion no provenia de otra cosa que de una prolongada fatiga, y no tendria ninguna consecuencia si consentia en interrumpir por un dia ó dos los trabajos corporales y de imaginacion á que se dedicaba hacia algun tiempo.

Masaniello sonrió amargamente; en seguida, con el ademan con que Hércules arrancó de sus hombros la túnica emponzoñada de Nessus, desgarró los vestidos de tejido de plata con que le habia adornado el virey, y

pidiendo con grandes gritos su trage de pescador, que habia quedado en su casita de la plaza del Mercado, corrió á las caballerizas medio desnudo, montó en el primer caballo que vió y se lanzó fuera del palacio.

El duque le vió alejarse, y cuando le perdió de vista:

—Ese hombre ha perdido la cabeza, dijo; viéndose tan encumbrado, se ha vuelto loco.

Y los cortesanos repitieron á coro que Masaniello estaba loco.

Entretanto Masaniello corria efectivamente por las calles de Nápoles como un insensato, á todo el galope de su caballo, derribando á todos los que encontraba á su paso y no deteniéndose sino para pedir agua. Se abrasaba su pecho.

Por la noche volvió á la plaza del Mercado; sus ojos tenian el brillo de la fiebre; deliraba y en su delirio daba las órdenes mas estravagantes y mas contradictorias. Obedecieron las primeras, pero no tardaron en conocer que estaba loco, y habian cesado de ejecutarlas.

Toda la noche velaron á su lado su hermano y su muger.

Al dia siguiente parecia que estaba mas tranquilo; sus dos asistentes le dejaron para ir á descansar un poco á su vez; mas apenas salieron, Masaniello se vistió con los restos de su brillante trage de la víspera, y pidió su caballo con voz tan imperiosa, que se le llevaron. Montó en él de un salto, sin sombrero, sin jubon, sin mas que una camisa desgarrada y un calzon hecho girones, y se lanzó al galope hácia el palacio. No reconociéndole el centinela, quiso detenerle, pero pasó por encima del centinela, saltó de su caballo á tierra, penetró hasta donde se hallaba el virey, le dijo que se moria de hambre, y le pidió de comer; un momento despues anunció al virey que acababa de disponer una merienda fuera de la ciudad, y le invitaba á que fuese á tomar parte en ella; pero el virey, que ignoraba lo que habia en aquello de verdadero ó falso, y que solo veia delante á un hombre cuya imaginacion estaba estraviada, pretestó una indisposicion y se negó á seguir á Masaniello. Entonces éste, sin insistir mas, bajó la escalera, volvió á montar á caballo, y saliendo de la ciudad, dió casi la vuelta á toda ella al galope y bajo un sol ardiente, de modo que volvió á entrar en su casa bañado en sudor. En todo el camino, como la víspera, habia pedido de beber, y se calculó que habia debido beber hasta seis botijos de agua. Rendido de fatiga, se acostó.

En aquellos dos dias de locura, Ardizzone, Renna y Cataneo, que se habian eclipsado durante la dictadura de Masaniello, volvieron á recobrar su influencia y se repartieron la custodia de la ciudad.

Masaniello se habia arrojado sobre su lecho y habia caido al punto en un profundo letargo; pero hácia la media noche se despertó, y aunque sus musculosos miembros estaban agitados con un último estremecimiento, aunque sus ojos brillaban con un resto de fiebre, se sentia mejor. En aquel momento se abrió su puerta, y en lugar de su muger y de su hermano, á quienes esperaba ver presentarse, entró un hombre envuelto en un ancho manto negro, con el rostro enteramente oculto bajo un fieltro del mismo color, y acercándose silencioso al miserable lecho en que estaba tendido aquel hombre poderoso que con una señal disponia de la vida de cuatrocientos mil de sus semejantes:

—Masaniello, dijo, ¡pobre Masaniello! Y al mismo tiempo separó su manto y dejó ver su rostro.

—¡Salvator Rosa! esclamó Masaniello reconociendo á su amigo, á quien hacia cuatro dias habia perdido de vista, habiendo estado ocupado Salvator con la compañía de la Muerte, en rechazar á los españoles que habian querido entrar en Nápoles por la parte de Salerno.

Y los dos amigos se arrojaron en los brazos uno de otro.

—Si, si, ¡pobre Masaniello! dijo el pescador-rey volviendo á caer sobre su lecho. Es verdad, ¡se han portado conmigo perfectamente, y he tenido razon en fiarme de ellos! Mas no me espreso exactamente al decir que me he fiado de ellos. Jamás creí en sus halagüeñas palabras, jamás tuve fé en sus grandes promesas. Ese infame cardenal Filomarino es la causa de todo, y quien me ha engañado en el santo nombre de Dios.

Salvator Rosa escuchaba á su amigo con admiracion.

—¡Cómo! dijo, ¿no será cierto lo que me han dicho?

—¿Y qué te han dicho, Salvator, amigo mio? replicó tristemente Masaniello.

Salvator se calló.

—¿Te han dicho que estaba loco, no es asi? continuó Masaniello.

Salvator hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Si, si; ¡los miserables! ¡Oh! los reconozco perfectamente en eso. No, Salvator, no; no estoy loco, estoy envenenado; esa es la verdad.

Salvator dió un grito de sorpresa.

—La culpa es mia, dijo Masaniello. ¡Por qué puse yo los pies en su palacio! ¿Es ese el sitio de un pobre pescador como yo? ¡Por qué acepté su comida! El orgullo, Salvator, el demonio del orgullo me ha tentado, y he sido castigado.

—¡Cómo! esclamó Salvator, ¿crees que habrán tenido la infamia...

—¡Me han envenenado! replicó Masaniello con una voz mas fuerte todavía; me han envenenado dos veces: él y ella; él en un vaso de agua; ella con un ramillete. Para eso se llaman nobles, para eso se llaman duque y du-

quesa, para envenenar á un pobre pescador lleno de confianza que cree en los juramentos y que se entrega sin desconfianza!

—No, no, dijo Salvator; te engañas, Masaniello, ese sol ardiente, esos trabajos asíduos, y esa vida de actividad intelectual que devoran aun á los mismos que están acostumbrados á ello, habrán atenuado momentáneamente tu cerebro y estraviado tu razon.

—Eso es lo que ellos dicen, bien lo sé, esclamó Masaniello; eso es lo que dicen ellos, y eso es lo que sin duda dirán las generaciones venideras, puesto que tú, mi amigo, tú, mi Salvator, tú, que estás ahí frente á mí, tú repites lo mismo, aunque te afirmo yo lo contrario. Me han envenenado con un vaso de agua y un ramillete: apenas respiré aquel ramillete, apenas bebí aquel vaso de agua, sentí perderse mi razon. Un sudor frio pasó por mi frente, la tierra me pareció que faltaba bajo mis pies; la ciudad, el mar, el Vesubio, todo daba vueltas delante de mí como en una pesadilla. ¡Oh! ¡miserables! ¡miserables!

Y una lágrima ardiente rodó por las megillas del jóven napolitano.

—Si, si, dijo Salvator, si; ahora veo que es verdad. Pero gracias á Dios, su trama ha sido frustrada; gracias á Dios, tú no estás loco; gracias á Dios, el veneno ha cedido sin duda á los remedios, y te has salvado.

—Si, respondió Masaniello, pero Nápoles es perdida.

—Perdida, ¿y por qué? preguntó Salvator.

—¿Pues qué, no ves, respondió Masaniello, que ya no soy hoy lo que era antes de ayer? Cuando ordeno, el pueblo vacila. Se ha dudado de mí, Salvator, porque me han visto obrar como un insensato. Ademas, ¿no han hecho circular entre la multitud que yo queria hacerme rey?

—Verdad es, dijo Salvator con voz sombría, porque ese es el rumor que ha llegado hasta mí.

—¿Y qué venias á hacer aquí? Veamos, habla francamente.

—¿Qué venia á hacer aquí? dijo Salvator. Venia á asegurarme de si era cierto; y si era cierto, venia á darte de puñaladas.

—Bien, Salvator, bien, dijo Masaniello. Nos hubieran bastado seis hombres como tú, y no se hubiera perdido todo.

—Pero ¿por qué desesperas así? preguntó Salvator.

—Porque en el estado actual de las cosas, solo yo podria dirigir ese pueblo hácia el fin que probablemente conseguirá algun dia; y mañana, esta noche, dentro de una hora acaso, ya no estaré á su lado para dirigirle.

—¿Y dónde estarás entonces?

Masaniello dejó vagar por sus labios una sonrisa profundamente triste, levantó por un momento sus miradas al cielo, y dirigiéndolas despues á Salvator:

—Me matarán, amigo mio, le dijo. Hace cuatro dias han intentado asesinarme, y no lo han conseguido porque no habia llegado mi hora. Antes de ayer me han envenenado, y si no han logrado hacerme morir, al menos me han vuelto loco. Este es un aviso de Dios, Salvator. Otra tentativa y será la última.

—Mas, ¿por qué una vez prevenido no tratas de librarte de sus asechanzas permaneciendo en tu casa?

—Dirán que tengo miedo.

—¿O rodeándote de soldados siempre que salgas por la ciudad?

—Dirán que quiero hacerme rey.

—Pero no se creerá.

—¡Tú lo has creido, tú!

Salvator bajó su cabeza ruborizándose, porque habia tanta dulzura en la respuesta de Masaniello, que no era una acusacion, sino una reconvencion amistosa.

—Pues bien, sea, respondió; cúmplase la voluntad de Dios.

Salvator Rosa se sentó junto al lecho de su amigo.

—¿Cuál es tu intencion? preguntó Masaniello.

—Permanecer cerca de tí, y participar de tu fortuna buena ó mala.

—Estás loco, Salvator, respondió Masaniello. Que yo, á quien el Señor ha señalado como su elegido, espere tranquilamente el cáliz que me resta que apurar, está bien; porque no puedo, no debo hacer otra cosa; pero tú, Salvator, á quien no lanza la fatalidad, á quien no liga ningun juramento, que tú quedes en esta infame Babilonia, es una locura, es una ceguedad, es un crímen.

—Sin embargo, me quedaré, dijo Salvator.

—Te perderás sin salvarme, y tu inútil adhesion es una tontuna.

—¡Suceda lo que quiera! replicó el pintor. Esa es mi voluntad.

—¿Es esa tu voluntad? ¿y tus hermanas? ¿y tu madre? ¡Es esa tu voluntad! El dia en que me reconociste como gefe, abandonaste tu voluntad para subordinarla á la mia. Pues bien; mi voluntad es, Salvator, que salgas al instante mismo de Nápoles, que vayas á Roma, te arrojes á los pies del Santo Padre, y le pidas sus indulgencias para mí, porque probablemente moriré sin que mis asesinos me concedan el tiempo necesario para ponerme bien con Dios. ¿Lo oyes? Esta es mi voluntad. Te lo mando como tu gefe, te conjuro á ello como tu amigo.

—Está bien, dijo Salvator, te obedeceré.

Y entonces desarrolló un lienzo, sacó de una bolsa que llevaba en su cintura los pinceles que, como su espada, jamás se separaban de él, y á la luz de la lámpara que ardia sobre la mesa, con mano firme y rápida, improvisó el hermoso retrato que todavía se ve hoy cerca de la entrada en la primera sala del Museo de los *Studi*, en Nápoles, y en el que Masaniello está representado con un tinte som-

brío, desnudo el cuello y en mangas de camisa.

Los dos amigos se separaron para no volverse á ver mas. En aquella misma noche Salvator tomó el camino de Roma. En cuanto á Masaniello, fatigado con aquella escena, dejó caer la cabeza sobre su almohada, y se durmió.

Al dia siguiente se despertó al sonido de la campana que llamaba á los fieles á la iglesia; se levantó, dijo su oracion, se vistió con su sencillo trage de pescador, bajó, atravesó la plaza y entró en la iglesia del *Carmine*. Era el dia de la festividad de la vírgen del Monte Carmelo. El cardenal Filomarino celebraba la misa; la iglesia rebosaba de gente.

Al ver á Masaniello le abrió paso la multitud. Terminada la misa, subió Masaniello al púlpito é hizo seña de que quería hablar. Inmediatamente se guardó un profundo silencio para oir lo que iba á decir.

—Amigos, dijo Masaniello con voz lánguida, pero tranquila; érais esclavos, yo os he hecho libres. Si sois dignos de esa libertad, defendedla, porque ahora ya solo á vosotros corresponde hacerlo. Os han dicho que yo queria hacerme rey: eso no es cierto, y lo juro por ese Cristo que quiso morir en la cruz para rescatar con el precio de su sangre la libertad de los hombres. Al presente todo ha concluido entre el mundo y yo. Un presentimiento me dice que me quedan ya muy pocas horas de vida. Amigos, recordad la única cosa que os he pedido, y que me habeis prometido: en el momento en que sepais mi muerte, rezad una *Ave María* por mi alma.

Todos los presentes se lo prometieron de nuevo. Entonces Masaniello hizo seña á la multitud de que saliera del templo, y la multitud se marchó; cuando hubo quedado solo, bajó del púlpito, fué á arrodillarse ante el altar de la Vírgen, é hizo oracion. Cuando levantó la cabeza, se llegó un hombre á decirle que el cardenal Filomarino le esperaba en el convento para hablar con él acerca de los asuntos de Estado. Masaniello hizo seña de que iba á corresponder á la invitacion del cardenal. El mensagero desapareció.

Masaniello rezó todavía un Padre Nuestro y una Ave María, besó tres veces el amuleto que llevaba al cuello y con el que habia sellado siempre los decretos; en seguida se dirigió hácia la sacristía. Al llegar allí oyó varias voces que le llamaban desde el claustro; se dirigió hácia el lado de donde salian aquellas voces, pero en el momento en que pisaba el dintel de la puerta, se oyeron tres disparos de fusil, y tres balas le atravesaron el pecho. Esta vez habia llegado su hora: los tres disparos habian sido certeros. Cayó pronunciando estas palabras únicamente:

—¡Ah! ¡traidores, ingratos!

Habia reconocido en los tres asesinos á sus tres amigos Cataneo, Renna y Ardizzone.

Ardizzone se aproximó al cadáver, le cortó la cabeza, y recorriendo toda la ciudad con aquel trofeo sangriento en la mano, fué á depositarle á los pies del virey.

El virey la miró un instante para asegurarse de que era la cabeza de Masaniello; en seguida, despues de haber mandado entregar á Ardizzone la recompensa convenida, hizo arrojar aquella cabeza en los fosos de la ciudad.

En cuanto á Renna y Cataneo, cogieron el mutilado cadáver y le arrastraron por las calles de la ciudad, sin que el pueblo, que tres dias antes hacia pedazos á los que habian intentado asesinar á su gefe, pareciese conmoverse de modo alguno con aquel terrible espectáculo.

Cuando se cansaron de arrastrar y de insultar aquel cadáver, como al pasar cerca de los fosos viesen su cabeza, arrojaron tambien el cuerpo en el foso, donde quedaron hasta el dia siguiente.

Al dia siguiente el pueblo volvió á sentir su amor á Masaniello. No se oian mas que lamentos y llanto por la ciudad. Dedicáronse á buscar aquella cabeza y aquel cuerpo tan insultados la víspera: lo hallaron, y unidos uno á otra, colocaron el cadáver sobre unas angarillas, le cubrieron con un manto real, ciñeron su frente con una corona de laurel, le pusieron en la mano derecha el baston de mando, y en la izquierda su espada desnuda; luego le pasearon solemnemente por todos los cuarteles de la ciudad.

Viendo lo cual el virey envió ocho pages con una hacha de cera blanca en la mano cada uno para seguir el acompañamiento, y mandó á toda la gente de armas le saludase cuando pasara inclinando sus armas. De este modo le llevaron á la catedral de Santa Clara, donde el cardenal Filomarino dijo por su alma la misa de difuntos.

Por la tarde fué enterrado con las mismas ceremonias que habia costumbre de practicar con los gobernadores de Nápoles ó para los príncipes de las familias reales.

Asi concluyó Tomás Aniello, rey durante ocho dias, loco cuatro, asesinado como un tirano, abandonado como un perro, recogido como un mártir, y venerado desde entonces como un santo.

El terror que inspiró su nombre fué tan grande, que el decreto de los vireyes que prohibia dar á los hijos el nombre de Masaniello, existe todavía hoy en pleno vigor en todo el reino de Nápoles.

Asi este nombre se ha guardado sin mancha y conservado puro á la veneracion de los pueblos.

VII.

EL MATRIMONIO EN EL PATÍBULO.

Un dia, era en 1501, apareció en las esquinas de las calles de Nápoles el siguiente anuncio:

«Se dará la cantidad de cuatro mil ducados al que entregue, muerto ó vivo á la justicia, al bandido calabrés Rocco del Pizzo.

«*Isabel de Aragon*, regente.»

Tres dias despues se presentó un hombre en casa del gefe de la policía, y declaró que sabia un medio infalible de apoderarse de aquel á quien se buscaba, pero que en cambio del oro ofrecido pedia una gracia que solo la regente podia concederle: asi, pues, solo con la regente queria tratar de aquel asunto.

El ministro contestó á aquel hombre que no queria incomodar á S. A. por semejante bagatela, que se habian prometido cuatro mil ducados y no otra cosa, y que si los cuatro mil ducados le convenian, no tenia mas que entregar á Rocco del Pizzo, y los cuatro mil ducados se le entregarian.

El desconocido movió desdeñosamente la cabeza y se retiró.

En aquella misma noche se cometió un robo tan atrevido entre Resina y Torre del Greco, que todos calcularon que nadie mas que Rocco del Pizzo podia haber dado el golpe.

El dia siguiente al terminar el consejo, pidió Isabel al gefe de la policía esplicaciones acerca de aquel nuevo acontecimiento. El gefe no tenia ninguna esplicacion que dar; aquella vez, como siempre, habia desaparecido el autor del atentado, y segun todas las probabilidades, se ejercitaba ya en otro punto del reino.

Entonces el gefe se acordó de aquel hombre que se le habia presentado la víspera y que le habia ofrecido entregar á Rocco del Pizzo: refirió á la regente todos los pormenores de su entrevista con aquel hombre; pero añadió que como la primera condicion impuesta por él habia sido tratar el negocio con S. A., á quien en lugar del precio señalado, tenia, segun decia, que pedirla una gracia particular, habia creido deber rechazar semejante condicion preliminar, viniendo sobre todo de parte de un desconocido.

—Habeis hecho mal, dijo la regente; haced buscar al instante mismo á ese hombre, y si le hallais traédmelo.

El gefe se inclinó y prometió poner en campaña todos sus agentes en el mismo dia.

Efectivamente, al volver á su casa dió al instante la filiacion del desconocido, recomendando eficazmente le descubriesen en cualquier parte que fuese, pero que una vez descubierto, tuviesen con él las mayores consideraciones, y que le llevasen á su presencia sin causarle ningun daño.

El dia se pasó en infructuosas pesquisas.

En aquella misma noche tuvo lugar otro robo cerca de Aversa. Este habia sido acompañado de una audacia mucho mayor que el de la víspera, y no quedaba duda que Rocco del Pizzo, por motivos de conveniencia personal, se habia aproximado á la capital.

El gefe de la policía comenzó á sentir de todas veras haber despedido al desconocido de un modo tan terminante, y ese sentimiento aumentó todavía mas cuando por dos veces en la mañana del dia siguiente envió á preguntar la regente lo que supiese acerca del desconocido que habia ofrecido entregar á Rocco del Pizzo. Desgraciadamente este arrepentimiento fué inútil; aquel dia, como la víspera, pasó sin que recibiese ninguna noticia acerca del misterioso revelador.

Pero por la noche se verificó una nueva catástrofe. Al amanecer se encontró en el camino de Amalfi á la Cava un hombre asesinado. Estaba completamente desnudo y tenia un puñal clavado en el corazon.

Con razon ó sin ella, la vindicta pública atribuyó tambien aquel nuevo crímen á Rocco del Pizzo.

En cuanto al cadáver, se reconoció era el de un jóven noble á quien se conocia bajo el nombre de Raimundo el Bastardo, y que pertenecia á la poderosa casa de los Carracciolo, esos eternos favoritos de las reinas de Nápoles, uno de cuyos miembros pasaba en aquella sazon por ser el que desempeñaba cerca de la regente el cargo hereditario de la familia.

Esta vez el gefe se desesperó, tanto mas, cuanto que media hora despues de haberle referido aquel suceso, recibió de la regente la órden de pasar á palacio.

Fué allá al punto: la regente le esperaba con la frente fruncida y mirada severa; á su lado estaba Antoniello Carracciolo, hermano del asesinado, el cual habia ido sin duda á reclamar justicia.

Isabel preguntó con voz breve al pobre gefe si habia tenido alguna nueva noticia relativamente al desconocido; pero el gefe, aunque habia hecho recorrer las plazas, las encrucijadas y las calles de Nápoles, continuaba siempre en la misma incertidumbre. La regente le ordenó, que si al dia siguiente el desconocido no habia sido encontrado, ó Rocco del Pizzo cogido, no se volviese á presentar ante ella sino para entregarla su dimision; el conde Antoniello Carracciolo habia declarado que solo Rocco del Pizzo podia haber cometido semejante crímen.

Volvia, pues, el gefe á su casa con la frente sombría é inclinada, cuando al levantar la cabeza creyó ver al otro estremo de la plaza, envuelto en una capa y calentándose al sol de otoño, un hombre que se parecia estraordinariamente á su desconocido. Se detuvo al pronto como clavado en su sitio, porque temblaba de que sus ojos le hubiesen engañado; pero cuanto mas le miraba, mas se afirmaba en su opinion; se dirigió entonces hácia él, y á medida que avanzaba reconoció mas distintamente á su hombre.

Este le dejó aproximar sin hacer ningun movimiento para huir ni para salirle al encuentro. Se le hubiese creido una estátua.

Cuando llegó el gefe junto á él le puso la mano en la espalda, como si temiese se le escapara.

—¡Ah! al fin, eres tú, le dijo.

—Si, soy yo, respondió el desconocido, ¿qué me quereis?

—Quiero conducirte ante la regente, que desea hablarte.

—¿De verdad? es un poco tarde.

—¡Cómo! ¡es un poco tarde! preguntó el gefe temblando de que el delator no quisiese revelar nada. ¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, que si hubiéseis hecho hace tres dias lo que haceis hoy, contaríais en los anales de Nápoles dos robos menos.

—Pero, preguntó el gefe, ¿no habrás mudado de parecer, lo espero así?

—Jamás cambio.

—¿Permaneces siempre en la intencion de entregar á Rocco del Pizzo si te se concede lo que pides?

—Sin duda.

—¿Y tienes todavía posibilidad de hacerlo?

—Eso me es tan fácil como ponerme yo mismo en vuestras manos.

—Entonces, ven.

—Un instante. ¿Hablaré á la regente?

—A ella en persona.

—¿A ella sola?

—A ella sola.

—Os sigo.

—Pero, sin embargo, con una condicion.

—¿Cual?

—Que antes de entrar en su palacio entregareis vuestras armas al oficial de servicio.

—¿No es esa la costumbre? preguntó el desconocido.

—Si, respondió el gefe.

—Pues bien, entonces eso es consiguiente.

—¿Consentis en ello?

—Sin duda.

—Entonces, venid.

—Vamos.

Y el desconocido siguió al gefe, quien de diez en diez pasos se volvia para ver si su misterioso compañero continuaba siguiéndole.

Así llegaron á palacio.

Abriéronse todas las puertas ante el gefe, y á los pocos instantes se encontraron en la antecámara de la regente. Anunciaron al gefe quien fué introducido al punto, mientras el desconocido entregaba por su propia voluntad al oficial de guardia el puñal y las pistolas que llevaba á la cintura.

Cinco minutos despues volvió á presentarse el gefe; iba á buscar al desconocido para conducirle á la presencia de su alteza.

Atravesaron juntos dos ó tres habitaciones, luego encontraron una larga galería, y al estremo de ella una puerta entreabierta. El gefe empujó aquella puerta; era la del oratorio de la regente. La duquesa Isabel les esperaba allí.

El gefe y el desconocido entraron; mas aunque probablemente sería aquella la primera vez que éste se econtraba ante una princesa tan poderosa, no pareció embarazado en lo mas mínimo, y despues de haber saludado con cierta rudeza que no carecia, sin embargo, de desenvoltura, permaneció en pie, inmóvil y mudo, esperando á que le interrogasen.

—¿Sois vos, dijo la duquesa, quien se compromete á entregar á Rocco del Pizzo?

—Si señora, respondió el desconocido.

—¿Y estais seguro de cumplir vuestra promesa?

—Me ofrezco como rehen.

—Así vuestra cabeza....

—Pagará por la suya si falto á mi palabra.

—En realidad no es lo mismo, dijo la regente.

—No puedo ofrecer mas, respondió el desconocido.

—Decid pues, ¿qué deseais entonces?

—He pedido hablar á V. A. sola.

—Este caballero es de toda mi confianza, dijo la regente.

—He pedido hablar á V. A sola, replicó el desconocido: esa es mi primera condicion.

—Dejadnos, don Luis, dijo la duquesa.

El gefe se inclinó y salió.

El desconocido se encontró solo con la regente, separado solo de ella por el reclinatorio sobre el que estaba colocado un libro de los Evangelios, y en cuya parte superior se elevaba un crucifijo.

La regente le dirigió una rápida mirada. Era un hombre de treinta á treinta y cinco años, de una estatura algo mas que mediana, de tostada tez, cabellos negros que caian en rizos á lo largo de su garganta, y cuyos ardientes ojos espresaban á la vez la resolucion y la temeridad; como todos los habitantes de las montañas, era admirablemente bien formado, y se conocia que todos sus miembros tan proporcionados tenian en alto grado elasticidad y soltura.

—¿Quién sois, y de dónde venís? preguntó la regente.

—¿Qué interés teneis en saber mi nombre, señora? dijo el desconocido; ¿qué os importa el pais donde he nacido? Soy calabrés; es de-

cir; esclavo de mi palabra.... Hé aqui todo lo que os importa saber, ¿no es eso?

—¿Y os comprometeis á entregarme á Rocco del Pizzo?

—Me comprometo á ello.

—Y en cambio, ¿qué exigís de mí?

—Justicia.

—Hacer justicia es un deber que cumplo, y no una recompensa que concedo.

—Si, bien sé que en vosotros los soberanos es esa una de vuestras pretensiones, todos os creeis jueces tan íntegros como Salomon: desgraciadamente vuestra justicia tiene dos balanzas y dos medidas.

—¿Cómo es eso?

—Si, si, que pesa mucho para los pequeños, que es muy ligera para los grandes, continuó el desconocido. Hé ahí lo que es vuestra justicia.

—No teneis razon, replicó la regente; mi justicia es igual para todos, y os daré la prueba de ello. Hablad: ¿para quién pedís justicia?

—Para mi hermana, cobardemente engañada.

—¿Por quién?

—Por uno de vuestros cortesanos.

—¿Quién?

—¡Oh! uno de los mas jóvenes, de los mas bellos, de los mas nobles!—¡Ah! mirad, vuestra alteza vacila ya!

—No; pero deseo saber primero lo que ha hecho....

—Y si lo que ha hecho merece la muerte, ¿tendré su cabeza en cambio de la de Rocco del Pizzo?

—Pero, preguntó la duquesa, ¿quién será el juez de la gravedad del crímen?

El desconocido vaciló un instante; en seguida, mirando fijamente á la regente:

—La conciencia de V. A.

—¿Es decir que os fiais en ella?

—Completamente.

—Teneis razon.

—Asi, si V. A. encuentra el crímen capital, ¿tendré su cabeza en cambio de la de Rocco del Pizzo?

—Os lo juro.

—¿Sobre qué?

—Por este Evangelio y ese Cristo.

—Está bien. Escuchad entonces, señora, porque es toda una historia.

—Ya escucho.

—Nuestra familia habita una casita aislada, á media legua de la aldea de Rosarno, situada entre Cosenza y Santa Eufemia; se compone de dos ancianos, mi padre y mi madre; de dos jóvenes, mi hermana y yo. Mi hermana se llama Constanza. A nuestro rededor se estienden los dominios de un señor poderoso, en cuyas tierras nos ha hecho nacer el acaso, y de quien por consecuencia somos vasallos.

—¿Cómo se llama ese señor? interrumpió la regente.

—Os diré su crímen primero, despues su nombre.

—Está bien; continuad.

—Era un magnífico señor nuestro jóven amo, bello, noble, rico, generoso, y sin embargo de todo eso, temido y odiado; porque al verle no habia un marido que no temblase por su muger, un padre que no temblase por su hija, un hermano que no temblase por su hermana. Pero preciso es decir tambien que todo el mal que hacia era incitado por un génio perverso que le imbuia ideas infernales. Este mal genio era su hermano natural; llamábase Raimundo el Bastardo.

—¡Raimundo el Bastardo! esclamó la regente, ¿el que ha sido asesinado esta noche?

—El mismo.

—¿Conoceis á su asesino?

—Soy yo.

—¿No es, pues, Rocco del Pizzo? esclamó la duquesa.

—Soy yo, repitió el desconocido con la mayor tranquilidad.

—¿Es decir que habeis empezado por haceros justicia por vuestra mano?

—He venido á pedirla hace tres dias y se me ha negado.

—Entonces ¿qué venis á reclamar hoy?

—La mejor parte de mi venganza, señora; Raimundo el Bastardo no era mas que el instigador del crímen; su hermano es el criminal.

—¡Su hermano! esclamó la duquesa, ¡su hermano! Pero su hermano es Antoniello Carracciolo.

—El mismo, señora, respondió el desconocido fijando su penetrante mirada en la regente.

Isabel palideció y se apoyó sobre el reclinatorio, como si la faltasen sus fuerzas; pero no tardó en recobrar el ánimo.

—Continuad, continuad.

—Y el nombre del culpable, ¿no cambiará en nada la sentencia del juez? preguntó el desconocido.

—Nada, respondió la regente, absolutamente nada, os lo juro.

—¿Por ese Evangelio y ese Cristo?

—Si: continuad, ya escucho.

Y volvió á tomar la misma actitud y á poner el mismo semblante que tenia un momento antes de que se le hubiese hecho la terrible revelacion, y el desconocido á su vez volvió á continuar con el mismo tono de voz con que habia comenzado, la relacion interrumpida.

—Os decia, pues, señora, que el conde Antoniello Carracciolo era un bello, noble, rico y generoso señor, pero que tenia un hermano que era para él lo que la serpiente fué para nuestros primeros padres; el genio del mal.

Sucedió un dia, hace de esto seis meses próximamente, señora; sucedió, digo, que el conde cazaba un dia en la parte de sus bosques vecina á nuestra casita. Se habia estra-

viado persiguiendo á un gamo, estaba sofocado, tenia sed, vió á una jóven que volvia de la fuente llevando en su hombro un cantarillo lleno de agua; se bajó del caballo, pasó por su brazo la brida del noble bruto, y se acercó á pedir de beber á la jóven. Esta jóven era Constanza, era mi hermana.

Un estremecimiento circuló por todo el cuerpo de la regente, pero el desconocido continuó sin que demostrase apercibirse del efecto producido por sus últimas palabras.

—Os he dicho, señora, lo que era el conde Antoniello; permitid os diga tambien lo que era mi hermana.

Era esta una jóven de diez y seis años, linda como un ángel, casta como una Madona. Se veia á través de su ojos hasta el fondo de su alma, como á través de una límpida agua se ve el fondo de un lago; y su padre y su madre, que todos los dias la miraban, jamás habian podido leer en ellos ni la mas ligera sombra de un mal pensamiento.

Constanza no amaba á nadie, y decia siempre que á nadie amaria jamás sino á Dios; y en efecto, su naturaleza sensible y delicada era muy superior á la materia que la rodeaba para que este fango humano manchase en ningun tiempo su cendal blanco y virginal.

Pero ya os lo he dicho, señora, y acaso vos misma lo sabeis; el conde Antoniello es un señor bello, noble, rico y generoso. Constanza veia por primera vez á un hombre de esa clase; sin duda el conde Antoniello veia tambien por primera vez á una muger de aquella especie. Estas dos naturalezas superiores, la una por el cuerpo, la otra por el alma, se sintieron impulsadas una hácia otra, y cuando se separaron despues de una prolongada conversacion, Constanza comenzó á pensar en el bello jóven, y el conde Antoniello no hizo mas que soñar con la linda doncella.

Los labios de la regente se contrajeron; pero no pronunciaron ni una sílaba.

—Debo decíroslo todo, señora; Constanza ignoraba que aquel bello jóven fuese el conde Carracciolo; creia que era algun page ó escudero de su comitiva, á quien ella podia, siendo casta y rica, porque mi hermana para aldeana es rica, podia, digo, amar y mirar con la frente erguida.

Asi se vieron tres ó cuatro dias seguidos, siempre en el camino de la fuente y en el mismo sitio donde se habian visto la primera vez; pero una tarde se olvidaron de todo, de modo que mi padre, no viendo volver á su hija, se alarmó, y colgándose la carabina á la espalda, fué á buscarla.

En la revuelta de un camino la vió sentada junto á un jóven.

Al ver á nuestro padre, Constanza saltó como un gamo espantado, y el jóven por su parte, se internó en el bosque. El primer movimiento de mi padre fué echarse á la cara el arcabuz y que hiciera su oficio, pero Constanza se arrojó entre el cañon del arma y Carracciolo. Nuestro padre volvió á levantar el arcabuz; pero habia reconocido al jóven conde.

—¿Y era efectivamente Antoniello Carracciolo? murmuró la regente.

—Era el mismo, dijo el desconocido.

En aquella misma noche mi padre mandó á su muger y á su hija estuviesen dispuestas á partir antes de llegar el dia: las dos debian abandonar nuestra casa y buscar un asilo en la de una tia que teniamos en Monteleone. En el momento de partir, mi padre llevó á Constanza aparte y la dijo:

—Si le vuelves á ver, le mataré.

Constanza cayó de rodillas á los pies de mi padre, prometiéndole no volverle á ver; despues, con las manos en actitud suplicante y los ojos inundados de lágrimas, le pidió su perdon. Constanza partió con su madre, y cuando llegó el dia, las dos estaban ya fuera de las tierras del conde Antoniello.

La regente respiró.

Al dia siguiente fué mi padre á ver al conde. Ignoro lo que pasó entre ellos, pero lo que sé es que el conde le juró por su honor que nada tenia que temer en lo sucesivo por la virtud de Constanza.

Al dia siguiente de esta entrevista, el conde, por su parte, partió para Nápoles.

—Si, si, recuerdo su vuelta, murmuró la regente. ¿Y despues, despues?

—¡Y bien! Despues, señora, despues.... continuó acordándose de lo que hubiera debido olvidar. Los placeres de la córte, los favores de las damas de alto linage, las esperanzas de la ambicion, no pudieron lanzar de su memoria la imágen de la pobre calabresa: aquella imágen la tenia sin cesar á su vista de dia y de noche; ella atormentaba sus insomnios, ella abrasaba su sueño. Las cartas que dirigia á su hermano eran cada vez mas tristes, amargas, desesperadas. Su hermano alarmado, partió y llegó á la córte. Le creia enamorado de alguna reina, á cuya mano no se atreveria á aspirar. Prorumpió en una estrepitosa carcajada cuando supo que el objeto de aquel amor era una miserable calabresa.

—¿Estás loco, Antoniello? le dijo. Esa muchacha es tu vasalla, tu sierva, tu súbdita; esa muchacha es uno de tus bienes.

—Pero, dijo Antoniello, he jurado á su padre....

—¡Cómo! ¿qué has jurado, imbécil?

—He jurado no intentar volver á ver á su hija.

—Muy bien. Es preciso cumplas tu promesa. Un caballero no tiene mas que una palabra.

—Ya ves que todo está perdido para mi.

—¿Tú has jurado no intentar volverla á ver?

—Si.

—Pero ¿y si ella es la que viene á buscarte?

—¡Ella!

—Si, ella.

—¿Y dónde?

—Donde tú quieras. Aqui, por ejemplo.

—¡Oh, no! aqui no.

—Pues bien; en tu castillo de Rosarno.

—Mas yo estoy encadenado aqui; no puedo abandonar á Nápoles.

—¿Ni por ocho dias?

—¡Oh! ¿por ocho dias? si, es posible, encontraré algun pretesto para librarme de *ella* durante ocho dias. No sé de quien hablaba, señora, ni quién le retenia, es claro; pero eso es lo que dijo.

—Yo lo sé, dijo la regente poniéndose horrorosamente pálida. Continuad, continuad.

—Asi, replicó Raimundo, ¿cuando recibas mi carta partirás?

—En el mismo instante.

—Está bien.

Los dos hermanos se apretaron la mano al separarse; el conde Antoniello quedó en Nápoles, y Raimundo el Bastardo partió para la Calabria.

Un mes despues recibió el conde Antoniello una carta de su hermano, y preciso es hacerle justicia, es un hombre fiel á su promesa el conde. Aquel mismo dia partió.

He aqui lo que habia sucedido. No os impacienteis, señora; me acerco al desenlace.

—No me impaciento, escucho, respondió la regente; pero me estremezco escuchándoos.

—Un hombre habia sido asesinado cerca de la fuente. En aquel momento volvia mi padre de caza: encontró á aquel desgraciado espirando; se precipitó á su socorro, y cuando intentaba, aunque inútilmente, volverle á la vida, dos criados de Raimundo el Bastardo salieron del bosque y se apoderaron de mi padre como si fuera el asesino.

Por una estraña fatalidad, la carabina de mi padre estaba descargada, y por una coincidencia desgraciada, pero de la que Raimundo podria descubrir el secreto si no hubiera muerto, la bala que se estrajo del pecho del cadáver era del mismo calibre que las que se encontraron á mi padre.

La causa duró poco; los dos criados declararon en un sentido que no permitia á los jueces vacilar. Mi padre fué condenado á muerte.

Mi madre y mi hermana supieron á un tiempo la catástrofe, el proceso y el juicio; dejaron á Monteleone y llegaron á Rosarno el dia mismo en que el conde Antoniello, prevenido por la carta de su hermano, llegaba de Nápoles.

El conde Carracciolo, como señor de Rosarno, tenia derecho de alta y baja justicia. Podia, pues, con una señal suya dar á mi padre la vida ó la muerte.

Mi madre ignoraba que el conde hubiese llegado; encontró á Raimundo el Bastardo, que la anunció aquella nueva feliz, y la dió el consejo de ir á solicitar con su hija el perdon de nuestro padre y de su marido; no habia tiempo que perder; la ejecucion de mi padre se habia fijado para el siguiente dia.

Ella se apresuró á aprovecharse de la senda que le abria aquel consejo, que miraba como un consejo de amigo; fué por su hija, la llevó consigo sin decirla á donde la conducia, y el mismo dia de la llegada del noble señor, las dos desoladas mugeres fueron á llamar á la puerta de su castillo.

La pobre madre ignoraba el amor del conde á Constanza.

La puerta se abrió, como es de inferir, porque todo habia sido preparado por el infame Raimundo, para quien nada se opuso al logro de su proyecto; pero asi que entraron, la madre y la hija encontraron lacayos que les cerraron el paso, diciéndolas que una sola de las dos podia entrar.

Mi madre entró, Constanza esperó.

Encontró al conde Antoniello, que la recibió con semblante severo; ella se arrojó á sus pies, rogó, suplicó; Antoniello fué inflexible; se habia cometido un crímen, decia, su marido era culpable de aquel crímen; era preciso que el asesinato quedase vengado, era preciso que la justicia siguiese su curso; la sangre pedia sangre.

Mi pobre madre salió de la habitacion del conde herida por el dolor, anonadada por la desesperacion, y pidiendo gracia á Dios.

—Pero ¿en dónde estábais entretanto? preguntó la regente al desconocido.

—Al otro estremo de la Calabria, señora; en Tarento, en Brindis, qué sé yo. Yo estaba demasiado lejos para saber nada de lo que pasaba. Es lo que puedo deciros.

Mi madre salió, pues, desesperada y quiso llevarse consigo á su hija, pero Constanza la detuvo.

—A mi vez, madre mia, á mi vez intentaré conmover á nuestro señor. Acaso seré yo mas feliz que vos.

Mi madre movió la cabeza y cayó en una silla: nada esperaba.

Mi hermana entró.

—¡Sabia que aquel hombre la amaba, esclamó la regente, y sin embargo, se presentaba á él!....

—Mi padre iba á morir, señora; ¿comprendeis?

Isabel de Aragon se mordió los labios; mas al punto:

—Continuad, continuad.... dijo.

Diez minutos pasaron en una mortal ansiedad: al fin un criado salió con un papel en la mano.

—Monseñor el conde concede ámplio y completo perdon al culpable, dijo; aqui teneis el pergamino con su sello.

Mi madre arrojó un grito de alegría tan profundo, que parecia un grito de desesperacion.

—¡Oh! ¡gracias, gracias! dijo; y besando

la firma del conde se precipitó hácia la puerta. Mas deteniéndose de repente:

—¿Y mi hija? preguntó.

—Id al punto á la prision, dijo el criado; encontrareis á vuestra hija en vuestra casa cuando volvais.

Mi madre salió corriendo, loca de alegría, fuera de sí de felicidad; atravesó las calles de Rosarno gritando:—«¡Su perdon, su perdon! ¡tengo su perdon!....» Llegó á la puerta de la prision, donde ya se habia presentado dos veces sin poder entrar. Quisieron arrojarla de allí por tercera vez, pero enseñó el pergamino, y la puerta se abrió.

La condujeron al calabozo de mi padre.

A nadie esperaba mi padre mas que al verdugo, y sin embargo, en vez de la muerte era la vida la que entraba.

Hubo en aquella morada de dolor un instante de indecible júbilo.

En seguida pidió mi padre detalles: cómo mi madre y mi hermana habian sabido la acusacion que pesaba sobre él, como habian llegado hasta el conde; en fin, cómo habia pasado todo.

Mi madre empezó la relacion; mi padre la escuchó, interrumpiéndola á cada momento con sus esclamaciones; poco á poco dejó de hablar, y solo pronunció algunas palabras con temblorosa voz. Muy pronto se calló, despues su cabeza descansó en sus dos manos, el sudor de la angustia le subió al rostro, y el rubor de la vergüenza abrasó sus megillas; en fin, cuando mi madre le dijo que despedida por el conde habia permitido á mi hermana reemplazarla, saltó lanzando un rugido como un leon herido, y se lanzó á la puerta; la puerta estaba cerrada.

Cogió la piedra que le servia de almohada, y la lanzó con todas sus fuerzas contra la ferrada puerta que creia tener derecho de que le abriesen.

El carcelero se acercó y le preguntó qué queria.

—¡Quiero salir! esclamó mi padre, ¡salir al instante mismo!

—Imposible, dijo el carcelero.

—¡Tengo mi perdon! esclamó mi padre. ¡Le tengo, hele aquí!

—Si, pero en él se previene que no saldreis de la prision hasta mañana por la mañana.

—¡Mañana por la mañana! dijo el preso con una esclamacion terrible.

—Leedlo, si dudais de ello, añadió el carcelero.

Mi padre se aproximó á la lámpara, y leyó y volvió á leer el pergamino. El carcelero tenia razon; sea casualidad, sea error, sea cálculo, el dia de su salida se habia fijado para el dia siguiente por la mañana precisamente.

El preso no exhaló un grito, un gemido, un sollozo. Volvió á sentarse, mudo y sombrío, sobre su miserable lecho.

Mi madre se arrodilló delante de él.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—Nada, respondió.

—Pero ¿qué temes?

—¡Oh! poca cosa.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿qué crees, qué temes, qué piensas?

—Pienso que Constanza es indigna de su padre, y nada mas.

—¡Pero eso es imposible!

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Me han dicho que iba á salir en seguida que yo saliera. Me han dicho que nos esperaria en nuestra casa.

—Pues bien, vé á casa á ver si está, y si está vuelve con ella.

—Vuelvo, dijo mi madre.

Y llamó á la puerta y pidió la dejasen salir. El carcelero la abrió.

Fué corriendo á la casa. La casa estaba desierta; Constanza no habia vuelto á aparecer.

Fué precipitadamente á palacio y preguntó por su hija. La contestaron que no sabian lo que queria decir.

Volvió á su casa. Constanza aun no habia vuelto.

Esperó hasta la noche. Constanza no pareció.

Entonces pensó en su marido, y se dirigió de nuevo hácia la cárcel; pero ahora iba con paso lento y tan silenciosa como si hubiese seguido al cementerio el cadáver de su hija.

Como la vez anterior, la abrieron las puertas.

Encontró á su marido sentado en el mismo sitio; aunque habia reconocido sus pasos, no levantó la cabeza. Se tendió á sus pies y reclinó sin decir una palabra la frente sobre sus rodillas.

—¿Comprendeis, señora, qué noche tan infernal seria aquella para los dos desgraciados seres?

Al dia siguiente, al rayar el dia, abrieron la prision y anunciaron al reo que estaba libre.—Ya os lo he dicho, añadió el desconocido prorumpiendo en una terrible carcajada: ¡oh! ¡el conde Carracciolo es un noble señor, y que cumple religiosamente su palabra!....

Los dos ancianos salieron apoyándose uno en otro. Una sola noche habia aproximado á los dos diez años á la tumba.

Al dar vuelta á la esquina de la calle, desde donde se veia la casa, vieron á Constanza que les esperaba arrodillada en el dintel de la puerta.

No apresuraron el paso para aproximarse á su hija; su hija no se levantó para aproximarse á ellos.

Cuando estuvieron cerca de ella, Constanza unió sus manos y no pronunció mas que una palabra.

—¡Perdon!

Por un movimiento instintivo, mi madre se interpuso entre su marido y su hija.

Pero él la separó bondadosamente.

—¡Perdon! dijo alargando la mano á Constanza, ¡perdon! ¿y por qué perdon, hija mia? ¿no eres un ángel? ¿no eres una santa? ¿no eres mas que todo eso, no eres una mártir?

Y la abrazó.

En seguida, cuando la madre llevándose á su hija á lo interior de la casita, le dejó solo en la primera habitacion, descolgó su carabina, se la puso á la espalda, y se dirigió hácia el castillo.

Pidió permiso para dar gracias al conde.

El conde hacia una hora habia marchado á Nápoles.

Pidió permiso para dar gracias á Raimundo.

Raimundo habia marchado con su hermano.

Volvióse entonces á la casita, y arrimó su carabina á la chimenea. En seguida Constanza y su madre oyeron un ruido como el de un cuerpo pesado que habia caido; acudieron las dos, y encontraron al anciano tendido sin conocimiento en medio de la habitacion.

Le colocaron en la cama; mi hermana quedó junto á él, mientras mi madre iba á buscar un médico.

El médico movió la cabeza; sin embargo, sangró á mi padre. A la noche volvió el anciano á abrir los ojos.

Cuando volvia á abrir los ojos, yo pisaba el umbral de la puerta.

No vió á mi madre ni á mi hermana; á nadie vió mas que á mí.

—¡Hijo mio, hijo mio! esclamó, ¡oh! ¡es la venganza divina la que te trae!

Me arrojé en sus brazos.

—Salid, dijo á mi madre y á mi hermana, y dejadnos solos.

Mi madre obedeció, pero mi hermana quiso quedarse.

Entonces el anciano se incorporó en el lecho, y señalando á Constanza su madre que se alejaba:

—Seguid á vuestra madre, dijo con uno de esos gestos supremos que exigen ser obedecidos; seguid á vuestra madre, si quereis que os siga mi bendicion.

Constanza besó la mano del moribundo, se arrojó á mi cuello llorando, y siguió á mi madre.

Dejé mi carabina, mis pistolas y mi puñal sobre una mesa, y fuí á arrodillarme junto al lecho del anciano.

—Es la venganza divina la que te trae, repitió por segunda vez. Escúchame, hijo mio, y no me interrumpas; porque lo conozco, no me quedan mas que algunos instantes de vida: escúchame.

Le hice seña de que podia hablar.

Entonces me refirió todo.

Y á medida que hablaba, su voz se animaba, la sangre refluia á su rostro, la cólera rebosaba en sus ojos; se hubiese dicho que estaba en la plenitud de sus fuerzas, de su vida y de su salud. Pero al pronunciar la última palabra, cuando llegó al momento en que al volver á su casa, y habiendo puesto la carabina junto al hogar, creyó que ya tenia que renunciar á su venganza, exhaló un grito ahogado, y cayó su cabeza sobre la almohada.

Habia muerto.

Estuve mucho tiempo sin creerlo, por mucho tiempo le sacudí los brazos, mucho tiempo le llamé; al fin sentí sus manos irse enfriando entre las mias, al fin ví empañarse sus ojos.

Se los cerré, le crucé las manos sobre su pecho, le abracé por última vez, y eché por encima de su cabeza su sábana convertida en mortaja.

En seguida fuí á abrir la puerta del fondo, y haciendo seña á mi madre y á mi hermana de que se aproximaran:

—Venid, las dije, venid á orar junto á vuestro marido y vuestro padre muerto.

Las dos mugeres se arrojaron sobre el lecho mesándose los cabellos, y prorumpiendo en sollozos.

En tanto colocaba yo mis pistolas y mi puñal en el cinto, y echándome á la espalda la carabina, me dirigí á la puerta.

—¿Dónde vas, hermano? esclamó Constanza.

—A donde Dios me lleve, respondí.

Y antes que tuviese tiempo de oponerse á mi marcha, atravesé el umbral y desaparecí en la oscuridad.

Vine directamente á Nápoles.

Me habian dicho que érais vos no solo hermosa entre las hermosas, sino tambien justiciera entre las reinas.

Vine á Nápoles con la intencion de pediros justicia.

—¡Cómo! ¿no os la habeis hecho por vos mismo? preguntó Isabel.

—Una puñalada no era bastante para semejante crímen, señora; es el patíbulo el que yo queria. Antoniello Carracciolo ha deshonrado mi familia; yo quiero la deshonra de Antoniello Carracciolo.

—Es muy justo, murmuró la regente.

—Pero para mayor seguridad todavía, como supiese en el camino que se habia puesto precio á la cabeza de Rocco del Pizzo, y como leyese al llegar á Nápoles en una esquina del Mercato Nuovo el edicto por el que se ofrecian cuatro mil ducados al que le entregase muerto ó vivo; para mayor seguridad, digo, me presenté al gefe de la policía, ofreciendo entregar vivo á ese hombre á quien buscais por todas partes y á quien en ninguna podeis encontrar. Pero el gefe de la policía no quiso concederme lo que le pedia, es decir, una audiencia de V. A. Entonces resolví conseguir mi objeto por otro medio; robé en el camino de Resina á Torre del Greco.

—¿Entonces érais, pues, vos, y no Rocco del Pizzo?....

—Entonces robé en el camino de Aversa....

—¿Erais, pues, vos, y no el que se creia?....

—Entonces asesiné en el camino de Amalfi.

La muerte de Raimundo era el principio de mi venganza, porque estaba resuelto á recurrir á la venganza ya que se me negaba la justicia.

—Está bien, dijo la regente; Dios ha querido que yo os encuentre: todo se dispone bien.

—Todo se dispone bien, dijo el desconocido.

—¿Y os manteneis en el compromiso de entregarme á Rocco del Pizzo?

—Me mantengo.

—¿Sabeis dónde está?

—Lo sé.

—¿Respondeis de cogerle?

—Respondo de ello.

—¿Y me le entregareis vivo?

—En cambio de Carracciolo muerto: ya lo sabeis, es mi condicion, señora.

—Está dicho; perded cuidado. ¿Pero quién me responderá de vos de aqui á entonces?

—Es muy sencillo: enviadme preso; solo si me hareis conducir por dos guardias á algun balcon desde donde pueda asistir al suplicio de Carracciolo. Despues, una vez muerto Carracciolo, os entregaré á Rocco del Pizzo.

—Pero ¿y si no me le entregais?

—Mi cabeza responderá de la suya; os lo he dicho y lo repito.

—Es verdad, dijo la regente, lo habia olvidado.

Y dió palmadas, á las que acudió el capitan de guardias.

—Haced inscribir á este hombre en el registro de la Vicaría, dijo.

El capitan entregó el desconocido á dos guardias, y volvió á entrar.

—Ahora, continuó la regente, haced arrestar al conde Antoniello Carracciolo y conducidle al castillo dell'Ovo.

El capitan se presentó en el palacio de Carracciolo; pero sospechando sin duda algo del peligro que le amenazaba, Carracciolo habia desaparecido.

La regente al saber aquella noticia que le confirmaba la culpabilidad de su favorito, mandó al punto á los nobles del juzgado de Cápua, donde estaban inscritos los Carracciolo, le entregasen el culpable, dándoles tres dias solamente para cumplir aquella órden.

Pasaron los tres dias, y como al fin del tercero no hubiese vuelto á aparecer el conde, al dia siguiente vió Nápoles al despertarse cincuenta obreros ocupados en demoler el palacio de Antoniello Carracciolo, situado frente á la catedral.

Cuando el palacio estuvo completamente arrasado, llevaron un arado, surcaron con él el sitio donde se habia elevado, y sembraron de sal los surcos.

Despues se comenzó á demoler el palacio situado á la derecha del suyo: era el palacio del príncipe Carracciolo, su padre.

En seguida comenzaron á demoler el palacio de la izquierda: era el palacio del duque Carracciolo, su hermano mayor.

Demolido el palacio, se hizo en el sitio que ocupaba lo que se habia hecho con los otros dos.

La regente mandó que se hiciese lo mismo con los palacios de todos los Carracciolo, hasta que los Carracciolo hubiesen entregado al culpable.

En la noche que siguió á esta órden, Antoniello Carracciolo se constituyó él mismo prisionero.

Al dia siguiente su padre y sus dos hermanos se presentaron en palacio, pero la regente mandó contestar que no estaba visible.

Al otro dia escribió el prisionero á la duquesa para solicitar de ella la gracia de una entrevista; pero la duquesa mandó le dijesen que no podia recibirle.

Unos y otros renovaron durante ocho dias sus tentativas; pero ni unos ni otros obtuvieron el resultado que deseaban.

La mañana del noveno dia, los habitantes del Mercato Nuovo, con una admiracion mezclada de espanto, vieron en la plaza un patíbulo que la víspera no estaba allí. El fúnebre tablado habia salido de las sombras, sin que nadie le viese crecer, sin que nadie le oyese construir.

Habia en uno de los estremos del cadalso un altar y en el otro un tajo; entre el tajo y el altar estaban á un lado un sacerdote, al otro el verdugo.

Nadie sabia para qué era aquel patíbulo, aquel verdugo, aquel sacerdote, aquel tajo y aquel altar.

A poco se vió llegar por el malecon que va del muelle al Mercato Nuovo un hombre conducido por dos guardias. Se creyó al principio que aquel hombre era el héroe del drama que allí iba á representarse; pero entró seguido de sus dos guardias, en una de las casas de la plaza. Un instante despues volvió á aparecer, siempre entre sus dos guardias, á la ventana de aquella casa que daba frente al cadalso. Se habian engañado acerca de la importancia de aquel hombre, que al parecer debia ser simple espectador del suceso.

Un instante despues se oyeron voces á un tiempo por el malecon que va del puente de la Magdalena al Mercato Nuovo y en la calle del Suspiro. Dos cortejos avanzaban; el de la calle del Suspiro conduciendo á un jóven de buena presencia, el del muelle conduciendo á una linda jóven.

El jóven de buena presencia era Antoniello Carracciolo.

La linda jóven era Constanza.

Se presentaron los dos en la plaza al mismo tiempo, los dos se aproximaron al cadalso con paso igual, los dos subieron á él juntos; solo que Constanza subió por el lado del sacerdote, y Antoniello por el del verdugo.

Llegados á lo alto, Antoniello hizo un mo-

vimiento para dirigirse hácia Constanza, pero el verdugo le detuvo; Constanza dió un paso para avanzar hácia Antoniello, pero el sacerdote lo impidió.

Entonces el escribano desarrolló un pergamino y le leyó en alta voz. Era el contrato de matrimonio del conde Antoniello Carracciolo con Constanza Masalli, contrato por el que el noble desposado daba á su futura esposa, no solo todos sus títulos, sino tambien todos sus bienes.

Aunque la plaza estaba llena de gente, aunque ese gentío refluia á las calles circunvecinas, á pesar de que los balcones parecian construidos de cabezas y los tejados de las casas cargados de una mies dotada de vida, en el momento en que el escribano desplegó el pergamino, se hizo tal el silencio en aquella multitud, que ni una palabra del contrato de matrimonio se perdió.

Asi que aquella multitud, terminada la lectura, prorumpió en aplausos. Comenzábase á comprender que, á pesar de la diferencia de condiciones, la regente habia ordenado que el conde volviera á la aldeana el honor que la habia quitado.

En cuanto á los dos desposados, que probablemente hasta entonces no habian sabido de qué se trataba, pareció que cobraban ánimo; y cuando el sacerdote que habia subido al altar les hizo seña de que se aproximasen, fueron con paso bastante firme á arrodillarse ante él.

Inmediatamente comenzó la misa, acompañada de todas las ceremonias del matrimonio. El sacerdote preguntó á cada uno de los jóvenes si tomaba al otro por esposo, y los dos, con una voz inteligible pronunciaron el sí solemne. En seguida el ministro de Dios puso á Antoniello el anillo nupcial, y Antoniello le colocó en el dedo de Constanza.

Entonces se arrodillaron los dos de nuevo, y el sacerdote los bendijo.

Todos los circunstantes lloraban de alegría y de emocion al ver aquel estraño espectáculo, y bendecian á su vez á los dos jóvenes esposos cuando de repente, el mismo ministro que habia pronunciado las santas palabras del matrimonio, entonó con voz sorda las oraciones para los moribundos. Al oir aquel cambio, se estremeció toda aquella multitud y circuló entre ella un murmullo de terror, porque comprendia que no se habia ejecutado mas que la mitad del espectáculo, y que el desenlace iba á ser una catástrofe terrible.

En efecto, cuando Antoniello, ignorando como los demas el destino que le estaba reservado, echaba en derredor de sí una mirada de espanto, los dos ayudantes del ejecutor se apoderaron de él, y antes que tuviese tiempo de hacer un movimiento para defenderse, le ataron las manos, y mientras el verdugo desenvainaba la espada, condujeron al reo delante del tajo, que como hemos dicho, estaba al otro estremo del patíbulo frente al altar, y le obligaron á arrodillarse.

Constanza quiso lanzarse hácia Antoniello, pero el sacerdote detuvo á la jóven presentando un crucifijo entre ella y su esposo.

Vió entonces Antoniello que todo habia concluido para él, y comprendió que estaba irrevocablemente sentenciado; ya no pensó, pues, mas que en morir bien. Levantó la frente, dijo en voz alta una plegaria; despues volviéndose hácia Constanza medio desmayada:

—Hasta que nos veamos en el cielo, le dijo, y colocó su cuello en el tajo.

En el mismo instante la espada del ejecutor brilló como el rayo, y la multitud, arrojando un grito terrible, hizo un movimiento de retroceder; la cabeza de Carracciolo, separada del cuerpo de un solo golpe, habia saltado del tajo al suelo, y rodaba entre los pies de los que estaban mas próximos al patíbulo.

Dos cofradías religiosas se aproximaron entonces al cadalso: una de hombres, otra de mugeres. La primera se llevó el cadáver de Carracciolo decapitado, la segunda el cuerpo de Constanza desmayada.

La multitud siguió sus pasos, y á los pocos instantes se encontró la plaza enteramente sola; no quedaba mas que el terrible aparato, solitario, sangriento y en pie; permaneciendo allí para atestiguar sin duda á la poblacion de Nápoles que todo lo que acababa de ver era una realidad y no un sueño.

Cuando la plaza estuvo desocupada, el hombre que habia asistido á la ejecucion entre sus dos centinelas, bajó con ellos y tomó el camino del malecon. Pero en lugar de llevarle á la Vicaría, los soldados le condujeron al Palacio real.

Llegado allí le introdujeron en las mismas habitaciones que la primera vez, y conducido al mismo oratorio encontró en él á la regente, en el mismo sitio, en pié junto al reclinatorio, y la mano estendida sobre los Evangelios. Los soldados entraron con él y se colocaron uno á cada lado de la puerta.

—¡Y bien! dijo Isabel de Aragon, ¿he cumplido mi juramento?

—Religiosamente, señora, respondió el desconocido.

—Ahora os toca á vos cumplir la vuestra.

—Estoy pronto.

—¿Dónde está el hombre á cuya cabeza se ha puesto precio?

—Delante de V. A.

—Es decir, que Rocco del Pizzo....

—Soy yo, señora.

—Ya lo sabia, dijo Isabel.

—Entonces, replicó el bandido, ¿qué dispone de mí V. A.?

—Que sirvais de padre á la huérfana y de protector á la viuda.

—¿Cómo, señora?... esclamó Rocco del Pizzo.

—No sé yo hacer justicia ni gracia á medias, replicó la regente.

Despues, volviéndose hácia los soldados:
—Este hombre está en libertad de ir donde quiera, dijo; dejadle, pues, salir.

Y se volvió á entrar en sus habitaciones con paso tranquilo y seguro, con paso de reina.

Constanza volvió á Calabria con su hermano, porque todavía tenia, como se recordará, su pobre madre en Rosarno.

Rocco del Pizzo la siguió.

Pero cuando murió su madre, lo cual sucedió á la noche siguiente; ella se volvió á Nápoles, entró en el convento que la habia ya recogido, pagó su dote, y legó lo demás de la inmensa fortuna que la habia dejado su marido á la pobre comunidad, que se encontró rica de un solo golpe.

Rocco del Pizzo siguió á su hermana á Nápoles.

Pero el dia en que esta pronunció sus votos, cuando comprendió que no le necesitaba ya, y que el Señor le habia reemplazado junto á ella, desapareció y nadie le volvió á ver despues, ni se supo á punto fijo lo que fué de él.

Créese que se adhirió al partido de César Borjia, y que fué muerto al lado de aquel grande hombre, y al mismo tiempo que él.

VIII.

POUZZOLES.

Subimos á nuestro corricolo, dejando á la derecha el lago de Agnano, acerca del que hay poco que decir; entramos en la antigua via romana que conduce desde Nápoles á Pouzzoles, y que se llamaba la via Antonina. No cabia equivocarse, conserva el antiguo lecho de piedras volcánicas, está todo él costeado de sepulcros ó mas bien de ruinas sepulcrales, habiendo quedado á través de las edades dos ó tres tan solo como marcas seculares que permanecen en pie en el camino infinito del tiempo.

Nos detuvimos en el convento de capuchinos. Aquí es donde han trasportado la piedra en que San Genaro sufrió el martirio; esta piedra está todavía hoy manchada de sangre, y cuando el milagro de la licuefaccion se verifica en la capilla del Tesoro de Nápoles, la sangre que mancha aquella piedra, del mismo orígen que la que contienen las dos redomas, se liquida, segun dicen, y aun hierve.

Esta iglesia encierra ademas una efigie bastante hermosa del santo.

De la iglesia de los capuchinos á la Solfatara no hay mas que un paso. Nos habian preparado para la vista de ese antiguo volcan, nuestro viage por el archipiélago lipariota. Encontramos los mismos fenómenos: aquel terreno lleno de bocas que producen sonidos, y que á cada paso parece que os va á devorar en sus catacumbas arrojando llamas: aquellas humeantes grietas, á través de las que sale un vapor espeso é infecto; en fin, en los sitios en que esos vapores son mas condensados, esas tejas y ladrillos preparados para recibir allí la sal amoniaco que de ellas se sublima, y que se recoge sin otro gasto todas las madrugadas y todas las posturas del sol.

La Solfatara es el *Forum vulcani* de Strabon.

A pocos pasos de la Solfatara están los restos del anfiteatro llamado tambien *Carceri*, nombre que ha prevalecido al otro, y que recuerda las persecuciones cristianas de los siglos segundo y tercero. En este anfiteatro es donde el rey Tiridates, conducido por Neron que le hacia notar la fuerza y destreza de sus gladiadores, queriendo mostrar cuál era su fuerza y su destreza, cogió un venablo de mano de un pretoriano, y lanzándole á la arena, mató dos toros de un golpe.

Segun todas las probabilidades, tambien es en aquel circo donde San Genaro, habiéndose librado de las llamas y de las fieras, fué decapitado, lo cual permitió Dios, como hemos dicho, porque era el curso ordinario de la justicia. Una de las cuevas que ha hecho dar al monumento el nombre de *Carceri*, erigida en capilla, es la que la tradicion asegura haber servido de prision al mártir.

Cerca del *Carceri* está la casa de Ciceron, ese mártir de una reaccion política, así como San Genaro lo fué de una gran revolucion divina.

Esa casa era la vila predilecta del autor de las *Catilinarias*. La preferia á su vila de Gaeta, á su vila de Cumas, á su vila de Pompeya, porque Ciceron tenia vilas en todas partes. En aquel tiempo, como hoy, la profesion de abogado y la de orador daban á las veces, segun parece, escelentes productos.

Verdad es que tambien tenian sus disgustos, como por ejemplo, tener despues de su muerte la cabeza y las manos clavadas en la tribuna de las arengas, y la lengua atravesada por una aguja de oro. Pero en fin, eso no sucedia á todos los abogados, testigo Salustio. Y tambien, ¿por qué diablos se habia Ciceron mezclado en negocios que no le atañian, y se habia permitido inconveniencias acerca de los cabellos postizos de Libia? Medítenlo bien, se acaba comunmente por descubrir que en las grandes desgracias que nos suceden, siempre hay en nosotros alguna culpa.

Pero entretanto, Ciceron pasó muy buenos y apacibles dias en aquella vila que lindaba con los jardines de Pouzzoles, y donde com-

puso sus *Controversias académicas*. Se descubria desde allí una vista magnífica que no impedia en aquella época ese estúpido Monte Nuovo, nacido en una noche como una seta, para estropear todo el paisage.

De Pouzzoles es de donde Augusto partió para ir á hacer la guerra á Sexto Pompeyo, con quien dos ó tres años antes, Antonio Lépido y él habian hecho un tratado de paz en el cabo de Misena.

Un momento antes de firmarse aquel tratado, fué cuando viendo á los triumviros reunidos en el navío de su señor, Menas, liberto y almirante de Sexto, se inclinó al oido y le dijo en voz baja:

—¿Quieres que corte el cable que sujeta tu navío á la costa y te haga dueño del mundo?

Sexto reflexionó un instante: la proposicion valia la pena; luego volviéndose hacia Menas:

—Era necesario haberlo hecho sin consultarme, respondió. ¡Ahora es demasiado tarde!

Y volviéndose hácia los triumviros con el rostro risueño y sin imaginar que habian corrido un gran peligro, continuó discutiendo aquel tratado que dejaba la tierra á Octavio, Antonio y Lépido; y á él, hijo de Neptuno, que habia cambiado su manto de púrpura por la toga verde de Glauco, las islas y el mar.

Materia da para una admirable novela este jóven rey del mar, que fué el primer amante de Cleopatra y el último antagonista de Augusto, y que mientras Roma prometia cien mil sextercios (80,000 reales) por cada cabeza de proscripto, el ofrecia doscientos mil por cada desterrado que llevaran á sus bageles, único lugar del mundo donde un proscripto podia á la sazon estar con seguridad.

Desgraciadamente, ¿qué importan á nuestros lectores en el año de gracia de 1842, los amores de Cleopatra, las proscripciones de Octavio, y las escursiones marítimas de Sexto Pompeyo, aquel galante raptor que acaso fue el único hombre honrado de su tiempo?

Pouzzoles era el lugar de cita de la aristocracia romana. Pouzzoles tenia sus manantiales como Plombieres, sus termas como Aix, sus baños de mar como Dieppe. Despues de haber sido el señor del mundo y no haber hallado en todo su imperio otro sitio que le agradase, Sila fué á morir á Pouzzoles.

Augusto tenia allí un templo que le habia elevado el caballero romano Calpurnino. Es hoy la iglesia de San Próculo, compañero de San Genaro.

Tiberio tenia allí una estátua colocada en un pedestal de mármol que representaba las catorce ciudades del Asia Menor que habia destruido un temblor de tierra y que Tiberio habia hecho reedificar. La estátua desapareció sin que se haya podido volverla á encontrar. El pedestal existe todavía.

Calígula hizo edificar el famoso puente que realizaba un sueño tan insensato como el de Jerjes; este puente partia del muelle, atravesaba el golfo é iba á terminar en Bayes. Su construccion ocasionó la suspension de los trasportes y el hambre de Roma. Veinte y cinco arcos le sostenian partiendo del muelle; y como mas allá era el mar demasiado profundo para que se pudiese continuar colocando pilares, se habia reunido un número infinito de galeras que se habian fijado con áncoras y cadenas; despues sobre estas galeras se colocaron tablas que cubiertas de tierra y piedra, formaban el puente. El emperador pasó por él, revestido con la clámide, armado con la espada de Alejandro el Grande, y llevando tras de sí, en su carro tirado por cuatro caballos, al jóven Darío, hijo de Arbano, que los partos le habian dado en rehen.—Y todo esto ¿sabeis por qué? Porque un dia Trabilo, astrólogo de Tiberio, habiendo visto al anciano emperador mirar á Calígula con aquella inquieta mirada que tan bien conocia.

—Calígula, dijo, no será emperador sino cuando atraviese á caballo el golfo de Bayes.

Calígula atravesó á caballo el golfo de Bayes, y para desgracia del mundo, al que hubiese prestado un inmenso servicio Tiberio ahogándole, Calígula fué cuatro años emperador.

Hoy de aquellos veinte y cinco arcos quedan todavía doce gruesos pilares, de los que unos se elevan sobre la superficie de las olas, otros están cubiertos por el mar.

En fin el señor de los dioses tenia allí un templo en que era adorado bajo el nombre de Júpiter Serapis. Minado segun toda probabilidad, por el agua, y sepultado al mismo tiempo bajo las cenizas en el terremoto de 1538, se volvió á encontrar en 1750, pero fué despojado al punto de lo mejor que tenia y llevado á Caserta. No queda hoy de él mas que tres de las columnas que le rodeaban, dos de los doce jarrones que adornaban el menóptero, y soldado á su pavimento de mármol griego, uno de los anillos de bronce que servian para atar las víctimas en el momento de su sacrificio.

Ese temblor de tierra de 1538 de que acabamos de hablar, es el gran suceso de Pouzzoles y sus inmediaciones. Una mañana, Pouzzoles se ha despertado, ha mirado al rededor de sí y no se ha reconocido. Donde la víspera habia dejado un lago, encontraba una montaña; donde habia dejado un bosque, hallaba cenizas; en fin, donde habia dejado una aldea no veia nada.

Una montaña de una legua de estension habia salido durante la noche, separado de su sitio el lago Lucrino, que es la Stigia de Virgilio, cegado el puerto Julio, y devorado la aldea de Tripergoli.

Hoy, el Monte Nuovo (se le ha bautizado con este nombre que ciertamente ha merecido,) está cubierto de árboles como una verdadera montaña, y no presenta la menor dife-

rencia de las demas colinas que existen allí desde el principio del mundo.

Habiamos acordado ir á comer orilla de el mar, para probar las ostras del lago Lucrino y beber vino de Falerno. Nos dirigimos, pues, hácia el sitio designado, donde nos esperaban provisiones previsoramente compradas en Nápoles y enviadas de antemano, cuando al llegar cerca de las ruinas del monte de Venus, vimos un grupo de paseantes que se disponian á hacer lo mismo. Nos aproximamos, ¡y á quién reconocimos! ¡á Barbbaja, el ilustre empresario, á Dupréz, nuestro célebre artista, y la *diva* Malibran como se le llamaba entonces en Nápoles y como se le llama hoy en todo el mundo!

Era este encuentro para nosotros una buena fortuna, y como habia deseo de corresponder á nuestro ofrecimiento con otro ofrecimiento semejante, convinimos al instante mismo y por aclamacion en que las dos comidas se reuniesen en una sola.

Convenidos en este punto esencial, como se necesitaba todavía cierto tiempo para disponer el banquete comun, y no estábamos mas que á doscientos pasos de las termas de Neron, donde el guarda nos ofrecia hacer cocer nuestros huevos, aceptamos la proposicion, le entregamos la cesta que los contenia, y marchamos detrás de él.

El pobre hombre se parecia mucho á los perros de la gruta de que he hablado en un capítulo precedente. A medida que nos aproximábamos á las termas, su paso se contenia. Desgraciadamente la curiosidad es implacable. Fuimos, pues, insensibles á los gemidos que lanzaba, y abierta la puerta de las termas, nos precipitamos dentro.

Aquellas termas se componian de dos grandes salones donde vimos una docena de baños deteriorados. Entre estos baños hay nichos vacíos. Estos nichos están destinados á estátuas que señalaban con la mano las enfermedades que curaban aquellas aguas termales. Su eficacia era todavía tal en la edad media, que refiere una antigua tradicion que tres médicos soberbios, al ver que las curas operadas por aquellas aguas disminuian su clientela, partieron de aquella ciudad, desembarcaron durante la noche en Bayes, destruyeron el establecimiento completamente, y se volvieron á embarcar; pero sea casualidad, sea castigo divino, levantándose una tormenta, naufragó su buque cerca de Capri, y los tres perecieron en las olas. Habia en el palacio del rey Ladislao, segun afirma Dionisio de Larno, una inscripcion que condenaba á la execracion pública los nombres de aquellos tres médicos.

Desde aquel tiempo no va ya el agua á los baños; los viageros tienen que irla á buscar, lo cual no es cosa fácil, porque la galería por donde se penetra hasta los manantiales da paso tan solo á un hombre, y es allí el aire tan caliente y está tan enrarecido, que á los diez pasos el mas tenaz de nosotros se vió obligado á volverse.

Entretanto el guarda de las termas se preparaba con el aspecto de un hombre que va á subir al cadalso; en seguida cogió por el asa nuestra cesta de huevos, y separándonos de la entrada de la galería, se lanzó en ella y desapareció en sus profundidades.

Pasaron dos ó tres minutos, durante los que creimos que el pobre diablo habia descendido verdaderamente hasta el infierno; mas al cabo de esos tres minutos empezamos á oir lejanas quejas, las cuales cambiaban en gemidos á medida que se aproximaban: por fin vimos volver á nuestro mensagero de difuntos, con su cesta en la mano, bañado en sudor, pálido, vacilante. Cuando llegó junto á nosotros, como si no hubiese tenido fuerza mas que para atravesar aquel trayecto, cayó á tierra y se desmayó.

Grande fué nuestro temor, y si no hubiésemos visto á la puerta al hijo de aquel buen hombre, quien sin inquietarse para nada por su padre, partia avellanas, le hubiéramos creido muerto. Preguntamos al muchacho qué habia que hacer para aliviar al autor de sus dias.

—¡Bah! nada, respondió. Esperad un poco, va á volver en sí.

Esperamos, y efectivamente, aquel pobre hombre recobró sus sentidos. Habia tenido conciencia, y como habia querido que los huevos estuviesen bien cocidos, habia permanecido siete ú ocho segundos mas que lo ordinario. Pero siete ú ocho segundos son una gran cosa cuando se trata de respirar una atmósfera que no es respirable. Por consiguiente, dos segundos mas, y el mismo guarda queda cocido.

Preguntamos á aquel desgraciado qué acostumbraba ganar al dia con el espantoso oficio que desempeñaba. Nos respondió que dia bueno con malo, ganaba tres carlinos diarios (veinte y seis ó veinte y siete cuartos). Su padre y su abuelo habian tenido el mismo oficio y habian muerto antes de cumplir cincuenta años; él tenia treinta y ocho, y parecia tener sesenta, tan estenuado y demacrado estaba, efecto de ese sudor que continuamente le corria por el cuerpo. El muchacho que habíamos visto tan completamente insensible ante su desmayo, era su hijo único, y le educaba en el mismo oficio que él tenia. De vez en cuando, siempre que habia de agradar á los estrangeros, cogia de la mano al chico y le llevaba con él para cocer sus huevos. Mad. Malibran habló un instante en la gerga del pueblo de Nápoles con aquel jóven adepto, el cual la preguntó entre otras cosas, quién era el imbécil que habia podido inventar las gallinas. El resultado de la conversacion fué que el mocito no parecia tener una gran vocacion á la profesion con tanta gloria ejercida hacia tres generaciones por su familia.

Dimos á su feliz padre tres colonates, es decir, lo que ganaba ordinariamente en una semana; luego quisimos dar á su educando un par de huevos, pero nos respondió desdeñosamente que no comia semejantes porquerías, y que eso era bueno para los ratones de los estrangeros como nosotros. Estas fueron exactamente las palabras de aquel niño.

Volvimos meditando sobre ellas al sitio en que nos esperaba la comida. Debo decir en alabanza de Barbbaja, que si lo que nos presentó era lo que daba ordinariamente á sus artistas, los alimentaba perfectamente bien. A esto se habia añadido lo que nosotros llevábamos, de que no hay para que ocuparse, y despues las ostras del lago Lucrino, y el vino de Falerno, tan alabado por Horacio.

Las ostras me pareció que merecian la antigua reputacion que las ha acompañado á través de las edades; se parecen mucho á las de Marennes; su único defecto es ser muy gruesas y demasiado dulces. En cuanto al Falerno es un vino amarillo y espeso que se parece en el gusto al de Montefiascone. Hecho por hábiles fabricantes seria escelente. Tal como es, parece buena sidra dulce.

Luego nos llevaron fruta de Pouzzoles. Pouzzoles es la huerta de Nápoles; desgraciadamente los hortelanos italianos no tienen mas conocimientos que los cosecheros de vino. De lo cual resulta que en un pais donde gracias á un admirable clima podrian comerse las frutas mas esquisitas de la tierra, hay que contentarse con las que la mano del hombre todavía no ha sabido mejorar, y que nacen espontáneamente, tal como los higos, las granadas y las naranjas.

Terminada la comida, se dividieron las opiniones: unos eran de parecer de meterse en aquel momento en la lancha que nos estaba esperando, y dar un paseo por el golfo; los otros querian aprovechar lo que nos quedaba de dia para visitar la gruta de la Sibila, Cumas, la Piscina maravillosa, los cien salones y la tumba de Agripina. Se llegó á las voces, y habiendo vencido el partido arqueológico al partido náutico, nos dirigimos inmediatamente hácia el lago de Averno. Jadin y yo éramos naturalmente los gefe del partido arqueológico.

IX.

EL TÁRTARO Y LOS CAMPOS ELÍSEOS.

Al contrario de todas las cosas de este mundo, el Averno es mas bello cuanto mas envejece. Si se ha de creer á Virgilio, era en tiempo de Eneas un lago negro, rodeado de sombríos bosques, por encima de cuya superficie, los pájaros, por rápido que fuese su vuelo, no podian pasar sin ser heridos de muerte. Hoy es un lago encantador como el lago de Nemi, como el de los Cuatro Cantones, como el de Loch-Leven, que adorna mucho el paisage, y que parece un lindo espejo colocado allí espresamente para reflejar un hermoso cielo.

Nuestro cicerone (en Italia no hay medio de librarse del cicerone) nos condujo á Barbbaja, Dupréz, Mad. Malibran, Jadin y yo, á las ruinas de un templo que nos hizo pasar por un templo de Apolo. Como, gracias á nuestros estudios preliminares, sabíamos á qué atenernos, le dejamos tranquilamente engolfarse en sus esplicaciones, y vimos allí en Pluton el verdadero dueño del terreno.

Por lo demas, ese templo es muy antiguo y muy célebre. Anibal, detenido ante Pouzzoles, á donde los romanos habian enviado una colonia al mando de Quinto Fabio, fué á visitar ese mismo templo, y para atraerse el favor de los habitantes de las inmediaciones, hizo en él, dice Tito Livio, un sacrificio al rey de los infiernos.

Costeamos las orillas del lago marchando de Oriente á Occidente, y no tardamos en atravesar un foso antiguo que pasamos saltando de piedra en piedra: este era el cauce del canal que Neron, ese ambicioso de lo imposible, como dice Tácito, hizo escavar de Bayes á Ostia, y que debia tener veinte leguas de longitud, y ser bastante ancho para que dos galeras de cinco remos pudiesen pasar por él de frente. Este canal estaba destinado, dice Suetonio, á reemplazar la navegacion de las costas, que entonces, como hoy, era muy peligrosa. Neron fué uno de los emperadores mas prudentes que ha habido: un trueno le hizo un dia dejar un viage á Grecia, para el que estaba preparado. Desgraciadamente no pudo disfrutar de la via que habia abierto á fuerza de brazos y dinero. La revolucion de Galba acacció, y como dijo el mismo Neron en el momento de degollarse, el mundo tuvo la desgracia de perder aquel gran artista.

Habiamos llegado á pisar el terreno que en otro tiempo ocupaba la ciudad de Cumas. Una sola puerta ha quedado en pie, y se llama, no sé por qué, el *Arco felice*. A dos pasos de esta puerta era donde estaba el sepulcro de Tarquino el Soberbio, que desterrado de Roma, fué á morir á Cumas. Petrarca vió esta tumba en su viage á Nápoles, y habla de él en su itinerario. Se asegura que despues ha sido trasportado al museo. Lo que hay de cierto es que en el museo se enseña un sepulcro que se hace pasar por aquel.

Tambien es en Cumas donde Petronio se hizo abrir las venas, pero como verdadero sibarita que era, en un baño perfumado y conversando con sus amigos. Se cerraba las venas cuando la conversacion se hacia mas in-

teresante, y las volvia á abrir cuando languidecia. En fin, mandó le llevasen los jarrones murrhinos, que rompió para que Neron no heredase nada de él; despues cambió de sitio, porque era necesario que aquella muerte violenta tuviese la apariencia de una muerte voluntaria; y por último, entregó en el momento de morir á un amigo suyo el manuscrito de *Trimalcion*, ese inmortal monumento de los desordenes imperiales, de que habia sido el cómplice antes de ser el historiador.

Epoca curiosísima era aquella. El poder supremo se habia perfeccionado de tal modo, que el verdugo habia llegado á ser un personage inútil. Una señal bastaba, un gesto lo decia todo. El sentenciado comprendia la sentencia, se iba á su casa, hacia un testamento en que legaba la mitad de sus bienes al César, para que su familia pudiese heredar la otra mitad; daba gracias al emperador por su clemencia, hacia calentar un baño, se metia en él, y se abria las venas. Abrirse las venas era la muerte de moda; un hombre de tono no se servia ni de la espada ni del puñal: esto era muy bueno para estóicos como Caton, ó para soldados como Bruto y Casio; pero los romanos del tiempo de Neron necesitaban una muerte voluptuosa como la vida, una muerte sin dolor, una cosa semejante á la embriaguez y al sueño. Cuando llamaban al barbero, preguntaba este con la mayor sencillez: ¿Necesito llevar mis navajas ó mi lanceta? Y llegó un tiempo en que estos venerables rapabarbas practicaban mas sangrías que afeitaban.

Ademas, para aquellos á quienes no se podia hacer seña de que se mataran, como Petronio que no era mas que un rico dandy; Lucano, un pobre poeta; Séneca, un pico de oro; Burro, soldado veterano; Pallas, miserable liberto, para un padre que gozaba escesiva longevidad, por ejemplo; para una madre, para un tio, estaba Locusta, el vecino del tiempo. Habia en su casa un surtido de venenos como pocos químicos modernos poseen. En su casa se compraba con confianza. Y por otra parte, los que temian ser estafados los ensayaban en niños y no pagaban sino cuando quedaban satisfechos.

Puede formarse una idea de lo que hubiera llegado á ser una sociedad semejante si la religion cristiana no hubiera venido á purificarla!

Como Eneas, nos dirigíamos hácia la cueva de la Sibila. A cincuenta pasos de la puerta nos encontramos al conserge que se acercó á nosotros con la llave en la mano, mientras que algunos mozos que se habian quedado atrás, nos esperaban en el dintel con hachas encendidas. Los preparativos nos parecian poco agradables. Ademas, habíamos visto ya tantos subterráneos, grutas y cuevas, que ya nos empezaba á parecer bastante en su género. Cambiamos una mirada que queria decir: Sálvese el que pueda! pero era demasiado tarde; estábamos rodeados, éramos cautivos, éramos, en fin, propiedad de los *ciceroni*: habíamos ido para ver, no debíamos irnos de allí sin haber visto. En un instante se abrió la puerta, fuimos rodeados, cogidos, impulsados, y nos hallamos dentro. Ya no habia medio de retroceder.

Dimos próximamente unos cien pasos, no por aquella alta caverna qne esperábamos hallar fiados en Virgilio: *Spelunca alta fecit*, sino en una galería bastante baja y muy estrecha. Andados aquellos cien pasos creimos que estábamos libres y quisimos retroceder. ¡Disparate! No habíamos visto todavía mas que el vestíbulo. En aquel momento Jadin que iba el primero dió unos chillidos como un pavo real, no habia oido lo que le decia su guia, y habia caido en el agua hasta la rodilla. Entonces creimos que habia ya concluido aquello y que habíamos disfrutado bastante; aun nos engañábamos. Yendo cada uno de nosotros entre dos guias, uno que llevaba un hacha y el otro que, como el page de Malborough no llevaba nada, se ejecutó una maniobra que no podíamos esperar. El guia que iba delante de nosotros se inclinó, el guia que iba detrás se estiró, de modo que por un movimiento rápido como el pensamiento nos encontramos, inclusa Mad. Malibran, á cuestas de un *ciceroni*. Desde entonces ya no fué posible la defensa, y nos entregamos á merced del enemigo.

¡Ay! las vueltas y revueltas que nos hicieron dar en aquella espantosa caverna, las paparruchas horribles que nos refirieron de aquella buena sibila, el infinito número de golpes que nos dieron en la cabeza contra el techo, y en las rodillas contra la pared, solo Dios lo sabe! pero lo que sé es que al salir de aquel avispero tenia un grandísimo deseo de devolver á quien tenia la culpa los coscorrones que habia recibido. No obstante, comprendimos que como nadie iria á semejantes sitios por su voluntad, y es una cosa convenida que se deben ver, es bueno que haya gentes que os lleven por ellos á la fuerza. El resultado de este raciocinio fué que nuestros mandaderos se repartieron dos duros de propina; mediante lo cual nos volvieron á conducir con las hachas en la mano y llamándonos altezas, hasta las orillas del lago Aqueronte.

El Aqueronte es un desengaño para los aficionados á lo terrible, sus aguas continuan siendo de un azul oscuro. Pero no es ese pantano de dolor que ha hecho le den su nombre; es por el contrario un bonito lago que reparte con su amigo el lago Agnano el monopolio de encharcar el cáñamo, y con su vecino el lago Lucrino, el privilegio de mantener escelentes ostras que pesca uno mismo con ayuda de una barca que dirige el sucesor de Caronte. La única cosa que le ha quedado de su verdadero antepasado, es su exactitud en pediros el óbolo.

Orilla del lago hay una especie de casino (leed ventorrillo) donde los *leones* de Nápoles van á hacer meriendas del género de las de la Regencia.

Desde las orillas del Aqueronte nos enseñaron el Cócyto, que nos pareció menos cambiado que su terrible vecino. Continua siendo un mar de agua estancada. Y aun creo que ha conservado la buena propiedad que tenia en la antigüedad, de oler muy mal.

La cueva del Cervero está al estremo del canal que comunica desde el Aqueronte con el mar. La cueva del Cervero tiene su *ciceroni*, como le tiene hasta el mas pequeño agujero de aquel feliz rincon de la tierra. Solo que han calculado que la cueva del Cervero no tenia bastante importancia para concederle un hombre completo: la han dado un jorobado á quien falta una pierna, pero que le queda felizmente una lengua y las dos manos. Hizo con esas dos manos y esa lengua todo lo que pudo por atraernos hácia la localidad que esplota; pero como no se atrevió á responder-nos de un modo cierto de que encontraríamos al Cervero en su morada, la vista de la cueva falta de su inquilino nos pareció semejarse mucho á la de la carpa y el conejo, padre y madre de ese famoso mónstruo que se enseñaria en provincia si Mr. de La Cepéde no le hubiese hecho pedir para el Museo de París.

Ofrecimos á Milord la supervivencia del Cervero, pero Milord no tenia bastante confianza en las grutas desde que habia visto la del Perro, para que aceptase aquella posicion por ventajosa que fuese.

Inútil es añadir que el jorobado recibió su carlino, como si hubiéramos visitado el antro de su alano.

Desde las orillas del Cócyto, nos dirigimos en un momento á las ruinas del palacio de Neron.

Se elevaba este palacio en el punto mas encantador del golfo de Bayes, el cual segun Horacio ganaba en belleza á las costas mas agradables del universo, y cuya atmósfera, como en Pestum, tenia tal perfume y producia tal embriaguez, que Propercio aseguraba que una muger estaba comprometida con solo permanecer allí una semana. A pesar de esto, y acaso precisamente por lo mismo, los mas ricos ciudadanos de Roma tenian su quinta en Bayes. Mario, Pompeyo, César, iban allí á pasar el verano. En la quinta de este último fué donde murió el jóven Marcelo, muy probablemente envenenado por Libia, y cuya muerte debia dar materia á Virgilio para uno de los hemistiquios mas lindos y lucrativos á la vez de su sesto canto. Byron se vanagloriaba de vender sus poemas á guinea (cien reales) por cada verso. Preguntad á Virgilio lo que le produjo el ¡*Tu Marcellus eris*!

Volvamos al palacio de Neron, hoy medio sumergido en las aguas y del que las olas arrebatan diariamente alguna sangrienta partícula. A ese palacio fué á donde llamó á su madre Agripina; en él es donde con ella queria celebrar las fiestas de la reconciliacion.

Ved al uno en frente de la otra; la leona y el cachorro: la leona acostumbrada despues de largo tiempo á la carniceria; el leoncillo, que todavia no ha saboreado mas que una vez la sangre: verdad es que era la sangre de su hermano.

Dirijamos una mirada al paso sobre este cuadro; aseguramos al lector que vamos á presentarle una de las páginas mas terribles que se han escrito en el libro de la historia del género humano.

En primer lugar, recorramos nuestros personages: veamos lo que era Agripina, porque el crímen del hijo nos ha hecho olvidar los crímenes de la madre; y como se nos ha presentado esta envuelta en un sangriento sudario, no hemos podido distinguir la sangre que era suya de la sangre que pertenecia á los demás.

Ella es hija de Germánico; su madre es aquella Agripina, noble viuda, y fecunda matrona que arribaba á Brindis llevando en sus brazos la urna cineraria de su marido, y seguida de sus seis hijos, de los que cuatro debian ir muy pronto á reunirse con su padre. Los primeros que desaparecieron fueron los dos primogénitos, Neron y Druso (es preciso no confundir este Neron, última esperanza de los republicanos, con el hijo de Domicio, de quien vamos á hablar). Neron fué desterrado á Pontia, donde murió. ¿Cómo? No se sabe, probablemente como se moria entonces. En cuanto á Druso, no hay duda acerca de él, y el hecho es de los mas evidentes: le encerraron el dia menos pensado en los subterráneos del palacio, y durante nueve dias se olvidaron de llevarle de comer; al décimo bajaron á su prision con un plato de comida, vinos y frutas; le encontraron espirando; habia vivido ocho dias devorando el pelote de su colchon.

La madre fué castigada por un enorme crímen: habia llorado á sus hijos. La desterraron *ob lacrymas*; se suicidó en el destierro.

A poco tiempo no quedaba ya de la raza de Germánico mas que Agripina y Cayo Calígula, esa serpiente que Tiberio criaba, segun decia, para que devorase al mundo.

Tiberio, que como se vé se interesaba demasiado por toda su raza, habia casado á Agripina con un cierto Cneo Domicio, en quien el robo y el homicidio eran los crímenes mas leves. Como pretor, habia robado las apuestas de las carreras. Un dia en pleno Foro habia sacado un ojo á un patricio. Otra vez aplastó bajo los pies de sus caballos á un niño que no se separó bastante pronto. En fin, en otra ocasion mató á un liberto á quien habia dado un vaso lleno de vino para que lo vaciase de una sola vez, y que faltándole la respiracion cometió la falta de bebérselo en dos veces. Cuando la muerte de Tiberio, estaba acusado de lesa

magestad. Tiberio murió ahogado por Macron, y Cneo Domicio fué absuelto.

Calígula habia muerto. De los seis hijos de Germánico, solo quedaba Agripina. Reinaba Claudio. Acababa Claudio de mandar matar á Messalina, su tercera muger, la cual, muger del emperador como era, habia tenido el capricho de casarse públicamente con su amante Silio. Disgustado del matrimonio, habia jurado el emperador á sus pretorianos que en adelante viviria sin muger. Pero los libertos de Claudio habian decidido que Claudio se volveria á casar.

Eran estos tres: Calisto, Narciso y Pallas; los primeros personages del Estado, los verdaderos ministros del emperador. ¿Quereis saber la fortuna de estos tres esclavos recientemente libres? Pallas tenia trescientos millones de sextercios (doscientos cuarenta millones de reales); Narciso era mas rico en una cuarta parte: tenia cuatrocientos millones de sextercios (trescientos veinte millones de reales); en cuanto á Calisto, era el mas pobre: el desgraciado no tenia sino unos cuarenta millones. Por lo demas, era aquella la época de las fortunas escandalosas. Un esclavo que habia sido *dispensator*, título que corresponde al de provisor general, habia segun refiere Plinio, comprado su libertad por la bagatela de trece millones. Recordareis á Apicio el Gloton, el cual, despues de haber gastado veinte millones en su mesa, es advertido por su mayordomo de que no le quedan mas que dos millones quinientos mil francos. Ahora bien; ¿qué creereis que hará Apicio? ¿Que colocará su dinero al 10 por 100, interés legal de Roma, y de las sobras de su patrimonio se creará doscientas cincuenta mil libras de renta, lo que aun es un bonito caudal? Nada de eso. Apicio se envenena: no tiene ya bastante para vivir. Verdad es que Apicio habia dado hasta mil y doscientos francos por un barbo marino de cuatro libras y media que hacia vender Tiberio, encontrando ese pescado demasiado bueno para su mesa. Cuesta trabajo creer semejantes locuras. Leed, no obstante, á Séneca, epístola 95. Pero volvamos á nuestros libertos.

Cada uno de ellos tenia una muger, á quien protegia, una emperatriz que queria dar por su mano á Claudio, al emperador imbécil que se dormia en la mesa, á quien calzaba sus sandalias en las manos, á quien hacia cosquillas en la nariz con una pluma, y entonces con gran júbilo de los convidados se rascaba la nariz con sus sandalias. Calisto presentaba á Lolia Paulina, que habia sido en otro tiempo muger de Calígula. Narciso presentaba á Elia Petina, que habia sido ya muger de Claudio, lo cual economizaba el gasto de nuevas bodas. En fin, Pallas presentaba á Agripina, de quien era el amante, y que llevaba en dote á César, un nieto de Germánico. Quedaron las tres mugeres con Claudio. Agripina venció y la hizo emperatriz.

Agripina habia, pues, llegado al fin á una posicion digna de ella. Veamos la obra.

Silano es el prometido de Octavia, hija de Claudio; pero Octavia ha venido á ser un partido adecuado para el hijo de Agripina. Silano es despojado de la pretura, acusado del primer crímen que se inventa, é invitado á darse la muerte; Silano se mata.

Su rival Lolia Paulina, aquella viuda de su hermano que faltó poco para que la venciese, era rica como ella, como ella violenta, desarreglada, capaz de todo, pero mas rica, lo cual la daba una gran ventaja. Un dia habia asistido á un banquete con un adorno de esmeraldas que valia cuarenta millones de sextercios. La fortuna de Lolia Paulina fué confiscada, ella desterrada, y seis meses despues un centurion fué á anunciarla en su destierro que era preciso morir. Lolia Paulina murió.

Despues de Lolia Paulina vino Calpurnia, cuya belleza habia alabado Claudio imprudentemente; despues de Calpurnia, Lépida, tia de Neron. ¿Por qué murieron los dos? Preguntádselo á Plinio: *Mulieribus ex causi*, por razon de ser mugeres; no os dirá otra cosa. Y en efecto, esas tres palabras lo dicen todo.

No hablamos de un tal Tauro, que tenia una vila que Agripina queria comprar y él se negó á vender, y que murió tres meses despues legándosela.

Sin embargo, Claudio que se habia hecho desconfiado desde la muerte de Messalina, se apercibia de todo esto, y movia la cabeza. En sus momentos de abandono, cuando reformaba la lengua con sus gramáticos, ó el mundo con sus libertos, decia: «¡He hecho mal en volverme á casar, pero andarse con cuidado! Estoy destinado á ser engañado, es verdad, pero tambien estoy destinado á castigar á los que me engañan!» No le faltaba á Claudio razon al pensar asi, pero Claudio hacia mal en decirlo. Estas amenazas conyugales llegaron á oidos de Agripina: el tribuno que habia dado muerte á Messalina vivia todavia; no se necesitaba mas que una señal de Claudio ó una palabra de Narciso, para que fuese de la cuarta muger de Claudio, lo que habia sido de la tercera. Agripina tomó la delantera.

Una noche se echó un velo por el rostro, salió del Palatino por una puerta secreta y fué á ver á Locusta.

Tratábase de encontrar lo mas escelente entre los venenos, una cosa agradable al paladar, que no matase ni demasiado pronto ni muy lentamente, que hiciese morir, era lo que se necesitaba, pero sin dejar huellas. Agripina no reparaba en el precio.

X.

EL GOLFO DE BAYES.

Agripina consiguió lo que iba á exigir de la envenenadora Locusta: era una especie de pasta que se podia disolver perfectamente en una pebre. Al dia siguiente servian al emperador Claudio setas rellenas; Claudio gustaba con frenesí de las setas; devoró todo el contenido del plato. No tenia nada de particular que muriera Claudio de indigestion habiéndose comido él solo un plato de setas que hubiera hartado á seis personas. Pero Claudio no moria; Claudio sentia una gran pesadez en el estómago. Hizo llamar á su médico, un médico griego muy hábil, á fé mia, llamado Xenophon. Este médico le mandó abrir la boca y le tocó en la garganta con las barbas de una pluma envenenada. Claudio murió.

Se anunció en Roma que Claudio estaba mejor.

Despues de haber hecho de Claudio un dios, era preciso hacer de Neron un emperador. Hé aquí lo que era Neron: en aquella época tenia quince años; al nacer, se habia presentado, segun Plinio, por los pies, lo cual era un signo de desgracia; pero todavía era un signo mayor de desgracia haber nacido de Dionisio y Agripina: este era el parecer de su mismo padre. Felicitándole por el nacimiento del jóven Lucio, previendo los cortesanos en él un destino feliz para el mundo: «Sois muy amables, dijo Domicio, pero dudo mucho que pueda nacer nada bueno de Agripina y mia.»

Domicio no se habia engañado: Neron era un niño terrible. No le faltó educacion: por el contrario, tenia á su lado á Séneca que le habia enseñado el griego y el latin; Burro que le enseñó la táctica militar y la esgrima. Cantaba como el histrion Diodoro; bailaba como el bufon Páris; guiaba un carro como Apolo. Asi que, mas que otra cosa, tenia la pretension de ser artista. Neron cantor, Neron bailarin, Neron cochero primero, Neron emperador despues.

Esto no impidió que sintiese gran júbilo por la muerte de Claudio, ni que hiciese todo lo necesario para birlar el mundo á su primo Británico. Verdad es que para conseguirlo no tenia que trabajar mucho, le bastaba dejar obrar á Agripina; se contentó con decir, cuando supo que el último plato que habia comido Claudio era un plato de setas, que las setas eran el manjar de los dioses. La frase no era muy cariñosa refiriéndose á su padre adoptivo, pero era chistosa: hizo fortuna.

Sin embargo, Neron no habia subido al trono para inventar frases: tenia á su lado á Narciso y Tigelo que le impelian á hacer otra cosa. Por otra parte, las pasiones comenzaban á fermentar en aquella jóven cabeza, porque á su corazon jamás se aproximaron. Tenia amores secretos, que favorecia su preceptor Séneca prestándole el nombre de uno de sus cuñados. Agripina lo supo, y esto la dió mucho en qué pensar. Comenzaba á comprender que la lucha seria mas obstinada que lo que habia creido al principio; queria atemorizar á Neron por un cambio, y dirigió su vista á Británico.

Entonces fué Neron quien salió una noche del Palatino. ¿Con quién? No se sabe; acaso con su amigo Othon, aquel futuro emperador de Roma, con el cual Neron en sus orgias nocturnas iba á llamar á las puertas y apalear á los transeuntes. A su vez, se dirigió á casa de Locusta. Encontró á la pobre muger temblando: habia recibido el aviso de que debia ser presa al dia siguiente. Se empezaba á sospechar que vendia venenos; ¿y de quién provenia esta sospecha? ¡De Agripina!

Neron la tranquilizó y la prometió su proteccion; pero á condicion de que le daria un agua que matase instantáneamente.

La noche se pasó en cocer yerbas; á la mañana habia ya dos redomitas de agua límpida y cristalina como el cristal de roca. Locusta propuso hacer el ensayo en un esclavo, pero Neron hizo observar que un hombre no tenia la constitucion bastante robusta, y que era preciso buscar algun animal de resistencia. Un jabalí gruñia hozando en el patio: Locusta se le enseñó á Neron. Vertieron una de las redomitas en un plato lleno de salvado, y se le hicieron comer al jabalí, que murió como si hubiese sido herido por el rayo.

Neron volvió á palacio. Comia ordinariamente en la misma habitacion que Británico, pero no en la misma mesa. Cada uno de los dos jóvenes tenia un criado para probar de todo, que bebia antes que ellos de todos los líquidos que se les ofrecia; que comia antes que ellos de todos los platos que se les servian. Británico tomaba las bebidas tibias; estaba algo delicado. El que probaba su bebida y comida, despues de haber bebido de la tercera parte del líquido, le presentó de intento una bebida que el jóven encontró demasiado caliente. «Echad agua fria,» dijo Británico alargando su vaso. Le echó el agua preparada por Locusta. Británico bebió sin desconfianza. ¿No acababa de beber su criado antes que él? Mas apenas habia bebido lanzó un grito y cayó hácia atrás.

Agripina dirigió una rápida mirada á Neron, al mismo tiempo que este por su parte la miraba: estas dos miradas se cruzaron como dos espadas. La madre y el hijo no tenian nada que enseñarse; la madre y el hijo no tenian nada que echarse en cara; la madre y el hijo eran dignos uno de otro.

Ahora ya la cuestion se reducia á esto. ¿Se-

ría la madre quien se atreveria á matar al hijo? ¿Sería el hijo quien se atreveria á matar á la madre?

Ni uno ni otra se hubieran atrevido acaso, si no se hubiera mezclado á aquel ódio una tercera muger.

Esta muger era Sabina Poppea, la mas hermosa de Roma despues de haber hecho matar Agripina á Lolia Paulina; y, como ésta, era coqueta, como si hubiese tenido necesidad de coqueteria. Nunca salia sin velo, jamás le levantaba sino á medias, y cuando marchaba de Roma para ir á Tivoli ó Bayes, hacia que la llevasen cuatrocientas burras que la proveian la leche para los tres baños que se daba diariamente.

Sabina Poppea habia tenido lo que nosotros llamariamos una juventud borrascosa. Othon la encontró temporalmente casada, dice Tácito, con un caballero romano llamado Ruffo Crispinio; Othon la robó á aquel marido provisional, y se casó con ella. Como hemos dicho, Othon era el camarada de Neron. Este, yendo á casa de Othon, vió á su muger; entonces envió á Othon á España. Othon partió sin resistencia: conocia á su amigo Neron.

Pero no consistia todo en alejar á Othon para llegar á ser el amante de Poppea. Esta sabia ser prudente cuando podia sacar provecho. Amándola Othon, se habia casado con ella. César la amaba, pues bien, que César hiciese lo mismo. César estaba casado con Octavia: era necesario, pues, dejar á Octavia. Agripina se opondria á esta nueva union: pues tambien era preciso desembarazarse de Agripina. Por otra parte, no comprendia Poppea cómo podia César conservar á Octavia, aquella eterna llorona que no hacia mas que gemir por la muerte de Claudio y de Británico. Tampoco comprendia Poppea cómo sufria César el dominio de su madre, que escuchaba las deliberaciones del senado oculta tras una cortina, y continuaba reinando como si César fuese todavía un niño. Esto no podia continuar así.

Estando Agripina en Antio, recibió una carta de su hijo, en que la invitaba á irse á reunir con él en Bayes.—«No podia, decia, permanecer mas tiempo lejos de tan buena madre: la habia hecho agravios, y queria hacérselos olvidar.»

Un adivino habia predicho á Agripina, que si su hijo llegaba á ser emperador, su hijo la mataria. Agripina habia despreciado la profecia del adivino, y Neron reinaba. Despreció tambien los consejos de Pallas que la decia no fuese á Bayes: ella fué á aquel sitio. Encontró allí á Neron mas tierno, mas respetuoso, mas sumiso que nunca. Creyó que acaso podria vencer á Poppea. Esta era su idea constante. Agripina cenó con Neron. Los dos habian pensado en el veneno, pero tambien pensaron los dos en el contraveneno.

Terminada la cena, dijo Neron á Agripina que no queria volviese á Antio. Tenia una vila á tres millas de allí, cerca de Bauli: allí era donde Neron queria que se estuviese para que no se alejase de él. Y tal era su determinacion en aquel punto, que habia mandado disponer una galera para trasportarla allí. Agripina aceptó.

A las diez el hijo y la madre se separaron; Neron condujo á Agripina hasta la playa; esclavos iban alumbrando con antorchas; detrás de ellos iban los músicos que habian tocado durante la cena. Asi que llegaron á la costa, Neron besó á su madre en las manos y en los ojos; en seguida permaneció allí, no solo hasta que la vió entrar en la galera, sino aun hasta que la galera levó ancla y se alejó.

Agripina estaba sentada en el camarote: Creperello, su servidor favorito, estaba en pie delante de ella: Aurronia, su liberta, estaba á sus pies. Centelleaban las estrellas en el cielo, la mar estaba tranquila como un espejo. De pronto se hunde el puente: Creperello queda aplastado, pero una viga sostiene los maderos por encima de la cabeza de Agripina y de Aurronia; en aquel momento siente Agripina hundirse el piso bajo sus pies, salta al agua seguida de Aurronia, gritando para que la salven: «Soy Agripina! salvad á la madre de César!» Apenas ha pronunciado estas palabras se levanta un remo y vuelve á caer hiriéndola en la cabeza. Agripina adivina todo: se sumerge sin pronunciar una palabra, no sale á la superficie mas que para respirar, vuelve á sumergirse otra vez, y mientras los asesinos la buscan, viva para acabar con ella, muerta para llevar su cadáver á Neron; nada vigorosamente hácia tierra, llega á la costa, se dirige á pie á su vila, se hace reconocer de sus esclavos, y se arroja en su lecho.

Entretanto, la buscan, la llaman desde la galera; las gentes que habitan la costa saben que Agripina ha caido en el mar y que no ha vuelto á aparecer; inmediatamente toda la poblacion acude á la costa con hachas encendidas; lánzanse las lanchas en el golfo para ir en socorro de la madre del César; los hombres se arrojan á nado llamándola; otros que no saben nadar se meten en el agua hasta el pecho; echan cables, estienden las manos. En aquel momento de peligro han recordado que Agripina es la hija de Germánico.

Agripina ve aquellos testimonios de amor; se tranquiliza encontrándose en medio de un pueblo que la es devoto: comprende que no podrá por largo tiempo ocultar su presencia, y hace comunicar que se ha salvado; la multitud rodea entonces la vila dando gritos de alegría; Agripina se presenta, el pueblo da gracias á los dioses.

Neron ha sabido todo casi en el mismo momento; un mensagero de Agripina ha ido á decirle que se ha salvado. Agripina ha querido hacer creer á su hijo que está convencida que todo aquello no es mas que un accidente

en el que la voluntad de Neron no habia tenido parte alguna.

¿Qué hará Neron? Neron concibe y dirige bastante bien un crímen; pero si por una circunstancia cualquiera aborta el crímen, pierde Neron fácilmente la cabeza, y no sabe hacer frente al peligro. Agripina con los vestidos empapados, los cabellos pegados al rostro, Agripina refiriendo la tentativa de asesinato á que no ha escapado sino por milagro, puede sublevar al pueblo, decidir á su favor á los pretorianos, marchar contra Neron. Al menor ruido, Neron tiembla. Entregado á sí mismo, no tomará ninguna decision, no sabrá hacer mas que esperar y temer. Envia á buscar á Séneca y Burro. Los dos, el guerrero y el filósofo, le dieron acaso un buen consejo.

—¿Quién ha aconsejado el crímen? preguntaron despues de ser consultados.

—Aniceto, el gefe de la flota de Mesina, responde Neron.

—Que Aniceto acabe, pues, lo que ha empezado, dicen Séneca y Burro.

Aniceto no espera á que se lo digan dos veces; parte con una docena de soldados.

¿Qué os parece de esos dos escelentes pedagogos? Tal como los veis, eran despues de Thraseas, los dos hombres mas honrados de su época. ¡Oh! ¡habian querido nombrar emperador á Séneca por sus altas virtudes! Ved sino á Tácito y Juvenal.

Agripina en tanto, se ha vuelto á tender en el lecho; tiene consigo una esclava solamente. De repente cesan los gritos de la multitud, resuena en las escaleras el rumor de las armas, la esclava que está con Agripina se escapa por una puerta secreta; Agripina va á seguirla, cuando la puerta de la habitacion se abre. Agripina se vuelve y ve á Aniceto.

Al verle, y por el modo como entra en la habitacion de su emperatriz, Agripina adivina todo. No obstante, finge no temer nada.

—Si vienes para saber de mí de parte de mi hijo, vuelve y dile que me he salvado.

Uno de los soldados se adelanta entonces, y estando todavía hablando Agripina, la da un palo en la cabeza.

—¡Oh! dijo Agripina levantando las manos al cielo, ¡oh! jamás creeré que Neron sea un parricida.

Por toda respuesta, Aniceto desenvaina su espada.

Entonces Agripina, con una accion sublime de impudencia, arroja lejos de sí la cubierta de la cama, y enseñando su vientre desnudo, aquel vientre que hubiera querido castigar por haber llevado á Neron:

—¡*Feri ventrum*! ¡Hiere en el vientre! dice.

Y recibe cuatro ó cinco estocadas, de que muere sin exhalar un grito.

¿No es hasta el fin la muger que os he dicho? ¿no ha muerto como ha vivido?

En cuanto á Neron, seguidme breves momentos. Neron todavía no ha completado su obra: todavía no ha dado muerte mas que á Británico y Agripina; es preciso que mate á Octavia. Pero era difícil matar á Octavia precisamente por su misma debilidad. Agripina luchaba contra Neron; en la lucha se ha resbalado su pie en la sangre de Claudio, y ha caido. ¡Pero Octavia! ¿cómo degollará á esta tímida oveja? ¿cómo ahogará á esta blanca paloma? Es la única muger de Roma á quien la calumnia no se ha atrevido á manchar.

Sus esclavos son llevados al tormento para que declaren si ha cometido algun crímen ignorado por el que se la pudiese castigar. Sus esclavos murieron sin atreverse á acusarla. Fué preciso entonces recurrir á Aniceto. Estando en un banquete, cuando Neron, coronado de rosas, llevaba con la cabeza el compás á los músicos que cantaban, entró Aniceto, se arrojó á los pies de Neron, y esclamó que vencido por los remordimientos, iba á confesar al emperador que era el amante de Octavia.

¡Octavia, aquella casta criatura, querida de un Aniceto!

Nadie creyó esta monstruosa acusacion; pero ¿qué le importaba al César? buscaba un pretesto y eso era todo. Aniceto fué desterrado á Cerdeña, y Octavia á Pandataria.

Y pocos dias despues intimaron á Octavia que era preciso morir.

La desventurada jóven que tan pocos dias felices habia gozado en la vida, se horrorizaba sin embargo, á la idea de la muerte; prorumpió en llanto, tendiendo sus manos á los soldados, implorando á Neron, no ya como su muger, sino como su hermana, conjurando su clemencia en nombre de Germánico. Pero las órdenes eran terminantes; ni súplicas, ni lágrimas podian salvarla del crímen enorme de ser culpable de una virtud intachable. La cogieron los brazos, se los estiraron á viva fuerza, y la abrieron las venas con una lanceta; en seguida, como la sangre, coagulada por el espanto, no quisiera correr, se las cortaron con una navaja de afeitar. En fin, como aun asi no corria la sangre, la ahogaron en el vapor de un baño de agua hirviendo.

Poppea por su parte, habia dado sus órdenes á los asesinos; queria tener seguridad de que Octavia quedaba muerta: llevároula su cabeza.

Entonces ocupó tranquilamente su lugar en el tálamo de Neron.

Neron en un momento de mal humor la matará algun dia de un puntapie.

Estábamos en el mismo sitio en que se habia verificado el drama terrible que acabamos de referir. Aquellas ruinas eran las que habian visto á Agripina sentada á la misma mesa que Neron; esa playa era aquella hasta la que el César habia conducido á su madre. Entramos en la lancha: estábamos en el golfo donde Agripina habia sido precipitada, y seguiamos la derrota que ella habia seguido á nado para abordar á Bauli.

Se enseña uno que llaman sepulcro que pasa por el sepulcro de Agripina; pero este estaba en el camino de Misena, cerca de la vila de César. Ademas, el sepulcro de Agripina no tenia aquella dimension. Sus libertos la enterraron en secreto, y despues de la muerte de Neron la elevaron un monumento. Ahora bien, ese monumento de la piedad tardía era un sepulcro pequeño, *levem tumulum*, dice Tácito.

El golfo de Bayes debia ser una cosa maravillosa cuando sus costas estaban cubiertas de casas, sus colinas de árboles, sus aguas de navíos; puesto que hoy que esas casas no son mas que ruinas, que sus colinas trastornadas por temblores de tierra, son áridas y abrasadas, que sus aguas están desiertas y silenciosas, Bayes es todavía uno de los puntos mas deliciosos del mundo.

La noche era magnífica. Desembarcamos en el mismo sitio en que estaba la vila de Agripina. El mar le ha cubierto; se buscarian, pues, allí inútilmente las ruinas. Despues, alumbrados por la luna, que se levantaba por detrás de Sorrento, ciudad situada frente á donde estábamos, al otro lado del golfo de Nápoles, nos internamos por el camino rodeado de sepulcros que conduce de la costa á la aldea de Boccola, la antigua Bauli. Era dia de fiesta, y la alegría reinaba en aquella pobre aldea; se cantaba, se bailaba, y esto en medio de ruinas, en medio de monumentos cinerarios de un pueblo que desapareció, sobre aquel mismo suelo que habian hollado con sus plantas Manlio, César, Agripina, Neron; sobre aquel suelo á donde habia ido á morir Tiberio.

Si, el anciano Tiberio habia salido de su isla; visitaba á Bayes, donde acaso habia ido á tomar las aguas, cuando llegó á sus oidos el rumor de que algunos acusados, denunciados por él mismo, habian sido despedidos sin haber sido oidos. Esto se parecia terriblemente á una revolucion. Asi que Tiberio se apresuró á llegar á Misena, donde esperaba embarcarse para Caprea, su querida isla, su fiel retiro, su inespugnable fortaleza. Pero en Misena le faltaron las fuerzas, no pudo ir mas lejos. La agonía fué larga y terrible. El moribundo se aferraba á la vida, el anciano emperador no queria de ningun modo pasar á ser dios. Hubo un instante en que Calígula le creyó muerto; ya le habia sacado su anillo del dedo. Tiberio se incorpora y pide su anillo. Calígula huye azorado, temblando. Tiberio se baja del lecho, quiere perseguirle, vacila, llama; nadie responde, y cae sobre el pavimento. Entonces entra Macron, le mira, y como Calígula pregunte desde la puerta entornada qué es necesario hacer:

—Es muy sencillo, responde; echémos un colchon sobre este viejo esqueleto, y hemos concluido.

Esta fué la oracion fúnebre de Tiberio.

Como hemos dicho, en el puerto Misena era donde estaba la flota romana. Plinio mandaba esta flota cuando se verificó el temblor de tierra en 79. De Misena fué de donde partió para ir á estudiar el fenómeno; llegado á Stabia, murió allí asfixiado.

XI.

UNA CORRIENTE DE AIRE EN NAPOLES. —LAS IGLESIAS DE NAPOLES.

A pesar de la fatiga del dia, nuestra escursion por la tierra clásica de Virgilio, Horacio y Tácito habia tenido para nosotros tal atractivo, que propusimos Jadin y yo hacer una escursion semejante á Pompeya al dia siguiente; pero al oir aquella proposicion, puso Barbbaja el grito en el cielo. Tenian que cantar Dupréz y la Malibran, y al empresario no le tenia cuenta perder seis mil francos de entrada por amor á la antigüedad. Quedó, pues, convenido que la escursion se dejaria para de allí á dos dias.

Lo acertamos, como se verá, en no oponernos al poder aristocrático del czar de San Cárlos.

Volvimos á media noche á Nápoles con el tiempo mas hermoso del mundo: ni una nube habia en el cielo, ni el mas leve movimiento en el mar.

A las tres de la mañana fuí despertado por el estrépito de mis tres balcones que se abrian al mismo tiempo, y por los diez y ocho cristales que pasaban de sus engastes al suelo.

Salté de la cama, y me creí embriagado. La casa vacilaba. Pensé en Plinio el Antiguo, y no acomodándome á ser asfixiado como él, me vestí apresuradamente, cogí un candelero y me lancé á la meseta de la escalera.

Todos los huéspedes del señor Martin Zir hicieron lo mismo que yo; estaban todos á la puerta de su habitacion, vestidos mas ó menos completamente. Ví á Jadin que entreabria su puerta con una cerilla en la mano, y Milord entre sus piernas.

—Creo que hay una corriente de aire, dijo.

La corriente de aire acababa de levantar el techo del palacio del príncipe de San Teodoro con todos los criados que estaban en la azotea.

Todo se esplicaba ya: no habíamos tenido el gusto de ser amenazados por una erupcion: era sencillamente un huracan, pero un huracan como los hay en Nápoles, que no se parecen en nada á los de otro pais.

De unos setenta balcones, habian quedado intactos tres. Siete ú ocho tejados se habian

abierto. Una grieta se estendia de alto á bajo en la casa. Ocho persianas habian volado; los criados corrian tras de ellas por la calle como se corre tras un sombrero.

Se contentaron con barrer las habitaciones, que estaban llenas de vidrios rotos; porque no habia que pensar en mandar á buscar á los vidrieros. En Nápoles nadie se incomoda á las tres de la mañana. Por otra parte, hubiese habido que volver á continuar diez minutos despues. Era, pues, infinitamente mas económico limitarse por el momento á las persianas.

Yo era uno de los menos desgraciados: el viento no me habia arrancado mas que una. Verdad es que en cambio no me quedaba un cristal. Me parapeté lo mejor que pude, y traté de acostarme; pero los relámpagos y el trueno tomaron parte en la fiesta. Me refugié en el piso bajo, donde el viento habia chocado con menos violencia, y los estragos no habian sido tan considerables. Entonces empezó una de esas tempestades de que no tenemos idea alguna los habitantes del Norte; iba acompañada de un aguacero como solo en Calabria me han cogido: la reconocí como natural del mismo reino.

En un instante la vila Reale pareció ser continuacion del mar; el agua subió á la altura de las rejas del piso bajo, y entró en el salon. Al poco tiempo fueron á avisar al señor Martin que sus cuevas estaban llenas y los toneles bailaban un rigodon, habiéndose ya soltado cinco ó seis al llegar al adelante-dos.

A pocos momentos pasó un burro cargado de hortaliza arrástrado por el torrente; iba rectamente al sumidero seguido de su propietario, arrastrado como él. Al asno se le tragó el albañal y desapareció; el hombre, mas feliz, se agarró al pié de un reverbero y se mantuvo firme: se salvó.

El agua que cae en una hora en Nápoles, tardaria dos meses en caer en París; y aun seria preciso para eso que el invierno fuera muy lluvioso.

Como el espectáculo del burro arrastrado por la corriente, me hubiese erizado el cabello, y no dejaba de pensar en ello, me refirieron dos aventuras de la misma especie.

En la última ráfaga de viento que se habia verificado seis ú ocho meses antes, un oficial que iba al frente de su compañia, habia sido arrebatado por un arroyo al sumidero de un vasto edificio llamado la Serraglia; no se habia oido volver á hablar de él.

En la antepenúltima, que sucedió dos años antes, se verificó una cosa mas atroz é increible. Una francesa, madama Conti, volvia de Capua en su carruage. Sorprendida por una tempestad como la que presenciábamos en aquel momento, quiso continuar su camino, es lugar de poner al abrigo su carruage en cualquier sitio donde pudiera estar con seguridad. En la pendiente de Capo de Chimo, encontró su camino cortado por un paseo que va al mar. Este paseo se habia convertido, no en un torrente, sino en un rio. Al verlo quiso el cochero retroceder asustado. Madama Conti le manda siga adelante, el cochero se niega, se empeña una disputa, el cochero se baja del pescante y abandona el carruage. Entretanto el rio habia ido creciendo, y desaguaba estendiéndose en el camino trasversal en que está madama Conti; los caballos se espantan, dan cuatro pasos adelante, y se ven rodeados por el torreñte que se precipita de Capo di Monte y de Capo di Chino; en un instante pierden terreno y son arrastrados ellos y el carruage; á los veinte pasos el carruage es hecho pedazos. Al dia siguiente encontraron el cadáver de madama Conti.

Por lo demas, en Nápoles hay una ventaja: dos horas despues de esta especie de diluvios, parece que no ha sucedido tal cosa, á no ser porque las calles se han limpiado, lo que no sucede jamás sino en semejantes circunstancias. Sin embargo, hay un dependiente encargado de la limpieza de las plazuelas; pero ese dependiente es invisible; se sabe que se llama *portulano*, y nada mas.

Se me olvidaba decir que, sin duda por no esponerse á los accidentes que acabamos de referir, en cuanto cae en Nápoles una gota de agua, todos los coches de alquiler huyen, escapando cada uno por su lado. Ni gritos, ni súplicas, ni amenazas, nada les detiene; se diria que era una bandada de pájaros en medio de los que se hubiese arrojado una piedra. Pero en cambio, cuando vuelve á despejarse la atmósfera, es decir, cuando ya no hay necesidad de ellos, vuelven á colocarse en su sitio acostumbrado.

Otra costumbre de los cocheros napolitanos, es desenganchar los caballos para que coman; les ponen el haz de heno dentro del carruage y abren las dos portezuelas; cada caballo tira de su lado. Si entretanto se acerca algun parroquiano, el cochero le hace seña de que sus caballos están en su comida, y le envia á su colega.

Habiendo refrescado el tiempo y limpiádose las calles, quisimos aprovechar esta doble ventaja, y decidimos Jadin y yo emplear la mañana en escursiones pedestres. Habiamos descuidado el ver las iglesias, que en general son de una arquitectura muy mediana.

Comenzamos por la catedral: era de justicia. Por encima de la gran puerta interior, suspendido como el de Mahoma entre el cielo y la tierra, está el sepulcro de Cárlos de Anjou. Ya he referido su historia en el *Speronare*. Este príncipe es el que quiso que su muger tuviese una silla semejante á la de las tres reinas sus hermanas, y para conseguirlo, hizo rodar desde lo alto del cadalso la cabeza de Conradino. Frente á este rey asesino está un rey asesinado, pero en un sepulcro modesto, cual conviene á un príncipe húngaro que se propasa á reinar sobre los napolitanos. Este

sepulcro es el de Andrés. El cadáver que duerme en él era en vida un bello é imprudente jóven que un dia, sin duda por capricho, tuvo la ridícula pretension de querer ser rey porque era marido de la reina. Al dia siguiente del en que esta tontería le pasó por la imaginacion, encontró á la reina tan ocupada en una obra que ejecutaba, que se aproximó hasta su sillon sin ser visto. Trenzaba sedas de diferentes colores, y como Andrés no pudiese adivinar el objeto de aquel trabajo;

—¿Qué estais haciendo, señora? preguntó.

—Un cordon para ahorcaros, mi querido señor, respondió Juana con su mas encantadora sonrisa.

De lo que sin duda viene el proverbio: «Decir la verdad riendo.»

Tres dias despues, Andrés era estrangulado con aquel encantador cordoncito de seda que su muger, como le habia dicho, se habia tomado el trabajo de tejer ella misma con aquella intencion.

De la catedral pasamos á la iglesia de Santo Domingo. Aqui se encuentra uno en un edificio gótico, se conoce que el monumento está consagrado al fundador de la Inquisicion: es triste, sólido y sombrío.

En esa iglesia es donde está el famoso crucifijo que habló á Santo Tomás. La imágen milagrosa es de Masuccio I. El santo temia haber cometido algun error en su *Suma* teológica, y llegó al pie del crucifijo atormentado por aquel temor, cuando el Cristo, viendo la inquietud de su siervo, quiso tranquilizarle y le dijo: *Bene scripsisti de me, Thoma; quam ergo mercadem recipies.* «Bien has escrito acerca de mi, Tomás, y te prometo que por ello recibirás la recompensa.»

Aunque el caso era nuevo y estraño, el santo no se desconcertó.—*Nom aliam nisi te*, respondió: «No la quiero de otro que de vos mismo, señor.» Y el santo sintió era levantado de la tierra, como presagio de que muy pronto debia subir al cielo.

Lo que me llevaba sobre todo á la iglesia de Santo Domingo, era su sacristía con sus doce sepulcros, que contenian los doce reyes de la casa de Aragon. Cuando digo sus doce sepulcros deberia decir sus doce féretros: los cadáveres están echados con el rostro descubierto, tan bien embalsamados, como es posible por los Ganals de la época. Falta en la coleccion el último rey de la dinastía: como todos saben, fué á morir á Francia.

En medio de sus sepulcros, se ven otros dos que por no ser de rey no dejan de ser muy curiosos. El uno es el de Pescara, que sitió á Marsella convenido á medias con el condestable de Borbon, y que espulsado por los marselleses, tomó una sangrienta revancha en Pavía. Encima de su sepulcro está su retrato, asi como su bandera desgarrada, y una espada corta y sencilla de acero, que se dice es la que Francisco I le entregó al rendirse, dos horas antes de escribir á su madre el famoso: *Todo se ha perdido menos el honor.*

El otro sepulcro, que es simplemente una maleta cuya llave tiene el sacristan en su bolsillo, contiene, segun aseguran, el cuerpo de Antonello Petrucci, ahorcado cuando la conspiracion de los barones. El que efectivamente sea Antonello Petrucci, el menos instruido, el mas ínfimo *topo litterato*, como se llama generalmente á esta raza en Nápoles, puede negarlo; pero lo que no puede disputarse, es que hay allí un ahorcado, como lo demuestra su cuello dislocado, su boca contraida de través y todos los músculos de su rostro todavía crispados. Aunque colocado con cierto esmero, el cadáver conserva aun el trage con que fué ejecutado. Debo decir que el señor Antonello Petrucci me ha parecido sumamente feo. Verdad es que en vida probablemente seria mejor. El cadalso no embellece.

De Santo Domingo pasamos á Santa Clara. Santa Clara tiene tambien su coleccion de ilustres difuntos. Toda la iglesia fué pintada por Giotto Guitto, que hacia con el rey Roberto cosas tan graciosas, y que le representaba á su pueblo, no como el caballo sin freno que ha escogido por emblema, sino bajo la forma de un burro que busca una albarda. Pues bien, esa iglesia pintada por Giotto, ha encontrado otro asno enalbardado que la ha hecho borrar toda á fin de darla luz; toda, me engaño: una linda virgen, una santa Madona, uno de esos rostros tristes y cándidos, como los hacia Giotto, se ha librado del vandalismo.

En Santa Clara es donde yacen los Angevinos: aquel bueno y anciano rey Roberto, que coronó á Petrarca, que hace juego con nuestro rey Renato, descansa alli en carne y hueso, presentado ademas dos veces en mármol: sentado y con su manto real; tendido y con su hábito de franciscano.

Juana está pocos pasos de él: esa bella Juana que tegió el famoso cordon conyugal que sabeis. Está alli con una gran túnica de mucho valor, toda sembrada de flores de lis de Francia. En realidad, no era de la sangre de la casta madre de San Luis, á quien las poéticas indiscreciones de Thibaut no pudieron llegar á hacer mella, ¡hasta tal punto era su virtud una creencia pública, popular y casi religiosa! Solo que la sangre se habia corrompido algo al pasar de las venas de la abuela á las de la nieta.

Desgraciadamente para la memoria de Juana, de la que hay mucho por qué murmurar, han tenido la imprudencia de enterrar á pocos pasos de ella al famoso Raimundo Cabane, el marido de su nodriza, ese miserable esclavo sarraceno que llegó á ser gran senescal, y que pagaba los honores con que le colmaba su querida, haciendo nudos corredizos en los cordones que ella trenzaba.

Si se quiere continuar pasando esta real y fúnebre revista, es preciso ir de Santa Clara á

San Juan Carbonara. Es una iglesia pequeñita muy linda, de Masuccio I, que aparte de sus recuerdos históricos, merece ser visitada. En ella está el mausoleo de Ladislao y de su hermana Juana II. Ya sabeis cómo murió el uno y cómo vivió la otra. Y en realidad, ¡por qué un conquistador, un ambicioso que quiere ser rey de Italia piensa en enamorarse de la hija de un médico de Parma!

Florencia temió ser conquistada como Roma acababa de serlo; se la ocurrió entenderse con el médico. Un dia la hija llegó desolada á quejarse á su padre de que su real amante comenzaba á amarla menos. Esta confidencia era muy singular entre un padre y una hija, pero segun parece sucedia asi en el año de gracia de 1314.

La hija siguió puntualmente las instrucciones paternales: ocho dias despues el amante y la querida morian envenenados: la medicina era en aquella sazon una cosa muy buena.

Cerca de él, como hemos dicho, está su hermana Juana II. En Nápoles, segun parece, este nombre causa la desgracia á los maridos en primer lugar, á las mugeres despues, y por último y alternativamente á los amantes. Preguntad á Gianucci Carracciolo, que está enterrado á diez pasos de su querida.

Este, preciso es hacerle justicia, hizo todo lo posible por no aparentar que conocia le amaba su soberana, y por no encontrarse solo en presencia de Juana, por temor de darla ocasion de declararle sus sentimientos. Esto llegó á ser impertinente para la pobre muger. Asi que no quiso quedar mal. Lo que quiere la muger Dios lo quiere, dice el proverbio. Juana queria ser amada, y deseaba oir la declaracion de aquel amor. Solo que se previno de un modo singular para que el proverbio no mintiese.

Una noche que se hablaba en la reunion de la reina de los desagrados instintivos con que los hombres mas valientes miran á ciertos animales, y cuando cada uno decia el suyo: este la araña, aquel el lagarto, otro el gato, Carracciolo preguntado, respondió que el animal mas antipático para él de la creacion, era el raton. Confesó que un raton le hacia huir al otro estremo del mundo. Juana no dijo nada, pero lo tuvo muy presente.

A los dos dias, yendo Carracciolo al consejo, y cuando atravesaba una larga galería habitada por las damas de la reina, apareció de repente al estremo de la galería un criado con una jaula llena de ratones. Carracciolo no se fijó ni en la jaula ni en los huéspedes que contenia, y continuó andando; pero cuando estuvo á pocos pasos del lacayo, dejó este su jaula en el suelo, abrió la puerta, y todos los ratones salieron corriendo á derecha é izquierda con la velocidad conocida propia de este precioso animalito.

Carracciolo habia dicho verdad; tenia un ódio, ó mas bien, un miedo profundo á los ratones. Asi, apenas los vió hacer una escapatoria fuera de su domicilio, perdió la cabeza y huyó como un loco llamando á todas las puertas. Pero todas estaban cerradas, á escepcion de una sola que se abrió. Carracciolo se precipitó en la habitacion, y se encontró en presencia de su soberana. El pobre cortesano huyendo de un peligro imaginario, cayó en un peligro real.

No tuvo lugar de sentir su suerte. La reina le hizo sucesivamente gran senescal, duque de Avelino y señor de Capua. Habia querido ser príncipe de esta última ciudad; pero como era el título reservado á los herederos presuntos de la corona, la reina se lo habia negado. Entonces se fijó en el ducado de Amalfi y el principado de Salerno; pero esta última concesion presentaba, segun parece, alguna dificultad, porque un dia que esa eterna peticion causó una discusion mas viva que de costumbre entre Juana y Carracciolo, el amante olvidó la distancia que Juana habia salvado para llegar hasta él, y aplicó á la megilla de su real querida un bofeton de mozo de esquina.

Sucede con los bofetones de gañan, como con los besos de la nodriza; se les oye de lejos. Cierta duquesa de Sessa, enemiga declarada de Carracciolo, oyó el ruido de aquel insolente bofeton; entró en la habitacion de Juana cuando Carracciolo salia, y encontró á la reina llorando de vergüenza y de dolor.

Las dos mugeres permanecieron solas y encerradas la mayor parte del dia. Cuando las mugeres ponen manos á la obra son mas activas que nosotros; en dos horas todo quedó resuelto, principal y accesorios, hechos y detalles.

Al dia siguiente por la mañana, estando Carracciolo todavía en la cama, oyó llamar á la puerta. Carracciolo, como se comprende, no tenia mucha confianza: era la primera vez que ponia la mano en la reina, y aquel desgraciado bofeton que no habia podido reprimir, le habia atormentado toda la noche. Por lo tanto, antes de abrir, empezó por preguntar quién llamaba.

—¡Ah! respondió un page cuya voz era muy conocida de Carracciolo, porque era el page favorito de Juana, la reina acaba de ser atacada de una apoplegía, y S. A. no quiere morir sin veros.

Carracciolo calculó al instante, que en el momento de morir la reina, podia arrancarla lo que no habia podido obtener en sana salud, y abrió la puerta.

En el mismo instante se precipitaron sobre él cinco ó seis hombres armados, y sin que hubiese tenido tiempo de defenderse, le derribaron sobre su lecho, y le asesinaron á hachazos y estocadas; y despues de haberse asegurado de que estaba muerto, salieron sin que nadie les incomodase en su sangrienta ejecucion.

Tres horas despues, cuando entraron en la

habitacion del gran senescal, le encontraron tendido en tierra, medio vestido, con una sola media puesta, habiéndole dejado los asesinos en el mismo estado en que la muerte le habia sorprendido.

Repasad, uno despues de otro todos aquellos reyes, todas aquellas reinas, y todos esos cortesanos, y no encontrareis uno por cada cuatro que haya muerto del modo que Dios ha destinado al hombre á morir.

XII.

UNA VISITA Á HERCULANO Y POMPEYA.

Una de las desgracias á que está espuesta esa clase de viageros que Sterne designa bajo el nombre de viageros curiosos, es que en general no se puede ser trasportado sin transicion de un lugar á otro. Si se tuviese la facultad de saltar de París á Florencia, de Florencia á Venecia, de Venecia á Nápoles, ó al menos de cerrar los ojos todo lo largo del camino, la Italia presentaria sensaciones bruscas, inauditas, indelebles: pero en vez de esto, á pesar de la rapidez del correo, á pesar de la velocidad de los buques de vapor, hay que atravesar un paisage, hay que abordar á un puerto; las preparaciones destruyen así las sensaciones. Marsella revela á Nápoles; la Casa Cuadrada y el puente de Gard, denuncian el Pantheon y el Coliseo. Toda impresion pierde asi su novedad, y por consecuencia su fuerza.

Eso sucede con Pompeya: se empieza por visitar el Museo de Nápoles, nos fijamos tenazmente en todas aquellas maravillas de arte ó de formas encontradas despues de doscientos años que duran las escavaciones; bronces y pinturas, de todo nos hacemos referir la historia, cómo y cuando ha sido hallada, para qué uso servia, en qué sitio estaba colocada; despues, cuando estamos bien enterados de las alhajas, llega su vez al estuche que las contenia.

Evitamos el primer lazo, pero no pudimos hacer otro tanto con el segundo: nos libramos de los Studi, pero caimos en Herculano.

Herculano y Pompeya perecieron en la misma catástrofe, y sin embargo, de un modo muy distinto. Herculano fué envuelta, rodeada, y en fin, cubierta por la lava, en cuyo camino se encontró. Pompeya, mas separada, fué sepultada bajo aquella lluvia de cenizas y piedras que describe Plinio el Jóven, y de que fué víctima Plinio el Antiguo. Resulta, pues, que en Herculano todo lo que podia sufrir por la accion del fuego fué devorado; que el hierro, el bronce y la plata fué lo único que resistió á esa accion; mientras que en Pompeya, por el contrario, todo se libró, se conservó, si asi puede decirse, por aquella blanda capa de cenizas con que habia cubierto á la ciudad el volcan, se podria creer asi, con un objeto puramente artístico y arqueológico, á fin de conservar á los siglos venideros una muestra viviente de lo que era una ciudad romana en el primer año del reinado de Tito.

Cuando se encontró á Herculano y Pompeya, estaban casi tan perdidas como lo están hoy Stabia, Oplonte y Retina. En cuanto á Herculano no era de admirar; era preciso casi un milagro para encontrarla; Herculano yacia en el fondo de una tumba de lava de cincuenta ó sesenta pies de profundidad. La pobre ciudad de Hércules parecia muerta y sepultada para siempre. Pero no sucedia asi respecto á Pompeya.

Pompeya no estaba muerta, Pompeya no estaba sepultada, Pompeya parecia dormir. Solo que lo que se creia la cubierta de su lecho era el sudario de su tumba. Pompeya, cubierta únicamente á la altura de quince ó veinte pies, lanzaba fuera de la ceniza los capiteles de sus columnas, los remates de sus pórticos, las azoteas de sus casas; Pompeya, en fin, pedia incesantemente socorro, y gritaba noche y dia desde el fondo de su sepulcro, donde no estaba mas que á medias enterrada: «¡Escavad, estoy aquí!» Hay mas: algunos pretenden que esa erupcion de que habla Plinio, no fué la que destruyó á Pompeya. Segun Ignarra y Laporte-Dutheil, Pompeya medio sepultada, hubiera por aquella vez sacudido su capa de arena, y arrojándola, como la Gineora de Florencio, hubiera vuelto á aparecer á la luz, con su fúnebre mortaja en la mano, y reclamando su nombre, demasiado pronto borrado de la lista de las ciudades; tanto que, segun ellos, la ciudad resucitada vivió todavía hasta el año 471, en cuya época el temblor de tierra descrito por Marcelino, la devoró completamente. Estos se fundan en que Pompeya se encuentra indicada en la carta de Peutinger, que es posterior al reinado de Constantino, y no desapareció completamente de la superficie de la tierra sino en el itinerario de Antonino.

Nada mas posible en último resultado; nosotros no estamos dispuestos á discutir con Pompeya por cuatro siglos mas ó menos. Mas sin embargo, hay un hecho incontestable que se opone al reconocimiento pleno de esa resurreccion; y es que ninguna moneda de cobre, plata ú oro se ha encontrado en Pompeya posterior al año 79, aunque es incontestable que los emperadores continuaron acuñando moneda, alta prerogativa del poder supremo que los soberanos tienen en tanto. Pues suponed sepultado á Saint-Cloud en nuestra época, y exhumado á los dos mil años; estoy convencido que se encontrarian en las escavaciones de Saint-Cloud infinitamente mas mo-

nedas de cinco, veinte y cuarenta francos con los bustos de Napoleon, Luis XVIII, Cárlos X y Luis Felipe, que sous parisienses y dineros de oro y plata de mediados del siglo XIV.

Lo probable es que la ceniza, tragándose la ciudad entera, dejó huir á las tres cuartas partes de la poblacion, que esta poblacion, sea con la esperanza de poner al descubierto sus antiguas moradas, ó por ese amor al suelo, tan arraigado en el corazon de los habitantes de la Campania, no querria alejarse del sitio que ya habia habitado; que edificaria una aldea cerca de la ciudad; que la nueva colonia tomaria el nombre de la antigua ciudad, y que los geógrafos, encontrando este nombre en la carta de Peutinger, tomaron á la hija por la madre, y confundieron el sepulcro con la cuna.

Esto es tan exacto, que se encontró entre Bosco Real y Bosco Trecase, esa nueva Pompeya, que conservaba tambien magníficos bronces y estátuas del mejor tiempo de las artes; antiguos restos arrancados sin duda á su antiguo esplendor. Pero las casas que encerraban esos bronces y esas estátuas eran, como obras de arquitectura y de pintura, de una época de decadencia de tal modo en oposicion con las obras maestras del arte, que puede creerse habia muchos siglos de diferencia entre unas y otras. Sin embargo, debemos decir que la distribucion interior de las habitaciones era absolutamente la misma, á pesar de que segun todas las probabilidades, esta segunda Pompeya desapareció en las entrañas de la tierra cuatro siglos despues de la antigua.

Asi que, como decíamos, la fama de la ciudad griega la sobrevivió largo tiempo para borrarse precisamente en el momento en que iba á reaparecer con mas brillo que nunca.

Inmediatamente un gran número de habitantes de Pompeya volvieron con el pico y el azadon en la mano á escavar en diferentes puntos aquella vasta tumba donde habian quedado encerradas la mayor parte de sus riquezas. Los anticuarios llaman á esto una profanacion; es evidente que acerca de esa palabra no se hubieran entendido con los antiguos habitantes de Pompeya.

Alejandro Severo fué á escavar en Pompeya; sacó de ella una gran cantidad de mármoles, columnas, estátuas de un trabajo muy precioso, lo cual empleó en las nuevas construcciones que por su órden se hacian en Roma, entre las que se reconocen, como se reconoceria un fragmento del renacimiento en medio de la arquitectura napoleónica.

Vino despues el azote de la barbarie que como una nueva lava, no solo cubrió las ciudades muertas, sino tambien las ciudades vivas. ¿Qué fué entonces de Pompeya y la aldea que tenia de la mano como una madre tiene á su hija? Ya no hay cuestion sobre eso, nadie lo sabe. Sin duda todo lo que salia sobre aquella capa de cenizas que subia, como hemos dicho, aun mas alta que el piso principal, fué destruido. Capiteles, frontones, azoteas, todo se niveló. Algun tiempo todavía indicaron las ruinas el sitio donde estaban las tumbas, despues las mismas ruinas se convirtieron en polvo: al polvo el polvo se mezcló; algunas raquíticas plantas, algunos árboles aislados crecieron sobre aquella tierra estéril, y todo concluyó: Pompeya habia desaparecido; en vano se buscó donde habia estado. Pompeya habia sido olvidada.

Pasaron dos siglos.

Un dia, era en 1592, el arquitecto Dominico Fontana fué llamado por Mucio Cultavilla, conde del Larno. Tratábase de hacer un acueducto subterráneo para conducir el agua á la Torre. Fontana puso manos á la obra; y como la línea que habia trazado atravesaba todo el plano de Pompeya, sus obreros tropezaron muy pronto en las casas, en las basas de las columnas y las gradas de los templos. Fueron á advertir al arquitecto de lo que habia bajo tierra; bajó éste á las escavaciones con una hacha en la mano; reconoció mármoles, bronces, pinturas; atravesó calles, teatros, pórticos; en seguida, admirado de lo que habia visto en aquella necrópolis, volvió á subir para ir á preguntar al duque del Larno qué era lo que debia hacer. El duque le respondió que debia continuar su acueducto.

Fontana no era bastante rico para hacer escavaciones á su costa: se contentó, pues, como piadoso artista que era, con continuar las escavaciones reparando á medida que destruia, lo que se veia obligado á destruir: asi pasó bajo el templo de Isis sin derribarle, y todavía se puede hoy seguir su marcha por los respiraderos del canal que trazó.

Entretanto Herculano dormia mas tranquila que su hermana de infortunio, porque su sepulcro era mas seguro y mas profundo; pero como si fuese una ley de este mundo que no habrá reposo eterno en él, ni aun para los muertos, sonó la hora de su resurreccion antes que sonase la de Pompeya.

Fué un príncipe de Elbeuf, de la casa de Lorena, el primero que comprendió el tesoro que por espacio de diez y seis siglos habian hollado con desprecio plantas humanas. Casado con una hija del príncipe de Salsa, y deseando embellecer una casa de campo que habia comprado en las inmediaciones de Pórtici, comenzó á comprar á los aldeanos de las cercanías todos los fragmentos de antigüedades que le llevaban. Al principio tomó todo lo que le presentaron; despues, habiéndose hecho mas delicado su gusto con la abundancia, exigió que tuviesen cierto valor los objetos para hacer su adquisicion. Al fin, viendo que le llevaban cada dia nuevas riquezas, resolvió dirigirse él mismo á aquel manantial, y envió á llamar á un arquitecto. Este preguntó noticias á los aldeanos, reconoció las localidades, y

tomó tan bien sus medidas, que desde su primera escavacion, ejecutada por el año 1720, encontró dos estátuas de Hércules, descubrió un templo circular sostenido por cuarenta y ocho columnas de alabastro, veinte y cuatro esteriores y otras tantas interiores; y en fin, se sacaron siete estátuas griegas, que el generoso príncipe de Elbeuf dió como regalo al príncipe Eugenio de Saboya.

Pero como se comprenderá, esto hizo gran ruido: se exageraron las maravillas de la ciudad subterránea; intervino el gobierno, y ordenó al príncipe de Elbeuf suspendiese sus escavaciones. Efectivamente, se suspendieron por algun tiempo.

En fin, el jóven príncipe de Asturias don Cárlos, habiendo subido al trono de Nápoles bajo el nombre de Cárlos III, hizo edificar el palacio de Pórtici, y comprando la casa del príncipe de Elbeuf con todo lo que contenia, volvió á emprender las escavaciones, y las hizo continuar hasta ochenta pies de profundidad. Entonces ya no se encontró solo un monumento solitario ó un templo aislado: fué una ciudad toda entera que habia desaparecido bajo la lava, yaciendo entre Pórtici y Resina, y que primero su posicion, y despues las inscripciones, unas griegas, otras latinas, hicieron se reconociese por la antigua ciudad de Herculano.

Pero la estraccion de esta ciudad no era fácil; estaba engastada en su molde de lava; era preciso romper el bronce para llegar á la piedra; no tardó en conocerse que se necesitaban enormes dispendios para aquel trabajo en terreno desconocido, y pasados algunos años se renunció á ello. Pero esos pocos años, sin embargo, habian producido tesoros.

Preciso es decir tambien que de repente se dirigió la curiosidad de Herculano á Pompeya. Ya á fines del siglo anterior se habia hallado entre ruinas, orilla del rio Sarno, un trípode y un Priapo pequeño de bronce; despues se habian encontrado otros objetos preciosos, resultado de una escavacion particular hecha en 1689, una milla próximamente del mar á la vertiente oriental del Vesubio; en fin, en 1740 escavando un foso algunos aldeanos, encontraron resistencia; redoblan sus esfuerzos, descubren monumentos, casas, estátuas; la ciudad sepultada vuelve á ver la luz; la ciudad perdida es hallada; Pompeya sale de su tumba; muerta, es verdad, pero bella todavía como el dia en que á ella descendió. Hasta entonces se ha evocado la sombra de los hombres: desde aquel momento se va á evocar el espectro de una ciudad. La antigüedad referida por los historiadores, cantada por los poetas, soñada por los sabios, ha tomado de repente un cuerpo: el pasado se ha hecho visible para el porvenir.

Desgraciadamente, como hemos dicho, una sensacion puede ser destruida, en parte al menos, por la gradual progresion. Asi sucede con Pompeya, que por su desgracia tiene á Herculano en su camino. En efecto, Herculano en lugar de escitar la curiosidad, la fatiga: se baja á las escavaciones de Herculano como á una mina, por una especie de pozos; en seguida se ven galerías subterráneas, donde no se puede penetrar sino con hachas encendidas; galerías ennegrecidas por el humo que de cuando en cuando dejan entrever como por el desgarron de un velo, la esquina de una casa, el peristilo de un templo, las gradas de un teatro, todo eso incompleto, mutilado, sombrío, sin enlace, sin continuacion, y por consecuencia, sin efecto. Asi, al cabo de una hora empleada en aquellos subterráneos, el mas fanático anticuario, el arqueólogo mas obstinado, el curioso mas infatigable, no sienten sino una necesidad, la de volver á la claridad del dia; no sienten mas que un deseo, el de respirar el aire atmosférico. Esto fué lo que nos sucedió.

Nos pusimos en camino despues de haber visitado aquella ciudad momificada, y tomamos el que conduce de Nápoles á Salerno. A media legua de la torre de la Anunciacion, se nos presentó un camino trazado en la arena que se internaba hácia la izquierda, y tenia á su entrada un poste con esta inscripcion: *Via de Pompei*. Le seguimos, y á la media hora de marcha encontramos una verja que se abrió ante nosotros, y nos hallamos á cien pasos de la casa de Diomedes, y por consecuencia, al estremo de la calle de los Sepulcros.

Al llegar allí, preciso es confesarlo, á pesar del perjuicio que Herculano causa á Pompeya, la impresion que se esperimenta es viva, profunda, duradera; la calle de los Sepulcros es un magnífico peristilo para entrar en una ciudad muerta; por otra parte, todos esos fúnebres monumentos colocados á ambos lados de la via consular al estremo de la que se abre de par en par la puerta de Pompeya, elevándose sobre la capa de arena que los cubria, se han conservado intactos como el dia en que salieron de las manos del artista; únicamente el tiempo los ha marcado al pasar ese bello tinte sombrío, ese barniz de los siglos, que es la suprema belleza de toda obra arquitectónica.

Y á eso unid la soledad, esa poética guardadora de los sepulcros y las ruinas.

¿Qué sería, pues, lo repito, á no haber pasado por Herculano? Figúrense los lectores bajo un sol ardiente, ó si lo desean mejor, á los pálidos rayos de la luna, una calle de veinte pies de anchura, de quinientos de longitud, surcada todavía por las ruedas de los antiguos carros, con aceras semejantes á las nuestras, toda llena á derecha é izquierda de monumentos cinerarios, por encima de los que se mecen las copas de algunos raquíticos arbustos de triste aspecto, nacidos con trabajo en aquella ceniza: presentando á su estremo como un grande arco á través del que no se vé mas que el cielo, aquella puerta por donde se iba de la

ciudad de los muertos á la de los vivos; rodéese todo esto de silencio, soledad, recogimiento, y se tendrá una idea muy incompleta todavía del aspecto maravilloso que presenta el barrio de Pompeya, llamado por los antiguos la colonia de Augusto Felix, y por los modernos la *calle de las Tumbas*.

Nos detuvimos sin hacer caso del sol de treinta grados que caia á plomo sobre nuestras cabezas, yo para tomar el nombre de todos aquellos monumentos, Jadin para sacar un boceto de aquella vista. Se hubiera creido que temiamos ver desaparecer todo aquel panorama de otra edad, y queriamos fijarle sobre el papel antes que volase como un sueño ó desapareciese como una vision.

Al principio de la calle se abre la primera casa desenterrada. Por una estraña casualidad es de las mas completas: esta casa era la del liberto Arrio Diomedes.

Tranquilícese nuestro lector, porque no pensamos llevarle á una visita domiciliaria. Visitaremos tres ó cuatro casas de las mas importantes, entraremos en uno ó dos comercios, pasaremos por delante de un templo, atravesaremos el *Forum*, daremos la vuelta á un teatro, leeremos algunas inscripciones, y nada mas.

XIII.

LA CALLE DE LOS SEPULCROS.

La primera, la única casa, creo, que está al descubierto en la calle de los Sepulcros, es la del liberto Arrio Diomedes: vasto sepulcro ella misma, porque en su galería subterránea, á la que se baja por el jardin, se encuentran veinte esqueletos.

Arrio Diomedes no desmentia el proverbio: Rico como un liberto. Su casa es como la de un millonario. A falta de grabado, procuremos hacer comprender por medio de la descripcion lo que era la casa de un millonario romano.

Cuando decimos que esta pertenecia á Arrio Diomedes, es preciso no tomar al pie de la letra lo que decimos: desde que un florentino ha escrito contra mí un volumen porque habia escrito *Corso* Donati en vez de *Coc* dei Donati, y *Jacob* de Pazzi en vez de *Jacobo* de Pazzi, me he vuelto muy tímido en materia de nombres, y mas bien pongo dos puntos sobre una *i*, que dejarle sin ninguno.

Lo que ha hecho dar á la bonita vila que vamos á describir el título bajo el que es conocida, es que el panteon inmediato está consagrado á la familia del liberto Diomedes. En esto no cabia engaño, porque tenia la inscripcion siguiente:

M. ARRIUS. I. L. DIOMEDES
SIBI. SUIS. MEMORIÆ
MAGISTER. PAG. AUG. FELIC. SUB. URB.

Lo cual queria decir: «Marco Arrio Diomedes, liberto de Julia, señora de la colonia de Augusto Félix, inmediata á la ciudad, edificó este panteon á su memoria y de los suyos.»

Y á su vez, despues que la casa dió un nombre al sepulcro, el sepulcro le dió á la casa.

No solo era una casa de la mas esquisita elegancia, y edificada en una de las mejores épocas del arte romano; es decir, en el reinado de Augusto, sino que tambien era de los edificios particulares, uno de los mas grandes de Pompeya: dos pisos quedan en pie; el tercero no existe.

Se suben algunas gradas, despues se entra por una puertecita en un patio abierto rodeado de catorce columnas: este patio, como todos los patios antiguos, tenia la forma de un cláustro; esas columnas sostenian un tejado cuya inclinacion interior vertia las aguas en un pequeño canal; por lo que este patio se llamaba el impluvium.

Los romanos, esos eternos paseantes, pasaban su vida dando vueltas en esos patios, ó al abrigo de aquel tejado, cuando no estaban en el forum ó llovia. Las paredes de esos pórticos estaban elegantemente pintadas al fresco, otra semejanza mas con los cláustros del rico convento de San Márcos de Florencia.

Ese patio ocupaba ordinariamente el centro de las casas romanas; todas las puertas de las diferentes habitaciones, desde las de los esclavos hasta las de los dueños de la casa, se abrian bajo aquellos pórticos. El amo, paseándose allí, veia casi todo lo que pasaba en su casa.

Un jardinito, que debia estar lleno de flores; se ostentaba en medio del patio, atravesado por el canal de que hemos hablado, el cual recibia el agua de la lluvia y la conducia á dos cisternas. Estas cisternas tenian brocales de piedras volcánicas, y en una de esas piedras se encontraba la estria que fijaba la maroma con ayuda de la que se sacaba el agua. Todo lo que no debia estar plantado estaba empavesado con pedazos de mosáico conservados con una capa de ladrillo machacado. Esteriormente, y bajo el pórtico, habia un nicho que contenia una pequeña estátua de Minerva.

A la derecha estaban las habitaciones para los esclavos; en medio de estas habitaciones, habia una escalerita que conducia al piso superior. Se encontró en este piso, que probablemente era un granero, paja y cebada. Al lado de la escalera estaban las ánforas y un armario, á la izquierda estaban los baños. El supremo placer de la vida doméstica, le consti-

tuian entre los romanos los baños. Asi, al contrario que entre nosotros, donde con mucho trabajo se tiene un gabinete de tocador, los baños en una casa romana ocupaban en general la sesta parte.

Bajo los reinados de los doce Césares era un negocio de sumo interés tomar un baño.

Entre nosotros, nos metemos en una pila mas ó menos corta. ¡Dichosos los que tienen piernas pequeñas ó grandes pilas!

En seguida, despues de media hora invertida en dar vueltas para evitar los calambres, llamamos, nos secamos con un lienzo frio ó abrasando, se vuelve á vestir y se sale.

Entre los romanos era otra cosa.

Ved si no los baños del liberto Arrio Diomedes.

Habia alli una primera habitacion. En esta primera habitacion se encontraba una pila para el baño frio. Esta pila estaba rodeada de un pórtico pequeño muy lindo con columnas octógonas, en cuyo fondo habia un hornillo; sobre el hornillo un caldero y una paila de dos asas, todavía ennegrecidos por el humo, una parrilla de hierro, muchas ollas de barro y una cacerola.

Al parecer, asi como nosotros, los romanos hacian les sirvieran el almuerzo en sus baños frios.

A continuacion se encontraba una segunda habitacion: en esta era donde se desnudaban los que querian tomar los baños calientes: se la llamaba *apodyterium*. En seguida habia una tercera habitacion: en esta era donde estaban á la vez el baño caliente y el horno grande. El horno era una construccion de ladrillos de la figura de una sarten; solo que su forma era larga y aplastada. Tres vasijas de cobre contenian el agua á diferentes grados; el agua fria, el agua tibia y el agua caliente. Tubos de plomo que servian de conductores á esta agua se abrian con llaves muy semejantes á las nuestras, y permitian al bañista elevar ó disminuir la temperatura de su baño.

Entonces se dejaba el piso bajo ó se subia al principal. Aqui se encontraba una habitacion pequeña, que estaba exactamente encima de la otra, la cual se llamaba la estufa. Se entraba en ella despues de haber atravesado otra habitacion, donde se dejaban los vestidos con que se habian abrigado para subir del piso bajo al principal. Desde esta primera habitacion se iba atravesando el tepidarium, donde no se detenian hasta la vuelta á la estufa, y en esta estufa, situada como hemos dicho encima del hogar, era donde se tomaba el baño de vapor.

Una ventana que se abria al patio servia para dar aire al bañista cuando estaba á punto de ahogarse. Habia una lámpara colocada en un nicho que daba á la vez á la estufa y al tepidarium, y que cuando se querian tomar baños por la noche, alumbraba á las dos habitaciones.

Hoy que están de moda los baños rusos, es inútil describir ese dolor graduado que era un placer para los antiguos. Cuando habian pasado en la estufa el tiempo que querian dedicar á derretirse, volvian á retirarse al tepidarium. Aqui esperaba un esclavo al bañista; tenia en una mano un frasco y en la otra un cepillo de dar friegas. Este cepillo se componia de pequeñas láminas de marfil, de plata ó de oro, semejantes menos los dientes, á los de una almohaza, y se llamaba *strigilis*. El frasquito contenia un aceite perfumado y se llamaba *guttum*. Primero frotaba el esclavo al bañista con el strigilis, luego inclinaba encima de su cabeza y sus espaldas el guttum, dejaba caer algunas gotas de aceite aromático que le estendia por todo el cuerpo con la mano. El tepidarium, como la estufa, tenia un balcon; pero este balcon ganaba mucho en celebridad al balcon su vecino. Consiste esto en que en los engastes de madera barnizados de ceniza, se encontraron cuatro vidrios.

Ahora bien, cuando los encontraron, acababa de probar un sábio italiano en una obra de cuatro volúmenes en cuarto, que los antiguos no conocian el vidrio.

El librero que habia impreso la obra se arruinó; pero el autor no quedó por eso como menos sapientísimo.

Ademas de esta vidriera se encontró en el tepidariun sillas de madera, y en el suelo, al lado de una de ellas, el fondo de una cesta.

Desde esta habitacion donde se terminaba la operacion del baño, se volvia á pasar al apodyterium, donde se vestian con el trage que los esclavos habian subido, y terminaba la operacion.

El emperador Commodo tomaba al dia siete baños de este género. Como se ve, debia quedarle para dedicarse á los cuidados de su imperio, menos tiempo que le quedaba á Orosmanes, el cual, si se ha de creer á Voltaire, no los dedicaba mas que una hora.

De los baños pasamos á una especie de despensa inmediata á las alcobas. En esta despensa se encontró en tierra, y al pie de una mesa de mármol sostenida por la estátua de una jóven sacerdotisa, muchas vasijas de cocina.

En las alcobas no se encontró mas que pinturas bien conservadas, mosáicos y mármoles. Por lo demas, todas las alcobas, que recibian luz solo por la puerta, eran pequeñas y debian ser muy poco desahogadas.

En medio de esas habitaciones habia un comedor, construido en forma de hemiciclo y en el que todavía se ve el sitio que ocupaba la mesa. Se hallaron en él vasijas de barro y bronce, moldes de repostería de la forma de los nuestros, dos pequeños trípodes cuyo destino era tener las lámparas cuando comian ó cenaban con luz artificial: dos pequeñas pilas para lavarse las manos; dos candelabros, uno de los cuales tenia la forma de un tronco de

árbol; dos cuchillos con mangos de hueso; en fin anillos con pequeñas placas para los armarios. Las paredes estaban pintadas representando las pinturas pescados de todas formas y colores, y recibian la luz, ademas de la puerta, por tres ventanas que daban al campo, abriéndose al Oriente y Mediodía.

En la otra fachada del pórtico estaba la entrada al *exedra* ó salon de recepcion. Este salon comunicaba con algunos gabinetes; en uno de estos se encontró una mesa redonda de mármol blanco, adornada con dos cabezas de tigre, cada una de las que arrojaba agua por un surtidor colocado en su boca; medallones de mármol representando á Vulcano junto á su yunque; una muger al lado con una mariposa en una mano y en la otra una antorcha que aproxima á un altar al que va á aplicar el fuego; un Hércules apoyado sobre su maza con una piel de leon, un carcax y flechas; faunos con una ánfora y un tirso en las manos; cinco mascarones pequeños agugereados los ojos y la boca; en fin, una liebre comiendo fruta.

Ademas, habian caido de los pisos superiores en aquel salon y los gabinetes inmediatos, jarrones de plata esculpidos, una marmita de bronce, dos monedas una de las cuales era de la antigua Nápoles; es decir, que tenian ya de fecha cerca de mil quinientos años, en fin, varios pedazos de mármol desprendidos de una estátua pequeña á la que cubrian, y que servia de adorno á un mueble.

Del *exedra* se pasa á una azotea; esta azotea dominaba el departamento de los esclavos. En este departamento se encontró una botella colgada de un clavo, vasijas de barro cocido, una lámpara, cuatro azadones y un rastrillo de hierro; un cuchillo con mango de hierro y varias vasijas y monedas de bronce: este era el mueblage y riqueza de la miserable pequeña colonia.

Junto á una puerta estaba el esqueleto de un hombre y el de una oveja: la oveja tenia todavía su campanilla.

Ademas de las habitaciones que hemos descrito, habia tambien un departamento de verano: se bajaba á él por una escalerita; sus habitaciones tenian el techo abovedado, en sus paredes habia pinturas y el pavimento era de mosáico. Las pinturas que cubrian las paredes de la mayor de estas piezas, representaban una Urania, una Melpómene, una Minerva, un pedagogo sentado con un baston en la mano y un cofre lleno de papiros á sus pies; genios y bacantes que bailaban tocando la sambuca, lo que hace creer que este salon era una biblioteca. Un resto de alfombra cubria el pavimento.

Desde esta habitacion y atravesando el jardin, se baja á una galería subterránea; en esta galería es donde se habian refugiado los habitantes de la casa. Descubriéronse en ella veinte esqueletos apoyados en la pared: dos de esos esqueletos pertenecian á niños; otro era probablemente el de la dueña de la casa, porque tenia en los brazos dos brazaletes y en los dedos cuatro anillos. Todos habian sido ahogados en la ceniza; y como á la ceniza habian seguido tormentas de agua, se habia convertido en un limo que se secó lentamente, encerrando á los cadáveres como un molde. Asi que cuando se descubrieron estaban aquellos cadáveres perfectamente conservados; pero apenas los tocaban con un dedo caian reducidos á polvo, y no quedaron en pie mas que seis esqueletos. El limo que los sostenia permaneció mas sólido, y se conserva en el museo de Nápoles un fragmento de esa tierra al que está unido un magnífico pecho de muger en cuyo esterior se distinguen los pliegues de un vestido de muselina. Otro fragmento conserva el molde de una espalda; otro el contorno de un brazo: todo torneado y demostrando juventud y perfeccion de formas.

Ademas se encontraron en el suelo dos collares de oro, uno de los que está adornado con nueve medallas de esmeralda, y el otro tiene una cadenita de cuyo estremo colgaban dos hojas de parra; dos anillos de plata; un alfiler grueso; un candelabro cuyo pie está formado por tres piernas de hombre; un manojo de llaves; dos amatistas, en una de las que está grabada una Venus Anadiomene en la misma actitud que la Venus de Médicis; en fin, treinta y una monedas casi todas imperiales, entre las cuales habia muchas de Galba y de Vespasiano.

Pero en esta galería fúnebre no estaban encerrados todos los cadáveres. Se halló otro esqueleto junto á la puerta que daba al mar; este esqueleto era sin duda el del dueño de la casa, porque tenia en una mano una llave y en la otra una sortija y un cartucho con diez monedas de oro con los bustos de Neron, Agripina, Vitelio, Vespasiano y Tito, ochenta y ocho monedas de plata imperiales y consulares entre las que habia una de Marco Antonio y otra de Cleopatra, y algunas monedas de bronce con la efigie de Augusto y Claudio. A pocos pasos de ese cadáver se encontraron otros dos esqueletos, cerca de los que habia cinco medallas de bronce; á la parte esterior de la puerta y avanzando hácia el mar, habia otros nueve esqueletos, que probablemente habian pertenecido á la familia de Arrio Diomedes. Se sabe que los antiguos entendian por familia eso innumerable rebaño de esclavos y de perros que formaban parte de toda rica casa.

En los ángulos de estas habitaciones inferiores habia dos gabinetes, en uno de los que se encontró un esqueleto que tenia en el puño un brazalete de bronce, en un dedo un anillo de plata, y en la mano una segur de hierro. Inmediatos á estos gabinetes habia dos sitios cercados, que al parecer habian estado cubiertos de un emparrado y que debian servir de juego de bolos. En fin, fuera de la casa y es-

tendiéndose por el lado del mar, se halló un campo labrado á surcos, junto al cual habia una era para trillar.

Un vasto recinto cercado por una sólida pared y unido á un terraplen horadado de tubos, separaba del lado opuesto la casa de la calle. Este recinto era el cementerio de los esclavos. Escavando en él se encontró una gran cantidad de huesos humanos, y las conchas de los caracoles que habia costumbre de comer en las colaciones mortuorias.

En cuanto al panteon preparado por el señor de la casa para él y los suyos, y en que yacian su hermano mayor y Arria, su octava hija, hemos dicho ya que se elevaba en la calle, y que esa mansion de los muertos rivalizaba en elegancia y riqueza con la mansion de los vivos.

Entre los sepulcros que se encuentran á uno y otro lado de la via consular, los mas notables despues del de la familia Diomedes, son los sepulcros de los dos Tice y el cenotafio de Calvencio.

El primero que se encuentra es el de Nevoleya Tice, descubierto en 1813. Es un ancho pedestal formado por cinco hileras de largas piedras volcánicas, en cuya parte superior hay dos escalones y en medio un altar de mármol. Sobre este altar está colocado el busto de Nevoleya. Por bajo del busto se lee una inscripcion latina de la que nos contentaremos con dar una traduccion: «Nevoleya Tice, liberta de Julia, para ella y para Cayo Munacio Fausto Augustal, quien recibió con el consentimiento del pueblo, de los decuriones el bissellium por sus méritos. Nevoleya Tice, en vida, ha elevado este monumento á sus libertos de ambos sexos y á los de Cayo Munacio Fausto.»

Este sepulcro está adornado de tres bajos relieves, los tres bastante curiosos.

El primero que se encuentra por el lado que da á Nápoles, es un navío que entra en el puerto. Genios pequeñitos cargan las velas; un hombre está al timon: la cabeza de Minerva adorna la proa.

En un pais donde, como en tiempo de Fígaro, no se puede escribir sobre nada que tenga relacion con el gobierno, la política, la administracion, la literatura, se comprende que se hayan escrito muchos volúmenes acerca de esa escultura. Este objeto era una gran fortuna. Por nada en el mundo hubieran dado los sabios aquella escultura; era su pan cotidiano. Acaso se han publicado cincuenta volúmenes sobre la dichosa obra. ¡La paz de Dios sea con los que los han escrito! ¡Conceda Dios su misericordia infinita á los que los leyeron!

Los unos han visto en ella una alegoría, los otros una realidad.

Los que han visto en ella una alegoría, se han estasiado ante la idea que representaba. El navío de la Vida, conducido por la Prudencia, toca al puerto de la Tumba, despues de haber atravesado los escollos de las Pasiones.

Estos se apoyan en un pasage de Pope, que ha venido diez y seis siglos mas tarde; pero esto no importa: las grandes verdades son de todos los tiempos.

El pasage decia: «Vogamos de diferentes maneras sobre el vasto Océano de la vida. La Razon es la carta, la Pasion es el viento.» Esto se llama ciencia retrospectiva.

Los que ven en ella una realidad, dicen sencillamente que como Mario se dedicaba al comercio marítimo, ese bajo relieve no era otra cosa que el prospectus póstumo de su profesion. Estos se apoyan en un pasage de Petronio en que Trimalcion, que era comerciante, dice á Albino: «Tambien te suplico que los navíos que has de esculpir sobre mi sepulcro boguen á toda vela, y que yo esté sentado en el tribunal con mi toga, con cinco anillos de oro, y un saco lleno de dinero para arrojarlo al pueblo.» Esta es la ciencia prospectiva: permítanme los eruditos esta palabra.

Se comprende que la cuestion era grave. Por tanto la lucha comenzada en 1813, existia todavía en 1835 mas encarnizada que nunca. Positivistas y alegoristas invitaban á ella á todas las academias italianas, desde la de Nápoles hasta la de San Marino. Uno de ellos mas sobreescitado que los demas, iba á marchar á París á fin de someter el problema al Instituto. Tres dias antes de ponerse en camino fué á proponerme con toda formalidad tradujese al francés los dos volúmenes que habia escrito sobre esa cuestion europea. Puse á este caballero en la calle.

El bajo relieve del lado opuesto, es decir, el que mira á Pompeya, representa el bissellium de que se trata en el epitafio. Acaso no sabeis lo que es el bissellium: voy á decíroslo. Desde que estaba en Italia me he vuelto erudito á mi vez. Perdonadme en lo que pueda ofenderos, asi como yo perdono á los que me han ofendido.

El bissellium, cuya forma seria desconocida sin el precioso bajo relieve que nos ha conservado el sepulcro de Nevoleya, es un banco oblongo con cogin, adornado de franjas, y con una banqueta. El ciudadano que habia tenido la dicha de obtener el bissellium, tenia el derecho de sentarse completamente solo en las asambleas públicas en aquel asiento, que sin embargo, podia recibir á dos. Estos honores del bissellium eran muy deseados de los pompeyanos, que deseaban segun parece, mas que nada tener libres los codos. Esto se semeja mucho á las gentes virtuosas de Saint-Just, á quien el jóven convencional queria se concediese el privilegio de pasearse el domingo con un trage gris perla y un ramito de rosas en el ojal.

En cuanto al bajo relieve del centro, es decir, el que da á la via, representa el sacrificio que tuvo lugar en los funerales mismos

de Munacio Fausto. Un jóven sacerdote coloca la urna sobre el altar, asistiéndole un niño. A la derecha están los decuriones, los oficiales del municipio, y los *sex viri augustales*, de que Munacio tenia el honor de formar parte, y que van á cumplir sus últimos deberes para con su colega. A la izquierda se adelanta un grupo de hombres y de mugeres hácia el altar y presenta ofrendas. Entre las últimas, una jóven se desmaya traspasada de dolor. Los eruditos, por su propia autoridad, han asegurado que este personage era la misma Nevoleya. No tengo absolutamente nada que decir contra esta opinion.

Despues de haber examinado este magnífico sepulcro, y mientras Jadin sacaba su boceto, bajé al columbarium. Este era una habitacion pequeña de seis ú ocho pies cuadrados; un nicho practicado en la muralla contenia una grande urna de arcilla, llena de cenizas y huesos. Los mismos eruditos han asegurado que eran los restos de Nevoleya y Munacio, sentimentalmente reunidos para toda una eternidad. Otras urnas habia que contenian otros esqueletos, y ademas las monedas destinadas á Caronte. La Academia de Nápoles se ocupa en decidir en la actualidad si será de aquel uso antiguo de donde viene la costumbre de pagar un cuarto al pasar el puente de las Artes.

Tambien se encontraron en el suelo tres vasijas de barro encerradas en otras tres de plomo; una de esas vasijas contenia el agua, las otras agua, vino y aceite, sobre el que nadaban huesos. En el fondo habia un precipitado de cenizas y de sustancias animales. Estos eran los restos de las libaciones y de las esencias que se derramaban ordinariamente sobre las reliquias de los muertos cuando se les depositaba en el sepulcro despues de haberlos recogido de la pira.

El sepulcro de la segunda Tice no era menos curioso que el de la primera. Es un cenotafio de la misma forma precisamente que el que acabamos de describir, encima del que hay un cipo que sostiene una cabeza humana vista de frente, con los cabellos reunidos en trenzas y anudados en la parte posterior del cuello. Sobre esta cabeza está grabada la inscripcion siguiente, que ha dado mucho que hacer á los anticuarios, y que sin embargo me parece muy sencilla:

JUNONI
TYCHES JULIÆ
AUGUSTÆ VENER.

Se ve que los antiguos, en materia de cortesanía, estaban todavía mas adelantados que nosotros. Todo título que los aproximaba á los príncipes les honraba, cualquiera que fuese ese título. Hojead á Tácito, y vereis que Petronio desempeñaba con mucha honra cerca de Neron el empleo que Tice habia aceptado cerca de Julia. Despues de haber ganado su pension de retiro, Tice se retiró inmediatamente á Pompeya, donde probablemente hizo penitencia por su vida pasada, puesto que al morir se encomendaba á Juno, la mas arrogante de todas las diosas. Verdad es que los anticuarios esplican esta anomalía diciendo que las divinidades protectoras de las mugeres se llamaban *junons*, y las de los hombres *genies*; pero en ese caso me parece que debia haber un plural en vez de un singular, y que se leeria en el epitafio *Junonibus* y no *Junoni*. Someto esta observacion á los señores arqueólogos con toda la modestia de un neófito.

El sepulcro de Calvencio, descubierto en 1838, es como el de las dos Tices, del buen tiempo de la arquitectura romana. Tambien, y como para librarle de los desacatos de los transeuntes, está rodeado de paredes sin abertura. Su materia es de mármol blanco, sus adornos son de un bonito estilo, y termina en dos haces de palmas con cabezas de carneros. Era como Munacio Fausto un augustal; como Munacio Fausto gozaba los honores del bisellium.

He aqui su epitafio:

«A Cayo Calvencio Quinto Augustal. El honor del bisellium le fué concedido por decreto de los decuriones, y con el consentimiento del pueblo, á causa de su magnificencia.»

El cenotafio de Calvencio es macizo; es decir, es un sepulcro honorífico. La pared que le rodea y le protege habia hecho creer que penetrando en su interior se encontraria en él algun tesoro oculto. En consecuencia, abrieron el monumento del lado que mira á Oeste. Entonces fué cuando vieron que se habia cometido una profanacion inútil.

Dos coronas de encina indican que al honor del bisellium unia Calvencio el honor mas insigne todavía de haber recibido la corona cívica.

Ademas de los cuatro sepulcros que acabamos de describir, hay otros sesenta, ante los que nos contentamos con hacer pasar al lector, como Ruy Gomez de Silva hacia pasar á Cárlos V ante una parte de sus abuelos. Pero si, como hace al respetable tutor de doña Sol, advertimos que los pasamos de los mejores, á fin de llegar mas pronto á la puerta de Pompeya.

XIV.

ANUNCIOS.

Seguimos la via consular y llegamos á la puerta de Herculano. Digamos breves palabras acerca de la via consular y de la puerta de Herculano; despues daremos una vuelta por la misma ciudad de Pompeya.

La via consular es un ramal de la famosa via Apia que iba de Roma á Nápoles; se unia á ella por el Norte de Cápua, y se estendia por el Mediodía hasta Reggio; esta era la tercera via romana descrita por Strabon, que pasaba por el pais de los Bruzos, la Lucania, Samnio y la Campania, donde volvia á unirse á la via Apia.

Esos caminos generales estaban bajo la inspeccion de los censores que debian conservarlos en buen estado. Tito Livio señala á aquellos apreciables magistrados los deberes que tenian que llenar respecto á este punto. «Los censores, dice, deben en el interior de las ciudades, hacer construir los caminos con pedernal; pero en el campo y estramuros deberá construirse con guijo, lo mismo la carretera que los andenes.» Ahora bien, ¿eran esos caminos de guijo otra cosa que nuestras calzadas? M. Macadam es un completo plagiario en habernos dado la invencion como suya, cuando, como se ve, data de unos veinte años antes de Jesucristo.

La ciudad de Pompeya está todavía hoy empedrada segun las reglas de la época. Solo sí, en el campo, los caminos están un poco deteriorados, y no hubiera sido malo que los censores se ocupasen de ellos.

En cuanto á la puerta de Herculano, no hay nada que modificar en ella, está en relacion con la metrópoli á que da entrada: ruina que da entrada á ruinas, poterna sin centinela que conduce á una ciudad sin habitantes.

Su bóveda se ha desplomado cansada ya de llevar sobre sí diez y siete siglos. El rastrillo se ha hecho polvo como el polvo que le cubria; pero las aberturas laterales, mas estrechas y mas bajas, han conservado sus bóvedas; todavía se ve la ranura donde encajaba la verja que ha desaparecido.

Al llegar á las puertas de Pompeya, se detiene uno un momento, se mira al rededor delante de sí, se dirige la vista á todas las revueltas de las calles, á todos los ángulos de las ruinas, á todas las desigualdades del terreno; no se ve un ser viviente; se escucha y no se oye el mas leve rumor.

Preséntase lo primero una escalinata de anchas gradas; esta escalinata conduce á las murallas, que fueron descubiertas en 1811 y en 1814; es decir, durante el reinado de Murat.

Esas murallas fueron edificadas, como las de Fiesole, Roselle y Volterra con grandes piedras colocadas de través en su base, y en su parte superior con piedras volcánicas colocadas unas sobre otras, sin otra union que su propia caida, sin otro cimento que su peso. Tres carros podian pasar por ellas de frente; y hoy se puede pasear por ellas como en los dias de Sila y de Ciceron.

En el reverso de cada piedra hay letras oscas y etruscas grabadas; supónese que tallándose estas piedras de antemano en la cantera de donde se sacaban, las letras eran señales trazadas por los obreros para reconocer la posicion que debia ocupar cada una de ellas.

Desde lo alto de aquella muralla se domina, como Asmodeo, una ciudad sin tejado.

Al bajar de la muralla se encuentra á la izquierda la casa del Triclinium; un banco cubierto de un emparrado, ha hecho se les dé ese nombre gastronómico. Habia sido puesta por su amo bajo la custodia de la Fortuna, cuya imágen se encontró en una especie de capillita.

Frente á esta casa está la de Julio Polibio. No podia haber equivocacion, porque el nombre de Julius Polibius estaba escrito sobre la puerta en letras negras.

Ahora bien, ¿cuál era su destino? Entre los eruditos anticuarios, unos pretenden era una posada, otros una parada de posta. Fúndanse en que se han encontrado allí huesos de caballos y piezas de hierro que no podian ser mas que ejes.

A seguida de esta casa se eleva un gran poste cuya naturaleza preocupa mucho á la academia de Herculano. Primero aseguró, entre otras cosas, que esta imágen era un talisman contra la gettatura, y despues, reconoció en él una muestra de joyero. Como esta opinion era la menos plausible, todos se mofaron de ella.

Verdad es que las escavaciones ejecutadas en la casa inmediata dieron por resultado una gran cantidad de objetos semejantes de coral, oro y plata, los cuales se llevaban en otro tiempo, como se llevan hoy en Nápoles los cuernos. Necesario es decir el pro y el contra.

Pero lo que sobre todo nos llamó la atencion, es la cantidad y variedad de inscripciones de letras negras y rojas, en caractéres oscos ó samnitas, en latin ó griego, que tapizan las paredes. Lóndres, la ciudad de los pufs por escelencia, donde se alquila el menor trecho de pared blanqueada, donde los anuncios, despues de haberse elevado del primero al segundo piso, trepan del segundo al tercero, montan sobre el tejado y van á colarse por la chimenea; Lóndres bajo este punto de vista se queda muy atrás de Pompeya: ¿qué vale un miserable pedazo de papel que lleva la primera ráfaga de viento, que la mas insignificante lluvia despega, que el primer chiquillo arranca, al lado de esa tinta indeleble que dura hace mil ochocientos años?

Así, en vez de entrar desde luego en las casas, nos pusimos á recorrer las calles abriendo la boca como verdaderos papanatas, leyendo los rótulos de las tiendas y los anuncios de los espectáculos, exactamente como esos provincianos que se preguntan: ¿compraremos un baston, ó un paraguas? ¿iremos á las Variedades ó á la Opera?

En efecto, ¿no es una cosa curiosa ver sobrevivir á los habitantes, á las casas, á la ciudad, ese interés personal, que entonces como

hoy, procuraba por las mas humildes súplicas y con las mas bellas promesas atraer hácia sí la atencion del público, los favores de los poderosos, el dinero de todos?

¿Quereis leer algunas de esas inscripciones? Hé aqui la mas curiosa:

MARCELLINUM ÆDILEN LIGNARI ET PLANTARII ROYANT UT JAVEAT.

Lo cual quiere decir:

«Los carpinteros y cerrageros se recomiendan al edil Marcelino.»

¿Quereis saber dónde podeis alojaros? Procurad descifrar este aviso en lengua etrusca:

EKSVC* AMVIANUR* EITUMS* AUTER* TIVRRI* XII* YNI* HEIS* ARIUN* PVPH* PHAAMAT* MR* ACTRIRIIS* V.

Lo cual significa, segun dicen las gentes que hablan etrusco, y suplico al lector no me confunda con esos señores:

«Viagero, al pasar de aquí y al llegar á la duodécima torre, encontrarás á Sarino, hijo de Publio, que tiene posada. Salud.»

Y ahora que sabeis ya donde alojaros, ¿quereis ir á un espectáculo? Llamad al muchacho y decidle que vais á alquilar un puesto. Os traerá un billete concebido en estos términos:

CAR. II
CUN III.
GRAND. VIII
CASINA
PLAUTI.

Heos ahí con toda tranquilidad: teneis la segunda fila en el tercer ángulo de la octava grada, y se representa la *Casina* de Plauto.

Por lo demas, si sois mas aficionados á los espectáculos del circo que á los del teatro, si preferís la realidad á la ficcion, haced mas, id hasta la encrucijada de la fuente: allí están los programas de los espectáculos; los hay para todos los gustos. Ved:

GLAD. PARIA XXX. MATUTINI ERUNT.

«Treinta parejas de gladiadores combatirán al salir el sol.»

Porque como sabeis, los combates de gladiadores eran tan apreciados por los romanos, que habia generalmente dos luchas de esta especie al dia, una por la mañana, otra al medio dia: era preciso hacer algo en favor de los perezosos.

¿Quereis mejor una cacería? ¿Sabeis á qué llamaban los romanos una cacería? Plantaban árboles en el anfiteatro para figurar un bosque; en seguida, á este bosque soltaban dos ó tres leones, cuatro ó cinco tigres, cinco ó seis panteras, un rinoceronte, un elefante, una boa y un crocodilo; despues entraban unos diez ó doce domadores de fieras, y la lucha del instinto y de la prudencia, de la fuerza y de la destreza comenzaba.

Esto era verdaderamente lo que deleitaba á los romanos. Con los hombres, con la naturaleza civilizada, con combatientes salidos de la escuela, con homicidas que se herian con arte, todo era previsto de antemano. Se hubiera podido, por poco que uno estuviese acostumbrado, dar el programa del asalto y decir cómo tal maestro daria tal golpe, cómo tal otro le pararia. Pero con los leones, con los tigres, con las panteras, con los rinocerontes, con las boas y los crocodilos, era muy diferente; allí todo era imprevisto. Cada animal desplegaba por su parte el valor, la fuerza ó la astucia que le eran propias; era verdaderamente un combate, era mas que un combate, era una carnicería. Los duelos entre los gladiadores concluian todos casi de la misma manera: el herido caia sobre una rodilla, se confesaba vencido, tendia la garganta que recibia el golpe de la manera mas graciosa que le era posible. Pero de todo nos cansamos, aun de ver morir con gracia. Ademas, esos diablos de gladiadores se entendian entre sí, no se hacian sufrir nada absolutamente: se cortaban la *carotide* y nada mas. Duraba tan poco la agonía, que apenas merecia tomarse el trabajo de hablar de ella; mientras que las fieras ¡caramba! no ponian ningun cuidado; herian como podian, con los dientes, con las garras, con el cuerno, y rompian furiosos las piernas, hacian volar pedazos de carne hasta el trono del emperador, hasta el trono de las vestales y de los caballeros, se inclinaban sobre el moribundo, le desgarraban el pecho, le mordian la cabeza, bebian su sangre; no habia, pues, medio de tomar una posicion natural y elegir una actitud académica: era preciso padecer, golpearse, gritar; esto al menos divertia, y era muy curioso de estudiar. Asi el emperador Claudio, de grotesca memoria, no se movia. Iba al rayar la aurora, permanecia hasta el mediodía, y aun á menudo, cuando el pueblo se marchaba á comer, permanecia solo en su trono, y preguntaba al inspector de los juegos la hora en que iban á volver á comenzar. ¡Y bien! os diria ¿teneis el gusto del emperador Claudio? Pues aqui teneis vuestro negocio:

N. POPIDI
RUFI* FAM.* GLAD. IV. K.* NOV. POMPEIS
VENATIONE ET XII* K* MAI.
MATA ET VELA ERUNT.
O. PROCURATOR, FELICITAS.

«La compañía de gladiadores de Numerio Popidio Rufo, dará una cacería en Pompeya,

el dia 4.° de las calendas de noviembre y el duodécimo de las calendas de mayo. En ella se desplegarán las velas. Octavio, procurador de los juegos. Salud!»

Por lo demas, si no os encontrais bien en la posada de M. Varinus, sabeis que podeis alojaros donde gusteis. Buscad, hay anuncios de habitaciones que se alquilan por todas partes. ¿Os hace un segundo piso?

«Neyo Pompeyo Diógenes alquilará en las calendas de julio el piso superior de su casa.»

¿O quereis mejor ser inquilino del piso principal y ganar algo vendiendo al pormenor? Hay una cierta Julia Felix, hija de Spurio, que propone alquilar desde el primero al seis de los idus de agosto, y por cinco años consecutivos, una parte de su patrimonio, que se compone de un departamento con los baños, un *venereum*, y nuevecientas tiendas y tornos. Solo que se os advierte que es una muger honrada, y que no permite pasen en su casa mas que cosas regulares. De otro modo el contrato quedará rescindido con pleno derecho. He aqui las condiciones; cada uno puede hacer lo que guste, aceptarlas ó no:

IN PRÆDIS JULIÆ S. P. F. FELICIS LOCANTUR BALNEUM,
VENEREUM ET NONGEUTUM TABERNÆ, PERGULÆ. CÆNACULA EX IDIBUS AUG. PRIMIS. IN ID. AUG. SEXTAS, ANNOS CONTINUOS QUINQUE
S* Q* D* L* E* N* C*

Os habia dicho que era muy severa; su última condicion se indica tan solo por iniciales.

Ahora, si no habeis venido para alquilar ni para subarrendar, si no quereis gastar vuestro dinero en el teatro ó en el circo, si vuestra bolsa está vacia, lo que puede suceder á la gente mas honrada de la tierra, y lo que acontece con mas frecuencia á estos que á nadie, esperad al dia de las calendas de junio: el edil da espectáculo gratis.

Sabeis lo que es un edil, ¿no es asi? Es un hombre que se ha comido la tercera parte de su fortuna para conseguir lo que es, y que se comerá las otras dos partes para llegar á ser pretor. Asi que en cuanto á la justicia que debe administrar, no se ocupa para nada. Que estuviese juzgando como el emperador Claudio, desde la mañana hasta la noche, y nadie le apreciaria. No, su condicion es divertir al pueblo, para eso es para lo que el pueblo le ha nombrado. Asi cada ocho dias hay una fiesta, un combate de gladiadores todos los meses, y una cacería cada semestre. Consiste esto en que las fieras cuestan caras: las hace venir del Atlas, del Nilo y de la India. Con el precio de un leon de melena, se compran ocho gladiadores. Las panteras cuestan seis mil sextercios, y los tigres diez mil. No se encuentran rinocerontes sino mas allá del lago Natron. Es preciso subir hasta la tercera catarata para pescar un crocodilo de diez pies, y la boa mas pequeña tiene un precio fabuloso. Aulo Svecio Ario, que os promete una cacería para el mes de julio, estará arruinado al mes de setiembre; pero ¿qué importa? En el mes de octubre se hacen las elecciones, y si el edil ha divertido bien al pueblo, será elegido pretor, es decir, rey de una provincia; no de una provincia como el Langüedoc ó el Berry, la Bretaña ó el Artois, la Alsacia ó el Franco Condado: no son miserables pedazos de terreno lo que Roma tiene por provincias: las provincias de Roma son el Africa, la España, la Siria, el Egipto, la Grecia, la Capadocia y el Ponto; mil leguas cuadradas de terreno, seiscientas ciudades, diez mil aldeas, veinte millones de habitantes, no para gobernar, no para dirigir, no para civilizar, sino para saquear, robar, oprimir, porque todo le está permitido al pretor; tiene plenos poderes. El pretor tiene derecho de vida y muerte, del pretor son los templos y sus estátuas, los hombres y sus tesoros, las mugeres y su honor.

Todos los acreedores del edil han seguido al pretor como una jauría: la provincia es su ralea; cada uno se lleva de ella un mendrugo, un pedazo, un giron: la provincia finiquita las cuentas, paga á los acreedores, enriquece al caballero. Daban á Tiberio el consejo de cambiar los pretores que habia enviado á Grecia, á Judea y á Egipto, porque decian que devoraban aquellas desventuradas provincias que tantos otros habian ya devorado antes que ellos.

«Si espantais las moscas que beben la sangre de un herido, respondió Tiberio, vendrán otras vacias, y por consiguiente hambrientas.»

Id, pues, á la cacería del futuro pretor, puesto que es bastante rico para dar el espectáculo gratis á los setenta mil espectadores que contiene el circo. He aqui su anuncio:

LA FAMILIA DE LOS GLADIADORES D'AULO SVECIO CERIO,
EDIL, COMBATIRA EN POMPEYA EL ULTIMO DIA DE LAS CALENDAS DE JUNIO. HABRA CAZA Y VELARIUM.

El *velarium*, como sabeis, era un toldo que cubria el anfiteatro, compuesto de todos colores, gris, amarillo, azul. Neron habia hecho construir uno de seda azulada con estremos de oro, en medio del que se hizo representar en figura de Apolo con una lira en la mano y conduciendo el carro del sol.

Ahora bien, acaso haya otra cosa mas curiosa todavía para el observador que esos anuncios, por decirlo asi, oficiales; y son esas líneas groseras, esas sentencias de taberna, esos refranes de figon trazados en la pared con la punta de un carbon ó el estremo de un cuchillo. Id á la calle donde está el pequeño

teatro, y leereis en él las aventuras amorosas de dos soldados que habian llegado allí en el consulado de Marco Mesala y Nucio Lentulo, es decir, tres años antes del nacimiento de Cristo. Es una cosa muy graciosa.

Despues, pues que estais allí, entrad en la taberna misma: es una rica termopola donde los antiguos pasaban la noche jugando y bebiendo. Como el establecimiento de la célebre comadre del abate Dubois, tenia dos caras: una visible que se abria en la calle, otra secreta que se ocultaba en el patio. Del despacho se pasaba al departamento interior.

No es fácil engañarse. Por la sola inspeccion de las paredes se sabe donde se está. Las pinturas representan hombres que beben y juegan. Uno de ellos grita al muchacho que le lleve vino helado: *Da mi frigidum pusillum.* En una mesa inmediata están bebiendo algunos jóvenes con damas cuya cabeza está cubierta de un capuchon. El capuchon indica que son mugeres honradas. Este es el *cucullus* con que Juvenal cubre la cabeza de Messalina cuando desertó del palacio imperial del monte Palatino por el cuerpo de guardia de la puerta Flaminia. Por tanto, como comprendereis, estas damas no han entrado por el despacho; hay una puertecita que da á una calle estrecha, solitaria y sombría; por esta es por donde han ido y por donde se marcharon. Id y ved esa puerta.

Habia tambien en esa habitacion otras pinturas no menos curiosas que esta y que se han quitado. Se encuentran en el museo de Nápoles, donde se las reconoce por esta inscripcion: *lente inspelle.*

He prometido á mis lectores no hacer una visita domiciliaria demasiado larga. Voy, pues, á conducirlos ahora á la casa del Fauno, y no diremos mas sobre Pompeya.

XV.

CASA DEL FAUNO.

La casa del Fauno es una de las mas encantadoras de Pompeya: está situada en el barrio mas bonito de la ciudad, es decir, en el arco que se estiende desde el arco de Tiberio á la puerta de Isis; fué descubierta en 1830 por el sábio director de las escavaciones, Cárlos Bonucis, en presencia del hijo de Gœthe, el mismo á quien precedió muy pocos meses su ilustre padre en la tumba. Recibió el título de casa del Fauno de la estátua de uno de estos semidioses que en ella se encontró.

Atravesando el umbral del atrium, se descubre de una mirada toda la casa. Este atrium estaba pintado de colores vivos y variados tenia el pavimento de jaspe rojo, de ágatas orientales y de alabastro floreado. Alcobas, salones de audiencia, comedores rodean este atrio.

Detrás hay un jardin que debia estar todo sembrado de flores; en medio de esas flores y de ese jardin habia una fuente cuyo surtidor caia en una pila de mármol. Al rededor se estendia un pórtico sostenido por veinte y cuatro columnas de órden jónico; mas allá de las que se veian todavía otras columnas y un segundo jardin, plantado éste de plátanos y laureles, á cuya sombra se elevaban dos templos pequeños consagrados á los dioses lares.

La vista se estiende mas allá hasta la cima del Vesubio, cuyo humo perpétuo se ve elevarse hasta el cielo.

A pesar de esta vista, los propietarios de esta bella mansion no fueron prevenidos á tiempo del peligro. Todo se encontró en su lugar: cosas comunes, como objetos preciosos, urnas de oro, copas de plata, vasijas de porcelana; los unos en los armarios, los otros en las mesas servidas para comer. Solo la dueña de la casa intentó al huir llevarse algunas alhajas. Acaso por cogerlas perdió un tiempo precioso. Se reconoció su esqueleto en la sala de recibo, y á algunos pasos de ella en el gineceo, se encontraron dos brazaletes de oro de mucho peso, dos pendientes, siete anillos de oro que tenian engastadas bonitas piedras grabadas, y en fin, un monton de monedas de oro, plata y bronce.

Entre el jardin y el bosque estaba situado el salon.

Detengámonos en este salon, y meditemos. Llegamos á una obra maestra antigua, cuya exhumacion faltó poco para que produjera la trigésima tercera revolucion en la muy fiel ciudad de Nápoles.

Hablamos del grande mosaico.

El gran mosáico fué descubierto en 1830, año de las revoluciones.

Pero nuestra lucha es tranquila. Cuando de tarde en tarde se oye dentro de la ciudad algun disparo que resuena en contravencion á las órdenes de la policía, todavía nos causa estremecimiento, y se escucha con inquietud si no se oye al estremo de la calle tocar generala: pero la generala es muda. El ruido de los carruages que pasan atestiguan que por el momento no hay barricadas en las inmediaciones. Todo se calma bajo la lenta y sorda presion del tiempo.

Pero no ha sido asi en Nápoles. Los anticuarios forman una raza aparte, mucho mas tenaz, mucho mas rencorosa, mucho mas ergotista que las demas razas. Los odios políticos son nada en comparacion de los odios arqueológicos, y la razon es muy sencilla: los odios políticos matan, los odios arqueológicos no hacen mas que herir.

¡Es una cosa terrible el gran mosaico! Este

será para el porvenir lo que la Máscara de Hierro ha sido para el pasado. Hay nueve opiniones acerca de la Máscara de Hierro, y ya hay diez acerca del gran mosáico; y nótese que la Máscara de Hierro data de 1680, mientras el gran mosáico no data mas que de 1830.

Escusado es decir, que ninguna de las opiniones inventadas acerca del gran mosáico está reconocida todavía como cierta. Se sabe que no es; pero no se sabe cuál es.

Desearia tener un pincel en lugar de una pluma, os haria un boceto del gran mosaico, y acaso de este boceto resultaria una undécima opinion que seria la verdadera. *Numero deus impare gaudet.*

A falta de un diseño, es preciso que el lector se contente con una descripcion.

El gran mosáico, que tendrá diez y seis pies de ancho y ocho de alto, representa una batalla. El artista ha elegido el momento supremo y decisivo en que la victoria se declara por uno de los ejércitos: esta victoria es ganada por la caida de uno de los principales personages.

Los dos gefes de los dos ejércitos están frente á frente: uno que parece tener treinta años próximamente, está montado en uno de esos bonitos caballos de batalla como los que esculpia Phidias en el friso del Parthenon, tiene la cabeza descubierta, lleva los cabellos cortos y barba corrida, y por armas defensivas tiene una coraza ricamente adornada con mangas de tela, y una clámide que pasando por encima del hombro izquierdo, cae flotando por detrás. Sus armas ofensivas son la espada que ciñe al costado y la lanza que tiene en la mano, y con la que atraviesa por el costado á uno de los generales enemigos quien embarazado por su caballo que ha caido no ha podido evitar el golpe, y se agarra retorciéndose por el dolor, al asta de la lanza de su adversario. Esta caida, y sobre todo la terrible herida del caballero, es lo que parece haber decidido la victoria.

En cuanto al vencedor, ocupa el primer término en el lado izquierdo del gran mosaico. Detrás de él hay tres ó cuatro caballeros que armados del mismo modo, pertenecen evidentemente á la misma nacion. Ademas, vienen de donde él viene, van donde él va.

El otro gefe está montado en un carro arrastrado por cuatro caballos y ocupa el lado opuesto del cuadro. Tiene la cabeza cubierta con una especie de caperuza, que despues de dar vuelta á la frente pasa por debajo de la barba. Una túnica con mangas perdidas y un manto cubren su pecho y caen por sus espaldas; tiene en la mano izquierda un arco y en la actitud del interés y el terror, estiende su mano derecha hácia el caballero herido. Entretanto, su cochero que tiene las riendas con la mano izquierda, obliga á los caballos á volver, y emprende la fuga sacudiéndolos latigazos con la mano derecha.

Un cuarto personage colocado como los otros tres en primer término del cuadro, tiene de la mano un caballo que ofrece al parecer al gefe montado en el carro, porque comprendiendo sin duda la dificultad que esperimentará el carro para pasar á través de los muertos, los heridos y las armas de que está lleno el campo de batalla, quiere ofrecer á su gefe un medio mas seguro de salvacion.

El fondo del cuadro está ocupado por los soldados del segundo gefe, uno de los cuales lleva un estandarte, y los demas sacrificándose por su general se lanzan entre él y el general enemigo.

Por encima de los combatientes se eleva un árbol despojado de follage.

Entre todos hay veinte y ocho combatientes y diez y seis caballos, todos una tercera parte mas pequeños que lo natural.

Desgraciadamente este bello mosaico habia sido estropeado por el temblor de tierra del año 53, y se ocupaban en repararle cuando se verificó la erupcion del año 69.

¡Mas para que veais la casualidad! precisamente ese desastre estropeó los sitios que podian dar luz á los anticuarios acerca de la época en que tuvo lugar esta batalla y de las naciones que peleaban. Hemos hablado de una bandera. Esta bandera debia tener un leon, un águila, un animal cualquiera. Existiendo se hubiese sabido á que atenerse: ya no habia mas discusion, todo el mundo estaria acorde, la Academia de Herculano continuaria viviendo en la concordia. Pero ¡oh dolor! no queda del estandarte mas que la lanza y el asta; del animal que tenia, ni el menor vestigio, solo un estremo de cresta, segun pretenden los que desean ver alli un gallo. Por mi puedo decir que nada he visto.

Pero precisamente porque no se ve allí nada, es por lo que la cosa ha adquirido una inmensa importancia. Ya comprendereis, se trata nada menos que de esplicar un enigma científico, de resolver un problema arqueológico. ¡Qué buena fortuna para los sábios!

Asi que todo se ha precipitado sobre el gran mosáico y han visto en él una batalla diferente.

La opinion general creyó que era la batalla de Issus, entre Darío y Alejandro.

Il signor Francesco Avellino pretendió era la batalla del Granico.

Il signor Antonio Niccolini aseguró que era la batalla de Arbella.

Il signor Cárlo Bonunci que era la de Platea.

Monsieur Marchand la de Maraton.

Il signor Luigi Vescorali aseguró ser la derrota de los galos en Delfos.

Il signor Filippo de Romanis que era el encuentro de los drusos y de los galos en Lion.

Il signor Pascuale Ponticelli la derrota de Ptolomeo por César.

El marqués Sarditi pretende que es la muerte de Sarpedon.

En fin, il signor Giuseppe Sanchez ve allí un combate entre Aquiles y Hector.

Hay en que escoger ¿no es verdad? Pues bien, no es nada de eso.

—Pero en fin, ¿por qué no es nada de todo eso?

—Voy á decíroslo. Comenzamos por la opinion general; como se sabe, siempre es la mas difícil de derribar, por mas que frecuentemente es la mas absurda.

«La opinion general pretende que la batalla representada en el gran mosaico es la batalla de Issus, dada entre Darío y Alejandro, y por consecuencia entre los persas y los macedonios.»

La opinion general es una ignorante.

Herodoto dice que las lanzas de los persas eran cortas: ahora bien, segun la opinion general, los persas son los vencidos en el mosáico y las lanzas de los vencidos en el mosáico son desmesuradamente largas.

Dice Arriano que muertos los soldados mercenarios, emprendieron los persas la fuga, pero que como los caballos se encontraban abrumados bajo el peso de las armaduras de sus ginetes, estos eran alcanzados fácilmente y muertos por sus enemigos. Pues ninguno de los vencidos en el mosaico posee, visiblemente al menos, una coraza bastante pesada para imposibilitar la carrera á un caballo.

Plutarco dice que los persas llevaban en sus combates un gran número de carros que tenian muchas hoces. En toda la batalla representada en el mosáico no hay mas que un carro, y ese no tiene ni una hoz.

Pasemos de los soldados á los gefes.

La opinion general asegura que el gefe vencedor es Alejandro.

En todos los retratos, en todos los bustos, en todas las medallas que poseemos de Alejandro está representado sin barba, y el gefe vencedor tiene patilla.

Alejandro llevaba, segun todos los biógrafos, la cabeza inclinada hácia el hombro izquierdo, y el gefe vencedor tiene la cabeza inclinada sobre el hombro derecho.

En fin, sabido es que, escepto en la batalla del Granico, Alejandro peleaba siempre sobre Bucéfalo, el cual era una tercera parte mayor que los demas caballos y su cabeza parecia á una cabeza de buey, semejanza de donde le viene el nombre de bous Kephale. Pues bien, el caballo del gefe vencedor es de talla ordinaria y no tiene esa fisonomía de buey que atestiguan los historiadores.

La opinion general pretende que el gefe vencido es Darío.

Quinto Curcio dice que el carro que montaba Darío resplandecia de pedrería, que sobre su carro habia dos figuras de oro macizo, altas de un codo, las cuales representaban la Paz y la Guerra, y que en medio de esas dos figuras, un águila tambien de oro, abria sus alas y parecia dispuesta á volar. Pues el carro del gefe vencido es un carro muy elegante, pero sobre el cual no hay señal ni de esas estátuas de la Paz y la Guerra, ni de esa águila con las alas abiertas.

Dice Quinto Curcio que Darío llevaba una túnica de púrpura listada de blanco, y un manto con franja de oro que reunian en el pecho del rey dos gavilanes que parecian picotearse. Ademas Darío tenia una tiara azul y blanca, cetro en la mano y corona en la cabeza. Esa corona, ese cetro y esa tiara, fueron las que Darío arrojó huyendo, y que cayeron en poder de Alejandro que le perseguia. Pues el manto del gefe vencido está sujeto por dos serpientes y no por dos gavilanes, su tiara es amarilla y no azul; en fin, no tiene un cetro en la mano, sino un arco.

Herodoto dice que les estorbaba mas que nada á los persas en el combate la larga túnica que llevaban hasta los talones; pues el gefe vencido, ataviado con un trage exactamente modelado por el de sus soldados, lleva una túnica que no pasa de las rodillas.

En fin, OEliamus dice que Darío, viendo perdido el combate, montó sobre una yegua que le presentó su hermano Artaxerxes. Pues lo que ofrece á su rey el guerrero que se aproxima al carro, es un caballo y no una yegua (1). Acerca de este punto no puede haber discusion.

La opinion general es, pues, completamente absurda.

Pasemos á la segunda opinion.

«Il signor Francesco Avellino pretende que es la batalla del Granico.»

Probemos que no es la batalla del Granico, como no lo es la de Issus.

La batalla del Granico tuvo lugar en las aguas y la ribera misma del rio. Los macedonios armados de lanzas, y á su cabeza Alejandro, se precipitaron en el agua, rechazaron á los persas, que querian disputarles el paso, y se apoderaron de la otra orilla. En esta lucha, Alejandro, que daba con su temeridad el ejemplo del valor, habiendo roto su lanza, pidió á Aretes, general de su caballería, la suya; rota esta segunda lanza como la primera, tomó otra de Debatrius de Corinto. Entonces fué cuando el hijo de Filipo atacó á Mitridates, yerno de Darío, que lanzaba su caballo delante de los escuadrones persas, y habiéndole herido en un costado del primer lanzazo, que no le hizo mella por rebotar en su coraza, le dió en el rostro otro golpe, del cual le derribó. En aquel momento, tan encarnizado estaba Alejandro contra el enemigo con quien combatia, que no vió á Rosaces que levantaba una hacha sobre su cabeza, y no pudo parar

(1) Se servian particularmente de yeguas para huir, porque las yeguas iban con mas velocidad que los caballos, aguijadas por el deseo de volverse á reunir con sus crias.

el golpe, que abrió su casco y le hizo en la frente una herida leve. Pero al sentirse herido Alejandro, se volvió hácia él y le atravesó el pecho de una estocada.

Ademas de esta herida en la cabeza, tenia Alejandro otra que le habia hecho el venablo de Mitrídates, y por la que perdia mucha sangre. En fin, Spiridates, que habia saltado sobre la grupa de su caballo, levantaba su maza y se disponia á hacerle la tercera, probablemente mas terrible que las otras, cuando el brazo que iba á herir fué echado al suelo por Clito. En este instante los macedonios, que se habian quedado atrás, se reunen á su gefe, y los persas, no pudiendo resistir á los cuarenta guerreros escogidos que Alejandro llamaba sus compañeros, y á la falange macedonia que les seguia, emprendieron la fuga, y con la victoria abandonaron á Alejandro la posesion de la Jonia, de la Caria, de la Frigia, y otras porciones del Asia que formaban antes la poderosa monarquía de los lidios.

He aquí la batalla del Granico tal como la refiere Diodoro de Sicilia, Quinto Curcio y Plutarco.

Procedamos por órden.

La batalla del Granico conserva el nombre del rio, por que se dió, como hemos dicho, mitad en el agua, mitad en la tierra. Pues bien, en el gran mosáico no hay rastro del mas pequeño arroyuelo.

El guerrero vencido no puede ser Mitrídates, puesto que el primer golpe que le dió Alejandro en el costado, no produjo efecto, y hasta el segundo no le atravesó el héroe macedonio el rostro. Pues el caballero moribundo tiene, por el contrario, su rostro completamente sano, pero tiene el disgusto de tener el costado atravesado de parte á parte.

En el momento en que Alejandro heria á Mitrídates, Rosaces, como hemos dicho, se disponia á herirle á su vez. En el gran mosaico el gefe vencedor va seguido de sus soldados y no hay Rosaces, como no hay Granico. Por otra parte, dice el historiador, el hachazo dió en el casco de Alejandro, y el gefe vencedor tiene la cabeza descubierta.

Alejandro se recordará que tenia dos heridas: la que le habia hecho Rosaces, y la que le hizo Mitrídates. Pues el gefe vencedor es, por el contrario, perfectamente invulnerable, y no se ve ninguna señal de sangre en sus vestidos. La coraza de Alejandro, segun refiere Diodoro de Sicilia, estaba abierta en dos sitios. Pues la coraza del gefe vencedor está perfectamente intacta. En fin, el mismo historiador dice que el escudo de Alejandro, el mismo escudo que cogió en el templo de Minerva, estaba marcado con tres terribles golpes que Alejandro recibió en la pelea. Pues bien, el gefe vencedor ni aun tiene escudo.

No es, pues, la batalla del Granico.

XVI.

EL GRAN MOSAICO.

Continuemos nuestras refutaciones.

«Il signor Antonio Niccolini asegura que era la batalla de Arbellas.»

Probemos que no es la batalla de Arbellas, como no es la batalla del Granico.

Arbellas es el Marengo de Alejandro. Los carros con hoces de los persas, y la terrible carga que dió su caballería, pusieron en fuga á los macedonios, cuando el vencedor de Issus y del Granico, se lanzó al encuentro de Darío, que peleaba á la cabeza de los suyos, y de un golpe dirigido al rey de los persas, mató á su cochero. Este golpe fué un flechazo, segun dicen Plutarco y Diodoro de Sicilia; otros historiadores dicen un lanzazo. Pero es lo cierto que cualquiera que fuese el arma, cayó el cochero, y los persas, creyendo que era su general el que estaba herido de muerte, decayeron de ánimo y emprendieron inmediatamente la fuga. Entonces fué cuando no pudiendo dar vuelta el carro de Darío á causa de la multitud de cadáveres amontonados á su rededor, el rey de los persas saltó sobre una burra, y como en la batalla de Issus, huyó y desapareció al punto en medio del polvo que se levantaba bajo las ruedas de los carros y los pies de los camellos y elefantes, no deteniéndose, dice Plutarco, sino cuando puso el désierto entre él y su vencedor.

La victoria de Arbellas se decidió, pues, por el cochero de Darío, que cayó del carro y con su caida puso espanto á los persas. El cochero del mosaico está en pie, y por el modo como sacude á los caballos, es probable que saldria de la pelea sano y salvo.

La victoria de Arbellas fué notable sobre todo por la encarnizada lucha de las dos caballerías enemigas. Arriano afirma que esta lucha fué tan encarnizada, que los caballeros se cogian por el cuerpo y caian abrazados á los pies de sus caballos. Entre los veinte y ocho personages del mosaico no hay dos caballeros que peleen de ese modo.

Plutarco en la vida de Camilo, refiere que la batalla de Arbellas tuvo lugar en otoño. La batalla del mosaico se verificó durante el invierno, y en lo mas avanzado de él, como da fé de ello el árbol despojado de hojas.

Todos los historiadores refieren que Darío huyó en una yegua y desapareció al punto, gracias al polvo que levantaban los carros, los elefantes y los camellos. No hay en el mosaico mas que un solo carro, y este es el del rey; camellos y elefantes no se conocen.

No es, pues, la batalla de Arbellas.

«Il signor Carlo Bonnucci asegura ser la batalla de Platea.»

Probemos que no es la batalla de Platea, como no es la de Arbellas.

Segun la opinion del ilustrado arquitecto de las escavaciones, y recordaremos que este es el que ha descubierto la casa del Fauno, el gefe vencedor en el mosaico será Pausanias, rey de Esparta, y el guerrero azul seria Mardonio, yerno del rey de los persas; y el personage del carro seria Artabase, segundo gefe del ejército bárbaro.

Ciertamente nada mas cómodo que adherirnos á la opinion de Mr. Cárlos Bonnucci. Seguramente es este uno de los hombres mas instruidos que he encontrado, y ademas, de los mas amables que he visto. Pero en conciencia no podemos, por mas indignos que nos reconozcamos de cuestionar con un académico, dejarlo pasar asi.

1.° Mardonio no fué muerto por Pausanias, sino por Aimneste. Escuchad á Herodoto, que se esplica terminante sobre esto: «Mardonio, dice, fué muerto por Aimneste, ilustre ciudadano de Esparta, el cual murió despues en una batalla contra los mesineses.»

2.° No solo no fué Pausanias quien mató á Mardonio de un lanzazo, sino que Mardonio, dice tambien el mismo Herodoto, no fué muerto de un lanzazo, sino de una pedrada.

3.° El guerrero del carro no puede ser Artabase, segundo gefe del ejército, puesto que antes de la batalla de Platea, hallándose en disidencia con Mardonio relativamente al plan de campaña, ni aun quiso asistir á la batalla; y habiendo sabido que la victoria habia sido favorable á los griegos, se retiró á Fócida con cuarenta mil hombres, que como él no habian asistido al combate.

4.° En fin, no puede ser la batalla de Platea, porque habiendo sido vencidos los persas antes de esa batalla en un encuentro en que perdieron á Manisto, uno de sus gefes, ordenó Mardonio que en señal de duelo todos los soldados de su ejército se cortasen sus cabellos y barba, y que se cortasen las crines á los caballos y acémilas. Ved sino á Herodoto. «Habiendo vuelto al campo la caballería todo el ejército espresó el dolor que le causaba la muerte de Manisto, y Mardonio mas que ninguno. Asi los persas se cortaron las barba y los cabellos, y cortaron las crines de sus acémilas, y exhalaron lamentos que resonaron en toda la Beocia; y era esto porque se veian privados de un personage, que despues de Mardonio era segun el parecer del mismo rey, el primero entre los persas.» Los caballeros persas del mosaico tienen toda la barba y los caballos sus crines.

No es, pues, la batalla de Platea.

«Mr. Marchand, porque los franceses se han mezclado en esto como los demas, Mr. Marchand, digo, asegura que es la batalla de Maraton.»

Desearia no tener que contradecir á un compatriota, y sobre todo á un compatriota tan ilustrado como Mr. Marchand; pero se me acusaria de parcialidad sino probase que no es Maraton, como he probado no es Platea, Arbella, el Granico ni Issus.

Probemos, pues, que no es la batalla de Maraton, como no es la de Platea.

La batalla de Maraton, ganada por Milciades, fué perdida de parte de los persas, á mediar por Datis y Artafernes. Mr. Marchand ve, pues, á Artafernes en el general montado en el carro, á Datis en el guerrero herido y á Milciades en el gefe vencedor.

Concederemos á Mr. Marchand lo que respecta á Artafernes, pero en conciencia no podemos pasarle ni Datis ni Milciades.

A Datis porque no fué ni muerto ni siquiera herido en esta ocasion, puesto que segun Herodoto entregó á los vencedores despues de la batalla, la estátua de Apolo que les habia quitado algunos dias antes, y se retiró sano y salvo á Asia con el resto del ejército.

A Milciades porque tenia entonces cincuenta años, y el gefe vencedor del mosaico no representa mas que treinta.

En cuanto al árbol despojado de hoja, Mr. Marchand ve en él sus geroglíficos. En su opinion este árbol está alli para simbolizar la idea del historiador, que dice, que en Maraton los atenienses no fueron hombres de carne y hueso, sino hombres de madera.

Es, pues, nuestro parecer, á pesar del árbol simbólico, que no es esta la batalla de Maraton.

«Il signor Luigi Vescorali pretende que es la derrota de los galos en Delfos.

Probemos que no es la derrota de los galos en Delfos, como no es la batalla de Maraton.

Segun il signor Luigi Vescorali los que acometian serian los griegos, el guerrero herido el breno ó general y los soldados vencidos los galos. En cuanto al personage del carro, como il signor Luigi Vescorali no sabe quien representa, nada tenemos que decir.

En primer lugar no son aquellas las armas, ni el trage, ni la manera de combatir de los galos. ¿Dónde están los calzones de cuero? ¿Dónde los arcos con que lanzaban sus flechas con la rapidez del relámpago? ¿Dónde esos inmensos escudos que les servian de lanchas para atravesar los rios? Nada de esto hay en los vencidos del mosaico.

Pues ahora oid la relacion de Amadeo Thierry, relacion tomada de Valerio Máximo, Tito Livio, Justino y Pausanias, y juzgad:

«Era entonces el otoño, y durante el combate, se habia formado una de esas tormentas repentinas, tan comunes en las altas cadenas de la Helade; estalló de repente, derribando en la montaña torrentes de lluvia y granizo:

los sacerdotes y los adivinos del templo de Apolo se apoderaron de un incidente propio para herir la imaginacion supersticiosa de los griegos. Con la vista estraviada y los cabellos erizados, como enagenado el juicio, se esparcieron por la ciudad y entre las filas del ejército, gritando que el Dios habia llegado.—Aqui está, decian, le hemos visto lanzarse á través de la bóveda del templo; se ha hendido bajo sus pies: dos vírgenes armadas, Minerva y Diana le acompañan; hemos oido el silbido de sus arcos y el choque de sus lanzas. Seguid al punto, ¡oh griegos! los pasos de vuestros dioses, si quereis participar de su victoria.—Aquel espectáculo, esos discursos pronunciados con el estrépito al rayo, al fulgor de los relámpagos, infundieron á los helenos un entusiasmo sobrenatural; vuelven á formarse en batalla y se precipitan con las espadas en lo alto sobre el enemigo. Las mismas circunstancias obraban no menos enérgicamente, aunque en sentido contrario, en las bandas victoriosas: los galos creyeron reconocer el poder de una divinidad, pero de una divinidad irritada. Repetidas veces hirió el rayo sus batallones y sus detonaciones repetidas por los ecos, producian tal estrépito á su rededor que no oian la voz de sus gefes. Los que penetraron en lo interior del templo, sintieron el pavimento temblar bajo sus pies; fueron sorprendidos por un vapor espeso y mefítico que los consumia y les hacia caer en un violento delirio. Refieren los historiadores que en medio de este desórden se vieron aparecer tres guerreros de un aspecto siniestro, de una estatura mas que humana, cubiertos de antiguas armaduras, y que herian á los galos con sus lanzas. Los delfos reconocieron, segun se dice, las sombras de tres héroes, Hiperoco y Loodoco, cuyos sepulcros estaban inmediatos al templo, y Pirro hijo de Aquiles. En cuanto á los galos, un terror pánico los arrastró en desórden hasta su campo, al que llegaron con gran trabajo, sufriendo grande estrago sus filas por las armas de los griegos y la caida de enormes rocas que rodaban sobre ellos desde lo alto del Parnaso.»

He ahí la relacion de Amadeo Thierry, es decir, de uno de nuestros mas ilustrados y concienzudos escritores. Ahora bien, ¿dónde está Delfos? ¿dónde el templo? ¿dónde el rayo? ¿dónde el dios airado? ¿dónde los tres espectros guerreros que combaten por los delfos? ¿dónde esas rocas que persiguen á los fugitivos rodando por las laderas del Parnaso? Nada de esto hay en el mosaico. No es, pues, la derrota de los galos en Delfos.

«Il signor Filippo de Romanis asegura que era el encuentro de Druso con los galos, junto á la ciudad de Lyon.»

Probemos que no es el encuentro de Druso con los galos junto á la ciudad de Lyon como no es la derrota de los galos en Delfos.

Segun il signor de Romanis, el gefe vencedor representado en el mosaico es Neron Claudio Druso; el caballero herido un gefe galo; y el personage del carro un bardo (1); en cuanto á los nombres del bardo y de los gefes, son tan bárbaros y tan difíciles de pronunciar los nombres galos, que el signor de Romanis no los indica ni aun con la mas pequeña inicial.

Il signor Romanis está por el proverbio que dice que el que emprende ciego por mal camino no parará hasta el fin; tratando de formular una opinion ha inventado una batalla: en efecto su batalla no tiene título como no tienen nombres su galo y su bardo.

Desgraciadamente, á pesar de esa vaguedad tan favorable á las teorías sistemáticas, hay dos cosas positivas. La primera es que las medallas que quedan de Druso no se parecen en nada al gefe vencedor del mosaico. La segunda es que el pretendido bardo montado en el carro tiene un arco y no una lira. Bien sé que un arco es un instrumento de cuerda, pero dudo que jamás se sirvieran los bardos de un arco para acompañar su canto.

Temo mucho, pues, que el mosaico no represente el encuentro de Druso con los galos cerca de la ciudad de Lyon.

«Il signor Pascuale Ponticelli dice que es la derrota de los egipcios por César.»

Probemos que no es la derrota de los egipcios por César, como no es la de los galos junto á Lyon.

Segun il signor Pascuale Ponticelli, el gefe vencedor es César, el guerrero herido Aquiles, el rey fugitivo es Ptolomeo.

Hay una imposibilidad muy sencilla para que sea ninguna de esas personas.

El gefe vencedor en el mosaico representa treinta años próximamente, y en aquella época César tenia cincuenta y uno á cincuenta y dos.

El guerrero herido no puede ser el general egipcio Aquiles, puesto que el general egipcio Aquiles fué muerto á traicion antes de la batalla por el eunuco Ganimedes.

En fin, el rey fugitivo no puede ser Ptolomeo, puesto que Ptolomeo tenia en aquella época diez y siete años escasos y el rey vencido parece tener de cuarenta y cinco á cincuenta.

Verdad es que esto podia arreglarse si César cediese á Ptolomeo los veinte ó veinte y dos años que tiene de mas, pero todavía quedaria el desventurado general Aquiles, á quien no podríamos resucitar en conciencia por complacer al signor Pascuale Ponticelli.

Y no hablamos de los trages, que no se acomodan á los romanos del tiempo de César, ni á los egipcios del tiempo de Ptolomeo.

Pero acaso dirá el signor Pascuale Pontice-

(1) Llamábanse bardos á los sacerdotes galos que cantaban los hechos de los hombres ilustres; significacion distinta de la que entre nosotros damos á esa palabra. *N. del T.*

lli: No es de la batalla de Alejandría de la que quiero hablar, sino de la segunda batalla que hizo á César señor de la monarquía egipcia.

A esto responderemos que en esta segunda batalla el rey Ptolomeo, que por otra parte no tenia sino algunos meses mas que en la primera, vestia una coraza de oro; puesto que cuando se le sacó del Nilo muerto y desfigurado, se le reconoció por aquella armadura.

Pues en la persona del rey fugitivo no hay la menor apariencia de esa coraza de oro, pieza muy importante para que el pintor no la dejase en el arsenal.

No es, pues, la derrota de los egipcios por César.

«El marqués Sarditi pretende que es la muerte de Sarpedon.»

Probemos que no es la muerte de Sarpedon, como no es la derrota de los egipcios por César.

Sarpedon tuvo dos encuentros con los griegos, es verdad; junto al haya sagrada, tambien es verdad; pero aunque hijo de Júpiter, Sarpedon no era afortunado en la guerra: en la primera, Sarpedon fué herido, en la segunda fué muerto.

Traduzcamos literalmente á Homero, y veamos si el asunto del mosaico se refiere para nada al uno ó al otro de esos dos encuentros de Sarpedon.

El primero de estos dos encuentros tuvo lugar con Tlepoleme, hijo de Hércules y nieto de Júpiter. Sarpedon era por consecuencia el tio de Tlepoleme. He aqui como el tio habla al sobrino:

«¡Tlepoleme! Si Hércules destruyó á Troya, la ciudad sagrada, fué por castigar la perfidia del altivo Laomedon, quien pagó con palabras insolentes al qué se habia portado tan bien con él, y le negó los caballos por que habia ido de tan lejanas tierras. ¡Pues bien! yo te digo que de mi mano recibirás la muerte y el negro infierno, y herido con mi venablo, me darás la gloria y tu alma á Pluton.»

Asi habló Sarpedon.

Ahora he aqui como respondió el sobrino al tio:

«Tlepoleme levanta su aguzado venablo, y los dos largos venablos de los guerreros parten de sus manos. Sarpedon lanza el suyo, y la punta va á herir á Tlepoleme en la garganta: la sombría noche de la muerte cubre sus ojos. Tlepoleme hirió á Sarpedon en el muslo con su largo venablo, y el impetuoso hierro separa las carnes y penetra hasta los huesos. Los amigos de Sarpedon le llevan lejos del combate; aun sostiene el largo y pesado venablo; ninguno de los que se oprimen á su rededor se apercibe de ello, y no piensan en sacarle el mortifero acero para que suba á su carro: tanto se apresuran á separarle del peligro.»

El guerrero vencedor del mosaico está armado de una lanza y no de un venablo. El guerrero vencido no ha lanzado su venablo, sino que el dolor le hace dejar caer la lanza á su lado. Tlepoleme no está herido en la garganta, y Sarpedon está herido, no en el muslo, sino en el vientre; y la lanza, que no ha encontrado hueso que la detenga, atraviesa pie y medio al otro lado del cuerpo; ademas, como esta lanza puede tener doce pies de longitud, seria difícil que los amigos de Sarpedon no se apercibiesen de que por mas que sea hijo de Júpiter, el héroe debia padecer. Por otra parte, se apresuraban á hacer montar á Sarpedon en su caballo, y el guerrero herido del mosaico está á caballo.

Es evidente, pues, que el artista no ha podido tener la idea de representar este primer combate; pasemos al segundo.

En este, la lucha tiene lugar entre Sarpedon y Patroclo. He aqui como se espresa Homero. Pedimos nos dispensen nuestros lectores la sencillez de nuestra traduccion literal; no se parece ni á la del príncipe Lebrun, ni á la de Mr. Bitanbe, pero no es nuestra la culpa.

«Cuando los dos guerreros se hubieron aproximado uno frente á otro, Patroclo acomete al esforzado Trasimele, el mejor escudero de Sarpedon, y lanzándole un dardo al vientre, le derriba en tierra. Sarpedon, acometiendo el segundo, lanza á su vez su aguzado venablo, y hiere al caballo Pedaso en la espalda derecha. El caballo exhala dolorosos relinchos, cae en medio de las riendas y muere: los otros dos se detienen, las varas crugen, y los caballos se enredan, porque Pedaso yace en medio de las riendas; Automedon saca su larga espada y corta los tirantes precipitadamente. Vuelven entonces á comenzar su peligroso combate: Sarpedon lanza de nuevo á su enemigo un venablo aguzado: el venablo roza el hombro izquierdo de Patroclo, pero no encarna; en fin, Patroclo lanza su dardo, el cual no parte inútilmente de su mano, y va á herir en el mismo sitio en que la pleura envuelve al corazon musculoso y lleno de vida. Sarpedon cae entonces cual una encina ó un pino derribado por los hombres en la montaña con cortantes hachas.»

Pues el combate del mosaico se parece todavía menos al segundo encuentro de Sarpedon que al primero.

¿Dónde está Trasimele, el mejor escudero de Sarpedon? ¿Dónde el caballo Pedaso, herido en la espalda derecha? ¿Dónde Automedon cortando los tirantes? ¿Dónde, en fin, Sarpedon herido en el corazon? A no ser que ya en tiempo de Homero pusieran los médicos el corazon á la derecha.

No es, pues, la muerte de Sarpedon.

«En fin, il signor Giuseppe Sanchez pretende que es un encuentro entre Aquiles y Hector.»

Probemos que no es un encuentro entre

Aquiles y Hector, como no es la muerte de Sarpedon.

He aquí, segun el signor Giuseppe Sanchez, el pasage de Homero de donde el pintor ha sacado su asunto:

Ulises va á suplicar á Aquiles que olvide la injuria que le ha hecho Agamenon, pero Aquiles le despidió con acritud, y recordando los servicios prestados á los griegos, dice:

«Mientras yo combatia con los griegos, Hector no se atrevió á luchar conmigo ni á aventurarse fuera de sus murallas; siempre permanecia á la puerta de Scée y bajo una haya; sin embargo, un dia se atrevió á provocarme, y con dificultad pudo librarse de mis golpes.»

Pero os vemos venir, señor Sanchez.

No habeis querido elegir uno de los combates referidos por Homero. No. Homero poeta, pintor, historiador, Homero es muy conciso, describe con exactitud. Hubiese sido muy fácil, con Homero en la mano, refutaros. Habeis preferido acogeros á alguna cosa vaga, y pretendeis que el artista cogió al vuelo la baladronada arrojada al viento por la cólera de Aquiles, y con ella compuso un cuadro. Esto no es probable; pero no importa, admitamos vuestro aserto.

Es, pues, el encuentro de Aquiles y Hector cerca de la puerta de Scée.

En primer lugar, señor Sanchez, Aquiles tenia caballos de refresco. Tenia en aquella época á Xante y Dalio, hijos de Podarga y del Zéfiro, y por consecuencia inmortales; tenia ademas á Pedaso, que habia cogido en el sitio de Tebas, y que al decir de Homero, aunque era mortal, era digno de ser enganchado con sus dos divinos colegas.

Pero aunque Aquiles debia montar á caballo como un miembro del Jokey-Club ó como un palafrenero de Franconi, Aquiles no montaba jamás cuando se trataba de pelear. ¡Oh! los héroes como Aquiles tenian un carro, un Automedon para conducir ese carro, y en el fondo de él todo un arsenal de dardos y venablos. ¡Combatir á caballo! ¿por quién tomais al divino hijo de Thetis y Peleo? Eso es bueno para gentualla; pero en el tiempo de Homero las personas de consideracion combatian en carro. Oid á Nestor:

«Contened vuestros caballos, dice, cuidad de que no introduzcan el desórden en nuestras filas; ninguno de vosotros se abandone á su fogoso ardor, ninguno salga de las filas para atacar al enemigo, ninguno retroceda; seriais muy pronto desordenados y puestos en derrota. Si alguno se ve obligado á abandonar su carro, para subir á otro, que no se sirva mas que de sus venablos.»

Ademas, si no lo llevais á mal, recordaré que Aquiles todavía tenia sus armas, puesto que Patroclo todavía no habia muerto. ¿Dónde está, pues, el inmenso escudo bajo el que se doblegaba el brazo de Patroclo? ¿Dónde el terrible casco cuya cimera sola ondeando, hacia huir á los troyanos? ¿En qué parte dice Aquiles que llevase descubierta la cabeza cuando Hector huyó delante de él? Ciertamente Aquiles no es bastante modesto para haber olvidado semejante circunstancia.

Pues el gefe vencedor del mosaico no puede ser Aquiles, puesto que aquel no está en el carro de Aquiles ni lleva sus armas.

Pasemos á Hector.

Hector está en su carro, es verdad; desgraciadamenle el gefe vencido del mosaico no solo no tiene las armas de Hector, sino que ni aun tiene su edad.

¿Dónde ha visto el señor Giuseppe Sanchez que el elegante hijo de Príamo que disputa el premio de la belleza á Páris y el del valor á Aquiles, sea un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años? Francamente, aunque Homero no diga en ninguna parte la edad de Aquiles, todo lo que puedo hacer por el señor Sanchez es, conceder treinta años á Hector.

Ademas, y con perdon del señor Sanchez, yo he leido y releeido la *Iliada*, y en ningun pasage de ella he visto que Hector se sirviese de un arco. Páris es el arquero de la familia, y Homero es demasiado hábil para establecer semejante comparacion entre los dos hermanos.

A Hector le faltan las armas ofensivas del hombre animoso, le faltan los dardos con que se bate á veinte pasos de distancia; le falta esa lanza con anillo de oro con que hiere á su enemigo acercándosele; le falta la espada con que lucha cuerpo á cuerpo.

Por otra parte, como arma defensiva, ¿dónde está aquel casco, regalo de Apolo, cuya cimera siembra el terror? ¿dónde está ese gran escudo que se echa á la espalda cuando se la vuelve al enemigo, y que le cubre todo el cuerpo? ¿dónde en fin, la coraza donde se hunde tan profundamente el venablo de Ajax, que desgarra hasta su túnica?

Pues si el guerrero vencido del mosaico no tiene la edad de Hector ni sus armas, no puede ser Hector.

Resulta de aquí que si el uno no puede ser Hector y el otro no puede ser Aquiles, el mosaico debe necesariamente representar otra cosa que el encuentro de Aquiles y de Hector.

Perdónenme mis lectores, pero he querido examinar unas despues de otras las diez opiniones, para probar que es preciso no creer ciegamente en las teorías.

Ahora podria yo, como los demas, presentar la undécima opinion, pero no daré este placer á los señores anticuarios italianos.

Les referiré únicamente la historia de un pobre loco que he visto en Charenton, y que no solo me ha parecido mas sabio, sino tambien mas lógico que ellos. Dábale la locura por creerse un gran pintor, y á su parecer acababa de ejecutar su obra maestra.

Esta obra maestra cubierta de un lienzo verde, era el paso del mar Rojo por los hebreos.

Os conducia ante la obra maestra, levantaba el lienzo verde y descubria un lienzo blanco.

—Ved, decia, ved mi cuadro.

—¿Y qué representa? preguntaba el que le visitaba.

—Representa el paso del mar Rojo por los hebreos.

—Dispensad, ¿pero dónde está el mar?

—Se ha retirado.

—¿Y dónde están los hebreos?

—Han pasado.

—¿Y los egipcios?

—Ván á llegar.

Decidme ¿los eruditos italianos que acabamos de citar, son tan sagaces y sobre todo tan lógicos como mi loco de Charenton?

XVII.

VISITA AL MUSEO DE NAPOLES.

Necesito toda la indulgencia de mis lectores, porque como narrador estoy colocado entre la omision y el fastidio. Si omito, precisamente de lo omitido será de lo que se me pida cuenta; si paso revista á todos los objetos, me espongo á caer en la monotonía. Ademas de esto, casi hemos concluido con Nápoles antigua y Nápoles moderna, y tocamos á la catástrofe. Un poco de paciencia pues para el Museo. Y sino, pregunto ¿qué se diria si no dijese algo acerca del museo de Nápoles?

El palacio de los Studi, cuyos cimientos echó el duque de Osuna, virey de Nápoles, con el objeto de hacer de él una vasta escuela de caballería, vió su destino cambiado por Ruiz de Castro, conde de Lemos, quien decidió serviria de edificio á la universidad, la cual fué instituida alli en tiempo de su hijo en 1816. Pero en 1770, los palacios de Pórtici, de Caserta, de Nápoles y de Capo di Monte se habian llenado sucesivamente de los preciosos productos que daban las escavaciones de Pompeya, y el rey Fernando resolvió reunir todas las antigüedades que provenian del descubrimiento de las dos ciudades en un solo local, donde estarian espuestas á la curiosidad del público y á las investigaciones de los anticuarios. Para este efecto eligió el palacio de la Universidad, trasladándose esta al palacio de San Salvador.

Quedó tan satisfecho el rey Fernando de la disposicion que acababa de tomar, y la encontró tan sábia y acertada, que resolvió perpetuar su recuerdo haciéndose representar de Minerva á la entrada del nuevo museo.

Cánova fue quien se encargó de la ejecucion de esta obra maestra.

Tiene algo de grotesco, os lo aseguro, la estátua del rey Fernando representado por Minerva; y aunque no hubiera otra cosa que ver en el museo, á fé mia, no seria perdido el tiempo que se emplease en dar una vuelta por él.

Pero felizmente hay algo mas, de modo, que se pueden matar dos pájaros de un tiro. Nuestra primera visita despues de volver á Nápoles, fué á los objetos sacados de Herculano y de Pompeya; era sencillamente como continuar nuestro paseo de la vispera: despues de haber visto el estuche, era mirar las alhajas; alhajas maravillosas, de arte muchas veces, de forma siempre.

Empezamos por las estátuas: se presentan á la vista por sí mismas. En primer lugar estan las nueve efigies de la familia Balbo, luego las de Eonio padre é hijo, las mas ligeras, las mas aristocráticas, por decirlo asi, de toda la antigüedad. Estas últimas estaban en Pórtici. En 1799 se llevó una bala la cabeza de Nonio hijo, pero se encontraron los pedazos y se restauró. Todavía hay alli otras estátuas magníficas: un fauno ebrio, por ejemplo; la Venus Calipige, que tengo por menos bella que la de Siracusa; el Hércules descansando, coloso del estatuario Glicon, que se encontró sin piernas en las Termas de Caracalla, y que Miguel Angel intentó completar; pero terminadas las piernas, y cuando el autor del Moisés pudo comparar su obra con la de la antigüedad, las rompió, diciendo que no era dado á un hombre terminar la obra de los dioses. Guillermo de la Porte fué menos severo consigo mismo, y volvió á hacer las piernas; pero cuando estaban hechas se supo que el príncipe Borghese acababa de hallar las originales en un pozo, á tres leguas del sitio en que se habia encontrado el tronco ¿Cómo habian ido hasta alli? Nadie lo ha sabido. Ahora bien, todavía mas difícil era hacer un cuerpo de las piernas del príncipe Borghese, como hacer unas piernas al cuerpo del rey de Nápoles. El príncipe, que era generoso como un Borghese, regaló aquellas piernas al rey. Asi hoy el Hércules es una obra completa, cosa rara entre las estatuas antiguas.

Está tambien el toro Farnesio, magnífico grupo de cinco á seis personages tallados en un pedazo de mármol de seis pies por catorce; Agripina en el momento en que acaba de saber que Neron amenaza su vida; y en fin, el Aristides que Canova miraba como la obra maestra de la estatuaria antigua.

De aqui se pasa á la sala de las obras pequeñas de bronce. A pesar de esa denominacion modesta, la sala de los objetos pequeños de bronce no es menos curiosa. En efecto, en esta sala están reunidos todos los

utensilios familiares encontrados en Pompeya. La vida antigua, la vida positiva está allí; por primera vez se ve allí comer y beber á los antiguos, que en nuestro teatro no comen y beben sino para envenenarse.

Hay allí vasijas para el agua caliente, marmitas, ollas, sartenes, moldes pequeños para objetos de repostería, cedazos tan finos, que el fondo parece un velo calado, candelabros, linternas, lámparas de todas formas y mecanismos; un caracol que alumbra con sus dos cuernos; un Baco pequeño que huye llevado por una pantera, un raton que roe un cabo de vela; lámparas consagradas á Isis y al Silencio, otras consagradas al Amor, y que el dios apagaba bajando la mano; lámparas de muchos mecheros reunidos á un pie pequeño adornado de cabezas de toro y de festones de flores, ó unidas por cadenas á las ramas de un árbol deshojado.

Inmediato á la sala de los pequeños bronces está el gabinete de los comestibles: allí hay huevos, pasteles, panes, dátiles, pasas, almendras, higos, nueces, piñas, mijo, huesos de melocoton, aceite de Aix, vinagreras, vino embotellado, una servilleta con un pedazo de levadura, un huevo de avestruz y conchas de caracoles. Vense allí tambien telas de varias clases y de lienzo metido en un colador de legía, hilo de distintas especies, en fin, todas esas cosas que se encuentran á cada paso en la vida real, y de que jamás se habla en los libros: lo que hace que los antiguos, vistos siempre en el senado, en el foro ó en el campo de batalla, no son para nosotros hombres sino semidioses. Falsa instruccion primaria que es preciso corregir despues, falsas ideas que es preciso rectificar cuando salimos del colegio, y que prolongan los estudios mas allá del tiempo que deberia consagrárseles.

De esa habitacion se pasa á la de las alhajas. ¿Quereis obras hechas con limpieza, perfectas, acabadas? Ved esos anillos, esos collares, esos brazaletes. Son lo mismo que los que llevaban Aspasia, Cleopatra, Messalina. Ved ahí manos que se estrechan en señal de buena fé; he aquí una serpiente que se muerde la cola, símbolo de lo infinito; allí mosáicos, antigüedades, bajos relieves. ¿Quereis escribir? ahí teneis un tintero con su tinta coagulada en el fondo. ¿Quereis pintar? ved una paleta con su color preparado. ¿Quereis hacer vuestra toilette? allí hay peines, alfileres de oro, espejos, cosméticos, todo ese *mundo de la muger*, *mundus mulieris*, como le llamaban los antiguos.

Pasemos á la pintura: esta es la gran cuestion artística de la antigüedad; esta era la misteriosa Isis cuyo velo no se habia podido levantar todavía antes del descubrimiento de Pompeya. Se habian hallado estátuas, se conocian obras maestras en escultura, se poseia el Apolo, la Venus de Médicis, el Laocoon, el Torso; se tenian los frisos del Partenon y las metopas de Selinunta; pero esas maravillas del pincel tan alabadas por Plinio, esos retratos que los príncipes cubrian de oro, aquellos cuadros por los que los reyes daban sus queridas, esas pinturas que los artistas ofrecian á los dioses, juzgando que los hombres no eran bastante ricos para pagarlas: todo esto era desconocido. Habia un pedestal para los estatuarios, y no lo habia para los pintores.

Verdad es que las escavaciones de Pompeya y Herculano no han esclarecido la cuestion mas que á medias. Hasta el presente no se ha encontrado ningun original que se pueda atribuir á alguno de esos grandes maestros que se llamaban Timanto, Zeuxis ó Apeles. Hay mas: la mayor parte de las pinturas de Herculano y Pompeya no son otra cosa que frescos parecidos á los de nuestros teatros y cafés. Pero no importa: por esa obra de los obreros se puede apreciar la de los artistas, y entre esas pinturas secundarias hay dos ó tres cuadros dignos de llamar la atencion.

Mas no debe irse á ver solo esos dos ó tres cuadros; es preciso verlos todos, examinarlos todos, estudiarlos, porque aun en los mas medianos hay algo que aprender.

Las pinturas de Pompeya son al temple, es decir, ejecutadas por el mismo pensamiento de que se servian Giotto, Giovanni da Fiesole y Masaccio. El estilo, esceptuando dos ó tres obras de la decadencia, ejecutadas por los Boucher de la época, es puramente griego. El dibujo es fino, correcto, estudiado; el claro oscuro, aunque comprendido de distinto modo que nuestros artistas, es á la manera que el de nuestros grabados, es decir, con rayas atravesadas y bien entendido. La composicion es en general suave y armoniosa. La espresion es muchas veces exacta, y á menudo notable. En fin, los paños están tocados con esa superioridad que se habia reconocido ya en la estatuaria antigua, y que causa la desesperacion de los artistas modernos.

No podemos pasar revista á las mil setecientas pinturas que componen la coleccion del Museo antiguo; solo podemos indicar las mas originales ó las mejores.

En primer lugar en los arabescos y en los objetos inanimados se encuentran cosas encantadoras: animales á los que no falta mas que la vida; frutas á las que no falta mas que el gusto; un papagayo tirando de un carro guiado por una cigarra, cuadro que se cree una caricatura de Neron y su pedagogo Séneca; una caricatura que representa á Eneas salvando á su padre y á su hijo, los tres con cabezas de perros. Las tres partes del mundo, el Africa con su rostro negro, el Asia con un gorro representando una cabeza de elefante, y en medio de ellas la Europa, su señora y reina; al fondo la mar, y en esa mar un navío bogando á toda vela al descubrimiento de la cuarta parte del mundo prometida por Séne-

ca. No puede haber error, porque debajo se leen estos versos de *Medea:*

VENIENT ANNIS
SECULA SERIS QUIBUS OCEANUS
VINCULA RERUM LAXET, ET INGENS
PATEAT TELLUS, TYPHISQUE NOVOS
DETEGET ORBES: NEC SIT TERRIS ULTIMA THULE.

(*Medea, acto II.*)

Ahora ved ahí un cuadro de historia; es precioso porque es el único que se encuentra en Pompeya: es Sofonisba bebiendo el veneno. Delante de ella está Escipion el Africano, que se puede reconocer comparándole á su busto, al que se parece; detrás de Sofonisba Masinisa que la sostiene en sus brazos. El cuadro está sin firma. ¿Es una copia? ¿Es el original? Nadie lo sabe.

Pero he ahí otro acerca del que no existe la menor duda. Representa á Phebea procurando reconciliar á Niobe con Latona. A los pies de su madre, Aglae y Helena, pobres niñas que serán comprendidas en la venganza divina, juegan á la taba con todo el abandono de su edad. Es un original: está firmado por Alejandro el Ateniense.

Despues vienen las famosas bailarinas tantas veces reproducidas por la pintura moderna; funámbulos vestidos como nuestros arlequines; los siete grandes dioses que presidian á los siete dias de la semana: Diana el lunes, Marte el mártes, y asi sucesivamente Mercurio, Júpiter, Venus, Apolo y Saturno.

En medio de todo esto, el pedazo de ceniza petrificada que conserva la forma del seno de la muger encontrada en el subterráneo de Arrio Diomedes, como hemos referido.

Despues las tres Gracias, que se creen copiadas de Phidias, y que Cánova volvió á copiar.

Despues el sacrificio de Iphigenia, que se cree una copia del famoso cuadro de Timanto, del que habla Plinio. Fúndanse en que lo mismo en el uno que en el otro, Agamenon tiene la cabeza cubierta con un velo, y probablemente no se hubiera atrevido ningun artista á hacer semejante robo á un maestro tan conocido como Timanto.

Despues Theseo matando al Minotauro. A sus pies está el mónstruo vencido; á su alrededor los mancebos y las doncellas á quienes ha salvado, y que le besan la mano.

Sigue Medea meditando la muerte de sus hijos, composicion magnífica de una terrible sencillez. Los hijos juegan, la madre reflexiona. Aquello es hermoso y grande en todas partes. Un hombre que en nuestros dias hiciera ese cuadro, seria el rival de nuestros mas grandes pintores. No comenceis por ese cuadro, no veriais ya ninguno mas. Yo hace siete años que le he visto, y cerrando los ojos le vuelvo á ver como si estuviese delante.

Luego hay una porcion de cuadros de otros pintores: la educacion de Aquiles por el centauro Chiron, cuadro imitado por uno de nuestros pintores, y que el grabado ha popularizado; Ariadna despertando en la costa de una isla desierta, y tendiendo los brazos al navío de Theseo que se aleja; Phryxo atravesando el Helesponto, montado en su carnero, y tendiendo la mano á Hellé que ha caido en el mar; la Venus, que sonrie tendida en una concha; Aquiles entregando Briseis á Agamenon; en fin, Thetis yendo á pedir venganza á Júpiter.

Estos dos últimos son dos páginas de la Iliada.

Id en seguida, buscad todavía, mirad por todos los rincones: creereis tener alli para una hora, y permanecereis todo el dia; luego volvereis al dia siguiente y al otro; y en el momento de marchar hareis detener vuestro carruage para hacer aun la última visita á aquel salon, único en el mundo.

Es preciso no marcharse sin visitar el gabinete de los papiros; sería una grandísima injusticia. En mi viage á Sicilia, despues de haber visitado á Siracusa, conduje á mis lectores á los manantiales de la Cyane, á través de las encantadoras islas cuyos largos juncos encorvaban sobre nosotros sus cabezas adornadas de penachos; esas cañas eran papyrus. Se hacia con ellos una especie de pergamino estrecho y largo que se desarrollaba á medida que se escribia en él. Pues bien, se encontraron cinco ó seis mil de esos rollos ennegrecidos, quemados, que se deshacian; al principio los tomaron por pedazos de madera carbonizados, y no se fijó en ellos la atencion; los arrojaron, ó mas bien los dejaron rodar por donde quisieron irse: despues se reconoció que era el tesoro mas precioso de la antigüedad el que de ese ese modo se despreciaba. Recogieron todos los que encontraron, y por una maravilla de inaudita paciencia, increible, fabulosa, creo que á estas horas se han desarrollado y leido tres mil ó tres mil quinientos. El resto está en ese gabinete, colocado sobre los anaqueles de vastos estantes; hay dos mil quinientos pequeños cilindros que tomaríais por pedazos de carbon vegetal. En 1753 fué cuando se volvió del error que hemos dicho: se encontraron de una vez por bajo del jardin del convento de San Agustin en Pórtici, mil ochocientos de estos rollitos, colocados con tanta simetría, que se empezó á ver en ellos algo de mas valor que leña quemada. Ademas, al mismo tiempo y en el mismo sitio, se encontraron tres bustos, siete tinteros y dos stilos para escribir. Entonces se conoció que estaban en una biblioteca, y se tuvo por primera vez la idea de que aquellos rollitos negros podian ser papyrus; los examinaron con cuidado, y vieron, lo mismo que se ve en el papel quemado, la señal de los caractéres que se habian escrito en ellos. Desde aquel momento s recomendó á

todos los obreros que trabajaban en las escavaciones, colocasen á un lado cuidadosamente todo lo que podria parecerse al carbon.

Y como he dicho, hay allí tres mil manuscritos, entre los que acaso se encontrarán esos cuatro volúmenes de Trogo Pompeyo que dejan una laguna en la historia, y esos tres ó cuatro libros de Tácito que dejan una laguna en sus anales.

Confieso que se me pasaban ganas de meterme en el bolsillo uno de esos rollitos cabonizados.

Cuando íbamos á bajar la escalera grande de los Studi, el celador, que habia quedado sin duda satisfecho de la propina que le habíamos dado, nos preguntó en voz baja si queríamos ver la galería de Murat. Aceptamos preguntándole como se encontraba en los Studi la galería de Murat. Entonces nos respondió que cuando el rey Fernando habia vuelto á recobrar su reino, se habia repartido entre la familia todos los objetos abandonados por el rey caido. Esa galería habia llegado á ser propiedad del príncipe de Salerno, quien habiendo necesitado unas cien mil piastras, la dió en prenda á su augusto sobrino hoy reinante. Asi, pues, la prenda fué esta galería, la cual para mayor seguridad del acreedor, se trasladó al museo Borbon.

Hay en ella, entre otras obras maestras, trece Salvator Rosa, dos ó tres Van Dick, un Perugino, un Annibal Carrache, dos Gerard, dos Nuits, un Gurchin, las Tres Edades de Gerard, y ademas en un rincon, tras la colgadura de un balcon, un cuadro de catorce pulgadas de alto y ocho de ancho, una de esas miniaturas grandiosas, como las hace Ingres cuando el pintor de historia desciende á ese género, una pequeña maravilla, en fin, como el Aretin, como el Tintoreto! es Francesca de Rimini y Paolo, en el momento en que los dos amantes se interrumpen, y «aquel dia no pasan mas adelante en la lectura.»

Procurad, os lo repito, visitar esta galería, aunque no sea mas que por visitar este encantador cuadrito.

Al fin salimos, ó mas bien nos pusieron á la puerta. Eran las cuatro y media, y habiamos empleado hora y media mas del tiempo fijado para la visita del museo. Verdad es que en Nápoles no hay nada fijo, y que con una colonata, es decir, con cinco francos y cinco sus, se hacen y se obliga á hacer muchas cosas.

No habiamos andado cien pasos, cuando en la esquina de la calle de Toledo nos encontramos frente á frente con un caballero de unos cincuenta años, que al primer aspecto me pareció haberle visto en París en el mundo diplomático. Probablemente tampoco yo le era desconocido porque se aproximó á mí con una complaciente sonrisa.

—¡Oh! buenos dias, mi querido Alejandro, me dijo con un tono de proteccion; ¿cómo estais en Nápoles sin habérmelo avisado? Pues que ¿no sabeis que yo soy el protector nato de los artistas y literatos?

¡El muy bellaco! intenciones tuve de romperle una cosa algo dura en las costillas; pero me contuve, convencido de que aceptaria esta respuesta, y que no pasaria de ahí.

En efecto, para desgracia mia, era...

En el capítulo siguiente os diré quie era.

XVIII.

LA PESADILLA DEL REY FERNANDO.

Era aquel famoso marqués de quien os he hablado como del rey Fernando, y que á pesar de ser muy protegido por la reina Carolina, jamás pudo entrar en el palacio mas que por la puerta escusada.

Al partir de Francia habia yo recibido algunas cartas de recomendacion para los mas grandes señores de Nápoles, los San Téodoro, los Naja y los San Antimo. Ademas conocia hacia mucho tiempo al marqués de Gargallo y á los príncipes de Coppola.

Entre esas cartas se habia deslizado no sé como una para el marqués.

Estando en Roma, no habia podido yo obtener de la embajada de las Dos Sicilias autorizacion para ir á Nápoles. A fin de eludir esta prohibicion, como he referido en otro lugar, habia pasado la frontera napolitana con el pasaporte de uno de mis amigos. Para todos, pues, me llamaban con el nombre de mi amigo, es decir, Mr. Guichard, y solo para algunas personas era Alejandro Dumas.

Con respecto á todas las demas recomendaciones, un alto personage, á quien no me atrevo á llamar mi amigo, mas á quien espero probar algun dia que lo soy suyo, habia hecho un signo de asentimiento, cuando al llegar á la carta destinada al marqués, la tomó por una esquina del sobre, y arrojándola, sin mirar siquiera donde iba á caer, al otro estremo de la mesa sobre la que hacíamos nuestra eleccion

—¿Quién os ha dado una carta para este hombre? me preguntó.

—¿Por qué? respondí, replicando á su pregunta con otra pregunta.

—Porque... porque... esta no es una de esas personas á quienes se recomienda á un hombre como vos.

—¿Pero no tiene algo de hombre de letras? pregunté.

—¡Oh! si, me respondió mi interlocutor, si, tiene una correspondencia muy activa con

el ministro de policía. ¿Se llama á eso en Francia un hombre de letras? En ese caso lo es.

—¡Diantre! dije yo; pero me parece haber encontrado á ese mozo en los mejores salones de París.

—Eso no me admira: es un perillan que se introduce en todas partes. Y yo mismo no me sorprenderia de encontrarle en mi antesala. Mas ya estais advertido. Basta ya sobre esta materia; hablemos de otra cosa.

Es un mancebo muy aristócrata ese amigo á quien no me atrevo á llamarle tal. Sin embargo, me tuve por avisado y bien avisado, porque estaba él en posicion de saber perfectamente todas esas pequeñeces, y desde aquel dia procuré no ir á ningun sitio donde pudiese encontrar á mi marqués.

Habia conseguido evitar su encuentro en las tres semanas que hacia estaba en Nápoles, cuando por mi desgracia, como he dicho, me encontré con él frente á frente al salir del museo Borbon.

Se comprende el gesto que pondria yo cuando con esa encantadora sonrisa que le es habitual y con ese tono de proteccion que afecta, me dijo:

—Buenos dias, mi querido Alejandro; ¿cómo estais en Nápoles sin haberme dicho nada? ¿No sabeis que soy el protector nato de los artistas y literatos? Despues, viendo que yo no respondía nada y que le miraba de pies á cabeza, añadió: ¿pensais permanecer mucho tiempo todavía entre nosotros?

—En primer lugar, caballero, yo no soy vuestro querido Alejandro, puesto que esta es la tercera vez, me parece, que os hablo, y las dos primeras no sabia á quien hablaba. Ademas, no habeis sido avisado de mi llegada, porque mi verdadero nombre no ha sido comunicado á la policía. En fin, y para responder á vuestra última pregunta, si, pensaba permanecer aun ocho dias, pero temo verme obligado á marchar mañana.

Y en seguida tomé el brazo de Jadin y dejé al protector nato de los artistas y de los literatos muy desconcertado con el saludo que acababa de recibir.

En Chiaja dejé á Jadin; se encaminó á la fonda y yo me fuí directamente á la embajada francesa.

En aquella época teníamos por encargado de negocios en Nápoles á un noble y escelente jóven llamado el conde de Bearn. Al llegar, hacia cuatro meses, habia ido á hacerle visita, y le habia referido todo. Me escuchó con gravedad y con un gesto imperceptible casi de disgusto; pero casi al punto se desvaneció esta pasagera nube; y tendiéndome la mano:

—No habeis hecho bien, me dijo, en obrar asi, y pudiérais comprometernos seriamente. Si el paso no estuviera dado os diria: no lo hagais; pero ya está hecho; estad tranquilo, no os dejaremos en el compromiso.

Yo estaba poco acostumbrado al modo de obrar de nuestros embajadores; asi que conservé al conde Bearn un gran reconocimiento por su modo de recibirme; esperando que llegado el momento tendria su apoyo.

Ahora bien, creí que el momento era llegado, y fuí á verle.

—¡Y bien! me preguntó, ¿tenemos algo de nuevo?

—En este instante no, respondí, pero bien puede ser que no tarde en haberlo.

—¿Pues qué ha sucedido?

Le dije el encuentro que acababa de tener, y le referí el corto diálogo que habia mediado.

—¡Y bien! me dijo, habeis andado desacertado ahora como lo anduvisteis antes: debiais haber fingido que no le veiais, y sino podiais menos de verle, debíais al menos hacer como que no le conocíais.

—¿Qué quereis, mi querido conde? le respondí, soy hombre que me dejo llevar del primer impulso.

—¿Sabeis, sin embargo, lo que ha dicho uno de nuestros mas ilustres diplomáticos?

—Ese de quien hablais ha dicho tantas cosas, que no puedo saber todo lo que ha dicho.

—Pues ha dicho que era preciso desconfiar de nuestro primer impulso, porque siempre era bueno.

—Esa es una máxima para uso de las testas coronadas, y por consecuencia seria impertinente en mí el seguirla. Felizmente no soy ni rey ni emperador.

—Sois mas que todo eso, mi querido poeta.

—Si, pero entretanto no estamos en los tiempos del buen rey Roberto; y dudo que si su sucesor Fernando se digna ocuparse de mí, sea para coronarme como á Petrarca con el laurel de Virgilio. Por otra parte, bien lo sabeis, Virgilio no tiene ya laurel, y aquel que ha vuelto á llamar á su tumba, mi ilustre colega y amigo Casimiro Delavigne, ha gastado con él la pesada chanza de no coger otra vez la nueva rama plantada.

—Decid pronto, ¿qué deseais?

—Deseo saber si continuais con respecto á mí en la misma disposicion.

—¿En cuál?

—De acudir en mi auxilio si os llamo.

—Os lo he prometido y no tengo mas que una palabra; ¿pero sabeis lo que yo haria si estuviése en vuestro lugar?

—¿Qué haríais?

—Vais á saltar.

—Decidlo.

—Pues bien: haria visar mi pasaporte esta tarde, y partiria esta noche.

—¡Ah! por eso no.

—Muy bien; no hablemos mas de ello.

—¿Es decir que cuento con vos?

—Contad conmigo.

El conde de Bearn me tendió la mano y nos separamos.

—Hacedme un favor, dije á Jadin al volver á la fonda.

—¿Cuál?

—Decid al mozo que me disponga para esta noche una cama de correas en mi habitacion.

—¿Para qué?

—Probablemente lo vereis.

—¿Teneis necesidad tambien de Milord?

—¡Eh! acaso no estaria de-mas.

—¿Creeis, pues, que van á venir á prenderos?

—Lo temo.

—¡Buena necedad figuraros que el gobierno se ocupe de vos!

—El mismo se ha dignado ocuparse de mi padre hasta el punto de envenenarle, y os confieso que este precedente no me infunde la menor confianza.

—Pues bien; dormiremos en vuestra habitacion, puesto que hay que guardaros.

Y Jadin dió órden de que le pusieran su cama frente á la mia.

Tomada esta precaucion, nos acostamos y nos dormimos como si no hubiésemos encontrado á tal marqués en aquel dia.

Al dia siguiente, á eso de las cuatro de la madrugada, ví que se abria mi puerta.

Por profundamente que duerma, y por suavemente que se abra la puerta de mi habitacion, me despierto al momento. Eso me sucedió en esta ocasion; abrí los ojos, y ví al ayuda de cámara.

—¡Y bien! Peppino, pregunté ¿qué hay, que me haceis el honor de entrar tan de mañana en mi habitacion?

—Pido mil perdones á su escelencia, respondió el pobre camarero; hay dos caballeros que quieren hablaros irremisiblemente.

—Dos caballeros de la policía, ¿no es eso?

—¡A fé mia! puesto que es necesario decirlo, me lo temo.

—¡Vamos, vamos, alerta, Jadin!

—¿Qué es eso? dijo Jadin restregándose los ojos.

—Dos esbirros que nos hacen el honor de visitarnos, amigo mio.

—Es decir, que es necesario que me levante y vaya inmediatamente á casa de Mr. de Bearn.

—Hablais como San Juan Pico de Oro, querido; levantaos y corred.

—¿Quereis que haga los devore Milord? Con esto concluiríamos mas pronto y no nos molestaríamos.

—No, vendrian otros, y habia que volver á empezar.

—¿Pueden entrar esos señores? preguntó Peppino.

—No hay inconveniente, que entren.

Aquellos señores entraron.

Se parecian mucho á los celadores del comercio que vemos en el teatro.

—¿Monsieur Guichard? dijo uno de ellos.

—Yo soy, respondí.

—Pues bien, monsieur Guisard, es preciso nos sigais al momento.

—¿A dónde, si no lo llevais á mal?

—A la policía.

Dirigí una triunfante mirada á Jadin.

—Preciso es, murmuró éste, que el gobierno tenga mucho tiempo de mas para molestarse de ese modo.

—¿Qué dice mensieur? preguntó el esbirro.

—¡Yo! nada, dijo Jadin.

—Monsieur ha hablado del gobierno.

—¡Ah! he dicho que el gobierno agota su cariño con los estrangeros que vienen aquí; y lo repito, puesto que esa es mi opinion. ¿Está prohibido tener una opinion?

—Si, dijo el esbirro.

—En ese caso no tengo ninguna, caballero; pongamos que no he dicho nada.

Me vestí apresuradamente; tenia un temor de todos los diablos de que los esbirros, poco acostumbrados al diálogo de Jadin, le llevasen conmigo. Púseme, pues, inmediatamente el chaleco y el gaban, y les dije que estaba dispuesto á seguirles.

Esta prontitud en obedecer la órden del gobierno, pareció que daba á nuestros dos esbirros una escelente idea de mí; asi, cuando llegué á la puerta de la calle, les pedí permiso para tomar una berlina, y no opusieron ninguna dificultad; antes uno de ellos llevó su complacencia hasta ir corriendo á tomar una que estaba parada delante de la verja todavía cerrada de la Vila Reale.

Cuando montaba en el carruage ví á Jadin aparecer á la ventana; estaba ya vestido y arreglado para ir á la embajada. Solo que para no dar sospechas de su connivencia conmigo, esperaba para salir á que hubiésemos vuelto la esquina, y fumaba con aire inocente la mas colosal de sus tres pipas.

Cinco minutos despues estaba yo en la direccion de policía. Esperábame allí un señor vestido de negro, y muy mal humorado por haber sido despertado tan de mañana.

—¿Es vuestro este pasaporte? me preguntó en cuanto me vió, enseñándome mi pasaporte con el nombre de Guichard.

—Si, señor.

—Y sin embargo, Guichard no es vuestro nombre.

—No, señor.

—¿Y por qué viajais con otro nombre que el vuestro?

—Porque vuestro embajador no ha querido dejarme viajar con el mio.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Alejandro Dumas.

—¿Teneis título?

—Mi abuelo recibió de Luis XIV el título de marqués, y mi padre no quiso admitir de Napoleon el título de conde.

—¿Y por qué no llevais vuestro título?

—Porque creo que me puedo pasar sin él.

—¿Despreciais, pues, á los que llevan títulos?

—Nada de eso; pero prefiero los que se lo han adquirido por sí mismos á los que los han recibido de sus abuelos.

—¿Sois, pues, un jacobino?

Me eché á reir y me encogí de hombros.

—No se trata ahora de reir, me dijo el señor de lo negro con un aire sumamente irritado.

—No podreis impedirme que encuentre la pregunta muy ridícula.

—No, pero haré se os quite la gana de reir.

—¡Oh! en cuanto á eso, os desafío á que lo intenteis en tanto que tenga el gusto de estaros viendo.

—¡Caballero!

—¡Caballero!

—¿Sabeis que por de pronto voy á enviaros preso?

—No os atrevereis á hacer tal.

—¡Cómo! ¿no me atreveré? esclamó el hombre negro levantándose y dando un puñetazo en la mesa.

—No.

—¡Oh! ¿y quién me lo impedirá?

—Vos que reflexionareis.

—¿Por qué?

—Por esto.

Saqué de mi bolsillo tres cartas.

El señor de lo negro echó una rápida mirada sobre los papeles que le presentaba, y reconoció sellos ministeriales.

—¿Y qué significan esas cartas?

—¡Oh, Dios mio! casi nada. Esta es una carta del ministro de Instruccion pública, el cual me encarga una mision literaria en Italia, y especialmente en el reino de las Dos Sicilias: desea saber los progresos que la instruccion ha hecho desde los vireyes hasta hoy. Esta otra es una carta del ministro de Negocios estrangeros, que me recomienda muy particularmente á nuestros embajadores, y les ruega me den *en cualquier circunstancia*, ved: *en cualquier circunstancia*, está subrayado; me den, digo; *en cualquier circunstancia*, auxilio y proteccion. En cuanto á esta tercera, no la toqueis, caballero, y permitidme os la enseñe á distancia. En cuanto á esta tercera, ved, está firmada: «María Amalia,» es decir con uno de los mas nobles y mas santos nombres que existen en la tierra. Es de la tia de vuestro rey. Hubiera podido servirme de ella, pero no lo he hecho; hubiera tenido que entregarla á la persona á quien iba dirigida, y cuando poseemos un autógrafo como este, el cual, como podeis ver, no habla muy mal del portador, se conserva, á riesgo de que algun miserable agente de policía os amenace con enviaros preso.

—Pero, me dijo aquel caballero un poco anonadado, ¿quién me dice que esas cartas son efectivamente de las personas cuyos nombres llevan?

Me volví hácia la puerta que se abria en aquel momento, y ví al conde de Bearn.

—¿Quién os lo dirá? ¡Pardiez! repliqué yo, el señor embajador de Francia, que se ha molestado espresamente para eso. ¿No es verdad, mi querido conde, continué, que afirmareis á este caballero que estas cartas no son falsas?

—No solo se lo diré, sino que preguntaré en virtud de qué órden os arrestan, y se me dará satisfaccion cumplida por el agravio que habeis recibido. Reclamo á este caballero, añadió el conde de Bearn estendiendo su mano hácia mí, en primer lugar como súbdito del rey de Francia, y ademas como enviado del gabinete. Si este caballero ha infringido alguna ley política ó de sanidad (1), yo responderé por él á personas mas elevadas que vos. Venid, mi querido Dumas, siento muchísimo os hayan molestado tan de madrugada, y espero que habrá sido por una mala inteligencia.

Y dichas estas palabras, salimos de la policía agarrados del brazo, dejando al señor de lo negro en un estado de estupefaccion muy difícil de describir.

Jadin nos esperaba á la puerta.

—¡Ea! ahora, me dijo el conde de Bearn, ahora que estamos solos, no se trata ya de echarla de fanfarrones; os he sacado de aquí con los honores de la guerra, pero voy á tener sobre mí á todo el ministerio de policía. Se trata, pues, de pensar en vuestra marcha.

—¡Diantre!

—¿No habeis visto todo?

—Sí. Ayer visité lo último que me quedaba por ver.

—¡Y bien!

—¡Y bien! procuraremos estar dispuestos cuando sea necesario.

—Está bien. Ahora volved á la fonda y esperadme en todo el dia. Os daré una razon.

Seguí el consejo que me daba Mr. Bearn, y efectivamente, le ví volver á las cinco.

—Todo está arreglado, me dijo, del modo mas conveniente. Se sabia vuestra presencia aquí, y como no habiais cometido ningun escándalo patriótico, se toleraba. Pero ayer tarde habeis sido denunciado oficialmente, y se han creido entonces en la necesidad de obrar.

—¿Y cuánto tiempo se me concede para salir de Nápoles?

—Lo han dejado á mi decision, y yo he dicho que partireis en el término de tres dias.

—Sois un escelente encargado, mi querido conde, y no solo representais maravillosamente el honor de la Francia, sino que tambien salvais á satisfaccion el de los franceses. Recibid mis mas sinceras gracias. Dentro de tres dias dejaré en el lugar debido vuestra palabra al gobierno napolitano.

(1) El cólera estaba entonces en su mayor intensidad, y no habia hecho yo en Roma la cuarentena prevenida de veinte y cinco dias.

He aquí como me ví obligado á abandonar la muy fiel ciudad de Nápoles, que todavía no cuenta mas que su treinta y siete revolucion; y eso por haber tenido la desgracia de volver á encontrar la pesadilla de S. M. el rey Fernando.

Esto prueba que hay en Nápoles otra cosa peor todavía que los gettatores.

Y son los espías.

XIX.

LA POSADA DE SANTA AGUEDA.

Era cosa hecha: debia yo abandonar á Nápoles. El sueño habia concluido, la vision iba á volar á los cielos. Os confieso, mis queridos lectores, que cuando ví desaparecer á Capo-di-Chino á mi izquierda y el Campo de Marte á mi derecha, cuando tendido en los almohadones de mi carruage me puse á considerar tristemente que segun todas las probabilidades humanas, y gracias sobre todo á la bondadosa proteccion del marqués de Soval y á la ilustrada justicia del rey Fernando, no veria ya mas aquellas maravillas, mi corazon se oprimió con un sentimiento de indecible angustia, lágrimas asomaron á mis párpados, y me acordé á mi pesar del melancólico proverbio italiano: «Ver á Nápoles y morir.»

Alejándome de aquel país encantado, esperimentaba, pues, algo semejante á lo que debe pasar en el alma del desterrado al dar el último adios á su patria. Sí, yo me habia apasionado tierna, simpática y piadosamente de aquella tierra estrangera que Dios, en su predileccion ha colmado de sus beneficios y riquezas; de esa muelle é indolente favorita cuya vida entera es una fiesta, cuya única idea es la felicidad; de esa ingrata y voluptuosa sirena que se adormece arrullada por las olas y se despierta con el canto del ruiseñor, y á quien el ruiseñor y las olas repiten con su dulce lenguaje un eterno ritornelo de alegría y amor, y traducen en su divina armonía las palabras del Señor: «Para tí, mi muy amada, mis mas ricas alfombras de verdura y de flores; para tí mi mas hermoso dosel de oro y azul; para tí mis mas frescos y límpidos manantiales; para tí mis perfumes mas puros y suaves; para tí mis tesoros de armonía; para tí mis torrentes de luz.» ¡Ay! ¿Por qué el hombre, ese esclavo envidioso y estéril, se goza en destruir por todas partes la obra de Dios? ¿Por qué todo paraiso terrestre ha de ocultar una serpiente?

Absorto en estas ideas un tanto lúgubres, inclinaba la cabeza sobre mi pecho, y me engolfaba en las reflexiones de mi imaginacion. Jadin roncaba á mi lado con el sueño de los justos, con la diferencia, sin embargo, de que la trompeta de los arcángeles no le hubiera despertado. Habia lanzado su última maldicion á los aduaneros de S. M. siciliana, habia escupido al pasar por la puerta de la ciudad á guisa de adios, y se habia dormido como un hombre á quien no le exige mas su conciencia. Quise asegurarme de si mis sentimientos exaltados habian turbado el reposo de mi camarada. Esperé á que diésemos dos ó tres vaivenes de los mas fuertes; Jadin sufrió la prueba sin pestañear; hubiera sufrido la prueba de un cañonazo disparado al oido. Entonces cerré los ojos á mi vez, y repasé en mi imaginacion todos aquellos risueños cuadros que habia admirado por primera y última vez en mi vida. No sé cuánto tiempo duró mi meditacion ó mi sueño, no sé cuántas horas permanecí en ese aletargamiento del alma que no es la vigilia, pero tampoco el sueño; lo que sé muy bien y de lo que me acuerdo, á Dios gracias, con una gran precision en los detalles, es que salí bruscamente de él por un accidente sobrevenido á nuestro carruage. El eje se habia roto y estábamos en una charca.

Esta vez Jadin se habia despertado, no por su caida, como pudiera creerse, sino por el frescor del agua que habia penetrado sus ropas interiores, y juraba con toda la indignacion de su alma y toda la fuerza de sus pulmones. Serian las tres; el camino estaba desierto; el postillon se habia ido á pedir auxilio.

Cuando digo que el camino estaba desierto, me engaño, porque al volver la vista á la izquierda, ví cerca de nosotros una especie de pequeño lazzaroni de doce á trece años; con el pelo crespo, la tez tostada, iluminado por los reflejos del sol, con los ojos negros como el azabache, lábios rojos como el coral, y dientes blancos como perlas. Estaba orgullosamente ataviado con harapos que hubieran dado envidia á Murillo, y nos miraba con un aire inteligente y reflexivo, sin dignarse tendernos la mano ni para ayudarnos ni para pedirnos limosna. En un país donde la desnudez casi completa es el privilegio del mendigo y del lazzaroni, y donde todo hombre del pueblo, cualesquiera que sean sus vecindades, no se acerca jamás al estrangero sin creerse con el derecho de poner su bolsa á contribucion, aquel lujo de andrajos y aquel desdeñoso silencio no dejaron de causarme alguna admiracion.

—¿Dónde estamos? le pregunté saltando por encima de la rueda que estaba tendida en medio del camino.

—En *Santa Agata di Goti*, respondió el pequeño salvage sin desarreglar un pliegue de su raro atavio.

—¡Pardiez! dijo Jadin, esto es cosa de godos y visigodos, ¿no veis que estamos en

Africa? He ahi el verdadero color local, ó no entiendo nada de ello.

El pequeño campesino fijó su mirada en Jadin como para adivinar el sentido de sus palabras y frunció el entrecejo con aspecto de desconfianza y sospecha, creyéndose sin duda ofendido por aquellas breves palabras pronunciadas ante él en un idioma desconocido. Me apresuré á calmar la susceptibilidad del jóven habitante de Santa Agata, haciéndole comprender como pude que Jadin se admiraba ante la calidad de su cutis y la originalidad de su trage.

No se engañó el niño con mi bondadosa traduccion, y se contentó con responder encogiéndose de hombros, que si los hombres de su pais estaban bronceados por el sol, las mugeres eran alli mas blancas y mas lindas que en ninguna parte, y que si él y sus hermanos no tenian mas que harapos por vestidos, era para que sus hermanas llevasen sayas bordadas y corpiños con galones de oro.

Estas palabras fueron dichas con un tono tan sencillo que me reconcilié al punto con la indolencia y la miseria del pequeño lazzaroni.

—¿Hay una posada, una cabaña, una pocilga en esta maldita aldea? preguntó Jadin sirviéndose en esta ocasion del lenguaje del pueblo napolitano, en el cual habia hecho en los últimos tiempos rápidos progresos.

—*C'e una superba locanda*, respondió el niño mirando á Jadin con una singular espresion de malicia.

—Pues bien, hijo mio, le dije, si nos llevas á esa *superba locanda* aqui tienes una pieza de seis carlinos por tu trabajo.

—Yo no soy un mendigo, respondió el jóven de los harapos, lanzándome una mirada de altivez increible.

Pasaba de admiracion en admiracion. Un niño de la última clase del pueblo napolitano, cuyo esterior presentaba la desnudez mas completa, rehusar medio duro, era una cosa de tal modo fabulosa, que no dando crédito á mis oidos, me volví hácia Jadin para asegurarme si habia oido mal.

—¡Cómo, pícaro! ¿no quieres nuestro dinero? dijo Jadin mostrándole la moneda que tomó de mis manos.

—No la he ganado, respondió el pequeño aldeano con su estoicismo habitual.

—Te engañas, hijo mio, repliqué á mi vez, no te ofrecemos esta cantidad como limosna, sino para pagarte un servicio que vas á hacernos llevándonos á un alojamiento.

—No soy guia, respondió el estraño muchacho con la mas imperturbable sangre fria.

—¡Y bien! ¿cuál es, pues, la posicion de vuestra señoria? preguntó Jadin llevando respetuosamente la mano á su sombrero.

—¿Mi posicion?... mirar los carruages que pasan y los viageros que caen.

—¡Eh! ¿qué os parece, Jadin?

—Me parece magnífico, y quiero bosquejar la cabeza á este bribon.

Como hemos dicho, el descendiente de los godos no era demasiado fuerte en francés. Creyó que Jadin le amenazaba con cortarle la cabeza. Su cólera, largo tiempo contenida, estalló con furor. Rechinó los dientes como un tigre herido, sacó de debajo de sus harapos un largo puñal de hoja triangular, y se alejó lentamente retrocediendo hácia atrás, fijando en Jadin sus salvages pupilas que despedian rayos. Su intencion evidente era atraer á su adversario lejos del camino real, á algun sitio mas desierto ó mas sombrío, para consumar tranquilamente su venganza.

—Espera, espera, ladronzuelo, esclamó Jadin riendo, voy á enseñarte á usar armas prohibidas. Y dió un paso para lanzarse en su persecucion.

Pero en el mismo instante el postillon volvió á aparecer seguido de cinco ó seis aldeanos de Santa Agata, unos mas tostados que los otros; y el pequeño salvage viendo llegar gente, ocultó inmediatamente su puñal; y se echó á correr.

Levantaron el carruage, examinaron los desperfectos y adquirimos la triste conviccion de que no podíamos ponernos en camino antes de la noche. Comuniqué al postillon nuestro singular encuentro, y le pedí algunas noticias acerca del admirable personage que acababa de huir á su aproximacion. El postillon sonrió y por toda respuesta se tocó dos ó tres veces su frente con el estremo de su índice. Como no comprendia yo aquella pantomima, le supliqué se esplicase mas claramente. Entonces me contó que aquel tunantuelo á quien habíamos tomado por un negro, no tenia nada de africano, y que debíamos admirarnos de sus modales, porque estaba un poco loco, como los demas individuos de la familia.

—¡Pero, con mil demonios! esclamó Jadin exasperado con aquellas detenciones, ¿podré por fin, encontrar una posada donde secar mis vestidos?

—¡Calle! en efecto, replicó el postillon examinándole con curiosidad, su escelencia ha caido del lado del arroyo.

La *locanda* estaba á dos pasos de alli. He abusado tan frecuentemente de la paciencia de mis lectores hablándoles de las posadas de Italia, que ahora puedo remitirles á las descripciones precedentes. Unicamente añadiré que la posada de Santa Agata sobrepuja en porquería á todas las que he descrito hasta aqui. Esta horrible ladronera se llama, me parece, la *nobile locanda del Sole*.

Mandó Jadin encender un gran fuego, y se puso de modo que se secara bien, estando calado hasta los huesos. Yo salí á la aventura ocupado en saber como emplearia las tres ó cuatro horas mortales que debian tardar en

arreglar nuestro carruage. De comer, no habia que pensar en ello. Como pensábamos detenernos tan solo en Mola di Gaëta, no llevábamos provisiones, y por su parte el posadero de Santa Agata se apresuró á poner á nuestra disposicion su cocina y sus utensilios; pero como se comprenderá, á esto se limitaban sus ofertas culinarias; cosas que llevar á la boca no habia que hablar de ellas. Tomé la primera vereda que se me presentó decidido á matar el tiempo recorriendo el campo. Habria andado la octava parte de una milla, cuando al dar vuelta á un matorral me encontré de manos á boca con mi salvage. Se calentaba tranquilamente al sol, y no hizo movimiento alguno ni para alejarse ni para acercarse á mí.

—¡Y bien! hijo mio, le dije acercándome á él como un antiguo conocimiento, os habeis equivocado respecto á las intenciones de mi camarada. No queria haceros daño alguno. Solo que como encontraba vuestra cabeza muy notable, se hubiera alegrado de hacer vuestro retrato.

—¡Cómo, era un pintor! esclamó el muchacho sorprendido.

—Ciertamente, ¿qué hay en eso que os admire?

—¡Era un pintor! repetia el pequeño aldeano como hablando consigo mismo.

—Pues yo tambien soy pintor, esclamó el infeliz muchacho con un aspecto exaltado, *sou pittore anch'io*, ó mas bien lo seré, porque todavía soy demasiado jóven para tener una profesion.

—Pues bien, querido, ya veis que no os habeis mostrado muy amable con un colega, y si hubiese sido en pais civilizado, hubiera podido creerse que os conocíais.

—¡Ah! perdonadme, caballero; ¿si hubiese podido adivinar que érais artistas, porque vos sois artista tambien, no es cierto, escelencia?

—Artista.... si, si.... casi.

—Si yo hubiera podido creer eso, en lugar de haberos dejado saquear en esa vil posada, os hubiera llevado á casa de mi abuelo, que tambien es pintor, ó mejor dicho lo ha sido, porque ahora es ya muy viejo para tener una profesion.

—Todavía estamos á tiempo, hijo mio.

—Teneis razon, caballero, dijo el futuro pintor dando algunos pasos en direccion de la *locanda*. Pero despues mudó al parecer y repentinamente de modo de pensar, y volviéndose hácia mí con cierto embarazo:

—He pensado, dijo, que acaso seria mejor pasarnos sin vuestro amigo.

—¿Y por qué?

—¡Qué diantre! le gusta reirse por lo que he visto, y podria tener algun disgusto con mi abuelo, porque en nuestra familia no hay ninguno sufrido. En cuanto á vos es otra cosa.... vos no os habeis burlado mucho de mis andrajos, y creo que con un poco de buena voluntad por ambas partes podríamos entendernos.

—Es cosa convenida, mi pequeño Giotto; y mientras vais perdiendo esa prevencion respecto á mi amigo, me aprovecharé solo de la hospitalidad que teneis á bien ofrecerme.

—Y no lo sentireis, os lo aseguro. En primer lugar, vais á ver á mis tres hermanos, tres mozos los mas robustos y hermosos de la provincia: el mayor es viñador, el segundo pescador, el tercero guarda de soto.

—Tendré á mucha honra conocerlos.

—Despues mis tres hermanas, tres Madonas.

—Tanto mejor, mi querido huésped.

—Y por último....

—¡Cómo! ¿todavía mas?

—Por último, repitió el aldeano bajando la voz y mirando en derredor de sí con aire misterioso, vereis tres cuadros, tres maravillas; y podreis enorgulleceros de haber conseguido un triunfo si lograis que mi abuelo os los enseñe.

—Escitais atrozmente mi curiosidad.

—Si, pero es preciso saberse conducir, porque, mirad, mi abuelo tiene en mas sus cuadros que á todos sus hijos; veria á mis tres hermanos desnucarse, ahogarse á mis tres hermanas, y no daria un grito, no derramaria una lágrima! yo mismo, que soy el preferido entre los demas, porque llevo su nombre y acaso seré un dia como él, me habia de tragar un oso ó habia de caer en el fondo de un precipicio, y se desconsolaria muy poco; pero si sucediese un fracaso á alguno de sus cuadros, creo que moriria de repente, ó al menos que perderia la razon.

—Comprendo esa pasion de artista y de anticuario; mas ¿qué debo hacer para merecer la simpatía de vuestro respetable abuelo?

—En primer lugar es preciso no exagerar el mérito de sus cuadros, porque creeria que queríais comprarlos, y en este caso haria que os plantaran en la calle.

—Tranquilizaos; hablaré mal de ellos.

—Guardaos de hacerlo, se pondria furioso, y acaso le entrasen ganas de haceros arrojar por el balcon.

—¡Diablo, diablo! Entonces no diré nada acerca de ellos.

—Ya os he dicho, caballero, que mi abuelo es un anciano, y es preciso dispensarle algo, replicó el pequeño lazzaroni con un tono grave y sentencioso que contrastaba singularmente con su condicion y su edad. En seguida, como si se hubiese fastidiado de representar un papel demasiado serio, echó á andar prorumpiendo en una estrepitosa carcajada, y atravesó en cuatro saltos la distancia que nos separaba del sendero que debíamos tomar para llegar al rústico taller del anciano pintor de Santa Agata. Seguí con algun trabajo á mi guia, que corria delante de mí como un corzo, saltando fosos y vallados, brincando torrentes

y malorrales, sin que nada pudiese detener su carrera.

En el momento en que pasábamos bajo uno de esos emparrados tan comunes en Italia, levantó el niño la cabeza y me enseñó con el dedo un mancebo de hermosa presencia, de veinte á veinte y cinco años, que estaba graciosamente inclinado al estremo de una larga escalera, y cortaba sarmientos con una podadera corva que llaman en el pais *roncillo*.

—Buenos dias, Vito, dijo alegremente el muchachuelo moviendo la escalera.

—Buenos dias, perillan, respondió el personage aéreo sin interrumpir su trabajo.

—Es mi hermano el viñador, dijo mi guia con un sentimiento de orgullo, y volvió á emprender su carrera.

Un poco mas lejos, se detuvo de nuevo orillas de un pequeño rio que atraviesa el camino. Un jóven muy moreno y robusto estaba sentado en la orilla, con las piernas desnudas y colgando, los brazos estendidos, y el cuerpo echado adelante; con una mano echaba cal viva para enturbiar la corriente, y con la otra movia el agua con una vara. Era imposible pasar por delante de aquel hombre sin admirarle. Era una de esas naturalezas ricas y poderosas que Miguel Angel hubiera deseado encontrar para modelo.

—Buenos dias, Andrés, dijo el futuro artista dándole una palmada en el hombro, ¿cuántas truchas tendremos esta tarde?

—Buenos dias, gloton, respondió el hombre de la pértiga.

—No hagais caso, caballero, este es mi hermano el pescador.

En fin, casi llegábamos á la puerta de una casita blanqueada y muy pintoresca, la cual me habia indicado de lejos como el término de nuestra correría artística, cuando encontramos al tercer aldeano, mas notable por su estatura y su buena fisonomía que los otros dos, aunque á decir verdad, no fuese su trage menos descuidado que el de sus hermanos. El único lujo que se permitia, era una escopeta inglesa que llevaba á la espalda.

—Buenos dias, Orso, esclamó el niño mimado de la familia saltándole al cuello.

—Buenos dias, gran pícaro, esclamó Orso volviéndole sus caricias.

—Este es mi hermano el cazador, dijo mi precoz Rafael con un tono de triunfo.

Y sin dejarme tiempo de decir una palabra, me cogió inmediatamente por la mano, y me llevó á uno de esos patios pequeños italianos que tanto se parecen á un *impluvium*, embaldosado de un mosáico grosero y cubierto con un verde emparrado. Subimos por una escalera al descubierto cuyos escalones estaban tapizados de musgos y esmaltados con esas grandes y bellas flores en las que la devocion napolitana ha descubierto todos los emblemas de la pasion, y nos encontramos en una sala bastante espaciosa, alta de techo, ventilada, con mucha luz, que debia ser la pieza de recepcion y de aparato. Allí mi pequeño negro, el de los vistosos harapos, me presentó tres doncellas que se habian levantado al aproximarnos, y se reunian formando un grupo, tímidas y confusas. La mas jóven no tenia todavía quince años, y la mayor tenia veinte escasos. Su belleza y la frescura de su tez me dejaron atónito. Nada mas gracioso y encantador que sus flotantes faldas y sus corpiños estrechos y bordados de filigrana. Se hubiera dicho, sin que hubiera exageracion poética, que eran tres rosas blancas en el mismo rosal.

—Ved aqui mis hermanas, caballero; creo que no os he mentido al decir que en nada se me parecian ni en el color ni en el trage. Esta se llama Concetta, esta otra Nunziata, y esta Assunta, los tres nombres mas hermosos de la Vírgen. Y á cada nombre que pronunciaba, el diablillo imprimia un beso en la ruborizada frente de aquella de sus hermanas á quien queria designar.

—Y ahora, dijo, subamos al taller de mi abuelo.

XX.

LOS HEREDEROS DE UN GRANDE HOMBRE.

Seguí á mi jóven guia con toda la docilidad que exigian las circunstancias, mas, lo confieso, no sin echar una mirada de admiracion y de pesar al encantador grupo de que tan pronto debia separarme. Atravesamos dos pequeñas habitaciones cuyo mueblage consistia únicamente en cuatro montones de maiz hacinados en los rincones, y cuya tapicería, compuesta de ristras de ajos y cebollas, se olia media legua á la redonda; despues una cocina cuyo techo se inclinaba con el peso de las hojas de tocino y las cuelgas de *salami*, y por último, un corredor con muy poca luz, á cuyo estremo encontramos una escalera de madera mas pendiente é incómoda que una escala. Mi guia la saltó en dos brincos, y se detuvo en una reducida meseta embaldosada de color rojo y negro, la cual no era bastante ancha para poder estar los dos. Llegado que hubimos allí, acercó el oido á la puerta, aplicó el ojo á la cerradura, y dió tres golpecitos, despues de hacerme seña con la mano de que escuchara y me callase.

Al principio oí al anciano gruñir sordamente como un lebrel cuyo sueño es interrumpido repentinamente por una visita importuna. El muchacho me miró sonriendo como para darme ánimo, movió la cabeza como hombre acostumbrado á semejante recibimiento, y que sabia perfectamente que si la

cólera del anciano era fácil de escitar, bastaban algunas palabras para desarmarla. En efecto, sus gruñidos se apaciguaron al punto y fueron seguidos de un ruido de sillas que eran movidas, y por el crugir de una puerta interior que se cerraba con doble vuelta de llave. Despues se aproximaron lentamente los pasos, y una voz clara y firme, en que se descubria sin embargo un resto de ira, preguntó:—¿Quién va?

—Soy yo, abuelito mio, abrid.

La voz se dulcificó y el anciano puso la mano en la llave.

—¿Vienes tú solo? preguntó despues de un instante de reflexion.

—Vengo con un caballero que desea visitar vuestro estudio.

—Vete al diablo, pícaro vago, esclamó furioso el anciano pintor; ¿es otro chalan que has recogido en el camino real, y que viene con la intencion de comprarme mis obras maestras?

—Os juro que no, abuelo mio.

—Entonces es algun palurdo de Santa Agata que quiere con sus tontunas y borricadas hacerme ofender á Dios.

—Todavía menos, abuelito; ¿creeis que vuestro pequeño Salvador sea capaz de causaros un pesar?

—¡Hem! ¡hem! murmuró el anciano vacilando en su resolucion, ¿pues quién viene contigo?

—Es un artista estrangero que no tiene un cuarto para comprar vuestros cuadros, pero en cambio tiene bastante tiempo para escuchar vuestra historia.

—¡Ah! ¡ah! es un colega; esclamó alegremente el buen hombre y pasando rápidamente de la cólera á la alegría, desechó la llave.

Yo quise protestar por un resto de escrúpulo, pero el niño me hizo seña de que me callara llevándose el índice á los labios.

Se abrió la puerta, y me encontré frente á una de las cabezas mas hermosas de anciano que he visto jamás. Una abundante cabellera blanca sombreaba su frente ancha y sin arrugas, sus facciones eran tranquilas y serenas y su sonrisa tenia algo de afectuoso y la bondad que contrastaba mucho con el tono áspero que afectaba tomar en las grandes ocasiones para desembarazarse de los importunos. Llevaba una especie de hábito cuyo capuchon caia sobre sus espaldas, y cuyo primitivo color habia desaparecido bajo las diferentes capas de grasa y de pintura que le habian cubierto sucesivamente. Por lo demas el mayor desórden reinaba en el taller á pesar de la prisa con que el buen hombre habia colocado algunos objetos que estorbaban notablemente el paso, Habia una intrincada confusion de útiles de labrador é instrumentos de pintor; guadañas, azadones y rastrillos se apoyaban en caballetes, tientos, escaleras; lienzos, cartones, bocetos, estaban bajo un monton de cuerdas, de cestas y regaderas; habia cajas de colores llenas de semillas; frascos de esencia, cuellos de botellas rotas, servian de vaso al tallo de una flor; pinceles, brochas y paletas se ostentaban graciosamente sobre cucharas de madera y moldes de queso. Un alegre rayo de sol penetraba débilmente á través de aquella estraña confusion, y depositaba en un lado una diadema de diamantes en la frente de una madona puesta en su marco, en el otro acariciaba las raices de una pobre planta olvidada y marchita, y reflejaba mas allá en una olla de cobre reluciente como el oro.

El anciano me observó silencioso durante dos ó tres minutos, sin duda para juzgar despues del efecto que produciria en mí la vista de su pandemonium. Pero cuando vió que lejos de estrañarme aquella estravagancia que hubiese irritado los nervios de un ciudadano, contemplaba, por el contrario, todo con el mas vivo interés, se volvió vivamente hácia su nieto y le dijo con aire satisfecho:

—Bien, hijo mio, no me has engañado, este caballero os un digno y escelente estrangero, y siempre que sea tan pobre como es sensato.....

—Tranquilizaos, mi querido huésped, repliqué á mi vez, no tengo un óbolo que gastar en cuadros; y aunque fuese mas rico que un nabab, comprendo que hay ciertos objetos que no se ceden por el oro.

—Entonces sed bienvenido, esclamó el anciano pintor con toda la espresion de su alma, y me tendió una mano callosa que me apresuré á apretar entre las mias. Sed mil veces bien venido, mi huésped y colega. ¡Dios sea loado! vos no trateis de loco á un pobre anciano porque tiene en mas sus cuadros que la vida. Y cuando hayais visto esos cuadros, cuando hayais sabido como los posee mi familia hace doscientos años, no os admirareis de oirme decir que primero consentiria pedir limosna yo y mis hijos, que dejarme arrebatar mi tesoro. Veis á nosotros, pobres aldeanos, caballero, pero somos los herederos de un grande hombre; y para guardar dignamente esa herencia sagrada, siempre ha habido en nuestra familia un pintor, bueno, mediano ó malo, el que no pudiendo ganar su vida por su arte sin abandonar nuestra aldea, ha preferido permanecer fiel con su puesto de guarda y labrador, trabajando de dia en el campo, de noche en el taller, y manejando con la misma mano el azadon y los pinceles. Mi pobre hijo, el padre de todos esos muchachos que acaso habreis visto, se ha muerto de pena. Era mejor pintor que yo, pero yo he sido mejor viñador que él; le he sobrevivido para educar á nuestra familia. Pero Dios ha dispuesto las cosas perfectamente, y nos ha enviado bastantes hijos para hacer cómodamente la parte del trabajo y del estudio. Tengo tres nietecillos que son los mejores mozos de Santa Agata, no teniendo cada uno de ellos igual en

su oficio. En cuanto á este pequeño vagabundo, añadió el buen hombre dándole suavemente un golpecito en la megilla, le destino á la pintura, y no carece de disposicion. Por de pronto le he dado el nombre de Salvator: este es tambien mi nombre, bien pronto sabreis la causa de eso.

—¡Y bien! caballero, interrumpió el pequeño Salvator, impaciente ya por haber permanecido tanto tiempo en el mismo sitio, heos aqui en buenas relaciones con mi abuelito, va á referiros su historia, ó mas bien la historia de sus cuadros. Con eso teneis para media hora larga. Como ya la conozco, por haberla oido contar tres veces lo menos cada dia, os dejo y voy á ver como va la comida. Mi hermano el grande nos traerá caza, el pescador nos dará carpas y anguilas, y el viñador no se olvidará de la fruta; mis tres hermanitas guisan de un modo capaz de tentar á los ángeles del paraiso; en cuanto á vuestro servidor, en mi cualidad de grande hombre en ciernes, cómo por seis; pero en atencion á las circunstancias y para honrar á nuestro huésped, serviré á la mesa. Pero si quisiéseis pedir un favor á mi abuelito....

—Vamos, vamos, dejanos, hablador, esclamó brúscamente el anciano pintor.

—Si quisiéseis, caballero, continuó el picaruelo sin desconcertarse, conseguirme el permiso de ponerme vestido de dia de fiesta...

—Para hacerlo girones, bribon....

—Pero, abuelo, esclamó el pequeño Salvator casi llorando, mirad como estoy. ¿Puedo acercarme á una mesa de personas decentes ataviado de este modo? Es bastante para que este caballero no quiera tocar á la comida.

—Ve á mudarte, tunantuelo, y á ver si conseguimos que te quites de delante.

Mi sinceridad de historiador me obliga á hacer una confesion, por grande que sea el esfuerzo que cueste á mi amistad. Todo lo que veia y oia me parecia tan nuevo, tan estraño y sin embargo tan sencillo, que habia olvidado completamente á Jadin; á Jadin, con quién hasta entonces habia repartido como hermano mis placeres y mis penas, mis impresiones suaves y penosas, mi buena y mi mala fortuna; Jadin, á quien habia dejado; á Jadin, á quien habia dejado en la horrible zahurda que sabeis, casi en la posicion de Ugolin, añadiendo Milord, apartando los cadáveres de sus hijos. Si, le habia olvidado!

Pero debo decirlo en honor mio: á la sola idea de convite, me acordé de mi amigo, y aproximándome al oido del pequeño Salvator, le dije en voz baja:

—Tengo que daros mil gracias por vuestra buena hospitalidad; sin embargo, debo deciros que no aceptaré la comida que me ofreceis si no á condicion de que mi camarada tambien la disfrutará. Acordaos que está padeciendo, parte por vuestra falta, en esa horrible caverna à donde nos habeis enviado. Bien puede pasarse sin admirar vuestros cuadros, puesto que tal es vuestra voluntad, pero yo no puedo sin ser criminal, sin tener remordimientos, dejarle morir alli de hambre, mientras yo nado aqui en la abundancia.

—Perded cuidado; no soy tan pícaro como aparento: vuestro amigo disfrutará su parte del festin. Pero como se ha burlado demasiado de mis andrajos, se le servirá en la *nobile locanda del Sole*.

Y sin escuchar mas, dió precipitadamente la vuelta sobre los talones.

—¡Al fin, dijo el anciano respirando, nos deja quietos! Venid, venid, señor forastero, mis obras maestras os esperan.

—A vuestra disposicion, signor pittore, le respondí inclinándome.

Entonces cerró la puerta por donde habia yo entrado, separó suavemente un antiguo tapiz que ocultaba una segunda puerta interior, la que habiamos oido cerrar á nuestra llegada, sacó una llave de su bolsillo, abrió esta segunda puerta y me hizo pasar á una segunda habitacioncita de una arquitectura sencilla y severa, que por todo mueblage tenia dos sillas y un armario.

—¡Hola! mi querido huésped, le dije sentándome sin cumplidos, esta habitacion que me enseñais es una verdadera capilla, y empiezo á creer que bien pueden ser reliquias vuestros cuadros.

—Me recordais, caballero, todas las persecuciones que me he atraido por mi persistencia en guardar mis obras maestras. Unas veces se me ha tratado de loco, otras de egoista, algunas de hechicero, y aun en ocasiones de santo. Y todo, os lo repito, porque he rodeado á estos cuadros de una especie de culto, porque jamás he podido decidirme á venderlos á los judíos ó enseñarlos á los tontos. He visto pasar á los habitantes de Santa Agata de la curiosidad al deseo, y del deseo á la supersticion. ¿Podreis creer que han llegado hasta pretender que debia prestarles mis cuadros para sanar á los hidrópicos y exorcizar á los endemoniados?

Una tarde, hace de esto mucho tiempo, la muger de un vecino mio estaba de parto y sufria dolores atroces. Yo lo siento, pobre muger; ¿pero tenia yo la culpa de que no pudiera parir? ¡Pues bien! ¡no dijo á sus parientes y conocidos que viniesen á pedirme uno de mis cuadros! ¡de mis cuadros! caballero. Y no tardareis en ver que en mis tres pinturas no hay nada que se parezca á un santo. Pero era igual, necesitaban un milagro. Al principio me mantenia inflexible; pero se amotinó el pais, amenazaban echar abajo las puertas y poner fuego á la casa. No habia tiempo que perder. En lugar de la obra de mérito que me pedian, iluminado por una idia súbita, les entregué un antiguo mamarracho, obra de uno de mis tios, quien des-

pues de mí, ha sido el peor embadurnador de la familia.

El tumulto se apaciguó, se recibe con gritos de alegría el viejo cuadro ennegrecido del humo y del polvo, le llevan en procesion á la casa del vecino, le encienden velas, se ponen de rodillas y cantan letanías. ¡Milagro! los dolores cesan, la muger se ha salvado: dá á luz dos gemelos! El marido llorando, quiere saber á que santa efigie debe la salvacion de su muger. Sin duda es la vírgen de los Dolores, ó Santa Isabel, ó por lo menos Santa Ana. En el lleno de su reconocimiento, toma una esponja y comienza á lavar las numerosas manchas de polvo que le ocultan las facciones de su celeste protectora. Todos los ojos se fijan en el cuadro, todos los labios repiten oraciones, cuando en el lienzo limpio ven aparecer de repente.... ¿Adivinais el qué, caballero?... El retrato de un antiguo abogado, vestido con toga negra! Desde aquel dia me van dejando en paz!

—Vuestra historia es una historia perfecta, mi querido profesor; mas en verdad, tardo ya en ver esos cuadros que os han causado tanto mal.

—Teneis razon, caballero, os canso con mis cuentos, pero á mi edad es permitido chochear.

—No quiera Dios, mi huésped, interpreteis tan mal mis palabras. Vuestros relatos me interesan en el mas alto grado, y si he demostrado alguna impaciencia...

—¡Vamos, vamos! he aqui la primera de mis reliquias, como acabais de decir. Propiamente hablando, no es mas que un boceto, pero en él vereis el gérmen de un grande hombre.

Y sacó del armario un cuadrito de dos pies de alto y dos de ancho, quitó con toda clase de precauciones el lienzo con que estaba cubierto, y aproximándose á la ventana me enseñó el precioso boceto á toda luz.

Era un prodigio de brillantez, originalidad y vigor. Acaso un crítico muy escrupuloso hubiera encontrado algo que censurar en ciertas partes del boceto, acaso los perfiles no eran muy correctos, ni la composicion era inmejorable; pero habia en aquella improvisacion de algunas horas un toque tan atrevido y franco, una creacion tan poderosa y sencilla, tal verdad de detalles, que era imposible no ver en él el pincel de un gran maestro.

Era con toda seguridad, un recuerdo de las Calabrias ó de los Abruzzos. Figuraos rocas negras, peladas, amenazadoras, suspendidas como un puente sobre el abismo: una llanura árida y maldita é iluminada por la luz intermitente y lívida de un cielo borrascoso: troncos seculares se torcian al impulso del huracan, ó caian calcinados por el rayo. Ningun ser viviente es testigo de esta escena de desolacion y de horror; ó mas bien en la horrorosa lucha de los elementos con la naturaleza, el hombre ha sido el primero á sucumbir. ¿De qué muerte? ¡Solo Dios lo sabe! Huesos fracturados, trozos de carne humana están esparcidos por el suelo, pero ningun indicio podia deciros si el miserable á quien pertenecian aquellos tristes despojos se habia deshecho el cráneo cayendo de un precipicio ó habia sido destrozado por las garras de las fieras. Diríase que era una página del Dante trasladada á la pintura.

Volví y revolví el cuadro en todos sentidos; le aproximaba y le alejaba de mi vista para contemplarle cómodamente, mientras el anciano se frotaba las manos lleno de satisfaccion y gozaba con mi sorpresa.

—¿Sabeis que lo que me enseñais es admirable, le dije volviéndole su boceto, y que esta pequeña obra maestra, aunque no concluida, no desdeciria en el museo de los Studi, ó en la galería del príncipe Borghese?

—¿Asi que encontrais natural que yo tenga ese cuidado con él?

—Muy al contrario.

—¿Y que hago bien en no arrojar mis perlas ante.... mis compatriotas?

—Lo encuentro muy digno.

—¿Y en haber reclamado seiscientos ducados del príncipe de Salerno?

—Hubiese hecho lo mismo en vuestro lugar.

—Y sin embargo, no habeis visto hasta ahora mas que el menos precioso de mis tres cuadros.

—Veré los demas con el mismo interés; ¿pero cómo están en vuestro poder, mi querido huésped? ¿quién es el autor de ellos?

—¡Ah! ved, ¿vais á tratarme vos tambien de viejo charlatan, ni mas ni menos que mis vecinos de Santa Agata? A fé mia, tanto peor; voy á contaros todo del principio al fin, porque habeis de saber que no es solo el precio de los cuadros, sino aun, y sobre todo el recuerdo de quien nos los ha dado, lo que nos los hace tan queridos, lo mismo á mí que á los que me han precedido en mi familia, y á los que me sucedan. Sentémonos, dijo tomando una de las sillas, y prestadme atencion breves momentos.

—Ya os escucho.

—Hace doscientos años, como creo haberlo dicho, que el padre de mi tatarabuelo, un pobre aldeano como yo, estaba á la puerta de su casa tomando un poco el fresco despues de haber trabajado mucho durante el dia. La noche se presentaba con síntomas de tormentosa; gruesas nubes que se habian ido reuniendo durante el dia, envolvian el horizonte de todos lados. La luna que salia semejante á un faro, apenas atravesaba con su rojiza claridad aquella espesa cortina de vapores. Rosalvo Pascoli (este era el nombre del aldeano) despues de mirar al cielo dos veces por el lado de Capua y otras dos por el de Gaeta, se levantó para meterse dentro, cuando vió dirigirse hacia él un jóven de diez y ocho á vein-

te años, de una estatura menos que mediana, y cuyo esterior anunciaba mas bien un mendigo que un viagero. Su tez era casi tan morena como la de un moro, sus cabellos negros como el ébano flotaban á merced del viento, erizados y en desórden; sus vestidos estaban hechos girones. Figuraos, en una palabra, el retrato de mi Salvator, tal como le habreis encontrado en el camino real, pero mas alto, mas delgado y mas destrozado, si posible es.

Sin embargo, el desconocido se acercó á Rosalvo con paso firme; y le preguntó con tono resuelto y desembarazado:

—¿Podrás indicarme, buen hombre, una posada en estas inmediaciones donde encuentre por mi dinero una cama y pan?

Mi anciano progenitor le miró primero con una admiracion mezclada de desconfianza, tanto contrastaban los modales secos y altaneros del jóven con su trage destrozado y su aparente miseria. Pero tranquilizado inmediatamente por el aspecto de franqueza y honradez que creyó leer en sus facciones, le respondió, no solo sin incomodarse, sino con una bondad enteramente paternal:

—Al otro estremo de Santa Agata hay una mala taberna donde te darán mejor ó peor lo que buscas; pero como no podrás llegar á ella, hijo, sin ser cogido antes por la tempestad, entra en nuestra casa, donde encontrarás siempre pan y un asilo.

En ese caso, convengamos en el precio de antemano, porque en este momento no soy bastante rico, y nada hay que aborrezca tanto como las cuestiones despues de mi comida, y las disputas despues de dormir.

El aldeano se aproximó al jóven, le cogió la mano y atrayéndole hácia sí bondadosamente, le dijo con el trono mas tranquilo:

—Mira bien, amigo mio, encima de mi puerta.

—¿Y bien, que?

—¿Ves tú allí alguna muestra?

—¿Y qué quiere decir eso?

—Quiere decir, amigo mio, que no tengo posada, y que ni veudo ni alquilo mi hospitalidad.

—Entonces, gracias, buen hombre, respondió brúscamente el desconocido; iré al otro estremo de la aldea; iré si es preciso hasta Roma sin descansar un momento; pero estoy decidido á no aceptar nada de nadie.

He hizo un movimiento como para marchar.

El anciano aldeano, ofendido por una negativa que estaba muy lejos de esperar, tuvo intencion de romper las costillas á aquella especie de mendigo orgulloso, para castigarle de ese modo por su mal genio; pero pensó que acaso la injusticia ó la dureza de los hombres habria agriado su corazon, y no tuvo valor para abandonarle á su destino. Gruesas gotas de agua empezaban á caer sobre el follage, el viento silbaba con furia, y el pobre muchacho á pesar de la altivez de sus palabras y la afectada firmeza de su paso, parecia que tenia de tal modo agotadas sus fuerzas que no hubiera dado tres pasos sin sucumbir á su estenuacion y á su fatiga.

Rosalvo le detuvo, pues, por el brazo en el momento en que iba á alejarse y le dijo sonriendo:

—¡Por mi alma, que eres un muchacho muy singular! y aun cuando fueras el virey disfrazado, no tendrias mas gravedad ni mas orgullo. Pero es igual, no quiero tener que reprenderme algun dia de haberte dejado marchar en una noche semejante, á riesgo de romperte el cráneo ó morirte de hambre en el camino. Pagarás tu escote, puesto que tal es tu voluntad. No pongo para ello mas que una condicion: y es que te fiarás en mi probidad; y aunque tú quieras convertir á la fuerza mi casa en una taberna, yo te prometo que no te esquilmaré demasiado.

—Sea asi, replicó el desconocido con tono indiferente; vaciaré el fondo de mi bolsa, pero no se dirá que un aldeano de Santa Agata me ha ganado en cortesía y generosidad.

Rosalvo le introdujo entonces en su casa y le presentó al resto de la familia. El jóven estrangero fué recibido bajo aquel pobre techo con tantas consideraciones y cordialidad, que no tardó en pasar de su fria reserva y de su amargo desden á la espansion mas franca y á las mas vivas simpatías.

Se le dió el sitio mejor en la mesa; el aldeano le sirvió los mejores bocados, su muger le dió de beber, sus hijos le rodeaban. No se reparó en sus harapos sino para agasajarle mas. Ningun cuchicheo indiscreto, ninguna curiosidad agresiva, nada de preguntas importunas. Hablaba, se le escuchaba con interés; queria callarse, se respetaba su silencio. Quedó tan encantado de aquella acogida tan afectuosa y sencilla, que al fin de la comida formaba parte de la familia.

—Y bien, hijo mio, dijo entonces el anciano Rosalvo con un tono grave, pero sin cólera ni amargura, ¿os empeñais aun en pagar vuestra cuenta como si estuviéseis en la taberna?

—Perdonad, padre mio, esclamó el jóven apretándole la mano, al paso que sus ojos se humedecian con lágrimas, he sido áspero é injusto con vos. Mi orgullo ha debido pareceros muy estemporáneo y ridículo en el estado en que me encuentro; pero he sufrido tanto desde mi infancia, me he visto víctima de tantas humillaciones y dolores desde mis mas tiernos años, que cuando los demas no hacen sino entrar en la vida, yo quisiera salir de ella. Ved, mi querido huésped, me deciais hace poco que aunque fuese el virey en persona no seria ni mas resuelto ni mas orgulloso.... Pues bien, aunque debiéseis acusarme de locura, añadió llevándose la mano á la

frente, siento aqui algo que me hace mas orgulloso que los reyes.

—Tranquilizaos, querido jóven, replicó el buen Rosalvo, medio admirado, medio enternecido por aquel estraño razonamiento, todavía sois un niño, y teneis tantos años delante de vos, que podeis desafiar la injusticia de la suerte y reparar sus errores.

—A fé mia, teneis mucha razon, esclamó alegremente el jóven cambiando repentinamente de espresion; ¡al diablo la tristeza y los cuidados! ¿Podreis creer, ¡gran Dios! que el vino me produce tristeza, lo cual no es permitido sino cuando es malo el que se bebe, y el vuestro es escelente? Mas tambien, ¿es culpa mia que me hableis como si fuéseis mi padre? ¿que esa linda niña sea el retrato de mi hermana? ¿si, en fin, me haceis pensar en mi familia?

—¡Cómo! preguntó el aldeano con tono de reconvencion, ¿teneis una familia y podeis abandonarla?

—¡Ay! replicó el jóven, tenia una. Pero mi padre ya no existe, y cuando la cabeza falta los miembros se desunen y se dispersan.

Y su frente tomó de nuevo un aspecto sombrío.

—¡Vamos! esclamó Rosalvo dando un puñetazo en la mesa, soy un viejo imbécil; esta es la segunda vez que os entristezco y os disgusto con mis necias preguntas. Debeis tenerme mala voluntad.

—Os aseguro que no, y para que no vayais á creer, amigos mios, que quiero rodearme del misterio, os diré en pocas palabras quién soy, de donde vengo, y cuál es el objeto de mi viage; porque, no sé la razon, pero jamás, desde que estoy en el mundo, he esperimentado un deseo tan vivo de desahogar mi pecho.

—Todo lo que nosotros podemos hacer, respondió el aldeano, es rogar á Dios, que os ha traido á nuestra morada, favorezca vuestros proyectos y bendiga vuestras esperanzas.

—Acepto vuestros buenos deseos, amigos mios, y creo que los votos de honradas gentes como vosotros no pueden menos de acarrearme la felicidad. Tengo diez y nueve años cumplidos; ni soy el último de los mendigos, como mis andrajos pudieran hacerlo creer, ni un noble viajando con este disfraz estravagante para asegurar mejor su incógnito. Soy un pobre artista; mas aunque desde que naci he tenido épocas buenas y malas, nunca he sido tan pobre y tan desgraciado como ahora me veis. He nacido en una pequeña aldea de las inmediaciones de Nápoles, conocida con el suave nombre de la *Aranella*. Mi padre era un arquitecto de mucho mérito, á quien nunca faltó mas que una cosa; casas que edificar. Mi tio materno era pintor, y nadie pudo notarle mas que un defecto; el de no haber tenido en su vida un encargo. Asi la primera torpeza de mis parientes fué la de alejarme de un arte hácia el que sentia una inclinacion irresistible.

—¡Pobre muchacho! interrumpió Rosalvo, no hubiera yo impedido jamás á mis hijos seguir su vocacion.

—Y tanto mas, cuanto que de nada sirve, continuó el estrangero sonriendo. Doblad hasta la tierra un árbol jóven y lleno de sávia y vigor; cuando lo hayais encorvado como un arco, se os escapa y se endereza de repente hácia el cielo. Me enviaron á la escuela de los buenos religiosos, lo cual me fastidiaba mucho. No les hubiera disgustado hacer de mí un sacerdote, verme convertido en camaldulense; pero en lugar de aprender el latin y recitar los salmos, robaba todo el carbon que habia á las manos para dibujar paisages en las paredes de las celdas, ó sacar el perfil de mi reverendo preceptor. Solo Dios puede saber los azotes que me han costado mis obras maestras.

—¡Hasta llegaban á pegaros! esclamó indignado el aldeano.

—Y no daban con la mano muerta, os lo aseguro; tanto que un dia que la correccion me pareció un poco dura, eché á paseo mi colegio y mis maestros, y me escapé por el mundo, á la Pulla, á la Calabria, á los Abruzzos, ¿qué sé yo dónde? He andado de valle en valle, de montaña en montaña; he sufrido el frio y el hambre. He caido en manos de bandidos que me han obligado á ser de los suyos. Pero en todos mis viages, en medio de todas mis desgracias, si podia procurarme un lápiz ó unos pinceles, si podia depositar en el papel ó en el lienzo todo lo que me venia á la imaginacion ó atraia mis miradas, olvidaba mis disgustos y mi miseria, no lloraba mas que de alegría, y caia de rodillas para bendecir á Dios que me habia dado ojos para admirar la naturaleza, un corazon para conocer sus maravillas, una mano para retratar sus bellezas.

—¡Dios mio! vuestra profesion debe ser sublime, interrumpió el pobre aldeano animado por el fuego del artista.

—Volví á Nápoles, continuó el jóven. Mi padre habia muerto; mi hermana mayor se habia casado con Fracanzani, un pintor de genio y de corazon, á quien la fortuna habia tratado casi tan mal como á mi padre y á mi tio. Diríase que la indigencia ha llegado á ser para nosotros una tradicion de familia. Me puse á trabajar noche y dia para ayudar á mi cuñado. ¡Vanos esfuerzos! Los chalanes me arrojaban á la cara mis paisages, ó bien el precio que por ellos recibia no bastaba para comprar mis brochas y mis colores. Me llamaban como por desprecio Salvatoriello, y no obstante, juro á Dios que me han de llamar algun dia Salvator. Desanimado, despreciado, devorado por el disgusto y la fiebre, iba á sucumbir á mi desesperacion, cuando aquel cuyo nombre llevo se dignó salvarme por un milagro.

Acababa yo de vender un cuadro al mas judío de mis chamarileros. El desventurado

me echaba en cara todavía los pocos cuartos que me habia dado como el precio de mi obra, cuando un bonito carruage con armas se detiene de repente ante su tienda. Abrese de repente la portezuela, y un personage de aspecto noble, de talante magestuoso, hace seña al revendedor, y dice le enseñe el cuadro que acaba de poner en el escaparate. Mientras el comerciante se confundia en reverencias, oculto tras las ruedas del carruage, no pierdo ni una palabra de su conversacion.

—¿Cuál es el asunto de este cuadro? preguntó el caballero tomando el lienzo de manos del chamarilero.

—Ya lo veis, escelencia, es una Agar en el desierto.

—Jamás he visto nada que esté tan perfectamente comprendido, replicó el caballero en voz alta; ¿y qué precio pones á esta obra?

—Monseñor, es veinte... es veinte y cinco ducados, ni mas ni menos: es lo que me ha costado.

Tuve intenciones de estrangularle con mis manos.

—¡Veinte y cinco ducados! replicó el caballero, eso es darlo por nada, lo confieso, ¿y quién es su autor?

—El autor, escelencia, balbuceó el mercader; mas ¿qué importa á vuestra escelencia quién sea el autor?

—¡Cómo! ¿qué me importa, imbécil?

—Monseñor, el trato está cerrado, y sea el que quiera el nombre del autor, ya no es posible volverse atrás.

—Aquí tienes tus veinte y cinco ducados, bergante, ¿y ahora hablarás?

—El autor, escelencia, es todo un jóven que se llama Salvatoriello.

—Pues bien, dirás á ese jóven de mi parte que cuando tenga cuadros que vender, vaya á casa del caballero Lanfranco; se los compraré al precio que quiera; porque digo la verdad, por mi honor y á fé de mi alma, ese pequeño Salvator es un gran pintor.

Esas pocas palabras me han vuelto mi valor; he abandonado á Nápoles, mi ingrata patria, puesto que nadie es profeta en la suya, y he venido poco á poco hasta aquí, con los pies destrozados, el estómago vacío, los vestidos hechos girones, pero el corazon lleno de fé y de esperanza. No me queda mas que medio duro para llegar á Roma, pero en adelante Roma es mi pais, Roma es la fortuna, Roma es la gloria.

Mientras el jóven viagero referia su historia, Rosalvo mi antepasado y toda su familia, se reunian á su alrededor y le colmaban de caricias y de elogios. La ardiente y febril relacion del artista habia lanzado chispas que habian prendido en el corazon de aquellos honrados campesinos. Miraban á su huésped con una admiracion sencilla, y se sentian atraidos hácia él por un encanto de que en su ignorancia no sabian darse cuenta.

—¡Ea, amigos mios! añadió al fin el jóven, aunque ahora comprendo que vuestra hospitalidad no puede pagarse con oro, me permitireis os pruebe al menos mi reconocimiento. Mañana dejaré esta casa muy temprano para ir donde Dios me llama. Pero no quiero separarme de vosotros sin dejaros un recuerdo. Aquí en mi alforja debo tener pinceles, colores, pedazos de lienzo, cuerdas de laud y papeles de música; en una palabra, todo mi equipage de gitano y de artista. Ya veis que no es pesado. Voy á haceros un boceto. Esto no tiene un gran valor en este momento; pero mas adelante, ¿quién sabe? lo vendereis acaso bastante bien, si la profecía del buen Lanfranco se llega á cumplir.

Entonces fué, caballero, cuando con mano firme y segura, hizo el boceto del bello paisage que acabais de admirar. Ya sabeis ahora de quién quiero hablaros, si acaso el estilo de la pintura no os hubiese revelado ya el nombre del autor. Voy á enseñaros los otros dos, y os diré lo mas brevemente que me sea posible con qué motivo fueron regalados á mi familia.

Al llegar á este punto de su historia, el descendiente de Rosalvo Pascoli hizo una pausa y me miró vacilando ligeramente, fluctuando él honrado anciano entre el deseo y el temor de continuar su relacion.

A la verdad, se escuchaba él mismo con tanto placer, que hubiera sido muy sensible turbar la alegría de aquel hombre escelente, mitad aldeano, mitad artista, de aquella escelente naturaleza anfibia, si el lector me permite esta palabra. Le supliqué, pues, que continuara; y debo hacerle justicia, no me lo hizo repetir dos veces.

—¿Dónde habíamos quedado, pues, caballero?

—El jóven habia partido para Roma, y el señor Rosalvo, padre de vuestro tatarabuelo, si no me equivoco, habia aceptado el boceto que acabais de enseñarme.

—Pues bien, continuó el anciano, por espacio de doce años no se oyó hablar mas de Salvatoriello. Los aldeanos de Santa Agata volvieron á sus ordinarias tareas, y nadie pensó ya en el jóven viagero que se habia detenido una noche tormentosa en el hogar del buen Rosalvo.

Al terminar el duodécimo año, un dia, á eso del mediodía, cuando brillaba en el firmamento un sol de julio, la ciudad entera se puso en conmocion con la llegada de un estrangero de la mas alta distincion. Por el tren que llevaba, se hubiese dicho que era un príncipe del Sacro Imperio ó un grande de España de primera clase. Los postillones chasqueaban sus látigos como si hubiesen conducido al duque de Arcos en persona. Una numerosa escolta de mozos, lacayos y pages, seguian ó precedian al carruage tirado por seis caballos que sudaban bajo sus arreos y blanqueaban sus frenos con la hirviente espuma. El estran-

gero hizo detener su carruage ante la puerta de Rosalvo, y sin dar tiempo á sus criados de bajar el estribo, saltó ligeramente á tierra. Era un caballero noble y magnífico, de treinta y dos á treinta y cuatro años, de una belleza varonil y altiva, y de particular elegancia. Sus facciones vivamente pronunciadas, sus ojos muy negros, su tez estremadamente morena, su bigote fino y retorcido, le hacian semejarse mas bien á un español que á un napolitano, y todavía mas á un árabe que á un español.

Llevaba el trage mas bonito que puede verse. Capa y jubon ricamente bordados, gorra con un medallon de oro sujetando flotantes plumas, espada con vaina de terciopelo y guarnicion de diamantes. Todo eso de un lujo atroz, de una magnificencia inaudita. Cuando el pobre Rosalvo, con los cabellos blancos enteramente, encorvado por los años avanzaba lentamente para preguntar quién era el alto personage que se dignaba detenerse ante su puerta, éste adelantándose á su deseo y saliendo á su encuentro, le esplicó en pocas palabras el objeto de su visita.

—Soy un aficionado á cuadros, le dijo, un anticuario frenético; por la adquisicion de una obra maestra de pintura que falta en mi galería, por la compra de un camafeo que falta en mi coleccion, daria la mitad de mi fortuna. Frecuentemente me apeo del carruage, ando media legua á pie para buscar por ciudades y aldeas, por castillos y chozas, en el palacio del rico y en la miserable morada del pobre; porque muchas veces he descubierto muebles raros, armaduras de valor, curiosidades de gran precio, allí donde menos esperaba encontrarlos.

—Señor caballero, replicó el aldeano, siento en el alma el trabajo que os habeis tomado deteniéndoos en mi casa; pues nada encontrareis en ella que sea digno de fijar vuestra atencion.

—Acaso tengais algun objeto cuya importancia ignoreis.

—No lo creo así, monseñor.

—Veamos, sin embargo, replicó el estrangero; y sin aguardar otra respuesta, entró en la habitacion principal, y se puso á mirar atentamente por todas partes.

De repente sus ojos brillaron y esclamó con voz de triunfo:

—¡Y bien! ¿qué os he dicho, buen hombre? Teneis ahí un cuadrito por el que nos arreglaríamos perfectamente.

—Ese cuadro no está de venta, respondió secamente el anciano.

—Bien, bien, ¿vos no sabeis que soy hombre capaz de dar por él cincuenta duros, si es preciso?

—Os he dicho, señor caballero, que ese cuadro no está de venta.

—Entonces doblaré la suma.

—Es inútil.

—La triplicaré.

—Aun cuando quisiéseis comprarme ese boceto á peso de oro, no os le venderia.

—¡Ah! ¿y qué tiene de tan precioso ese cuadro para que pongais tal empeño en conservarle?

—Este cuadro, escelencia, es el recuerdo de un pobre jóven á quien no he visto mas de una vez, pero á quien amaré toda mi vida.

—¿Su edad?

—No tenia todavía veinte años.

—¿Su patria?

—Nápoles.

—¿Su nombre?

—Salvatoriello.

—Ven á mis brazos, buen Rosalvo, esclamó el estrangero enterneciéndose hasta derramar lágrimas; el Salvatoriello á quien amas tanto soy yo. Bien ves que tus votos me han traido la felicidad: soy el primer pintor de mi siglo, mis cuadros se pagan á peso de oro, los cardenales y los príncipes se disputan el honor de ser admitidos en mi estudio. Honores, placeres, riquezas, tengo todo lo que hubiera podido desear. La realidad ha sobrepujado á mis sueños; y no obstante, añadió bajando la voz, no obstante, ¡si tú supieras, mi viejo Rosalvo, á qué medios tan vergonzosos he tenido que descender para atraer sobre mí las miradas de la multitud, para coger en mis brazos ese vano fantasma que llamamos gloria, y que no es otra cosa que un poco de aire y humo, para fijar ese rumor vago y pasagero que se levanta tan pronto alrededor de un nombre como de otro, semejante al viento que sopla ya del lado del Norte ya del lado del Mediodía! ¡Si supieses todo lo que he intentado, todo lo que he sufrido! He sido comediante, titiritero, histrion. Salvator se ha convertido en Coviello. ¡Deshonra y maldicion sobre este siglo corrompido, sobre esos hombres infames, sobre esas ciudades malditas!

—¡Cómo, hijo mio! ¡siempre triste, siempre irritado contra todos! ¿Nada, pues, podrá endulzar en el fondo de tu corazon esa bilis amarga que convierte en hiel todo lo que en él se derrama?

—Verdad es, replicó el artista sonriendo, iba á recitarte una de mis sátiras, sin pensar que vale mas trasladártela en pintura, puesto que tanto amas los cuadros. La última vez que pasé por Santa Agata, hace ya doce años, te hice el boceto de una vista de las montañas en medio de las que habia vivido hasta entonces: ahora que vengo de Roma, te diseñaré una escena de la córte que acabo de dejar. Entonces te contentaste con un boceto de Salvatoriello; ahora tendrás un cuadro de Salvator.

—Y me será doblemente querido, porque al presente tengo en mi familia un pintor y un sábio. No creais que me chanceo, señor caballero: desde la noche en que dormisteis bajo nuestro techo, mi hijo mas pequeño ha

aprendido el dibujo y la gramática; y ¿quién sabe si algun dia podrá copiar vuestros cuadros ó escribir vuestras memorias? Y en tanto ¿qué decís de la sorpresa que os he preparado?

—Me he adelantado á vos, mi querido huésped, esclamó Salvator; yo tambien tengo un hijo y le he puesto por nombre Rosalvo.

El artista y el aldeano se abrazaron. Cada uno de ellos habia sido fiel al recuerdo de una noble y tierna amistad.

Inmediatamente Salvator hizo seña á uno de sus lacayos, y habiendo pedido su paleta y sus pinceles, trazó á grandes pinceladas el estraño y maravilloso asunto que vais á ver. Es la segunda obra maestra de mi coleccion.

Al decir estas palabras, el anciano de Santa Agata sacó del armario su segundo cuadro colocado en un marco muy rico, separó la cortina de seda que le cubria y me le enseñó silencioso.

Era la reproduccion fiel, ó mas bien la concepcion primera del célebre cuadro de la *Fortuna*. La diosa derrama de su cuerno de la Abundancia un torrente de mitras, coronas, cruces y pedrerías; al paso que senadores, cardenales, obispos, bajo la figura de animales inmundos ó reptiles venenosos, que se disputan aquellos tesoros. Decir todo lo que el artista ha depositado de inventiva, de imaginacion y de genio en aquella animada y picante alegoría, sería cosa imposible. No pude menos de asegurar á mi aldeano de Santa Agata que ciertamente poseía una obra maestra.

—Ya lo creo, esclamó mi anciano, es el verdadero original de Salvator; el que hay en Inglaterra no es mas que una copia.

Pues bien, para concluir mi historia, asi que el ilustre pintor terminó este cuadro se despidió de Rosalvo; pero antes de separarse de él, le llevó aparte, y arrodillándose ante él:

—Padre mio, le dijo, cuando yo iba de Nápoles á Roma, vuestros votos me han seguido: pero ahora que voy de Roma á Nápoles, necesito mas que votos; porque tengo una mision santa y hermosa que llenar. ¡Bendecidme, padre mio! mi patria me ha desconocido, voy á vengarme de mi patria! pero lo haré rompiendo sus cadenas, esterminando sus tiranos, volviéndole la libertad!

—Que Dios te acompañe y te proteja, hijo mio; pero temo que tus esfuerzos sean inútiles. Las cadenas han hecho demasiado surco en las carnes; acaso podreis conmoverlas pero romperlas jamás!

¡Ay! mi pobre abuelo habia dicho la verdad. Aun no habian pasado seis meses desde su última entrevista con el feliz y brillante Salvator, cuando una noche, á las doce, cuando los habitantes de Santa Agata estaban dormidos en el mas profundo sueño, se oyó llamar á la puerta de Rosalvo con repetidos golpes.

El primero que se puso en pie fué el anciano; sus hijos se arrojaron sobre sus carabinas, las mugeres dieron un grito que les arrancó el temor.

—¿Quién va? preguntó Rosalvo alarmado.

—Soy yo, Salvator; abridme.

La puerta se abrió y Rosalvo retrocedió tres pasos ante la aparicion de un fantasma. Salvator, vestido de negro de la cabeza á los pies, con los cabellos erizados, la barba en desórden, la espada desnuda en la mano, se presentó á sus compasivos amigos como un espectro saliendo de la tumba.

—Todo ha concluido, dijo, Nápoles ha vuelto á caer con mas humillacion que nunca bajo el yugo de sus tiranos. Se habia encontrado un hombre, un pescador que se pusiera á nuestra cabeza á libertar á su pais. Traidores le han asesinado. Francanzani, mi cuñado, ha muerto envenenado en la prision. Aniello Falcone se salva huyendo á Francia; yo vuelvo á Roma para no ver mas á mi pais; es la tercera y última vez que me vereis. Soy el único que queda de los caballeros de la Muerte.

—¿Eres perseguido, hijo mio? preguntó Rosalvo con tan tierno sobresalto, la misma solicitud paternal que no se habian desmentido un solo instante.

—¿Perseguido? replicó el pintor con aspecto distraido, sí, lo soy por mis ideas que me acosan, por el disgusto que me oprime, por la ira que me mata. Pronto, pronto, pinceles, colores, ó sino conozco que me voy á volver loco.

Anduvo por la habitacion en todas direcciones, lloró, gritó, se arrancó puñados de cabellos. En seguida, cogiendo su pincel con mano convulsiva, trazó sobre el lienzo la carnicería mas espantosa que jamás ensangrentó un cuadro. Creo que no hay una batalla en el mundo que pueda sostener la comparacion con esta obra maestra. ¡Ved!

Al decir esto, el anciano en el colmo del entusiasmo, arrancaba su cubierta de brocado á su último cuadro.

No pude contener un grito de admiracion. Jamás ví nada mas sublime. No era ni un sitio agreste y salvage, ni una sátira deslumbradora; era una escena atroz, viva, espantosa, de destruccion, de muerte y de venganza! Caballos nadando en la sangre, metidos hasta el pecho; cabezas separadas de su tronco rodando como balas frias, heridos dando lamentos, vencedores gritando, moribundos en la agonía. No creo que la realidad sea mas horrorosa.

—Y bien, ¿qué decis de esto, señor estrangero?

—Digo que teneis los tres Salvator Rosa mas hermosos que hay en el mundo.

—Y yo digo que la comida está dispuesta, esclamó el aldeanillo asomándose á la puerta del taller.

Cuando terminó la comida, comida alegre, amable y cordial, me separé de mis buenos amigos de Santa Agata, sintiendo de todo corazon no poder pagar regiamente su hospitalidad con alguna obra maestra de pintura. Todo lo que puedo hacer, es consagrarles un recuerdo en estas páginas.

¡Admirable poder del genio! ha bastado el paso de un grande artista en medio de una pobre familia de aldeanos para dejar en ella una luminosa huella que se perpetúa á través de los siglos.

En cuanto al pequeño Salvator, á quien Jadin y yo habiamos tomado por un negro, en mi último viage le he encontrado en Roma, donde me ha hecho los honores de la Farnerina. Es uno de los pensionados mas distinguidos del rey de Nápoles.

XXI.

CAMINO DE ROMA.

Al volver á Santa Agata de Gottia, supimos una cosa que ignorábamos: que nuestro conductor habiendo creido que queriamos volver por el camino de Benevento, lo cual prolongaba algo nuestro viage, nos habia hecho andar ocho leguas de mas. No lo sentimos, ó mejor, yo no lo sentia, porque como se ha visto, Jadin nada habia tenido que ver con la aventura que acababa de sucederme, y de la que no pensaba hablarle sino cuando estuviésemos á una distancia conveniente, por temor de alguna escena desagradable entre él y su colega.

Era tarde, y queriamos ir á dormir á Caserta, para visitar al dia siguiente las dos Capuas. Llegamos á la posada á las siete de la tarde próximamente.

Finalmente, lo que deseábamos ver podia percibirse á la luz de la luna. Caserta es el Versalles napolitano. Edificado por Banvitelli, y mandado construir por Carlos III, este palacio tiene la pretension de ser el mayor de la tierra, lo cual hace que probablemente es tambien el mas triste. Añadid á esto que, como el de Versalles, está edificado en un sitio donde únicamente á fuerza de trabajos se han podido dar algunos horizontes mezquinos. Preciso es convenir en que se necesita ser régiamente caprichoso, para ir á habitar á Caserta, teniendo á Nápoles, Capo di Monte y Resina.

Verdad es que Caserta tiene magníficos sitios para cazar, y que en todos tiempos, como hemos dicho, los reyes de Nápoles han sido grandes cazadores ante Dios. Uno de los tres parques, bosque bravo, sombrío, feudal, tiene aun hoy mucha caza, segun aseguran. Este bonito bosque, que vimos al anochecer, y que ciertamente no ha perdido nada, como poético y magestuoso, está flanqueado por otro bosque, muy limpio, bien cuidado, podado á la manera del de Versalles, con una cascada muy linda, que cae de una sombría roca, que me parecia haberse formado en aquel sitio, lo que rara vez sucede en las rocas de los jardines ingleses, y con multitud de estátuas, representando á Diana, sus ninfas y el desventurado Acteon, de indiscreta memoria, medio convertido ya en ciervo. Este parque está tambien inmediato á un jardin á la inglesa, con grutas, arroyos, fuentes, chinescos, chozas, invernáculos y magnolias.

Cenamos y nos acostamos en Caserta perfectamente, consignámoslo en honor del posadero, porque esto no sucede frecuentemente en el camino de Nápoles á Roma; es verdad que me he equivocado, pues Caserta, colocada fuera de los caminos reales, no está en ningun camino.

Al dia siguiente por la mañana, un cicerone, ¿dónde no hay algun cicerone en Italia? me propuso ir á ver la magnífica fábrica de tejidos de seda de San Lucio. En general, tengo poca aficion á visitar los establecimientos industriales: los directores de esta clase de establebimientos, son por lo comun atroces; una vez en su poder, no os hacen gracia de su mecanismo, no dejan de enseñaros ni una hilacha de seda. Asi, que, nos hubiésemos privado de ver la magnífica fábrica de seda, si no me hubiese acordado de que San Lucio era la famosa colonia del rey Fernando: porque el rey Fernando no solo era un gran cazador ante Dios, sino tambien un gran pecador ante los hombres; asi que, en su época, sin duda para el recreo de sus ojos, habia reunido en aquella fábrica que fundó con una bondad enteramente paternal, las doncellas mas lindas de las cercanías; estas doncellas estaban muy reconocidas al fundador, y le probaban su reconocimiento de todas maneras. En fin, el rey Fernando fué tan paternal, y las lindas doncellas tan reconocidas, que resultó de este doble cambio de sentimientos virtuosos toda una poblacion de tejedorcitos é hilanderitas que obtuvieron de su real protector una especie de constitucion mucho mas liberal que la de 1830: uno de los artículos de aquella constitucion establece que los mozos serán exentos de todo servicio militar, y que las jóvenes tendrán cada una de dote 300 francos. Asi que los matrimonios abundan en San Lucio.

A las once de la mañana dejamos á Caserte, y nos dirigimos á la antigua Capua.

¡Ay! Capua es en nuestros dias uno de esos nombres mentiras como tantos otros que nos han legado los mentirosos historiadores de Roma; sin embargo, preciso es decirlo, por

las ruinas que todavía existen, es fácil conocer cuál era la importancia de aquella famosa ciudad que, segun Tito Livio, fué la tumba de la gloria de Anibal. Capua, aquella ciudad de la Campania cuya civilizacion etrusca se adelantó quinientos años á la civilizacion de Roma, y á la que Roma, la envidiosa por escelencia de todas las glorias, trató como á Cartago, tenia un magnífico anfiteatro, cuyas ruinas todavía pueden admirarse; porque Capua, la ciudad mas refinadamente civilizada, fué la que inventó los combates de los gladiadores. ¿De dónde provenia esta ferocidad instintiva de los feroces habitantes de la Campania? De los escesos mismos de la voluptuosidad. Cuando nos han hastiado los placeres dulces y humanos, es preciso inventar otros placeres crueles y sangrientos. Ciceron, que en su cualidad de abogado jamás se veia embarazado para responder con una paradoja ó una antítesis á una pregunta cualquiera, dijo que la fertilidad del suelo causaba la ferocidad de los habitantes. En todo caso, los romanos se encargaron de hacer olvidar con mayores crueldades todas las que habian podido cometer los campanienses. Capua, tomada por ellos, fué entregada al saqueo; una parte quedó demolida, casi toda quemada; sus habitantes, reducidos á esclavitud, fueron vendidos en almoneda en las plazas públicas; en fin, sus senadores fueron azotados con varas y decapitados. Verdad es, segun dice el bondadoso y humanitario Ciceron, que era una accion exigida por la prudencia y no por el deseo de sangre:—*Non crudelitate, sed consilio.* Añadamos á esto que uno de los actos de molicie que los romanos afeaban en los capuanos era haber inventado el *velarium*, lienzo estenso colgado por encima de los circos y teatros para librar á los espectadores del sol; verdad es que los romanos, no tardando en conocer á su vez que valia mas estar á la sombra que al sol, adoptaron el susodicho velarium, tanto afeado en los pobres campanienses.—Véase á Suetonio, artículo NERON.

Hay un recuerdo que naturalmente todavía despierta de su letargo á Capua: el de Anibal. Se encuentra en el mundo histórico una malhadada frase de Floro, el cual dice, hablando del héroe de Cannas, del Trebia y del Trasimeno: *Cum victoria posset uti, frui maluit*; es decir: Cuando podia aprovecharse de su victoria, prefirió gozar. Es un concepto antiguo muy bueno, no lo negamos; pero estamos seguros que su autor al escribirle no calculó todas las consecuencias que debia tener. En efecto ese desventurado concepto ha sido para Anibal lo que las dos famosas canciones de Mr. de la Paliza y de Mr. de Malborough han sido para los dos grandes capitanes de ese nombre. Anibal, acusado de haberse dormido en las delicias, ha sido deshonrado para siempre.

Pero lo que sobre todo hay de notable, son los ataques de nuestros profesores de colegio al hijo de Amilcar, refiriéndose á la desgraciada Cápua; ¡cómo tratan á Anibal de desidioso; cómo desprecian á aquel pobre héroe, cómo hubieran marchado en su lugar sobre Roma; cómo la hubieran tomado; cómo hubieran hecho desaparecer á Roma de la tierra! No ha habido ninguno, hasta mi pobre preceptor, un pacífico y escelente abate, que aparte de los disciplinazos que nos daba, no hubiera sido capaz de hacer daño á nadie, que no estableciese su plan de campaña para marchar sobre Roma. Cuando llegábamos á ese bendito pasage de Floro, sacaba un plano de su librería, le estendia sobre nuestra mesa de estudio, hacia un compás de sus dos dedos, y nos enseñaba lo fácil que era apoderarse de la ciudad eterna. ¡Ah! ¡si hubiese él estado en lugar de Anibal!

Verdad es que hay otro abate, y este se llama el abate Montesquieu, que asegura que Anibal no hizo mas que un alto de algunos dias para dar descanso á su ejército, fatigado por una marcha de ochocientas leguas, y por tres victorias sucesivas, lo cual equivale casi á una derrota. Tambien es verdad que hay otros talentos ilustrados que han ido á buscar en Cartago mismo el secreto de la contemporizacion de Anibal, y que han visto que allí como en todas partes, habia dialécticos que hacian la guerra al gran general; togas que daban su parecer á la coraza, plumas que calumniaban á la espada. Anibal pedia socorros con instancia. Roma estaba perdida, decia, la Italia era suya si le enviaban socorros. Pero se le respondia, ó mas bien, los retóricos respondian á sus mensages, porque directamente á él es probable que no se hubiesen atrevido á responder; los retóricos respondian, pues: «O Anibal es vencedor ó Anibal es vencido. Si es vencedor, inútil es enviarle socorros; si es vencido, es necesario volverle á llamar.»

Esto es sobre poco mas ó menos lo que se respondia á Bonaparte cuando tambien se dormia en las delicias del Cairo, donde tenia que luchar contra una insurreccion cada ocho dias, y contra la peste dos veces al año. Pero Bonaparte se las habia con el Directorio francés y no con el senado de Cartago. Bonaparte respondió atravesando el Mediterráneo, y presentándose para ejecutar el 18 de brumario.

Todavía hay entre estas dos opiniones, preciso es decirlo, que dividen en dos esta gran cuestion histórica, la de saber si Anibal permaneció meses en Cápua, ó si no hizo mas que una parada de algunos dias, una tercera opinion que pretende que Anibal jamás estuvo en esa poblacion.

Esta opinion muy bien podria ser la verdadera.

Esto me recuerda que los romanos, los incrédulos se entiende, dicen que hay dos hombres que nunca han estado en Roma. Estos dos hombres, segun ellos, son el apóstol San Pedro y el presidente Dupaty.

Como hubiésemos comido muy mal, y probablemente no hubiésemos dormido nada en la ciudad de las delicias, despues de visitar el anfiteatro y las pocas ruinas que le rodean, partimos para la moderna C pua.

La moderna Capua es una ciudad lindísima, segun Vauban, Montecuculli y Follard; está amurallada, aspillerada y llena de poternas; tiene lunas, medias lunas, caminos de ronda, y todo está rodeado de un precioso paisage, con un horizonte de montañas por un lado, y la mar del otro. Por lo demas, tiene pocas cosas que ver, escepto la catedral, sostenida casi enteramente por columnas tomadas del anfiteatro.

Al salir de Capua nos encontramos el primer rio, que creo es el Vulturno: perdonad, señores anticuarios, si me engaño, porque no tengo á la vista ni mis albums, que están en Florencia, ni mis mapas, que están en la calle del Gasómetro, y me veria obligado á irlos á buscar, y no vale la pena; y despues otro rio, que de seguro es el Garillano, es decir, el antiguo Liris.

Pasamos este poético rio del modo menos poético de la tierra. Nosotros, nuestros caballos y nuestro carruage, nos metimos en una barca y nos deslizamos á lo largo de una maroma, de modo que nos encontramos al otro lado al cabo de cinco minutos. Nuestro barquero, sin embargo, estaba inconsolable; se proyectaba un puente colgante; ¡un puente colgante sobre el Liris!

¿Y por qué no? Del Pireo á Atenas se va en ómnibus; el Eúfrates se sube en buque de vapor.

Por lo demas, se recordará que orillas del Garillano es donde fué derrotado nuestro ejército por Gonzalo de Córdoba, lo que dió motivo á Brantome, haciéndose francés por un momento, despues de haber pasado el Liris, hace trescientos años, por el mismo sitio por donde nosotros acabábamos de pasar, esclamase:

«¡Ay! he visto esos lugares el último, y aun el mismo Garillano, y era en una tarde mala, al ponerse el sol, cuando las sombras y los manes comienzan á aparecerse como fantasmas, mejor que á las demas horas del dia, y me parecia que las almas generosas de aquellos bravos franceses muertos alli, se elevaban sobre la tierra y me hablaban, y aun que me respondian á mis lamentos por su combate y su muerte.»

Llegábamos á la via Apia, la mas hermosa de las vias antiguas, en la que los romanos que tenian alguna presciencia del sitio en que moririan, ordenaban colocar sus tumbas. Existia en tiempo de la república. César, Augusto, Vespasiano, Domiciano, Nerva, Trajano y Teodosio, la repararon sucesivamente.

Desde el sitio donde nos encontrábamos, se dirigia hácia Benevento é iba á morir á Brindis: este fué el camino que siguió Horacio en su poético viage.

Atravesábamos por entre antiguos recuerdos, caminando de lleno sobre la historia y la fábula, y tropezando á cada paso con Tácito y Horacio. Nuestro postillon (un postillon romano ó napolitano podria perfectamente ser recibido, y dicho sea esto de paso, en la Academia de Inscripciones y Bellas letras) nos dijo que algunas ruinas sobre las cuales íbamos dando tumbos de escombro en escombro, eran la antigua Minturna.

—Entonces los pantanos que se ven desde aqui.... pregunté estendiendo el brazo en la direccion del camino de San Germano.

—Son los pantanos donde se ocultó Mario, respondió mi postillon.

Le dí dos paoli.

Sobre poco mas ó menos, es el mismo sitio donde Mario se ocultó, donde Ciceron fué asesinado, y Conradino vendido.

En otra parte hemos referido como murieron el orador antiguo y el jóven héroe de la edad media.

Fuimos á comer á Mola; nos condujeron á un salon cuyos balcones estaban cerrados para conservar el fresco; luego de repente, cuando tendidos en cómodos sillones nos hacíamos aire con nuestros pañuelos, el mozo abrió uno de los balcones.

Es imposible espresar el encanto del paisage que aquella especie de linterna mágica acababa de descubrir á nuestra vista. Nos estasiamos en aquel golfo tan tranquilo que parecia un espejo de lapis-lázuli, y al otro lado descubrimos á Gaeta avanzando hasta la estremidad del promontorio; Gaeta, célebre por sus vergeles de naranjos, los dos sitios que ha sostenido, uno en 1501, otro en 1806, y sobre todo por sus mugeres rubias.

Una doncella de Gaeta es la que sirvió de modelo al Taso para el retrato de Armida.

Perdonad, nos olvidábamos de otra de las celebridades de Gaeta. En su costa es donde Escipion y Selio se divertian en acertar tirando de rechazo, como mas tarde Augusto se divertia jugando á las nueces con los pilluelos de Roma.

Despues de comer, fuimos á dar un paseo hasta Castellone de Gaeta, la antigua Formies, de la que existen todavía una puerta y un trecho de muralla. Entre estos dos barrios estaba situada una de las vilas de Ciceron; de esta vila era de donde huia oculto en su litera, cuando le alcanzó el tribuno Popilio, de quien habia sido abogado, el cual le cortó la cabeza y las manos, á modo de reconocimiento; es probable que si Popilio tuviera el resto de su vida algun otro proceso, el tribunal se hubiera visto obligado á nombrarle un defensor de oficio.

El sitio donde segun todas las probabilidades estaba situada aquella vila, forma parte hoy de la propiedad del príncipe de Capotele.

Hay otra tradicion que quiere que un manantial que corre en la misma propiedad sea la famosa fuente Artacia, cerca de la que Uli-

ses encontró la hija de Antipater, rey de los lestrigones, la cual iba como una simple mortal á llenar allí su cantarillo de agua.

El carruage nos seguia detrás; no tuvimos pues, mas que volvernos á reinstalar en él, cuando vimos todo lo que queriamos ver, y partimos; media hora despues estabamos en Itry, patria del famoso Fra-Diávolo, tan célebre en Campania, y sobre todo en la Opera Cómica.

Fra-Diávolo era un cura, hombre escelente, que leia un breviario como cualquiera otro, confesaba bien ó mal á los ladrones de las cercanías que iban á contarle sus *pecata minuta*, y de quien se hacia amigo no echándoles mucha penitencia, cuando el dia menos pensado tratándose de José Napoleon, rey de Nápoles, le entró el deseo de oponerse á aquel nombramiento. En consecuencia sin cambiar de trage, se puso un par de pistolas en el cinto, se ciñó un sable por encima de la sotana, cogió una carabina que encontró en el presbiterio y que provenia de su antecesor, y haciendo un llamamiento á sus ovejas, en cuyo número, como hemos dicho, se contaban muchos bandidos, se puso en campaña guardando los desfiladeros de Fondi, y pasando á cuchillo á todos los franceses aislados que pasaban por allí. No tardaron en hacer aquellas hazañas tanto ruido que el eco fué á resonar á Palermo donde estaban en aquella época Fernando y Carolina; las augustas magestades hicieron á Fra-Diávolo la invitacion de irlos á ver, y apresurandose éste á corresponder á ella, le confirieron el grado de capitan. Fra-Diávolo volvió á Itry investido con esta nueva dignidad, pero este grado no le dió la felicidad. Massena despues de haber tomado á Gaeta ordenó una batida general en las cercanías; Fra-Diávolo fué cogido con doscientos hombres de su compañía próximamente: sus doscientos compañeros fueron ahorcados en el acto en los árboles del camino. Pero como los napolitanos negaban que Fra-Diávolo, quien en su opinion justificativa del sobrenombre que le habian dado de el hermano Diablo, tenia mil recursos de magia á su disposicion; como los napolitanos, digo, negaban que Fra-Diávolo hubiese sido bastante imprudente para dejarse coger, condujeron al ex-cura á Nápoles, le pasearon durante tres dias por las calles de la capital, y despues le cortaron la cabeza en la plaza del Mercado Nuevo.

Esto no impidió que durante todo el reinado de José y el de Murat negasen los ánimos mas firmes la muerte de Fra-Diávolo.

No nos haga una noticia moderna perder de vista un recuerdo antiguo. Itry es la antigua *Urbs Mannurrarum* de Horacio; aquí es donde Murena le cedió su casa y Capiton su cocina.

Murœna prævente domum, Capitonea culinam.

Nos detuvimos en Itry. Recordaba yo la noche que habia pasado en Terracina en mi primer viage, noche la mas terrible de todas las que he pasado en Italia. Recordaba aquellas desventuradas camas con colchas de sarga verde en las que habiamos estado dando vueltas seis horas sin poder conseguir cerrar los ojos ni un minuto. Verdad es que exaltada la imaginacion con la eterna amenaza de un solo peligro, á fuerza de buscar habia ideado un trage de noche que me ponia casi completamente al abrigo de las pulgas: componiase de un pantalon que cubria hasta el pie con costuras sobrepuestas y que se ataba á la cintura, una camisa que se abria lo preciso para dejar paso á la cabeza, y que se cerraba herméticamente al cuello, en fin, guantes sobre los que abotonaban las mangas: mediante esta precaucion solo el rostro quedaba al descubierto, y he notado que la pulga como el leon, respeta el rostro del hombre. Verdad es que quedaba la chinche que no respeta nada; pero en lugar de dos razas enemigas, no habia ya que combatir mas que á una.

Os lo repito, desconfiad, no de las fiebres de las lagunas Pontinas, que todos os previenen, sino de sus pulgas y chinches de quien nadie habla.

Al dia siguiente por la mañana nos reunimos Jadin y yo diciendo que hubiéramos hecho perfectamente en dormir en Terracina.

En una de las pendientes del camino de Fondi se detuvo nuestro postillon y nos dijo que estábamos precisamente en el sitio en que el *célebre poeta frances Esmenard* se mató cayendo del carruage.

En general los italianos no nos colman de alabanzas; y aun se puede decir que en su rígido patriotismo, patriotismo de campanario, último resto del orgullo de las pequeñas repúblicas, casi siempre son injustos con las demas naciones; pero como toda curiosidad vale una retribucion cualquiera, y esta retribucion es variable segun el mayor ó menor interés que ofrece la susodicha curiosidad, nuestro postillon calculó que la curiosidad, y por consecuencia la retribucion, seria mas grande, si hacia de Esmenard un poeta de primer órden.

La ciudad de Fondi, que eligió Santo Tomás para establecer en ella una cátedra, y en donde hizo el milagro de horticultura de plantar por la copa un naranjo que prendió y que se enseña en la actualidad, es hoy una miserable aldea. El famoso corsario Barbaroja, que es preciso no confundir con el emperador Barbaroja, el soberano de las leyendas, furioso por no haber podido robar á la bella Julia Gonzaga, viuda de Vespasiano Colonna y condesa de Fondi, con la que pensaba hacer un regalo á Soliman II, quemó la ciudad. Desde entonces la desdichada poblacion no ha podido reponerse de aquel accidente, y la mano de fuego del terrible pirata está todavia impresa en la ciudad moderna.

Dos horas despues estábamos en Terracina.

Terracina es todavía hoy, sobre todo yendo de Nápoles, la brillante Auxur de que habla Horacio:

Impositum saxis late candentibus Auxur:

Con su gigantesca roca que en todas épocas fué su base y los restos del palacio de Teodorico que no la coronan desde el siglo quinto. Como no era mas que medio dia, y tenia que hacer algunas investigaciones en Terracina, nos detuvimos en la posada donde habiamos parado al ir, la única por lo demas que creo hay en toda la ciudad.

Diez minutos despues de nuestra llegada estábamos ya en camino, Jadin para trepar la montaña cubierta de ruinas góticas, y yo para ir orilla del mar donde todavía se encuentran vestigios del puerto, que probablemente se remonta al tiempo de la república.

Al volver entré en la catedral. Algunas columnas muy bellas de mármol blanco que fueron de un templo de Apolo le hacen bastante notable.

Al entrar en la fonda habia preguntado si no existia alguna historia de Mastrilla. Acaso no se ha olvidado el nombre de aquel famoso bandido que el padre Rocco llamó tan felizmente en su socorro, á propósito del alumbrado de Nápoles, y de aquella famosa historia de San José que tanto se nos ha afeado.

La historia de Mastrilla se encontraba escrita en una especie de proceso casi intraducible, que me proporcionaron con gran trabajo, pero del que, para verguenza de mi imaginacion sea dicho, lo confieso, nada pude sacar.

Forzoso me fué pues limitarme á las tradiciones orales, y ponerme en busca de los rapsodistas que podian fragmento por fragmento referirme la iliada de este otro Aquiles.

Los rapsodistas me tuvieron hasta las siete de la noche contándome centones que no eran mas que las diferentes piezas del proceso, separadas en vez de estar reunidas.

Habiamos pasado todo el dia en la pesquisa del impalpable Mastrilla. El dia se habia perdido, lo cual no era una gran desgracia; pero lo que completaba nuestra situacion era que teniamos que pasar la noche en Terracina, y sabido es el horror que nos inspiraba esta parada, ó atravesar las lagunas Pontinas durante la oscuridad. Permaneciendo en Terracina estábamos seguros de ser devorados por las pulgas y chinches; atravesando las lagunas Pontinas nos esponiamos á ser despojados por los ladrones. Titubeamos un instante, y al cabo nos decidimos á atravesar las lagunas Pontinas.

Hicimos enganchar los caballos á las ocho de la noche; hacia una luna clara y magnífica; cargamos nuestras escopetas, montamos Jadin y yo en el carruage y partimos á buen paso.

Las lagunas Pontinas comienzan al salir de Terracina, y casi inmediatamente el pais toma un aspecto triste particular, que sin duda no contribuye poco á darle á los ojos de los viageros, el temor de la fiebre que ciertamente existe allí, y el de los ladrones que acaso os están esperando en aquel sitio. El camino trazado á través del pais, se estiende su línea completamente recta teniendo á cada lado un canal destinado á la corriente de las aguas. Desgraciadamente, segun se asegura, aquellas aguas se encuentran bajo el nivel del mar, y por tanto no pueden correr al Mediterráneo. Mas allá del canal hay un terreno movedizo y plantado de grandes cañaverales.

Esta vasta soledad donde Plinio contaba en otro tiempo hasta veinte y tres ciudades, no presenta hoy, esceptuando las paradas de la posta, ni una habitacion. Como en los pantanos toscanos, en menos de un año mataria una fiebre devoradora al imprudente que se atreviera á fijar allí. Los mismos ladrones que la esplotan no hacen mas que pasar por allí, é inmediatamente que han terminado sus espediciones, se retiran á sus montañas de Piperno, su verdadero domicilio.

A medida que avanzábamos adquiria el pais cada vez mas un tinte de melancolía; y como si nuestros caballos y nuestro postillon hubiesen participado de la inquietud que su mala fama podia inspirar, los unos redoblaban ligereza, el otro sus golpes.

Al cabo de hora y media próximamente, vimos á nuestra derecha un gran fuego que reflejaba una luz de incendio á cien pasos á su rededor, no podia ser de ladrones, porque con esa imprudencia se hubiesen denunciado á sí mismos: preguntamos á nuestro postillon qué significaba aquel fuego; nos respondió que era la parada de la posta.

En efecto, á medida que avanzábamos, veíamos á la luz de la llama una especie de casucha, y arrimados á las paredes de la casucha, ó iluminados por el reflejo del hogar, cinco ó seis hombres inmóviles y envueltos en sus mantas. A nuestra aproximacion y al chasquido del látigo de nuestro postillon, se destacaron dos del grupo, y montando á caballo, tomaron en la mano una especie de lanza y desaparecieron. Los demas continuaron calentándose.

Cuando llegó frente al cobertizo, se detuvo nuestro postillon, y apenas lo hizo desenganchó sus caballos, pidió el precio de su carrera, asi como las agujetas que eran el obligado acompañamiento, y saltando sobre uno de sus caballos asi que lo recibió, volvió grupa y marchó al galope. Por lo demas, sus caballos estaban tan perfectamente acostumbrados á este precipitado retorno que no tuvo necesidad de emplear el látigo como habia

sucedido al ir: se hubiese dicho que aquellos animales participando de las inquietudes del hombre, se apresuraban á huir de aquellas comarcas mefíticas y de aquella atmósfera pestilencial.

Entretanto habiamos quedado en medio del camino con nuestro carruage desenganchado, y como no veiamos adelantarse ningun cuadrúpedo, como no se movian de su puesto ninguno de aquellos bipedos temblorosos y acurrucados alrededor del fuego, me decidí, viendo que no se dirigian hácia mí, á dirigirme yo á ellos. Por consecuencia me bajé del asiento; me eché la escopeta á la espalda, y me dirigí hácia la casucha.

Me dejaron aproximar sin hacer movimiento alguno.

A medida que me acercaba los miraba atentamente; no eran hombres, eran espectros.

Aquellos desventurados tenian el rostro macilento, los miembros temblorosos, sus dientes que se chocaban, en una palabra, era un espectáculo repugnante: el que tenia mejor aspecto de los cuatro hubiese podido pasar por una horrorosa estátua de la Fiebre.

Les contemplé un instante, olvidando el para qué me aproximaba á ellos; en seguida por una reaccion egoista sobre mí mismo, recordé que yo mismo estaba en medio de aquellos pantanos cuyas emanaciones los habian puesto en aquel estado.

—¿Y los caballos? pregunté.

—Escuchad, me respondió uno de ellos, ahí están.

En efecto, se oian unas pisadas que iban aproximándose, despues un relincho salvage, y mezclados á estos ruidos confusos, juramentos y blasfemias.

Al punto volvieron á aparecer los hombres que se habian alejado con lanzas, echando delante una docena de caballitos vivaracchos, salvages, fogosos, que parecian arrojaban llamas por las narices.

Los cuatro febrífugos se levantaron inmediatamente, se arrojaron en medio del estraño rebaño, cogió cada uno el suyo por el ramal que arrastraba, le pusieron á pesar de su resistencia unas guarniciones miserables, y gritándome al mismo tiempo: «subid, subid,» engancharon el indómito tiro al carruage.

Comprendí que no habia que hacer observaciones y que en las lagunas Pontinas debia obrarse así. Subí, pues, apresuradamente á mi asiento, y ocupé mi puesto junto á Jadin.

—¡Hola! me dijo Jadin, ¿dónde vamos? ¿A un conventículo de brujas?

—Las trazas es de eso, respondí. En todo caso es curioso.

—Sí, es curioso, dijo, pero no es para tranquilizar.

En efecto, se verificaba una terrible lucha entre los hombres y los caballos: estos relinchaban, coceaban, mordian; los hombres gritaban, sacudian, blasfemaban; los caballos intentaban con movimientos que hacian conmover el carruage, romper las cuerdas que les servian de tiros: los hombres apretaban los nudos de las cuerdas, al mismo tiempo que ponian sobre el lomo de dos de aquellos demonios una especie de sillas. En fin, cuando estas estuvieron puestas, mientras dos hombres sujetaban los caballos delanteros, otros dos saltaron sobre los que estaban ensillados y en seguida gritaron: ¡dejadlos andar! inmediatamente nos sentimos llevados como por un tiro fantástico, al paso que á cada lado del camino nos seguian los dos hombres á caballo, gritando con un látigo en la mano, y uniendo la accion á los gritos para conservar á nuestros corceles en medio del camino, del cual querian á menudo separarse, é impedirles sumergiesen nuestro carruage en uno de los canales que costean ambos lados.

Esto duró diez minutos; trascurridos los diez minutos, estando ya en carrera nuestros caballos, nos abandonaron los que nos escoltaban, y despues de haber salido por una crisis de su apatía se volvieron á esperar otros viageros, temblando con la fiebre ante su fuego.

Cuando pudimos respirar un poco, miramos á nuestro derredor: atravesábamos por entre espesos cañaverales llenos de búfalos, que despertados por el ruido que hacíamos, separaban con estrépito los gigantescos juncos para vernos pasar; luego, asustados con nuestra aproximacion, retrocedian bufando terriblemente. De vez en cuando aves de gran tamaño de los pantanos, como garzas y alcaravanes se levantaban lanzando un graznido de terror, y se alejaban rápidamente, trazando una línea recta y perdiéndose en la oscuridad: en fin, algunas veces atravesaban el camino animales cuya forma no podia reconocer, unas veces aislados, otras en manadas. En la parada supe que eran jabalíes.

Llegamos así en menos de hora y media á la segunda parada. Aquí se renovó la misma escena: el mismo fuego, hombres semejantes, caballos parecidos; despues de media hora de espera volvimos á partir como llevados por un torbellino.

Hicimos tres paradas de la misma manera; al terminar la cuarta posta, vimos una poblacion: era Velletri.

Habiamos atravesado las famosas lagunas Pontinas, y tambien esta vez sin encontrar ladrones: decididamente los ladrones habrán pasado para nosotros al estado de mitos.

Sin consultarnos, se detuvieron nuestros postillones á la puerta de una posada, en lugar de detenerse á la puerta de la posta. Como la susodicha locanda no parecia muy miserable, no quise despreciarla; nos apeamos, y pedimos dos habitaciones para la noche, y un buen almuerzo si era posible para la mañana siguiente.

Tres cosas nos hacian llevar con paciencia nuestra detencion en Velletri. Disponia yo para el dia siguiente una escursion á Cori, la antigua Cora, y á Monte Circello, el ex-cabo de Circe; mientras que Jadin, atraido por otro objeto, me habia ya advertido que permaneceria quieto para sacar algunos retratos de mugeres; sabido es que las mugeres de Velletri pasan por las mugeres mas hermosas (1).

Velletri es la patria, no de Augusto, pero si de sus antepasados; su padre era allí banquero (léase usurero): los banqueros romanos, prestaban al 20 por 100; al 20 por 100 es como César hizo cincuenta y dos millones de deudas. No ofrece de notable como monumento mas que la linda escalera de mármol del antiguo palacio Lancelloti, construida por Luigi el Mayor.

Cori, mas feliz que su vecina, posee aun dos templos: dedicados el uno á Castor y Polux, y el otro á Hércules: del primero no quedan mas que las columnas y la inscripcion que atestigua que estaba consagrado á los hijos de Júpiter y Leda: el segundo, construido en tiempo de Claudio, está perfectamente conservado, y se tiene colocado al mismo tiempo sobre una base de granito aislado, como uno de los modelos mas completos del órden dórico griego.

En cuanto al Monte Circello es como lo indica su nombre, la antigua residencia de la hija del Sol. A esta montaña, bañada en otro tiempo por el mar y que se llamaba, como hemos dicho, el cabo Circe, fué donde llegó Ulises, cuando despues de haberse librado huyendo del cíclope Polifemo y del lestrigon Antipater, abordó á una tierra desconocida, y subiendo á un elevado promontorio, no vió ante sí mas que *una isla y un mar sin fin*: la isla estaba perdida en medio de las olas; y á través de matorrales y bosques salian de la tierra torbellinos de humo.

He subido al promontorio, he buscado la isla volcánica, y nada he visto; pero es verdad que acaso tenga yo menos vista que Ulises.

Pero lo que si he descubierto son inmensas manadas de cerdos, mucho mas nobles que los puercos de M. de Rohan, puesto que segun toda probabilidad descienden de aquellos imprudentes compañeros de Ulises que atraidos por el ruido de la lanzadera y por la armonía de los instrumentos, entraron en el palacio de la hija del Sol á pesar de los consejos de Euriloco, el cual volvió solo á los bageles para anunciar á su gefe la desaparicion de sus veinte soldados.

Ahora bien, como decia, ¿se encuentra mucha clase de nobleza que pueda competir con la de los cerdos del Monte Circello, cuyos antepasados han sido cantados por Homero?

En la montaña hay todavía una gruta llamada *Grotta della Maga*, ó Gruta de la Maga: es el único recuerdo que ha dejado Circe en el pais. En cuanto á su espléndido palacio de mármol, no existen de él mas señales que del de Armida.

Volvimos bastante tarde á Velletri; y como no teníamos prisa, puesto que no habíamos quedado muy descontentos de la posada, resolvimos pasar allí la noche. Jadin se habia quedado con la intencion de hacer un retrato de muger, y habia hecho dos paisages. El hombre propone y Dios dispone.

Al dia siguiente nos pusimos en camino á las nueve de la mañana, deteniéndonos un instante en Genzano para probar su vino, que tiene cierta reputacion, y otro en la Arriccia, para ver el palacio Chigi y la iglesia de la ciudad, dos de las obras mas notables del Bernin.

En fin, á las dos llegamos á Albano. En Albano es donde los ricos romanos que temen la fiebre van á pasar el verano; desde la puerta de Roma, en efecto, sube el camino hasta Albano; y como se sabe, propia de las llanuras y de los pantanos, la fiebre jamás llega á cierta altura.

Diez ciceronis nos esperaban al bajar de nuestro carruage para enseñarnos á la fuerza el sepulcro de Ascanio y el de los Horacios y Curiacios. No daremos á los anticuarios italianos el gusto de vernos encerrar en una discusion arqueológica respecto á esos dos monumentos. Hemos dicho todo lo que teníamos que decir acerca del gran mosaico de Pompeya, que Dios tenga en paz.

Al salir de Albano, se veia Roma á cuatro leguas de distancia; estas cuatro leguas se andan pronto, estando el camino en pendiente, como hemos dicho. Asi que una hora despues de salir de Albano, entrábamos en la ciudad eterna, que habíamos abandonado cuatro meses antes.

XXII.

GASPARONE.

No tenia ya que ver en la ciudad eterna mas que al eterno representante de nuestra religion, al vicario de Jesucristo, al sucesor de San Pedro. Desde que estaba yo en Italia oia hablar de Gregorio XVI como uno de los caractéres mas santos y nobles que han ilus-

(1) Velletri, es el Arlés de la Italia. Rafael, pasando un dia por Velletri, vió una muger que tenia un niño en sus brazos: la belleza de la madre y del niño exaltó al pintor hasta tal punto, que les suplicó no se moviesen, y á falta de papel y lapiz cogió un pedazo de tiza y trazó en el fondo de un tonel el boceto de la Madona de la Seggiola.

De ahi la forma circular de ese admirable cuadro, una de las obras maestras del palacio Pitti de Florencia.

trado el papado, y este concierto general de elogios me inspiraba el mas ardiente deseo de prosternarme á sus pies.

Asi que al dia siguiente, en cuanto llegó la hora de ser recibido, me presenté en casa de Mr. de Tallenay, para suplicarle pidiera para mí una audiencia á Su Santidad. Mr. de Tallenay me respondió que iba á comunicar al instante mi demanda al cardenal Fieschi; pero al mismo tiempo me previno que como la audiencia no se me concederia sino para tres ó cuatro dias despues de recibir mi peticion, si tenia que hacer en Roma ó sus cercanías alguna correría, podia aprovecharme de aquella detencion.

Me venia esto perfectamente. Cuando pasé la primera vez habia visitado toda la campiña oriental de Roma: Tivoli, Frascati, Soubiaco y Palestrina, pero yo no habia visto á Civitta Vecchia; por lo demas, Civitta Vecchia no tendria nada que ver, si no tuviese una mazmorra, y esta mazmorra no tuviese el honor de encerrar al famoso Gasparone.

En efecto, os he contado muchas historias de bandidos, ¿no es asi? Os he hablado sucesivamente del siciliano Pascal Bruno, del calabrés Marco Brandi, y de aquel famoso conde Horacio, ese ladron de caminos reales, de modales encantadores, con guantes amarillos, y el trage arreglado por Humann.

Pues bien, todos esos bandidos no son nada para Gasparone. Hay mas; ved todos los demas bandidos; acordaos de Dicci Nove, tomad por punto de comparacion á Pietro Mancino, aquel hábil tuno que robó un millon en oro, y que, satisfecho de la suma, se fué á vivir honradamente á Dalmacia, haciendo desde allí muecas á la policía romana; ó á Giuseppe Mastrilla, ese incorregible ladron que en el momento de morir, no pudiendo robar á nadie, robó su alma al diablo; tomad á Gobertineo, al famoso Gobertineo, á quien vosotros los parisienses no conoceis, pero cuyo nombre orillas del Tiber está al nivel de los mas grandes nombres; Gobertineo que asesinó con sus manos nuevecientas setenta personas, entre ellas seis niños, y que murió con el piadoso sentimiento de no haber llegado al número mil, como habia ofrecido á San Antonio, y que en el momento de morir temia condenarse por no haber cumplido su voto; tomad á Oronzo Albeyna, que mató á su padre como Edipo, á su madre como Orestes, á su hermano como Rómulo, á su hermana como Horacio; tomad á los Sondino, los Francatripa, los Calabrese, los Mezza Pinta, y no llegarán á Gasparone. En cuanto á Lacener, aquel bucólico asesino que ha hecho tanto honor á la literatura, escusado es decir que como asesino y poeta, no es digno siquiera de descalzar á su ilustre colega.

Se comprende que no podia ir á Roma y pasar por consecuencia á doce leguas de Civitta Vecchia, sin ir á ver á Gasparone.

Marchamos esta vez en diligencia. Este vehículo, que no es demasiado malo para ser una diligencia romana, emplea cinco ó seis horas de Roma á Civitta Vecchia. Escuso decir que me habia provisto de una carta, cosa muy difícil de obtener, para visitar la mazmorra y tener el honor de ser presentado á Gasparone. No necesitaba, pues, otra cosa.

Nada diré de la campiña de Roma: la descripcion de ese magnífico yermo tiene su sitio en otro lugar. Roma es una cosa santa que es preciso visitar aparte y religiosamente.

Al bajarnos del carruage, fuimos para evitar todo retraso, á prevenir al gobernador de la fortaleza acerca de nuestra intencion de visitar á su ilustre prisionero: unimos nuestra tarjeta á la carta, y nos pusimos á la mesa.

A los postres vimos entrar al gobernador, que iba en persona á buscarnos.

Como se comprende, me apoderé de su escelencia, y por el camino le fuí preguntando.

Hacia diez años que Gasparone habitaba la fortaleza por efecto de una capitulacion, cuya principal condicion era que á él y á sus compañeros se les perdonaria la vida.

Os encontrais en las calles de Roma una porcion de venerables ancianos ataviados como nuestros aldeanos de la Opera cómica, y que se pasean con un junco á la Dormeuil en la mano. ¿Quiénes son esas gentes honradas? buenos padres de familia, escelentes esposos, honrados ciudadanos; verdaderas fisonomías de electores, verdadero aire de guardias nacionales; os llevais la mano al sombrero.

¡Cuidado! vais á saludar á un bandido que ha capitulado; vais á ser cortés con un truhan que hace tres ó cuatro años os hubiera cortado las orejas en el camino de Viterbo á Terracina, si no rescatábais cada una de ellas por mil escudos romanos.

Notad que los escudos romanos no se han alterado como los nuestros, y siguen valiendo seis francos.

Tambien hay algunos de esos mocitos que han estipulado una rentita, la cual les paga el gobierno cada trimestre con tanta religiosidad como si hubiesen colocado sus fondos en el Estado.

Desgraciadamente para Gasparone, se habia adquirido una de esas reputaciones que no permite á los que la disfrutan volver á caer en la oscuridad. Se temia, dejándole libre, que se le ocurriese el dia menos pensado algun capricho de gloria, y que este Napoleon de la montaña quisiese tambien ensayar su retorno de la isla de Elba.

Asi que Gasparone y sus veinte y un compañeros fueron rigorosamente inscritos en el registro de la ciudadela de Civitta Vecchia.

Al principio Gasparone se encolerizó, mordió y sacudió los barrotes como un tigre cogido en el lazo, dijo que habia sido vendido, y que la libertad era una de las condicines de la capitulacion; pero el papa Leon XII, de

enérgica memoria, le dejó desfogar á su sabor, y poco á poco se fué tranquilizando Gasparone.

El gobernador nos refirió por el camino algunas jugarretas que se atribuyen á Gasparone: algunas de ellas son producto de una imaginacion bastante original, y merecen ser referidas.

Gasparone era hijo del mayoral de los pastores del príncipe de L... Hasta la edad de diez y seis años, fué ejemplar su conducta: solo si, acaso por su orgullo, era demasiado aficionado á los trages lujosos, á los buenos caballos y á las bonitas armas que veia á los jóvenes señores romanos. Mas sin embargo, habia una cosa que Gasparone preferia á las bonitas armas, los buenos caballos y á los trages lujosos, y era Teresa, su bella querida.

Un domingo estaban Gasparone y Teresa, en casa del príncipe L... que los trataba con mucha indulgencia: las hijas del príncipe, una de las cuales era de la misma edad que Teresa, y la otra algo mas jóven, se divirtieron en vestir á la jóven aldeana con uno de sus vestidos y en adornarla con sus joyas. La jóven doncella era coqueta, aquel rico atavío con el que se habia encontrado un instante mas bella que bajo su pintoresco trage de aldeana, la hizo concebir deseos: sin duda si hubiese pedido el vestido y aun algunas de sus joyas, á las hijas del príncipe, se lo hubiesen dado; pero Teresa era orgullosa como una romana, la hubiese causado vergüenza espresar semejante deseo ante aquellas jóvenes; encerró su deseo en lo mas profundo de su corazon, se dejó quitar el vestido y desprender hasta su última alhaja. Mas apenas salió de la habitacion de las jóvenes princesas su bella frente se inclinó pensativa. Gasparone notó su distraccion; pero á todas las preguntas que la hizo para saber que tenia, Teresa se contentó con responder con ese tono tan significativo en la muger que desea una cosa y no se atreve á decirlo:—¿Qué quereis que tenga? no tengo nada.

Por la noche entró Gasparone de improviso en la habitacion de Teresa, y encontró á Teresa llorando.

Yo no era posible negar el pesar; todo lo que podia hacer Teresa era procurar ocultar la causa.

Teresa intentó hacerlo, pero de tal modo la instó Gasparone que se vió obligada á confesar que aquel lindo vestido que se habia probado y aquellas alhajas con que se habia adornado, la habian hecho entrar en deseos de tenerlo, y que quisiera poseerlos aunque no fuese mas que para adornarse sola en su habitacion y ante su espejo.

Gasparone la dejó hablar; despues, cuando hubo concluido:

—¿Dices, pues, la preguntó, que serias feliz si tuvieras ese vestido y esas alhajas?

—¡Oh! si, esclamó Teresa.

—Está bien, dijo Gasparone. Esta noche lo tendrás.

Aquella misma noche se prendió fuego la vila del príncipe L..... precisamente en la parte del edificio que habitaban las jóvenes princesas. Por fortuna, Gasparone, que rondaba en las cercanías, fué uno de los primeros que vió el incendio, se precipitó en medio de las llamas, y salvó á las dos jóvenes.

Toda aquella parte de la vila fué devorada por el incendio, y la intensidad del fuego era tal que no se intentó siquiera ni salvar los muebles ni las alhajas.

Solo Gasparone se atrevió á arrojarse por tercera vez á las llamas, pero no volvió á aparecer, se creyó que habia perecido, pero se supo que no pudiendo volver á pasar por la escalera que se habia hundido, habia saltado desde lo alto de un balcon que daba al campo.

El príncipe hizo buscar á Gasparone y le ofreció una recompensa por el valor que habia mostrado, pero el jóven rehusó altivamente, y por mas instancias que le hizo su alteza, no quiso aceptar nada.

Se aproximaba la semana de pascua. Gasparone era demasiado buen católico para no cumplir exactamente con sus deberes de cristiano. Fué á confesarse como de costumbre con el cura de su parroquia; pero esta vez el cura, sin saberse porque, le rehusó la absolucion. Entablóse entonces una disputa entre el confesor y el penitente; y como el confesor persistiese en su negativa á absolver al jóven, éste que no queria volverse con la conciencia intranquila, mató al cura de una puñalada.

Gasparone, á quien no impedia esto ser muy buen cristiano á su manera, fué á acusarse ante otro sacerdote, del crímen que le habia valido la negativa del primero, y del asesinato de éste. El nuevo confesor á quien la suerte de su predecesor no dejaba de alarmar, rehusó al principio por hacerse valer, pero concluyó por dar ámplia y completa la absolucion que pedia Gasparone.

Con lo que Gasparone, satisfecho su corazon y tranquila el alma; fué á engancharse como bandido en la compañía de Cucumello.

Este Cucumello era un bandido bastante afamado, aunque de segundo órden: ademas era pequeño, bermejo y bizco, en suma muy feo, defecto capital para un gefe de compañía. Esto no impedia que le obedecieran al menor movimiento de sus ojos. Pero se le obedecia, á esto se reducia todo: sin afeccion, sin entusiasmo, sin fanatismo.

La aparicion de Gasparone en medio de la compañía hizo grande efecto: Gasparone era corpulento, fuerte, diestro y astuto. Gasparone era poeta y músico, improvisaba versos como el Tasso, y melodías como Paesiello. Gasparone fué considerado inmediatamente como un sugeto que debia llegar muy lejos.

Le preguntaron cuáles eran sus títulos

para hacerse brigante, respondió que habia puesto fuego á la vila del príncipe L... por regalar á su querida un vestido, un collar y un brazalete que habia deseado, y que como el sacerdote de la parroquia le negase la absolucion de aquel pecadillo le habia asesinado para escarmiento.

Esta relacion pareció confirmar la buena opinion que el aspecto de Gasparone habia inspirado á primera vista á los bandidos, y fué recibido por aclamacion.

Ocho dias despues, los carabineros rodearon la compañía de Cucumello, que por una órden imprudente del gefe se habia aventurado en un terreno peligroso. Gasparone que marchaba el primero, se encontró de repente entre dos carabineros; los dos soldados estendieron á un mismo tiempo la mano para cogerle, pero antes que hubiesen tenido tiempo de tocarle al cuello de su chaqueta, habian caido ambos heridos por su puñal. Como de costumbre, cada uno echó entonces por su lado. Gasparone se internó en la espesura, perseguido por seis carabineros; pero aunque Gasparone tenia buen corazon no huia por huir: conocia la historia romana, la anécdota de los Horacios y Curiacios le habia parecido siempre de las mas ingeniosas, y su fuga no tenia otro objeto que ponerla en práctica. En efecto, cuando vió á los seis carabineros separados entre la espesura, y estraviados en su presencia, volvió sucesivamente sobre ellos, y atacando á cada uno á su vez, mató á los seis, despues de lo que se dirigió al lugar de cita que los bandidos toman siempre por precaucion para una espedicion cualquiera, á cuyo sitio fueron poco á poco reuniéndosele sus compañeros.

Sin embargo, al llegar la noche, cuatro hombres faltaban al llamamiento, y en el número de esos cuatro hombres estaba Cucumello.

Se propuso echar suertes para saber quien de los bandidos iria á Roma á saber noticias de las muertes; Gasparone se ofreció como mensagero voluntario, y aceptaron.

Al aproximarse á la puerta del Popolo vió cuatro cabezas recientemente cortadas, que colocadas con simetría adornaba la cornisa.

Se aproximó á las cabezas, y reconoció que eran las de sus tres compañeros y su gefe.

Era inútil ir á buscar mas lejos otras noticias, pareciendo á Gasparone que bastaba las que tenia que llevar á los bandidos; volvió á tomar el camino de Tusculo, en cuyas inmediaciones estaba la compañía.

Los bandidos escucharon la relacion de Gasparone con una notable filosofía; despues, como resultaba claramente de aquella relacion, que Cucumello habia fallecido, se procedió á la eleccion de otro gefe.

asparone fué elegido por una formidable mayoría!—Estilo del *Constitucional*.

Entonces comenzó esa série de espediciones arriesgadas, de aventuras estraordinarias, y de caprichos escéntricos, que dieron á Gasparone la reputacion europea de que tiene el honor de gozar hoy, y que autoriza á su muger á escribirle bajo este sobre, de que nadie se admira:

AL ILUSTRISIMO SIGNORE ANTONIO GASPARONE.

Vi bagué di Civitta Vecchia.

Y en efecto, bien merece Gasparone el título de ilustrísimo, tan prodigado en Italia, y que se rehabilitaria muy pronto si no se aplicara mas que á semejantes celebridades; porque durante diez años, desde Santa Agata á Fondi, y desde Fondi á Spoletto, no se ejecutó un robo, no se prendió un incendio, no se cometió un asesinato,—y Dios sabe cuántos robos se ejecutaron, cuántos incendios se prendieron, cuantos asesinatos se cometieron, —sin que ni un robo, ni un incendio ó asesinato dejase de llevar unido el nombre de Gasparone.

Como se comprenderá, todas estas noticias no hacian mas que aumentar singularmente mi curiosidad, que llegó á su colmo cuando nos acercamos á la puerta de la fortaleza.

A la presencia del gobernador que nos acompañaba, se abrió la puerta como por encanto; el carcelero llegó, se inclinó y en seguida, por órden de su escelencia, marchó delante de nosotros.

Primero entramos en un gran patio, todo erizado de pirámides de balas herrumbrosas, y defendido por cinco ó seis viejos cañones dormidos en sus cureñas; al rededor de este patio, semejante á un claustro, habia un enverjado, y en uno de los cuatro lados de esta reja se abrian veintidos puertas, veintiuna de las cuales daban á los calabozos de los compañeros de Gasparone, y la veintidos á la del mismo Gasparone.

A una órden del gobernador, todos los bandidos se colocaron á la puerta de su calabozo, como para pasar una visita.

De antemano, y por su reputacion, nos habiamos figurado que íbamos á ver hombres terribles, de mirada feroz y trage caprichoso: nos equivocamos singularmente.

Vimos escelentes aldeanos, como se les ve en la ópera cómica, con fisonomías apacibles y miradas las mas bondadosas.

Teniamos los bandidos á la vista, y no pudiendo creer que fueran ellos, aun los buscábamos en otro punto.

¿Recordais los turcos de la embajada otomana, que encontramos de tan buena presencia, tan novelescos, tan poéticos, con sus túnicas bordadas, sus ricos dolmanes, sus magníficas cachemiras, y que hoy con su sobretodo azul, como funda de paraguas, y sus

gorros griegos, parecen botellas lacradas con lacre encarnado?

Pues bien, asi sucedió con nuestros bandidos.

Contábamos con Gasparone para elevar algo el valor físico de toda la compañía; estaba el último de sus compañeros, ocupando el primer calabozo de la circunferencia, de pié como los demas en el dintel de la puerta, con las manos en los bolsillos de su pantalon, esperando órdenes con un aspecto patriarcal.

Allí estaba aquel hombre que durante diez años habia hecho temblar los Estados romanos, que habia tenido un ejército, que habia luchado cuerpo á cuerpo con Leon XII, uno de los tres papas guerreros que cuentan en su galería los sucesores de San Pedro; los otros dos son como se sabe, Julio II y Sisto V.

Nos invitó con voz casi cariñosa á entrar en su calabozo.

Aquella voz cariñosa es la que habia dado tantas órdenes de muerte, aquellas bondadosas miradas eran las que habian lanzado tan terribles relámpagos, aquellas manos inofensivas eran las que se habian teñido tan frecuentemente en sangre humana.

Era cosa de creer que nos habian robado á nuestros ladrones.

Gasparone me renovó con la urbanidad que ya habia admirado en sus camaradas, la invitacion de entrar en su calabozo, invitacion que acepté yo sin hacerme de rogar. Esperaba que á falta de leon encontraria al menos una caverna.

La caverna era una habitacion pequeña, bastante limpia, aunque muy miserablemente amueblada.

Entre estos muebles, que se componian de una mesa, dos sillas y una cama, uno solo llamó mi atencion muy especialmente.

Cuatro estantes de pino clavados en la pared simulaban una biblioteca, y los estantes de esta biblioteca contenian á su vez algunos libros.

Me respondió que los libros, la habitacion y su propietario estaban á mi disposicion.

Tuve curiosidad de ver cuales eran las lecturas favoritas del bandido, y le pedí permiso para ver la parte interesante de su moviliario.

Por lo que me aproximé á los estantes y con gran admiracion mia ví: primero un *Telémaco;* junto al *Telémaco* un *Diccionario francés-italiano;* al otro lado del *Diccionario francés-italiano*, una magnífica edicion de *Pablo y Virginia*, muy destrozada y manchada; en fin las *novelas morales*, de Soane, y los *Animales parlantes*, de Casti.

Ademas algunos otros libros que hubiesen podido estar en un colegio de señoritas.

—¿Es de vuestra propia eleccion esta biblioteca, ó es el gobernador quien os la ha proporcionado? pregunté á Gasparone.

—Es de mi propia eleccion, ilustrísimo señor, respondió el bandido; siempre he tenido aficion á las lecturas de este género.

—Veo en vuestra coleccion dos obras de dos compatriotas mios, Fenelon y Bernardino de Saint Pierre; ¿hablareis nuestra lengua?

—No; pero la leo y la comprendo.

—¿Haceis mucho aprecio de esas dos obras?

—Tanto aprecio, que en este momento me ocupo de traducir el *Telémaco* al italiano.

—Hareis un regalo de valor á vuestra patria vertiendo al idioma del Dante una de las obras maestras del nuestro.

—Desgraciadamente, me respondió Gasparone con suma modestia, soy incapaz de notar de un idioma á otro las bellezas de estilo; pero al menos quedarán las ideas.

—¿Y en que estais de vuestra traduccion?

—Al final del primer volúmen.

Y Gasparone me enseñó sobre su mesa una pirámide de papeles que tenian una escritura de caractéres gruesos: era su traduccion.

Leí algunos pasages de ella. Aparte de la ortografía, acerca de la que me pareció que Gasparone, como Mr. Marle, tenia ideas especiales, no era peor que las mil traducciones que todos los dias se nos dan.

Muchas veces hice tentativas para llevar á Gasparone á su vida pasada, pero otras tantas dió otro giro á la conversacion. Al fin, á una alusion mas directa:

—No me hableis de ese tiempo, me contestó, desde hace diez años que habito en Civita Vecchia, me he desengañado de las vanidades del mundo.

Conocí que seria indiscreto ir mas allá en mis investigaciones, y que seria importuno permaneciendo allí mas tiempo; supliqué á Gasparone escribiese sobre mi album algunas líneas de su traduccion eligiendo un pasage segun la inclinacion de su corazon.

Sin hacerse de rogar, tomó la pluma y escribió las líneas siguientes:

«L'innosenza dei costunsi, la buona fede, l'obedienza e l'orrore del vizio habitano questa terra fortunata. Egli sembía che la dea Astrea, la quale si dice retirata nel celo, sia auche costinacosta fra questi nomini. Essi non anno bisogno di giudici, giacche la loro propria coscienza gle ne tiene luogo.

«Civita Vecchia, li 25 octobre, 1835.

Dí gracias al bandido, y le pregunté si necesitaba alguna cosa.

Al oir esta pregunta, levantó altivamente la cabeza.

—Nada necesito, me dijo, Su Santidad me da dos paoli diarios para mi tabaco y mi aguardiente; esto me basta. Alguna vez he tomado, pero jamás he pedido limosna.

Le supliqué me perdonase, asegurándole que le habia hecho aquella pregunta con una intencion sana y de ningun modo para ofenderle.

Recibió mis escusas con mucha dignidad, y me saludó como hombre que desearia visiblemente terminar allí sus relaciones conmigo.

Me retiré bastante humillado por haber conseguido tan poco efecto sobre Gasparone, y como Jadin habia terminado el boceto que de él habia hecho de oculto, volví su saludo á mi huésped y salí de su habitacion.

Por mucho tiempo he creido, y aun todavía lo creo en parte, que me enseñaron un supuesto Gasparone.

XXIII.

UNA VISITA Á SU SANTIDAD EL PAPA GREGORIO XVI.

Al llegar á Roma encontré una carta de Mr. Tallenay, mi audiencia estaba concedida para el dia siguiente.

Invitábaseme á que estuviera dispuesto al dia siguiente á las once y de uniforme.

Pero aquí ocurria una gran dificultad; en aquella época en que yo iba á Italia por la primera vez, no conocia la necesidad del uniforme y habia descuidado el hacerme uno: encontrábame, pues, simplemente portador de un trage negro, aun este un poco usado en catorce meses de viage. Mr. de Tallenay espuso mi compromiso, lo pusieron en conocimiento de Su Santidad, quien respondió que por miramientos á la recomendacion de que me habia hecho preceder se derogarian para mí las leyes de la etiqueta.

Verdad es que esta recomendacion era una carta autógrafa de la reina; pero apresurémonos á decirlo, no era solo por venir de la reina, por lo que producia aquel efecto, sino por venir de la mas digna, de la mas noble, de la mas santa de las mugeres.

¡Pobre madre! á quien Dios colocó sobre la cabeza la corona de espinas de su propio hijo!

Al dia siguiente, á la hora convenida, fuí á la embajada de Francia; Mr. de Tallenay me esperaba; partimos. Esperimentaba, lo confieso, la emocion mas profunda que en mi vida esperimenté. No sé si existe un hombre mas accesible que yo á las impresiones religiosas; habia sido recibido ya por algunos reyes del mundo; habia visto á un emperador que valia tanto como el que mas que se llamaba Napoleon, es decir, una cosa semejante á Carlo-Magno ó á César: pero era la primera vez que iba á encontrarme frente á frente con la mas santa de las magestades.

Despues he tenido el honor de ser recibido dos veces por Su Santidad, y la última con una bondad tan especial que conservaré un eterno reconocimiento por él; pero siempre mi emocion fué la misma y no puedo compararla sino á la que esperimenté cuando comulgué por primera vez.

A la mitad de la escalera del Vaticano me ví obligado á detenerme; de tal modo temblaban mis piernas. Pasé por medio de las maravillas de los antiguos y de los modernos, sin verlas. Me sucedia lo que á los pastores que siguen la estrella y nada miran mas que á ella.

Nos introdujeron en una antecámara muy sencilla que tenia muebles de encina. Esperamos un instante mientras avisaban á Su Santidad. Este instante fué para mí casi de ansiedad, tan grande era mi emocion; cinco minutos despues se abrió la puerta y nos hicieron seña de que podíamos pasar.

Mr. Tallenay me habia puesto al corriente de la etiqueta; el papa recibe siempre en pie: tres veces aquel á quien se digna recibir, se arrodilla ante él.—La primera en el dintel de la puerta.—La segunda despues de haber entrado en la habitacion.—La tercera á sus pies. Entonces presenta su chinela en la que hay una cruz bordada, para que se vea bien que el homenage al hombre se eleva directamente á Dios, y que el servidor de los servidores de Cristo no es mas que el intermediario entre el cielo y la tierra.

El papa no habla en sus audiencias mas que latin ó italiano, pero aunque hablasen en francés lo entiende perfectamente.

Llegué á la puerta de su cámara pontificia temblando todavía mas que en la escalera: seguia inmediatamente al embajador, y entre él y la puerta ví á Su Santidad en pie esperándonos.

Era un venerable y corpulento anciano, de edad de sesenta á sesenta y ocho años, sencillo y digno á la vez, con un aspecto de bondad paternal que resalta en toda su persona: llevaba sobre su cabeza un pequeño solideo blanco y estaba vestido de una toga del mismo color, abotonada de alto á bajo que le caia sobre sus pies.

Arrodillóse el embajador y yo tambien me arrodillé cerca de él; pero un poco detrás: entonces me hizo seña de que me aproximara, indicándome con aquella seña que suprimia la segunda genuflexion. Nos dirigimos, pues, hácia él; dió un paso hácia nosotros, y presentó á Mr. de Tallenay su mano en lugar de su anillo y se levantó. En seguida me llegó mi vez.

Lo repito, tan aturdido me hallaba encontrándome frente á la representacion viva de Dios sobre la tierra que no sabia ni aun lo que hacia; así, en lugar de hacer lo que milord Stain á quien Luis XIV instaba á subir el primero en su carruage, el cual pensando que viniendo de tan alto toda invitacion es una

órden, subió en él sin replicar, cuando el papa me presentó su anillo como habia hecho á Mr. Tallenay, insistí en besarle el pie; el papa sonrió.

—Sea, pues lo quereis, dijo, y me presentó la chinela.

—¡*Tibi et Petro*! dije balbuceando y aplicando mis lábios á la cruz.

El papa sonrió á esta alusion y presentándome de nuevo la mano me levantó, preguntándome en el idioma de Ciceron, pero con el acento de Alfieri, que era lo que me llevaba á Roma.

Supliqué entonces á Su Santidad se dignase hablarme italiano siéndome el idioma latino muy poco familiar para que pudiese comprenderle perfectamente, sobre todo con el acento tan diferente del nuestro que le dan los italianos modernos. Entonces Su Santidad me repitió su pregunta en el idioma de Dante.

Como este idioma era el que yo hablaba hacia un año desapareció mi embarazo y me quedó solo la emocion.

Los soberanos son como las mugeres, esperimentan siempre cierto placer en ver el efecto que producen: no sé si el papa fué accesible á este pequeño sentimiento de orgullo; pero lo que sé es que durante toda esta audiencia no ví en su rostro mas que una completa serenidad.

Hablamos de todo; del duque de Orleans, á quien apreciaba mucho; de la reina, á quien veneraba como una santa; de Mr. Chateaubriand, á quien amaba como á un amigo.

Despues recayó la conversacion sobre el movimiento que se verificaba en Francia. Gregorio XVI le seguia con los ojos, pero no se engañaba acerca de su resultado: él le consideraba como un movimiento mas cristiano que católico, mas social que religioso.

Despues me habló de las misiones de la India y el Thibet; me indicó ante cartas geográficas de gran tamaño, en las que estaba señalado con alfileres de cabeza de cera, el camino seguido por los misioneros y los puntos mas avanzados á donde habian llegado. Me refirió muchos de los suplicios que habian sufrido los modernos mártires con no menos valor y resignacion que los mártires antiguos. Me citó todos los nombres de esos últimos apóstoles de Jesucristo, nombres que en medio de nuestro movimiento político y nuestras agitaciones sociales ni aun han llegado hasta nosotros.

Ahora bien, para este corazon lleno de esperanza y de fé, la religion, lejos de marchar á su decadencia, todavía no ha llegado á su apogeo.

Y en efecto, permitido es verlo asi cuando uno se llama Pio VII ó Gregorio XVI, y cuando desde lo alto de un trono que se eleva sobre el de los reyes y emperadores, se da al mundo el ejemplo de todas las virtudes.

Despues de haber pasado revista una tras otra á todas esas grandes cuestiones Su Santidad quiso volver á ocuparse de mí.

—Hijo mio, me dijo, acabais de hablarme como un hombre que separándose alguna vez de la religion, como hace un niño de la que le ha dado su leche mas pura, no ha olvidado sin embargo, esa madre universal y sublime. ¿No habeis pensado, pues, jamás que en un tiempo como el nuestro en que todas las nobles creencias tienen necesidad de afirmarse, el teatro seria una cátedra donde podria resonar tambien la palabra de Dios?

—Se diria que Vuestra Santidad lee en lo mas profundo de mi corazon, respondí; si, mi intencion es exactamente esa; pero no sé si en nuestra época, gangrenada todavía por las doctrinas de la Enciclopedia, las orgías de Luis XV y las torpezas del Directorio, ha llegado el tiempo de pronunciar de nuevo en la escena las severas y religiosas palabras que hicieron oir en el siglo XVII Corneille en el *Polieucte* y Racine en *Athalie*. Nuestra generacion las escucharia sin duda, porque ¡cosa estraña! entre nosotros los jóvenes son los hombres graves. Pero los que han aplaudido desde hace cuarenta años las Sentencias de Voltaire, los Conceptos de Marivaux y las Sentencias de Beaumarchais, han olvidado completamente la Biblia, y se acuerdan muy poco del Evangelio. Vuestra Santidad me ha hablado hace poco de sus misioneros. Si yo intentase semejante obra, podria muy bien tener en París la suerte que ellos tienen en la India, en la China y en el Thibet.

—Si, eso es, respondió Su Santidad sonriendo; en efecto, no os sentis bastante fuerte para el martirio.

—Si tal, pero lo confieso, necesito ser animado por una palabra de Vuestra Santidad.

—¿Teneis ya vuestro argumento?

—Hace largo tiempo; y el verdadero objeto de mi viage á Roma, á Nápoles, era estudiar la antigüedad; no la antigüedad de Tito Livio, de Tácito y Virgilio, sino la de Plutarco, Suetonio y Juvenal. He visto á Pompeya, y Pompeya me ha referido todo lo que queria saber, es decir, todos esos detalles de la vida privada que no se encuentran en ningun libro; asi que estoy dispuesto.

—¿Y cómo se llamará vuestra obra?

—Calígula.

—Es una bella época; pero no podreis colocar en ella á los primeros cristianos: los primeros cristianos, ya lo sabeis, no empezaron sino posteriormente á la muerte de ese emperador.

—Lo sé, Padre Santo, pero he encontrado medio de adelantarme á esa opinion adoptando la tradicion popular que hace morir á Magdalena, la del santo bálsamo, y haciendo partir la luz de Occidente á Oriente, en lugar de hacerla estenderse de Oriente á Occidente.

—Hacedlo, hijo mio; lo que hagais con ese objeto acaso no tenga éxito á los ojos de los

hombres, pero tendrá el mérito de la intencion á los del Señor.

—Y si tengo la suerte de vuestros misioneros de la India, de la China y del Thibet, ¿se dignará Vuestra Santidad acordarse de mí?

—Deber es de la Iglesia, respondió riendo Su Santidad, orar por todos sus mártires.

La audiencia habia durado una hora. Me incliné.

—Voy á despedirme de Vuestra Santidad, dije al papa, pero con un sentimiento.

—¿Cuál?

—El de no llevar nada que esté bendecido por vos; si hubiese sabido que os encontraria tan bondadoso para conmigo, hubiese comprado dos ó tres rosarios, que me serian muy preciosos, para mi madre y mi hermana.

—Eso no importa, respondió Su Santidad. Comprendo vuestro deseo, y no quiero os separeis de mí sin dejaros satisfecho.

Al decir estas palabras, el papa se dirigió hácia un pequeño armario que estaba en el ángulo de su cámara, y sacó de él dos ó tres rosarios y otras tantas crucecitas de madera y nácar; despues, habiéndolos bendecido, los puso en mi mano.

—Tomad, me dijo; estos rosarios y estas cruces vienen directamente de Tierra Santa. Han sido trabajados por los monges del Santo Sepulcro, y están tocados á él. Ademas, acabo de conceder á las personas que los lleven todas las indulgencias de que dispone la Iglesia.

Me puse de rodillas para recibirlos.

—Una Vuestra Santidad su bendicion á este precioso regalo, y no tendré nada mas que pedirle que no me confunda en su memoria con la multitud de los que se digna recibir.

Sentí las dos manos del digno y santo anciano descansar en mi cabeza: me incliné hasta tierra y besé por segunda vez su chinela. Despues salí llenos los ojos de lágrimas y de fé el corazon.

Dos años despues de mi audiencia, *Caligula* ha aparecido: lo que yo habia previsto sucedió, y si Su Santidad me ha cumplido su palabra, mi nombre debe estar inscrito en el martirologio.

XXIV.

DE COMO SALIENDO PARA VENECIA SE LLEGA A FLORENCIA.

Nada me detenia ya en Roma, habiéndola visitado, asi como sus inmediaciones, al pasar por allí la primera vez. Tenia hechos todos mis preparativos: me despedí, pues, de mi bueno y escelente Jadin, que pensaba permanecer allí un año con Milord; y oprimido el corazon con esta doble separacion, abandoné la ciudad eterna en el mismo dia, con intencion de ir á Venecia. Pero es para Italia para donde especialmente se creó el proverbio de: El hombre propone y Dios dispone.

Al dia siguiente, habiéndose detenido el carruage un momento en Civitta Castellana para dar descanso á nuestro tiro, y aprovechando yo ese instante para recorrer la ciudad, dos carabineros me salieron al paso al tiempo que intentaba yo descifrar una inscripcion escrita en mal latin, al pie de una mala estátua. Estos señores me invitaron á ir á las oficinas de policía, á donde nuestro posadero, esclavo de las formalidades, habia enviado ya mi pasaporte; fuí allá con mucha tranquilidad, á pesar de lo que acababa de sucederme en Nápoles, y por mas que en Italia semejantes invitaciones envuelven siempre algo de tenebroso y siniestro. Pero no hacia mas que dos dias que, como he dicho, habia tenido el honor de ser recibido por Su Santidad: habia pasado una hora con él, habia tenido la bondad de invitarme á volver, me habia separado con su bendicion, y por tanto me creia en estado de gracia.

Encontré en la oficina á donde me condujeron á un señor que me recibió sentado con el sombrero puesto y las cejas fruncidas; antes que me hubiese dirigido una sola palabra, habia yo tomado asiento, me habia encasquetado mi sombrero hasta las orejas y arreglado mi rostro al compás del suyo. En Italia especialmente es preciso no tener para con los demas sino los miramientos que con uno se tienen; permaneció un momento sin hablar, yo guardé silencio; por fin cogió de un legajo de papeles un paquete dirigido á mi nombre, y volviéndose hácia mí, dijo:

—¿Sois Mr. Alejandro Dumas?

—Si.

—¿Autor dramático?

—Si.

—¿Y vais á Venecia?

—Si.

—¡Pues bien! caballero, tengo órden d conduciros fuera de los Estados pontificios en el mas breve plazo posible.

—Si quereis tomaros el trabajo de mirar mi pasaporte, vereis que vuestra órden concuerda perfectamente con mi deseo.

—Pero vuestro pasaporte está dado para Ancona, y como la frontera mas próxima es la de Perusa, no os estrañará que os haga tomar el camino de esta ciudad.

—Como querais, caballero, iré á Venecia por Bolonia.

—Si; pero tengo aun que advertiros que en volviendo á poner los pies en los estados de Su Santidad, incurrís en la pena de cinco años de galeras.

—Muy bien. Entonces iré por el Tirol; me queda tiempo.

—Sois de buen acomodo, caballero.

—Tengo la costumbre de no discutir acerca

de las leyes sino con los que las hacen; de no insistir á dar órdenes sino frente á frente de los que las dan; de no considerarme insultado sino por mis iguales, y de no pedir satisfaccion sino á los que se baten.

—En ese caso, caballero, ¿sin duda no os negareis á firmarme este papel?

—Primero veamos.

Me le presentó.

Era la certificacion de que se me habia dado la órden, la confesion que yo hacia de haber merecido aquella decision, y el compromiso á que me obligaba de no volver á poner los pies en los Estados romanos, so pena de cinco años de galeras. Me encogí de hombros y le volví el papel.

—¿Os negais, caballero?

—Me niego.

—Permitidme que envie á buscar dos testigos para hacer constar vuestra negativa.

—Enviad.

Los dos testigos llegaron y sirvieron para un doble empleo; no solo hicieron constar mi negativa sino que me dieron un testimonio de que habia rehusado; uní este testimonio á una carta al señor marqués de Tallenay, la cerré y entregándola al empleado de la policía de Civitta Castellana.

—Ahora, caballero, le dije, encargaos bajo vuestra responsabilidad de hacer llegar esta carta á su destino; está abierta; la policía romana no tendrá necesidad de romper el sobre.

El empleado leyó la carta. Suplicaba yo en ella al marqués de Tallenay fuese á ver á Su Santidad, y le noticiase lo que acababa de sucederme en sus estados, recordándole la invitacion que él mismo me habia hecho de volver para la Semana Santa. El empleado me miró con aspecto de duda.

—¿Habeis sido recibido ayer por Su Santidad? me dijo.

—He aquí la esquela de monseñor Fieschi que me concedia esa gracia.

—Y sin embargo, ¿sois el mismo Mr. Alejandro Dumas?

—Soy el mismo Alejandro Dumas.

—Entonces no lo comprendo.

—Como no es vuestro oficio comprender, tened la bondad, caballero, de limitaros á cumplir vuestro deber.

—Pues bien, mi deber, caballero, es por de pronto, haceros conducir mas allá de la frontera.

—Ordenad que se descarguen mis efectos del carruage de Venecia, y haced venir un vetturino.

—Pero no debo ocultaros que os conducirán dos carabineros hasta Perusa, y no os será permitido deteneros ni de dia ni de noche.

—Conozco ya el camino, por consecuencia no tengo para que detenerme de dia. En cuanto á las noches lo mismo me da pasarlas en un carruage limpio como en vuestras sucias posadas. Queda, pues, el peligro de los ladrones. Vos me dais una escolta. No cabe mas amabilidad. Estoy dispuesto á partir, caballero.

Hicieron ir á mi conductor, el cual me hizo pagar el asiento y el esceso del peso del equipage hasta Venecia, y llevaron un vetturino, que viendo que no tenia tiempo de discutir el precio de su calesa, me pidió doscientos francos por llevarme hasta Perusa. Salia á cien francos por dia. Le entregué sus doscientos francos y le hice firmar su recibo. Cuando le tuve en mi poder, le hice ver que habia sido mas necio que ladron, puesto que podia pedirme cuatrocientos y yo me hubiera visto en la necesidad de dárselos sin replicar. El vetturino comprendió todo perfectamente y se arrancó los cabellos de desesperacion; pero no habia medio de volverse atrás de lo tratado, estaba firmado.

Un cuarto de hora despues iba yo camino de Perusa, instalado á mis anchas en la calesa, y con mis dos carabineros en la zaga.

Al dia siguiente, por una misilla que comunicaba del interior al esterior, y por medio de algunas botellas de Orvietto que habian pasado llenas y volvian á entrar vacías, habia establecido tan buenas relaciones entre la zaga y el interior, que mis carabineros fueron los primeros á proponérme hacer una parada en la patria del Perugino. Acepté, seguro como estaba por la esperiencia cuando pasé por allí la primera vez, de encontrar allí uno de los mejores hospedages de Italia. Por tanto dí la órden al vetturino de conducirnos á la fonda de la Posta.

Esperaba yo que la vista de mi acompañamiento cambiaria algo las disposiciones de mi huésped; mas al contrario, se llegó á mí con paso mas precipitado y con un rostro mas placentero todavía que la primera vez: es que en Italia son especialmente las ideas las que se conducen á las fronteras, y la consideracion de un estrangero aumenta en razon del número de gendarmes que le escolten. Tuve, pues, mejor acogida que un inglés que habia tenido la imprudencia de llegar solo, y la mejor habitacion y la mejor comida de la fonda fueron para mí.

En cuanto á los carabineros, que eran á la verdad escelentes mozos, les recomendé en la cocina.

El mismo huésped me sirvió á la mesa, cosa muy rara en Italia, donde jamás se ve al dueño de la fonda hasta el momento en que os presenta la cuenta; y aun algunas veces se evita este trabajo, y se contenta con esperaros con el sombrero en la mano, junto al estribo del carruage. Esta formalidad tiene por objeto preguntar si su señoría está contento, y obteniendo una respuesta afirmativa, pedir se le recomiende á los amigos de su escelencia.

Sin embargo, los viageros que se encuentren en la posicion que yo me encontra-

ba, tengan cuidado con los fondistas que les sirvan por sí mismos: acaso no todos desempeñarán el oficio de reposteros trinchantes, con intenciones tan desinteresadas como las de mi amigo el fondista de Perusa, y algunas palabras imprudentes dichas entre la sopa y los macarroni podrian muy bien proporcionar para postres un número regular de gendarmería local, con invitacion al ilustre viagero de ir á la cárcel de la ciudad ó de continuar su camino, lo cual no libraria á su escelencia pagar la cama, como yo habia pagado el esceso de peso del equipage.

Pero en aquella ocasion no tenia yo que temer cosa semejante: hablamos mucho durante la comida, pero de cosas estrañas á la política, haciendo todo el gasto de la conversacion el Perugino y Rafael. A los postres me llevó mi huésped el programa del teatro.

—¿Qué es eso? le dije sonriendo.

—El programa de las piezas que representan hoy los cómicos de la archiduquesa María Luisa.

—¿Qué quereis que haga yo de ese papel si no me traeis cigarros con él?

—Creí que su escelencia iria acaso al teatro.

—Ciertamente, mi escelencia iria de muy buena gana; pero si no me engaño no le es posible en este momento hacer todo lo que la acomode.

—¿Y por qué?

—Por los honorables carabineros que lleva de escolta.

—Nada de eso, están á las órdenes que quiera darles, y le acompañarán donde quieran ir.

—¡Bah! ¿de veras?

—¿Es la primera vez que su escelencia ha sido arrestado desde que viaja por Italia? añadió con admiracion mi huésped.

—Perdonad, es la tercera (mi huésped se inclinó); para las dos primeras no he tenido tiempo de hacer estudios, puesto que me soltaron al cabo de una hora.

—¿Presumo que su escelencia está dispuesto á dar á su escolta una buena propina?

—Dos ó tres escudos romanos, nada mas.

—Pues bien, entonces su escelencia puede ir donde quiera; paga como un cardenal.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! esclamé yo espresando mi satisfaccion en tres tonos diferentes.

—Voy á prevenir á los carabineros.

El huésped salió.

Dirigí la vista al cartel, y ví que se representaba *El asesino por amor á su madre.*

—¡Diablo! dije, me hubiese disgustado no ver semejante obra. El asesino por amor á su madre; esto debe ser traducido del repertorio de Berquin ó de Mad. de Genlis. Vamos, esto debe costarme un escudo mas de propina, es preciso que yo lo vea. En aquel momento entraron mis dos carabineros: mi huésped los seguia detrás, se detuvo á la puerta de mi habitacion, de modo que su rostro, mitad bonachon, mitad picaresco, fuese iluminado únicamente por la luz de mi lámpara, y anunció á los carabineros de su escelencia. En cuanto á mis dos hombres, dieron dos pasos hácia la mesa, deteniéndose como delante de uno de sus oficiales, con el sombrero en la mano izquierda, retorciéndose el bigote con la derecha, mirada tierna como mosqueteros con las armas en la mano, la pierna estendida como guardias franceses en la parada.

—¡Hola, hijos mios! dije tomando la palabra el primero; he pensado que os seria agradable, á vosotros que no vais frecuentemente al teatro, ir allá esta noche.—Se miraron de reojo.—Por tanto, voy á mandar tomar un palco para mí y dos lunetas para vosotros. Iremos juntos al teatro; yo entraré en mi palco, vosotros estareis debajo de él; ¿os conviene asi?

—Si, escelencia, dijeron mis dos hombres.

—Pues entonces vaya uno de vosotros á buscarme un palco, mientras el otro mandará que me suban un frasco de vino.

Mis carabineros se inclinaron y salieron.

—¡Y bien! querido amigo, digo que conoceis el pais mejor que yo; ¿lo conseguísteis?

—Si, dijo con un aire de satisfaccion sazonado con un grano de suficiencia; á Dios gracias, he prestado algunos socorrillos de este género, desde hace quince años que tengo la fonda de la Posta. Esto no hace daño á nadie, antes al contrario, todo el mundo se encuentra bien, viageros y carabineros.

—Y el dueño de la fonda, ¿eh?

—El negocio es para mis criados.

Me levanté y me incliné á mi vez ante mi huésped. Lo que acababa de decirme era exactamente la verdad. Aquel hombre escelente me habia prestado un servicio por el placer de prestármele.

Un cuarto de hora despues volvió mi mensagero con la llave de mi palco; cogí mi sombrero y los guantes, y bajé la escalera seguido por uno de mis centinelas; el otro le encontré á diez pasos de la puerta: asi que me vió se puso en marcha, de modo que fuimos por la calle de la Carrera escalonados uno tras otro. A los diez minutos estaba instalado en mi palco, y mis dos carabineros en el patio.

Por el título de la obra, habia ido con la intencion de reirme de la pieza y de los actores: quedé, pues, admirado cuando desde las primeras escenas me cautivó una esposicion interesante. Entonces reconocí á través de la traduccion italiana, el estilo aleman; no me habia engañado: asistia á una pieza de Iffland.

Al segundo acto adquirió todo su desarrollo el papel principal; el que le desempeñaba era un jóven de veinte y ocho á treinta años, teniendo en su estilo mucho de la melancolía y del atractivo de Lockroy. Desde que estaba en Italia no habia visto nada que se aproxima-

se tanto á nuestro teatro como la composicion y ejecucion escénica de aquel jóven. Busqué su nombre en el programa. Se llamaba Colomberti.

Cuando terminó el espectáculo, escribí tres líneas con lápiz. Le decia que si no tenia otra cosa mejor que hacer, le suplicaba fuese á recibir al palco número 20 las felicitaciones de un francés que no podia ir á dárselas al escenario, y firmaba.

Esto era tanto mas fácil cuanto que en Italia se baja el telon sin que por eso los espectadores abandonen el salon; las conversaciones empezadas continúan, y las visitas se acaban; y una hora despues de la representacion todavía hay alguna vez quince ó veinte palcos ocupados.

Colomberti fué al cabo de un cuarto de hora; apenas habia tenido tiempo para cambiar de trage; conocia mi nombre, y aun habia traducido *Cárlos VII*; llegó, pues, segun la costumbre de Italia, con los brazos abiertos. Habia estado en París en 1830, habia estudiado nuestro teatro, y acababa de obtener un gran triunfo en *Está loca*.

Hablamos largo tiempo de Scribe, que es el hombre á la moda en Italia como en Francia; por mi parte, hubiera creido que su talento, su imaginacion y finos modales perderian mucho en medio de un pais y de una sociedad estrangera. Pero nada de eso; Colomberti me detalló algunas de sus obritas, y vi que tenia, aparte el estilo y el lenguaje, una habilidad de construccion que las hacia conservar en otro idioma, sino su colorido, al menos su interés. Los directores de teatro han comprendido esto hasta tal punto, que ponen en escena, como hemos dicho, todas las obras bajo el nombre de nuestro ilustre colega, lo cual tiene tambien algunas veces sus inconvenientes.

Despues de haber pasado revista á casi toda nuestra literatura moderna, Colomberti se fijó en mí. Me dijo que mis obras estaban prohibidas desde Perusa hasta Terracina, y desde Piombino hasta Ancona. Se admiraba de que en un pais donde no podian entrar mis obras pudiese yo viajar con tanta libertad. Entonces le enseñé desde mi palco á los dos carabineros de pie en el patio. Colomberti hizo un gesto con su fisonomía admirablemente cómica.

Me despedí de él, deseándole muchos triunfos, los cuales tiene mérito para obtener, y diez minutos despues volvimos á entrar en la fonda mis carabineros y yo en el mismo órden con que habíamos salido.

Al dia siguiente nos pusimos en camino al rayar el dia. A eso de las once vimos el lago Trasimeno. Al medio dia llegamos á la frontera.

No hay tan buena compañía que no sea preciso abandonar, decia el rey Dagoberto á sus perros. Habia llegado el momento de separarme de la trailla pontificia. El carruage se detuvo exactamente en la línea que separa la Toscana de los estados romanos. Se apearon los dos carabineros, se quitaron el sombrero, y mientras el uno me enseñaba el límite de los dos territorios, el otro me leia el decreto ministerial que me condenaba á cinco años de galeras si volvia á ocurrírseme el capricho de poner el pie en territorio de Su Santidad. Le dí cuatro escudos por su trabajo, encargándole, sin embargo, entregase dos á su camarada, y cada uno de nosotros tomó su camino, ellos sumamente encantados de mí, yo libre de su presencia.

Al dia siguiente por la noche llegué á la ciudad de Florencia.

Cuatro dias despues recibí una respuesta del marqués de Tallenay. El papa habia sentido estraordinariamente lo que acababa de sucederme y habia tenido la bondad de informarse inmediatamente de las causas de mi arresto.

He aquí lo que habia sucedido:

En el momento de mi partida de París, algun Soval romano habia escrito que Mr. Alejandro Dumas, ex-vicepresidente de la Junta de recompensas nacionales, miembro del Comité polaco, y ademas autor de *Antony*, de *Angela*, de *Teresa* y de otra multitud de obras no menos incendiarias, estaba á punto de partir con una mision de los republicanos parisienses para revolucionar á Roma. En su consecuencia, se habia dado la órden inmediatamente de no dejar pasar la frontera romana á Mr. Alejandro Dumas, y si por casualidad la pasaba, volverlo á conducir con toda premura al otro lado de ella.

Desgraciadamente, como se me esperaba por el camino de Sienna, se dió la órden en todas las paradas de dicho camino.

Pero como se ha visto, llegaba yo por el camino de Perusa, y por eso se me dejó pasar tranquilamente.

A mi llegada á Roma dieron parte á la policía: la policía dió órden para que se me vigilara; pero como durante mi permanencia en la capital de los Estados pontificios no cometí ningun atentado ni contra la moral, ni contra la religion, ni en política, se creyó que acaso valia yo mas que la reputacion que me habian hecho preceder, y me dejaron tranquilo; pero no obstante, no tuvieron la prevision de revocar la órden dada.

Este descuido de que debia ser víctima al ir, fué lo que me hizo serlo al volver.

Esta esplicacion iba acompañada de una nueva invitacion de Su Santidad para volver á Roma, y de la seguridad de que se habia dado órden para abrirme las puertas de par en par.

Y he aquí como partiendo para Venecia, habia llegado á Florencia.

FIN DEL CORRICOLO.

ÍNDICE.

PAGS.

Introduccion. 1

PARTE PRIMERA.

I..... Osmin y Zaida. 3
II..... Los caballos espectros. 6
III.... Chiaja. 10
IV..... Toledo. 15
V..... Otello. 19
VI..... Forcella. 22
VII.... Gran gala. 31
VIII... El lazzaroni. 35
IX .... El lazzaroni y el inglés. 39
X ..... El rey Nasone. 44
XI .... Anécdotas. 51
XII ... La manía del rey Nasone. . . . 55
XIII .. Anécdotas. 58
XIV... Los Vardarelli. 62
XV.... La gettatura. 68
XVI... El príncipe de***. 71
XVII.. El combate. 76
XVIII. La bendicion paternal. 80
XIX .. San Genaro, mártir de la Iglesia. 86
XX ... San Genaro y su córte. 94
XXI .. El milagro. 96
XXII . San Antonio usurpador. 100
XXIII. El capuchino de Resina. 105
XXIV. San José. 112

PAGS.

PARTE SEGUNDA.

I..... La vila Giordani. 119
II..... El muelle. 130
III .... La tumba de Virgilio. 132
IV..... La gruta de Pouzzoles.—La gruta del Perro. 142
V..... La plaza del Mercado. 145
VI..... La iglesia del Carmine. 149
VII.... El matrimonio en el patíbulo. . 155
VIII... Pouzzoles. 164
IX .... El Tártaro y los Campos Elíseos. 167
X ..... El golfo de Bayes. 171
XI .... Una corriente de aire en Nápoles. —Las iglesias de Nápoles. . . 174
XII ... Una visita á Herculano y Pompeya. 178
XIII .. La calle de los Sepulcros. 181
XIV... Anuncios. 185
XV.... Casa del Fauno. 189
XVI... El gran mosaico. 192
XVII.. Visita al museo de Nápoles. . . 197
XVIII. La pesadilla del rey Fernando. . 200
XIX .. La posada de Santa Agueda. . . 204
XX ... Los herederos de un grande hombre. 207
XXI .. Camino de Roma. 216
XXII . Gasparone. 222
XXIII. Una visita á Su Santidad el papa Gregorio XVI. 227
XXIV. De cómo saliendo para Venecia se llega á Florencia. 229